

Generaciones,

cursos de vida y desigualdad social en México



Marie-Laure Coubès
Patricio Solís
María Eugenia Zavala de Cosío
(coordinadores)

EL COLEGIO DE MÉXICO
EL COLEGIO DE LA FRONTERA NORTE

GENERACIONES, CURSOS DE VIDA
Y DESIGUALDAD SOCIAL EN MÉXICO

GENERACIONES, CURSOS DE VIDA Y DESIGUALDAD SOCIAL EN MÉXICO

Marie-Laure Coubès
Patricio Solís
María Eugenia Zavala de Cosío
(coordinadores)



**El Colegio
de la Frontera
Norte**

EL COLEGIO DE MÉXICO
EL COLEGIO DE LA FRONTERA NORTE

304.60972

G3263

Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México / Marie-Laure Coubès, Patricio Solís, María Eugenia Zavala de Cosío, coordinadores. – 1a ed. – Ciudad de México : El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales ; Tijuana, Baja California : El Colegio de la Frontera Norte, 2016.

509 p. : il., tablas, gráf. ; 21 cm.

ISBN: 978-607-628-126-0 (El Colegio de México)

ISBN: 978-607-479-242-3 (El Colegio de la Frontera Norte)

Incluye referencias bibliográficas

1. México – Población – Siglo XXI. 2. Fecundidad humana – México – Siglo XXI. 3. Familia – México – Siglo XXI. 4. Familia – Aspectos económicos – México – Siglo XXI. 5. Empleo – México – Siglo XXI. 6. Empleo – Aspectos educativos – México – Siglo XXI. 7. Calidad de vida – México. 8. Igualdad – México – Siglo XXI. 9. Encuesta Demográfica Retrospectiva (México). I. Coubès, Marie-Laure, coord. II. Solís, Patricio, coord. III. Cosío, María Eugenia Z. de, coord.

Primera edición, 2016

D.R. © El Colegio de México, A. C.

Camino al Ajusco 20

Pedregal de Santa Teresa

10740 México, Ciudad de México

www.colmex.mx

D.R. © El Colegio de la Frontera Norte, A. C.

Carretera Escénica Tijuana-Ensenada, km 18.5

San Antonio del Mar, 22560, Tijuana

Baja California, México

www.colef.mx

ISBN: 978-607-628-126-0 (El Colegio de México)

ISBN: 978-607-479-242-3 (El Colegio de la Frontera Norte)

Impreso en México

ÍNDICE

Siglas y acrónimos	11
Agradecimientos	15
Introducción	
<i>Marie-Laure Coubès, Patricio Solís y María Eugenia Zavala</i>	17

PRIMERA PARTE FECUNDIDAD Y COMPORTAMIENTOS REPRODUCTIVOS

1. Tendencias y determinantes de la fecundidad en México: las desigualdades sociales <i>Olínca Páez y María Eugenia Zavala</i>	45
2. Poblaciones indígenas urbanas en México y su comportamiento reproductivo <i>Germán Vázquez Sandrin</i>	77
3. De maternidades y paternidades en la adolescencia. Cambios y continuidades en el tiempo <i>Ángeles Sánchez Bringas y Fabiola Pérez Baleón</i>	109
4. Factores asociados a la utilización de cesárea: una exploración a través del tiempo <i>Rosario Cárdenas y Beatriz Novak</i>	139
5. Inicio de la práctica anticonceptiva y formación de las familias. Experiencia de tres cohortes mexicanas <i>Carole Brugeilles y Olga Rojas</i>	161

SEGUNDA PARTE
DINÁMICAS FAMILIARES

6. De joven a adulto en familia: trayectorias de emancipación familiar en México
Patricio Solís 193
7. Una nueva mirada a los factores predictivos de la disolución conyugal voluntaria en México
Julieta Pérez Amador y Norma Ojeda de la Peña 223
8. La migración en México: ¿Una historia de familia? ¿Un asunto de género?
Pascal Sebille 255
9. Corresidencia con los padres y bienestar en la infancia y la adolescencia
Cecilia Rabell y Sandra Murillo 281
10. Familia y trabajo: historias entrelazadas en el México urbano
Marta Mier y Terán, Ana Karina Videgain, Nina Castro Méndez y Mario Martínez Salgado 313

TERCERA PARTE
ESCOLARIDAD Y TRABAJO

11. Dejar la escuela en perspectiva longitudinal micro-macro: marcas biográficas y contextuales
Nicolás Brunet 339
12. Trayectorias migratorias y su interacción con los procesos educativos
Silvia E. Giorguli y María Adela Angoa 369

13. Trabajo y masculinidad: el rol de proveedor en el México metropolitano <i>Mario Martínez Salgado y Sabrina A. Ferraris</i>	403
14. Debut ocupacional de los hijos varones según el empleo de sus padres <i>Edith Pacheco, Lina Cuevas y Julieta Pérez Amador</i>	429
15. Movilidad individual y cambio social: transiciones laborales en tres generaciones de varones <i>Fiorella Mancini</i>	457
ANEXO: CUESTIONARIO DE LA EDER-2011	487
SEMBLANZAS DE AUTORES.	497

SIGLAS Y ACRÓNIMOS

- ALAP Asociación Latinoamericana de Población
- ANUIES Asociación Nacional de Universidades
e Instituciones de Educación Superior
- BID Banco Interamericano de Desarrollo
- BJOG An International Journal of Obstetrics and Gynaecology
- BM Banco Mundial
- CEDUA Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales
(El Colegio de México)
- CEMCA Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos
- Cenep Centro de Estudios de Población (Buenos Aires)
- Cepal Comisión Económica para América Latina y el Caribe
- CES Centro de Estudios Sociológicos (El Colegio de México)
- CIDEM Centro de Investigaciones y Desarrollo
del Estado de Michoacán
- CIESAS Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social
- CIID Centro Internacional de Investigaciones para el Desarrollo
(Canadá)
- Cintefor Centro Interamericano para el Desarrollo del
Conocimiento en la Formación Profesional (OIT) (Uruguay)
- CNRS Centre National de la Recherche Scientifique
- Conaculta Consejo Nacional para la Cultura y las Artes
- Conapo Consejo Nacional de Población
- Coplamar Coordinación General del Plan Nacional de Zonas
Deprimidas y Grupos Marginados
- CREDAL Centre de Recherche et de Documentation de l'Amérique
Latine

12 SIGLAS Y ACRÓNIMOS

- Cresppa Centre de Recherches Sociologiques et Politiques de Paris
CRIM Centro Regional de Investigaciones Multidisciplinarias (UNAM)
DANE Departamento Administrativo Nacional de Estadística (Colombia)
DCSH División de Ciencias Sociales y Humanidades (UAM)
DIF Desarrollo Integral de la Familia
ECHP European Community Household Panel
EDER Encuesta Demográfica Retrospectiva
El Colef El Colegio de la Frontera Norte
EMIF Encuesta de Migración en las Fronteras
EMF Encuesta Mexicana de Fecundidad
END Encuesta Nacional de Demografía
Enadid Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica
ENOE Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo
ENPF Encuesta Nacional de Planificación Familiar
Ensanut Encuesta Nacional de Salud y Nutrición
ENSAR Encuesta Nacional de Salud Reproductiva
ENTS Escuela Nacional de Trabajo Social (UNAM)
ESOC European Space Operations Centre
ESRC Economic and Social Research Council
FCE Fondo de Cultura Económica
FCPYS Facultad de Ciencias Políticas y Sociales (UNAM)
Flacso Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
ICRW International Center for Research on Women
IIS Instituto de Investigaciones Sociales (UNAM)
IMSS Instituto Mexicano del Seguro Social
INED Institut National d'Études Démographiques
INEE Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación
Inegi Instituto Nacional de Geografía y Estadística
INEGI Instituto Nacional de Geografía, Estadística e Informática (hasta 2008)
IOS Índice de Orígenes Sociales

IRD	Institut de Recherche pour le Développement
ISSSTE	Instituto de Seguridad y Servicios Sociales para Trabajadores del Estado
IUSSP	International Union for Scientific Study of Population
LASA	Latin American Studies Association
LPED	Laboratoire Population Environnement Développement
OCDE	Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos
OEI	Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura
OIT	Organización Internacional del Trabajo
PEAF	Población Económicamente Activa Femenina
PIEM	Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer (El Colegio de México)
PUEG	Programa Universitario de Estudios de Género (UNAM)
PUF	Presses Universitaires de France
Segob	Secretaría de Gobernación
SEP	Secretaría de Educación Pública
Somede	Sociedad Mexicana de Demografía
SRE	Secretaría de Relaciones Exteriores
SSA	Secretaría de Salud
STPS	Secretaría del Trabajo y Previsión Social
UABC	Universidad Autónoma de Baja California
UAEH	Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo
UAEM	Universidad Autónoma del Estado de México
UAM	Universidad Autónoma Metropolitana
Udelar	Universidad de la República (Uruguay)
UIESP	Union Internationale pour l'Étude Scientifique de la Population
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México
UNFPA	Fondo de Población de las Naciones Unidas
Unicef	Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia
UPM	Unidad de Política Migratoria (Segob)

AGRADECIMIENTOS

Queremos agradecer el valioso apoyo de diversas instituciones para el financiamiento y la organización de la encuesta: al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt), en el marco de un proyecto de investigación titulado Cambios intergeneracionales de los cursos de vida y desigualdad social: un estudio demográfico retrospectivo:¹ como para la EDER-1998, la colaboración entre El Colegio de la Frontera Norte (El Colef) y la Universidad Autónoma de Baja California (UABC)² ha sido fundamental para el desarrollo del proyecto en todas sus etapas. Esencial también fue en esta ocasión la implicación del Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (Inegi) en el financiamiento y la colaboración, con la participación entusiasta del equipo de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), por utilizar un instrumento longitudinal.³

El levantamiento de la EDER-2011 se realizó mediante un convenio de colaboración entre Inegi, El Colef y la UABC, con la participación de investigadores demógrafos de instituciones mexicanas y francesas.

Después del arduo trabajo de limpieza de una base de datos de historias de vida como la EDER, los coordinadores de este libro organizaron una serie de reuniones en El Colegio de México que derivaron en los resultados que se presentan en esta obra. Para la

¹ El proyecto fue aceptado en la convocatoria Ciencia Básica 2008 núm. 84254.

² Gabriel Estrella, doctor por la UABC y colaborador de la primera EDER, ha tenido un papel esencial en la realización de la segunda EDER.

³ Además, participó en el cofinanciamiento de la EDER-2011 el centro de investigaciones francés Centre de Recherche et de Documentation de l'Amérique Latine (CREDAL) del CNRS (UMR 7227 Universidad Paris 3-Sorbonne Nouvelle y CNRS).

logística de las reuniones, recibimos el apoyo del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA) de El Colegio de México y de su directora, la doctora Silvia Giorguli.

Agradecemos también el apoyo brindado por las becarias del CEDUA para la preparación del manuscrito: las licenciadas Sofía Gil y Vianey Galindo, y la maestra Ulsía Urrea.

INTRODUCCIÓN

*Marie-Laure Coubès**

*Patricio Solís***

*María Eugenia Zavala****

Este libro reúne un conjunto de trabajos realizados por un grupo de demógrafos e investigadores de universidades mexicanas y francesas que respondieron al llamado de los coordinadores del libro para analizar los datos de la Encuesta Demográfica Retrospectiva EDER-2011. Retomando la experiencia de investigación de la primera EDER levantada en 1998, se diseñó este segundo libro sobre las historias de vida en México desde una perspectiva sociodemográfica.

¿Cómo se han modificado los comportamientos reproductivos entre generaciones y entre grupos sociales? ¿Qué nivel y calendario tiene la fecundidad de los hombres? ¿Ha modificado la difusión de la anticoncepción la organización temporal entre las etapas de la vida familiar y reproductiva?

¿Cómo se transforman las dinámicas familiares en los cursos de vida de las diferentes generaciones? ¿Han cambiado las etapas y calendario de la emancipación familiar? ¿Cómo ocurre la disolución de uniones en la trayectoria marital?

¿Cuál es el peso del origen social en el acceso a las oportunidades escolares y laborales a lo largo de la trayectoria laboral? ¿Cómo se ha transformado el proceso de movilidad social entre las generaciones?

Estas preguntas de investigación a las cuales, entre otras, trata de responder este libro sólo pueden ser abordadas con informa-

* El Colef.

** CES, El Colegio de México.

*** CEDUA, el Colegio de México.

ción longitudinal y biográfica. Más de una década después de la primera Encuesta Demográfica Retrospectiva en México (EDER-1998), nos pareció que era necesario observar las transformaciones sociodemográficas, es decir como lo expresa Harley Browning en su prólogo del libro de resultados de la EDER-1998, se trata de “[re] tomar el pulso de la población” mexicana (Coubès, Zavala y Zenteno, 2005). La realización del segundo levantamiento de la EDER en 2011 tuvo como objetivo estudiar los cambios sociodemográficos recientes (inicio del siglo XXI), poniendo en el centro de nuestra reflexión la transformación de la familia y la desigualdad social, ambos aspectos analizados mediante los cursos de vida de tres grupos de generaciones. Para lograr este objetivo, decidimos profundizar nuestro conocimiento de los procesos sociodemográficos de las mismas generaciones entrevistadas en la EDER-1998 (cohortes 1951-1953, 1966-1968) y observar los cambios de una generación más joven, cuya transición a la vida adulta ocurrió durante las dos últimas décadas (cohorte 1978-1980).¹

En esta introducción exponemos los objetivos del libro, puntualizamos el contexto de las cohortes analizadas, detallamos el contenido y la metodología de la EDER-2011 y presentamos los capítulos de la obra.

Las recientes evoluciones de la sociedad mexicana muestran que se están modificando dos dimensiones que tienen un peso considerable en las transiciones del curso de vida: el mundo familiar y la desigualdad social. Por una parte, el cambio demográfico y social provoca una mayor diversidad en las trayectorias maritales y las recomposiciones familiares, acompañadas de la transformación de las relaciones de género en el ámbito familiar; por otra parte, el modelo económico actual amplifica las desigualdades sociales a la vez que las redibuja. En este contexto es muy relevante estudiar cómo estas dos dimensiones —la familia y la desigualdad social— siguen imprimiéndose en el curso de vida de las cohortes mexicanas.

La familia en México sigue ocupando un lugar muy especial en la vida de los individuos. En un contexto de incertidumbres

¹ En este libro usamos los términos *cohorte* y *generación* de forma indistinta, considerando que la generación es una cohorte de nacimiento.

económicas y desigualdades sociales persistentes, y en ausencia de un sistema integral de protección social, la familia tiene el papel de proteger a las personas vulnerables (Rabell, 2009). La desestandarización de las etapas del curso de vida familiar genera una gran variedad de las trayectorias vitales, sobre la cual la desigualdad social despliega su impacto. Así, los cambios radicales observados en el régimen de formación y disolución de las uniones dan pie a la multiplicidad en las trayectorias maritales (Solís y Puga, 2009). Una de nuestras hipótesis es que esta diversidad matrimonial sigue las líneas de fractura de la desigualdad social.

Sin plantear un modelo totalmente determinista sobre la vida familiar —dentro de la sociodemografía misma se ha señalado el impacto de las características de la vida familiar en diversos elementos de este ámbito—,² la desigualdad social impacta fuertemente las transiciones familiares del curso de vida; dicho eje está desarrollado a lo largo del libro.

La desigualdad social es una vieja historia para México como para toda América Latina. Ésta se basa en la desigualdad de ingresos que es el rasgo sobresaliente de la dinámica del desarrollo latinoamericano, la región más desigual del planeta (Pérez Sainz, 2014).³

En México, hasta la década de 1980, la diferenciación entre el medio rural y el urbano representó un eje central de la estratificación social del país. Los cursos de vida tomaron rumbos muy diferenciados entre el contexto rural —más tradicional y marginado de los procesos modernizadores del siglo xx— y el contexto urbano —donde se acuñaron las mayores transformaciones

² En la obra colectiva *Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva sociodemográfica*, coordinada por Cecilia Rabell Romero (2009), Mier y Terán ha demostrado que el clima de desintegración social durante la infancia (que llama el contexto de socialización) impactó el proceso de formación de la unión. Asimismo, Coubès indica que la frecuencia-intensidad de las relaciones familiares (entre familiares no coresidentes) depende de la calidad de estas relaciones más que de las posiciones sociales de sus miembros.

³ El índice de Gini para México en 2012 es de 0.481 (BM: [http://datos.bancomundial.org/indicador/SI.POV.GINI]), lo que, según la caracterización de Piketty, correspondería a una desigualdad muy elevada (Piketty, 2014: 270).

económicas y sociales del país y donde los cambios se efectuaron con mayor rapidez—. La primera EDER (1998) permitió explorar y analizar en profundidad la diferenciación rural-urbana a partir de un diseño muestral que distinguió las cohortes del medio rural y aquellas del medio urbano. Un ejemplo que ilustra las grandes desigualdades del país es la desigualdad educativa entre el contexto rural y el urbano: se observó que los jóvenes varones de la cohorte 1966-1968 con residencia rural alcanzaron apenas el nivel educativo del que ya tenían, 30 años antes, los jóvenes varones de la cohorte 1936-1938 con residencia urbana (Coubès, Zavala y Zenteno, 2005).

Si esta diferenciación social, entre medio rural y medio urbano, sigue existiendo⁴ (y la persistencia de la migración campo-ciudad mantiene esta desigualdad socioeconómica), los procesos de cambio más recientes dan pie a una nueva estratificación social en el país, hoy en día mayoritariamente urbano. Al inicio de la década de 1980, el nuevo modelo económico promovió la apertura de la economía y la inserción del país en la mundialización, visto como un medio para acceder a la sociedad del conocimiento, fuente del desarrollo social futuro. Este modelo económico, interpretado como más excluyente que el anterior (Pérez Sainz, 2002), genera una estructura del empleo heterogénea e inestable, y dibuja una estratificación social basada en el eje inserción-exclusión del empleo, que puede ser transversal al contexto urbano-rural.

La EDER-2011 se concentró en esta población urbana al haber sido realizada en las grandes ciudades del país y recoge información que permite un análisis de las transformaciones intergeneracionales de los cursos de vida en el México urbano. Los cambios intergeneracionales son claves para entender la transformación del país y de su población; asimismo la perspectiva del curso de vida permite relacionar los cambios encontrados en las trayectorias de vida individuales con los procesos de cambio contextuales y estructurales. A la encrucijada de los determinantes estructurales y la agencia individual, las transiciones del curso de vida se

⁴ La penetración de los nuevos medios de comunicación ha disminuido el aislamiento del medio rural.

dan en la compleja interacción entre características individuales y contextuales. Basado en esta perspectiva, el libro presenta un estudio de trayectorias, es decir de los orígenes a los destinos sociales de los individuos, particularmente de las transiciones a la vida adulta.

A partir de métodos estadísticos diversos (análisis demográfico, análisis de secuencias, regresiones, etcétera), los capítulos del libro exploran tres grandes dimensiones de los cursos de vida, los comportamientos reproductivos, las dinámicas familiares y la dimensión de la escolaridad y el trabajo; así como las interrelaciones entre estas dimensiones.

¿Qué efectos tiene el final de la coresidencia con los padres sobre las experiencias de escolaridad y de trabajo de los niños? ¿Cuáles son las repercusiones en el curso de vida de un inicio de la vida reproductiva a temprana edad? ¿Cuáles son las interrelaciones entre la migración y la formación de uniones y entre la formación familiar y la participación en el mercado laboral? ¿Cómo las trayectorias escolares se ven impactadas por el entorno educativo y por la experiencia de la movilidad espacial?

En cada capítulo se trata de responder a la pregunta si entre cohortes hubo una acentuación o disminución del impacto de la desigualdad social en las trayectorias de vida estudiadas.

EL CONTEXTO DE LOS CURSOS DE VIDA DE LAS TRES COHORTES

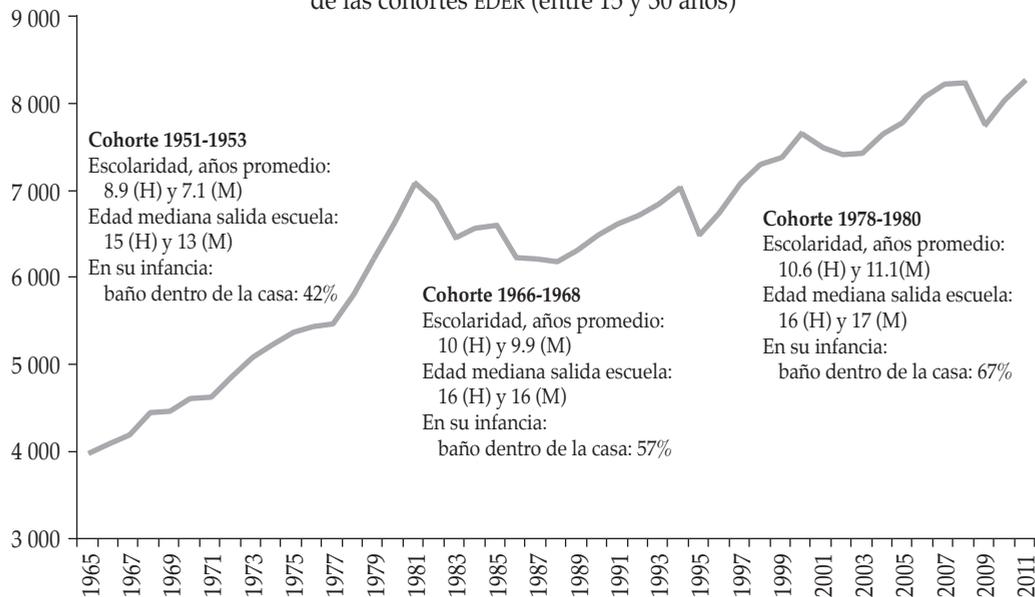
Las transformaciones intergeneracionales de los cursos de vida se han dado en un contexto cambiante. Las tres cohortes han recorrido, a lo largo de sus biografías, etapas diferentes del desarrollo económico de México. En la gráfica 1 se observa la evolución del producto interno bruto (PIB) *per capita* en México en el momento en que las tres cohortes entrevistadas han vivido más transformaciones, es decir, la transición hacia la vida adulta, ubicada, convencionalmente, entre las edades de 15 y 30 años. La primera cohorte recorrió esa etapa durante un periodo de crecimiento económico sostenido, impulsado por el modelo de sustitución de importaciones y una urbanización acelerada, que corresponde a una

gran movilidad social ascendente (Balán, Browning y Jelin, 1977). En cambio, la segunda cohorte ha vivido su transición a la vida adulta en un tiempo de crisis económicas, con estancamiento del PIB *per capita*, la famosa “década perdida” —que son tres lustros perdidos—,⁵ y de giro del modelo económico hacia la apertura económica. Los años recientes, que corresponden a la transición a la vida adulta de la tercera cohorte, ocurren durante un periodo “mixto” que contempla, a la vez, años de crecimiento y años de crisis de una economía muy abierta, inserta en la globalización. Estos contextos económicos diferenciados representan un marco estructural bajo el cual se han desarrollado las trayectorias de cada una de las cohortes.

A lo largo de estas décadas, un cambio secular en las condiciones de vida de los mexicanos se ha verificado. Los cambios intercohortes contemplan mejores condiciones de vida, como se observa con el indicador de disponibilidad de baño en la casa del entrevistado durante su infancia y un incremento generalizado de la escolaridad. Las transformaciones de género acompañan este cambio social: las mujeres de la primera cohorte (1951-1953) tenían menor escolaridad a los 30 años que los hombres de su cohorte; en la cohorte siguiente las mujeres recuperaron su retraso y alcanzaron mayores niveles promedio que los hombres en la tercera cohorte (véase gráfica 1). Otro indicador del logro educativo es la edad mediana de salida de la escuela, ya que presenta esta misma transformación: entre la primera y segunda cohorte de mujeres, la edad mediana de salida de la escuela ha ganado 3 años y un año más entre la segunda y la tercera cohorte; en cambio, los logros de los hombres, de sólo un año ganado entre la primera y la segunda cohorte, se han estancado entre la segunda y tercera cohorte: la edad mediana no ha cambiado y el indicador de los años promedio de estudio muestra un aumento muy limitado (gráfica 1).

⁵ Se tiene que esperar al año 1997 para que el PIB *per capita* regrese al nivel que tenía en 1981, lo que corresponde totalmente al periodo de transición a la vida adulta de la cohorte 1966-1968.

Gráfica 1. PIB *per capita* y algunas características de las cohortes EDER (entre 15 y 30 años)



Fuente: PIB *per capita* (dólares estadounidenses a precios constantes de 2005). Indicadores del desarrollo mundial: [<http://databank.bancomundial.org/data/views/reports/tableview.aspx#>] y EDER (2011).

El cambio intergeneracional de las condiciones de vida se observa con los tipos de bienes que estaban disponibles en las viviendas donde los entrevistados vivieron su infancia (gráfica 2). Entre las cohortes se observa el proceso de transformación social y tecnológica, con mayor acceso a muchos aparatos electrodomésticos, como televisión, estufa, refrigerador (estas tres están presentes en la gran mayoría de las familias) y también lavadora,⁶ teléfono fijo y automóvil (por orden descendente). Es notorio que las mejoras son más importantes entre la primera y la segunda cohorte, y las que atañen a la infraestructura general dependiente del gobierno, como el pavimento de las calles, llegan apenas a un poco más de la mitad de las viviendas de los entrevistados. El único que no muestra cambio intergeneracional es el pago por el trabajo doméstico en casa, asociado con la población de mayor ingreso que siguió siendo la misma minoría en las tres cohortes estudiadas.

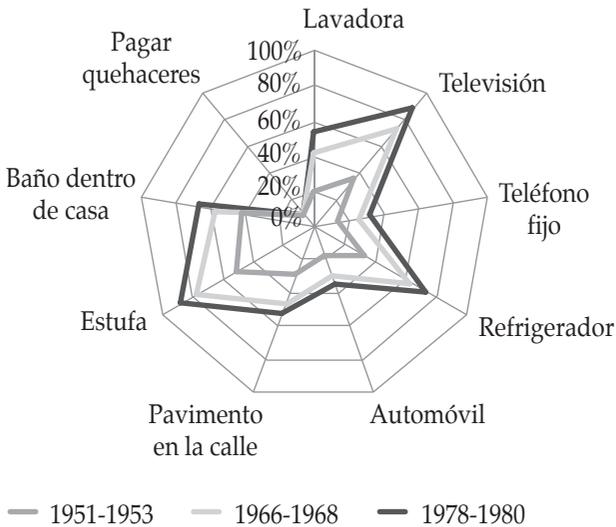
Por otra parte, la EDER registra mucha información sobre la infancia de los entrevistados, cuyo análisis permite ilustrar el cambio demográfico y social que ha impactado las etapas tempranas de los cursos de vida de los entrevistados.

El descenso de la mortalidad en México tiene repercusiones directas en los periodos de convivencia entre padres e hijos. La experiencia de vivir en familias completas durante la niñez y los primeros años de la juventud ha sido cada vez más frecuente en la segunda mitad del siglo xx. Debido al descenso de la mortalidad de los padres y al hecho de que los hijos se van del hogar a edades cada vez más elevadas, se ha alargado la vida en familia completa durante la niñez y la juventud (cuadro 1). Este proceso sigue

⁶ La penetración de las lavadoras en las viviendas de las familias mexicanas es interesante. La lavadora es el único bien que está registrado en la encuesta a la vez durante la infancia y en la vivienda actual de los entrevistados adultos en 2011, o sea desde la década de 1950 hasta la actualidad. Bien de una minoría durante la infancia de la primera cohorte (20%) se difundió en las décadas siguientes hasta alcanzar la mitad de las cohortes (43 y 53% de la segunda y tercera cohorte durante su infancia). Hoy en día se trata de un bien muy difundido, la proporción es parecida en las tres cohortes (83% en la primera, 81% en la segunda y la tercera). Queda, sin embargo, en cada cohorte una proporción cercana a 20% que no tiene acceso a ese aparato.

teniendo impactos en la cohorte más joven y la mayor incidencia de la separación conyugal de los padres, por razones de divorcio o migración; sin embargo, no es tan importante como para contrabalancear el incremento de la duración de la vida con los dos padres durante la niñez y la juventud.

Gráfica 2. Disposición de diversos bienes en la vivienda durante la infancia de los entrevistados, por cohorte



Fuente: EDER (2011).

Las edades medias de salida de la casa de los padres se han prolongado tres años entre la primera y la tercera cohorte: 21, 22 y 24 años para los hombres en las tres cohortes, y 19, 20 y 22 años para las mujeres, respectivamente. Asimismo, las personas a los 25 años de edad que vivían con sus padres pasaron de representar una tercera parte de los hombres de la primera cohorte a cerca de la mitad de la tercera, y para las mujeres de una cuarta parte a 40%. Otro indicador de este proceso, la proporción de niños cuyo sostén principal del hogar no fue ni su padre ni su madre, fue

dividido por dos entre la primera y la tercera cohorte (cuadro 1). Se observa el aumento paulatino de las madres como principal sostén económico: este resultado subraya la mayor capacidad de las mujeres de mantener a su familia por su mayor inserción al mercado laboral (en la primera cohorte muchas de estas madres, en ausencia de pareja, vivían con sus propios padres para poder criar a sus hijos).

Cuadro 1. Características familiares del curso de vida por cohorte

	Cohortes		
	1951-1953	1966-1968	1978-1980
Padres fallecidos a los 30 años			
Papá	28.6%	23.2%	18.7%
Mamá	17.2%	10.2%	8.3%
Vivían con sus padres a los 25 años			
Ego Hombre	34.1%	42.5%	47.5%
Ego Mujer	26.5%	32.8%	40.2%
Fin de coresidencia con los padres	Edad mediana	Edad mediana	Edad mediana
Ego Hombre	21	22	24
Ego Mujer	19	20	22
Distribución según principal sostén económico del hogar entre 5 y 15 años			
Padre	78.8%	80.5%	76.6%
Madre	11.3%	14.4%	18.4%
Otro responsable	9.9%	5.1%	4.9%
Total	100%	100%	100%

Fuente: EDER (2011).

LA METODOLOGÍA DE LA EDER 2011

Los antecedentes de las encuestas biográficas en México remontan a la encuesta pionera de Monterrey en 1964 (Balán, Browning y Jelin, 1977), y de la Ciudad de México en 1970 (Muñoz, Oliveira y Stern, 1977: 23). Las encuestas de fecundidad en las décadas de 1970 y 1980 también habían permitido conocer eventos de las trayectorias familiares de las mujeres mexicanas.⁷ Sin embargo, la EDER-1998 fue la primera encuesta en recolectar historias de vida de una muestra representativa de hombres y mujeres residentes en todo el territorio nacional. La EDER-2011 se ha basado en la experiencia de este primer levantamiento y es un proyecto de varias instituciones e investigadores. Se integraron nuevos colegas al equipo que había realizado la EDER-1998.

La realización de la EDER-2011 se efectuó en el marco de un proyecto de investigación financiado por el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt): Cambios intergeneracionales de los cursos de vida y desigualdad social: un estudio demográfico retrospectivo, y su levantamiento se realizó mediante un convenio de colaboración entre Inegi, El Colef y la UABC.⁸ Por parte del equipo iniciador del proyecto, participaron investigadores demógrafos.⁹

La población objetivo de la EDER-2011 está constituida por las cohortes nacidas en los años 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980. Las dos primeras fueron entrevistadas en 1998 y con el segundo levantamiento se profundiza el conocimiento que se tiene de éstas, añadiendo información sobre las edades más avanzadas de

⁷ Serie de encuestas sobre fecundidad y salud realizadas en 1976, 1982, 1987 y 1992.

⁸ El proyecto de Conacyt fue aceptado como proyecto Ciencia Básica 2008 núm. 84254. Las instituciones financiadoras de la encuesta fueron Inegi, UABC, El Colef, Conacyt, CNRS y CREDA.

⁹ René Zenteno, Elmyra Ybáñez y Marie-Laure Coubès, de El Colef; María Eugenia Zavala y Patricia Solís, de El Colegio de México; Gabriel Estrella, de la UABC; Germán Vázquez Sandrin, de la UAEH, y Carole Brugeilles y Pascal Sebillé, de la Universidad de Paris Ouest Nanterre La Défense. Julie Baillet, doctorante de Paris Nanterre en estancia en El Colef, fue muy activa en todas las etapas de realización y análisis de la encuesta.

su curso de vida. Sin embargo, para controlar los dos principales retos de una encuesta retrospectiva (selectividad y problema de memoria) se decidió no entrevistar la primera cohorte de la EDER-1998, nacida en 1936-1938, que tuviera entre 73 y 75 años en 2011, pues es bien sabido que tanto la selectividad de la población como los errores de memoria se incrementan de manera significativa a edades avanzadas. Por tanto, se eligió una nueva cohorte más joven, pero que no fuera menor de 30 años al momento de la entrevista, para tener un curso de vida en el cual las probabilidades individuales de haber iniciado el ciclo de vida familiar (primera unión y primer hijo) fueran altas y tener así suficiente información comparativa con las demás cohortes. Además, esta tercera cohorte tuvo una transición hacia la vida familiar que ocurrió en la última década del siglo XX y primera del XXI; esto permite analizar los fenómenos demográficos en el contexto histórico más reciente. En el año de la EDER-2011 estas cohortes cumplieron edades entre 58 y 60, 43 y 45, y entre 31 y 33 años, respectivamente.

EL CUESTIONARIO BIOGRÁFICO MATRICIAL

A semejanza de la EDER-1998, se retomó un cuestionario biográfico de forma matricial, el cual propone una matriz cuyos renglones están constituidos por los años calendario en la vida de los individuos y su edad a lo largo de este calendario a partir de su nacimiento (edad cero), y cuyas columnas definen los diferentes eventos o estados en el curso de vida del entrevistado. Este diseño permite relacionar todos los eventos de una persona por medio del calendario común. Todas las informaciones biográficas que sean asociadas a un evento (por ejemplo un matrimonio o el nacimiento de un hijo), a un estado (soltero, divorciado, etcétera), y a todas las variables que caracterizan estos eventos y estados, están fechadas, descritas y relacionadas mediante el calendario común que estructura la matriz (véase el cuestionario en anexo).¹⁰

¹⁰ Existe una interesante bibliografía sobre los diferentes tipos de cuestionarios biográficos, véase Antoine *et al.* (1999). Este tipo de cuestionario es en

El cuestionario combina también, en un mismo calendario, no sólo los eventos familiares, ocupacionales y migratorios de la persona entrevistada, sino también los eventos ocurridos a los parientes como padres, cónyuges, hijos e hijas del entrevistado; también otros familiares, como hermanos, suegros, entre otros. En este cuestionario los eventos de migración, educación, empleo, coresidencia y anticoncepción sólo fueron reportados cuando tuvieran una duración de por lo menos un año. En consecuencia, no es posible el análisis de fenómenos de corta duración; asimismo la precisión de los resultados es de aproximadamente un año.

Aportes del nuevo cuestionario 2011

Este cuestionario retoma el de 1998; además, incluye nueva información sobre diferentes dimensiones de las historias de vida. La EDER-2011 cuenta con cuatro historias de vida específicas, desde el nacimiento del encuestado hasta 2011: historia migratoria, educativa, laboral y familiar. La historia familiar es la más larga, al tomar en cuenta tanto a la familia de origen como a la familia de procreación y refiere a diferentes personajes de la vida familiar de un individuo (padres, cónyuges, hijos e hijas, familia política, etcétera), también incluye una historia anticonceptiva.

La segunda edición de la EDER permitió profundizar en los temas rectores de nuestro proyecto en dos ámbitos principales: la transformación de la familia y la desigualdad social. En la transformación de la familia se incluyeron preguntas sobre la coresidencia con la familia política (suegra y suegro), los hermanos y otros parientes para ampliar el análisis a diversos miembros de la familia. El primer levantamiento (1998) no contemplaba la coresidencia con los suegros, por ello el análisis de la entrada en unión era in-

sí una técnica de levantamiento de información y ayuda a recordar los diferentes eventos de la vida ya que trata de relacionar el máximo de calendarios en paralelo. La experiencia en este tipo de desarrollo metodológico permitió comprobar que esta estructura relacional tiende a mejorar la calidad de la información recolectada (Antoine *et al.*, 1999).

completo, ya que la importancia de la residencia virilocal en México (Echarri, 2005) impacta fuertemente la residencia de las mujeres unidas. La EDER-2011 permite observar que la proporción de mujeres que residen con sus suegros ha crecido entre las cohortes, al pasar de 20 a 25% entre la primera y la tercera cohorte de mujeres.

El cuestionario 2011 profundiza también sobre los tipos de unión (unión libre o matrimonio, y tipos de matrimonio: religiosos, civiles) para analizar con precisión los cambios entre generaciones en la formación de las uniones, en su transformación (paso de la unión libre al matrimonio) y la relación entre el tipo de unión y su disolución. En cuanto a los hijos, se indaga si los padres (madres) tienen hijos en Estados Unidos, dado el peso creciente de la migración al país vecino, en las dos primeras cohortes que tienen hijos en edad adulta. Con la información sobre los hijos adultos que dejaron el hogar de sus padres, se obtienen datos sobre el fenómeno migratorio a Estados Unidos y su impacto en las cohortes estudiadas que no se encuentra en las encuestas de hogares.

Para profundizar el tema de la desigualdad social, la sección sobre los orígenes sociales de los padres ha sido ampliada. Esto permite obtener indicadores más detallados sobre las condiciones sociales de origen, así como de la asociación entre estas condiciones y las biografías de las personas entrevistadas. La información sobre los orígenes sociales en el cuestionario de la EDER se concentró en cinco dimensiones: la ocupación del padre y la madre cuando la persona entrevistada tenía alrededor de 15 años de edad, la escolaridad de ambos padres, la posesión de bienes y servicios en la vivienda a la misma edad, el lugar de nacimiento de los padres y el origen étnico. A partir de tres de estas dimensiones (ocupación, escolaridad y bienes y servicios de la vivienda) y mediante un análisis factorial, se integró un Índice de Orígenes Sociales (IOS), el cual es utilizado por la mayoría de autores del libro para medir en una escala centílica la posición socioeconómica relativa de cada persona con respecto a los miembros de su cohorte de nacimiento; además, es un indicador bastante robusto de la ubicación de las familias de origen en la estratificación social.

A lo largo del curso de vida, la desigualdad social también se cristaliza en diferentes campos de ésta, los principales son el

acceso a la educación, el empleo y la salud. En el campo de la escolaridad, además de recoger información sobre la trayectoria educativa completa con elementos que difícilmente se encuentran en otras encuestas, por ejemplo, la deserción escolar y la educación para adultos, se profundizó sobre la dimensión institucional, es decir, el tipo de institución educativa —escuela pública o privada— marca una fuerte diferenciación social entre la población estudiante y tiene un impacto en el logro educativo (Solís, 2013).

El itinerario ocupacional abarca los cambios de situación laboral a lo largo de la vida: todos los periodos de trabajo de un año por lo menos. La situación laboral de las personas se describe a partir de tres variables: ocupación (definida a partir de las tareas realizadas y el tipo de actividad), rama de actividad y posición en el empleo. A estas tres categorías básicas, que definen la situación laboral, se añaden otras dimensiones de la vida laboral: el tamaño de la empresa (variable clave para abordar temas como la precariedad o informalidad laboral) y la duración de la jornada laborada (variable añadida en este cuestionario sobre tiempo completo o tiempo parcial) para poder abordar la heterogeneidad en las formas del empleo femenino. Además de las situaciones de empleo, se conocen todos los periodos (de por lo menos un año) de desempleo e inactividad y se aclara quién es el sostén económico del hogar.

En el campo de la salud, el acceso a las diferentes instituciones, públicas o privadas, marca desigualdades (Cárdenas, 2014); esta información se registró con las fechas de los partos de los hijos.

La muestra

La EDER fue diseñada como una submuestra de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), encuesta continua que realiza el Inegi. En este segundo levantamiento de la EDER, la participación de Inegi no se limitó al diseño de la muestra y al trabajo de campo, como en 1998, también abarcó la realización del cuestionario y la construcción de la base de datos, lo cual garantizó un excelente nivel de calidad de la encuesta y de los resultados.

El tamaño de muestra total fue de 3200 individuos, conformada por 1000 en cada una de las dos primeras cohortes y 1200 en la tercera, y con una distribución homogénea entre hombres y mujeres. Con un diseño probabilístico, estratificado y por conglomerados, la muestra fue seleccionada en las 32 áreas urbanas y metropolitanas autorrepresentadas de la ENOE, que abarcan 86% de las áreas más urbanizadas del país. El trabajo de campo se realizó del 8 de agosto al 18 de septiembre de 2011, como módulo de la ENOE, es decir, después de haber contestado al cuestionario ENOE, la persona seleccionada en la muestra estaba invitada a contestar al cuestionario EDER. La tasa de no-respuesta fue de 8.4% y se realizaron 2932 entrevistas completas que contemplan un total de 132763 años de vida. Limitándose a las tres cohortes elegidas (1951-1953; 1966-1968; 1978-1980, con una tolerancia de al menos 2 años), la base incluye a 2840 personas y 128507 años de vida.¹¹

Se formaron dos bases de datos: una que registra los eventos del calendario (secciones 1-8 del cuestionario) y otra de los orígenes sociales (secciones 9-11 del cuestionario). En la primera, las observaciones son los años de vida y las variables (representando los eventos, los estados y sus características) pueden ser constantes para un mismo individuo o cambiantes según el tiempo (los años de su vida). La base sobre los orígenes sociales tiene como observación a los individuos. Las bases de datos están disponibles a todo el público: [www.colef.mx/eder].

PRESENTACIÓN DEL LIBRO

El libro está dividido en tres partes que corresponden a tres dimensiones de los cursos de vida. La primera considera los com-

¹¹ La muestra fue seleccionada a partir de la encuesta de hogares ENOE, cuya información es proporcionada por una persona del hogar. Esta persona no es siempre el informante directo y por lo mismo la información puede ser bastante imprecisa. Asimismo, a veces ocurrió que la persona informante directa de la EDER tuviera una edad fuera de los rangos definidos para las cohortes. Al eliminar los casos fuera de los rangos de edades, la tasa de no respuesta alcanza 11.25 por ciento.

portamientos reproductivos, la segunda las dinámicas familiares y la tercera la escolaridad y el trabajo. La primera parte “Fecundidad y comportamiento reproductivos”, contiene cinco capítulos sobre la fecundidad de hombres y mujeres a nivel nacional, la fecundidad de las poblaciones indígenas y la fecundidad de los adolescentes. También se interesa por las modalidades del parto (natural o por cesárea) y el uso de la anticoncepción.

El capítulo de Olinca Páez y María Eugenia Zavala, titulado “Tendencias y determinantes de la fecundidad en México: las desigualdades sociales”, explora la diversidad de los patrones reproductivos en México y las variables que los explican según las generaciones, el sexo, el nivel de estudios alcanzado, el índice de origen social y la experiencia migratoria. Gracias a la originalidad de la EDER, que contiene historias genésicas detalladas tanto para hombres como para mujeres, es posible abordar este tema. Las diferencias sociales en México se ven reflejadas en los distintos patrones de fecundidad que coexisten en un mismo grupo de generaciones. La fecundidad es más alta entre las mujeres que estudiaron primaria y las que no fueron escolarizadas; las mujeres que alcanzaron secundaria y las que estudiaron alguna carrera técnica o comercial fueron 60% menos propensas a tener más de dos hijos; las mujeres que estudiaron nivel profesional, maestría o doctorado fueron 90% menos propensas a tener más de dos hijos que las que no tuvieron estudios. Este capítulo muestra cómo se han polarizado las diferencias entre los individuos de orígenes sociales extremos o con diferentes niveles de estudio.

Germán Vázquez Sandrin presenta un trabajo titulado “Poblaciones indígenas urbanas en México y su comportamiento reproductivo”, el cual se incorpora a la amplia discusión de los efectos de la etnicidad sobre la fecundidad. La hipótesis de este capítulo es que ser indígena en el medio urbano en México —medido con tres criterios: origen, pertenencia y lengua, incluidos sus combinaciones— no tiene un efecto propio sobre la fecundidad una vez que se controlan las características sociales del individuo y de sus padres. La EDER es la única encuesta que permite estimar la pérdida de la lengua y explorar la hipótesis sobre la “desindianización” *versus* mestizaje que prácticamente no tenía sustento empírico has-

ta ahora. También se puede describir la gran desigualdad social existente entre las distintas categorías étnicas, así como analizar el inicio de la vida reproductiva desde un enfoque de curso de vida, diferenciando arreglos normativos y alternativos. La fecundidad alcanzada a los 30 años de edad es mayor entre los indígenas que para los no indígenas y tiende a la baja entre las generaciones. Del análisis explicativo se desprende que el bajo nivel del origen social es heredado de los padres y ningún otro factor consustancial por ser indígena, como pudiera ser la cultura, prevalece una vez que se iguala el nivel del origen social para todos los individuos.

En el capítulo titulado “De maternidades y paternidades en la adolescencia. Cambios y continuidades en el tiempo”, Ángeles Sánchez Bringas y Fabiola Pérez Baleón exploran las diferencias sociodemográficas de las transiciones a la vida adulta de hombres y mujeres que han tenido un hijo antes de los 20 años, así como las implicaciones del nacimiento de un primer hijo en la adolescencia a lo largo del tiempo. Para ese objetivo, aprovechan los datos de la EDER, los cuales permiten analizar las trayectorias masculinas y femeninas completas, incluyendo los años posteriores a la adolescencia en las diferentes trayectorias biográficas. Los resultados de este estudio destacan que la maternidad-paternidad adolescente ocurre en poblaciones con escasos recursos socioeconómicos, baja escolaridad, escasas oportunidades de trabajo bien remunerado y donde la vida familiar se inicia a edades más tempranas en relación con otros grupos socioeconómicos. Se observa que la fecundidad adolescente es más frecuente y más temprana en la población femenina (edad mediana de 17 años) que en la masculina (edad mediana de 18 años), y fue más alta entre las generaciones más avanzadas. Los padres y las madres adolescentes habían dejado la escuela mucho antes del nacimiento del hijo o la hija y la gran mayoría vivía en pareja conyugal. Las autoras hacen énfasis en que la normatividad de género plantea un contexto favorable para los nacimientos de hijos en la adolescencia en las ciudades mexicanas.

Rosario Cárdenas y Beatriz Novak estudian modalidades de parto, natural o por cesárea, en el capítulo “Factores asociados a la utilización de cesárea: una exploración a lo largo del tiempo”. Las

autoras revisan las variables de la base de datos de la EDER-2011 para explicar el alto nivel de atención obstétrica mediante cesárea en México, muy superior al de muchos países desarrollados, sin que ello se vea reflejado en una disminución de la mortalidad por causas asociadas a la reproducción. El conjunto de variables explorado para explicar el uso de cesárea en el parto del primer hijo(a) incluye la edad de la mujer, el año de escolaridad máxima alcanzada, el estado conyugal, las condiciones de la vivienda como una aproximación a condiciones socioeconómicas de vida, el índice de origen social, la utilización de anticonceptivos como un exponente que, de manera general, aproxima el uso de servicios médicos, el sexo del hijo(a) y el tipo de lugar de atención del parto. A pesar de las limitantes en la información de la EDER-2011, que no separan los servicios médicos públicos de los de la seguridad social, los resultados muestran el incremento en el uso de cesáreas entre las cohortes más jóvenes, con la edad al momento del parto y la atención en unidades médicas privadas. Una de las ventajas que ofrecen los datos de la EDER-2011 sobre la atención de partos, mediante la perspectiva biográfica, es la de profundizar en las relaciones entre variables en el tiempo para así poder explicar el incremento de las cesáreas entre las generaciones.

El capítulo de Carole Brugeilles y Olga Rojas titulado “Inicio de la práctica anticonceptiva y formación de las familias. Experiencia de tres cohortes mexicanas” analiza el uso de métodos anticonceptivos a lo largo de las historias de vida y su relación con las trayectorias de formación de las uniones y de la descendencia según las generaciones y el sexo. Los datos de la EDER proporcionan las trayectorias de uso de la anticoncepción, tanto para hombres como para mujeres —información notable en estas encuestas— y se observan incrementos generacionales significativos. Empieza a ser un poco más frecuente el uso de métodos anticonceptivos antes de la primera unión y del nacimiento del primer hijo, con diferencias entre hombres y mujeres. Sin embargo, el patrón tradicional de recurrir al uso de métodos anticonceptivos después de haber tenido al menos una unión y luego un hijo(a) se mantiene en las generaciones como el proceso más frecuente, a pesar de que el uso de la anticoncepción empieza a edades cada vez más

tempranas. Esto pone de manifiesto que los cambios son todavía limitados frente a las normas tradicionales de “unión, nacimiento, uso de anticoncepción”, aunque ya empiezan a surgir comportamientos divergentes.

La segunda parte del libro se titula “Dinámicas familiares” e incluye cinco capítulos sobre la entrada a la vida adulta, el divorcio y la separación familiar, la familia y la migración interna, el bienestar en la infancia, y el trabajo y la familia.

El capítulo de Patricio Solís, “De joven a adulto en familia: trayectorias de emancipación familiar en México”, utiliza los datos biográficos de la EDER-2011 para reconstruir a detalle las trayectorias maritales y de coresidencia con los padres (o suegros) de los entrevistados durante su transición a la vida adulta. Estas trayectorias revelan que, en México, el retraso de la edad en la primera unión no se asocia con el surgimiento de formas de emancipación familiar en soltería (por ejemplo, el establecimiento de una residencia independiente de los padres sin estar unido), sino con la prolongación de la coresidencia en el hogar de origen. A su vez, entre los jóvenes de menores recursos socioeconómicos, la soltería prolongada coexiste con otras formas de transición, como formar una pareja y mantener coresidencia con padres y suegros. Estos resultados sugieren que los cambios recientes en el calendario y la modalidad de la primera unión no implican un proceso de individualización, sino el fortalecimiento de los lazos de coresidencia con la familia de procedencia.

“Una nueva mirada a los factores predictivos de la disolución conyugal voluntaria en México” es el título del capítulo de Julieta Pérez Amador y Norma Ojeda de la Peña, quienes utilizan los datos de la EDER-2011 para trazar las tendencias de la disolución voluntaria de las primeras uniones conyugales en México, revisando algunos de los factores que la bibliografía especializada ha señalado como determinantes del riesgo de separación conyugal. Se confirma que el tipo de unión afecta de forma significativa el riesgo de disolución, ya que las uniones libres tienen un riesgo de disolución mucho mayor que los matrimonios civiles o religiosos. También reportan efectos significativos de otras características presentes en las mujeres como la condición ocupacional y el nú-

mero de hijos. A partir de estos resultados, las autoras concluyen que un creciente número de mujeres se aproxima al perfil socio-demográfico de alto riesgo de disolución, por lo que es predecible que el alza en el riesgo de disolución de uniones siga en aumento en años venideros.

Pascal Sebillé, autor de “La migración en México: ¿una historia de familia?, ¿un asunto de género?”, proporciona una mirada innovadora sobre las migraciones y las dinámicas familiares en México a partir de las biografías individuales y del análisis de las trayectorias residenciales y familiares de varias generaciones encuestadas en la EDER-2011, de las 32 zonas urbanas más grandes del país. Con las historias de vida, se pueden considerar las trayectorias de migración con respecto a otras trayectorias biográficas, y su análisis conjunto pone de relieve una gran heterogeneidad. Se trata de confrontar migración, trabajo, trayectorias familiares y sus interrelaciones para comprender mejor el lugar de la migración dentro de las historias individuales y familiares. En la primera parte del capítulo, se subraya la importancia del papel de la migración en la historia de vida de los migrantes al analizar las experiencias migratorias según los roles y las normas familiares de hombres y mujeres; se observa la diferencia de las trayectorias migratorias según el origen social, el origen geográfico y el sexo; finalmente, se profundiza en el análisis de las diferentes experiencias migratorias de hombres y mujeres, y sus relaciones con los cambios y las dinámicas familiares. La migración es un asunto de familia, “con” la familia y “en función de la familia”, pero con interacciones diferentes entre la migración, las relaciones de género y las etapas de la vida familiar.

El capítulo “Corresidencia con los padres y bienestar en la infancia y la adolescencia”, de Cecilia Rabell y Sandra Murillo, constituye un ejemplo sobre la utilidad de los datos biográficos para analizar el entrelazamiento de trayectorias y transiciones en distintos dominios del curso de vida. En este trabajo, las autoras estudian la forma en que el cambio en el estado de coresidencia con los padres incide sobre dos eventos relevantes en el curso de vida de niños y jóvenes: la salida temprana de la escuela y el ingreso a trabajar. El capítulo destaca que los efectos de la interrupción de

la coresidencia con los padres se han incrementado en las cohortes más recientes, tanto en la salida de la escuela como en la entrada al trabajo, lo cual lleva a reflexionar sobre la necesidad de instrumentar acciones que reduzcan la vulnerabilidad social de niños y jóvenes que sufren cambios en sus entornos familiares más próximos.

El capítulo de Marta Mier y Terán, Ana Karina Videgain, Nina Castro Méndez y Mario Martínez Salgado, titulado “Familia y trabajo: historias entrelazadas en el México urbano”, analiza en conjunto las trayectorias familiares y ocupacionales de hombres y mujeres con el fin de describir en qué medida existen sincronías o desfases en ambos dominios del curso de vida, así como investigar las diferencias por género y origen social. Además de mayor heterogeneidad y complejidad en las trayectorias familiares que en las laborales, los autores identifican con precisión un claro patrón de género en la diferenciación de las trayectorias laborales. Las mujeres registran, con mayor frecuencia, trayectorias “orientadas a la familia”, mientras que los varones se distribuyen en trayectorias con mayor orientación al trabajo continuo y la formación familiar tardía. Se observan, además, cambios significativos entre las cohortes que indican la creciente participación de las mujeres en trayectorias que eran dominio predominante de los varones en cohortes previas. Esto es, sin duda, un indicador de que, a pesar de que persiste una fuerte estratificación de roles de género en México, la mirada histórica de largo plazo permite observar tendencias hacia una menor desigualdad entre hombres y mujeres.

La tercera parte del libro considera las relaciones entre “Escolaridad y trabajo”. Tiene cinco capítulos sobre escolaridad, escolaridad y migración, trabajo, masculinidad, movilidad individual y laboral.

Nicolás Brunet, en su capítulo titulado “Dejar la escuela en perspectiva longitudinal micro-macro: marcas biográficas y contextuales”, nos presenta un análisis de los patrones en el calendario de salida de la escuela en las tres cohortes de nacimiento incluidas en la EDER-2011. Una de las aportaciones principales de este capítulo es que, además de hacer un repaso de los factores individuales comúnmente asociados con la salida temprana de la escuela, permite evaluar la importancia de los determinantes de

contexto geográfico. Así, mediante modelos de regresión jerárquicos que incluyen simultáneamente las características individuales y las de la zona del país donde residían las personas cuando asistían a la escuela, Brunet nos muestra cómo el abandono temprano de los estudios se explica por el entrelazamiento de las características socioeconómicas y sociodemográficas de las personas y las “estructuras de oportunidades” educativas que ofrece el entorno geográfico de residencia.

El objetivo de Silvia E. Giorguli y María Adela Angoa en su capítulo titulado “Trayectorias migratorias y su interacción con los procesos educativos” es analizar la movilidad durante los años en que niños y jóvenes asisten a la escuela (definidos aquí de 6 a 24 años) y su vinculación con sus trayectorias escolares. Se observan varias situaciones: los movimientos migratorios pueden proporcionar mayores oportunidades educativas, mejoras socioeconómicas familiares y éstas son la razón para migrar lo que, a su vez, permite prolongar la duración de los estudios; al contrario, la movilidad espacial puede llevar a dificultades escolares, en términos de adaptación, cambios en la situación familiar o consecuencias negativas para la permanencia en la escuela y, en el largo plazo, el nivel de escolaridad de niños y adolescentes migrantes. La información detallada que incluye la EDER sobre la asistencia escolar y las migraciones durante la niñez y adolescencia da una oportunidad única para aproximarse a las interacciones entre la migración y la trayectoria educativa de tres cohortes en México, según el tipo de migración (interna o internacional), según el sexo, la edad a la que ocurre (durante los años de formación básica o durante la adolescencia-juventud), los cambios familiares durante la trayectoria migratoria y según el contexto de residencia (rural o urbano). Los resultados muestran claramente interrupciones en la trayectoria escolar ligadas a las migraciones, es decir, predominan los efectos negativos, a pesar de que algunos jóvenes migran justamente para mantener sus estudios. Además, cuánto más tiempo residieron en entornos rurales, más probabilidad tienen de alcanzar niveles escolares bajos, que no son compensados por la migración hacia las ciudades.

“Trabajo y masculinidad: el rol de proveedor en el México metropolitano”, capítulo de Mario Martínez y Sabrina Ferraris, se

enfoca en una transición del curso de vida de los varones poco estudiada previamente en México, pero susceptible de ser analizada con los datos biográficos de la EDER-2011: la transición al papel de “proveedor” principal en el hogar. El estudio se plantea en el marco de una reflexión más amplia sobre la masculinidad en México y los cambios que le impone a ésta el contexto económico y social. Entre los resultados que destacan de este estudio, se observa una tendencia a asumir el papel de “proveedor” de forma más tardía en las cohortes más jóvenes, lo cual puede vincularse directamente con los cambios en el calendario de otros eventos (la salida de la escuela, la entrada al trabajo y la primera unión), pero también a una creciente incertidumbre económica y social entre los jóvenes.

Edith Pacheco, Lina Cuevas y Julieta Pérez Amador, en el capítulo titulado “Debut ocupacional de los hijos varones según el empleo de sus padres”, analizan, a partir de las historias ocupacionales de la EDER, los factores que inciden sobre la jerarquía de la primera ocupación de los hombres entrevistados, con énfasis en los efectos de la cohorte de nacimiento, la ocupación de los padres y el logro ocupacional del entrevistado. Constituye, por tanto, un ejemplo de cómo los datos retrospectivos pueden servir para analizar temas clásicos de los estudios de estratificación y movilidad social. En concordancia con varios estudios previos sobre el tema, las autoras encuentran que los “efectos cohorte” son limitados y que el origen socioeconómico y el nivel educativo tienen efectos importantes en todas las cohortes, lo cual lleva a destacar los efectos de la transmisión intergeneracional de la desigualdad de oportunidades.

El capítulo de Fiorella Mancini, titulado “Movilidad individual y cambio social: transiciones laborales en tres generaciones de varones”, ofrece un análisis detallado de la movilidad laboral intrageneracional entre el primer trabajo y los 30 años, registrada en las biografías ocupacionales de la EDER-2011. El trabajo se centra en la movilidad en tres dimensiones: sector de actividad, estatus ocupacional del trabajador y rama de actividad. Un resultado importante de este análisis es la creciente heterogeneidad en las trayectorias de las cohortes más jóvenes, lo cual apunta al posible efecto de factores de corte estructural que imponen mayor diver-

sificación en las biografías laborales. También se observa un efecto importante del periodo de crisis económica de la década de 1980 en la cohorte 1966-1968, que fue la más directamente afectada por este periodo de recesión. Por último, sus resultados confirman la importancia que tienen las condiciones del primer empleo como determinantes de la movilidad intrageneracional posterior, a lo largo del curso de vida.

REFERENCIAS

- ANTOINE P., C. BONVALET, D. COURGEAU, F. DUREAU y E. LELIÈVRE (1999). "Une lecture comparative de 14 collectes biographiques", Groupe de réflexion sur l'approche biographique, *Biographie d'enquêtes. Bilan de 14 collectes biographiques*, INED / IRD / PUF (Méthodes et Savoirs, 3), pp. 9-57.
- BALÁN, J. H., L. BROWNING y E. JELIN (1973). *Men in a Developing Society: Geographic and Social Mobility in Monterrey, México*, Austin, Institute of Latin American Studies, University of Texas Press. [Versión en español: Balán, J., H. L. Browning y E. Jelin (1977). *El hombre en una sociedad en desarrollo: movilidad geográfica y social en Monterrey, México*, FCE].
- CÁRDENAS, R. (2014). "Desigualdad en la salud, escenarios y acciones", en C. Rabell Romero (coord.), *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico*, México, FCE, pp. 134-184.
- COUBÈS, M.-L. (2009). "Los vínculos familiares fuera de la corresponsabilidad: geografía de residencia, intensidad de los contactos y lazos afectivos en la parentela", en C. Rabell Romero (coord.), *Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva sociodemográfica*, México, UNAM-IIS / El Colegio de México.
- _____, M. E. ZAVALA DE COSÍO y R. ZENTENO (coords.) (2005). *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, Miguel Ángel Porrúa / El Colef / Tecnológico de Monterrey / Cámara de Diputados.
- ECHARRI, C. J. (2005). "Las trayectorias de coresidencia en la formación de la familia", en M.-L. Coubès, M.E. Zavala de Cosío y R. Zenteno, (coords.), *Cambio demográfico y social en México*

del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida, México, Miguel Ángel Porrúa / El Colef / Tecnológico de Monterrey / Cámara de Diputados, pp. 395-427.

Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].

MUÑOZ, H., O. de OLIVEIRA y C. STERN (1977). *Migración y desigualdad social en la Ciudad de México*, México, UNAM-IIS.

PÉREZ SAINZ, J. P. (2002). "Exclusión laboral en América Latina: viejas y nuevas tendencias", *Sociología del Trabajo*, nueva época, núm. 47, invierno, pp. 107-138.

PÉREZ SAINZ, J. P. (2014). *Mercados y bárbaros. La persistencia de las desigualdades de excedente en América Latina*, San José, Flacso-Costa Rica.

PIKETTY, T. (2014). *El capital en el siglo XXI*, Madrid, FCE.

RABELL ROMERO, C. (coord.) (2009). *Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva sociodemográfica*, México, UNAM-IIS / El Colegio de México.

SOLÍS, P. (2013). "Desigualdad vertical y horizontal en las transiciones educativas en México", *Estudios Sociológicos*, vol. XXXI, núm. extraordinario, pp. 63-93.

____ e I. PUGA (2009). "Los nuevos senderos de la nupcialidad: cambios en los patrones de formación y de disolución de la primeras uniones en México", en C. Rabell Romero (coord.), *Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva sociodemográfica*, México, UNAM-IIS / El Colegio de México.

PRIMERA PARTE

FECUNDIDAD Y COMPORTAMIENTOS REPRODUCTIVOS

1. TENDENCIAS Y DETERMINANTES DE LA FECUNDIDAD EN MÉXICO: LAS DESIGUALDADES SOCIALES

*Olinca Páez**

*María Eugenia Zavala***

Las tendencias de la fecundidad de mujeres y hombres de tres grupos de generaciones nacidas entre 1951 y 1980 en México son muy heterogéneas; varían, más que entre generaciones, según el origen social y el nivel de estudios alcanzado. Por ello, coexisten en México una fecundidad de calendario temprano en ciertas categorías sociales y en otras fecundidad con calendario tardío. También coexisten, en un mismo grupo de edad y generación, distintas intensidades del fenómeno según el origen social. Esto muestra una transición de la fecundidad muy peculiar, heterogénea y diferente de los esquemas clásicos que se han conocido hasta ahora.

Para entender la diversidad de patrones reproductivos en México y las variables que los explican, en este capítulo describimos los niveles y las tendencias de la fecundidad según las generaciones, el sexo, el nivel de estudios alcanzado, el índice de origen social y la experiencia migratoria. Comparamos la fecundidad de los hombres y de las mujeres, lo cual es un análisis muy original que es posible gracias a los datos de las EDER. Hacemos uso de técnicas de análisis demográfico para la estimación de tasas de fecundidad por edades, descendencias alcanzadas a los 29 años y probabilidades de agrandamiento de las familias en cada grupo de generaciones, así como para la estimación de descendencias finales en las generaciones intermedias y avanzadas. Por último,

* Inegi, Aguascalientes.

** CEDUA, El Colegio de México.

ajustamos un modelo para evaluar la importancia de las variables que consideramos relevantes en la explicación de las diferencias en los patrones reproductivos.

TENDENCIAS Y DETERMINANTES SEGÚN LAS DESIGUALDADES SOCIALES

La fecundidad en México ha disminuido rápidamente en las últimas décadas. La reducción empezó a finales de la década de 1960: entre 1967 y 1985, la tasa global de fecundidad (TGF) pasó de 7.1 a 4.1 hijos por mujer y en 1995 la fecundidad llegó a 2.9 hijos por mujer (Conapo, 2014). Por último, se estimó la TGF en 2.4 hijos por mujer para el periodo 2000-2009 (Mier y Terán, 2011). Desde una perspectiva longitudinal, las descendencias de las generaciones aumentaron entre las generaciones nacidas en 1915 y las nacidas en 1927-1936, culminando en 6.8 hijos por mujer. La disminución empezó con las generaciones posteriores a 1936 y se redujeron las descendencias finales a la mitad en el transcurso de 30 generaciones (Zavala de Cosío, 1992). Estas cifras reflejan promedios nacionales con indicadores transversales y longitudinales, sin embargo, en México las tendencias de la fecundidad no son homogéneas y los distintos grupos sociales muestran grandes diferencias.

Para poder observar la fecundidad diferencial, las variables más utilizadas, disponibles en los censos y en las encuestas, son el tamaño de la localidad de residencia, los niveles de escolaridad, la participación económica de las mujeres y la entidad federativa de residencia (Mier y Terán, 2014; Mier y Terán y Partida, 2001; Quilodrán, 1991; Schkolnik y Chackiel, 2004; Welti, 2005; Zavala de Cosío, 2014). Hace tres décadas, algunas encuestas investigaron las diferencias entre clases sociales (Bronfman, López y Tuirán, 1986) y entre las unidades domésticas rurales (Lerner, Quesnel y Yáñez, 1994).

En la década de 1960, la baja de la fecundidad empezó en las ciudades y en las localidades rurales la reducción ocurrió unos 20 años después (Juárez, Quilodrán y Zavala, 1996; Zavala de Cosío, 1992). Con las dos encuestas EDER (1998 y 2011) se tiene informa-

ción más detallada de las fecundidades diferenciales y, para empezar, según el sexo: se puede medir la fecundidad masculina con los mismos indicadores que la fecundidad femenina. También se observan las variaciones de la fecundidad según los grupos de generaciones: nacidos en 1936-1938, 1951-1953 y 1966-1968 en la primera EDER (1998); nacidos en 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980 en la segunda EDER (2011). El primer grupo de generaciones de la EDER-1998 (1936-1938) es justo el que empezó a reducir sus descendencias finales (Zavala de Cosío, 1992).

Con los datos biográficos de las dos EDER, la residencia en una localidad urbana o rural, determinada según el tamaño de la localidad (mayor o menor que 15 000 habitantes), es una característica variable a lo largo del tiempo en el transcurso de cada historia de vida. Con la EDER-1998 se confirmaron los trabajos anteriores en los que se observaba el inicio de la baja de la fecundidad en las ciudades (Juárez, Quilodrán y Zavala, 1996), pero también se subrayaba la influencia de las migraciones rurales-urbanas sobre la fecundidad que aceleró de forma significativa las transformaciones en las descendencias. A pesar de la fecundidad precoz en todas las generaciones residentes de las zonas rurales en 1998, éstas se acercaban cada vez más a bajos niveles de descendencias finales, al adelantar el final de su vida reproductiva por medio de métodos anticonceptivos, principalmente con la esterilización femenina (Zavala de Cosío, 2005).¹

La EDER-2011 proporciona de manera representativa las historias de vida de hombres y mujeres, de tres grupos de generaciones (1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980) de las zonas urbanas del país. En este capítulo, describiremos los niveles y las tendencias de la fecundidad, según diferentes variables y comparamos la fecundidad de los hombres y de las mujeres.

¹ El análisis de las migraciones rurales-urbanas no se puede llevar a cabo de la misma manera que en la EDER-2011, ya que ésta es un módulo urbano de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), representativa de las 32 ciudades más grandes del país. Sin embargo, entre los residentes urbanos de 2011, algunos provienen de zonas rurales y tenemos todos los datos de esa trayectoria migratoria.

NIVELES Y TENDENCIAS DE LA FECUNDIDAD EN LAS GENERACIONES
1951-1953, 1966-1968 Y 1978-1980 POR EDAD Y SEXO

Para analizar y explicar los niveles y las pautas de la fecundidad, usaremos las historias de vida matrimonial, las de nacimientos y las de uso de anticonceptivos, junto con las historias de vida escolar y migratoria de los entrevistados. Denominamos generaciones *avanzadas* al grupo de generaciones 1951-1953 (58-60 años de edad en 2011), *intermedias* al grupo de generaciones 1966-1968 (43-45 años de edad en 2011) y *jóvenes* al grupo de generaciones 1978-1980 (31-33 años de edad en 2011).

Las reducciones importantes de la fecundidad entre los grupos de generaciones 1951-1953 y 1966-1968 se comprueban en la EDER-2011, igual que en la EDER-1998 (Zavala de Cosío, 2005), pero hay pocos cambios entre las generaciones intermedias y jóvenes. Encontramos también que la edad mediana al primer hijo fue de 20 años para las mujeres de las generaciones 1951-1953 y de 24 años para los hombres de esas mismas generaciones; entre las mujeres de las generaciones 1966-1968, la edad mediana al primer hijo aumentó un año, mientras que en el caso de los hombres esa edad se redujo en un año. Sin embargo, las edades medianas al primer hijo de hombres y mujeres de las generaciones 1978-1980 no cambiaron respecto de las edades medianas de las generaciones intermedias.² En términos generales, observamos, entonces, un retraso en el inicio de la maternidad y un rejuvenecimiento de la paternidad en las generaciones intermedias respecto de las avanzadas, pero no hay ningún cambio en las generaciones jóvenes (cuadro 1.1).

Las tasas de fecundidad acumulada a los 29 años de edad reflejan también esta desaceleración del cambio reproductivo en México: la descendencia acumulada de las mujeres de las generaciones intermedias era 34% menor a la descendencia acumulada de las mujeres de las generaciones avanzadas (1.8 y 2.8 hijos por mujer, respectivamente), mientras que la descendencia acumulada de las mujeres de las generaciones más jóvenes (1.56 hijos por

² Cálculos hechos con datos ponderados y truncados a los 29 años.

mujer) era sólo 15% menor a la de las mujeres de las generaciones intermedias. Un patrón similar ocurre en el caso de los hombres (1.9, 1.4 y 1.2 hijos por hombre en las generaciones avanzadas, intermedias y jóvenes, respectivamente).

Cuadro 1.1. Evolución de las edades medianas al nacimiento del primer hijo de mujeres y hombres de tres grupos de generaciones residentes en zonas urbanas de México

Edad mediana al nacimiento del primer hijo	Generaciones			Cambio entre 1951-1953 y 1978-1980
	1951-1953	1966-1968	1978-1980	
Mujeres	20	21	21	1
Hombres	24	23	23	-1

Fuente: EDER (2011). Datos ponderados y truncados a los 29 años de edad.

Es notable que los niveles de la fecundidad de 15-19 años no variaran de manera importante entre las generaciones intermedias y jóvenes (cuadro 1.2). Además, si bien los niveles de fecundidad han disminuido entre las generaciones (gráfica 1.1), es cierto también que no hay cambios generacionales en las edades a las que se dan las mayores tasas de fecundidad femenina (entre los 20 y 24 años de edad) y las mayores tasas de fecundidad masculina (de los 25 a 29 años de edad).

Al examinar a las familias que ya habían completado su vida reproductiva, las cuales pertenecen a las generaciones 1951-1953 y 1966-1968,³ observamos entre las mujeres de las generaciones avanzadas que la probabilidad de tener al menos un hijo fue de 0.94, la de tener un segundo hijo de 0.92, la de tener un tercero de 0.83, y la probabilidad de tener cuatro o más hijos de 0.65; es decir, los nacimientos de los tres primeros hijos son casi universales. En las generaciones intermedias siguieron muy altas las probabilidades

³ Las mujeres de esas generaciones tienen al menos 43 años de edad, se puede considerar que la gran mayoría terminó de formar su descendencia a esa edad.

de agrandamiento de las familias para los dos primeros hijos y disminuyeron en los órdenes superiores de nacimiento: 0.92 la probabilidad de tener al menos un hijo, 0.85 la de tener un segundo hijo, 0.62 la de tener un tercero, y 0.40 la probabilidad de tener cuatro o más hijos (gráfica 1.2). La limitación de los nacimientos ya se percibe, pero sólo a partir del tercer hijo.

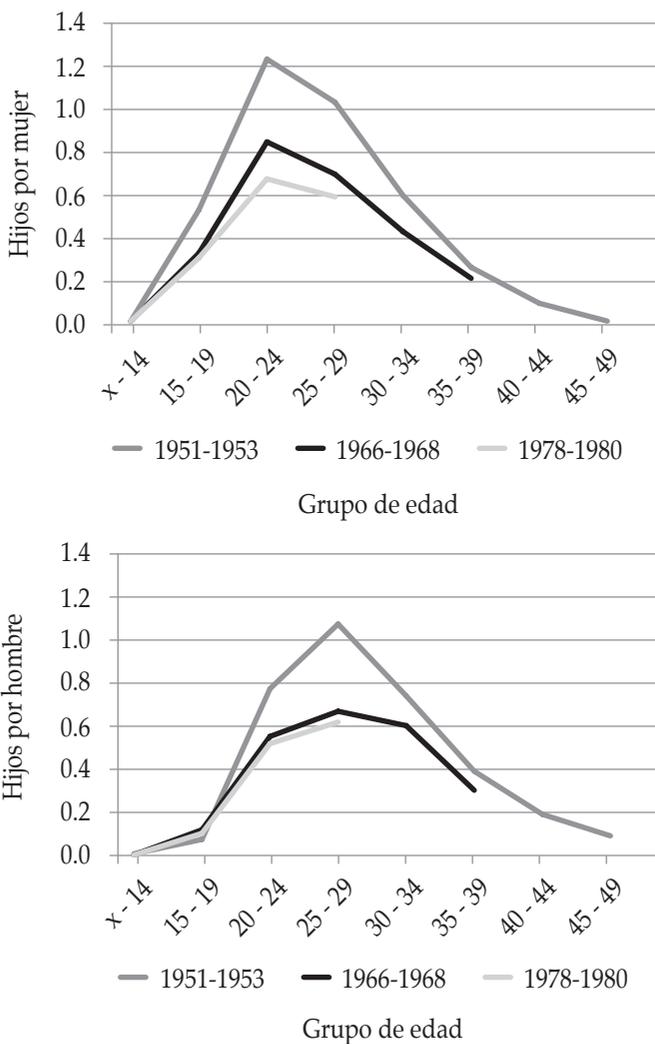
Cuadro 1.2. Tasas de fecundidad de mujeres y hombres de tres generaciones residentes en zonas urbanas de México

Grupo de edad (años)	Mujeres			Hombres		
	1951-1953	1966-1968	1978-1980	1951-1953	1966-1968	1978-1980
x-14	0.006	0.006	0.012	0.000	0.000	0.000
15-19	0.522	0.312	0.298	0.079	0.122	0.097
20-24	1.221	0.828	0.668	0.767	0.557	0.520
25-29	1.014	0.678	0.583	1.063	0.674	0.624
30-34	0.594	0.417		0.732	0.605	
35-39	0.260	0.206		0.388	0.311	
40-45	0.080			0.189		
45-49	0.008			0.088		
TGF	3.704			3.306		

Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

Las probabilidades de agrandamiento de las familias de los hombres también disminuyeron en las generaciones intermedias si se comparan con las probabilidades de las generaciones avanzadas: 0.93 la de tener al menos un hijo para los nacidos entre 1951-1953, y 0.86 en el caso de los hombres nacidos entre 1966-1968.

Gráfica 1.1. Tasas de fecundidad de mujeres y hombres de tres generaciones residentes en zonas urbanas de México



Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

En ambos grupos de generaciones masculinas, una vez empezada la vida familiar al tener un primer hijo, las probabilidades de tener un segundo hijo aumentaron: 0.95 y 0.88, respectivamente, y también fueron superiores a las de las mujeres (0.92 y 0.85, respectivamente), lo que indica ser una buena declaración de los hombres en cuanto a su vida familiar. La probabilidad masculina de tener al menos tres hijos fue de 0.82 y de 0.66 en cada caso, y la probabilidad de tener cuatro hijos o más, de 0.58 y 0.34, respectivamente (gráfica 1.2).

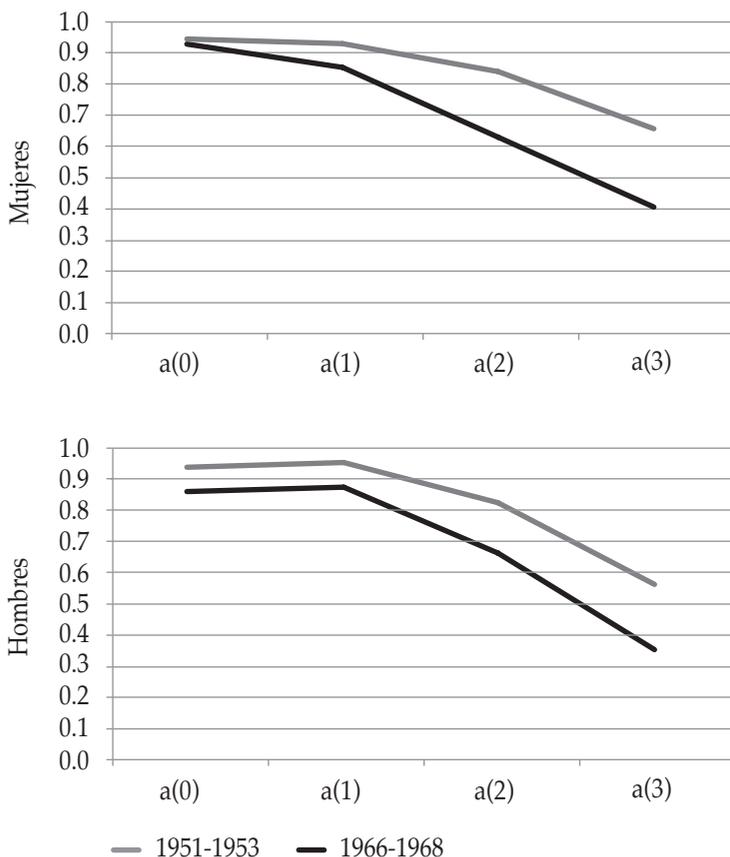
La mitad de las mujeres y de los hombres de las generaciones 1951-1953 esperaron dos años entre el primero y el segundo hijo; tres y cuatro años, respectivamente, entre el segundo y tercero. El intervalo intergenésico mediano se amplió en las generaciones 1966-1968: tres años entre el primero y el segundo hijo, y seis años entre el segundo y el tercero, tanto en el caso de hombres como en el de mujeres.

Las descendencias finales en las generaciones 1951-1953 fueron de 3.7 hijos por mujer y de 3.3 hijos por hombre, mientras que las generaciones 1966-1968 alcanzaron un poco más de 2.4 hijos por mujer y 2.3 hijos por hombre.⁴ Esta importante reducción de la fecundidad está, en primer lugar, relacionada con el mayor espaciamiento entre los hijos y, en segundo, con el aumento del porcentaje de usuarias de anticonceptivos no naturales (de 57 a 64%) y la disminución en la edad mediana de inicio de uso de alguno de esos métodos, sobre todo entre las mujeres de las generaciones intermedias.⁵

⁴ Al momento de la encuesta los nacidos en estas generaciones tenían entre 43 y 45 años, por lo que no es posible estimar las tasas de fecundidad de los grupos de edad 40-44 y 45-49 y, por lo tanto, la descendencia final de esas generaciones. Sin embargo, la descendencia a los 43 años es cercana de la descendencia final.

⁵ Es importante destacar que gran parte del aumento del porcentaje de usuarias de anticonceptivos no naturales se debe al incremento de esterilizaciones femeninas que pasó de 38 a 43% entre las mujeres que tuvieron al menos un hijo. La edad mediana para este procedimiento se redujo un año, de 32 a 31 años de edad.

Gráfica 1.2. Probabilidades de agrandamiento de las familias en dos generaciones con trayectorias reproductivas completas



Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

Como se dijo antes, en las generaciones 1978-1980 el descenso de la fecundidad se desacelera, lo que es consistente con el estancamiento en la edad mediana al primer hijo y de la edad mediana para comenzar a usar anticonceptivos no naturales entre las mujeres de las generaciones jóvenes respecto a las mujeres de

las generaciones intermedias. Es de notar que la edad mediana de inicio de uso de métodos anticonceptivos entre los hombres, a los 27 años, ya se puede observar en la generación joven entre los menores de 30 años de edad, pero no en las generaciones anteriores. El tiempo transcurrido entre la conclusión de los estudios y el primer hijo se acorta, tanto entre las generaciones femeninas como masculinas: aumenta la edad al salir de la escuela, pero no la edad mediana al primer hijo (estable entre las mujeres a los 21 años y se acorta en los hombres de 24 a 23 años) (cuadro 1.3).

Sin embargo, más allá de las tendencias globales de las generaciones, en cada una de ellas los patrones reproductivos parecen responder especialmente a las diferencias individuales de origen y de decisiones previas. A continuación, examinamos los cambios en los niveles y las tendencias de la fecundidad según el origen social, el nivel de estudios alcanzado y la experiencia migratoria.

NIVELES Y TENDENCIAS DE LA FECUNDIDAD SEGÚN EL ORIGEN SOCIAL

Para el análisis de los resultados de la EDER, Patricio Solís diseñó un Índice de Orígenes Sociales (IOS), una medida multidimensional que incluye una dimensión económica, otra de recursos educativos y otra de estatus ocupacional del jefe económico del hogar cuando *ego* era niño o niña. El nombre Índice de Orígenes Sociales busca reflejar esa multidimensionalidad (en contraste, por ejemplo, con un “índice de orígenes socioeconómicos”). El IOS no indica la posición social de origen en ninguna escala absoluta (monetaria o de otro tipo), sino en relación con el conjunto de personas pertenecientes a la cohorte de nacimiento de *ego*, por lo tanto, es una medida relativa por cohorte de la posición de *ego* en la estratificación social. El punto de referencia para la medición son los 15 años de edad de *ego*, lo cual es una variable fija a lo largo de la trayectoria de vida.

Cuadro 1.3. Evolución de las edades medianas al nacimiento del primer hijo, al concluir los estudios y al inicio del uso de anticonceptivos no naturales de mujeres y hombres de tres grupos de generaciones residentes en zonas urbanas de México

	Generaciones			Cambio entre
	1951-1953	1966-1968	1978-1980	1951-1953 y 1978-1980
Mujeres				
Edad mediana al nacimiento del primer hijo	21	21	21	0
Edad mediana al concluir los estudios	14	17	18	4
Tiempo transcurrido entre la conclusión de los estudios y el primer hijo	7	4	3	-4
Edad mediana al primer uso de anticonceptivos (sólo unidas)	28	25	24	-4
Hombres				
Edad mediana al nacimiento del primer hijo	24	23	23	-1
Edad mediana al concluir los estudios	16	17	18	2
Tiempo transcurrido entre la conclusión de los estudios y el primer hijo	8	6	5	-3
Edad mediana al primer uso de anticonceptivos (sólo unidos)	—	—	27	—

Fuente: EDER (2011). Datos ponderados y truncados a los 29 años de edad.

Al considerar el IOS por cuartiles, son notables las diferencias de fecundidad según el origen social de los individuos de un mismo grupo de generaciones: en las de 1951-1953, las tasas específicas de fecundidad de las mujeres hasta los 29 años de edad de los orígenes sociales más altos (tercero y cuarto cuartil del IOS) fueron más

bajas que las de aquéllas de orígenes sociales más bajos (primero y segundo cuartil del IOS). También se observa que entre las mujeres de generaciones avanzadas del origen social más alto (cuarto cuartil del IOS), la mayor tasa de fecundidad específica se dio a los 25-29 años de edad, mientras que en los otros orígenes sociales se dio a los 20-24 años de edad. Las edades medianas al primer hijo fueron de 20, 19 y 20 años en los orígenes sociales más bajos, mientras que en el origen social más alto fue de 23 años de edad. Además de que el calendario de la fecundidad fue más tardío, el nivel de la fecundidad en el origen social más alto fue bastante menor comparado con los niveles de la fecundidad en los otros estratos, ya que las mujeres de ese origen social tuvieron un promedio de 2.6 hijos, en tanto que las de orígenes sociales más bajos tuvieron, respectivamente, 3.3, 4.3 y 4.7 hijos por mujer en cada caso (cuadro 1.4).

Algo semejante ocurre en las generaciones 1966-1968, en las que se observa un calendario de la fecundidad particularmente tardío entre las mujeres de origen social más alto, en comparación con las mujeres de otros orígenes sociales, así como una menor intensidad de la fecundidad (una diferencia de más de un hijo en la tasa de fecundidad acumulada a los 29 años de edad entre los orígenes sociales más alto y más bajo). Sin embargo, las diferencias en las edades medianas sobre fecundidad entre los orígenes sociales se acortaron en estas generaciones respecto a las generaciones anteriores, ya que en los orígenes sociales más bajos las edades medianas al primer hijo aumentaron en al menos un año, mientras que en el más alto se mantuvieron constantes (cuadro 1.5).

En las generaciones 1978-1980, la fecundidad también es menos intensa y más tardía entre las mujeres del origen social más alto. A los 29 años de edad, la diferencia de las descendencias entre los orígenes sociales extremos es de casi un hijo. No obstante, en general, las mujeres de estas generaciones iniciaron la maternidad a edades más tempranas que las mujeres de las generaciones 1966-1968, pues con la excepción de las mujeres del segundo cuartil del IOS, las edades medianas al primer hijo se redujeron en un año (cuadro 1.6).

Cuadro 1.4. Tasas de fecundidad y edad mediana al primer hijo de las mujeres nacidas entre 1951 y 1953, según cuartiles del IOS

Grupo de edad	IOS 1	IOS 2	IOS 3	IOS 4
x-14	0.000	0.000	0.000	0.000
15-19	0.123	0.140	0.110	0.035
20-24	0.295	0.298	0.254	0.152
25-29	0.253	0.223	0.166	0.172
30-34	0.145	0.140	0.083	0.107
35-39	0.085	0.040	0.041	0.035
40-45	0.026	0.010	0.012	0.015
45-49	0.004	0.000	0.002	0.000
TGF	4.66	4.25	3.34	2.58
Edad mediana al primer hijo*	20	19	20	23

* Datos truncados a los 29 años de edad.

Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

En el caso de los hombres, en las generaciones 1951-1953, la diferencia entre los de origen social más alto y los de más bajo es de alrededor de un hijo en promedio (2.7 y 3.9 hijos por hombre). Aunque esa diferencia entre los orígenes sociales extremos se reduce a 0.4 hijos por hombre, al comparar las tasas de fecundidad acumulada a los 29 años en las generaciones 1966-1968, ésta vuelve a ser de aproximadamente un hijo por hombre en las generaciones 1978-1980 (gráfica 1.3). En ese sentido, lo que podría considerarse un avance en términos de igualdad de los padres entre orígenes sociales con el paso de las generaciones de 1951-1953 a 1966-1968, se revierte en el tránsito de las de 1966-1968 a las de 1978-1980.

Cuadro 1.5. Tasas de fecundidad y edad mediana al primer hijo de las mujeres nacidas entre 1966 y 1968, por cuartiles del IOS

Grupo de edad	IOS 1	IOS 2	IOS 3	IOS 4
x-14	0.000	0.000	0.000	0.000
15-19	0.101	0.058	0.055	0.036
20-24	0.249	0.153	0.175	0.114
25-29	0.205	0.123	0.138	0.126
30-34	0.120	0.085	0.086	0.062
35-39	0.052	0.051	0.025	0.042
Descendencia acumulada a los 29 años	2.77	1.67	1.84	1.38
Edad mediana al primer hijo*	21	20	22	23

* Datos truncados a los 29 años de edad.

Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

Cuadro 1.6. Tasas de fecundidad y edad mediana al primer hijo de las mujeres nacidas entre 1978 y 1980, por cuartiles del IOS

Grupo de edad	IOS 1	IOS 2	IOS 3	IOS 4
x-14	0.002	0.007	0.000	0.000
15-19	0.092	0.057	0.054	0.023
20-24	0.173	0.147	0.130	0.079
25-29	0.124	0.115	0.104	0.118
Tasa de fecundidad acumulada a los 29 años	1.96	1.63	1.44	1.10
Edad mediana al primer hijo*	20	21	21	22

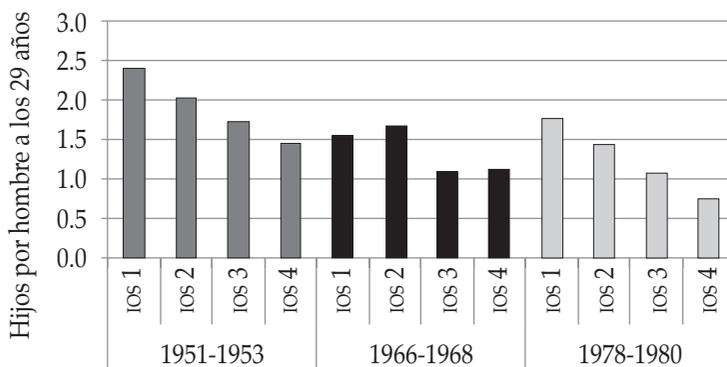
* Datos truncados a los 29 años de edad.

Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

Incluso en las edades medianas al primer hijo se observa cierta homogeneidad entre orígenes sociales de los nacidos en 1951-1953 (diferencias de un año de edad entre los de orígenes sociales más

bajos y los de orígenes sociales más altos), a mayores diferencias por origen social entre los nacidos en 1978-1980 (una diferencia de hasta tres años entre los orígenes sociales extremos). En este sentido, llama la atención el rejuvenecimiento de la paternidad en los hombres de menor origen social de las generaciones más jóvenes, cuya tasa de fecundidad específica más alta se concentra en los 20-24 años de edad, cuando típicamente esto había ocurrido a los 25-29 años de edad en las generaciones avanzadas (gráfica 1.4).

Gráfica 1.3. Tasa de fecundidad masculina acumulada a los 29 años de edad, según generaciones y cuartiles del IOS



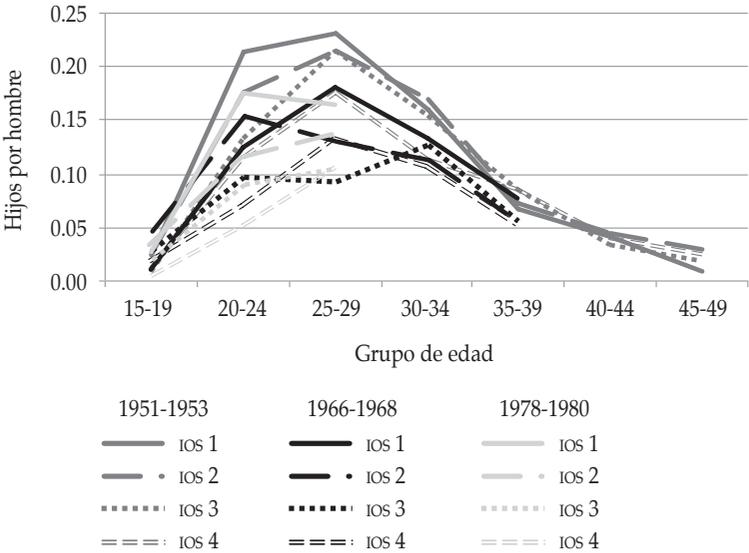
Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

NIVELES Y TENDENCIAS DE LA FECUNDIDAD SEGÚN EL NIVEL DE ESTUDIOS ALCANZADO

A mayor nivel de estudios alcanzado, mayor es la edad mediana al primer hijo entre las mujeres y los hombres de todas las generaciones y en umbrales crecientes a medida que son más jóvenes los grupos de generaciones: en las de 1951-1953, fue al aprobar algún año de secundaria; en las generaciones 1966-1968, fue al aprobar algún año de preparatoria o carrera técnica o comercial, y en las generaciones 1978-1980, al aprobar algún año de educación nor-

mal o superior. En el caso de los hombres, llama la atención que no se observan diferencias entre los niveles de primaria y de secundaria, y que sólo entre los que estudiaron normal o superior aumentó la edad mediana a la paternidad en las generaciones jóvenes respecto a las generaciones avanzadas (cuadro 1.7).

Gráfica 1.4. Tasas de fecundidad masculina según generaciones y cuartiles del IOS



Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

El aplazamiento de la maternidad o paternidad es una de las razones por las que son menores las tasas globales de fecundidad de las mujeres y de los hombres con mayores niveles de estudios. Así, en las generaciones avanzadas, mientras los que estudiaron primaria o menos alcanzaron una descendencia de 4.3 hijos por mujer y 3.8 hijos por hombre, los que estudiaron algún año de educación normal o superior tuvieron en promedio 2.1 hijos por mujer y 2.7 hijos por hombre.

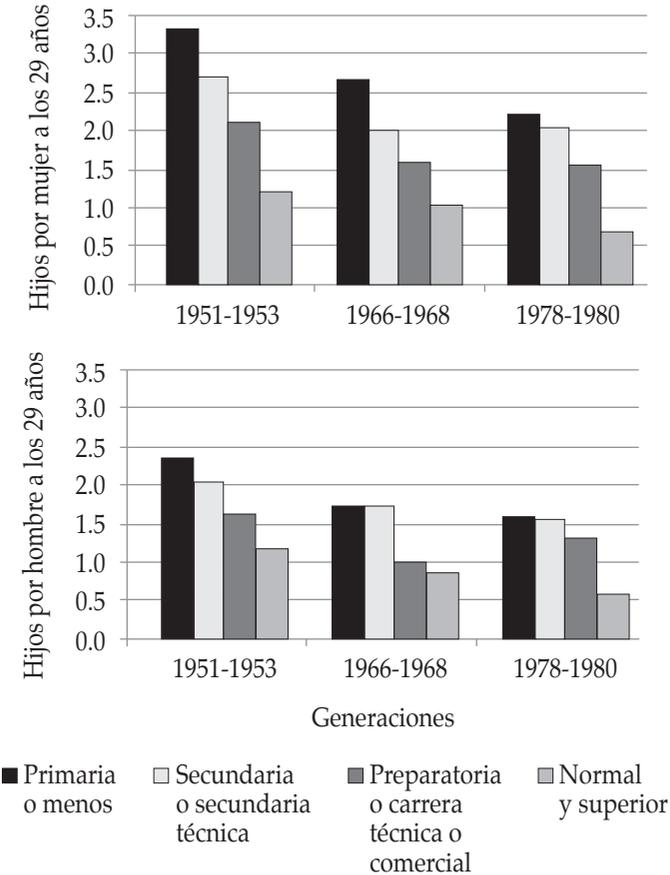
Cuadro 1.7. Edad mediana al primer hijo de mujeres y hombres de tres generaciones, según el nivel de estudios alcanzado

Nivel de estudios alcanzado	Mujeres			Hombres		
	1951- 1953	1966- 1968	1978- 1980	1951- 1953	1966- 1968	1978- 1980
Primaria o menos	19	20	20	23	23	21
Secundaria o secundaria técnica	22	20.5	20	23	22	23
Preparatoria, preparatoria técnica, o carrera técnica o comercial	22	23	22	24	23.4	23
Normal, profesional, maestría o doctorado	24	25	25	25	27	26

Fuente: EDER (2011). Datos ponderados y truncados a los 29 años de edad.

En las generaciones intermedias, quienes estudiaron primaria o menos habían alcanzado, a los 29 años de edad, una descendencia acumulada de 2.7 hijos por mujer y 1.7 hijos por hombre, y quienes estudiaron algún año de educación normal o superior, un hijo por mujer y 0.9 hijos por hombre. En las generaciones jóvenes, la fecundidad acumulada a los 29 años de edad entre los que estudiaron primaria o menos fue de 2.2 hijos por mujer y 1.6 hijos por hombre, en tanto que entre quienes estudiaron normal o superior se reduce a 0.7 hijo por mujer y 0.6 hijo por hombre. Es relevante notar que las diferencias de fecundidad por sexo en los niveles de estudios avanzados son mínimas, en contraste con lo que ocurre en los niveles de estudios inferiores (gráfica 1.5).

Gráfica 1.5. Fecundidad acumulada a los 29 años de edad, de mujeres y hombres de tres generaciones, según nivel de estudios alcanzado

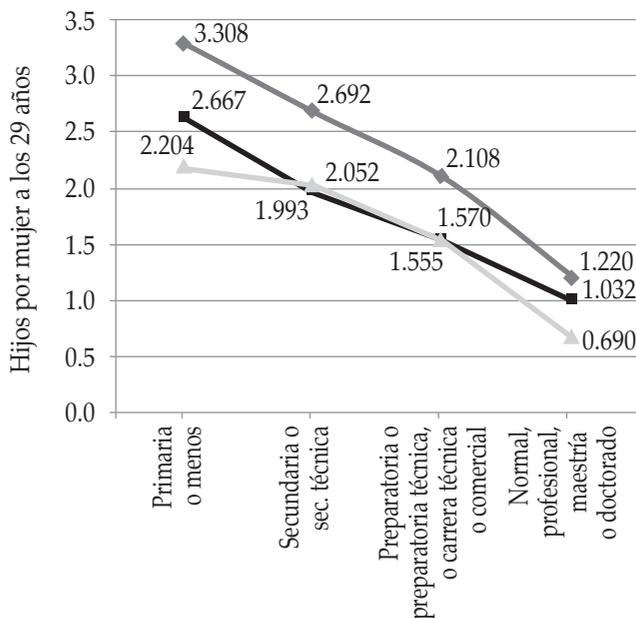


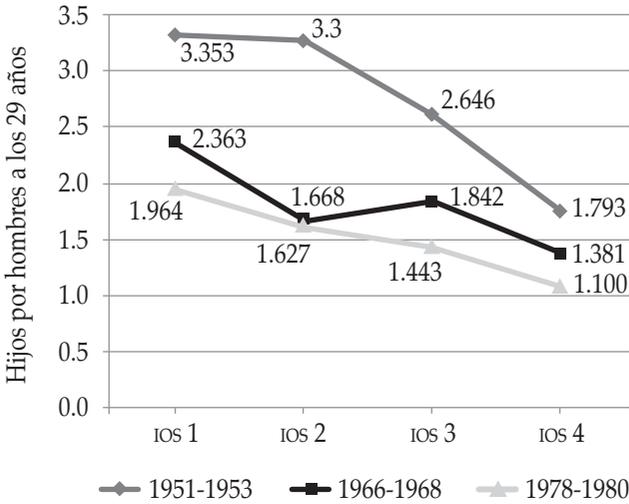
Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

Por otra parte, también hay que destacar que los diferenciales de fecundidad entre las generaciones según el nivel de estudios son casi siempre menores que los diferenciales de fecundidad según los cuartiles del IOS (gráficas 1.6 y 1.7). Ya que el IOS refleja la

posición en la escala social en la niñez (origen social), independientemente del nivel de estudios que se alcance, pero que depende de los logros personales dentro del contexto institucional de la escolaridad, durante los diferentes periodos de juventud de las generaciones. De hecho, los dos indicadores se completan en el análisis de las diferenciales sociales de la fecundidad: el IOS funciona, por su construcción, como un predictor de trayectorias marcadas por el origen social, mientras que el nivel de estudios alcanzado, aunque condicionado por la procedencia social, está determinado también por decisiones familiares e individuales, la existencia de infraestructuras en el lugar de residencia y las trayectorias de vida paralelas.

Gráfica 1.6. Tasas de fecundidad acumuladas a los 29 años de edad de mujeres de tres generaciones, según nivel de estudios alcanzado y el IOS





Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

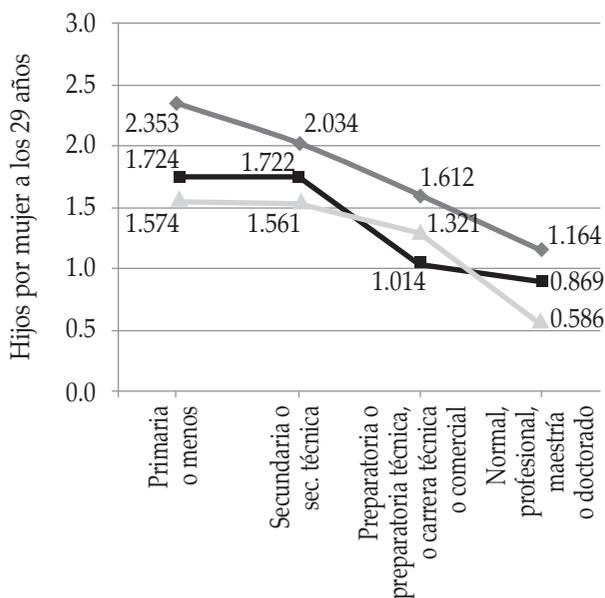
En ambos sexos, con el IOS se reflejan grandes diferencias sociales en la fecundidad de los tres primeros cuartiles entre las generaciones avanzadas e intermedias, y variaciones moderadas en el cuarto cuartil. Por otra parte, la escolaridad pone en evidencia diferencias generacionales significativas en los dos niveles extremos: primaria o menos, y normal y superior (cuadros 1.6 y 1.7).

PROBABILIDADES DE AGRANDAMIENTO DE LAS FAMILIAS COMPLETAS

Las mujeres encuestadas nacidas en 1951-1953 habían terminado su vida reproductiva al cumplir de 58 a 60 años de edad en 2011 al momento de la encuesta. Las mujeres nacidas en 1966-1968 estaban en la fase final de su vida reproductiva, al tener de 43 a 45 años de edad en 2011 al momento de la encuesta. Aunque para éstas últimas existe la posibilidad biológica de tener un hijo a esas edades, las pautas de fecundidad muestran que, de hecho, las mujeres de las generaciones intermedias dan nacimiento a su último

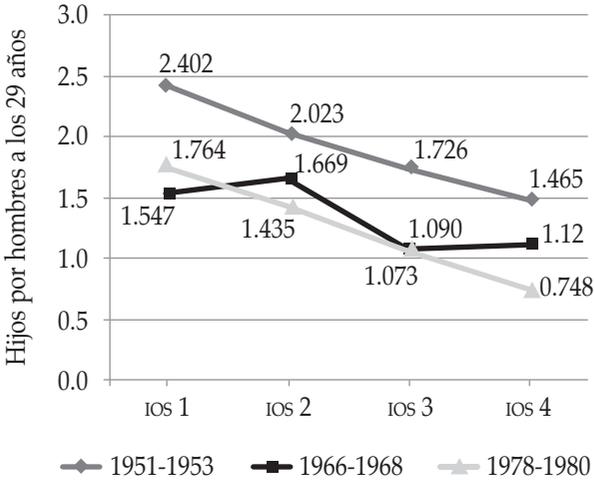
hijo en promedio a los 27.8 años⁶ y se esterilizan en promedio a los 31.4 años;⁷ es decir, podemos considerar que ese grupo de generaciones también había terminado su vida reproductiva. Por lo tanto, calculamos indicadores demográficos para las familias completas, como las probabilidades de agrandamiento, en las generaciones avanzadas e intermedias.

Gráfica 1.7. Tasas de fecundidad acumuladas a los 29 años de edad de hombres de tres generaciones, según nivel de estudios alcanzado y del IOS



⁶ A los 34 años de edad, 75% de las mujeres de esas generaciones había tenido su último hijo.

⁷ Se esterilizó un 43% de las que tuvieron al menos un hijo.



Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

Entre las mujeres de las generaciones 1951-1953, más de 70% tuvieron al menos tres hijos, mientras que entre las nacidas en las generaciones 1966-1968 la cifra apenas se acercó a 50 por ciento.⁸ Lo mismo ocurrió en el caso de los hombres (cuadro 1.8).

La edad mediana al primer hijo fue más tardía en el caso de los individuos que tuvieron dos hijos o menos, respecto a los que tuvieron al menos tres: las mujeres nacidas en 1951-1953, cuya descendencia final fue de dos hijos máximo, tuvieron su primer hijo a una edad mediana de 27 años, mientras que quienes tuvieron tres o más hijos, el primero fue a la edad mediana de 20 años. En las generaciones 1966-1968, las mujeres con menos de tres hijos iniciaron la maternidad a la edad mediana de 25 años, y las que tuvieron tres o más fueron madres por primera vez a los 20 años, igual que en el grupo de generaciones avanzadas. Los hombres de ambos grupos de generaciones que tuvieron dos hijos o menos fueron padres por primera vez a la edad mediana de 28 años, en tanto los que tuvieron tres o más hijos iniciaron la paternidad a los 24 y 23 años de edad, respectivamente (cuadro 1.8).

⁸ Datos ponderados.

En las generaciones 1951-1953 no parece haber diferencias en el nivel de estudios de hombres y mujeres con descendencias finales reducidas o numerosas, pues la mayor parte de los sujetos de la muestra alcanzó el nivel de la primaria. En cambio, en las generaciones 1966-1968, ya se observan diferencias en el nivel de estudios alcanzado por aquéllos con descendencias finales reducidas y aquéllos con descendencias finales numerosas: la mayoría de las mujeres con descendencias finales reducidas alcanzó a estudiar una carrera técnica o comercial, en tanto que la mayoría de las que tuvieron una descendencia numerosa alcanzaron sólo la primaria. Algo semejante ocurrió con los hombres: la mayor parte de los que tuvieron menos de tres hijos estudió algún año de nivel profesional, mientras que la mayoría de los que tuvieron tres o más hijos sólo alcanzó el nivel de secundaria. También parece haber una relación entre la descendencia final de las mujeres y su origen social, ya que en ambos grupos de generaciones, la mayoría de las mujeres con descendencias finales reducidas eran mujeres del cuarto cuartil del IOS (cuadro 1.8).

PROBABILIDADES DE AGRANDAMIENTO DE LAS FAMILIAS SEGÚN EL ORIGEN SOCIAL⁹

La probabilidad de tener al menos un hijo fue superior a 0.9 entre las mujeres nacidas en 1951-1953 de cualquier origen social. También fue altamente probable ($a_1 \geq 0.9$) que las mujeres de esas generaciones, de todos los orígenes sociales, tuvieran un segundo hijo. Pero sólo las mujeres de orígenes sociales más bajos (IOS_1 e IOS_2) tuvieron una alta probabilidad de tener un tercer hijo ($a_2 \geq 0.9$). La probabilidad de tener cuatro o más hijos fue de 0.77 y 0.78 en los orígenes sociales más bajos, y de 0.56 y 0.35 entre los más altos (gráfica 1.8).

⁹ En esta sección analizamos sólo a las mujeres, ya que las edades observadas en la EDER (2011) de las generaciones avanzadas e intermedias son suficientes para que las familias sean completas, lo que no es el caso de los hombres.

Cuadro 1.8. Estadísticas seleccionadas para hombres y mujeres con familias completas de distinto tamaño y generaciones

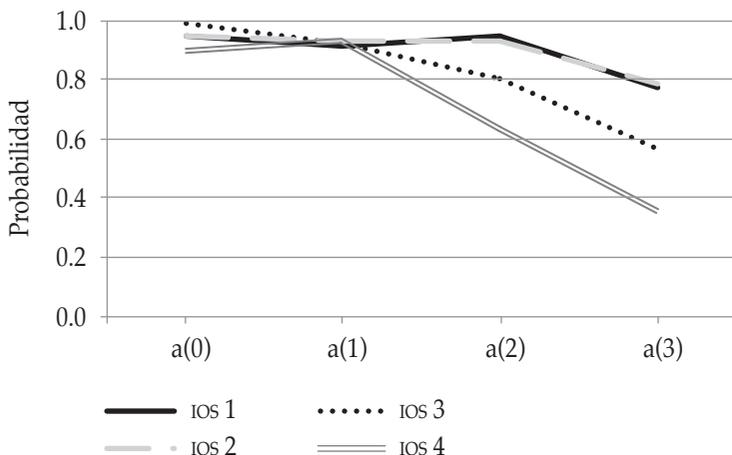
Individuos (porcentajes)	Mujeres		Hombres	
	1951-1953	1966-1968	1951-1953	1966-1968
Con nacimientos de orden 0-2	28.0%	51.1%	27.60%	50.50%
Con nacimientos de orden 3 +	72.0%	48.9%	72.40%	49.50%
Edad mediana al primer hijo (años)				
Con nacimientos de orden 0-2	27	25	28	28
Con nacimientos de orden 3 +	20	20	24	23
Según el nivel de estudios (moda)				
Con nacimientos de orden 0-2	Primaria (36.9%)	Carrera técnica o comercial (24.4%)	Primaria (30.1%)	Profesional (24.2%)
Con nacimientos de orden 3 +	Primaria (53.1%)	Primaria (32.8%)	Primaria (43.1%)	Secundaria (35.1%)
IOS (moda)				
Con nacimientos de orden 0-2	4 (43.2%)	4 (30.2%)	4 (35.0%)	3 (27.4%)
Con nacimientos de orden 3 +	1 (30.9%)	1 (29.0%)	3 (28.6%)	1 (32.1%)

Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

Las probabilidades de tener al menos un hijo fueron un poco menores para las nacidas en 1966-1968 en comparación con las nacidas en 1951-1953, excepto en el caso de las mujeres del primer cuartil del IOS, para quienes aumentó la probabilidad de tener al menos un hijo. Las probabilidades de tener dos, tres y cuatro o

más hijos fueron menores entre las nacidas en 1966-1968 en relación con las nacidas en 1951-1953, independientemente del origen social, aunque las diferencias entre el origen social más bajo y el más alto continuaron siendo notables (gráfica 1.9).

Gráfica 1.8. Probabilidades de agrandamiento de las familias según el IOS, 1951-1953

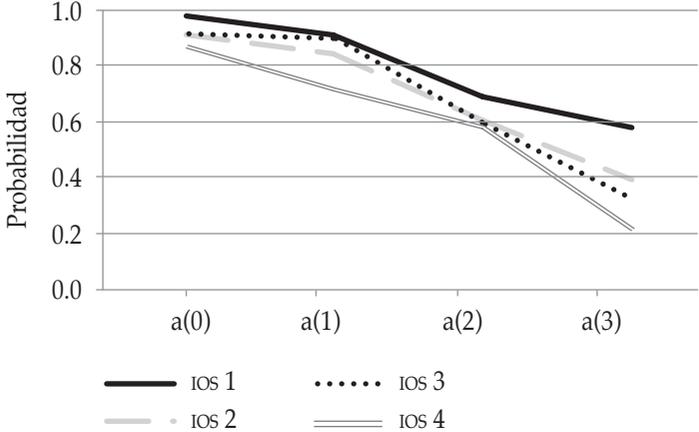


Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

PROBABILIDADES DE AGRANDAMIENTO DE LAS FAMILIAS SEGÚN EL NIVEL DE ESTUDIOS ALCANZADO

Sólo en el caso de las mujeres que estudiaron algún año de normal, profesional, maestría o doctorado, la probabilidad de tener al menos un hijo es menor a 0.9 en ambos grupos de generaciones. Las probabilidades de agrandar sucesivamente la familia están inversamente relacionadas con el nivel de estudios alcanzado. Además, para las mujeres que estudiaron secundaria o más, las probabilidades de agrandamiento de las familias disminuyeron de un grupo de generaciones al otro (gráfica 1.10).

Gráfica 1.9. Probabilidades de agrandamiento de las familias según el IOS, 1966-1968



Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

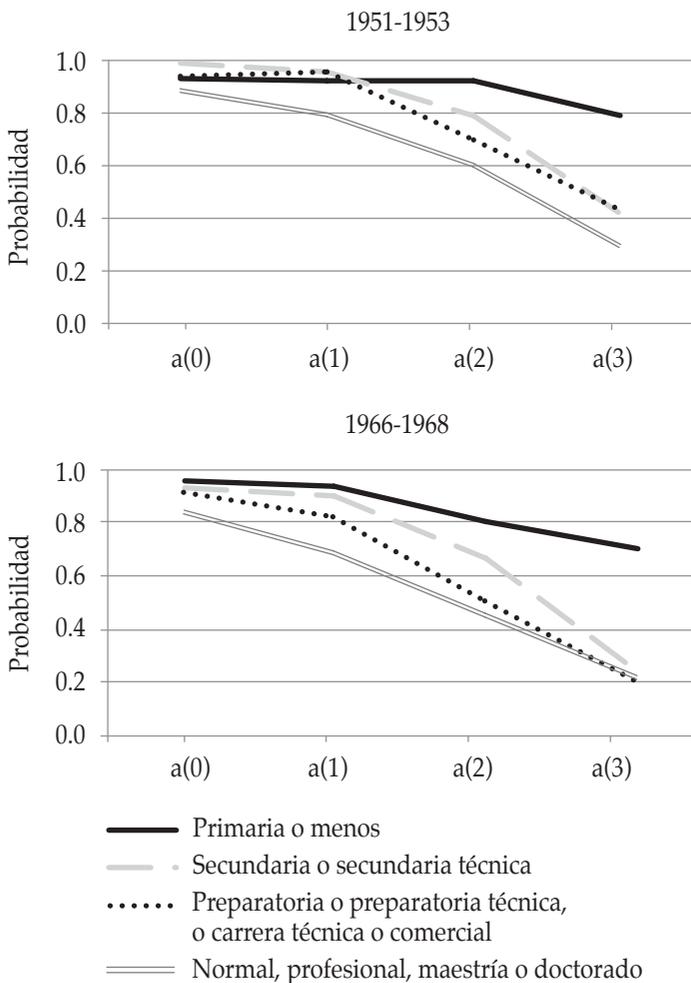
LOS DETERMINANTES DE LAS FAMILIAS NUMEROSAS

Hemos ajustado un modelo de regresión logística para estimar la probabilidad de tener más de dos hijos en función de la generación a la que pertenecen las mujeres, el tiempo transcurrido desde el primer hijo, la unión y coresidencia con el cónyuge el año anterior, el uso de anticonceptivos no naturales el año previo, el nivel de escolaridad alcanzado,¹⁰ el tamaño de la localidad de residencia el año anterior (localidad rural o urbana, o residencia en el extranjero), y el estatus laboral un año antes (cuadro 1.9). Los resultados de este modelo indican que las mujeres nacidas entre 1966-1968 fueron 59% menos propensas que las generaciones 1951-1953 a tener más de dos hijos, controlado por el resto de las variables. Las mujeres nacidas en 1978-1980, por su parte, fueron

¹⁰ El modelo también fue probado con el IOS en lugar del nivel de estudios alcanzado, pero en ese caso el modelo tenía menor poder explicativo, además de que los cuartiles del IOS no resultaron significativos en la explicación de la variable dependiente.

73% menos propensas a tener más de dos hijos en relación con las nacidas en 1951-1953, todas las demás variables constantes.

Gráfica 1.10. Probabilidades de agrandamiento de las familias según el nivel de estudios alcanzado



Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

Cuadro 1.9. Resultados del modelo de regresión logística de tiempo discreto para estimar la propensión a tener más de dos hijos

Covariables	Razones de momios
Generaciones 1951-1953 (ref.)	
Generaciones 1966-1968	0.41*
Generaciones 1978-1980	0.27*
Años desde el primer hijo	1.81*
No unidas o no corresidiendo con el cónyuge (ref.)	—
Unidas y corresidiendo con el cónyuge	7.09*
No usuarias de anticonceptivos (ref.)	—
Usuarias de anticonceptivos	-0.65*
Sin estudios (ref.)	
Primaria	0.77
Secundaria o secundaria técnica	0.39*
Preparatoria o preparatoria técnica	0.49
Carrera técnica o comercial	0.38*
Normal (básica o superior)	0.35
Profesional, maestría o doctorado	0.10*
Viviendo en localidad urbana (ref.)	—
Viviendo en localidad rural	1.37
Viviendo en el extranjero	0.46
No trabajaba (ref.)	
Trabajaba	0.92
Evaluación del modelo	—
Wald χ^2 (14 grados de libertad)	988.37
Pseudo R ²	0.6109
Log pseudolikelihood	-21 053 441

* Significativo, $p < 0.05$.

Fuente: EDER (2011). Datos ponderados y truncados a los 29 años de edad.

Entre más tiempo ha pasado desde el primer hijo, mayor es la propensión a tener más de dos hijos. Cabe destacar que, con los datos truncados a los 29 años de edad, los cuartiles para los años desde el primer hijo son los mismos en los tres grupos de generaciones: dos, cuatro y siete años, lo cual indica que en este aspecto no hay diferencias significativas entre las mujeres nacidas en 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980.

Las mujeres unidas y corresidiendo con sus parejas el año anterior fueron siete veces más propensas a tener más de dos hijos en comparación con las no unidas o no corresidiendo con sus cónyuges. Las mujeres que usaban algún método anticonceptivo no natural el año previo fueron 35% menos propensas a tener más de dos hijos.

No hay diferencia significativa entre las mujeres que estudiaron primaria y las que no tuvieron estudios, pero las mujeres que alcanzaron secundaria y las que estudiaron alguna carrera técnica o comercial fueron casi 60% menos propensas a tener más de dos hijos. Las mujeres que estudiaron nivel profesional, maestría o doctorado fueron 90% menos propensas a tener más de dos hijos que las que no tuvieron estudios.

De acuerdo con estos datos, el tamaño de la localidad de residencia y el estatus laboral de las mujeres el año anterior no son variables significativas en la determinación de agrandar las familias al controlar las demás variables.

CONCLUSIONES

La fecundidad en México sigue descendiendo pero a un menor ritmo entre las generaciones más recientes, tanto entre hombres como entre mujeres. Los patrones de calendario e intensidad de la fecundidad de las generaciones jóvenes se asemejan mucho a las generaciones intermedias, pero es notable que la fecundidad en algunos sectores de las generaciones jóvenes haya rejuvenecido, incluso es más temprana que en las generaciones intermedias. De las generaciones avanzadas a las intermedias se agrandan los intervalos intergenésicos del primero al segundo hijo, y del segundo

al tercero. También entre esas generaciones empieza a notarse la limitación de los nacimientos desde el tercer hijo.

Las diferencias sociales en México se ven reflejadas en los distintos patrones de fecundidad que coexisten en un mismo grupo de generaciones, ya que son distintas las trayectorias de vida de individuos de orígenes sociales extremos o con diferentes niveles de estudio. Lo que es relevante aquí, como en otras esferas sociales, es la polarización de las diferencias. Resulta que en el caso de las mujeres ni siquiera el estatus laboral o la residencia en localidades urbanas o rurales marca diferencias en la propensión a tener más de dos hijos. La diferencia la genera haber estudiado secundaria, carrera técnica o comercial, profesional o posgrado.

Los resultados del análisis demográfico de la fecundidad muestran, según el orden de nacimiento y las comparaciones entre las mujeres y los hombres, que la transición de la fecundidad en México es muy peculiar y diferente de los esquemas clásicos que se han conocido hasta ahora. Antes que nada, empieza la formación familiar a una edad temprana y con un ritmo acelerado que luego se detiene más o menos rápidamente según las diferentes características sociales. Las reducciones de la fecundidad de la mayoría de los países del mundo, con base en el retraso de la edad a la unión y en posponer la llegada de cada hijo, no corresponden al patrón mexicano de reducción del tamaño de las familias, basado en un arranque temprano para las uniones y los dos primeros hijos; después de tres o cuatro nacimientos se recurre a la limitación de éstos, muchas veces, con métodos anticonceptivos definitivos. Ese final repentino de las trayectorias reproductivas aparece muy ligado al uso intensivo de la esterilización femenina después de alcanzar un tamaño de familia deseado o recomendado por las instituciones de salud.

REFERENCIAS

- BRONFMAN, M., E. LÓPEZ y R. TUIRÁN (1986). "Práctica anticonceptiva y clases sociales en México: la experiencia reciente", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 1, núm. 2, pp. 165-203.

- Consejo Nacional de Población (Conapo) (2014). *Indicadores de salud reproductiva de la República Mexicana*, [http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Republica_Mexicana], consultado el 2 de junio de 2014.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/Eder/].
- JUÁREZ, F., J. QUILODRÁN y M. E. ZAVALA DE COSÍO (1996). *Nuevas pautas reproductivas en México*, México, El Colegio de México.
- LERNER, S., A. QUESNEL y M. YANES (1994). "La pluralidad de trayectorias reproductivas y las transacciones institucionales", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 9, núm. 3 (27), septiembre-diciembre, pp. 543-578.
- MIER Y TERÁN, M. (2011). "La fecundidad en México en las últimas dos décadas. Un análisis de la información censal", *Coyuntura Demográfica*, núm. 1, noviembre, pp. 57-61.
- ____ (2014). "Pautas reproductivas: la escolaridad y otros elementos explicativos", en C. Rabell Romero (coord.), *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico*, México, FCE (Sección de Obras de Sociología), pp. 306-349.
- ____ y V. PARTIDA (2001). "Niveles, tendencias y diferenciales de la fecundidad en México, 1930-1997", en J. Gómez de León y C. Rabell Romero (coords.), *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, Conapo / FCE, pp. 168-206.
- QUILODRÁN, J. (1991). *Niveles de fecundidad y patrones de nupcialidad en México*, México, El Colegio de México.
- SCHKOLNIK, S. y J. CHACKIEL (2004). "Los sectores rezagados en la transición de la fecundidad en América Latina", *Revista Cepal*, núm. 83, agosto, pp. 13-31.
- WELTI, C. (2005). "Descenso de la fecundidad y ajuste estructural en México, ¿modernización sin desarrollo?", C. Menkes y H. Hernández (coords.), *Población, crisis y perspectivas demográficas en México*, México, UNAM / CRIM, pp. 233-255.
- ZAVALA DE COSÍO, M. E. (1992). *Cambios de fecundidad en México y políticas de población*, México, FCE / El Colegio de México.

- ____ (2005). "Las tendencias de la fecundidad en los tres grupos de generaciones urbanas y rurales según el sexo", en M. L. Coubès, M.E. Zavala de Cosío y R. Zenteno, *Cambio demográfico y social en México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida*, México, Miguel Ángel Porrúa / El Colef / Tecnológico de Monterrey / Cámara de Diputados, pp. 97-119.
- ____ (2014). "La transición demográfica 1895-2010. ¿Una transición original?", en C. Rabell Romero (coord.), *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico*, México, FCE, pp. 80-114.

2. POBLACIONES INDÍGENAS URBANAS EN MÉXICO Y SU COMPORTAMIENTO REPRODUCTIVO

*Germán Vázquez Sandrin**

INTRODUCCIÓN

Ha sido demostrado de forma reiterada que la población indígena presenta una fecundidad más elevada que la población no indígena, tanto en México (Vázquez, 2010; Fernández, Salas y Villagómez, 2001) como en otros países de la región (Cepal, 2008; Chackiel, 2005). Sin embargo, no está claro a qué obedece esa diferencia: ¿especificidad cultural?, ¿pobreza?

Existe literatura que afirma que la categoría “indígena” en América Latina es una categoría panétnica (Gros, 2012: 105-106). Por lo tanto, la población indígena no tiene una cultura propia sino que es la suma de muchas y diversas culturas. Bajo este razonamiento, los “indígenas” no tienen mucho más en común que la pobreza, el ser discriminados y constituir una categoría de derecho positivo y de políticas de Estado. Por ello, en relación con la fecundidad, esta categoría no tiene una especificidad cultural sino social; aunque una etnia, por ejemplo, sí podría eventualmente tener una cultura diferenciada de las demás.

Por otra parte, existe evidencia empírica empleada para comprobar exactamente lo contrario. Con base en los datos de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva (ENSAR) 2003, en México la categoría “indígena” (compuesta por la doble condición de hablar una lengua indígena y pertenecer a un grupo étnico) es un factor explicativo de la fecundidad en un modelo multivariado que no se

* Centro de Estudios de Población, UAEH.

reduce a su estrato social ni a sus características demográficas, por lo que se asume que tiene una “especificidad cultural” que actúa sobre la fecundidad (Chávez *et al.*, 2007: 58). Sobre dicho hallazgo, en el presente capítulo coincido con Freedman (1987), en cuanto a que atribuirle a la cultura los fuertes efectos de la etnicidad sobre los niveles de fecundidad no deja de ser una suposición, a menos que el estudio aportara un análisis específico sobre qué contiene la cultura que produce una elevada fecundidad. Asimismo, es de esperar que las poblaciones indígenas, tras residir durante un tiempo suficientemente largo en una ciudad, estén más o menos forzadas, motivadas y en condiciones de adoptar un comportamiento reproductivo similar al de la mayoría urbana en sus mismas condiciones sociales, con lo cual las diferencias puramente étnicas de la fecundidad al interior del medio urbano sean menores que en el medio rural.

La hipótesis del presente trabajo es que ser indígena en el medio urbano en México —aspecto medido con tres criterios: origen, pertenencia y lengua y sus combinaciones— no tiene un efecto propio sobre la fecundidad una vez que se controlan las características sociales del individuo y de sus padres.

Si bien recientemente han proliferado los trabajos sociodemográficos acerca de las poblaciones indígenas que se abocan al estudio de una o varias ciudades (Durin, 2006; Góngora, 2011; Molina y Hernández, 2006; Nazar y Salvatierra, 2006; Vázquez y Quezada, 2011), son menos comunes los que consideran estas poblaciones en la totalidad de las ciudades del país (Hernández *et al.*, 2007; Vázquez, 2011), pese a que 39% de la población hablante de lengua indígena residía en localidades de 2500 habitantes y más en 2010. Por ello, es relevante contribuir al conocimiento en este campo, pero un factor que aspira a realizar el presente trabajo es más pertinente aún: agregar a la descripción los recursos del análisis demográfico de biografías y las categorías de identificación indígena y de origen social que la EDER-2011 por vez primera hace posible en México. Es por lo anterior que antes de probar la hipótesis previamente descrita se presentará un panorama general de las condiciones de vida y de reproducción de las poblaciones indígenas de estudio.

El capítulo está estructurado de la siguiente manera: se aborda con detalle la construcción de las cuatro categorías de población indígena que serán empleadas aquí; se estima la pérdida de la lengua y se explora la hipótesis de “desindianización” *versus* mestizaje que prácticamente no tenía sustento empírico hasta ahora; se describe un conjunto de características sociodemográficas relacionadas unas con otras para mostrar la gran desigualdad social existente entre las distintas categorías étnicas; se analiza el inicio de la vida reproductiva desde un enfoque de curso de vida diferenciando arreglos normativos y alternativos; se estudian los patrones de fecundidad de hombres y mujeres, y se ajustan modelos de regresión logística para probar la hipótesis del presente capítulo.

LA IDENTIFICACIÓN INDÍGENA

Uno de los aportes de la EDER-2011 es haber incluido por primera vez tres preguntas de identificación de la población indígena, a saber: la condición de hablante de lengua indígena del entrevistado; la condición de hablante de lengua indígena de su padre y su madre y la pertenencia del entrevistado por autoadscripción a un pueblo indígena.¹

Estas preguntas permiten construir diversas categorías de población indígena según las necesidades del usuario de los datos. En el presente estudio se construyeron cuatro variables: a saber:

- 1) La variable *hablante de lengua indígena* (HLI), que categoriza al entrevistado como hablante o no hablante de lengua indígena. Esta variable está construida con base en la misma pregunta aplicada en los censos nacionales, por lo que es comparable con distintas fuentes de datos. Este criterio tiene la ventaja de ser objetivo, pero si se emplea como único identificador indígena,

¹ Cabe mencionar que en la EDER-2011 la pertenencia sí es estrictamente por autoadscripción dado que el informante adecuado es el propio individuo seleccionado. En los censos, por ejemplo, el entrevistado es una persona de 18 años o más quien informa por todos los miembros del hogar o de la vivienda y quien los “adscribe” o no como indígenas.

la pérdida intergeneracional de la lengua indígena excluye a las personas que sí son indígenas pero no hablan la lengua.

- 2) La variable *origen indígena* resulta de combinar la condición de hablante de lengua indígena del padre o de la madre del entrevistado. Así se crearon tres categorías:
 - a) Con origen indígena: ambos hablan una lengua indígena o el padre habla y la madre no, o el padre no habla y la madre sí, o alguno de los dos sí habla y del otro no se sabe.
 - b) Sin origen indígena: ninguno de los dos habla lengua indígena o uno de los dos no habla y del otro no se sabe.
 - c) No sabe: el informante desconoce la condición de hablante de lengua indígena de ambos padres.

Es un indicador altamente sensible, ya que capta a aquellos que tienen ascendencia indígena independientemente de que se consideren indígenas o no. Pero utilizado como criterio único no permite determinar la identidad indígena de la persona (Giusti, 2000).

- 3) La variable *pertenencia a un pueblo indígena por autoadscripción*, en la que el entrevistado se adscribe a un pueblo indígena o como no perteneciente. Ésta tiene la ventaja de incluir a las personas que ya no hablan la lengua indígena pero sí se consideran indígenas, así como excluir a los hablantes que no pertenecen a un pueblo indígena. Esta pregunta concuerda con la perspectiva de derechos en tanto la adscripción a un *pueblo indígena* —y no a una *cultura indígena* como figura en el cuestionario ampliado del censo de población de 2010— es una de las características que define a las personas como sujetos de derechos indígenas. Esta variable, entre las demás, es la que teóricamente puede emular de forma más apropiada a la identidad indígena.
- 4) La *identificación indígena* se realiza con base en el uso combinado de las tres variables anteriores, se asume que las tres tienen el mismo nivel de importancia. Si la persona tiene el origen, habla una lengua o pertenece a un pueblo indígena es identificada como indígena. Esta variable se justifica por el principio de gradualidad de la identidad indígena ampliamente desarrollado en la psicología social (Erickson, 2006; Phinney, 1992;

Phinney y Ong, 2007). Bajo este enfoque, la identidad étnica es un proceso que se desarrolla a lo largo de la vida, que está determinado por el origen étnico de los padres, pero que el individuo explora y ratifica o no en el curso de su vida.

La población obtenida por medio de las variables anteriores se presentan en el cuadro 2.1 y en el cuadro 2.2 se especifican los criterios de identificación empleados para la construcción de cada categoría. Puede apreciarse que la proporción de hablantes de lenguas indígenas es menor que la de pertenecientes a un pueblo indígena. Sin embargo, la proporción de población con origen indígena es más de tres veces superior a la de hablantes de lengua indígena. Finalmente, la población identificada como indígena, que combina la lengua, el origen y la autoadscripción, eleva la proporción de indígenas a poco más de 10% de la población estudiada (cuadro 2.1).

Cuadro 2.1. Población según categoría de identificación indígena

Categoría	Porcentaje
No hablante de lengua indígena	97.2
Hablante de lengua indígena	2.8
Total	100
Sin origen indígena	88.4
Con origen indígena	8.6
No sabe	2.9
Total	100
No pertenece a un pueblo indígena	96.3
Sí pertenece a un pueblo indígena	3.7
Total	100
No indígena (origen, lengua o autoadscripción)	89.8
Indígena (origen, lengua o autoadscripción)	10.2
Total	100

Fuente: Cálculos propios realizados con datos de la EDER (2011).

Cuadro 2.2. Población indígena total y su distribución porcentual según categoría de identificación indígena y criterio de identificación

Indígena			
Origen	Autoadscripción	HLI	Porcentaje
✓	✓	✓	1.4
✓	✓	✗	0.9
✗	✓	✓	0.0
?	✓	✓	0.1
✓	✗	✓	0.9
✓	✗	✗	5.4
✗	✗	✓	0.2
✗	✓	✗	1.1
?	✓	✗	0.1
?	✗	✗	2.8
✗	✗	✗	87.0
Total			100

Fuente: Cálculos propios realizados con datos de la EDER (2011).

PÉRDIDA DE LA LENGUA Y DESINDIANIZACIÓN

Muy pocas encuestas nacionales como la EDER permiten estimar la ruptura en la transmisión de padres a hijos de la lengua indígena.² La proporción de pérdida intergeneracional de la transmisión de la lengua indígena es de 73% entre entrevistados (no hablantes de lengua indígena) y sus padres (hablantes de lengua indígena) de la población de las tres cohortes de nacimientos 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980, residentes en el medio urbano al momento de la encuesta. Del total de personas a las que sus padres no enseñaron la lengua indígena, 15% se autoadscriben a un pueblo indígena. El restante 85% no sólo perdió la lengua indígena,

² Una excepción es la ENSAR (2003).

sino también la pertenencia a un pueblo indígena. Las personas de ese 15% que se adscriben a un pueblo indígena tienen un origen rural (80% nació en el medio rural) y modesto (83% se enmarca en el tercil más bajo del Índice de Orígenes Sociales [IOS]), mientras que las personas del restante 85% que no se adscriben a un pueblo indígena tienen un origen urbano (53% nació en el medio urbano) y menos modesto (44% en el primer tercil, 32% en el segundo y 24% en el tercero del IOS). Permanecer residiendo en el medio rural es un factor conservador de la transmisión de las lenguas indígenas, pero no facilita la movilidad social ascendente. Los resultados de la ENSAR-2003 son bastante similares a los de la EDER-2011 (cuadro 2.3); muestran 67% de pérdida de la lengua indígena en el medio urbano, mientras que en el medio rural apenas fue de 29 por ciento.

Cuadro 2.3. Proporción de personas no hablantes de lengua indígena cuyo padre o madre hablaba una lengua indígena (pérdida intergeneracional de la lengua indígena)

Tamaño de localidad	Categoría	ENSAR-2003 (%)	EDER-2011 (%)
Rural	Padres HLI	29.0	
	Padres no HLI	71.0	
	Total	100	
	Pérdida de la lengua	29.0	
Urbano	Padres HLI	8.0	10.0
	Padres no HLI	92.0	90.0
	Total	100.0	100.0
	Pérdida de la lengua	67.0	73.0
Nacional	Padre HLI	13.0	
	Padres no HLI	87.0	
	Total	100.0	
	Pérdida de la lengua	47.0	

Fuente: Cálculos propios realizados con datos de la EDER (2011) y la ENSAR (2003).

¿Por qué se pierde la lengua indígena? Existe una línea de investigación que busca demostrar con datos censales que en México, en lugar del mestizaje, ha sido la desindianización la causa de la pérdida de la lengua indígena (Pla, 2011). Tal como lo explica Dolores Pla, la desindianización no es el resultado del mestizaje biológico, sino de la acción de fuerzas etnocidas (2011: 72). Este proceso se cumple cuando la población deja de considerarse india, aun cuando en su forma de vida lo siga siendo.

La variable de origen étnico se acerca al concepto de *mestizaje*, entendido como los nacimientos que resultan de una unión conyugal entre indígena y no indígena. Los entrevistados hijos de hablante y de no hablante de lengua indígena son mestizos, y los entrevistados con ambos padres hablantes de lengua indígena son indígenas.

Bajo este principio, si se comprobara que el nivel de la pérdida intergeneracional de la lengua indígena presenta los mismos niveles en entrevistados mestizos que en hijos de indígenas, habría elementos tendientes a probar que no ha sido el mestizaje sino la desindianización la razón de la pérdida de su lengua (y, por lo tanto, de la desaparición del indio identificado únicamente por medio de la lengua hablada), es decir, la pérdida de la lengua indígena no tendría nada que ver con su origen biológico mestizo.

Los datos de la EDER muestran que, en el ámbito urbano del país, cuando ambos padres de *ego* hablan una lengua indígena, la pérdida de la lengua ocurre en 58% de los casos; cuando el padre habla una lengua indígena y la madre no, la pérdida de la lengua es 96%, y cuando la madre habla una lengua indígena y el padre no, la pérdida de la lengua en su hijo o hija es 92%. De lo anterior se desprende que el mestizaje es el principal factor de pérdida de la lengua indígena en el medio urbano, aunque la desindianización se relaciona con 58% de los hijos de indígenas no mestizos.

CARACTERÍSTICAS SOCIODEMOGRÁFICAS
DE LA POBLACIÓN INDÍGENA URBANA

La población indígena residente en ciudades está fuertemente seleccionada por la migración. De los indígenas entrevistados, 59% de los hombres y 61% de las mujeres nacieron en una localidad rural, contra 25 y 23% de la población no indígena, respectivamente. La mayor parte de las personas que presentan algún rasgo indígena, sea la lengua, el origen o la autoadscripción, nació en el medio rural. Destaca el caso de los hombres que se autoadscriben como pertenecientes a un pueblo indígena por ser los que en mayor porcentaje nacieron en el medio rural: 88% (cuadro 2.4).

Cuadro 2.4. Proporción de personas según sexo, tipo de localidad de nacimiento y categoría de identificación indígena

Sexo	Tipo de localidad	Hablante de lengua indígena (%)	Con origen indígena (%)	Auto-adscrito (%)	Indígena (%)	No indígena (%)
Hombres	Urbano	21	41	12	41	75
	Rural	79	59	88	59	25
	Total	100	100	100	100	100
Mujeres	Urbano	27	40	24	39	77
	Rural	73	60	76	61	23
	Total	100	100	100	100	100

Fuente: Cálculos propios realizados con datos de la EDER (2011).

Haber residido en una localidad rural entre el nacimiento y los 15 años de edad, que representa el periodo de socialización del individuo, concierne a 47% de la población autoadscrita, 40% de la población hablante de lengua indígena, 32% de la población con origen indígena, 32% de la población indígena y 11% de la población total.

La trayectoria laboral de la población indígena encaja perfectamente con su perfil migratorio. Si se consideran los años de infancia y adolescencia (7-17 años) por un lado, y los años de vida adulta en edad de trabajar (18-59 años) por otro, se observa que la propensión a trabajar en estas dos etapas de la vida ha sido mayor para los indígenas que para los no indígenas.

Destacan por su elevada propensión a realizar alguna actividad económica los hablantes de lengua indígena, quienes dedicaron al trabajo en promedio 35% de su vida en las edades de la niñez y la adolescencia y 95% de su vida en edades productivas (cuadro 2.5). El hecho de que la población indígena tenga una elevada propensión a la actividad económica es consistente con que la migración ha seleccionado a la población más necesitada y con mayores posibilidades de insertarse en el mercado laboral urbano. En cuanto a las mujeres, las indígenas presentan una mayor proporción de años dedicados al trabajo respecto a las no indígenas, particularmente durante los 7-17 años. Las hablantes de lengua indígena y las autoadscritas a un pueblo indígena muestran mayor proporción a trabajar entre los 7 y 17 años y menor entre los 18 y 59 años en cada etapa de la vida respecto a las mujeres no indígenas (cuadro 2.5).

En cuanto a la calificación del trabajo, el tipo de ocupaciones de *ego* a los 30 años de edad por hombres y mujeres presenta una menor calificación para indígenas respecto a los no indígenas. Nuevamente, destacan los hablantes de lengua indígena y la población autoadscrita por su baja calificación laboral en ambos sexos. Ellos presentan niveles similares a los de la población en el tercil más bajo del IOS (68% manual y 32% no manual para los hombres, y 70% manual y 30% no manual para las mujeres).

La trayectoria escolar presenta, asimismo, características muy particulares en la población indígena urbana. El número promedio de años de asistencia a la escuela, acumulados a la edad de 30 años, muestra menores niveles para indígenas respecto a los no indígenas. Tanto para hombres como para mujeres, los niveles más bajos de asistencia escolar se encuentran en los hablantes de lengua indígena y autoadscritos a un pueblo indígena.

Cuadro 2.5. Proporción de años-personas ocupados según sexo, grupo de edad y categoría de identificación indígena

Sexo	Grupos de edad	Trabaja (%)	No trabaja (%)	Total (%)
Hablante de lengua indígena				
Hombres	7-17	35	65	100
	18-59	95	5	100
Mujeres	7-17	19	81	100
	18-59	49	51	100
Con origen indígena				
Hombres	7-17	27	73	100
	18-59	93	7	100
Mujeres	7-17	15	85	100
	18-59	57	43	100
Autoadscrito				
Hombres	7-17	31	69	100
	18-59	92	8	100
Mujeres	7-17	18	82	100
	18-59	48	52	100
Indígena				
Hombres	7-17	27	73	100
	18-59	93	7	100
Mujeres	7-17	15	85	100
	18-59	55	45	100
No indígena				
Hombres	7-17	23	77	100
	18-59	90	10	100
Mujeres	7-17	11	89	100
	18-59	54	46	100

Fuente: Cálculos propios realizados con datos de la EDER (2011).

Sin embargo, las mujeres hablantes de lengua indígena alcanzan en promedio menos de 6 años de primaria (5.2 años), mientras que las no indígenas en promedio tienen casi el equivalente a primer grado de bachillerato (9.9 años). En cuanto a la escolaridad, las brechas de género en los indígenas son mucho más grandes que las brechas étnicas. En particular, entre los hablantes de lengua indígena, los hombres tienen casi tres años en promedio más de asistencia a la escuela que las mujeres (cuadro 2.6).

Cuadro 2.6. Años promedio de asistencia escolar acumulados a los 30 años, según sexo y categoría de identificación indígena

Sexo	Hablante de lengua indígena	Con origen indígena	Autoadscrito	Indígena
Hombres	8.1	9.4	8	9.5
Mujeres	5.2	8.1	6.9	8.2

Fuente: Cálculos propios realizados con datos de la EDER (2011).

Un elemento que permite completar el análisis de las variables socioeconómicas es el número de bienes en la vivienda en el momento de la entrevista como *proxy* de la riqueza o recursos económicos del individuo. La variable fue construida tratando de ajustar el número mediano de bienes en la vivienda para la población total de ambos sexos y de las tres cohortes: 51.5% con 0-5 bienes y 48.5% con 6-9 bienes.

Los resultados confirman el análisis obtenido previamente con base en el tipo de empleo y la escolaridad respecto a varios aspectos de desigualdad, el bajo nivel socioeconómico de la población indígena, en general, en relación con la no indígena, en particular de los hablantes de lengua indígena y los autoadscritos en ambos sexos, así como la similitud existente entre “indígenas” y la población con origen indígena. El relativamente alto nivel socioeconómico de esta última, en la medida en que perdió la lengua indígena en algún momento, tiende a confirmar de forma indirecta la asociación entre el incremento en el bienestar socioeconómico y la

desaparición de la lengua indígena pero, sobretodo, se aprecia una amplia brecha de énero en los niveles socioeconómicos entre indígenas. La proporción de personas que tiene de 0 a 5 bienes en la vivienda es superior para las mujeres hablantes de lengua indígena respecto a los hombres hablantes de lengua indígena en 10 puntos porcentuales; 9 puntos para las indígenas y para las autoadscritas, y 8 puntos para las que tienen origen indígena (cuadro 2.7). Por el contrario, para los no indígenas hay una ligera superioridad en la proporción de mujeres que tienen más bienes.

Cuadro 2.7. Proporción de personas según sexo, número de bienes en la vivienda al momento de la entrevista y categoría de identificación indígena

Sexo	Número de bienes	Hablaante			Indígena (%)	No indígena (%)
		de lengua indígena (%)	Con origen indígena (%)	Auto-adscrito (%)		
Hombres	0-5	69	58	73	57	53
	6-9	31	42	27	43	47
	Total	100	100	100	100	100
Mujeres	0-5	79	66	82	66	51
	6-9	21	34	18	34	49
	Total	100	100	100	100	100

Fuente: Cálculos propios realizados con datos de la EDER (2011).

El IOS calculado por el doctor Patricio Solís (véase la introducción de este libro, p. 30) muestra una fuerte correlación con las distintas categorías de identificación indígena. El estrato social de los padres, estimado a partir de su escolaridad, ocupación y bienes, es muy desfavorable para la población identificada como indígena en cualquiera de sus categorías. Si se observa por cohortes, la población indígena tiene peores niveles de IOS a medida que se consideran cohortes más jóvenes.

La población hablante de lengua indígena y la población autoadscrita son las que tienen los orígenes sociales más desfavorecidos en las tres cohortes de nacimientos; en segundo lugar está la población con origen indígena. Cabe destacar que, pese a que por definición se selecciona en esta categoría a todas las personas con padre o madre hablante de lengua indígena, no son ellos los que presentan niveles más bajos en los orígenes sociales, sino los hablantes y autoadscritos quienes, a su vez, no necesariamente tienen un origen indígena. La población con origen indígena presenta un incremento en la proporción de personas en el tercil más bajo a medida que se consideran cohortes más jóvenes: 47% en la cohorte avanzada, 60% en la intermedia y 65% en la más joven. Lo anterior puede estar relacionado con que la migración rural-urbana, al descender su intensidad en las últimas décadas en México, se vuelva cada vez más selectiva de la población más pobre (cuadro 2.8).

INICIO DE LA VIDA REPRODUCTIVA

Desde un enfoque de curso de vida, el inicio de la vida reproductiva es una transición compuesta por la secuencia de tres eventos fundamentales: la emancipación del hogar paterno, la primera unión conyugal y el primer hijo. Las características de esta transición tienen efectos en otras trayectorias, típicamente la escolar, laboral y en el número y espaciamiento de los hijos. El estudio de la transición que marca el inicio de la vida reproductiva muestra arreglos de distintos tipos, algunos normativos y otros alternativos, que diferencian a la población según su identificación indígena.

La emancipación, en este trabajo, es entendida como el fin de la coresidencia con el padre y la madre, incluyendo cuando esto ocurre por la defunción de algunos de ellos. Sólo se considera la primera emancipación en la vida. La primera unión recae en el año en que la pareja se une por matrimonio religioso, civil o en unión libre y corresponde al inicio de su coresidencia.

Cuadro 2.8. Proporción de personas según cohorte, IOS en terciles y categoría de identificación indígena

Cohortes	Estratos en terciles	Habla de lengua			Indígena (%)	No indígena (%)
		indígena (%)	Con origen indígena (%)	Auto-adscrito (%)		
1951-1953	1	67	47	49	45	33
	2	23	35	45	37	33
	3	10	18	6	18	34
	Total	100	100	100	100	100
1966-1968	1	85	60	83	60	31
	2	11	20	12	21	34
	3	4	20	5	19	35
	Total	100	100	100	100	100
1978-1980	1	72	65	82	61	31
	2	15	24	12	26	34
	3	13	11	6	13	35
	Total	100	100	100	100	100

Fuente: Cálculos propios realizados con datos de la EDER (2011).

Para los hombres, la secuencia normativa, que consiste primero en la emancipación, después la unión y finalmente el primer hijo (E-U-H) es lo que ocurre con más frecuencia, entre indígenas o no indígenas. La segunda trayectoria más frecuente es la emancipación y la unión en el mismo año y posteriormente el primer hijo (E+U-H). No existe una tercera trayectoria más frecuente para todos los hombres, ésta depende de la condición indígena del entrevistado (cuadro 2.9).

Cuadro 2.9. Proporción de hombres según trayectorias de inicio de la vida reproductiva y categoría de identificación indígena

Trayectorias	No indígenas (%)	Indígenas (%)	HLI (%)	Auto-adscritos (%)	Con origen (%)	Total (%)
E-U-H	27	36	42	37	36	28
E-U+H	7	10	11	6	10	7
E+U-H	18	20	17	20	19	18
U-H-E	5	9	10	14	8	6
H-E-NU	8	3	4	3	2	7
U-H-NE	12	6	4	5	7	11
NE-NU-NH	6	6	4	2	7	6
Resto	17	10	18	13	11	17
Total	100	100	100	100	100	100
...NE	15	9	7	12	9	14
H-U	3	3	1	4	2	3
...NU	8	3	4	3	2	7
...NH	3	3	5	2	3	3
U-H	65	71	73	76	71	66
U+H	15	15	14	13	15	15
...E	13	11	11	14	12	13
E...	59	71	74	67	71	60

E: Emancipación

U: Unión

H: Primer hijo

NE: No emancipación

NU: No unión

NH: No primer hijo

+ : Al mismo tiempo

- : Seguido de

Fuente: Cálculos propios realizados con datos de la EDER (2011).

La población masculina hablante de lengua indígena es la que presenta una mayor concentración en la secuencia normativa (42%), seguida de la población autoadscrita (37%), la población con origen indígena (36%), los indígenas (36%) y finalmente los no indígenas (27%). Pareciera que la trayectoria de emanciparse, unirse y tener a su primer hijo responde a un patrón tradicional que se ha ido perdiendo en los varones no indígenas del medio urbano. De hecho, si se observa el total de los entrevistados varones por cohortes de nacimiento, se aprecia que la proporción que cursa esta trayectoria normativa va disminuyendo a medida que se consideran cohortes más jóvenes: 39%, 28% y 22% de las cohortes 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980, respectivamente.

Las mujeres muestran una mayor variedad de trayectorias dependiendo de la condición indígena y del tipo de categoría indígena de que se trate. No se concentran tanto como los hombres en uno o dos patrones normativos. A diferencia de los hombres, no existe una sola trayectoria que sea la más frecuente para todas las mujeres, independientemente de su condición indígena. La trayectoria cursada con mayor frecuencia por las mujeres no indígenas y por las hablantes de lengua indígena es la ocurrencia en el mismo año de la emancipación y la unión seguidas del primer hijo (E+U-H); para las mujeres autoadscritas a un pueblo indígena y aquellas con origen indígena la secuencia normativa es la más frecuente (E-U-H) (cuadro 2.10). Si se observa al total de las mujeres entrevistadas por cohortes, se aprecia que la cohorte más joven (1978-1980) ha abandonado parcialmente las dos trayectorias más frecuentemente adoptadas (E+U-H y E-U-H) para adoptar otras menos frecuentes, como la unión, el primer hijo y la no emancipación (U-H-NE) (13% de las mujeres de la cohorte más joven) o ser madre soltera (H-E-NU) (10% de las mujeres de la cohorte más joven).

Por otra parte, la secuencia entre la unión y el nacimiento del primero hijo (U-H) tradicionalmente en la sociedad mexicana tiene un fuerte orden normativo, el cual es un rasgo del catolicismo predominante en nuestra sociedad: 66% de los hombres en total siguen este orden. De los hombres autoadscritos a un pueblo indígena, 76% tuvo primero la unión y después a su primer hijo; 73% de los hablantes de lengua indígena; 71% de los que tienen origen

indígena; 71% de los indígenas, y 65% de los que no son indígenas. Como se puede observar, la población indígena en general, pero los autoadscritos y los hablantes en particular, son los más apegados al cumplimiento de esta norma. Cabe mencionar que una proporción de entre 13 y 15% de los hombres tuvo a su primer hijo el mismo año en que por primera vez se unió conyugalmente con una pareja (H+U).

El grupo de trayectorias masculinas que cursan la primera unión y el primer hijo ordenados en todas sus posibles combinaciones pero que terminan en la no emancipación (...NE) —es decir, que continúan residiendo con los padres del entrevistado— tiene valores de 15% en la población no indígena y 9% en la indígena; para los hablantes de lengua indígena se reduce a 7%. Por otro lado, las trayectorias que inician con la emancipación y continúan con las combinaciones posibles entre el primer hijo y la unión conyugal (E...) son cursadas por 59% de los no indígenas, 71% de los indígenas, 74% de los hablantes de lengua indígena, 67% de los autoadscritos y 71% de los que tienen origen indígena. El peso que tiene la emancipación al inicio de la vida adulta en los indígenas respecto a los no indígenas puede deberse a la elevada migración de los primeros —en particular de los hablantes y autoadscritos— o a patrones culturales. De cualquier forma, la tendencia de esta trayectoria que inicia con la emancipación va en decremento: 73%, 63% y 50% en las cohortes masculinas 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980, respectivamente.

En cuanto a las mujeres, la secuencia normativa que dicta que la unión debe anteceder a la llegada de los hijos (U-H) es cumplida por 64% del total de las entrevistadas, 65% de las indígenas, 70% de las hablantes de lengua indígena, 62% de las autoadscritas a un pueblo indígena y 63% de las que tienen origen indígena en alguno de sus padres. Como se puede apreciar, también en las mujeres esta secuencia de eventos demográficos es muy practicada, en particular por las mujeres indígenas, y entre ellas un grupo tradicional como son las hablantes de lengua indígena.

Cuadro 2.10. Proporción de mujeres según trayectorias de inicio de la vida reproductiva y categoría de identificación indígena

Trayectorias	No indígenas (%)	Indígenas (%)	HLI (%)	Auto-adscritos (%)	Con origen (%)	Total (%)
E-U-H	20	26	18	28	27	21
E-U+H	6	14	21	17	16	7
E+U-H	28	21	27	15	23	27
U-H-E	4	7	9	10	3	4
H-E-NU	7	3	6	5	3	7
U-H-NE	10	8	15	3	8	10
NE-NU-NH	4	3	2	2	3	4
Resto	21	18	2	21	17	21
Total	100	100	100	100	100	100
...NE	15	9	15	6	8	15
H-U	6	5	1	9	6	6
...NU	8	5	6	5	6	8
...NH	1	1	0	0	2	1
U-H	64	65	70	62	63	64
U+H	17	20	22	22	21	17
...E	13	14	10	18	9	13
E...	64	70	68	65	76	64

E: Emancipación

U: Unión

H: Primer hijo

NE: No emancipación

NU: No unión

NH: No primer hijo

+ : Al mismo tiempo

- : Seguido de

Fuente: Cálculos propios realizados con datos de la EDER (2011).

El valor de los hijos para las mujeres urbanas es muy importante. Solamente 1% del total de entrevistadas y de las indígenas se unió, se emancipó (en cualquier orden) pero no tuvo a su primer hijo (...NH) al momento de la entrevista. La trayectoria constituida por madres solteras emancipadas del hogar paterno (H-E-NU) es seguida por 7% de las mujeres entrevistadas y 3% de las indígenas.

El grupo de trayectorias que cursan la primera unión y el primer hijo o primer hijo y primera unión, pero que terminan residiendo con los padres del entrevistado (...NE), tiene valores de 15% en la población no indígena y 9% en la indígena. Para los hablantes de lengua indígena aumenta a 15%. Finalmente, las trayectorias que inician con la emancipación (E...) son cursadas por 64% del conjunto de las mujeres, 70% de las indígenas, 68% de las hablantes de lengua indígena, 65% de las autoadscritas y 76% de las que tienen origen indígena. Como se puede apreciar, la salida del hogar paterno antes de la unión y del primer hijo es más frecuente entre mujeres que entre hombres y más entre indígenas que no indígenas.

La emancipación es más frecuente en indígenas que en no indígenas. Al momento de la entrevista, 86% de los hombres indígenas ya se habían emancipado contra 80% de los no indígenas. En el caso de las mujeres, 88% de las indígenas contra 81% de las no indígenas. Todas las categorías indígenas construidas presentan mayores frecuencias de emancipación que la no indígena y el total. Las más altas son para hombres hablantes de lengua indígena (89%) y para mujeres autoadscritas a un pueblo indígena (93%).

Como se puede apreciar en los datos (cuadro 2.11), la proporción de hombres que migran y se emancipan el mismo año (M+E) es menor para los no indígenas (8%) que para los indígenas (16%), hablantes de lengua indígena (24%), autoadscritos a un pueblo indígena (24%) y con origen indígena (18%). La proporción de mujeres que migran y se emancipan el mismo año (M+E) es menor para las no indígenas (10%) que para las indígenas (18%), hablantes de lengua indígena (29%), autoadscritas a un pueblo indígena (20%) y con origen indígena (19%). Por lo tanto, hay elementos para suponer que la migración sea la causa de los elevados ni-

veles de emancipación en las poblaciones indígenas urbanas. Por otra parte, la proporción de personas que se emancipan el mismo año en que fallece su padre es 2% de los no indígenas y 4% de los indígenas, mientras que la proporción de personas que se emancipan el mismo año en que fallece su madre es 4% para las categorías mencionadas. Los niveles son tan bajos que no es posible que expliquen las diferencias en las proporciones de la emancipación entre indígenas y no indígenas.

PATRONES DE FECUNDIDAD

Con base en los cuestionarios ampliados de los censos de población 2000 y 2010, se estima que las tasas globales de fecundidad de las mujeres indígenas urbanas en las ciudades de 15 000 o más habitantes pasaron de 3.4 hijos por mujer hablante de lengua indígena y 2.8 hijos por mujer no hablante de lengua indígena en 1999 a 2.7 hijos por mujer hablante de lengua indígena y 2.1 hijos por mujer no hablante de lengua indígena en 2009. La diferencia entre hablantes y no hablantes en los dos momentos censales es de 0.7 hijos por mujer.

Con base en la EDER-2011, la tasa global de fecundidad de las mujeres de la cohorte de nacimientos 1951-1953 es de 4.2 hijos por mujer para las "indígenas" y 3.6 hijos por mujer para las no indígenas. La diferencia es de 0.6 hijos por mujer.

La EDER permite conocer la fecundidad masculina en general y de los hombres indígenas en particular. La cohorte masculina 1951-1953 tuvo una tasa global de fecundidad de 3.6 hijos por hombre indígena de 15 a 59 años de edad y 3.3 para los hombres no indígenas. La diferencia interétnica de la fecundidad masculina es de 0.3 hijos por hombre.

Para las cohortes intermedia y la más joven, no pueden estimarse tasas globales de fecundidad, porque en el momento de la encuesta no habían llegado aún al término de su vida reproductiva. Una medida que permite comparar la fecundidad de las tres cohortes de nacimientos es la descendencia alcanzada a los 30 años de edad por sexo (cuadro 2.12).

Cuadro 2.11. Proporción de hombres y mujeres según la secuencia de la primera migración y la emancipación según categoría de identificación indígena

Trayectorias	No indígenas (%)	Indígenas (%)	HLI (%)	Auto-adscritos (%)	Con origen (%)	Total (%)
Hombres						
M-E	24	34	38	36	34	25
M+E	8	16	24	24	18	9
E-M	13	18	19	15	16	14
NE-M	10	8	11	10	7	10
NM-E	35	18	8	12	18	33
NE-NM	10	6	0	3	7	9
Total	100	100	100	100	100	100
Mujeres						
M-E	22	22	10	10	24	23
M+E	10	18	29	20	19	10
E-M	13	25	35	36	24	14
NE-M	9	7	14	5	6	9
NM-E	36	24	9	26	23	35
NE-NM	10	4	3	3	4	9
Total	100	100	100	100	100	100

E: Emancipación

M: Migración

NE: No emancipación

NM: No migración

+ : Al mismo tiempo

- : Seguido de

Fuente: Cálculos propios realizados con datos de la EDER (2011).

Cuadro 2.12. Descendencia alcanzada a los 30 años de edad según sexo, cohorte y categoría de identificación indígena

Categorías étnicas	1951-1953	1966-1968	1978-1980
Mujeres			
Indígenas	3.3	2.4	2.0
No indígenas	2.9	1.9	1.6
Hombres			
Indígenas	2.4	1.4	1.9
No indígenas	2.0	1.5	1.3

Fuente: Cálculos propios realizados con datos de la EDER (2011).

Una observación general, que opera tanto para indígenas como para no indígenas, es que las mujeres a los 30 años tienen una descendencia mayor que los hombres. Estas diferencias favorables para las mujeres son: para los indígenas, por 0.9, 1.0 y 0.2 hijos en promedio para las cohortes más vieja, intermedia y la más joven, respectivamente; y para los no indígenas, por 0.9, 0.4 y 0.3 hijos en promedio para las cohortes más vieja, intermedia y la más joven, respectivamente.

Otro aspecto tocante tanto a indígenas como a no indígenas es que se observa una tendencia a la disminución de la descendencia alcanzada a los 30 años a medida de que se consideran cohortes de nacimiento más jóvenes (cuadro 2.12), con una excepción: los hombres indígenas de la cohorte 1966-1968. Respecto a dicha excepción, la descendencia masculina indígena pasa de 2.4 hijos en promedio de la cohorte 1951-1953 a 1.4 hijos en promedio de la cohorte 1966-1968, lo que representa un descenso de 1.0 hijo en promedio respecto a la cohorte más vieja. Este descenso fue de la mitad para los hombres no indígenas. La cohorte 1966-1968 masculina indígena tiene una descendencia incluso menor que la correspondiente descendencia de los hombres no indígenas (1.4 contra 1.5 hijos en promedio, respectivamente). Por esta razón, la cohorte intermedia masculina indígena tiene una fecundidad

menor que la cohorte más joven, rompiendo así la tendencia a la disminución de la descendencia entre cohortes sucesivas.

Finalmente, una generalidad que aplica para las mujeres es que el volumen de la reducción de la fecundidad es mayor entre la cohorte más vieja y la intermedia que entre la intermedia y la más joven. Las mujeres de la cohorte 1951-1953 tuvieron en promedio cerca de 1 hijo más que las mujeres correspondientes de la cohorte 1966-1968, y estas últimas tuvieron a su vez 0.3 hijos en promedio más que las mujeres de la cohorte 1978-1980. Llama la atención que estas diferencias son prácticamente iguales para las mujeres indígenas y no indígenas, por lo que su descendencia alcanzada a los 30 años no tiende a converger, sino que la brecha étnica se mantiene igual en las tres cohortes. Por lo que toca a los varones, la descendencia alcanzada por cohortes es muy diferente entre indígenas y no indígenas. Los hombres indígenas de la cohorte 1951-1953 tuvieron 1 hijo en promedio más que los de la cohorte 1966-1968, y éstos tuvieron 0.5 hijos menos en promedio que los de la cohorte 1978-1980. Los hombres no indígenas de la cohorte 1951-1953 tuvieron 0.5 hijos más que los de la cohorte 1966-1968, y éstos a su vez tuvieron 0.2 hijos más que los de la cohorte 1978-1980.

MODELOS DE REGRESIÓN LOGÍSTICA

En esta sección se elaboró un modelo multivariado con el propósito principal de demostrar, con los datos de la EDER-2011, que ser indígena en el medio urbano en México —medido por medio de tres criterios: origen, pertenencia y lengua— no tiene un efecto propio sobre la fecundidad, una vez que se controlan las características sociales propias del individuo y de sus padres.

Se empleó una regresión logística binomial para medir la ocurrencia de nacimientos cada año calendario en el curso de la vida reproductiva y sus factores predictores.

De forma separada, se realizó un modelo para hombres y otro para mujeres por cada categoría indígena construida previamente: *a*) hablantes de lengua indígena, *b*) autoadscrito a un pueblo indígena, *c*) con origen indígena e *d*) indígena.

Las variables explicativas fueron agrupadas en cuatro tipos de variables: 1) los identificadores de población indígena, 2) el origen social del individuo, 3) las sociales y 4) las demográficas (cuadro 2.13).

Cada modelo se realizó en tres pasos concernientes a la incorporación de cada uno de los cuatro grupos de variables. Con base en Allison (1994), se incluyó la edad como variable de control de la duración, sin embargo, los resultados de la edad no tienen por objetivo ser analizados. Las edades 15-17 años fueron excluidas del modelo por colinealidad.

Los resultados muestran que todas las variables de identificación indígena, con excepción de los hombres autoadscritos a un pueblo indígena, pierden significancia estadística como variables predictoras de los nacimientos en el segundo paso, es decir, al ingresar al modelo los orígenes sociales de los padres.³ La variable de hombres autoadscritos pierde toda significancia estadística en el tercer paso, al introducir las variables sociales, como son el lugar de residencia de 0 a 15 años, el número de bienes en la vivienda al momento de la encuesta y los años de asistencia a la escuela.

Cuadro 2.13. Variables incluidas en los modelos multivariados Poisson

Clasificación	Definición	En el tiempo	Categorías
Variable dependiente	Nacimientos ocurridos cada año	Móvil	0 = No ocurrencia de un nacimiento 1 = Ocurrencia de un nacimiento
Identificadores de población indígena	Hablante de lengua indígena	Fija	0 = No hablante 1 = Hablante

³ Por falta de espacio no se incluyeron los cuadros de resultados de las regresiones, pero el autor puede ofrecer la información a quien la solicite. Correo electrónico: [german_03020@yahoo.com].

Clasificación	Definición	En el tiempo	Categorías
Identificadores de población indígena	Autoadscrito como perteneciente a un pueblo indígena	Fija	0 = No perteneciente 1 = Perteneciente
	Origen étnico por padre o madre	Fija	0 = No tiene origen étnico 1 = Tiene origen étnico
	Indígena (origen, lengua o autoadscripción)	Fija	0 = No indígena 1 = Indígena
Variable de origen social	Grado promedio de escolaridad de ambos padres (en terciles)	Fija	1 = Nivel bajo 2 = Nivel medio 3 = Nivel alto
Variables sociales	Socialización en el medio rural	Fija	0 = Residió en el medio urbano de 0 a 15 años 1 = Residió en el medio rural de 0 a 15 años
	Número de bienes en la vivienda al momento de la entrevista	Fija	0 = Nivel bajo 1 = Nivel alto
	Número de años de asistencia a la escuela (en terciles)	Fija	1 = Nivel bajo 2 = Nivel medio 3 = Nivel alto

Clasificación	Definición	En el tiempo	Categorías
Variable demográfica	Edad en años cumplidos	Móvil	15 = 0 No tiene 15 años 15 = 1 15 años 16 = 0 No tiene 16 años 16 = 1 16 años ... 45 = 0 No tiene 45 años 45 = 1 45 años

Fuente: Elaboración propia.

CONCLUSIÓN

Una variable transversal de las poblaciones indígenas en las ciudades que estructura y da sentido a muchas de las esferas de la vida es, sin duda, su trayectoria migratoria de origen rural, principalmente en el caso de los hablantes de lengua indígena y de los autoadscritos a un pueblo indígena. Ésta influye al menos en su alta tasa de empleo, la emancipación como trayectoria de inicio de la vida reproductiva y la pérdida de la lengua.

Se comprobó que la pérdida de la lengua indígena en el medio urbano es del orden del 73% del total de personas con origen indígena y que el mestizaje biológico está relacionado con la principal causa de esa pérdida. Una forma de prevenir la interrupción de la transmisión intergeneracional de la lengua es no emigrar del medio rural al urbano, pero ¿a qué costos?

Otra característica transversal presente en las distintas categorías socioeconómicas indígenas son las grandes desigualdades de género. Principalmente en los varones, sus tasas de actividad laboral son superiores a la de los no indígenas. Esto es especialmente visible en la población hablante de lengua indígena y la autoadscrita a un pueblo indígena. En las ciudades se reproducen principalmente como trabajadores manuales. Las mujeres indígenas urbanas, si bien tienen las mismas tasas de actividad laboral

que las mujeres no indígenas, tienen una calificación más baja en el empleo y mucho menores niveles de escolaridad. La inserción en el asimétrico mercado laboral urbano es muy desventajosa para las indígenas y presentan los peores niveles socioeconómicos. Las mujeres hablantes de lengua indígena y las autoadscritas a un pueblo indígena se encuentran en la base de la pirámide social, en condiciones socioeconómicas muy inferiores al resto de las mujeres y al resto de los indígenas varones.

El estudio de las trayectorias de inicio de la vida reproductiva revela una particularidad interesante en los indígenas. Se trata de la preferencia por las trayectorias normativas, como la secuencia de emancipación, unión conyugal y primer hijo pero, sobre todo, entre la unión y el primer hijo. El cumplimiento de estas normas sociales es más frecuente en las poblaciones indígenas y más en aquellas que presumiblemente conservan en mayor grado sus costumbres, como los hablantes de lengua indígena y los autoadscritos a un pueblo indígena. Sin embargo, la fuerte emancipación que se observa en los indígenas se debe en buena medida a la migración, mientras que en los no indígenas el abandono del hogar paterno es cada vez menos frecuente como inicio de la trayectoria.

En las mujeres, como se esperaba, los niveles de fecundidad alcanzada a los 30 años son mayores para indígenas que para no indígenas y tienden a la baja, pero el descenso es menos acentuado en la cohorte más joven. En los hombres, los niveles de la fecundidad alcanzada a los 30 años también son mayores para indígenas que para no indígenas en la cohorte más vieja y en la más joven, y tienden a la baja entre las más vieja y la intermedia, y vuelven a aumentar en la más joven.

Los resultados del modelo multivariado muestran que al controlar por el origen social las cuatro categorías de identificación indígena éstas pierden significancia estadística para explicar la fecundidad. Esto se corrobora para hombres y mujeres, con excepción de la población masculina autoadscrita como indígena, la cual perdió significancia al agregar las variables sociales de su propia biografía. Esto muestra principalmente que el bajo nivel del origen social, es decir, la pobreza heredada de los padres, está

profundamente imbricada con “ser” indígena en este México urbano, por lo que se comprueba que ningún otro factor consustancial al ser indígena, como pudiera ser la cultura, prevalece una vez que se iguala el nivel del origen social para todos los individuos. Estos hallazgos son consistentes con la literatura que insiste en señalar que la categoría de “indígena” es una construcción histórica del Estado que pone en el mismo saco a todas las etnias del país, lo cual despoja al concepto de la especificidad cultural que tiene una etnia, una comunidad o un pueblo indígena; prevalece la pobreza como su común denominador. Cabe reflexionar que los hallazgos derivados de los modelos estadísticos antes mencionados fueron posibles gracias a la inclusión en el cuestionario de las distintas preguntas sobre identificación indígena y sobre el origen social, por lo que se recomienda su uso para profundizar en este tema en futuras investigaciones, incluso en encuestas de tipo transversal.

REFERENCIAS

- ALLISON, P. (1984). *Event History Analysis. Regression for Longitudinal Event Data*, Beverly Hills, Sage.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) (2008). “Pueblos indígenas”, *Observatorio Demográfico de América Latina*, año III, núm. 6, octubre, [http://repositorio.cepal.org/bitstream/handle/11362/7115/S0900068_mu.pdf?sequence=1].
- CHACKIEL, J. (2005). “Métodos de estimación de la fecundidad y la mortalidad a partir de censos, una aplicación a pueblos indígenas de Panamá”, *Notas de Población*, año XXXI, núm. 179, pp. 171-210.
- CHÁVEZ, A. M., H. HERNÁNDEZ, C. MENKES y E. GONZÁLEZ (2007). “Tendencias de la fecundidad indígena en México, 1997 y 2003”, en H. Hernández (coord.), *Los indios de México en el siglo XXI*, Cuernavaca, UNAM-CRIM, pp. 43-60.
- DURIN, S. (2006). “Indígenas en Monterrey. Redes sociales, capital social e inserción urbana”, en P. Yanes, V. Molina y O. González (comps.), *Triple desafío. Derechos, instituciones y políticas para*

- la ciudad pluricultural*, México, Gobierno del Distrito Federal, pp. 163-197.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/Eder/].
- Encuesta Nacional de Salud Reproductiva (ENSAR) (2003). *Encuesta Nacional de Salud reproductiva 2003*, México, SSA / CRIM.
- ERIKSON, E. (2006). "Ocho edades del hombre" en M. Pérez Olvera (comp.), *Desarrollo de los adolescentes III: identidad y relaciones sociales. Antología de lecturas*. [files.odontomoya.webnode.cl/200000090-1191f128be/erikson.pdf].
- FERNÁNDEZ HAM, P. y G. SALAS Y VILLAGÓMEZ (2001). *Comportamiento reproductivo de la población indígena*, México, Conapo (Serie documentos técnicos).
- FREEDMAN, R. (1987). "Fertility Determinants", en J. Cleland y C. Scott (eds.), *The World Fertility Survey. An Assessment*, Nueva York: Oxford University Press, pp. 773-795.
- GIUSTI, A. (2000). "Argentina: censo 2001, alternativa de abordaje de la problemática indígena", en DANE, BID y BM, *Todos contamos: los grupos étnicos en los Censos nacionales de población y vivienda. I Encuentro Internacional*, Cartagena de Indias, DANE / BID / BM.
- GÓNGORA, J. L. (2011). "Situación sociodemográfica de los indígenas migrantes en las zonas urbanas de Cuernavaca y Jiutepec", en G. Vázquez y A. Reyna (comps.), *Retos, problemáticas y políticas de la población indígena en México*, México, Miguel Ángel Porrúa / Lito-Grapo / UNFPA / UAEH, pp. 243-262.
- GROS, C. (2012). *Políticas de la etnicidad: identidad, estado y modernidad*, Bogotá, Instituto Colombiano de Antropología e Historia.
- HERNÁNDEZ BRINGAS, H. H., R. FLORES ARENALES, G. PONCE SER-NICHARO y A. M. CHÁVEZ GALINDO (2007). "Distribución y características de la población indígena dentro del sistema urbano nacional, 2000", en H. Hernández (coord.), *Los indios de México en el siglo XXI*, Cuernavaca, UNAM-CRIM, pp. 99-122.
- MOLINA, V. y J. J. HERNÁNDEZ (2006). "Perfil sociodemográfico de la población indígena en la zona metropolitana de la ciudad

- de México, 2000. Los retos para la política pública", en P. Yanes, V. Molina y O. González. (comps.), *Triple desafío. Derechos, instituciones y políticas para la ciudad pluricultural*, México, Gobierno del Distrito Federal, pp. 27-67.
- NAZAR, A. y B. SALVATIERRA (2006). "Embarazo no deseado en mujeres indígenas y mestizas de asentamientos urbanos marginales de Chiapas", en *VII Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México. Repensando la agenda de políticas y acciones en el ámbito poblacional*, Guadalajara, El Colegio de México / Somede / Universidad de Guadalajara.
- PHINNEY, J. (1992). "The Multigroup Ethnic Identity Measure: A New Scale for Use with Diverse Groups", *Journal of Adolescent Research*, vol. 7, núm. 2, abril, pp. 156-176.
- ____ y A. D. ONG (2007). "Conceptualization and Measurement of Ethnic Identity: Current Status and Future Directions", *Journal of Counseling Psychology*, vol. 54, núm. 3, julio, pp. 271-281.
- PLA, D. (2011). "Más desindianización que mestizaje. Una relectura de los censos generales de población", *Dimensión Antropológica*, año 18, vol. 53, septiembre-diciembre, pp. 69-91.
- VÁZQUEZ, G. (2010). *Fecundidad indígena*, México, Miguel Ángel Porrúa / UAEH.
- ____ (2011). "La transición de la fecundidad indígena urbana en México", en A. Ortiz y A. Reyna Bernal (coords.), *Estudios demográficos del estado de Hidalgo*, Pachuca, UAEH, pp. 35-46.
- ____ y M. F. QUEZADA (2011). "Biografías y pérdida de la identidad étnica en tres generaciones de pachuqueños", en G. Vázquez (comp.), *Sociedad y biografías en la ciudad de Pachuca*, Pachuca, UAEH, pp. 113-142.

3. DE MATERNIDADES Y PATERNIDADES EN LA ADOLESCENCIA. CAMBIOS Y CONTINUIDADES EN EL TIEMPO

*Ángeles Sánchez Bringas**
*Fabiola Pérez Baleón***

INTRODUCCIÓN

¿Qué tan diferentes son las transiciones a la vida adulta de hombres y mujeres que han tenido un hijo antes de los 20 años? ¿Qué tan distintas son sus características sociodemográficas? ¿El nacimiento del primer hijo a esta edad sigue presentándose de la misma forma a lo largo del tiempo?

La experiencia de tener hijos antes de los 20 años se ha tratado en la literatura como un problema fundamentalmente femenino que se presenta de forma predominante en los sectores de escasos recursos.¹ Se señala que esta experiencia incide directamente en el abandono escolar, dificulta el ingreso de las madres al mercado de trabajo, incrementa el número de madres solas y prolonga la dependencia de la mujer hacia su familia de origen. También se argumenta que estas mujeres tienen un riesgo mayor de tener más hijos y con un menor espaciamiento que aquellas que poster-

* Departamento de Política y Cultura, DCSH-UAM-Xochimilco.

** ENTS-UNAM.

¹ A esta experiencia algunos autores la denominan “embarazo adolescente” (Barrera y Kerdel, 1987; Alatorre y Atkin, 1995; Buvinic, 1998; Stern y Menkes, 2008; Salazar, Acosta, Lozano y Quintero, 2008, Reyes y Cabello, 2011; Stern *et al.*, 2012; Llanes, 2012), equiparando embarazo a maternidad y eliminando así la posibilidad que tienen las mujeres menores de 20 años de tener un aborto y con ello cancelar esta experiencia reproductiva.

gan su maternidad (Barrera y Kerdel, 1987; Alatorre y Atkin, 1995; Buvinic, 1998; Stern y Menkes, 2008; Salazar, Lozano y Quintero, 2008; Stern *et al.*, 2012).

En este capítulo proponemos que tener hijos antes de los 20 años no es un fenómeno homogéneo para toda la población que lo experimenta. En primer lugar, la experiencia de los varones es muy distinta a la de las mujeres. Además, si bien para algunas mujeres esta experiencia se caracteriza en los términos arriba señalados, para otras está asociada con el inicio de la vida conyugal y la formación de una familia. También sostenemos que la pobreza, la escolaridad y la coresidencia con una pareja son factores fundamentales para explicar el inicio de la maternidad-paternidad antes de los 20 años.

En este trabajo hacemos un análisis de las transiciones y las trayectorias a la vida adulta de tres cohortes de nacimiento de hombres y mujeres que tuvieron al menos un hijo antes de los 20 años. Cuatro son los objetivos que guían este trabajo: 1) delinear y comparar las principales transiciones a la vida adulta de hombres y mujeres: sus edades medianas y el orden en el que se presentaron; 2) analizar las secuencias más comunes que estas transiciones formaron y el momento en que aparece el primer hijo dentro de dichas secuencias; 3) analizar los cambios y las continuidades en el tiempo de estas transiciones y las principales secuencias para tres cohortes de nacimiento, y 4) precisar los factores que participaron en la transición al primer hijo, distinguiendo la población masculina de la femenina.

Partimos del enfoque que considera el embarazo y el nacimiento de los hijos como eventos reproductivos cargados de significado, que suceden dentro de un contexto cultural, económico y social que los encuadra y los coloca en configuraciones simbólicas, particularmente las de género, cuyas normas orientan y regulan los tiempos, espacios y las prácticas que los hacen socialmente inteligibles.²

² El concepto de normatividad de género es retomado de Butler (2006: 69), quien señala que la norma actúa en la vida social como “el estándar implícito de normalización” de la práctica social.

METODOLOGÍA

Se presenta un análisis intracohorte, lo que implicó la desagregación de cada cohorte por sexo y origen social. Este análisis buscó precisar las trayectorias de hombres y mujeres que porcentualmente resultaron más comunes en la conformación de la adultez, a partir de cinco transiciones, y se precisaron las edades promedio de ocurrencia de cada una de las transiciones que las conformaron.

El análisis intercohorte, por su parte, permitió determinar si la maternidad-paternidad antes de los 20 años ha aumentado a lo largo del tiempo, además de precisar qué tan diferencial o similar eran las transiciones a la adultez hace unas décadas de las transiciones de cohortes más recientes. Se emplearon dos herramientas estadísticas: los cuadros de vida y los modelos de historia de eventos.

Se trabajó con la base de datos de la Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011 (EDER-2011), la cual recopiló información biográfica de 2840 personas: 1387 hombres y 1453 mujeres; de éstas, 121 varones (que equivalió a 8.7% del total de hombres encuestados) y 384 mujeres (26.4%) tuvieron un hijo en la adolescencia. La muestra para este artículo estuvo constituida por 505³ personas de tres cohortes: 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980, llamadas respectivamente: cohorte antigua, intermedia y joven (cuadro 3.1).

Las edades en que nos centramos fueron de 13 a 19 años. En las mujeres consideramos que se deben distinguir dos rangos de edad: de 13 a 17 años y de 18 a 19 años, pues las condiciones socioeconómicas y familiares de las mujeres que tienen un hijo o una hija a muy temprana edad es muy distinta a las de aquellas que experimentan la maternidad a los 18 y 19 años. En el primer rango de edad, las mujeres se encuentran en franca desventaja económica, educativa, familiar y de salud, mientras que a los 18 años sus características reproductivas y escolares se asemejan más a las de la población de 20 a 24 años, que es el grupo en donde mayormente se concentra la reproducción en México. En los hombres no se

³ Los datos se ponderaron. La muestra ponderada fue de 1973073 mujeres y 604983 hombres.

requirió hacer dicha distinción, pues fueron escasos aquellos que comenzaron su reproducción antes de los 16 años, por lo que la mayoría se ubicó entre los 18 y 19 años.

Cuadro 3.1. Mujeres y hombres que tuvieron un hijo antes de los 20 años, por grupos de edad y cohorte (absolutos y porcentajes)

	Mujeres			Hombres		
	1951-1953	1966-1968	1978-1980	1951-1953	1966-1968	1978-1980
13-17(n)*	63	56	64	6	8	9
Porcentaje	14.0	12.2	11.8	1.4	1.8	1.7
18-19 (n)	77	54	70	24	39	35
Porcentaje	17.1	11.8	12.9	5.5	9.0	6.8
13-19 (n)	154	122	146	30	47	44
Porcentaje 13-19	31.1	24.0	24.7	6.9	10.8	8.5
Total de encuestados por cohorte (n)	451	459	543	437	433	517

* En los hombres, la edad mínima al primer hijo fue a los 16 años.

Fuente: EDER (2011). Datos ponderados.

SITUACIÓN SOCIOECONÓMICA DE LA POBLACIÓN ESTUDIADA

La reducción del mercado laboral y la precarización del salario que la mayoría de la población ha sufrido a lo largo de los últimos 40 años produjo cambios que han afectado las condiciones sociales y familiares de los mexicanos, en particular, a la población joven (De Oliveira, 1990; De Oliveira y García, 1990; García, 1993; García y De Oliveira, 1991; Rendón y Salas, 1996).

Sin embargo, el escenario crítico no se manifestó de igual manera en todos los ámbitos de la vida social, ya que aspectos como la calidad del empleo y los contrastes entre las clases sociales se han ahondado, mientras que en el nivel educativo las diferencias en el acceso a la instrucción han disminuido con el paso del tiempo

(Pérez Baleón, 2012a y 2012b), situación que pudimos observar en este estudio.

Como ha sido señalado por otros investigadores (Buvinic, 1998; Stern *et al.*, 2012), los adolescentes con al menos un hijo generalmente pertenecen a los sectores empobrecidos de la población. En este caso se observó que más de 40% de los padres y las madres adolescentes de cada cohorte se ubicaban en el tercil 1 del Índice de Orígenes Sociales (IOS) (véase la introducción de este mismo libro), el de más escasos recursos;⁴ es decir, que sus padres ocupaban empleos de escaso reconocimiento social, no especializados y con salarios exigüos; asimismo, tenían una baja escolaridad y sus viviendas contaban con escasos servicios y artículos para el uso cotidiano. Por su parte, la presencia de padres y madres adolescentes que provenían del tercil 2 representó una proporción ligeramente menor a 40%, y la población perteneciente al tercil de más recursos fue significativamente inferior y disminuyó principalmente en la cohorte más joven, tanto de hombres como de mujeres (cuadro 3.2).

En cuanto a la asistencia a la escuela, se observa que la mayoría de los hombres ya la habían dejado un año antes de tener un hijo. Pocos eran los que continuaban estudiando en el año previo, con una tendencia a la baja conforme las cohortes avanzan. En contraste, en las mujeres fue aumentado el porcentaje que estaba estudiando un año antes de tener un hijo, este indicador pasó de 5.8 a 23.3% entre cohortes extremas. Aun así, tres de cada cuatro mujeres de la cohorte 1978-1980 ya habían concluido o abandonado sus estudios en el año previo a ser madres (cuadro 3.2).

Asimismo, se incrementó el nivel de instrucción entre las distintas cohortes, tanto en hombres como en mujeres, y disminuyó el analfabetismo hasta casi desaparecer entre los jóvenes de las cohortes más recientes. Más de 70% de los hombres de la primera cohorte (1951-1953) tenía el nivel de primaria y nadie tenía bachillerato o más, lo cual concuerda con las condiciones educativas en las que

⁴ Dado que esta medida se refiere a los orígenes sociales de los encuestados, esto se define en comparación con las condiciones de vida de la propia cohorte.

se encontraba el país en ese momento (Pérez Baleón, 2012b).⁵ En cambio, en la cohorte más joven, 48.9% de los varones tenían la primaria, 37.8% tenía secundaria y 10.6% bachillerato o más. Por su parte, las mujeres de las cohortes 1951-1953 y 1966-1968 tuvieron, en general, un nivel educativo más bajo que el de los hombres, pero en la cohorte joven la mayoría alcanzó el nivel de secundaria (46.4%) y algunas el bachillerato (14.2%) (cuadro 3.2).

Casi todos los hombres tenían una actividad económica que al menos había durado un año antes y después del nacimiento del primer hijo, este porcentaje se mantuvo estable entre las tres cohortes. Por su parte, en las mujeres de las dos primeras cohortes, más de 70% no laboraba en el año previo al nacimiento del primer hijo ni a los 19 años. Aunque en la cohorte más joven el porcentaje de mujeres con actividad económica antes de embarazarse subió a 38.5% (cuadro 3.2), este indicador fue menor al de los hombres, pero semejante al de la Población Económicamente Activa Femenina (PEAF) de 1997,⁶ cuando estas mujeres tenían alrededor de 17 a 19 años.

CARACTERÍSTICAS REPRODUCTIVAS

Como lo muestra la gráfica 3.1, la procreación antes de los 20 años ha sido un evento mucho más común entre las mujeres que entre los hombres, aunque la brecha entre madres y padres adolescentes disminuyó con el tiempo. En la cohorte antigua la proporción

⁵ Para 1960, que es cuando la cohorte antigua (1951-1953) empezó a ir a la escuela, el número promedio de años aprobados de la población en general era de tan sólo 2.2 años y el analfabetismo se encontraba presente en cerca de 40% de las personas mayores de 15 años. Una década después, el número promedio de años aprobados en la escuela había aumentado a 3.4 años y el analfabetismo se situó en 31.6% entre la población de 15 años y más (Alba, 1989; Muñoz y Suárez, 1994; Parker y Pederzini, 2000; Aboites, 2006). En 1997 el número promedio de años aprobados en la escuela era de 7.4 años (Tuirán y Zúñiga, 2000; Giorguli, 2006), y el analfabetismo se situó en 11.3% (Muñoz y Suárez, 1994; Pederzini, 2006; Aboites, 2006).

⁶ Para 1997, la PEAF se ubicó en 36.8% (Inegi, 2009).

Cuadro 3.2. Diferencias económicas, laborales y educativas por sexo y cohorte de personas que tuvieron un hijo antes de los 20 años (%)

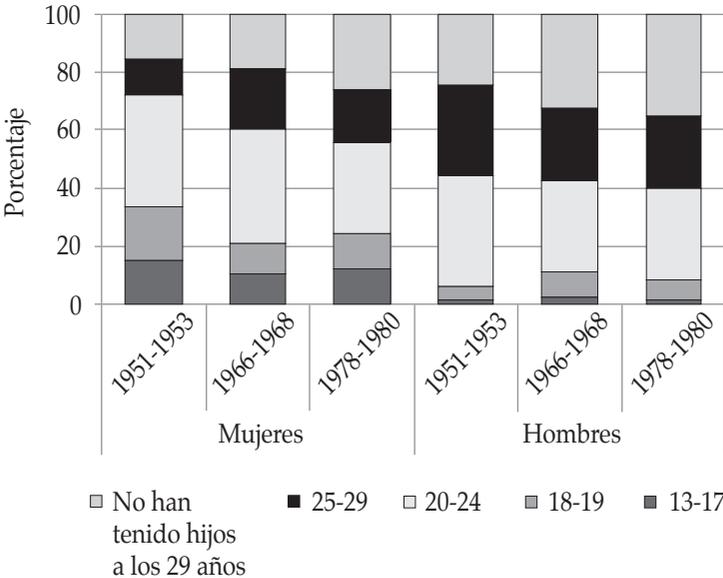
	Mujeres			Hombres		
	1951-1953	1966-1968	1978-1980	1951-1953	1966-1968	1978-1980
IOS antes de tener el hijo						
Tercilesio 1 (menores recursos)	42.8	48.8	47.1	65.5	22.2	45.1
Tercilesio 2	38.3	34.4	37.9	17.7	48.2	43.4
Tercilesio 3	19.0	16.8	14.9	16.8	29.6	11.4
Actividad laboral						
Porcentaje que realizaba actividades económicas en el año previo al primer hijo	31.7	28.6	30.5	91.3	85.2	79.4
Porcentaje que realizaba actividades económicas a los 19 años	24.8	28.2	38.5	97.8	92.5	97.0
Actividad escolar						
Nivel educativo un año antes de tener el hijo						
Sin estudios	15.1	5.7	2.3	18.0	0.0	2.7
Tenía primaria	69.9	59.1	37.1	71.0	26.0	48.9
Tenía secundaria	8.3	27.5	46.4	10.9	57.7	37.8
Tenía bachillerato o más	6.8	7.7	14.2	0.0	15.9	10.6
Estaba estudiando en el año previo al primer hijo	5.8	13.7	23.3	19.3	10.5	10.8

Fuente: Elaboración propia con base en la EDER (2011).

de mujeres era cinco veces mayor que la de hombres, pero en las siguientes dos cohortes se redujo y llegó a ser casi del doble a la de los varones. La proporción de mujeres que tuvo un hijo en la adolescencia entre los 13 y 17 años y entre los 18 y 19 años fue similar en cada cohorte, cada grupo representó casi la mitad del total de quienes vivieron un embarazo en esta etapa de su vida, mientras que en los varones este evento reproductivo se concentró entre los 18 y 19 años.

Se precisa que entre la cohorte antigua e intermedia de mujeres el porcentaje de nacimientos antes de los 20 años pasó de 33.4 a 20.7%, mientras que entre la cohorte intermedia y joven la proporción se ha mantenido más o menos estable. En los varones esta proporción se incrementó entre la primera y la segunda cohorte (6.2 a 10.8%) y luego tendió a la estabilidad en las dos últimas cohortes (gráfica 3.1).

Gráfica 3.1. Edad al primer hijo por grupos de edad, sexo y cohorte (datos ponderados)



Fuente: Elaboración propia con base en la EDER (2011).

Por lo que respecta a la vida conyugal, se observan datos interesantes que rompen el mito de que la adolescente que se embaraza ejerce la maternidad en soltería. Más de la mitad de los padres y las madres adolescentes vivía con la pareja un año antes de tener el primer hijo, con excepción de las mujeres de la cohorte joven, quienes presentaron un porcentaje ligeramente menor,⁷ pero, a los 19 años casi todos los hombres y las mujeres de las tres cohortes vivían en pareja. Los varones tuvieron parejas menores a ellos; la edad mediana⁸ de sus parejas fluctuó entre los 16 y 19 años; mientras que la edad mediana de las parejas de las mujeres fue de 21 a 22 años, variando por cohorte (cuadro 3.3).

Por otro lado, alrededor de 30% de las mujeres de las cohortes antigua e intermedia vivían con su familia de origen en el año anterior al nacimiento del primer hijo, porcentaje que aumentó en la cohorte joven, ubicándose en 51%. En los hombres no se observa una tendencia definida, pero destaca que seis de cada diez hombres de la cohorte joven vivían con su familia de origen en el año previo al nacimiento del primer hijo.

Fue común en las dos primeras cohortes que poco más de cuatro de cada diez mujeres tuvieran un segundo hijo antes de cumplir los 20 años; sin embargo, en la cohorte joven este porcentaje se redujo a la mitad (23%); en la población masculina el porcentaje fue todavía mucho menor y tendió a decrecer en el tiempo; éste pasó de 23.3 a 8.7% entre cohortes extremas. La gran mayoría de hombres y mujeres que tuvo un segundo hijo vivía con la primera pareja, lo que indica que los hijos de esta subpoblación se dieron en un contexto de conyugalidad con miras a formar rápidamente una familia.

⁷ Aunque la encuesta no reporta la edad al primer embarazo, parece que la relación conyugal se estableció a partir de este evento, como lo muestra la distancia entre la edad mediana a la primera unión y la edad mediana al primer hijo (cuadro 3.4). Tanto en las cohortes de hombres como de mujeres, ésta fue menor a un año: en la cohorte antigua de mujeres fue de ocho meses, y en las dos siguientes de siete meses. Algo similar sucede con los hombres.

⁸ Se emplea la edad mediana (M) para describir el tiempo que le toma a la mitad de las personas (50%), en este caso de una cohorte, efectuar una determinada transición. Se prefiere sobre la edad promedio, porque ésta puede variar cuando se presentan valores extremos.

Cuadro 3.3. Diferencias reproductivas y de coresidencia por sexo y cohorte de personas que tuvieron un hijo antes de los 20 años (%)

	Mujeres			Hombres		
	1951-1953	1966-1968	1978-1980	1951-1953	1966-1968	1978-1980
Presencia de hijos						
Porcentaje que tiene un segundo hijo hasta los 19 años	43.5	45.6	23.6	23.3	13.2	8.7
Pareja						
Edad promedio de la primera pareja de <i>ego</i>	22.2	20.7	22.1	16.8	15.8	19.2
Porcentaje que tiene un segundo hijo con la primera pareja	91.5	89.4	77.6	79.3	88.6	84.1
Corresidencia						
Porcentaje que coreside con pareja un año antes de tener un hijo	60.0	59.5	45.0	67.2	62.7	54.5
Porcentaje que coreside con pareja a los 19 años	91.8	90.2	80.5	88.3	98.5	84.1
Porcentaje que coreside con uno o ambos padres un año antes del primer hijo	30.5	28.8	50.8	42.6	26.8	56.4
Uso de anticonceptivos						
Porcentaje de uso de anticonceptivos a los 19 años	12.5	33.6	37.3	20.2	14.5	20.9
Tipo de anticonceptivos más usados a los 19 años	Pastillas, métodos naturales	Pastillas, DIU	DIU, pastillas	Métodos naturales	Métodos naturales, condón	Métodos anticonceptivos femeninos

Fuente: Elaboración propia con base en la EDER (2011).

Otra diferencia importante entre hombres y mujeres fue el uso de anticonceptivos modernos a los 19 años, es decir, después de haber tenido por lo menos un hijo. Dicho uso se concentró casi de forma exclusiva en la población femenina y fue incrementándose en el tiempo. Así, su uso fue muy bajo en la generación 1951-1953 (12.5%), el cual subió a 33.6% en la cohorte 1966-1968, y a 37.3% en la generación 1978-1980 de mujeres (cuadro 3.3). Cabe destacar que la edad mediana al uso del primer método anticonceptivo, para el total de los miembros de esta cohorte, se presentó después de los 26 años para las mujeres y de los 28 años para los hombres de la cohorte joven; en las otras dos cohortes estas edades fueron todavía más tardías (Brugailles y Rojas, 2016).

EDAD MEDIANA DE LAS TRANSICIONES A LA ADULTEZ

Los padres y las madres adolescentes presentaron diferencias significativas en cuanto al orden y la edad mediana a la que experimentaron cada transición.⁹ Un aspecto común a hombres y mujeres fue el hecho de que esta población salió de la escuela antes de tener el primer hijo. La edad de salida de la escuela aumentó ligeramente, pasó de 12 a 14 años en mujeres y de 12 a 13 años en hombres. La edad mediana al primer hijo se mantuvo estable en ambos: 17 años para ellas y 18 años para ellos; por lo que disminuyó el número de años que pasó entre que salieron de la escuela y tuvieron el primer hijo, rango que fue más corto para las mujeres en comparación con los hombres (cuadro 3.4).

⁹ Las pruebas de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia de la edad mediana a la primera unión conyugal, primer hijo, segundo hijo y primer empleo confirmaron diferencias estadísticamente significativas entre mujeres y hombres que tuvieron un hijo en la adolescencia. Los estadísticos $\chi^2(1) = 86.57$ con $Pr > \chi^2 = 0.0000$, $\chi^2(1) = 42.69$ con $Pr > \chi^2 = 0.0000$, $\chi^2(1) = 23.30$ con $Pr > \chi^2 = 0.0000$ y $\chi^2(1) = 21.93$ con $Pr > \chi^2 = 0.0000$, respectivamente. En cambio, en la prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia de la edad mediana de salida de la escuela, no se presentaron diferencias estadísticamente significativas.

Cuadro 3.4. Edades medianas de distintas transiciones por sexo y cohorte

	Mujeres			Hombres		
	1951-1953	1966-1968	1978-1980	1951-1953	1966-1968	1978-1980
Salida de la escuela	11.8	13.2	14.2	11.7	14.4	13.2
Primera unión conyugal	16.5	16.3	16.4	17.1	17.3	17.4
Primer hijo	17.2	16.9	17.0	17.9	18.0	18.0
Segundo hijo	19.2	19.3	21.0	20.2	20.6	21.9
Primer empleo	21.0	21.0	17.1	14.3	14.5	14.1

Fuente: Elaboración propia con base en la EDER (2011).

Entre los hombres se mantuvieron estables algunas de las edades medianas de las transiciones entre las distintas cohortes: el primer empleo a los 14 años, la primera unión a los 17 años y el primer hijo a los 18 años, lo cual lleva a pensar que son muy escasos los cambios en las transiciones de la población masculina a lo largo del tiempo,¹⁰ únicamente la edad del segundo hijo se incrementó en la última cohorte, de 20 a 22 años por efecto del uso de anticonceptivos a edades más tempranas (Brugeilles y Rojas, 2016) (cuadro 3.4).

En cambio, en las mujeres se aprecia una estabilidad a la edad mediana de la primera unión conyugal (16 años) y al primer hijo (17 años), pero también se ven más cambios. De éstos, el único que resultó estadísticamente significativo¹¹ fue el retraso de la llegada

¹⁰ La prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia de la edad mediana de salida de la escuela no presenta diferencias estadísticamente significativas según cohorte de hombres que tuvieron un hijo en la adolescencia. Lo mismo sucede con las pruebas de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia de la edad mediana a la primera unión conyugal, primer hijo, segundo hijo y primer empleo. Esto refiere una estabilidad en los calendarios a lo largo de las tres cohortes masculinas.

¹¹ La prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia de la edad mediana de salida de la escuela no presenta diferencias

del segundo hijo (pasó de 19.2 a 21 años), lo cual estaría asociado con el incremento en el uso de anticonceptivos (Brugeilles y Rojas, 2016) y al ingreso al mercado laboral de muchas de estas jóvenes.

DIFERENTES TRAYECTORIAS DE LA POBLACIÓN ADOLESCENTE

En este apartado se analizan las trayectorias más comunes que se conforman a partir del nacimiento del primer hijo, la salida de la escuela, el primer trabajo y la primera unión conyugal. Tres fueron las trayectorias que destacaron en esta población: ETUH, EUHT y TEUH¹² (gráfica 3.2).

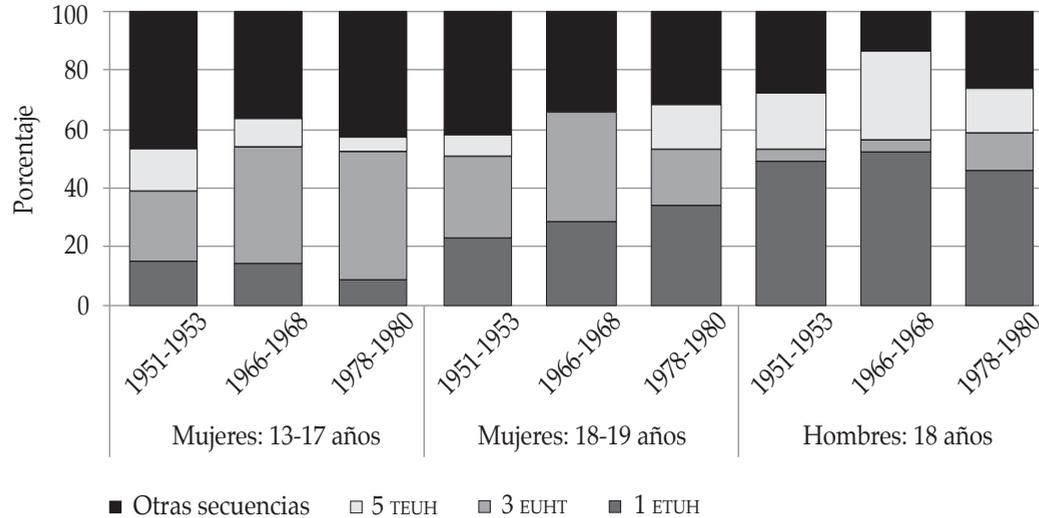
Cerca de dos tercios de la población masculina de cada cohorte siguieron las pautas más tradicionales. Sea que primero salieron de la escuela, luego entraron a trabajar, se unieron y tuvieron el primer hijo (trayectoria 1 llamada ETUH); o bien trabajaron mientras estudiaron, dejaron la escuela, se unieron y tuvieron su hijo (secuencia 5 TEUH); el otro tercio diversificó su trayectoria.

A continuación se presentan las edades promedio de las transiciones que componen la secuencia más común para los hombres: 1 ETUH. Cabe destacar que las cuatro transiciones que la conforman ocurrieron entre los 11 y los 18 años, es decir, en un periodo de tiempo muy corto, que pasó de 7.1 a 4.7 años entre la cohorte antigua y joven, producto de su mayor estancia en la escuela y del nacimiento del hijo a las mismas edades (18 años) (gráfica 3.3). El orden y la temporalidad de esta trayectoria (1 ETUH) fue estable en el tiempo y es, más o menos, la misma que se observaba en las

estadísticamente significativas según cohorte de mujeres que tuvieron un hijo en la adolescencia. Lo mismo sucede con las pruebas de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia de la edad mediana a la primera unión conyugal, primer hijo y primer embarazo. Lo anterior indica una estabilidad en el calendario de estas cuatro transiciones. En cambio, si se presentaron diferencias por cohorte en las pruebas de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia de la edad mediana al segundo hijo. Los estadísticos $\chi^2(1) = 28.45$ con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.0000$.

¹² Por las iniciales de las transiciones: H (primer hijo), U (unión conyugal), T (trabajo), E (salida escolar).

Gráfica 3.2. Principales secuencias de mujeres y hombres que tuvieron un hijo en la adolescencia. Diferencias por cohorte



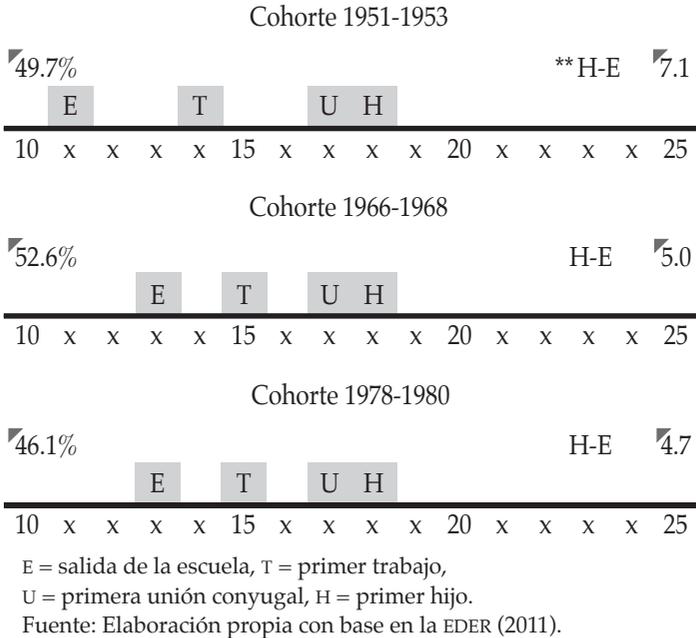
E = salida de la escuela, T = primer trabajo, U = primera unión conyugal,
H = primer hijo.

Fuente: Elaboración propia con base en la EDER (2011).

edades medianas de cada una de las transiciones que realizaron los varones de su respectiva cohorte (datos presentados en la gráfica 3.2), lo cual se debe a que esta secuencia fue seguida por casi la mitad de ellos en cada cohorte.¹³

Gráfica 3.3. Trayectoria 1. Edad promedio de la salida de la escuela, entrada al primer empleo, inicio de la vida conyugal y nacimiento del primer hijo (ETUH)

Hombres, padres entre los 16 y los 19 años



¹³ La prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia de la edad mediana de salida de la escuela no señala diferencias estadísticamente significativas entre las cohortes de hombres que tuvieron un hijo en la adolescencia y que siguieron la secuencia 1 ETUH. Situación similar se encontró con las pruebas de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia de la edad mediana al primer empleo, primera unión conyugal y primer hijo, lo que indica estabilidad en el tiempo en dichos calendarios.

Entre las mujeres se distingue mayor diversidad en las trayectorias. La secuencia 3 EUHT fue la más común en ambos grupos de edad (13-17 y 18-19 años)¹⁴ y en cada cohorte,¹⁵ excepto para las madres de 18 y 19 años de la cohorte joven, en que sólo 19% siguió esta trayectoria. Las edades promedio en que sucedieron estas transiciones fueron mucho menores para quienes comenzaron su vida reproductiva entre los 13 y 17 años, en comparación con las de 18 a 19 años, excepto en el ingreso al primer trabajo, que justo fue una transición que tardaron más en realizar las primeras (gráfica 3.4).¹⁶

En tanto, entre las madres más jóvenes (13-17 años) que siguieron esta trayectoria, es probable que la unión conyugal ocurriera a raíz de un embarazo, dado que las edades promedio entre la unión y el primer hijo refieren menos de 9 meses; muchos años después (hasta 11 años en la cohorte antigua), se presentó el primer trabajo. Aunque ya en la cohorte joven de este grupo de edad se redujo el número de años entre el primer hijo y la entrada al trabajo a 7 años (gráfica 3.4).¹⁷

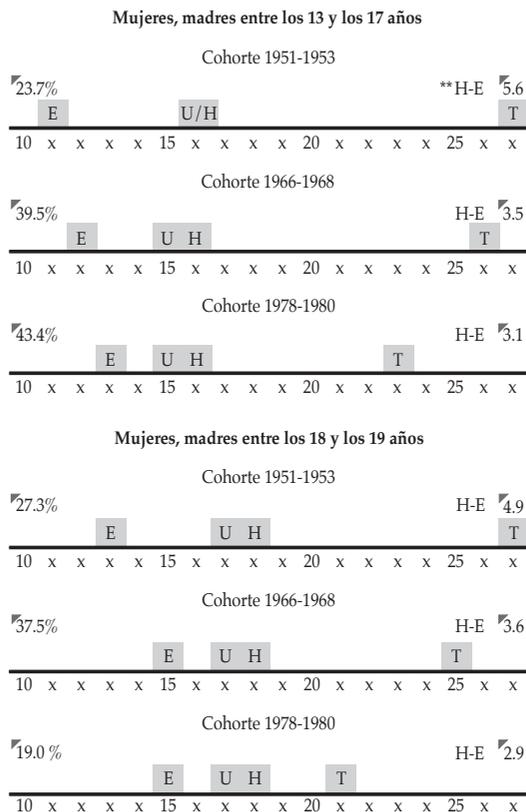
¹⁴ La prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia de la edad mediana de salida de la escuela indica diferencias estadísticamente significativas entre los dos grupos de edad (13-17 y 18-19 años), de mujeres que tuvieron un hijo en la adolescencia. El estadístico Wald χ^2 es de (1) = 11.43 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.0007$. En las pruebas de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia de la edad mediana a la primera unión conyugal y primer hijo también se presentaron diferencias significativas. Los estadísticos χ^2 (1) = 64.48 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.0000$ y χ^2 (1) = 98.63 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.0000$.

¹⁵ La prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia de la edad mediana de salida de la escuela indica diferencias estadísticamente significativas entre las cohortes de mujeres que tuvieron un hijo entre los 18 y 19 años de edad y que siguieron la secuencia 3 (EUHT). El estadístico Wald χ^2 es de (1) = 12.76 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.0017$. Lo mismo sucede con las pruebas de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia de la edad mediana al primer empleo. Los estadísticos χ^2 (1) = 15.05 con $\text{Pr} > \chi^2 = 0.0005$. Las pruebas para la primera unión conyugal y primer hijo no resultaron significativas, pues prácticamente estas edades no se movieron.

¹⁶ Para la transición al primer empleo la prueba de Wilcoxon (Breslow) no resultó significativa entre los dos grupos de edad de las mujeres.

¹⁷ La prueba de regresión de Cox para la igualdad de curvas de supervivencia de la edad mediana de salida de la escuela no muestra diferencias

Gráfica 3.4. Trayectoria 3. Edad promedio de la salida de la escuela, inicio de la vida conyugal, nacimiento del primer hijo y entrada al primer empleo de mujeres (EUHT)



E = salida de la escuela, U = primera unión conyugal, H = primer hijo, T = primer trabajo.

Fuente: Elaboración propia con base en la EDER (2011).

estadísticamente significativas entre las cohortes de mujeres que tuvieron un hijo entre los 13 y 17 años de edad y que siguieron la secuencia 3 EUHT. Lo mismo sucede con las pruebas de Wilcoxon (Breslow) para la igualdad de funciones de supervivencia de la edad mediana a la primera unión conyugal, primer hijo y primer empleo.

En las madres de 18 a 19 años prevaleció la secuencia EUHT, sin embargo, en la cohorte joven la secuencia 1 ETUH cobró importancia en 34.6% de ellas (gráfica 3.2). Otra secuencia que ganó fuerza fue la trayectoria TEUH, es decir, mujeres que combinaron el estudio y el trabajo y posteriormente salieron de la escuela, en muchas ocasiones a raíz de un embarazo y/o la unión conyugal. Llama la atención dos situaciones en estas mujeres: 1) que un porcentaje alto (38.5%) trabajaba ya a los 19 años, durante la crianza temprana del hijo y 2) que la distribución de las trayectorias en esta cohorte y grupo de edad se asemejara a la de los hombres de la misma cohorte.

FACTORES ASOCIADOS A LA MATERNIDAD-PATERNIDAD ANTES DE LOS 20 AÑOS

Al buscar conocer la asociación de ciertas variables con la probabilidad de tener un primer hijo antes de dejar la adolescencia, se ajustaron dos modelos de historia de eventos, uno para mujeres y otro para hombres. Este tipo de modelos precisa si una variable incide en la transición analizada, en este caso el inicio de la maternidad-paternidad, además de determinar en qué magnitud y dirección lo hace (Allison, 1984).

Las variables en estudio fueron la cohorte de nacimiento, el IOS medido por medio de los terciles, el nivel de escolaridad alcanzado un año antes de la ocurrencia del evento, o a los 19 años para el caso de quienes no vivieron esta transición; así como la presencia de los jóvenes en la escuela y en el mercado laboral, su estado civil y la coresidencia con sus padres, variables que también fueron rezagadas un año antes del nacimiento del hijo para evitar endogeneidad. A continuación enlistamos los principales hallazgos.

En las mujeres, el riesgo de tener un hijo antes de los 20 años fue menor en las cohortes más jóvenes en relación con la más antigua, aunque dicha diferencia sólo fue estadísticamente significativa en la cohorte intermedia. El hecho de que las mujeres de la cohorte antigua tuvieran mayor probabilidad de tener un hijo a corta edad podría explicarse por la prevalencia de patrones cultu-

rales y de género que dictaban para ellas un comienzo temprano de la vida conyugal y reproductiva, por lo que este tipo de embarazos probablemente fueron vistos como adelantados, pero no muy distintos al resto de la población, pues serían parte del proyecto de vida construido en pareja (cuadro 3.5).

Como ya se observaba en el apartado descriptivo, fue menos probable que las mujeres con mejores opciones de vida, con padres más escolarizados y con mejores empleos (ubicadas en el tercer tercil) tuvieran descendencia cuando aún no cumplían 20 años, en comparación con aquellas que contaban con un menor capital económico y cultural en sus hogares de origen, situación que aquí se confirma.

En cuanto a la escolaridad, se observan dos efectos inhibidores importantes en la probabilidad de tener un hijo: uno se relaciona con el nivel educativo alcanzado, pues a mayor escolaridad, secundaria al menos, menor fue el riesgo de embarazarse y tener un hijo, en comparación con aquellas que sólo tenían primaria. Pero, además, estar estudiando en el año previo también contribuyó a disminuir dicho riesgo.

Situación similar ocurrió con el trabajo extradoméstico. Quienes laboraron un año antes tuvieron un decremento en la probabilidad de embarazarse, en comparación con aquellas que no se encontraban en el mercado laboral.

En tanto que vivir en pareja en el año anterior fue la variable que precipitó en 500% la probabilidad de tener un hijo, en comparación con las solteras, pero aun, aquellas que habían concluido una relación conyugal, presentaron también razones de momios casi tan altas como quienes estaban en unión.

En los varones, dos son las variables que resultaron significativas en el riesgo de tener un hijo. Por una parte, aquellos que pertenecían a la cohorte intermedia vieron aumentados sus riesgos de ser padres antes de los 20 años, en comparación con los de la cohorte antigua, situación que fue contraria a la de las mujeres, pero, definitivamente, la variable que precipitó su paternidad fue su entrada en el año previo a la vida conyugal.

Las variables como el origen social, la escolaridad y la presencia en la escuela y en el mercado laboral no resultaron significativas

Cuadro 3.5. Razones de momios del modelo de historia de eventos de la probabilidad de tener un hijo antes de los 20 años

		Modelo para mujeres			Modelo para hombres		
Cohorte	1951-1953 (ref.)						
	1966-1968	0.58	**	(0.11)	2.02	*	(0.60)
	1978-1980	0.77		(0.14)	1.67		(0.56)
IOS	1 tercil (ref.)						
	2 tercil	0.86		(0.15)	1.63		(0.50)
	3 tercil	0.43	***	(0.87)	1.18		(0.39)
Nivel de escolaridad alcanzado (rezagado)	Sin estudios	0.88		(0.24)	0.98		(0.65)
	Primaria (ref.)						
	Secundaria	0.69	*	(0.11)	0.72		(0.23)
	Bachillerato o más	0.36	***	(0.52)	0.43		(0.19)
Presencia en la escuela (rezagado)	No estudiaba el año anterior (ref.)						
	Estaba estudiando el año anterior	0.77	*	(0.92)	0.63		(0.19)
Presencia en el mercado laboral (rezagado)	No trabajó el año anterior (ref.)						
	Trabajó el año anterior	0.57	***	(0.71)	1.37		(0.34)

Estado civil (rezagado)	Solter(o) un año antes (ref.)					
	Unida(o)	5.00	***	(0.59)	32.83	*** (9.13)
	Exunida(o)*	4.26	***	(0.22)	4.57	(3.57)
Corresidencia con padres (rezagado)	Vivía con un padre un año antes (ref.)					
	No vivía con sus padres	1.12		(0.22)	1.28	(0.43)
	Vivía con ambos padres	0.98		(0.18)	1.25	(0.38)
Log verosimilitud		-25393743			-6268179.7	
Wald χ^2		863.42			249.36	
χ^2		0.0000			0.0000	
Pseudo R ²		0.1582			0.2220	
Grados de libertad		13			13	
Núm. de observaciones		54227705			26768120	

*p < 050, **p < .010, ***p < .001

* Incluye las categorías de divorcio, separación y viudez.

Fuente: Elaboración propia con base en la EDER (2011).

para esta transición en los hombres. Además, tanto en varones como en mujeres, la coresidencia con los padres no pareció tener un efecto directo sobre dicha situación.

CONCLUSIONES

En este capítulo se argumentó que el nacimiento del primer hijo antes de los 20 años es un fenómeno heterogéneo que marca, junto con otras transiciones, el paso a la adultez de hombres y mujeres con prácticas socioculturales claramente diferenciadas por el género.

Este fenómeno ha presentado continuidades y transformaciones a lo largo del tiempo, aunque los principales cambios —en la magnitud del fenómeno, la actividad económica de las madres, el nivel de instrucción de madres y padres, la presencia de un segundo hijo, el uso de anticonceptivos antes de los 20 años, la maternidad en soltería y las características de las transiciones— que tuvieron lugar en la primera y la segunda cohorte fueron más marcados en la tercera cohorte. Suponemos que dicha situación responde al impacto de los procesos que afectaron, a partir de la segunda mitad de la década de 1960, la fecundidad y la participación económica y social de mujeres y hombres en el contexto nacional.

En este estudio se pudo observar, coincidiendo con Alatorre y Atkin (1995), Buvinic (1998) y Stern y Menkes (2008), que la maternidad-paternidad adolescente es un fenómeno directamente asociado a la vulnerabilidad social, que ocurre en poblaciones con escasos recursos socioeconómicos, baja escolaridad, escasas oportunidades de trabajo bien remunerado y en las que la vida familiar se inicia a edades más tempranas en relación con otros grupos socioeconómicos.

También se advirtió que este evento reproductivo se presentó principalmente en la población femenina; su magnitud disminuyó entre la primera y la segunda cohorte y luego se mantuvo estable. La edad mediana a la que tuvieron el primer hijo fue de 17 años y la mayoría lo tuvo con parejas mayores de 19 años.

En los varones fue muy limitada la presencia de la paternidad en la adolescencia, especialmente en el grupo de 13 a 16 años. A diferencia de las mujeres, en los hombres se registró un incremento entre la primera y la segunda cohorte y luego se redujo en la cohorte joven. La edad mediana al primer hijo fue de 18 años y lo tuvieron con mujeres menores de 19 años.

Tal vez las tendencias arriba mencionadas se pueden explicar si consideramos que en la cohorte antigua, el nacimiento del primer hijo antes de los 20 años se dio en un contexto cultural en el que las mujeres comenzaban su fecundidad a temprana edad y con parejas mayores a ellas. De ahí que el porcentaje de hombres de esa generación que tuvieron un hijo en la adolescencia sea menor que el de las otras dos generaciones y, por otro lado, que la proporción de mujeres de la cohorte antigua sea mucho mayor que la de las otras dos cohortes.

Por su parte, las generaciones intermedia y joven vivieron contextos culturales similares en la adolescencia como el acceso a anticonceptivos, políticas educativas que incrementaron el nivel de instrucción, modificación del mercado laboral, entre otros; lo que se expresa en la similitud de algunas características sociodemográficas y reproductivas.

Menkes y Suárez (2003) han señalado que las madres adolescentes tienden a tener más hijos que las mujeres que inician su maternidad más tardíamente. Sin embargo, con base en los resultados de este estudio, consideramos que este argumento requiere ser matizado, pues distinguimos un grupo de mujeres que espaciaron las gestaciones del segundo hijo con el uso de anticonceptivos. Encontramos que no todas las mujeres tuvieron un segundo hijo en la adolescencia: menos de la mitad de las mujeres de las dos primeras cohortes y la proporción se redujo a menos de una cuarta parte en las mujeres más jóvenes.

Vinculado con esto, se vio que si bien en las primeras relaciones sexuales casi no se utilizaron anticonceptivos por parte de hombres y mujeres, para los 19 años, es decir, después del primer hijo, el uso de anticonceptivos modernos para espaciar el segundo embarazo se extendió entre las mujeres y se incrementó en la generación intermedia y aún más en la joven. Los hombres casi no

utilizaron anticonceptivos, fueron sus parejas las que lo hicieron. Aun así, un porcentaje importante de hombres y mujeres no usaba anticonceptivos a esas edades.

Semejante a lo que señalaron Menkes y Suárez (2003) y Stern y Menkes (2008), la relación conyugal constituye un aspecto importante para comprender la especificidad de las experiencias de maternidad y paternidad adolescente. En el presente estudio se vió que si bien tanto en hombres como en mujeres la relación conyugal se estableció a partir de un embarazo, destaca una tendencia a mantener dicha relación, al menos hasta los 19 años; en su mayoría el segundo hijo, cuando hubo, se tuvo con la primera pareja. Esto nos hace suponer que la maternidad-paternidad en estas edades, por lo menos para la población con vida conyugal, en vez de ser una situación de excepción, constituyó una práctica regulada por una normatividad reproductiva propia de ciertos contextos, en la cual la formación de una familia se hace a edades tempranas. Por otro lado, principalmente en la cohorte joven, se distingue una población que residía en su hogar de origen el año anterior al embarazo y que no estableció una relación conyugal, lo que nos permite pensar en un aumento de la maternidad en mujeres solteras en esta cohorte.

En relación con el debate sobre si el nacimiento de un hijo o una hija constituye un detonante para el abandono de los estudios, encontramos, al igual que Stern y Menkes (2008), que la población en estudio había dejado ya la escuela por lo menos un año antes de tener el primer hijo; sin embargo, se debe destacar que en la cohorte joven se observó un incremento de mujeres que salieron de la escuela a causa del embarazo. También se observó un aumento en el nivel de instrucción tanto en hombres como en mujeres, particularmente en las mujeres de la cohorte joven. Sin embargo, la mayoría no rebasó la secundaria, por lo que estas jóvenes dejan la escuela con escasas credenciales educativas, aunque la gran mayoría no lo hace motivada por un embarazo.

La actividad remunerada marca una clara diferencia entre la población de padres y madres adolescentes; casi todos los hombres tenían una actividad económica antes y después del nacimiento del primer hijo, mientras que las mujeres presentaron un

porcentaje muy bajo en relación con los hombres, pero similar al de la población femenina general de cada cohorte.

Esta diferencia entre hombres y mujeres nos remite a la prevalencia de los papeles de género tradicionales que rigen el tránsito a la adultez en nuestro país, los cuales están definidos en términos de una paternidad asociada con el sostenimiento económico de la familia y una maternidad vinculada con la crianza de los hijos y al desempeño del trabajo doméstico. Sin embargo, hay que señalar que las mujeres de la cohorte joven participaron en mayor medida en el mercado de trabajo que las mujeres de las otras cohortes, e incluso un grupo de ellas inició su incorporación al mercado de trabajo antes de tener el segundo hijo y durante la crianza del primero.

También encontramos importantes diferencias entre hombres y mujeres en las transiciones a la vida adulta. Mientras los hombres mantuvieron estables las edades de casi todas las transiciones en las tres cohortes, excepto la salida de la escuela, en las mujeres aumentó la edad en que salieron de la escuela y tuvieron el segundo hijo y disminuyó la edad a la que se incorporaron al primer empleo entre la cohorte antigua y la joven; aunque la edad a la primera relación conyugal y al primer hijo se mantuvo estable. Otro aspecto interesante en cuanto a las diferencias entre las poblaciones masculina y femenina fue el número de años entre la salida de la escuela y el primer hijo: en las generaciones intermedia y joven fue disminuyendo el número de años entre cada evento. Podemos suponer, entonces, que en la población masculina hubo cambios muy escasos en el tránsito a la adultez, a diferencia de la población femenina.

Cuando comparamos el orden de las transiciones de hombres y mujeres, también encontramos cierta coherencia entre éste y las expectativas de los papeles de género en el tránsito a la adultez. En los hombres el primer empleo antecede al evento reproductivo y a la conyugalidad, mientras que en las mujeres el nacimiento del primer hijo y la relación conyugal preceden al primer empleo; en las dos cohortes más antiguas el nacimiento del segundo hijo también se presentó antes del trabajo extradoméstico.

A partir del orden de las transiciones elaboramos tres trayectorias tipo: EUHT, ETUH y TEUH (gráfica 3.2). Encontramos que exis-

ten diferencias de género importantes. La trayectoria tradicional (3 EUHT), es decir aquella en que las mujeres dejaron la escuela, se unieron, tuvieron el primer hijo y finalmente se incorporaron a un empleo, prevaleció principalmente en la cohorte antigua y en la intermedia, aunque fue mayoritaria en las mujeres de 13 a 17 años de las tres cohortes.

En las mujeres de 18 a 19 años de las dos primeras cohortes, si bien predominó esta trayectoria tradicional, también fue importante la trayectoria 1 ETUH. El mayor cambio se dio en las mujeres de este grupo de edad de la tercera cohorte, entre las que se incrementaron las trayectorias 1 y 5 que prevalecieron en la población masculina (ETUH, TEUH); es decir, mujeres que trabajaban y/o estudiaban antes de la unión y del primer hijo. Lo anterior muestra un reajuste en la normatividad de género para las mujeres, aunque se mantiene inamovible la responsabilidad reproductiva, de crianza y mantenimiento de los hogares. Asimismo, en las mujeres jóvenes es posible observar un pequeño grupo que vivió el embarazo en soltería y que dejaron la escuela y se incorporaron al mercado de trabajo para criar a su hijo o a su hija con apoyo de sus redes familiares, más que el de la pareja.

Finalmente, buscamos los factores que favorecieron la incidencia de la maternidad-paternidad adolescente. Para las mujeres, el origen social bajo, pertenecer a la cohorte antigua y, principalmente, la vida en pareja contribuyeron al nacimiento de un hijo en estas edades. Por otro lado, el mayor nivel de escolaridad, la asistencia a la escuela y la participación en el mercado de trabajo lo inhibieron. En el caso de los hombres, la vida conyugal un año antes de tener al hijo fue el factor de riesgo más importante.

A partir de este estudio proponemos que el tema del nacimiento de un hijo antes de los 20 años deje de ser observado bajo el supuesto de que es un problema social de ciertas poblaciones, generalmente de mujeres pobres con baja escolaridad, cuyas características individuales las pone en riesgo de vivir una reproducción fuera de los parámetros hegemónicos. Desde esa óptica, no se visualizan los aspectos de las poblaciones que se desprenden de las especificidades de los contextos culturales, económicos y sociales que encuadran el tránsito a la adultez.

Hacemos énfasis entonces, *en examinar las diferencias de género*, ya que, como se dijo anteriormente, la normatividad de género encauza y reglamenta las prácticas “apropiadas” para que estos eventos sucedan. Estimamos fundamental analizar no sólo a la población femenina que tiene hijos en la adolescencia sino también a los hombres, pues esto nos permite adentrarnos en las diferencias de género que distinguen el tránsito a la adultez y sus cambios a lo largo del tiempo, además de contribuir así a dismantelar la idea esencialista de que la reproducción es un asunto propio de las mujeres.

REFERENCIAS

- ABOITES AGUILAR, L. (2006). “El último tramo, 1929-2000”, en P. Escalante Gonzalbo *et al.* (coords.), *Nueva historia mínima de México*, México, El Colegio de México, pp. 262-302.
- ALATORRE RICO, J. y L. C. ATKIN (1995). “De abuela a madre, de madre a hijos: repetición intergeneracional del embarazo adolescente y la pobreza”, en The Population Council, *Family Structure, Female Headship and Maintenance of Families and Poverty*, Nueva York y Washington, The Population Council / ICRW.
- ALBA, F. (1989). *La población de México. Evolución y dilemas*, México, El Colegio de México.
- ALLISON, P. D. (1984). *Event History Analysis. Regression for Longitudinal Event Data*, Beverly Hills, Sage.
- BARRERA, G. y O. KERDEL (1987). *El adolescente y sus problemas en la práctica*, Venezuela, Monte Ávila.
- BRUGEILLES, C. y O. ROJAS (2016). “Inicio de la práctica anticonceptiva y formación de las familias. Experiencia de tres cohortes mexicanas”, en M. L. Coubès, P. Solís y M. E. Zavala de Cosío (coords.), *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México*, México, El Colegio de México, pp. 161-190.
- BUTLER, J. (2006). *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- BUVINIC, M. (1998). “The Costs of Adolescent Childbearing: Evidence from Chile, Barbados, Guatemala, and Mexico”, *Studies in Family Planning*, vol. 29, núm. 2, junio, pp. 201-209.

- DE OLIVEIRA, O. (1990). "Empleo femenino en México en tiempos de recesión económica: tendencias recientes", en N. Aguiar (coord.), *Mujer y crisis. Respuestas ante la recesión*, Venezuela, Nueva Sociedad, pp. 31-54.
- ____ y B. GARCÍA (1990). "Expansión del trabajo femenino y transformación social en México: 1950-1987" en CES, *México en el umbral del milenio*, México, El Colegio de México, pp. 345-374.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].
- GARCÍA, B. (1993). "La ocupación en México en los años ochenta: hechos y datos", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. LV, núm. 55:1, enero-marzo, pp. 137-153.
- ____ y O. de Oliveira (1991). *Jefas de hogar y violencia doméstica*, México, El Colegio de México / UNAM.
- GIORGULI, S. (2006). "Deserción escolar, trabajo adolescente y estructuras familiares en México", en J. L. Lezama y J. Morelos (coords.), *Población, ciudad y medio ambiente en el México contemporáneo*, México, El Colegio de México, pp. 235-274.
- Instituto Nacional de Estadística y Geografía (Inegi) (2009). *Estadísticas históricas de México*, México, Inegi.
- LLANES DÍAZ, N. (2012). "Acercamientos teóricos a la maternidad adolescente como experiencia subjetiva", *Revista Sociológica*, vol. 27, núm. 77, septiembre-diciembre, pp. 235-266.
- MENKES, C. y L. SUÁREZ (2003). "Sexualidad y embarazo adolescente en México", *Papeles de Población*, núm. 35, enero-marzo, pp. 233-262.
- MUÑOZ GARCÍA, H. y M. H. SUÁREZ ZOZAYA (1994). *Perfil educativo de la población mexicana*, México, Inegi / UNAM-IIS / CRIM.
- PARKER, S. W. y C. PEDERZINI V. (2000). "Género y educación en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 15, núm. 1(43), enero-abril, pp. 97-122.
- PEDERZINI VILLAREAL, C. (2006). *Género y escolaridad en los hogares mexicanos*, tesis de doctorado en estudios de población, México, El Colegio de México.

- PÉREZ BALEÓN, G. F. (2012a). "Desigualdades de género en el inicio de la vida laboral estable", *Papeles de Población*, vol. 18, núm. 72, abril-junio, pp. 213-246.
- ____ (2012b). "Análisis de la salida de la escuela por cohorte, género y estrato socioeconómico", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 27, núm. 3(81), septiembre-diciembre, pp. 699-737.
- RENDÓN, T. y C. SALAS (1996). "Empleo juvenil en México", *Revista Jóvenes*, cuarta época, año 1, núm. 1, julio-septiembre, pp. 34-45.
- REYES, D. y M. L. CABELLO (2011). "Sexualidad y reproducción adolescentes: un estudio sociocultural en un contexto urbano-marginal de Monterrey, Nuevo León, México", *Sexología y Sociedad*, año 17, 45, abril, pp. 1-17.
- SALAZAR, A., M. ACOSTA, N. LOZANO y M. QUINTERO (2008). "Consecuencias del embarazo adolescente en el estado civil de la madre joven: estudio piloto en Bogotá, Colombia", *Persona y Bioética*, vol. 12, núm. 2, pp. 169-182.
- STERN, C. et al. (2012). *El "problema" del embarazo en la adolescencia. Contribuciones a un debate*, México, El Colegio de México.
- ____ y C. MENKES (2008). "Embarazo adolescente y estratificación social", en S. Lerner e I. Szasz (coords.), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México*, México, El Colegio de México, pp. 347-395.
- TUIRÁN, R. y E. ZÚÑIGA (2000). *Situación actual de la mujer en México. Diagnóstico sociodemográfico*, México, Conapo (Serie documentos técnicos).

4. FACTORES ASOCIADOS A LA UTILIZACIÓN DE CESÁREA: UNA EXPLORACIÓN A TRAVÉS DEL TIEMPO

*Rosario Cárdenas**

*Beatriz Novak***

La cesárea es una de las intervenciones de mayor relevancia para la resolución de complicaciones obstétricas. Si bien en su origen la cesárea se empleaba para intentar salvar la vida del producto de la gestación en el caso de una mujer embarazada agonizante o muerta, en la actualidad su utilización médicamente apropiada responde a mejorar los resultados obstétricos y neonatales (Lurie, 2005; Todman, 2007), así como, más recientemente, para responder a la demanda de las propias mujeres por esta intervención (Bergholt *et al.*, 2004; Devendra y Arulkumaran, 2003; Druzin y El-Sayed, 2006; Robson *et al.*, 2009). Aun cuando su utilización ha sido propuesta como una de las acciones que permitirían reducir la mortalidad materna, especialmente en países de ingreso bajo (Althabe *et al.*, 2006; Goldenberg *et al.*, 2015), México muestra niveles más elevados de utilización de este procedimiento quirúrgico que los países desarrollados (en 2001, la tasa ascendía a 32 cesáreas por cada 100 nacimientos, mientras que en Alemania, Dinamarca y Suecia era de 22, 18 y 17, respectivamente), sin que ello se vea reflejado en una disminución de la mortalidad por causas asociadas a la reproducción. Esto adquiere una relevancia aún mayor al constatar que el nivel de empleo de cesárea ha aumentado de manera sistemática en el país (Cárdenas, 2014) sin que ello haya estado aparejado necesariamente con un mejoramiento

* Universidad Autónoma Metropolitana.

** El Colegio de México.

de la atención obstétrica. Al respecto cabe señalar, por ejemplo, que de acuerdo con información asentada en los certificados de nacimiento en 2012 la tasa de cesárea en el país para primeros partos fue de 49.5 por cada cien nacimientos, que en estados como Yucatán y Nuevo León la vasta mayoría de los embarazos fueron atendidos mediante este procedimiento quirúrgico, 58.4 y 63.4%, respectivamente (Cárdenas y Luna, 2014), y que la meta de reducción establecida para 2015 para la razón de mortalidad materna, como parte de la estrategia de Objetivos de Desarrollo del Milenio (22 defunciones maternas por 100 000 nacimientos), se encuentra lejos de ser alcanzada, puesto que para 2013 el nivel de este indicador era de 38.2 defunciones maternas por cada 100 000 nacidos vivos (Gobierno de la República, 2015).

El incremento en el uso de cesárea no sería un hecho preocupante por sí mismo de no ser porque su práctica conlleva distintos riesgos, tanto para la mujer como para el neonato. La interrupción de la gestación mediante una cesárea electiva eleva el riesgo para el recién nacido de presentar problemas respiratorios, así como de requerir cuidados de terapia intensiva y aumentar el número de días de estancia hospitalaria (Nir, Nadir y Feman, 2012; Richardson *et al.*, 2005), especialmente al tratarse de nacimientos antes de las 39 semanas de gestación (Doan, Gibbson y Tudehope, 2014; Zanardo *et al.*, 2004). Con respecto a la salud femenina, tanto el aumento en la posibilidad de desarrollar un cuadro de hemorragia posparto (Bateman *et al.*, 2010; Kramer *et al.*, 2013), como de presentar infección (Olsen *et al.*, 2008) o apertura de la herida quirúrgica (Subramaniam *et al.*, 2014), el incremento del riesgo de ruptura uterina en embarazos ulteriores (Grossetti *et al.*, 2007; Hoffman *et al.*, 2004), el desarrollo de endometriosis tanto en la cicatriz (Gajjar, Mahendru y Khaled, 2008; Zhu *et al.*, 2008) como en la zona pélvica (Andolf, Thorsell y Källén, 2013), o el aumento en el riesgo de inserciones placentarias anómalas con el antecedente de haber tenido una cesárea (Ananth, Smulian y Vintzileos, 1997; Bowman *et al.*, 2014; Creanga *et al.*, 2015; Klar y Michels, 2014) son sólo algunos de los problemas más frecuentemente observados.

Los resultados de investigación han mostrado que diversas variables subyacen y explican la dinámica de la práctica de cesá-

rea. Al incentivo económico que representa un costo más elevado de este tipo de atención en comparación con un parto vaginal (Triunfo y Rossi, 2009), se añaden los asociados al aseguramiento privado de servicios de salud (Chen *et al.*, 2014; Curtin *et al.*, 2013; Henke *et al.*, 2014; Kozhimannil *et al.*, 2013), las características del entrenamiento médico, *i.e.*, especialistas en obstetricia, que fomentan la realización de un número mayor de estos procedimientos quirúrgicos (Davis *et al.*, 1994; Hueston *et al.*, 1995; Mikolajczyk *et al.*, 2013; Poma, 1999); además, el personal de salud puede optar por esta vía de atención con el ánimo de reducir riesgos inherentes a la atención del parto, así como de regular los tiempos requeridos para la resolución de éstos (D'Orsi *et al.*, 2006).

Por otra parte, las características de las mujeres que con mayor frecuencia reciben estos servicios de salud ponen de manifiesto tanto las desigualdades en la atención como el posible uso no justificado, en términos médicos, de la cesárea. Si bien algunos factores han cambiado en ciertas sociedades (Lee *et al.*, 2005), entre las principales usuarias de este procedimiento se encuentran, por ejemplo, las mujeres de mayor escolaridad (Leone, 2014; Parazzini *et al.*, 1992; Prakash y Neupane, 2014; Taffel, 1994), en uniones estables, económicamente activas, residentes ya sea en áreas metropolitanas o en aquéllas con menor rezago económico (Fairley, Dundas y Leyland, 2011; Feng *et al.*, 2012; Leone, Padmadas y Matthews, 2008). Asimismo, tal como se señaló al inicio de este capítulo, recientemente se ha identificado la autodemanda de cesárea como un factor que de manera independiente a la organización de las instituciones de salud, las características del personal médico o el registro de condiciones médicas que requieran su empleo propicia el aumento de esta cirugía mediante argumentos de manejo del dolor, la imagen del cuerpo femenino, la intención de las mujeres de reducir los riesgos para el producto de la gestación o el derecho de las personas a definir el tipo de atención médica que prefieren recibir (Kornelsen, Hutton y Munro, 2010).

La información recabada por la Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011 (EDER-2011; Inegi, 2015) permite explorar la utilización de cesárea en el tiempo y, con ello, identificar si el patrón ahora observado de intensificación del empleo de este procedi-

miento quirúrgico es un fenómeno reciente o tiene una data de más largo plazo.

En este sentido, el objetivo de este trabajo es, mediante el análisis de los datos recolectados en la EDER-2011, identificar aquellas variables asociadas a la práctica de cesárea en el caso del primer hijo, para cada una de las tres cohortes de mujeres que integran el universo de interés de esta encuesta. La comparación de las características de distribución, diferenciales y variables asociadas a la utilización de cesárea, para las cohortes de mujeres nacidas entre 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980, permitirá distinguir los cambios temporales en el empleo de esta intervención obstétrica, posibilitando así ubicar en su caso el inicio de la tendencia de un uso extremadamente alto de esta intervención quirúrgica hoy establecida en el país.

Las variables que conforman la base de datos de la EDER-2011 fueron revisadas a fin de distinguir aquellas que pudieran dar cuenta del riesgo de atención obstétrica mediante cesárea. El conjunto de variables explorado incluye la edad de la mujer, el año de escolaridad máxima alcanzada, el estado conyugal, las condiciones de la vivienda como una aproximación a las condiciones socioeconómicas de vida, el Índice de Origen Social (IOS), la utilización de anticonceptivos como un exponente que de manera general aproxima el uso de servicios médicos, el sexo del producto de la gestación para explorar de manera tangencial lo apropiado de la cesárea y el tipo de lugar de atención del parto. En relación con esta última variable, si bien es especialmente relevante dados los estímulos médicos y económicos identificados por la literatura, la forma en la cual fue recabada esta información en la EDER-2011 impide diferenciar entre los servicios médicos públicos y los dependientes de la seguridad social. De aquí que haya sido necesario analizar esta variable mediante tres categorías: *I*) servicios privados, los cuales incluyen consultorios, clínicas u hospitales privados; *II*) el conjunto de públicos o de seguridad social, que incorporan las unidades médicas del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS), Coordinación General del Plan Nacional de Zonas Deprimidas y Grupos Marginales (Coplamar) y Oportunidades, clínicas y hospitales de la Secretaría de Salud (SSA) u otros hospitales públicos: Instituto

de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado (ISSSTE), Desarrollo Integral de la Familia (DIF), otras instituciones del gobierno, y *III*) otros. En esta última categoría se incluyeron tanto las respuestas que de manera directa indicaron otro lugar de atención como el que el parto haya tenido lugar en el domicilio de la mujer o de alguien más.

El cuadro 4.1 presenta la distribución de las variables ocupadas para el análisis de acuerdo con cada una de las tres cohortes estudiadas. Los datos muestran que la utilización de cesárea ha ido en aumento en el tiempo al pasar de una tasa de 13.1% para la generación 1951-1953 a 38.8% para la nacida en 1978-1980. De igual forma, señala una participación por grupo de edad al primer hijo muy similar entre las cohortes. Como era de esperarse, el porcentaje de mujeres que estudiaron hasta primaria como máximo se reduce en el tiempo, pasando de 57.9% para la primera cohorte a 17.4% para la tercera cohorte. La información sobre el estado conyugal da cuenta del fenómeno documentado en el país sobre el aumento de la unión libre en detrimento del matrimonio civilmente sancionado (Pérez Amador, 2008; Pérez, 2014). En relación con las condiciones de la vivienda, dado que la muestra de la EDER-2011 comprende exclusivamente población residente en áreas urbanas, no es sorprendente que casi la totalidad de éstas cuenten con características razonablemente adecuadas en términos de calidad en su construcción. Respecto al uso de anticonceptivos, si bien los datos dan cuenta del aumento en el empleo de estos servicios médicos, también ponen de manifiesto los rezagos en la cobertura de éstos. Los datos sobre el lugar de atención del parto revelan la importancia de los servicios públicos y de seguridad social en el otorgamiento de cuidados obstétricos, aun cuando para el caso de la tercera cohorte el principal cambio refiere un aumento en la demanda de servicios médicos privados y, a lo largo del tiempo, la disminución de la participación de otros lugares de atención (hogar).

La distribución de los partos analizados de acuerdo con el sexo del producto coincide esencialmente con lo que se conoce acerca de la razón por sexo al nacimiento, al encontrarse una mayor proporción de neonatos masculinos para las cohortes segunda

y tercera. Cabe que el mayor número de nacimientos femeninos en la primera cohorte sea resultado de un efecto de la muestra y no una alteración del índice de masculinidad al nacimiento.

Cuadro 4.1. Distribución relativa de las variables de interés

Variable	Cohorte		
	Primera 1951-1953	Segunda 1966-1968	Tercera 1978-1980
Tipo de parto			
Vaginal	86.9	66.8	61.2
Cesárea	13.1	33.2	38.8
Edad al primer hijo (años)			
Hasta 18	25.1	20.4	24.3
19 a 22	36.5	35.4	35.7
23 a 26	23.8	23.8	24.5
27 o más	14.6	20.4	15.5
Escolaridad alcanzada			
Primaria o menos	57.9	27.0	17.4
Máximo secundaria	10.5	22.9	31.0
Máximo bachillerato	6.3	14.0	26.4
Estudios superiores	25.3	36.1	25.2
Estado conyugal			
Matrimonio	83.9	78.1	70.5
Unión libre	14.6	20.9	25.5
Sin pareja	1.5	1.0	4.0
Condiciones de vivienda			
Sólida	98.8	99.7	99.5
Precaria	1.2	0.3	0.5

Uso de anticoncepción			
Sí	13.7	21.6	24.6
No	86.3	78.4	75.4
Lugar de atención del parto			
Público o seguridad social	56.2	69.0	69.5
Privado	22.1	22.7	25.3
Otros	21.7	8.3	5.2
Sexo del hijo			
Hombre	49.9	54.3	53.6
Mujer	50.1	45.7	46.4

Fuente: Estimaciones propias con datos de la EDER (2011).

La estimación de diferenciales de cesárea para las variables de interés pone de manifiesto varios rasgos relacionados con el objetivo de este estudio (cuadro 4.2). Por una parte, permite distinguir que en el país, al igual que lo reportado por varios autores (Leone, 2014; Parazzini *et al.*, 1992; Prakash y Neupane, 2014; Taffel, 1994), una mayor escolaridad se asocia con un uso más intensivo de cesárea. El hecho de que la EDER-2011 dé cuenta de los cambios para tres cohortes posibilita distinguir cómo se acentúa esta característica en el tiempo. Mientras en la primera cohorte (nacidas entre 1951 y 1953) la tasa de cesárea entre las mujeres con estudios superiores era de 22.1%, para la segunda cohorte (1966-1968) aumentó a 44.9% y en el caso de la tercera cohorte (1978-1980) alcanza 49.1%. Un segundo elemento que se desprende del examen de esta información es el incremento generalizado del empleo de cesárea en todos los grupos de escolaridad. Por ejemplo, en las mujeres nacidas entre 1951-1953 que declararon una escolaridad máxima de primaria, la tasa de cesárea era de 8.4%, para la segunda cohorte esta cifra aumentó a 16.4% y alcanzó 27.4% para la tercera. Los diferenciales sobre estado conyugal, condición de la vivienda y uso de anticoncepción siguen, en gran medida, los niveles mostrados para la utilización de cesárea para cada cohorte. La mayor transformación observada, de acuerdo con la información derivada de

la EDER-2011, relacionada con la cesárea se asocia al incremento en la utilización de este procedimiento quirúrgico en las unidades médicas privadas. Mientras para la primera cohorte la tasa de cesárea correspondiente a servicios de atención privada era de 22%, para la segunda ascendía a 48.9% y para la tercera abarcaba más de la mitad de los partos atendidos en éstas: 54.7%. La literatura indica que el riesgo de cesárea es mayor al tratarse de un producto de la gestación del sexo masculino, lo cual puede deberse, entre otras razones, a que en estos embarazos tanto el riesgo de desarrollar diabetes gestacional como que se presente una falla de progresión entre el primer y segundo estadio del trabajo de parto es mayor (Di Renzo *et al.*, 2007; Eogan *et al.*, 2003; Lieberman *et al.*, 1997). Para la primera y tercera cohortes los datos de la EDER-2011 coinciden en este aspecto al indicar mayores tasas de cesárea en el caso de nacimientos de varones (13.7 y 42.7%, respectivamente).

Cuadro 4.2. Diferenciales en variables sociodemográficas y de atención de servicios de salud según tipo de parto y cohorte de estudio

Variable	Cohorte					
	Primera 1951-1953		Segunda 1966-1968		Tercera 1978-1980	
	Vaginal	Cesárea	Vaginal	Cesárea	Vaginal	Cesárea
Tipo de parto	86.9	13.1	66.8	33.2	61.2	38.8
Edad al primer hijo (años)						
Hasta 18	94.2	5.8	90.4	9.6	69.6	30.4
19 a 22	88.7	11.3	75.0	25.0	68.7	31.3
23 a 26	83.7	16.3	53.6	46.4	53.4	46.6
27 o más	75.0	25.0	44.6	55.4	43.1	56.9
Escolaridad alcanzada						
Primaria o menos	91.6	8.4	83.6	16.4	72.6	27.4
Máximo secundaria	83.7	16.3	65.6	34.4	60.8	39.2
Máximo bachillerato	84.6	15.4	66.7	33.3	64.0	36.0
Estudios superiores	77.9	22.1	55.1	44.9	50.9	49.1

Variable	Cohorte					
	Primera 1951-1953		Segunda 1966-1968		Tercera 1978-1980	
	Vaginal	Cesárea	Vaginal	Cesárea	Vaginal	Cesárea
Estado conyugal						
Matrimonio	87.0	13.0	67.3	32.7	57.8	42.2
Unión libre	86.7	13.3	67.1	32.9	68.2	31.8
Sin pareja	83.3	16.7	25.0	75.0	76.5	23.5
Condiciones de la vivienda						
Sólida	87.0	13.0	67.0	33.0	61.0	39.0
Precaria	80.0	20.0	0.0	100	100	0.0
Uso de anticonceptivo						
Sí	85.7	14.3	61.4	38.6	64.1	35.9
No	87.3	12.7	68.3	31.7	60.1	39.9
Lugar de atención del parto						
Público o seguridad social	85.3	14.7	68.6	31.4	64.7	35.3
Privado	78.0	22.0	51.1	48.9	45.3	54.7
Sexo del hijo						
Hombre	86.3	13.7	68.8	31.2	57.3	42.7
Mujer	87.4	12.6	64.5	35.5	65.6	34.4

Fuente: Estimaciones propias con datos de la EDER (2011).

Con el fin de conocer cuáles variables se asocian con la probabilidad de que el primer parto haya sido atendido mediante cesárea se estimaron las razones de momios mediante una regresión logística. En la primera etapa se evaluaron, por separado, las asociaciones entre las variables de control seleccionadas y la probabilidad de cesárea para cada una de las tres cohortes analizadas. En un segundo momento se revisó el efecto simultáneo de las distintas cohortes en dicha probabilidad para determinar si efectivamente los datos permiten constatar un efecto de cohorte, es decir, de cambios a lo largo del tiempo. Los modelos que se

presentan incluyen el conjunto de variables exploradas para su estimación, a fin de mostrar la relevancia que en su caso tiene cada una de éstas en el examen del riesgo de utilización de cesárea.

El cuadro 4.3 presenta los resultados de los modelos de regresión logística para cada una de las tres cohortes. Los datos obtenidos señalan la edad como uno de los factores asociados a la probabilidad de uso de cesárea para la atención del parto, independientemente de la cohorte de la cual se trate; es decir, en las décadas que representan las cohortes analizadas, el avance en la edad de las mujeres al momento del parto aumenta por sí misma el empleo de la cesárea en la resolución de los embarazos. Para la primera cohorte, cada año de edad adicional aumenta 10% el riesgo de cesárea; para la segunda el incremento es de 18% para cada año de edad adicional, y para la tercera, 7%. El segundo elemento que tiene un efecto en la probabilidad de que ocurra una cesárea es el lugar de atención del parto. Los resultados obtenidos muestran que la atención en unidades médicas privadas incrementa el riesgo de cesárea, comparado con la atención provista en unidades públicas o de seguridad social. Si bien en el caso de cada una de las tres cohortes, la atención en unidades médicas privadas aumenta el riesgo de cesárea, únicamente para la segunda y la tercera cohortes los resultados obtenidos son estadísticamente significativos. Para la segunda cohorte la atención en unidades privadas incrementa 95% el riesgo de cesárea en comparación con que el parto haya tenido lugar en una institución pública o de seguridad social, mientras que para la tercera cohorte el incremento correspondiente es 78 por ciento.

Examinar el efecto que tiene la cohorte en el riesgo de cesárea permite distinguir la ocurrencia de cambios temporales en la práctica de este procedimiento quirúrgico. La variable cohorte recoge las transformaciones sociales, económicas y de acceso a servicios a las cuales han estado expuestos sus miembros. Los resultados del modelo de regresión logística (cuadro 4.4) expresan las modificaciones registradas en este fenómeno en el país a lo largo del tiempo.

Cuadro 4.3. Razones de momios resultantes de regresiones logísticas para la probabilidad de que el primer parto haya sido atendido mediante cesárea

Variable*	Cohorte		
	Primera 1951-1953	Segunda 1966-1968	Tercera 1978-1980
	Razones de momios		
Edad al primer hijo (años)			
Variable continua	1.10*	1.18***	1.07**
Escolaridad (primaria completa o secundaria incompleta)			
Sin escolaridad o algo de primaria	0.58	0.54	0.80
Algo de bachillerato	0.83	0.83	0.79
Algo de estudios superiores	1.31	1.09	0.85
Estado conyugal (matrimonio)			
Unión libre	1.84	1.37	0.68
Sin pareja	1.03	3.90	0.47
Condiciones de la vivienda (sólida)			
Medianamente sólida	0.49	0.67	1.00
Precaria	3.09		
Índice de Orígenes Sociales (primer cuartil)			
Segundo cuartil	1.20	1.38	0.97
Tercer cuartil	0.78	0.90	0.84
Cuarto cuartil	0.54	0.61	1.40
Uso de anticonceptivo (sí)			
No	0.74	1.36	0.82
Lugar de atención del parto (público o seguridad social)			
Privado	1.49	1.95*	1.78*
Otros		0.22*	0.21**
Sexo del hijo (hombre)			
Mujer	0.90	0.99	1.40

* La categoría de referencia se presenta entre paréntesis.

* p < 0.05, ** p < 0.01, *** p < 0.001

Fuente: Estimaciones propias con datos de la EDER (2011).

Cuadro 4.4. Razones de momios resultantes de regresión logística para la probabilidad de que el primer parto haya sido atendido mediante cesárea para el total de la población analizada

Variable*	Razones de momios
Cohorte (primera 1951-1953)	
Segunda cohorte, 1966-1968	2.68***
Tercera cohorte, 1978-1980	3.59***
Edad al primer hijo (años)	
Variable continua	1.11***
Escolaridad	
(Primaria completa o secundaria incompleta)	
Sin escolaridad o algo de primaria	0.69
Algo de bachillerato	0.83
Algo de estudios superiores	1.10
Estado conyugal (matrimonio)	
Unión libre	1.03
Sin pareja	0.86
Condiciones de la vivienda (sólida)	
Medianamente sólida	0.84
Precaria	2.76
Índice de Orígenes Sociales (primer cuartil)	
Segundo cuartil	1.13
Tercer cuartil	0.85
Cuarto cuartil	0.83
Uso de anticoncepción (sí)	
No	0.98
Lugar de atención del parto	
(Público o seguridad social)	
Privado	1.79***
Otros	0.13***

Variable*	Razones de momios
Sexo del hijo (hombre)	
Mujer	1.12

* La categoría de referencia se presenta entre paréntesis.

* $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

Fuente: Estimaciones propias con datos de la EDER (2011).

Comparado con la primera cohorte, el riesgo de cesárea para la segunda cohorte es más de dos veces y media superior, y para la tercera cohorte es 3.6 veces superior. Lo anterior muestra, por una parte, que la tendencia al aumento en la utilización de cesárea tiene una data más larga que los años recientes, puesto que entre las cohortes 1951-1953 y 1966-1968 el riesgo se duplicó y alrededor de una década después había aumentado un tanto más. El modelo que conjunta las tres cohortes también muestra la importancia de la edad como variable que afecta la probabilidad de utilización de cesárea, la cual aumenta 11% por cada año de edad adicional de las mujeres y la participación de las unidades médicas privadas en el incremento del empleo de este procedimiento quirúrgico, ya que el riesgo al haber demandado atención en este tipo de instalaciones es 79% mayor comparado con haberlo hecho en instituciones públicas o de seguridad social.

El análisis llevado a cabo sugiere varias problemáticas adicionales a la preocupación que genera el incremento acelerado y extraordinario de la utilización de cesárea en el país. Por un lado, si bien no hay evidencia médica que en sí misma apunte a la edad como un factor de riesgo para el desarrollo de complicaciones obstétricas, en el pasado reciente la práctica médica distinguía a las edades intermedias como las de bajo riesgo. No obstante, la transformación de los patrones reproductivos de los países desarrollados, especialmente europeos y en Japón, patentizan el hecho de que el inicio de la reproducción en fases tardías del periodo fértil no necesariamente se asocia con un aumento en la frecuencia de complicaciones ni con un deterioro de los estándares de calidad alcanzados en la atención reproductiva. En este sentido, mantener la edad como una variable para la toma de decisión, tal como

sugieren los resultados obtenidos en este ejercicio, manifiesta el rezago en la incorporación de buenas prácticas al tiempo que propicia la realización de cesáreas médicamente no justificadas.

El incremento en la probabilidad de empleo de cesáreas en unidades médicas privadas comparadas con las públicas o de seguridad social revela incentivos ajenos a la lógica de la mejor atención de salud posible y sugiere factores económicos, de agenda del personal de salud e incluso de disponibilidad de infraestructura como posibles impulsores de la práctica de esta cirugía. Adicionalmente, aun cuando la información recabada por la EDER-2011 no permite explorar este ángulo, es posible que al menos una proporción de las mujeres que demandan servicios obstétricos en unidades privadas se encuentren en mejores condiciones sociales y económicas que sus pares que acuden a servicios públicos y de seguridad social, con lo cual cabría que el riesgo de desarrollar ciertas complicaciones —por ejemplo, las asociadas a anemias preconcepcionales o infecciones presentes durante la gestación— fuera menor y, por ende, el uso de cesárea aún más inapropiado desde el punto de vista estrictamente médico.

Para este estudio se examinó la posible asociación con factores de origen social de las mujeres que conforman la población estudiada sin encontrarse vínculos entre éste y el riesgo de empleo de cesárea. Quizá una de las razones para ello es que frente al efecto conjunto de la edad de las mujeres como elemento guía de la decisión de llevar a cabo una cesárea y los incentivos insertos en el ámbito económico o de manejo de tiempo de los médicos, las posibles divergencias sociales entre grupos de mujeres se ven anuladas. En otras palabras, las características centrales del otorgamiento de servicios médicos derivan de la naturaleza misma de los servicios, *i.e.* privados o no, lo que a su vez delinea tanto sus prácticas médicas como la conformación institucional.

Con el propósito de profundizar en el conocimiento sobre la utilización de cesárea en el país así como sus implicaciones, convendría que rondas ulteriores de la EDER incorporasen aspectos como atención prenatal, autodemanda de cesárea, disponibilidad de seguros médicos privados, así como indagar acerca de

algunas complicaciones potencialmente asociadas a su empleo (placenta accreta o previa ruptura uterina) e incluso su posible impacto en la lactancia materna y la satisfacción del nivel de fecundidad deseado.

Un aspecto central en términos del mejoramiento del alcance de la información estadística sería el que la información sobre acceso y uso de servicios de salud permitiera distinguir cada tipo de institución, para reflejar de mejor manera la complejidad, diversidad y fragmentación del sistema de servicios de salud en el país.

Podría argumentarse sobre la disponibilidad de otras fuentes de información para examinar algunos de los elementos antes mencionados. La Encuesta Nacional de la Dinámica Demográfica (Enadid) o la Encuesta Nacional de Salud y Nutrición (Ensanut), al igual que en el pasado la Encuesta Nacional sobre Fecundidad y Salud 1987, posibilitan llevar a cabo ciertos análisis; sin embargo, una de las ventajas que ofrece la recolección de información mediante la perspectiva de trayectoria es dar cuenta del proceso que han seguido los propios individuos en la construcción de la experiencia de interés, con lo cual es posible profundizar en las relaciones entre variables en el tiempo y, tal como este trabajo muestra, también entre generaciones.

REFERENCIAS

- ALTHABE F., C. SOSA, J. M. BELIZÁN, L. GIBBONS, F. JACQUERIOZ y E. BERGEL (2006). "Caesarean Section Rates and Maternal and Neonatal Mortality in Low-, Medium-, and High-Income Countries: An Ecological Study", *Birth*, vol. 33, núm. 4, pp. 270-277.
- ANANTH, C. V., J. C. SMULIAN y A. M. VINTZILEOS (1997). "The Association of Placenta Previa with History of Cesarean Delivery and Abortion: A Meta-Analysis", *American Journal of Obstetrics and Gynecology*, vol. 177, núm. 5, pp. 1071-1078.
- ANDOLF, E., M. THORSELL y K. KÄLLÉN (2013). "Caesarean Section and Risk for Endometriosis: A Prospective Cohort Study of Swedish Registries", *BJOG: An International Journal of Obstetrics and Gynaecology*, vol. 120, núm. 9, pp. 1061-1065.

- BATEMAN, B. T., M. F. BERMAN, L. E. RILEY y L. R. LEFFERT (2010). "The Epidemiology of Postpartum Hemorrhage in a Large, Nationwide Sample of Deliveries", *Anesthesia and Analgesia*, vol. 110, núm. 5, pp. 1368-1373.
- BERGHOLT, T., B. ØSTBERG, J. LEGARTH y T. WEBER (2004). "Danish Obstetricians' Personal Preference and General Attitude to Elective Cesarean Section on Maternal Request: A Nation-Wide Postal Survey", *Acta Obstetricia et Gynecologica Scandinavica*, vol. 83, núm. 3, pp. 262-266.
- BOWMAN, Z. S., A. G. ELLER, T. R. BARDSLEY, T. GREENE, M. W. VARNER y R. M. SILVER (2014). "Risk Factors for Placenta Accreta: A Large Prospective Cohort", *American Journal of Perinatology*, vol. 31, núm. 9, pp. 799-804.
- CÁRDENAS, R. (2014). "El perfil de utilización de la cesárea en México y su implicación para la salud reproductiva", en A. Sánchez Bringas (coord.), *Desigualdades en la procreación. Trayectorias reproductivas, atención obstétrica y morbilidad materna en México*, México, UAM, pp. 105-129.
- ____ y M. LUNA (2014). "Factores sociodemográficos asociados a la práctica de la cesárea en México", documento presentado en la XII Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México, Ciudad de México, 28 de mayo.
- CHEN, C. S., T. C. LIU, B. CHEN y C. L. LIN (2014). "The Failure of Financial Incentive? The Seemingly Inexorable Rise of Cesarean Section", *Social Science and Medicine*, vol. 101, pp. 47-51.
- CREANGA, A. A., B. T. BATEMAN, A. J. BUTWICK, L. RALEIGH, A. MAEDA, E. KUKLINA y W. M. CALLAGHAN (2015). "Morbidity Associated with Cesarean Delivery in the United States: Is Placenta Accreta an Increasingly Important Contributor?", *American Journal of Obstetrics and Gynecology*, vol. 213, núm. 3.
- CURTIN, S. C., M. J. OSTERMAN, S. F. UDDIN, S. R. SUTTON y P. R. REED (2013). "Source of Payment for The Delivery: Births in a 33-State and District of Columbia Reporting Area, 2010", *National Vital Statistics Reports*, vol. 62, núm. 5, pp.1-20.
- DAVIS, L. G., G. L. RIEDMANN, M. SAPIRO, J. P. MINOGUE y R. R. KAZER (1994). "Cesarean Section Rates in Low-Risk Private Patients Managed by Certified Nurse-Midwives and Obstetricians", *Journal of Nurse-Midwifery*, vol. 39, núm. 2, pp. 91-97.

- DEVENDRA, K. y S. ARULKUMARAN (2003). "Should Doctors Perform an Elective Caesarean Section on Request?", *Annals, Academy of Medicine, Singapore*, vol. 32, núm. 5, pp. 577-581.
- DOAN, E., K. GIBBONS y D. TUDEHOPE (2014). "The Timing of Elective Caesarean Deliveries and Early Neonatal Outcomes in Singleton Infants Born 37-41 Weeks' Gestation", *Australian and New Zealand Journal of Obstetrics and Gynaecology*, vol. 54, núm. 4, pp. 340-347.
- D'ORSI, E., D. CHOR, K. GIFFIN, A. ANGULO-TUESTA, G. P. BARBOSA, S. GAMA ADE y A. C. REIS (2006). "Factors Associated with Caesarean Sections in a Public Hospital in Rio de Janeiro, Brazil", *Cadernos Saude Pública*, vol. 22, núm. 10, pp. 2067-2078.
- DI RENZO, G. C., A. ROSATI, R. D. SARTI, L. CRUCIANI y A. M. CUTULI (2007). "Does Fetal Sex Affect Pregnancy Outcome?", *Gender Medicine*, vol. 4, núm. 1, pp. 19-30.
- DRUZIN, M. L. y Y. Y. EL-SAYED (2006). "Caesarean Delivery on Maternal Request: Wise Use of Finite Resources? A View from the Trenches", *Seminars in Perinatology*, vol. 30, núm. 5, pp. 305-308.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].
- EOGAN, M. A., M. P. GEARY, M. P. O'CONNELL y D. P. KEANE (2003). "Effect of Fetal Sex on Labour and Delivery: Retrospective Review", *British Medical Journal*, vol. 326, núm. 7381, p. 137.
- FAIRLEY, L., R. DUNDAS y A. H. LEYLAND (2011). "The Influence of Both Individual and Area Based Socioeconomic Status on Temporal Trends in Caesarean Sections in Scotland 1980-2000", *BioMed Central Public Health*, núm. 11, p. 330.
- FENG, X. L., L. XU, Y. GUO y C. RONSMANS (2012). "Factors Influencing Rising Caesarean Section Rates in China between 1988 and 2008", *Bulletin of the World Health Organization*, vol. 90, núm. 1, pp. 30-39.
- GAJJAR, K. B., A. A. MAHENDRU y M. A. KHALED (2008). "Caesarean Scar Endometriosis Presenting as an Acute Abdomen: A Case Report and Review of Literature", *Archives of Gynecology and Obstetrics*, vol. 277, núm. 2, pp. 167-169.

- Gobierno de la República (2015). *Sistema de Información de los Objetivos de Desarrollo del Milenio (SIODM), Meta 5.A, indicador 5.1. Razón de mortalidad materna*, México, [<http://www.objetivosdedesarrollodelmilenio.org.mx/>].
- GOLDENBERG, R. L., B. JONES, J. B. GRIFFIN, D. J. ROUSE, B. D. KAMATH-RAYNE, N. TRIVEDI y E. M. MCCLURE (2015). "Reducing Maternal Mortality from Preeclampsia and Eclampsia in Low-Resource Countries—What Should Work?", *Acta Obstetrica et Gynecologica Scandinavica*, vol. 94, núm. 2, pp. 148-155.
- GROSSETTI, E., D. VARDON, C. CREVEUIL, M. HERLICOVIEZ y M. DREYFUS (2007). "Rupture of the Scarred Uterus", *Acta Obstetrica et Gynecologica Scandinavica*, vol. 86, núm. 5, pp. 572-578.
- HENKE, R. M., L. M. WIER, W. D. MARDER, B. S. FRIEDMAN y H. S. WONG (2014). "Geographic Variation in Cesarean Delivery in the United States by Payer", *BioMed Central Pregnancy and Childbirth*, vol. 14, núm. 1, p. 387.
- HOFFMAN, M. K., A. SCISCIONE, M. SRINIVASANA, D. P. SHACKELFORD y L. EKBLADH (2004). "Uterine Rupture in Patients with a Prior Cesarean Delivery: The Impact of Cervical Ripening", *American Journal of Perinatology*, vol. 21, núm. 4, pp. 217-222.
- HUESTON, W. J., J. A. APPLGATE, C. J. MANSFIELD, D. E. KING y R. R. MCCLAFLIN (1995). "Practice Variations between Family Physicians and Obstetricians in the Management of Low-Risk Pregnancies", *Journal of Family Practice*, vol. 40, núm. 4, pp. 345-351.
- KLAR, M. y K. B. MICHELS (2014). "Cesarean Section and Placental Disorders in Subsequent Pregnancies —a Meta-Analysis", *Journal of Perinatal Medicine*, vol. 42, núm. 5, pp. 571-583.
- KORNELSEN J., E. HUTTON y S. MUNRO (2010). "Influences on Decision Making among Primiparous Women Choosing Elective Caesarean Section in the Absence of Medical Indications: Findings from a Qualitative Investigation", *Journal of Obstetrics and Gynaecology Canada*, vol. 32, núm. 10, pp. 962-969.
- KOZHIMANNIL, K. B., T. P. SHIPPEE, O. ADEGOKE y B. A. VEMIG (2013). "Trends in Hospital-Based Childbirth Care: The Role of Health Insurance", *American Journal of Managed Care*, vol. 19, núm. 4, pp. 125-132.

- KRAMER, M. S., C. BERG, H. ABENHAIM, M. DAHHOU, J. ROULEAU, A. MEHRABADI y K. S. JOSEPH (2013). "Incidence, Risk Factors, and Temporal Trends in Severe Postpartum Hemorrhage", *American Journal of Obstetrics and Gynecology*, vol. 209, núm. 5, pp. 449.e1-449.e7.
- LEE, S. I., Y. H. KHANG, S. YUN y M. W. JO (2005). "Rising Rates, Changing Relationships: Caesarean Section and its Correlates in South Korea, 1988-2000", *BJOG: An International Journal of Obstetrics and Gynaecology*, vol. 112, núm. 6, pp. 810-819.
- LEONE, T. (2014). "Demand and Supply Factors Affecting the Rising Overmedicalization of Birth in India", *International Journal of Gynaecology and Obstetrics*, vol. 127, núm. 2, pp. 157-162.
- _____, S. S. PADMADAS y Z. MATTHEWS (2008). "Community Factors Affecting Rising Caesarean Section Rates in Developing Countries: An Analysis of Six Countries", *Social Science and Medicine*, vol. 67, núm. 8, pp. 1236-1246.
- LIEBERMAN, E., J. M. LANG, A. P. COHEN, F. D. JR. FRIGOLETTO, D. ACKER y R. RAO (1997). "The Association of Fetal Sex with the Rate of Cesarean Section", *American Journal of Obstetrics and Gynecology*, vol. 176, núm. 3, pp. 667-671.
- LURIE, S. (2005). "The Changing Motives of Cesarean Section: From the Ancient World to the Twenty-First Century", *Archives of Gynecology and Obstetrics*, vol. 271, núm. 4, pp. 281-285.
- MIKOLAJCZYK, R. T., N. SCHMEDT, J. ZHANG, C. LINDEMANN, I. LANGNER y E. GARBE (2013). "Regional Variation in Caesarean Deliveries in Germany and its Causes", *BioMed Central Pregnancy and Childbirth*, núm. 13, p. 99.
- NIR, V., E. NADIR y M. FELDMAN (2012). "Late Better than Early Elective Term Cesarean Section", *Acta Paediatrica*, vol. 101, núm. 10, pp. 1054-1057.
- OLSEN, M. A., A. M. BUTLER, D. M. WILLERS, P. DEVKOTA, G. A. GROSS y V. J. FRASER (2008). "Risk Factors for Surgical Site Infection after Low Transverse Cesarean Section", *Infection Control and Hospital Epidemiology*, vol. 29, núm. 6, pp. 477-484.
- PARAZZINI, F., N. PIROTTA, C. LA VECCHIA y L. FEDELE (1992). "Determinants of Caesarean Section Rates in Italy", *British Journal of Obstetrics and Gynaecology*, vol. 99, núm. 3, pp. 203-206.

- PÉREZ AMADOR, J. (2008). "Análisis multiestado y multivariado de la formación y disolución de las parejas conyugales en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 23, núm. 3, pp. 481-511.
- PÉREZ, J. (2014). "Cambios y permanencias en la dinámica de las uniones libres en México", *Coyuntura Demográfica*, núm. 5, pp. 47-55.
- POMA, P. A. (1999). "Effects of Obstetrician Characteristics on Cesarean Delivery Rates. A Community Hospital Experience", *American Journal of Obstetrics and Gynecology*, vol. 180, núm. 6 (pt 1), pp. 1364-1372.
- PRAKASH, K. C. y S. NEUPANE (2014). "Cesarean Deliveries among Nepalese Mothers: Changes Over Time 2001-2011 and Determinants", *Archives of Gynecology and Obstetrics*, vol. 289, núm. 2, pp. 421-427.
- RICHARDSON, B. S., M. J. CZIKK, O. DASILVA y R. NATALE (2005). "The Impact of Labor at Term on Measures of Neonatal Outcome", *American Journal of Obstetrics and Gynecology*, vol. 192, núm. 1, pp. 219-226.
- ROBSON, S. J., W. S. TAN, A. ADEYEMI y K. B. DEAR (2009). "Estimating the Rate of Cesarean Section by Maternal Request: Anonymous Survey of Obstetricians In Australia", *Birth*, vol. 36, núm. 3, pp. 208-212.
- SUBRAMANIAM, A., V. C. JAUK, D. FIGUEROA, J. R. BIGGIO, J. OWEN y A. T. TITA (2014). "Risk Factors for Wound Disruption Following Cesarean Delivery", *Journal of Maternal-Fetal and Neonatal Medicine*, vol. 27, núm. 12, pp. 1237-1240.
- TAFFEL, S. M. (1994). "Cesarean Delivery in the United States, 1990", *Vital Health Statistics*, vol. 21, núm. 51, pp. 1-24.
- TODMAN, D. (2007). "A History of Caesarean Section: From Ancient World to the Modern Era", *Australian and New Zealand Journal of Obstetrics and Gynaecology*, vol. 47, núm. 5, pp. 357-361.
- TRIUNFO, P. y M. ROSSI (2009). "The Effect of Physicians' Remuneration System on the Caesarean Section Rate: The Uruguayan Case", *International Journal of Health Care Finance and Economics*, vol. 9, núm. 4, pp. 333-345.
- ZANARDO, V., A. K. SIMBI, M. FRANZOI, G. SOLDÀ, A. SALVADORI y D. TREVISANUTO (2004). "Neonatal Respiratory Morbidity

Risk and Mode of Delivery at Term: Influence of Timing of Elective Caesarean Delivery, *Acta Paediatrica*, vol. 93, núm. 5, pp. 643-647.

ZHU, Z., M. A. AL-BEITI, L. TANG, X. LIU y X. LU (2008). "Clinical Characteristic Analysis of 32 Patients with Abdominal Incision Endometriosis", *Journal of Obstetrics and Gynaecology*, vol. 28, núm. 7, pp. 742-745.

5. INICIO DE LA PRÁCTICA ANTICONCEPTIVA Y FORMACIÓN DE LAS FAMILIAS. EXPERIENCIA DE TRES COHORTES MEXICANAS

*Carole Brugeilles**
*Olga Rojas***

INTRODUCCIÓN

Durante las últimas décadas del siglo XX, México experimentó un significativo y acelerado descenso de la fecundidad. En la década de 1970, las mujeres mexicanas tenían en promedio 6.7 hijos, en tanto que este indicador actualmente se ha reducido a poco más de dos hijos, un nivel muy cercano al del reemplazo generacional. Esta importante transición demográfica estuvo acompañada de una política poblacional que promovió, desde el año 1974, un amplio Programa Nacional de Planificación Familiar entre la población mexicana.

Varios procesos explican esta rápida transición de la fecundidad. Por una parte, en la década de 1960 —antes de la masiva promoción de campañas de planificación familiar auspiciada por el gobierno mexicano—, algunas mujeres pioneras, urbanas, educadas y de clases socioeconómicas favorecidas, a partir de un claro deseo de controlar el tamaño de sus descendencias, comenzaron a regular su fecundidad (Zavala, 1992; Juárez y Quilodrán, 2009). De tal suerte que la política de población demográfica, que legalizó la planificación familiar y facilitó su acceso, respondió a sus aspiraciones (Figueroa, Hita y Aguilar, 1992). Con el tiempo, la estructura socioeconómica del país se modificó (Coubès, Zavala y

* Université Paris Ouest Nanterre La Défense, Cresppa-CNRS.

** El Colegio de México.

Zenteno, 2005) y la población con características similares a las de las generaciones pioneras aumentó con el desarrollo de la urbanización, el incremento de la escolarización y de la participación económica de las mujeres, lo que dio como resultado una difusión más amplia de este comportamiento a favor del control natal.

Por otro lado, los análisis de “transiciones de crisis” han propuesto un esquema analítico para explicar la disminución de la fecundidad entre la población social y económicamente menos favorecida (Lesthaeghe, 1989; Courbage, 1995). Las mujeres que experimentaron los efectos de las sucesivas crisis de la economía mexicana y que vivían en condiciones de pobreza comenzaron a limitar su fecundidad, mientras la mortalidad de sus hijos seguía siendo alta, su nivel educativo y condiciones de vida no mejoraban y las relaciones de género no cambiaban (Zavala, 1996). En este caso, la reducción de la fecundidad fue inducida por la pobreza, puesto que se trató de una estrategia para limitar el deterioro o estancamiento de las condiciones de vida y ofrecer mejores oportunidades a sus hijos. En esta situación, las políticas de población que promovieron el control de la fecundidad jugaron un papel determinante (Zavala, 2007).

Entre las variables intermedias para explicar la evolución de la fecundidad (Davis y Blake, 1956; Bongaarts y Potter, 1983), el uso de anticonceptivos es considerado un elemento clave. En 1973 en México, la práctica anticonceptiva era marginal, porque solamente 12% de las mujeres casadas limitaba su fecundidad. Sin embargo, hacia 2009 la anticoncepción se convirtió en una práctica dominante, ya que 72% de las mujeres en unión la empleaban. En este cambio relevante es importante considerar la evolución de los métodos anticonceptivos utilizados a lo largo del tiempo, puesto que las generaciones consideradas “pioneras” utilizaron anticonceptivos tradicionales, como el retiro (coito interrumpido) y el ritmo (calendario). Sin embargo, esta “primera revolución anticonceptiva” se mantuvo con bajo perfil, ya que las mujeres pioneras fueron adoptando con mayor frecuencia métodos anticonceptivos modernos, incluso antes de su legalización (Brugelilles y Samuel, 2005). El relevo fue tomado rápidamente por la “segunda revolución anticonceptiva” que impulsó el uso de los

métodos modernos y medicalizados. La píldora se convirtió en un recurso de fácil acceso y por ello fue el primer método promovido en el contexto de la política de población de control natal. Posteriormente, las instituciones de salud pública empezaron a proponer el dispositivo intrauterino (DIU) y la esterilización femenina (oclusión tubaria bilateral, OTB). De tal suerte que de 1976 a 2003, la población mexicana fue marginando el uso de los métodos tradicionales en beneficio de los modernos, con los cuales se desincentivó la participación masculina.

La difusión de los anticonceptivos estuvo acompañada de la conformación de estándares en relación con el calendario de la planificación familiar y del uso particular de determinados métodos. Estos estándares son el resultado de la vinculación de las normas médicas que dieron sustento a los programas de planificación familiar y de las normas sociales tradicionales sobre la sexualidad, la procreación y la familia.¹ La conjunción de ambas normativas conformó un patrón que legitimó el uso de la anticoncepción fundamentalmente para dar por terminada la formación de las descendencias, sobre todo, para controlar la fecundidad de las mujeres casadas que ya habían tenido muchos hijos. En esos momentos la práctica anticonceptiva no era empleada para espaciar los nacimientos, ni para retrasar la llegada del primer hijo. La población soltera tampoco fue objeto de atención en la difusión de los métodos anticonceptivos.

Por otro lado, es importante tomar en cuenta que los cambios sociales y culturales ocurridos en el país recientemente —vinculados con los procesos de modernización e incorporación a la globalización de la cultura— están propiciando modificaciones en las relaciones de pareja entre los sectores sociales mejor posicionados debido a la existencia de mayores niveles de comunicación

¹ Al respecto, conviene recordar que las generaciones pioneras en planificación familiar la emplearon, incluso antes de su abierta promoción y difusión, para limitar su descendencia, pero sin cuestionar la dinámica tradicional de formación de la familia, puesto que usaron los anticonceptivos en el marco de su vida matrimonial y una vez que habían tenido un número de hijos considerado adecuado, sin plantearse la reivindicación de una sexualidad previa o fuera del matrimonio (Zavala, 1992; Juárez y Quilodrán, 2009).

entre los esposos, a una vida conyugal creciente, así como una mayor autonomía femenina frente a las opciones reproductivas, que implican una incipiente disociación entre el ejercicio de la sexualidad, las uniones matrimoniales y la procreación (Brugeilles y Samuel, 2005; Esteinou, 2008). A ello se suman evidencias que apuntan hacia la existencia de nuevas actitudes entre los hombres mexicanos más jóvenes que viven en ciudades y con elevada escolaridad, quienes muestran mayor propensión a conformar espacios de toma de decisiones compartidas con sus parejas para elegir, e incluso usar, el método anticonceptivo (Lerner, Rojas y Martínez, 2005; Rojas, 2008b; Brugeilles, 2012).

Con estas premisas en mente, en este capítulo analizamos las evoluciones normativas por medio de las prácticas anticonceptivas, considerando los lazos existentes entre sexualidad, unión y procreación en la vida de los hombres y las mujeres de tres grupos de generaciones. Buscamos dar a conocer los alcances de la difusión de los métodos anticonceptivos y su relación con las normas médicas y sociales, así como sus consecuencias en la formación de las familias en México. Queremos observar qué tanto ha prevalecido entre la población mexicana el patrón descrito antes, tratando de detectar cambios de comportamiento, respecto a dicho patrón, a partir de la existencia de una práctica anticonceptiva más temprana, ya sea para espaciar los nacimientos de los hijos, posponer la llegada del primer hijo e incluso durante la vida en soltería.

Algunas de las preguntas que buscamos responder son: ¿qué tanto se ha modificado este patrón normativo tradicional de usar anticoncepción para poner fin a la formación de la descendencia, a partir de una práctica anticonceptiva más temprana que permita un mayor espaciamiento entre los hijos? ¿Existe un tiempo para la vida conyugal sin riesgo de embarazo al inicio de la unión? ¿Es posible encontrar una sexualidad sin riesgo de embarazo previa a la unión? En suma, queremos saber: ¿en qué medida empieza a existir una disociación entre la sexualidad, la procreación y la unión entre la población mexicana?

Este análisis está orientado por dos conjuntos de hipótesis. Si bien la estrategia de promoción del control de la fecundidad, sus-

tentada en los servicios públicos de salud, privilegió en un principio la práctica anticonceptiva para regular la fecundidad en el ámbito conyugal —al estar dirigida fundamentalmente a las mujeres unidas que ya habían terminado de procrear su descendencia— teniendo pocas repercusiones en las parejas sin hijos o en la vida sexual de la población soltera, las transformaciones sociales y culturales experimentadas por el país, aunque han impactado sobre todo la forma de pensar de algunos sectores sociales de ámbitos urbanos y mejor posicionados respecto a la vida sexual, conyugal y familiar, estarían impulsando nuevas actitudes respecto a sus procesos de formación familiar.

Por ello esperamos encontrar, por una parte, mediante las generaciones de hombres y mujeres un paulatino distanciamiento respecto al patrón tradicional de uso de métodos anticonceptivos al final de la formación de la descendencia, puesto que la práctica anticonceptiva estaría siendo utilizada de manera cada vez más temprana en la formación de las familias, lo que permitiría ampliar el espaciamiento entre los nacimientos de los hijos.

Pensamos, por otra parte, que es posible encontrar entre las generaciones más jóvenes una práctica anticonceptiva más temprana en la formación de las familias y, quizá, también previa a la primera unión. Asimismo, esperamos obtener hallazgos que indiquen, particularmente en el caso de los hombres más jóvenes, una recuperación de su participación en la práctica anticonceptiva.

Presentamos los resultados de un estudio comparativo en torno a la declaración que hacen hombres y mujeres de tres grupos de generaciones sobre el uso de anticoncepción a partir de los resultados de la Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011 (EDER-2011): generaciones de 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980. Cabe hacer notar que esta encuesta se circunscribe únicamente a la población que habita en las 32 áreas urbanas y metropolitanas autorrepresentadas de la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE), lo que nos remite al análisis de una población eminentemente urbana al momento de la encuesta.

Es necesario señalar que las generaciones nacidas entre 1951-1953, aunque ya habían comenzado a formar sus descendencias

cuando fue puesto en marcha el Programa Nacional de Planificación Familiar, alcanzaron a ser impactadas por la difusión de los métodos anticonceptivos. Por otro lado, los grupos generacionales intermedio y joven han vivido toda su existencia en un contexto social de amplia legitimación, promoción y difusión de la práctica anticonceptiva.

Es importante tomar en cuenta la diferencia de edad de las distintas generaciones al momento de la encuesta: 54, 42 y 30 años para cada grupo generacional, respectivamente. Estas diferencias nos obligan a tomar precauciones a la hora de hacer comparaciones entre las cohortes. También es necesario aclarar que el análisis que presentamos se refiere a la práctica anticonceptiva declarada por hombres y mujeres, que no necesariamente equivale a la anticoncepción utilizada por unos y otras. Por ello, una gran parte de los reportes masculinos hacen referencia a los métodos utilizados por sus compañeras. Adicionalmente, debido a que la EDER-2011 registra únicamente eventos con una duración de por lo menos un año, el empleo ocasional de algún método anticonceptivo no es registrado, por tanto, en este estudio consideraremos solamente la práctica anticonceptiva regular. Además, hay que recordar que se trata de una población selectiva, puesto que es la que habita en ámbitos muy urbanizados y, probablemente por ello, cuenta con elevados niveles de escolarización y de acceso a los servicios de atención a la salud y de anticoncepción.

El análisis comparativo que haremos tomará en cuenta la experiencia masculina y femenina de las tres cohortes estudiadas por la EDER-2011 con la intención de dar cuenta de los cambios generacionales, así como de las diferencias entre hombres y mujeres en una misma generación. Para ello, se estudiará el uso de métodos anticonceptivos en las trayectorias de formación de las uniones y de la descendencia, para conocer en qué momento de sus trayectorias vitales y familiares los hombres y las mujeres empiezan a usar anticoncepción.

EL COMIENZO DE LA PRÁCTICA ANTICONCEPTIVA CADA VEZ MÁS DIFUNDIDA Y MÁS PRECOZ

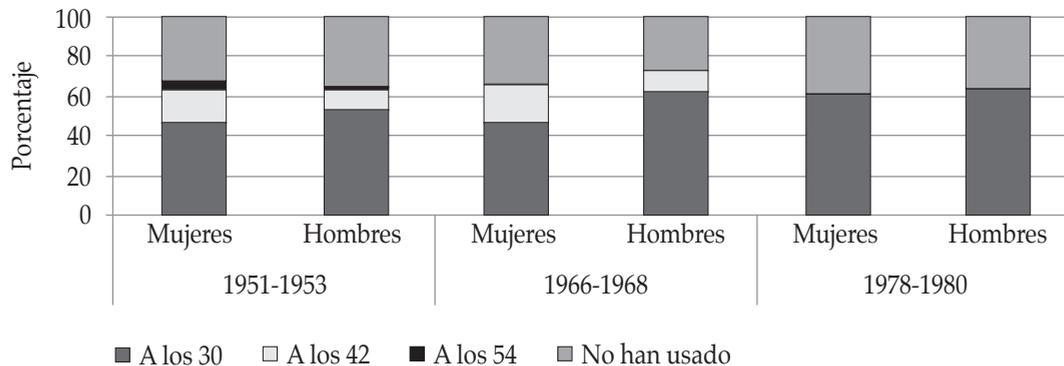
Después de cuarenta años de una política demográfica que ha legalizado y promovido la puesta en práctica de amplios programas de planificación familiar en el país, es notorio el incremento a lo largo del tiempo de las proporciones de hombres y mujeres que utilizan algún método anticonceptivo para regular su fecundidad.

A los 30 años, edad a la cual se pueden comparar todas las cohortes, observamos como un resultado general que la práctica anticonceptiva se encuentra ampliamente difundida en las generaciones jóvenes de hombres y mujeres, puesto que a esa edad poco más de 60% de ellos ya ha empleado algún método anticonceptivo.² Entre las mujeres, la diferencia con la generación intermedia es muy poca, probablemente debido a que las mujeres de la cohorte 1966-1968 ya habían alcanzado un nivel alto en su uso y su margen de evolución ya era reducido. Por ello, entre las mujeres la modificación más importante ocurrió entre las mayores (53%) y las de la generación intermedia (62%). En cambio, entre los hombres, la evolución más importante se registra entre la cohorte intermedia (46%) y la más joven (61%).

En cada cohorte siempre son las mujeres, en mayor medida que los hombres, quienes declaran haber usado algún método anticonceptivo a los 30 años. Se explica por el distinto calendario reproductivo entre hombres y mujeres, además de que los hombres, por lo general, tienen cónyuges más jóvenes que las mujeres que respondieron a la encuesta, por lo que están menos avanzadas en el camino que las llevará o no al empleo de anticoncepción. Las diferencias observadas entre mujeres y hombres se reducen en la cohorte más joven, cuestión que se puede relacionar con la existencia de calendarios más parecidos, así como una probable reducción en la diferencia de edades entre los cónyuges.

² A partir de esta etapa del análisis, se usan las funciones de sobrevivencia con datos biográficos de tiempo discreto. Las diferencias entre las curvas resultaron significativas a partir del análisis de los intervalos de confianza dados por las estimaciones de las funciones de Kaplan Meier. También fueron significativos los tests de chi-cuadrado de diferencias entre los eventos.

Gráfica 5.1. Porcentaje de hombres y mujeres que han usado un método anticonceptivo a la edad x



Fuente: Elaborado con base en datos de la EDER (2011).

Vale la pena destacar que en la cohorte mayor, tanto a los 42 como a los 54 años, los hombres declararon con mayor frecuencia haber tenido prácticas anticonceptivas que las mujeres de su generación. Una vez más, esta situación se puede relacionar con un efecto de la diferencia de edad entre los cónyuges, puesto que las esposas de estos hombres pertenecen a generaciones más jóvenes y probablemente tienen un mayor uso de anticonceptivos. Cabe recordar que en esta generación los hombres fueron considerados a menudo como obstáculos para el uso de anticonceptivos y la limitación de la fecundidad, así que resulta interesante constatar que usaron más anticoncepción que las mujeres de su misma generación.

A pesar de estas notables evoluciones, llama la atención que en las cohortes más avanzadas e intermedias, cerca de un tercio de los hombres y de las mujeres no habían utilizado anticoncepción a la edad del momento de la encuesta —54 y 42 años, respectivamente— lo que significa que en la población de estas generaciones todavía permanecen comportamientos muy tradicionales.

Por otro lado, cuando se observa el incremento generacional en la declaración de uso de anticoncepción de hombres y mujeres, también se aprecia un rejuvenecimiento en la edad al inicio de la práctica anticonceptiva con las edades medianas al primer uso (cuadro 5.1). Este rejuvenecimiento es más notorio en el caso de los hombres de la generación más joven (28 años) al compararlos con los de la cohorte intermedia (32 años). En cambio, entre las mujeres, este cambio ha sido más paulatino entre las generaciones. En todo caso, es notorio que mientras a los 31 y 29 años, la mitad de los hombres y de las mujeres, respectivamente, de las generaciones avanzadas (nacidas en 1951-1953) había usado por primera vez algún método anticonceptivo, la edad mediana se haya reducido a los 28 y 26 años entre los hombres y las mujeres de la cohorte más joven.

Para entender las repercusiones de esta amplia difusión y el rejuvenecimiento en la edad al inicio de la práctica anticonceptiva entre los hombres y las mujeres de las cohortes estudiadas, es necesario considerar el conjunto de eventos básicos de la formación de las familias: la unión y los nacimientos de los hijos, tal como veremos más adelante.

Cuadro 5.1. Edad mediana al uso del primer método anticonceptivo

Cohorte	1951-1953	1966-1968	1978-1980
Hombres	31	32	28
Mujeres	29	27	26

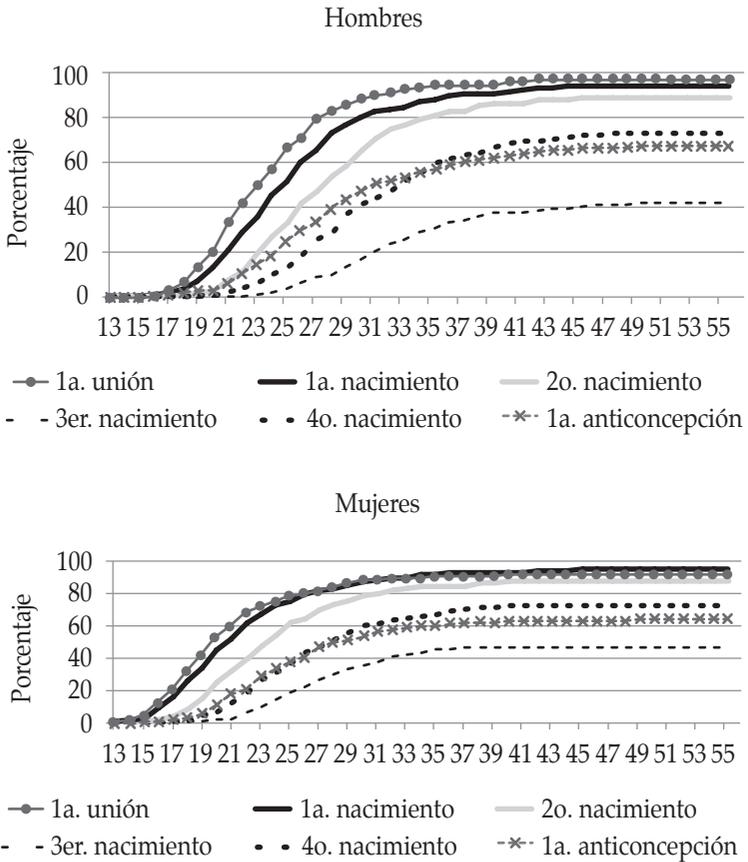
Fuente: Elaborado con base en datos de la EDER (2011).

EL CALENDARIO DE INICIO DE LA PRÁCTICA ANTICONCEPTIVA RESPECTO A LA PRIMERA UNIÓN Y EL NACIMIENTO DE LOS HIJOS

El análisis del calendario de la primera unión y del nacimiento de los hijos indica, en relación con el inicio de la anticoncepción, diferencias generacionales y por sexo en los comportamientos, al tiempo que permite aproximarnos a la consideración de las normas que rigen la procreación y el uso de anticoncepción entre la población mexicana. Así que consideramos las proporciones de individuos que a cada edad ya habían experimentado una unión; un primer, segundo, tercer y cuarto nacimiento; un primer uso de anticonceptivos (gráfica 5.2), y las edades medianas de cada uno de estos eventos (cuadro 5.2).

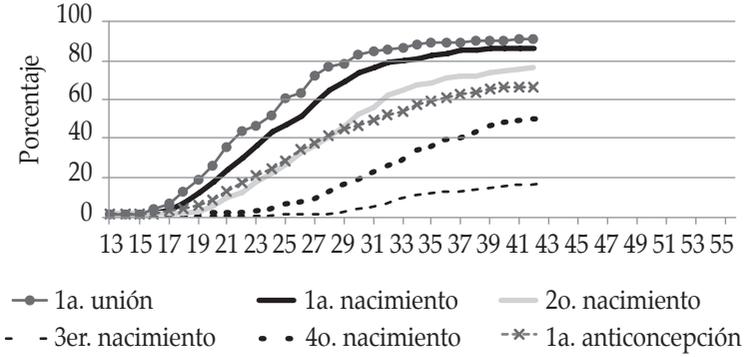
En general, tanto en las curvas de las proporciones de individuos que a cada edad ya habían experimentado cada uno de estos eventos (gráfica 5.2), como en las edades medianas (cuadro 5.2), se observa un contraste entre el rejuvenecimiento de la edad al inicio de la práctica anticonceptiva y el mantenimiento o la posposición de las edades a los otros eventos entre las generaciones. Ya vimos que los hombres tienden a usar anticoncepción a una edad mayor que las mujeres y se aprecia también que tienden a unirse por primera vez y tener a sus hijos a una edad mayor que las mujeres. Esto se mantiene en todas las generaciones a pesar de las evoluciones en los calendarios de esos eventos. Ahora bien, en el análisis que sigue destacaremos las evoluciones entre los grupos de generaciones.

Gráfica 5.2. Proporciones (%) de hombres y mujeres que han tenido una primera unión, un primer, segundo, tercer y cuarto nacimiento, o un primer uso de anticoncepción a la edad x (1951-1953)

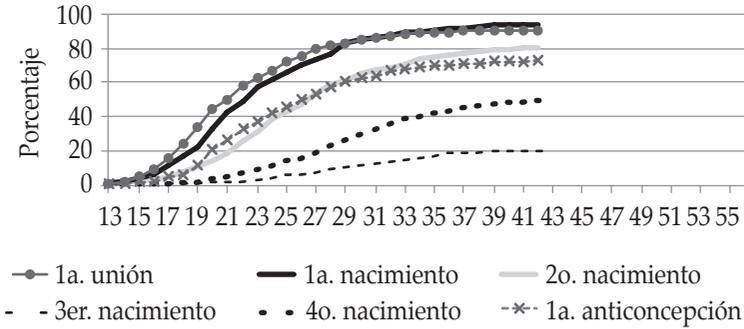


(1966-1968)

Hombres

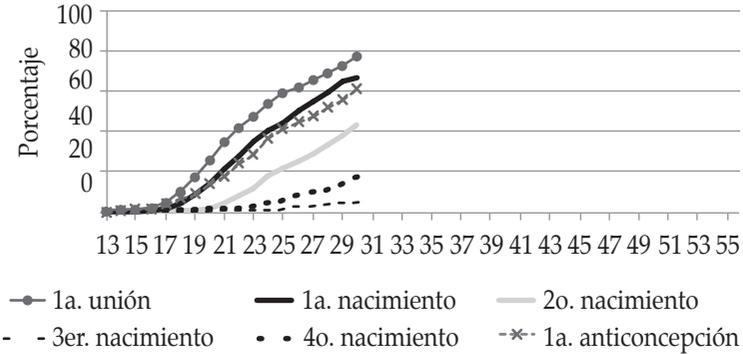


Mujeres

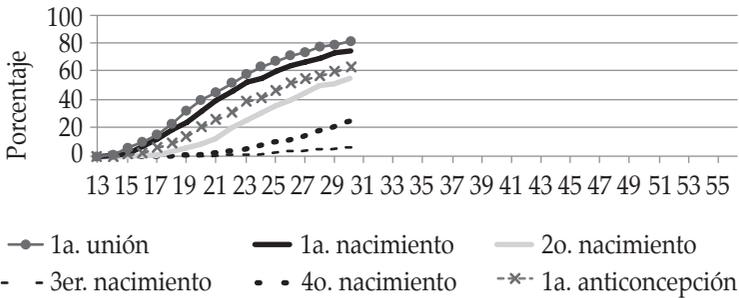


(1978-1980)

Hombres



Mujeres



Fuente: Elaborado con base en datos de la EDER (2011). Método Kaplan Meier.

En las generaciones avanzadas (1951-1953) los rasgos de la existencia de patrones tradicionales son muy notables entre los hombres y entre las mujeres. La entrada en unión y el nacimiento del primer hijo son eventos muy cercanos en el tiempo, aunque en el caso femenino esta cercanía es un poco mayor, por ello, ambas curvas prácticamente se superponen a partir de los 30 años (gráfica 5.2). Para los hombres y las mujeres de esta cohorte, el primer

uso de anticoncepción ocurre a una edad mucho más tardía, si es que llegan a utilizarla. De hecho, 33% de los hombres y 36% de las mujeres de esta cohorte declararon al momento de la encuesta no haber usado nunca la anticoncepción. Los que usaron anticonceptivos, lo hicieron más tarde en la conformación de la familia, con un calendario cercano al nacimiento del tercer hijo.

Por su parte, hombres y mujeres de las generaciones intermedias (1966-1968) conservan una característica del patrón observado en las cohortes anteriores en cuanto a mantener un estrecho vínculo entre la primera unión y el primer hijo (gráfica 5.2). Sin embargo, esta relación empieza a ser menos estrecha entre los hombres de esta cohorte. En términos de las edades medianas, ellos alcanzan a tener dos años de diferencia entre la primera unión y el primer nacimiento, mientras que las mujeres sólo tienen un año de diferencia (cuadro 5.2). Además, en el caso femenino, como ocurre con las generaciones anteriores, a partir de los 30 años ambas curvas se superponen. Al igual que en el grupo de generaciones más avanzado, llama la atención que 36% de los hombres y 29% de las mujeres de las generaciones intermedias no habían utilizado anticoncepción al momento de la encuesta, es decir, a los 42 años. Sin embargo, al considerar a quienes usaron algún método, resulta muy interesante constatar que entre los hombres y las mujeres de esta cohorte la anticoncepción interviene más rápidamente que en la generación anterior, en un calendario muy similar al del segundo nacimiento, lo que constituye un cambio muy notorio e importante.

Los cambios se prolongan en las generaciones más jóvenes (1978-1980) (gráfica 5.2). Las mujeres continúan mostrando mayor cercanía que los hombres entre la primera unión y la primera maternidad, tal como ocurría en las dos generaciones anteriores, puesto que sólo un año separa las edades medianas de estos dos eventos, cuando son dos años para los hombres. Ahora, en el caso de los hombres, el calendario del primer uso de anticoncepción antecede al del nacimiento del segundo hijo y se ha acercado al del primer nacimiento. Esta evolución resulta de un mantenimiento de la edad al primer hijo y de un rejuvenecimiento notorio en el inicio de la práctica anticonceptiva, lo que genera un retraso de

la edad al segundo hijo (cuadro 5.2). En el caso de las mujeres, el inicio de la anticoncepción sigue ocurriendo más tarde que la primera unión y el nacimiento del primer hijo. Sin embargo, el calendario del empleo de algún método anticonceptivo ya es anterior al del nacimiento del segundo hijo, porque al igual que en el caso masculino, las mujeres han experimentado un rejuvenecimiento en el inicio de su práctica anticonceptiva y, por tanto, han retrasado la llegada de su segundo hijo.

Finalmente, los calendarios de la primera unión y del nacimiento del primer hijo siempre son, y siguen siendo aún entre los más jóvenes, eventos cercanos en el tiempo. En general, todas las generaciones siguen en este aspecto un patrón tradicional, que es más notorio en el caso de las mujeres. Esta diferencia en los comportamientos de hombres y mujeres podría tener explicación en las representaciones y normas de conducta propias de cada sexo, puesto que el vínculo entre unión, sexualidad y procreación es tradicionalmente más fuerte para las mujeres, a diferencia de los hombres, para quienes ambas experiencias no necesariamente se viven de manera conjunta, al permitir dar más importancia a la relación de pareja (vida conyugal) que a la paternidad, en un principio.

Cuadro 5.2. Edades medianas de los cinco eventos

Evento	Hombres			Mujeres		
	1951-1953	1966-1968	1978-1980	1951-1953	1966-1968	1978-1980
Unión	24	24	24	20	22	22
Primer hijo	25	26	26	21	23	23
Segundo hijo	28	30	-	24	27	28
Tercer hijo	33	-	-	28	-	-
Primera anticoncepción	31	32	28	29	27	26

Fuente: Elaborado con base en datos de la EDER (2011).

Ahora bien, el cambio más significativo entre los grupos generacionales está relacionado con el uso de la anticoncepción cada vez más temprano en relación con el número de hijos. El calendario del primer uso de algún método anticonceptivo se encuentra muy cerca del nacimiento del tercer hijo entre las generaciones más avanzadas, del segundo hijo para las intermedias y del primer hijo para las jóvenes. En estas evoluciones, en cada grupo de generaciones, los hombres se adelantan respecto a las mujeres.

El uso cada vez más temprano de la anticoncepción, y la consecuente reducción del tiempo de vida en unión sin control de la fecundidad —sobre todo al comienzo de la unión—, ha significado un importante alejamiento con respecto al patrón tradicional. En las generaciones avanzadas, la diferencia entre las edades medianas a la primera unión y al primer uso de anticonceptivos era de 7 años entre los hombres y de 9 años entre las mujeres. Esta diferencia se reduce a 4 años para ambos en las generaciones más jóvenes. Este cambio se acompaña de una ampliación en el espaciamiento de los nacimientos de los hijos, tanto en la experiencia masculina como en la femenina. Entre los hombres y las mujeres de las cohortes mayores había un espaciamiento de tres años entre el nacimiento del primero y del segundo hijo. En cambio, en la generación más joven de hombres y mujeres, se aprecia una ampliación de este espaciamiento de al menos cinco años. En el caso de los hombres, hay que advertir que todavía menos de 50% de ellos ha tenido un segundo nacimiento a los 30 años, por lo que no se puede calcular la edad mediana, la cual forzosamente rebasará los 30 años. Estos cambios constituyen una evolución muy importante en el proceso de formación de las familias mexicanas.

EL INICIO DE LA PRÁCTICA ANTICONCEPTIVA EN LAS TRAYECTORIAS FAMILIARES DE HOMBRES Y MUJERES

Una perspectiva de análisis más individualizada, basada en las trayectorias de hombres y mujeres, permitirá reforzar los hallazgos hasta ahora conseguidos. Las trayectorias de vida que comen-

haremos consideran solamente tres eventos, la primera unión, el primer nacimiento y el primer uso de anticonceptivos, con los que se pueden destacar 16 trayectorias.³

En ambos sexos y en cada generación, la gran mayoría de las trayectorias comienza por la unión, respetando el patrón tradicional que hemos señalado antes (cuadro 5.3). Aunque disminuyen notoriamente con el paso del tiempo, las trayectorias unión-nacimiento ($U < N$) ocupan el segundo lugar, incluso en las generaciones más jóvenes. Para las generaciones avanzada e intermedia, está reflejando la permanencia de los comportamientos tradicionales vigentes en una parte de la población mexicana. En estas generaciones, al momento de la encuesta, casi una de cada tres personas y más de uno de cada cuatro hombres, y una de cada cinco en las mujeres, tenía esta trayectoria de vida (anexo 5.1). En las generaciones jóvenes, destaca también la permanencia de comportamientos tradicionales, los cuales pueden estar relacionados con su calendario, dado que algunas personas de esta cohorte seguramente van a completar su trayectoria con el uso de algún método anticonceptivo.

Ahora bien, la trayectoria unión-nacimiento-anticoncepción ($U < N < A$) es preponderante entre las generaciones y para ambos sexos, lo cual refleja la amplia legitimidad que tiene el control de la fecundidad dentro de las uniones. Las proporciones de hombres y mujeres a los 30 años que usan anticoncepción después de haberse unido y de haber tenido a su primer hijo son muy parecidas entre las generaciones extremas (cuadro 5.3) e incluye a más de la mitad de la población femenina y masculina de las generaciones avanzada e intermedia al compararlas al momento de la encuesta (anexo 5.1). Esto indica que el patrón tradicional que se conformó poco a poco en el país a partir de la década de 1970 continúa vigente, aun entre las generaciones más jóvenes.

³ No se consideró conveniente incluir más eventos porque se generaría un número de trayectorias muy importante y porque al paso de las generaciones son cada vez más las personas que no han experimentado los eventos.

Cuadro 5.3. Trayectorias masculinas y femeninas a los 30 años

Cohorte	1951-1953 (%)		1966-1968 (%)		1978-1980 (%)	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Ningún evento	10.57	10.13	15.86	11.47	14.24	14.87
U	7.66	2.53	7.31	3.68	6.28	5.24
U <= N	32.83	31.69	29.47	19.05	17.31	14.48
U < N < A	36.02	42.44	31.47	45.86	35.15	42.53
U <= A	1.42	0.33	2.33	0.71	4.56	2.41
U <= A < N	5.6	5.81	7.49	10.72	7.5	6.92
Total	83.53	82.85	78.07	80.02	70.8	71.58
N	0.59	1.31	0.08	2.84	0.35	2.11
N < U	1.23	1.4	1.29	0.99	0.66	0.65
N < U <= A	0.65	2.18	0.22	1.69	1.57	2.51
N <= A	0.2	0.36	0	0.32	0.52	0.21
N <= A < U	0	0.67	0.89	0.58	0.98	1.91
Total	2.67	5.92	2.48	6.42	4.08	7.39
A	1.15	0	1.81	0.17	7.32	1.86
A < U	0.25	0.04	0.44	0	0.62	0.77
A < U <= N	1.52	0.75	1.33	1.86	2.86	2.78
A < N	0	0	0	0.05	0.09	0.04
A < N < U	0.29	0.3	0	0	0	0.71
Total	3.21	1.09	3.58	2.08	10.89	6.16
Total	100	100	100	100	100	100

Fuente: Elaborado con base en datos de la EDER (2011).

A pesar de ser poco comunes, las trayectorias que comienzan por un nacimiento aumentan también entre las generaciones, pero

son siempre más declaradas por las mujeres (7%) que por los hombres (4%) de las generaciones más jóvenes. Esta diferencia entre sexos puede estar relacionada con el hecho de que, en algunos casos, los varones no están enterados del nacimiento de sus hijos, o no se hacen cargo de ellos, y por tanto no los declaran, lo cual estaría reflejando la vigencia de una normativa social tradicional y diferenciada respecto a la sexualidad masculina y femenina. De cualquier manera, estas trayectorias son todavía reflejo de la permanencia del patrón tradicional, en el cual el uso de anticoncepción sólo está legitimado en el contexto de las uniones conyugales y todavía no es una opción para la vida sexual en soltería.

Sin embargo, en las generaciones jóvenes aparecen algunos elementos de distanciamiento respecto a las normas tradicionales. La observación a los 30 años permite detectar un ligero incremento en las proporciones de mujeres más jóvenes que a esa edad no han experimentado ningún evento, comparadas con las generaciones precedentes. Este dato confirma su tendencia a posponer la entrada en unión que ya habíamos subrayado. Además, las proporciones de las trayectorias que inician por anticoncepción, antes de haberse unido o de haber tenido el primer hijo, se están incrementando significativamente en la cohorte más joven, aunque las proporciones no alcanzan a ser muy altas. Es notorio que sea más frecuente entre los hombres (11%) que entre las mujeres (6%).

Cambios tímidos al principio de la vida

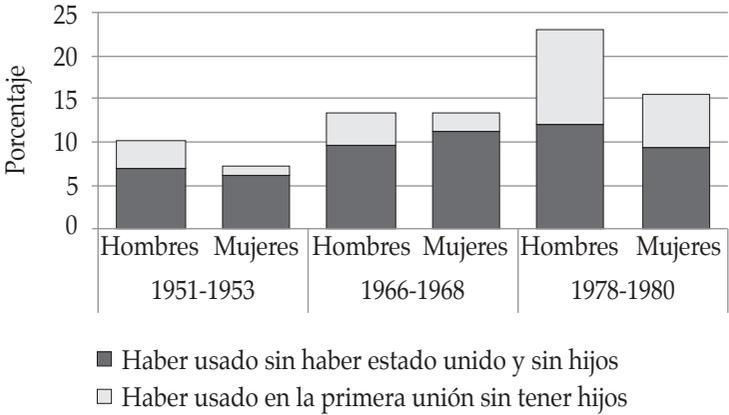
Estos cambios se pueden subrayar considerando en conjunto, por un lado, todas las trayectorias que incluyen el uso de un anticonceptivo sin haberse unido⁴ (gráfica 5.3) y, por otra parte, todas las trayectorias que integran el uso de un método anticonceptivo sin haber tenido hijos⁵ (gráfica 5.4). En el primer caso, se aprecia que

⁴ Es decir, las trayectorias: 'N <= A', 'N <= A < U' y todas la trayectorias que comienzan con anticoncepción.

⁵ Es decir, las trayectorias: 'U <= A', 'U <= A < N' y todas la trayectorias que comienzan con anticoncepción.

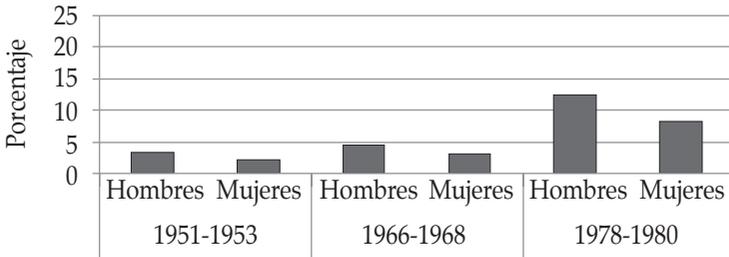
a pesar de que las trayectorias que incluyen el uso de anticoncepción, antes de unirse o sin estar unido, continúan siendo poco comunes, aumentan entre las generaciones y el cambio se nota, sobre todo, entre los más jóvenes. En cada generación este tipo de trayectorias son más comunes entre los hombres.

Gráfica 5.3. Proporciones de trayectorias que incluyen el uso de anticonceptivos antes de los 30 años sin haber estado unido



Fuente: Elaborado con base en datos de la EDER (2011).

Gráfica 5.4. Proporciones de trayectorias que incluyen el uso de un método anticonceptivo antes de los 30 años sin haber tenido un hijo



Fuente: Elaborado con base en datos de la EDER (2011).

En cuanto a las proporciones de las personas que experimentaron una trayectoria que incluye el uso de anticoncepción cuando no tenían hijos (gráfica 5.4), la cual abarca a los que han usado algún método antes de unirse (sin hijos) y a los que usaron anticoncepción una vez unidos pero sin haber tenido hijos, se nota un aumento entre las generaciones. En efecto, resulta muy claro que las trayectorias que comenzaban por el uso de algún anticonceptivo sin haber procreado un hijo era un hecho escaso en la cohorte avanzada (10% de los hombres y 7% de las mujeres). En la generación intermedia, este tipo de trayectorias incrementa sus proporciones, alcanzando 13% para ambos casos. El cambio más notorio se observa en los hombres de la generación más joven, puesto que 23% de ellos declaró haber iniciado su trayectoria usando anticonceptivos sin haber tenido hijos, en comparación con 15% de las mujeres de su misma cohorte.

Como se puede observar, la dinámica de la difusión de este comportamiento evolucionó a lo largo del tiempo. Entre las dos primeras generaciones, el cambio está relacionado principalmente con el aumento de hombres y mujeres que usaron anticoncepción una vez unidos pero sin haber tenido hijos, hecho que revela una creciente legitimidad, aunque tímida, de la posibilidad de contar con un tiempo de vida conyugal desconectado del proyecto de tener hijos. Entre las generaciones intermedias y jóvenes, el cambio se debe más bien a un aumento de quienes han usado algún método antes de unirse y de tener hijos, lo que hace referencia a la existencia de una sexualidad previa a la unión, que en la sociedad mexicana está más legitimada entre la población masculina. En contraste, para las mujeres, estos cambios en las prácticas y, por lo tanto, en las normas son más lentos.

Al considerar las experiencias de las cohortes después de los 30 años, hasta los 54 años para las generaciones más avanzadas y hasta los 42 años para las generaciones intermedias, no cambian estos hallazgos, puesto que prácticamente todos los que empezaron a utilizar anticonceptivos por primera vez después de los 30 años lo hicieron después de haberse unido y de haber tenido hijos. Estas experiencias se agregan al perfil tradicional de formación de la familia.

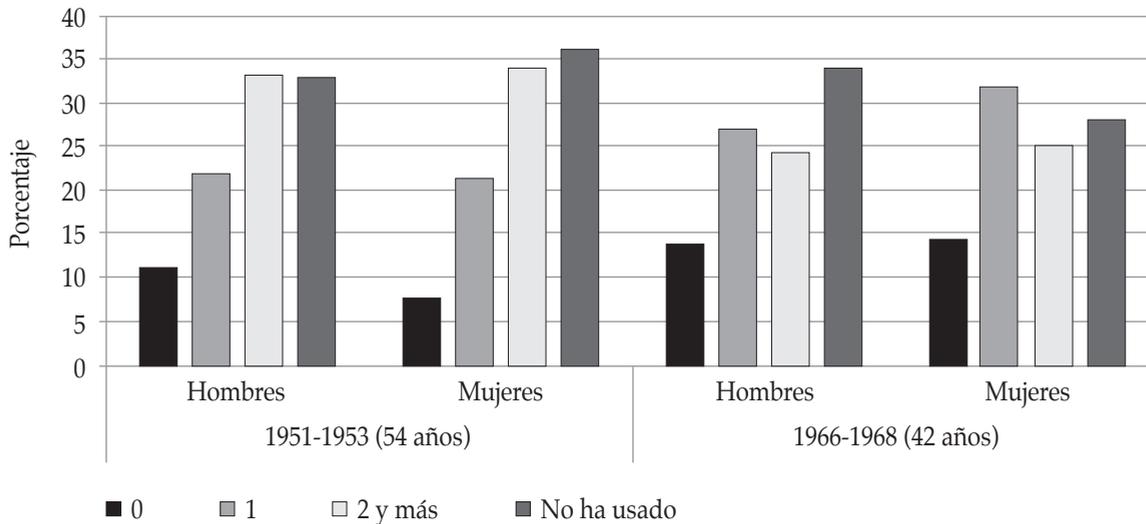
Cambios sustantivos a lo largo de la formación de la descendencia

Para profundizar en el análisis de la intervención de la práctica anticonceptiva en la formación de las familias y tener una visión más completa de este proceso, consideramos conveniente incorporar el estudio del número de hijos tenidos al momento del primer uso de un método anticonceptivo, tomando en cuenta a toda la población y sin considerar el tipo particular de trayectorias experimentadas. En virtud de la tendencia observada de posponer los nacimientos, el análisis de las tres cohortes resultaría muy sesgado debido a una fuerte selección en las generaciones jóvenes, puesto que muchos de estos hombres y mujeres todavía no tienen dos hijos. Por ello, sólo se considera a las dos cohortes más avanzadas, limitando así el sesgo (aunque sin eliminarlo del todo, puesto que dichas cohortes no tienen la misma edad al momento de la encuesta). La información de la gráfica 5.5 nos permite observar el cambio entre las generaciones, ya que las proporciones de hombres y mujeres que usan un método anticonceptivo sin haber tenido un hijo y, sobre todo, con un solo hijo aumentan, mientras que los porcentajes de quienes esperan a tener dos hijos o más para controlar su fecundidad disminuyen, confirmando así los cambios en la dinámica de las uniones.

Ahora bien, usar algún método con menos hijos no implica necesariamente un espaciamiento de los nacimientos. En efecto, al considerar el descenso de la fecundidad, utilizar por primera vez un método después de dos o tres hijos puede implicar el uso de anticoncepción para terminar de procrear. Así que averiguamos el número de hijos al momento del primer uso de anticoncepción y el número de hijos al momento de la encuesta para las dos primeras generaciones que han acabado o casi han acabado la formación de su descendencia.

En el caso de las generaciones más avanzadas, 22% de los hombres y 21% de las mujeres declararon haber comenzado la práctica anticonceptiva después del nacimiento de su último hijo, en tanto que 45% de los hombres y 43% de las mujeres la utilizaron para espaciar los nacimientos de sus hijos. Esto nos habla de una diversidad muy amplia de comportamientos en esta cohorte

Gráfica 5.5. Proporciones de hombres y mujeres que usaron por primera vez un método anticonceptivo cuando tenían 0, 1 o 2 y más hijos



Fuente: Elaborado con base en datos de la EDER (2011).

y también indica que una parte importante de esta generación utilizó la anticoncepción para espaciar los nacimientos de sus hijos.

En las generaciones intermedias, 24% de ellos y 22% de ellas iniciaron su práctica anticonceptiva al terminar de procrear su descendencia, mientras que 42% de los hombres y 50% de las mujeres han utilizado los métodos anticonceptivos para espaciar los nacimientos de sus hijos. Estos datos indican que el uso de anticoncepción para espaciar la llegada de los hijos se ha difundido, sobre todo, entre las mujeres de esta cohorte, y un poco menos entre los hombres, lo que seguramente guarda relación con el distinto calendario de unos y otras, por lo que es de esperar que las proporciones masculinas puedan aumentar todavía.

CONSIDERACIONES FINALES

Los resultados apuntan a señalar que en el país está en marcha una transformación generacional. Existe una gran diversidad de comportamientos en relación con el inicio de la práctica anticonceptiva, en la que se puede detectar desde aquellas personas que nunca han utilizado un método anticonceptivo —un comportamiento cada vez menos frecuente—, hasta aquellas que usan la anticoncepción antes de la unión y de tener a su primer hijo, que comienza a ser cada vez más común y con diferencias entre hombres y mujeres.

El patrón tradicional que se conformó a partir de la década de 1970, caracterizado por el uso de anticoncepción en el contexto de la unión conyugal y una vez que se había comenzado a formar la descendencia, se mantiene todavía entre las generaciones a pesar de que la práctica anticonceptiva se inicia cada vez más temprano. La conformación de una trayectoria de formación familiar está ampliamente legitimada en todas las generaciones y se caracteriza por: “unión, nacimiento, uso de anticoncepción”. Esta trayectoria sigue constituyendo el patrón prevaleciente en la sociedad mexicana y pone de manifiesto que todavía no alcanzan a modificarse de manera generalizada los vínculos entre el ejercicio de la sexualidad, la entrada en unión y la procreación, puesto

que se mantiene como norma estar en unión y tener al menos un hijo antes de comenzar la planificación familiar.

A pesar de ello, es notorio el cambio relacionado con el uso cada vez más precoz de la anticoncepción en relación con el número de hijos: en las generaciones más avanzadas se encuentra muy próximo del nacimiento del tercer hijo, en las generaciones intermedias muy cerca del segundo hijo y en las más jóvenes muy vinculado al primer hijo. Además, usar la anticoncepción para espaciar los nacimientos de los hijos es un comportamiento cada vez más común.

Por otro lado, nuestros hallazgos permiten observar la emergencia de nuevos comportamientos entre las generaciones intermedias y jóvenes de hombres y mujeres. Entre ellos, empieza a existir un mayor tiempo para la vida conyugal sin haber tenido hijos, gracias a una práctica anticonceptiva previa al nacimiento del primer hijo. En estas generaciones existe un relajamiento del vínculo entre la vida en unión y la procreación, así como el rompimiento con el patrón tradicional de uso de anticoncepción una vez que se ha tenido el número de hijos deseado. Existe otro cambio más reciente y que aparece de manera más tímida entre los hombres y las mujeres más jóvenes, y es el relacionado con el inicio de una práctica anticonceptiva previa a la unión, que estaría reflejando la existencia de una sexualidad prenupcial sin riesgo de un embarazo no planeado y, por lo tanto, una aparente ruptura con el patrón social tradicional que confinaba la sexualidad —sobre todo femenina— a la vida en unión. Por ello, no es raro que en este cambio los hombres estén a la vanguardia y entre las mujeres sea más lento, puesto que es compatible con las normas sociales que rigen las conductas sexuales masculinas y femeninas en el país. Este uso, sobre todo antes de la unión, podría estar sugiriendo una mayor participación masculina en la práctica anticonceptiva entre las generaciones más jóvenes con el uso del condón.

La posibilidad de ejercer una sexualidad premarital sin riesgo de embarazo, como la intención de dar mayor espacio a la convivencia conyugal, podría implicar que en el país están comenzando a abolirse de forma paulatina los tabúes sobre el ejercicio de la

sexualidad entre la población soltera y entre las parejas sin hijos, así como el estrecho vínculo que ha existido entre unión y procreación. Es probable que estos cambios en los comportamientos estén asociados con el hecho de que se trata de una población eminentemente urbana, muy escolarizada y familiarizada con los procesos de modernización y globalización de la cultura. En efecto, nuestros resultados confirman hallazgos de investigación cualitativa reciente que dan cuenta de que, en algunas parejas de ámbitos urbanos y de estratos acomodados, el significado de la sexualidad conyugal empieza a residir en la experiencia de la intimidad y en la satisfacción mutua, en lugar de la reproducción y la obligación de las mujeres de satisfacer a sus esposos como parte del acuerdo matrimonial. Al parecer, hombres y mujeres están empezando a percibir que tienen mayor control sobre sus vidas y por ello empiezan a cuestionar las ideas precedentes sobre la familia como institución reproductora de la especie, que dejaba en un segundo plano la búsqueda del placer sexual y de la felicidad en la vida conyugal (Módena y Mendoza, 2001; Szasz, 2008; Rojas, 2008a, Esteinou, 2008). Al mismo tiempo, confirman los resultados de comportamientos incipientes que se habían reportado con los datos cuantitativos de la EDER-1998 (Brugeilles, 2005).

REFERENCIAS

- BONGAARTS, J. y R. G. POTTER (1983). *Fertility, Biology and Behavior: An Analysis of the Proximate Determinants*, Nueva York, Academic Press.
- BRUGEILLES, C. (2005). "Tendencias de la práctica anticonceptiva en México: tres generaciones de mujeres", en M.-L. Coubès, M. E. Zavala y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, El Colef / Miguel Ángel Porrúa / Tecnológico de Monterrey / Cámara de Diputados, pp. 121-157.
- ____ (2012). *Fécondité, socialisation et genre*, tesis de doctorado, Lille I, Université des Sciences et Technologies.

- ____ y O. SAMUEL (2005). "Formación de parejas y vida fecunda en México", en M.-L. Coubès, M.E. Zavala y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, El Colef / Miguel Ángel Porrúa / Tecnológico de Monterrey / Cámara de Diputados, pp. 453-477.
- COUBÈS, M.-L., M. E. ZAVALA y R. ZENTENO (coords.) (2005). *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, El Colef / Miguel Ángel Porrúa / Tecnológico de Monterrey / Cámara de Diputados.
- COURBAGE, Y. (1995). "Fertility Transition in the Mashriq and the Maghrib: Education, Emigration and the Diffusions of Ideas", en C. M. Obermayer (ed.), *Family, Gender and Population in the Middleast: Policies in Context*, El Cairo, American University Cairo Press.
- DAVIS, K. y J. BLAKE (1956). "Social Structure and Fertility: An Analytic Framework", *Economic Development and Cultural Change*, Chicago, University of Chicago, vol. 4, pp. 211-235.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].
- ESTEINOU, R. (2008). *La familia nuclear en México: lecturas de su modernidad. Siglos XVI al XX*, México, CIESAS / Porrúa.
- FIGUEROA, J. G., H. G. HITA DUSSEL y B. M. AGUILAR (1992). *Algunas referencias sobre reproducción, derechos humanos y políticas de planificación familiar*, mimeo.
- JUÁREZ, F. y J. QUILODRÁN (2009). "Las pioneras del cambio reproductivo: un análisis partiendo de sus propios relatos", *Notas de Población*, núm. 87, pp. 63-94.
- MÓDENA, M.E. y Z. MENDOZA (2001). *Géneros y generaciones. Etnografía de las relaciones entre hombres y mujeres de la ciudad de México*, México, The Population Council / EDAME.
- LERNER, S., O. R. ROJAS y M. MARTÍNEZ (2005). *Fecundidad, prácticas anticonceptivas y preferencias reproductivas masculinas en México, ¿transformaciones en curso?*, póster presentado en la conferencia de IUSSP, Tours, Francia.
- LESTHAEGHE, R. (1989). "Social Organization, Economic Crisis and the Future of Fertility Control in Africa", en R. Lesthaeghe

- (ed.), *Reproduction and Social Organization in Sub-Saharan Africa*, Berkeley, University of California Press, pp. 475-505.
- ROJAS, O. (2008a). *Paternidad y vida familiar en la Ciudad de México*, México, El Colegio de México.
- ____ (2008b). "Reproducción masculina y desigualdad social en México", en S. Lerner e I. Szasz (coords.), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México*, vol. 2, México, El Colegio de México, pp. 95-137.
- SZASZ, I. (2008). "Relaciones de género y desigualdad socioeconómica en la construcción social de las normas sobre la sexualidad en México", en S. Lerner e I. Szasz (coords.), *Salud reproductiva y condiciones de vida en México*, vol. 1, México, El Colegio de México, pp. 429-473.
- ZAVALA, M. E. (1992). *Cambios de fecundidad en México y políticas de población*, México, El Colegio de México / FCE.
- ____ (1996). "Malthusianisme de la pauvreté au Mexique", en H. Leridon H. (dir.), *Populations: l'état des connaissances*, París, La Découverte, pp. 255-256.
- ____ (2007). "Impact sur la fécondité des changements dans les rapports de genre. Le cas de l'Amérique latine", en A. Adjamagbo, P. Msellati y P. Vimard (eds.), *Santé de la reproduction et fécondité dans les pays du Sud*, Louvain-la-Neuve, LPED / Academia Bruylant, pp. 103-138.

ANEXO 5.1. TRAYECTORIAS MASCULINAS
Y FEMENINAS AL MOMENTO DE LA ENCUESTA (%)

Edad	1951-1953		1966-1968	
	54		42	
	Hombres	Mujeres	Hombres	Mujeres
Ningún evento	3.02	4.95	8.34	6.41
U	2.97	0.96	4.02	0.91
U <= N	26.05	26.6	20.48	18.63
U < N < A	53.89	52.12	50.66	52.21
U <= A	0.17	0.35	0.33	0.26
U <= A < N	7.57	6.44	9.61	12.12
Total	90.65	86.47	85.1	84.13
N	0	2.46	0	1.47
N < U	1.06	1.34	1.37	0.85
N < U <= A	1.48	2.57	0.22	3.06
N <= A	0	0.25	0	1.31
N <= A < U	0.2	0.87	0.89	0.68
Total	2.74	7.49	2.48	7.37
A	0.42	0	1.07	0.17
A < U	0.25	0.04	0.66	0
A < U <= N	2.62	0.75	2.35	1.86
A < N	0	0	0	0.05
A < N < U	0.29	0.3	0	0
Total	3.58	1.09	4.08	2.08
Total	100	100	100	100

Fuente: Elaborado con base en datos de la EDER, 2011.

SEGUNDA PARTE
DINÁMICAS FAMILIARES

6. DE JOVEN A ADULTO EN FAMILIA: TRAYECTORIAS DE EMANCIPACIÓN FAMILIAR EN MÉXICO

*Patricio Solís**

INTRODUCCIÓN

Después de un largo periodo de relativa estabilidad, parece que las pautas de formación de uniones en México han entrado a una etapa de cambios más intensos. El calendario de la primera unión ha acentuado su tendencia de retraso, una fracción amplia de la población se ha separado de la tendencia general de matrimonio temprano y pospone su primera unión hasta pasados los 30 años; la cohabitación ha ganado amplio terreno, a tal grado que hoy en día compite con los matrimonios (ya sea civiles o religiosos) por ser la forma predominante de iniciar la vida en pareja en el país (Solís y Puga, 2009; Solís y Ferraris, 2014).

Estas tendencias reflejan transformaciones sociales en el significado de la vida en pareja y en las relaciones familiares que aún no logramos descifrar por completo (Solís, 2013; Solís y Ferraris, 2014). Desde otra perspectiva, también nos hablan de cambios en los patrones de transición a la vida adulta (Coubès y Zenteno, 2005; Echarri y Pérez Amador, 2007; Giorguli, 2011; Solís, 2013). Un calendario más tardío y heterogéneo en la formación de primeras uniones apunta a que se está prolongando la etapa de dependencia familiar de los hijos, es decir, una tendencia a posponer la emancipación de la familia de origen.

No obstante, es importante tener cautela al vincular el aplazamiento de la primera unión con una emancipación familiar más tar-

* CES, El Colegio de México.

día. Es posible que el retraso de la primera unión esté dando lugar a otras formas de emancipación familiar, por ejemplo, la mudanza de los hijos solteros a una residencia independiente, fenómeno que sabemos es frecuente en otros contextos, como Estados Unidos y algunos países de Europa. Además, sabemos por estudios previos sabemos que la transición a la vida en pareja en México no necesariamente implica establecer una residencia independiente, pues es frecuente que las parejas se unan y mantengan residencia con sus padres, suegros u otros parientes (Echarri, 2005; Echarri y Pérez Amador, 2007; Giorguli, 2011). Debido a esta complejidad, para entender la emancipación familiar de los jóvenes en México es necesario considerar tanto los cambios en la situación conyugal como en la condición de coresidencia con la familia de origen.

Por otra parte, dado que la situación conyugal y de coresidencia pueden tener un carácter dinámico a lo largo del tiempo, parece más fructífero estudiar la emancipación familiar como una trayectoria, es decir, una secuencia de estados y eventos y no como una colección de eventos o transiciones aisladas. El concepto de *trayectoria* nos permite entender que se trata de un proceso que no acontece en un momento determinado, sino a lo largo de una etapa de la vida, periodo en el cual las personas pueden seguir senderos diferentes, en distintos estatus de unión y coresidencia, sin un referente normativo implícito ni la certeza de irreversibilidad. También nos lleva a resaltar la importancia de la temporalidad: es probable que la heterogeneidad en el proceso de emancipación familiar radique en el ámbito del calendario de los estados y eventos, y no necesariamente en su incidencia o secuencia temporal.

En este capítulo se utiliza la perspectiva de trayectorias de vida para estudiar el proceso de emancipación familiar de tres cohortes de mexicanos que en 2011 residían en las principales ciudades del país. Específicamente, se realiza un análisis de las trayectorias maritales y de coresidencia entre los 15 y 30 años de edad. El análisis estadístico de las trayectorias de vida lleva a ciertas dificultades metodológicas derivadas de la necesidad de resumir la información de itinerarios de vida muy heterogéneos y complejos. Estas dificultades son tratadas en la sección metodológica, pero antes se

discute el contexto en el que se dan estos cambios y las principales preguntas que han guiado esta investigación.

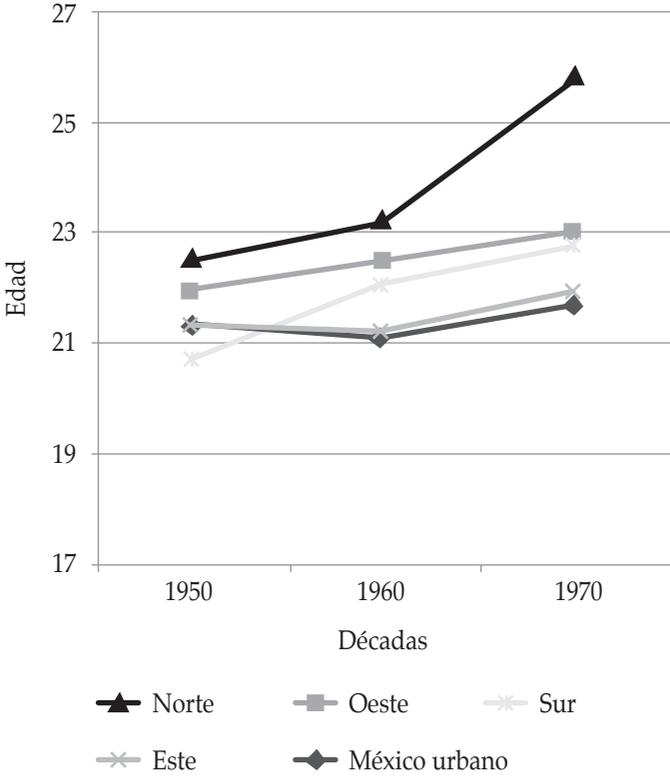
UNA TRANSICIÓN POSPUESTA, ¿UNA TRANSICIÓN MÁS DESIGUAL?

Una revisión inicial de las tendencias en el calendario de la primera unión y la salida de casa de los padres es un buen punto de partida para la discusión (gráficas 6.1 y 6.2). El incremento en la edad mediana a la primera unión es inequívoco: la magnitud de los cambios es similar a la observada en tres regiones de Europa durante el mismo periodo (la excepción es el sur de Europa, donde los incrementos han sido mayores). Con respecto a la salida de casa de los padres, el incremento en el México urbano es mayor al observado en tres regiones de Europa, y similar en magnitud al del sur de ese continente, que nuevamente es la región con cambios más acelerados (Billari y Liefbroer, 2010).¹

¿Cómo explicar estas tendencias macrodemográficas en las pautas de emancipación familiar? La comparación con Europa viene al caso porque nos remite a debates que se dan en ese continente e inspiran algunas de las explicaciones más utilizadas en México y otros países de América Latina. Una corriente asocia el retraso en la transición a la vida adulta con el cambio en el contexto económico y social en el que tiene lugar esta transición. El debilitamiento de los estados de bienestar, junto con las crecientes presiones en los mercados de trabajo asociadas a los procesos de globalización, incrementaron las tensiones para la incorporación de los jóvenes al mercado de trabajo. Esto ha implicado condiciones más precarias y mayor incertidumbre para que los jóvenes establezcan su independencia económica (Aassve *et al.*, 2002; Blossfeld *et al.*, 2005; Blossfeld, Mills y Bernardi, 2006).

¹ Aunque las edades medianas ilustran las tendencias generales, en México los incrementos más importantes se presentan en el tercer cuartil de la distribución, lo que sugiere una mayor dispersión en el calendario de los eventos, ocasionado por un subgrupo cada vez mayor de la población que pospone la unión y la salida de casa de los padres hasta edades muy tardías.

Gráfica 6.1. Edad mediana a la primera unión para las mujeres, cohortes 1950 a 1970, cuatro regiones de Europa y México Urbano*



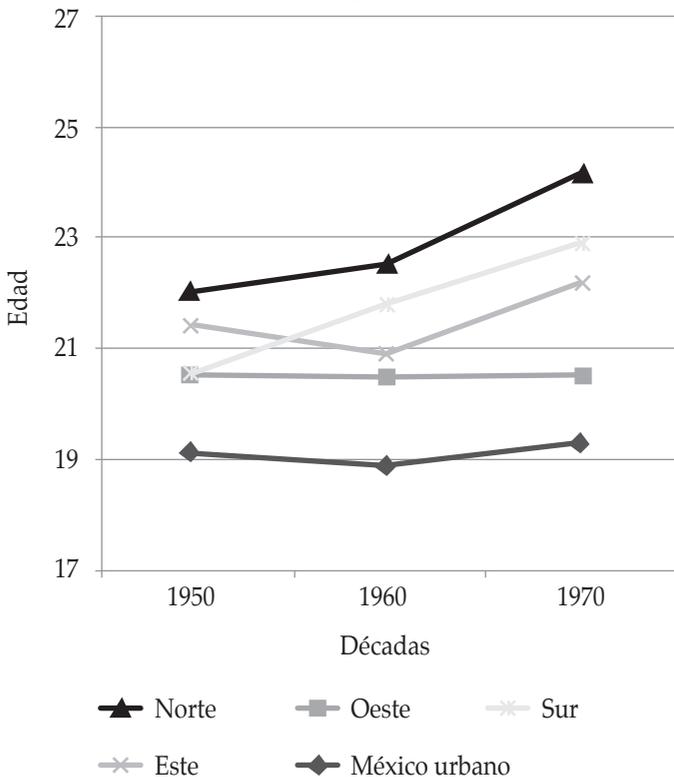
* En el caso de México las cohortes corresponden a los nacidos en 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980.

Fuente: Los datos de Europa provienen de Billari y Liefbroer (2010). Los de México son estimaciones propias con base en los datos de la EDER (2011).

Adicionalmente, se ha sugerido que otro tipo de restricciones contextuales, como un mercado inmobiliario limitado, o las circunstancias económicas más demandantes dentro del propio hogar, podrían también afectar los patrones de emancipación familiar (Lee y Painter, 2013). El retraso de la primera unión y la

salida de casa de los padres sería, entonces, el resultado de un incremento en la incertidumbre de los jóvenes, propiciado por las dificultades materiales para la emancipación económica en un contexto social de mayor precariedad laboral y políticas sociales y de vivienda más restrictivas.

Gráfica 6.2. Edad mediana a la salida de casa de los padres para las mujeres, cohortes 1950 a 1970, cuatro regiones de Europa y México urbano*



* En el caso de México las cohortes corresponden a los nacidos en 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980.

Fuente: Los datos de Europa provienen de Billari y Liefbroer (2010). Los de México son estimaciones propias con base en los datos de la EDER (2011).

Otros estudios proponen que detrás de estos cambios se encuentran transformaciones de tipo cultural. La teoría de la segunda transición demográfica (STD) (Van de Kaa, 1987; Lesthaeghe, 1995) sostiene que el cambio en algunos comportamientos demográficos (incluido el retraso de la primera unión) se vincula con el avance de los procesos de individualización y secularización que han experimentado las sociedades europeas durante las últimas décadas. Este avance ha implicado el debilitamiento del matrimonio y la familia como instituciones regulatorias de la transición a la vida adulta, lo que a su vez ha producido el retraso en el calendario de las transiciones familiares de los jóvenes, así como el surgimiento de formas de emancipación no vinculadas con la formación familiar, como el establecimiento de una residencia independiente sin entrar en unión. Diversos autores sostienen que la STD se perfila como una realidad emergente en América Latina (García y Rojas, 2002; Paredes, 2003; Cabella, Peri y Street, 2005).

Ambos tipos de explicaciones, económicas y culturales, podrían dar cuenta de la tendencia de retraso observada en las transiciones familiares a la vida adulta, ¿pero qué nos dicen con respecto a la heterogeneidad en las experiencias de transición? ¿Podríamos esperar una convergencia de pautas tardías de transición o, por el contrario, mayor heterogeneidad social en las trayectorias de emancipación familiar? Algunos autores afirman que, como consecuencia de los fenómenos antes descritos, se presenta no sólo el retraso de ciertos eventos, sino también una desinstitucionalización en los patrones de tránsito a la vida adulta (Brückner y Mayer, 2005). Esta desinstitucionalización se reflejaría en una mayor heterogeneidad en las edades de ocurrencia de los eventos, el desvanecimiento de las secuencias temporales que antes eran predominantes y, en general, en una mayor diversidad en las trayectorias de vida.

Una hipótesis es que esta desinstitucionalización se apareja con una creciente desigualdad social en las pautas de transición a la vida adulta; es decir, lo que a escala de las sociedades en su conjunto aparece en primera instancia como un fenómeno de desestandarización en las pautas de transición, es en realidad una creciente diferenciación social asociada a las condiciones socioe-

conómicas de los jóvenes. Esta desigualdad sería el resultado de las brechas en las circunstancias sociales que enfrentan los jóvenes en su transición a la vida adulta, las cuales podrían hacer más fácil la emancipación familiar para unos que para otros, por ejemplo, permitiendo a los jóvenes con mayores recursos posponer más su emancipación para así dar mayor tiempo a la preparación escolar.

La desigualdad también podría ser el resultado de respuestas adaptativas que reflejan pautas culturales diferenciadas por clase social y género. Así, por ejemplo, sabemos que en México es frecuente que las parejas jóvenes establezcan coresidencia en casa de los padres o suegros luego de la primera unión (Echarri, 2005; Echarri y Pérez Amador, 2007; Giorguli, 2011), pero esta práctica podría tener mayor aceptación social en los estratos socioeconómicos bajos que en los altos. De esta manera, en un entorno de crecientes incertidumbres económicas, la formación de parejas coresidentes con los padres o suegros podría resultar una opción aceptable para los jóvenes de estratos bajos, mientras que otros tendrían que recurrir a estrategias distintas, como la posposición de la primera unión. Del mismo modo, en un contexto de amplias desigualdades de género, ciertas opciones de emancipación familiar, como la residencia independiente en soltería, podrían tener mayor aceptación social para los varones que para las mujeres.

En síntesis, esta breve revisión sugiere que detrás del retraso y la mayor dispersión en el calendario de las transiciones familiares a la vida adulta se podría estar dando un proceso de creciente heterogeneidad en las trayectorias de emancipación familiar de los jóvenes en México. El primer objetivo de este trabajo es, además de definir y caracterizar las trayectorias de emancipación más frecuentes, verificar si, efectivamente, se observa esta tendencia a la diversificación o “desestandarización” de las trayectorias a lo largo del tiempo. En segundo lugar, surge la pregunta sobre en qué medida la heterogeneidad en las trayectorias de emancipación se organiza en torno a los clivajes de la estratificación socioeconómica y de género, es decir, si detrás de los cambios observados existe un proceso de creciente desigualdad social en las trayectorias de emancipación familiar.

METODOLOGÍA

El análisis de las trayectorias de emancipación familiar se basa en las historias de vida recopiladas por la Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011 (EDER-2011). Estas historias permiten identificar la situación marital y de coresidencia con los padres, suegros y otros miembros de la familia de origen o familia política en cada año de vida, entre los 15 y 30 años de edad.

A partir de la combinación de la situación marital y de coresidencia, en cada año de edad se definen cuatro posibles estados de los entrevistados:²

- 1) Soltero coresidente: la persona nunca ha estado unida y coreside con algún miembro de la familia de origen (padres, hermanos u otros familiares directos consanguíneos).
- 2) Unido neolocal: la persona ha estado alguna vez unida y no coreside con ningún miembro de su familia de origen ni de su familia política.
- 3) Unido coresidente: la persona ha estado alguna vez unida y coreside ya sea con miembros de su familia de origen o de su familia política.
- 4) Soltero independiente: la persona nunca ha estado unida y tiene una residencia independiente de su familia de origen.

Cada uno de estos estados remite a situaciones diferentes con respecto a la situación residencial y conyugal. El *estado 1* es el punto de partida para la mayoría de las personas. Se le puede asociar con una situación de dependencia con respecto a la familia de origen, aunque en la medida en que este estado se prolonga a edades más tardías es posible que algunos jóvenes comiencen a contribuir de manera significativa al ingreso fami-

² Cabe aclarar que la EDER-2011 registra los estados con duración de un año o más, por lo que sólo es posible registrar las combinaciones con esa duración. Esto implica cierta subestimación de la incidencia de ciertos estados con corta duración. No obstante, esta restricción no impide obtener un panorama de las tendencias generales observadas en la población bajo estudio.

liar, quizá obteniendo una mayor autonomía relativa, incluso en coresidencia con los padres.

El fin de la coresidencia con la familia de origen puede darse por medio de la unión (*estado 2*) o en soltería (*estado 4*). Esas dos transiciones implican formas muy diferentes de emancipación: mientras que la emancipación en unión refuerza el papel de la formación de una nueva familia como rito de pasaje a la adultez, la salida del hogar paterno en soltería remite a una forma más individualizada de emancipación familiar.

Por otra parte, la unión acompañada de coresidencia con la familia de origen o política (*estado 3*) tiene un significado ambiguo en términos de la emancipación familiar. Puede representar un paso inicial hacia la independencia residencial, en los casos en que las parejas sacrifican temporalmente su autonomía residencial con la perspectiva de mudarse a una nueva vivienda en cuanto les sea posible. En ese caso, la coresidencia en unión sería un estado intermedio de corta duración, seguido por la neolocalidad (*estado 2*). En cambio, para algunas parejas la unión en coresidencia puede ser una situación más prolongada, ya sea por padecer privaciones sociales crónicas que no les permiten establecer un hogar propio, o bien porque asumen la responsabilidad de dar residencia (y en no pocas ocasiones cuidados personales) a parientes sanguíneos o políticos.

Aunque a los 15 años la gran mayoría de los entrevistados se encuentran en el *estado 1*, pocos son los que llegan a los 30 años en esa situación. Las trayectorias de los entrevistados pueden ser muy estables (por ejemplo, permanecer como soltero coresidente durante todo el periodo) o considerablemente complejas (pasar por los cuatro estados). Es posible también que se presenten "retrocesos" en el proceso de emancipación (por ejemplo, una persona puede pasar de estar unido y coresidir con los padres a establecer una residencia independiente, para luego regresar de nuevo con los padres).

Lo anterior sugiere que, al menos en el papel, las secuencias de estados pueden tener una gran heterogeneidad. A esto hay que agregar las diferencias entre trayectorias en la duración de cada estado. Así, por ejemplo, si representamos con un número cada es-

tado en cada año-persona entre los 15 y 29 años, dos trayectorias podrían ser:

Trayectoria 1: 1-1-1-1-1-1-1-1-3-2-2-2-2-2

Trayectoria 2: 1-3-3-3-3-3-3-3-3-3-3-2

En términos de secuencia, ambas trayectorias son idénticas, pero es evidente que representan itinerarios muy diferentes en términos de temporalidad: mientras que en la *trayectoria 1* se da una unión relativamente tardía con un periodo transicional de coresidencia seguido de neolocalidad, la *trayectoria 2* se ajusta más al patrón de unión en coresidencia prolongada descrito unos párrafos arriba.

Al considerar en conjunto la secuencia y la temporalidad, los datos de la EDER-2011 (2840 personas) producen 514 tipos de secuencias únicas. De estas secuencias, 300 tienen una sola observación, mientras que la secuencia más frecuente (la soltería en coresidencia permanente a lo largo del periodo) agrupa 413 casos. Es poco práctico analizar estas secuencias de manera individual, por lo que es necesario aplicar algún procedimiento que permita construir tipologías de secuencias.

En este caso se construyó una tipología de trayectorias mediante el análisis de alineación óptima (OMA, por sus siglas en inglés). Desarrollado inicialmente en la investigación genética, el OMA fue introducido a las ciencias sociales por Abbott y ha sido bastante utilizado en el análisis de trayectorias de vida (Abbott, 1995; Billari, 2001; Billari y Piccarreta, 2005; Solís y Billari, 2002; Aisenbrey y Fasang, 2010). A grandes rasgos, este procedimiento consiste en calcular las “distancias” entre cada par de trayectorias a partir de los costos que implica transformar una trayectoria en otra. Estos costos pueden ser de sustitución (modificar un estado por otro) o de inserción-sustracción (incluir o eliminar un estado). El resultado de este procedimiento es una matriz de distancias entre cada par de trayectorias. Esta matriz puede ser utilizada para construir tipologías de trayectorias mediante técnicas como el análisis de conglomerados (camino que seguimos en este capítulo), o bien para identificar dimensiones latentes

comunes por medio de técnicas como el escalamiento multidimensional.

La definición de los costos de sustitución e inserción-sustracción es de importancia sustantiva, ya que de ella depende en buena medida el resultado del análisis. En este ejercicio los costos de sustitución se definen como sigue:

	1	2	3	4
1	0	2	1	1
2	2	0	1	1
3	1	1	0	2
4	1	1	2	0

Esta matriz de costos refleja el número de transiciones que tienen que experimentar las personas para pasar de un estado a otro. Así, por ejemplo, el paso del *estado 1* (soltero corresidente) al *estado 4* (soltero independiente) implica una sola transición (dejar de residir con los padres), mientras que el paso del *estado 1* al *estado 2* (unido neolocal) implica dos transiciones (unirse y dejar de residir con los padres). Por su parte, los costos de inserción y sustracción se fijaron en 0.5.

Después de aplicar el procedimiento OMA, se utilizó el análisis de conglomerados (método Ward) para producir una tipología de trayectorias de emancipación familiar. Se probaron soluciones con un rango de tres a quince conglomerados. Finalmente, se optó por la solución con siete conglomerados, ya que ésta producía los mejores resultados de acuerdo con la prueba pseudo-F de Calinski y Harabasz (1974).

DE LA SOLTERÍA CORRESIDENTE A UNA DIVERSIDAD DE DESTINOS

El cuadro 6.1 y la gráfica 6.3 resumen las características de las siete trayectorias de emancipación familiar. Los nombres asignados a cada trayectoria buscan describir sus principales características.

Cuadro 6.1. Descripción de las trayectorias de emancipación familiar

a) Frecuencia, secuencia más frecuente y promedio de estados en la trayectoria

	Frecuencia	Secuencia más frecuente	Mediana del número de episodios	
	(%)			(%)
Soltería coresidente (SC)	25	1	60	1
Unión temprana a neolocalidad (UTN)	23	1-3-2	59	3
Unión demorada a neolocalidad (UDN)	21	1-3-2	63	3
Unión temprana coresidente (UTC)	10	1-3	37	2
Unión demorada coresidente (UDC)	9	1-3	77	2
Soltería independiente y unión (SIU)	7	1-4-2	62	3
Soltería independiente prolongada (SIP)	6	1-4	44	2

b) Distribución del tiempo en cada estado entre los 14 y 30 años

	1. Soltero coresidente	2. Unido neolocal	3. Unido coresidente	4. Soltero independiente	Total
Soltería coresidente	93.0	2.0	2.8	2.2	100
Unión temprana a neolocalidad	19.8	71.0	7.9	1.2	100
Unión retrasada a neolocalidad	53.2	38.6	7.4	0.8	100

	1. Soltero corresidente	2. Unido neolocal	3. Unido corresidente	4. Soltero independiente	Total
Unión temprana corresidente	16.5	17.8	64.6	1.0	100
Unión retrasada corresidente	47.7	3.3	48.1	0.9	100
Soltería independiente y unión	20.4	43.9	1.6	34.1	100
Soltería independiente prolongada	29.7	5.3	3.2	61.7	100

Fuente: Estimaciones propias a partir de los datos de la EDER (2011).

La trayectoria más frecuente es la de *soltería corresidente* (SC), con 25% de los casos. Esta trayectoria se caracteriza por integrar secuencias con una prolongada permanencia en soltería en casa de los padres u otros parientes miembros de la familia de origen. El estado más frecuente en esta trayectoria es, por tanto, el de “soltero corresidente”, con 93% de los años-persona entre los 14 y 30 años de edad. La mediana de episodios es de 1, lo cual indica que más de la mitad de quienes pertenecen a esta trayectoria pasaron todo el tiempo en soltería y viviendo con su familia de origen.³ En síntesis, si algo caracteriza a esta trayectoria es el retraso de los eventos familiares que marcan la transición a la vida adulta.

Aunque la soltería corresidente es la trayectoria que individualmente agrupa más casos, las trayectorias que involucran una unión conyugal son en conjunto más numerosas. Agrupadas, las cinco trayectorias de unión representan 69% de los casos. Entre ellas, las dos trayectorias más frecuentes son la de unión temprana a la

³ No obstante, puede observarse en la gráfica 6.1 que esta trayectoria agrupa también un número más pequeño de secuencias caracterizadas por la soltería prolongada con transiciones tardías a la unión o a la soltería independiente, así como itinerarios en los que se pasa de ida y vuelta entre la soltería corresidente e independiente.

neolocalidad (UTN) y unión demorada a la neolocalidad (UDN), con 23 y 21% del total, respectivamente. Como se aprecia en la gráfica 6.2, estas trayectorias tienen en común una transición a la primera unión que deviene en el establecimiento de una residencia independiente, aunque con diferencias importantes en el calendario de la unión.

Un rasgo que llama la atención de estas dos trayectorias es que la neolocalidad puede darse tanto de manera inmediata como después de una breve escala de coresidencia en unión. De hecho, la secuencia más frecuente en ambas trayectorias es 1-3-2 (con cerca de 60% de las trayectorias), lo que implica que la mayoría de las personas pasaron por un periodo corto de unión en coresidencia (*estado 3*) antes de establecer una residencia neolocal.

En cambio, las trayectorias de unión temprana coresidente (UTC) y unión demorada coresidente (UDC) se caracterizan por un periodo mucho más amplio de unión y coresidencia con los padres. Estas trayectorias agrupan en conjunto a un poco menos de la quinta parte de los casos. La secuencia predominante en estas trayectorias es 1-3. Las personas pasan una gran parte de su tiempo de unión residiendo con sus padres o suegros, aunque, como puede verse en la gráfica 6.1, la trayectoria UTC también agrupa a algunos casos que transitaron a una unión neolocal luego de un periodo largo de unión en coresidencia.

Finalmente, se identifican dos trayectorias que involucran un amplio periodo de soltería sin coresidencia con la familia de origen: soltería independiente y unión (SIU) y soltería independiente prolongada (SIP). En el primer caso, las personas pasan un periodo significativo de soltería sin coresidir con sus padres antes de transitar a una unión, las más de las veces de tipo neolocal. En el segundo caso la soltería independiente se prolonga más, casi siempre hasta los 30 años de edad. Estas dos trayectorias constituyen itinerarios de independencia residencial que no pasan por la formación de una pareja, por lo que podrían representar formas alternativas —más individualizadas— de emancipación familiar. Como tales, su frecuencia es considerablemente menor que la de las otras trayectorias, con una participación conjunta de cerca de 13% de los casos.

EL PATRÓN CAMBIANTE DE EMANCIPACIÓN FAMILIAR

A partir de la descripción previa, es claro que las trayectorias de emancipación familiar en México no son homogéneas y, más que hablar de un itinerario predominante o normativo, existen múltiples senderos, incluida la prolongación de la soltería, diversas combinaciones de unión y coresidencia con la familia de origen, y la soltería con residencia independiente.

Esta diversidad, sin embargo, oculta algunas tendencias históricas bastante definidas. La distribución de las trayectorias por cohorte de nacimiento (cuadro 6.2) revela que existe una reducción de las trayectorias de unión con neolocalidad, tanto tempranas como tardías. Las trayectorias UTN y UDN pasaron de ser mayoritarias en la cohorte 1951-1953 (casi 53% para ambos sexos) a representar sólo un poco más de un tercio (36%) en la cohorte 1978-1980, es decir, la emancipación familiar mediante unión neolocal ha perdido su carácter predominante en el México urbano contemporáneo.

¿Qué itinerarios han emergido como alternativa a la unión con neolocalidad? Para muchos, la opción fue posponer la emancipación y prolongar el periodo de soltería en coresidencia con los padres. Las trayectorias de soltería coresidente prolongada se incrementaron de 17.5 a 29.3%. Para otros, sin embargo, la postergación de la unión no fue una opción, por lo que, como alternativa a una unión neolocal, optaron por unirse y coresidir de manera prolongada con sus padres o suegros. Así, las trayectorias de unión (temprana o tardía) y coresidencia han ganado también terreno, al pasar de 13.9 a 23.5 por ciento.

Llama la atención que la alternativa de establecer una residencia independiente sin unirse no haya incrementado su frecuencia en las cohortes más jóvenes. De hecho, tanto entre varones como mujeres el peso de las dos trayectorias que implican una soltería independiente prolongada (SIU y SIP) se redujo.⁴ Esto sugiere que,

⁴ La alta incidencia de las trayectorias SIU y SIP en la cohorte 1951-1953 entre los varones (24.7%) se asocia quizá con la intensidad de la migración de varones solteros durante el periodo de rápida urbanización acontecido en las décadas de 1960 y 1970.

lejos de encontrar soluciones “individualizadas” para la emancipación familiar, los jóvenes se han refugiado en soluciones de corte familiar, como prolongar la soltería en casa de los padres o incluso comenzar una unión manteniendo coresidencia con los padres o suegros.

Con respecto a las diferencias por sexo, las trayectorias de emancipación femeninas son en general más tempranas que las de los varones. Las trayectorias “tempranas” de unión predominan sobre las “demoradas”, y la trayectoria de soltería coresidente es menos frecuente en todas las cohortes. Estas diferencias se explican, en buena medida, por el calendario más temprano de las transiciones familiares de las mujeres con respecto a los varones. Por otra parte, más allá de la alta incidencia de las trayectorias SIU y SIP para los varones en la cohorte 1951-1953 ya discutida, en términos generales, las trayectorias de soltería independiente son más frecuentes entre los hombres que entre las mujeres. Es posible que, tal como se discutió previamente, estas diferencias reflejen una menor aceptación social hacia la residencia independiente de las mujeres, aunque sería necesario profundizar con mayores estudios para corroborar esta hipótesis.

Finalmente, para obtener una medida resumen de la heterogeneidad de las trayectorias se obtuvo el índice de entropía para cada cohorte. Se observa en el caso de las mujeres un incremento de la entropía de 0.86 a 0.91 entre cohortes, es decir, existe una tendencia a la mayor desestandarización de trayectorias. Entre los hombres, en cambio, la entropía es constante (alrededor de 0.91). En ambos sexos, es evidente que en todas las cohortes de nacimiento existe una alta heterogeneidad de trayectorias, pues la entropía siempre supera el 85% del máximo posible.⁵ Parecería entonces que los cambios en los itinerarios de emancipación se han producido en un entorno social e histórico de alta y permanente heterogeneidad, incluso con una creciente heterogeneidad en el caso de las mujeres.

⁵ Este máximo corresponde a una situación hipotética de máxima heterogeneidad, en la que cada trayectoria absorbe un séptimo de los casos.

Cuadro 6.2. Distribución porcentual de las trayectorias de emancipación e índice de entropía, por cohorte de nacimiento

	1951- 1953	1966- 1968	1978- 1980
Hombres			
Soltería coresidente (SC)	18.3	27.9	33.2
Unión temprana a neolocalidad (UTN)	16.3	18.6	13.5
Unión demorada a neolocalidad (UDN)	31.3	22.4	18.1
Unión temprana coresidente (UTC)	2.5	5.8	8.1
Unión demorada coresidente (UDC)	7.0	8.3	13.4
Soltería independiente y unión (SIU)	13.5	8.3	8.0
Soltería independiente prolongada (SIP)	11.2	8.8	5.7
Total	100	100	100
Mujeres			
Soltería coresidente (SC)	16.8	21.2	25.9
Unión temprana a neolocalidad (UTN)	38.7	30.8	22.3
Unión demorada a neolocalidad (UDN)	18.5	22.5	17.7
Unión temprana coresidente (UTC)	11.3	11.7	15.8
Unión demorada coresidente (UDC)	6.5	5.4	9.4
Soltería independiente y unión (SIU)	4.2	4.6	4.6
Soltería independiente prolongada (SIP)	4.1	3.9	4.2
Total	100	100	100
Total			
Soltería coresidente (SC)	17.5	24.2	29.3
Unión temprana a neolocalidad (UTN)	28.2	25.2	18.2
Unión demorada a neolocalidad (UDN)	24.5	22.5	17.9
Unión temprana coresidente (UTC)	7.2	9.0	12.2
Unión demorada coresidente (UDC)	6.7	6.8	11.3
Soltería independiente y unión (SIU)	8.5	6.3	6.2

	1951- 1953	1966- 1968	1978- 1980
Soltería independiente prolongada (SIP)	7.4	6.1	4.9
Total	100	100	100
Índice de entropía			
Hombres	0.91	0.92	0.92
Mujeres	0.86	0.88	0.91
Total	0.91	0.91	0.93

Fuente: Estimaciones propias a partir de los datos de la EDER (2011).

En resumen, estos resultados indican que las trayectorias de emancipación familiar en México han experimentado cambios importantes. Las trayectorias de unión e independencia residencial se han hecho menos frecuentes, espacio que ha sido ocupado por una soltería más prolongada en coresidencia con los padres y cierto repunte de las uniones en coresidencia con padres y suegros. Algo que resulta ya muy evidente es que, en esta heterogeneidad de itinerarios y cambios entre cohortes, no se asoma un proceso de individualización en la emancipación residencial, sino el reforzamiento y la prolongación de los lazos de dependencia con la familia de origen.

¿UNA EMANCIPACIÓN MARCADA POR EL ORIGEN SOCIAL?

Una pregunta adicional es en qué medida la heterogeneidad en las trayectorias de emancipación familiar se asocia a las condiciones socioeconómicas de las personas; es decir, hasta qué punto la desigualdad socioeconómica se refleja en los itinerarios diferentes de emancipación. Para analizar esta cuestión se utiliza el Índice de Orígenes Sociales (IOS) como medida multidimensional del nivel socioeconómico de la familia de origen.⁶ Como puede

⁶ El IOS integra en un índice único la información sobre los antecedentes socioeconómicos familiares que proporciona la EDER-2011. Este índice incluye

observarse en el cuadro 6.3, existen fuertes desigualdades sociales en las trayectorias de emancipación, particularmente entre los estratos bajo y alto. El índice de disimilitud entre las distribuciones de trayectorias entre estos dos estratos es de 24.9% para los varones y 28.1% para las mujeres, es decir, aproximadamente uno de cada cuatro hombres y un poco más de esa proporción de mujeres tendrían que cambiar de trayectoria para alcanzar una distribución similar en ambos estratos.

En el caso de los varones, las principales diferencias se deben a la incidencia de la trayectoria de soltería coresidente, que agrupa a sólo 19% de los casos en el estrato bajo, frente a 42% en el alto. En contraste, las trayectorias de unión temprana (UTN y UTC) decaen en frecuencia en la medida en que se incrementa el nivel socioeconómico (de 24.2 a 12.0%). También hay una ligera reducción de las trayectorias de unión demorada (UDN y UDC) que en conjunto agrupan cerca de 29% en el estrato alto, frente a 36% en el bajo. En resumen, se observa entre los hombres de estratos altos una emancipación familiar más tardía, en la que son más frecuentes las trayectorias de soltería en coresidencia con los padres.

El patrón de las mujeres es similar. La trayectoria de soltería coresidente es también mayor en los estratos altos, con 32.2%, frente a 18.9% en el estrato medio y 16.6% en el bajo. No obstante, dado que el calendario de la primera unión es más temprano, la incidencia de la soltería coresidente prolongada no es tan alta como en el caso de los varones, lo que da lugar a que las trayectorias de unión tardía sean también más frecuentes en los estratos altos. Así, por ejemplo, la trayectoria de unión demorada a la neolocalidad (UDN) representa 14.3% de los casos en el estrato bajo, frente a 26.3% en el alto.

la escolaridad de ambos padres, el estatus de la ocupación, y un conjunto de indicadores de posesión de bienes, activos y servicios en la vivienda de la persona entrevistada cuando ésta tenía 15 años de edad. El índice se encuentra estandarizado por cohorte de nacimiento, de manera que refleja la posición socioeconómica relativa de *ego* con respecto a otros miembros de su cohorte, y no mejoras o caídas absolutas en los niveles socioeconómicos entre cohortes.

Cuadro 6.3. Distribución de trayectorias de emancipación e índice de entropía, por nivel socioeconómico de la familia de origen y sexo

	Nivel socioeconómico			
	Bajo	Medio	Alto	Total
Hombres				
Soltería corresidente (SC)	18.6	25.2	41.3	28.3
Unión temprana a neolocalidad (UTN)	17.1	22.3	8.2	15.8
Unión demorada a neolocalidad (UDN)	23.9	21.5	21.8	22.4
Unión temprana corresidente (UTC)	7.1	7.4	3.8	6.1
Unión demorada corresidente (UDC)	12.5	10.3	7.7	10.2
Soltería independiente y unión (SIU)	13.4	7.3	7.5	9.4
Soltería independiente prolongada (SIP)	7.5	6.0	9.8	7.8
Total	100	100	100	100
Mujeres				
Soltería corresidente (SC)	16.6	18.9	32.2	22.4
Unión temprana a neolocalidad (UTN)	35.1	31.8	19.6	28.9
Unión demorada a neolocalidad (UDN)	14.3	18.7	26.3	19.7
Unión temprana corresidente (UTC)	16.0	15.3	7.6	13.0
Unión demorada corresidente (UDC)	7.8	8.0	6.5	7.4
Soltería independiente y unión (SIU)	6.3	3.4	3.4	4.4
Soltería independiente prolongada (SIP)	4.0	3.8	4.4	4.1
Total	100	100	100	100

Fuente: Estimaciones propias a partir de los datos de la EDER (2011).

Finalmente, llama la atención que las trayectorias que implican unión y corresidencia con ambos padres son menos frecuentes en el estrato alto que en los estratos medio y bajo. Así, por ejemplo, la combinación de las trayectorias UTC y UDC agrupa a 23.8 y 23.3% de las mujeres de los estratos bajo y medio, respectivamente, frente a sólo 14.1% en el estrato alto; es decir, entre las familias

de mayores recursos socioeconómicos es mucho menos frecuente que las parejas se unan y mantengan su residencia en casa de los padres o los suegros, lo cual respalda la hipótesis de que la coresidencia en unión es una estrategia adaptativa más socorrida en los estratos sociales bajos.⁷

¿TENDENCIAS HISTÓRICAS DIVERGENTES POR NIVEL SOCIOECONÓMICO?

Las variaciones recién descritas sugieren que los distintos estratos socioeconómicos pudieron haber respondido de forma diferente a los cambios en los patrones de emancipación familiar. Para explorar esta cuestión es necesario analizar las tendencias por cohorte en cada estrato socioeconómico, además de las diferencias por género ya apuntadas. Por último, es importante analizar en qué medida las trayectorias de emancipación se “entrelazan” con eventos y trayectorias relevantes en otros dominios del curso de vida, en particular en los dominios educativo y laboral.

Una forma de dilucidar estas cuestiones sería probar un modelo de regresión con las trayectorias de emancipación familiar como variable dependiente politómica. Sin embargo, esto acarrea algunas dificultades, entre ellas, que el número de trayectorias es amplio, que se reduce de forma significativa el tamaño de muestra al incluir todas las variables independientes al mismo tiempo y que no existe claridad en el sentido causal entre las trayectorias de emancipación y lo que ocurre en los dominios educativo y ocupacional.

Por lo anterior, se optó por utilizar una técnica de corte más exploratorio: el análisis de correspondencias múltiples. Esta técnica permite identificar el patrón de relaciones múltiples entre variables categóricas (Greenacre, 1984). Se incluyó en el análisis,

⁷ Aunque es probable que en los estratos altos sean más frecuentes otras versiones de proximidad residencial, tal como la práctica de ocupar una casa o un piso “aparte” ubicado en el mismo predio donde viven los padres o suegros, situación que la EDER-2011 no registra como coresidencia con la familia de origen.

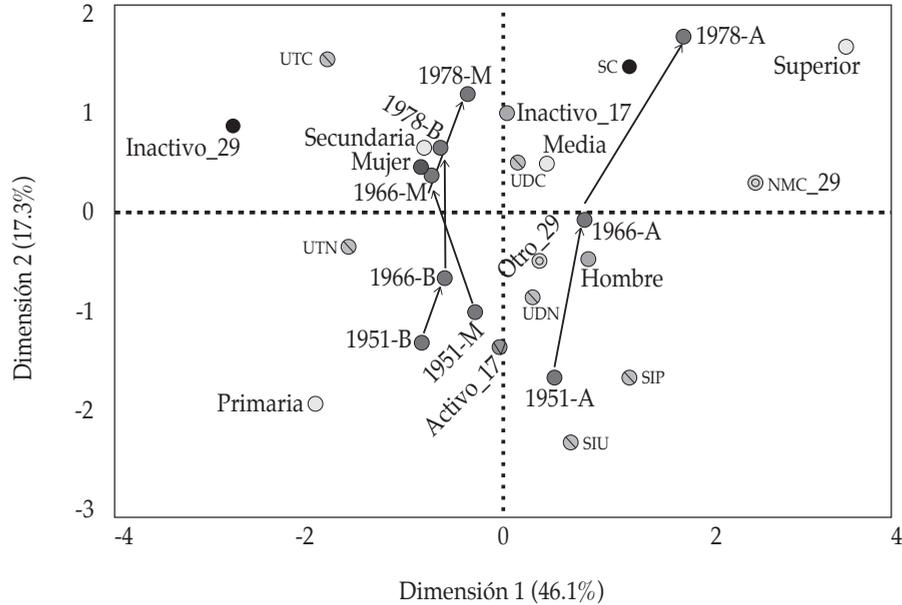
además de las trayectorias de emancipación, la combinación de la cohorte, el estrato socioeconómico y el sexo de los entrevistados. Asimismo, se incorporaron como puntos suplementarios el nivel de escolaridad alcanzado a los 20 años, la condición de actividad a los 17 años (como indicador de inicio temprano de la trayectoria laboral) y la situación laboral a los 29 años (no activo, trabajador no manual de alta calificación, trabajador en una ocupación de menor jerarquía). Esto permite identificar si existe alguna asociación entre las trayectorias de emancipación y algunos marcadores relevantes de las trayectorias educativa y laboral.

El análisis de correspondencias múltiple produjo una solución en que las dos principales coordenadas absorben 63% de la "inercia" total. En la gráfica 6.4 se presenta el diagrama de correspondencias. El eje principal es el más importante, con 46% de la inercia, mientras que el eje secundario absorbe el restante 17%. En el eje principal se sitúan las distinciones entre las trayectorias de soltería prolongada (SC en el plano superior derecho y SIP-SIU en el inferior derecho) y de uniones tempranas, tanto corresidente (UTC) como neolocal (UTN), ambas a la izquierda del cuadrante. En este plano se alinean, también, los niveles socioeconómicos con el nivel alto (1951-A a 1978-A) a la derecha del cuadrante y los niveles medio y bajo a la izquierda. Esto refleja la tendencia ya descrita anteriormente a una mayor prevalencia en las trayectorias de soltería entre quienes se encuentran en el estrato alto.

En la gráfica 6.4 se han marcado con flechas las trayectorias por cohorte de cada nivel socioeconómico. Todas las trayectorias reflejan movimientos de la parte inferior a la superior del cuadrante. Esto es evidencia de que existe un movimiento general de pérdida de importancia de las trayectorias de soltería independiente prolongada (SIU y SIP) y unión hacia la neolocalidad (UTN y UDN).

Al mismo tiempo, en la cohorte más joven se produce una creciente diferenciación entre el estrato alto y los otros dos estratos. En el estrato alto se da un desplazamiento hacia el cuadrante superior derecho. El punto correspondiente a la cohorte 1978-1980 (marcado como 1978-A en la gráfica) se sitúa muy cerca de la trayectoria de soltería corresidente (SC). El ángulo agudo que forman estos dos puntos en relación con el origen es un indicador de que

Gráfica 6.4. Análisis de correspondencias



Variables suplementarias (pasivas): escolaridad, activo/inactivo a los 17 años, y condición laboral a los 29 años.

Nota: Las flechas identifican el trayecto histórico de las cohortes de nacimiento en los distintos estratos socioeconómicos.

Fuente: Estimación propia a partir de los datos de la EDER (2011).

esta trayectoria tiene una prevalencia mucho mayor en el estrato alto de la cohorte 1978-1980 que en el resto de las combinaciones estrato-cohorte (Greenacre, 1984).

En cambio, los miembros de la cohorte 1978-1980 en los estratos bajo y medio se sitúan muy próximos entre sí, más cerca del centro del gráfica 6.4, en el cuadrante superior izquierdo. La proximidad de los puntos nos indica que ambos estratos poseen perfiles de trayectorias de emancipación similares. La mayor cercanía con el centro del cuadrante es en parte un resultado de la amplia desviación del estrato alto, que tiende a “achatar” las particularidades de los otros estratos (Clausen, 1998). No obstante, al revisar los ángulos con el vértice se aprecia una asociación (ángulo agudo) con las trayectorias de unión en coresidencia, demoradas (UDC) en el caso del estrato medio, y tempranas (UTC) en el estrato bajo.

En resumen, el análisis de correspondencias sugiere que las tendencias han sido diferentes en el estrato socioeconómico alto, más que en los estratos medio y bajo: mientras que en el estrato alto la respuesta predominante ha sido prolongar la soltería y permanecer en la residencia de los padres, en los estratos medio y bajo las tendencias han sido más variadas, aunque se advierte un repunte de la práctica de entrar en unión y mantener la coresidencia con los padres o suegros por un tiempo prolongado.

Finalmente, aunque las variables de escolaridad y trabajo no influyen en el posicionamiento de los otros puntos (ya que son sólo puntos suplementarios), existen claros indicios de una asociación entre las trayectorias escolares y laborales y las trayectorias de emancipación. La trayectoria de soltería coresidente se asocia con una entrada más tardía al mercado de trabajo (Inactivo_17) a los estudios medios (Media) y superiores (Superior) y a ocupar una posición no manual calificada a los 29 años (NMC_29). Resulta aparente que, en los estratos altos, la posposición de la emancipación residencial y de la soltería viene aparejada por una trayectoria educativa más prolongada y una inserción laboral en posiciones más calificadas.

CONCLUSIONES

Este trabajo revela que existen cambios importantes en los itinerarios de emancipación familiar en el México urbano contemporáneo. Los eventos de formación familiar ocurren cada vez más tarde en la vida de los jóvenes; el inicio de la vida en pareja con residencia independiente de los padres es un itinerario menos frecuente; un número mayor de jóvenes sacrifican la independencia residencial para iniciar su vida en pareja, formando así parejas que corresiden con sus padres o suegros; muchos otros simplemente han pospuesto su emancipación familiar, al prolongar la soltería en corresidencia con los padres incluso hasta pasados los 30 años de edad.

Estos cambios son consistentes con la hipótesis de que, ante las crecientes dificultades para consolidar una posición económica independiente, un número creciente de jóvenes ha prolongado el periodo de corresidencia con los padres y postergado la primera unión, o bien, en el caso de los estratos bajos, han sacrificado la independencia residencial para iniciar la vida en pareja en corresidencia con sus padres o suegros. En este sentido, es posible que los cambios en las trayectorias de emancipación familiar sean una respuesta adaptativa a fenómenos de corte estructural, como la creciente precariedad e incertidumbre en el mercado de trabajo (que afecta mayormente a los jóvenes) y la tendencia a prolongar el periodo de formación educativa y las etapas iniciales de “afianzamiento” de la trayectoria ocupacional.

En contraste, los cambios observados no apoyan la hipótesis de que las trayectorias de emancipación reflejan una tendencia de creciente individualización o pérdida de centralidad de la familia en el pasaje a la vida adulta. Lejos de incrementarse, las trayectorias de emancipación residencial en soltería decrecen en el tiempo, es decir, son cada vez menos personas las que dejan el hogar paterno y pasan un periodo prolongado de su adultez temprana sin formar una pareja. En otras palabras, si bien ha decrecido la proporción de personas que se emancipan mediante una unión neolocal, esto no ha dado lugar al incremento de la emancipación residencial en soltería, sino a la prolongación de la soltería corresidente con los padres, con o sin vida conyugal de por medio.

Esto sugiere que, a diferencia de lo que apuntan enfoques teóricos como el de la segunda transición demográfica, en el México urbano las relaciones familiares siguen jugando un papel importante en los procesos de emancipación y transición a la vida adulta. Paradójicamente, de forma parecida a lo que ocurre en los países del sur de Europa, este papel no parece ser de manera necesaria el de propulsar la emancipación de los jóvenes mediante la formación de un nuevo núcleo conyugal, sino de refugio ante la difícil situación económica y social. En este sentido, la centralidad de las relaciones familiares se mantiene no sólo (quizá cada vez menos) por el papel que tiene en el pasaje a la adultez la formación de una nueva familia, sino también por la importancia de las respuestas adaptativas “familísticas” a las dificultades que enfrentan los jóvenes para la emancipación residencial.

Por otra parte, la prolongación de la coresidencia con los padres puede también responder a otros cambios demográficos y sociales, como la reducción de la mortalidad, la caída de la migración rural-urbana y las mayores carencias y necesidades de cuidado de los adultos mayores. La reducción de la mortalidad ha implicado que una mayor proporción de personas llegue a los 30 años de edad con uno o ambos padres sobrevivientes, lo cual evidentemente incrementa las probabilidades de coresidencia. No obstante, entre las cohortes de la EDER este efecto no es de gran magnitud, pues la proporción de personas con 30 años de edad y al menos uno de sus padres sobreviviente ya era de 92% en la cohorte 1951-1953 (aunque efectivamente se incrementó a 98% en la cohorte 1978-1980).

Es muy probable, sin embargo, que la reducción de la migración rural-urbana sí sea un factor asociado a la prolongación de la coresidencia entre padres e hijos, ya que en las cohortes más jóvenes es más frecuente que padres e hijos vivan en la misma localidad urbana, facilitando así la coresidencia. Esto, aunado a las crecientes necesidades de cuidado y techo de una población de adultos mayores con acceso muy limitado a pensiones u otros esquemas de seguridad social, también pudo haber contribuido a la prolongación de la coresidencia de padres e hijos, incluso después de que los hijos se unen.

Finalmente, esta investigación revela diferencias socioeconómicas importantes en las trayectorias de emancipación: mientras que en el estrato socioeconómico alto la respuesta predominante ha sido prolongar la soltería y mantener la coresidencia con los padres, en los estratos medio y bajo las respuestas han sido más heterogéneas, aunque se advierte un repunte de las uniones coresidentes, es decir, de las trayectorias que involucran el tránsito a la vida en pareja y el mantenimiento de la coresidencia con los padres. Con los pocos datos disponibles es difícil esclarecer a qué se deben estas diferencias. Es posible que en el estrato alto los jóvenes hagan mayor énfasis en la necesidad de consolidar una posición económica y laboral como prerrequisito para unirse (y les lleve más tiempo de vida lograr esta consolidación, dado que tienen expectativas económicas más altas), al tiempo que tienen en su hogar de origen mayores espacios y disfrutan de relaciones de autoridad menos verticales con sus padres, lo que les facilita prolongar su soltería coresidente con mayores márgenes de comodidad y libertad.

Esta y otras conjeturas deben ser exploradas con datos de otra naturaleza que nos permitan entender más a fondo cuáles son los patrones de sociabilidad, las relaciones intrafamiliares y los significados atribuidos por los propios jóvenes a las distintas trayectorias de emancipación. En cualquier caso, nuestros resultados hacen evidente que, en un escenario de cambios en las trayectorias de emancipación familiar, se observa un proceso de diversificación por orígenes sociales en las trayectorias de emancipación de los jóvenes, que prefiguran un escenario de mayor desigualdad social en el pasaje a la vida adulta entre los jóvenes residentes en áreas urbanas del país.

REFERENCIAS

- ABBOTT, A. (1995). "Sequence Analysis: New Methods for Old Ideas", *Annual Review of Sociology*, vol. 21, pp. 93-113.
- AASSVE, A., F. C. BILLARI, S. MAZZUCO y F. ONGARO (2002). "Leaving Home: A Comparative Analysis of ECHP Data", *Journal of European Social Policy*, vol. 12, núm. 4, pp. 259-275.

- AISENBREY, S. y A. E. FASANG (2010). "New Life for Old Ideas: The 'Second Wave' of Sequence Analysis Bringing the 'Course' Back into the Life Course", *Sociological Methods & Research*, vol. 38, núm. 3, pp. 420-462.
- BILLARI, F. C. (2001). "The Analysis of Early Life Courses: Complex Descriptions of the Transition to Adulthood", *Journal of Population Research*, vol. 18, núm. 2, pp. 119-142.
- ____ y R. PICCARRETA (2005). "Analyzing Demographic Life Courses through Sequence Analysis", *Mathematical Population Studies*, vol. 12, núm. 2, pp. 81-106.
- ____ y A. C. LIEFBROER (2010). "Towards a New Pattern of Transition to Adulthood?", *Advances in Life Course Research*, vol. 15, núm. 2, pp. 59-75.
- BLOSSFELD, H.-P., E. KLIJZING, M. MILLS y K. KURZ (2005). *Globalisation, Uncertainty, and Youth in Society*, Londres, Routledge.
- ____, M. MILLS y F. BERNARDI (2006). *Globalization, Uncertainty and Men's Careers. An International Comparison*, Cheltenham, Edward Elgar.
- BRÜCKNER, H. y K. U. MAYER (2005). "De-Standardization of the Life Course: What it Might Mean? And if it Means Anything, Whether it Actually Took Place?", *Advances in Life Course Research*, vol. 9, pp. 27-53.
- CABELLA, W., A. PERI y C. STREET (2005). "¿Dos orillas y una transición? La segunda transición demográfica en Buenos Aires y Montevideo en perspectiva biográfica", en S. Torrado (dir.), *Trayectorias nupciales, familias ocultas*, Buenos Aires, Entresiglos.
- CALINSKI, T. y J. HARABASZ (1974). "A Dendrite Method for Cluster Analysis", *Communications in Statistics-Theories and Methods*, vol. 3, núm. 1, pp. 1-27.
- CLAUSEN, S. E. (1998). *Applied Correspondence Analysis. An Introduction*, Thousand Oaks, Sage.
- COUBÈS, M.-L. y R. ZENTENO (2005). "Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo", en M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.), *Cambio social y demográfico en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, Miguel Ángel Porrúa / El Colef / Tecnológico de Monterrey / Cámara de Diputados, pp. 331-353.

- ECHARRI, C. (2005). "Las trayectorias de coresidencia en la formación de familias", en M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.), *Cambio social y demográfico en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, Miguel Ángel Porrúa / El Colef / Tecnológico de Monterrey / Cámara de Diputados.
- ____ y J. PÉREZ AMADOR (2007). En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México, *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 22, núm. 1, pp. 43-77.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].
- GARCÍA, B. y O. ROJAS (2002). "Cambios en la formación y disoluciones de las uniones en América Latina", *Papeles de Población*, vol. 38, núm. 32.
- GIORGULI SAUCEDO, S. (2011). "Caminos divergentes hacia la adultez en México", en G. Binstock y J. M. Vieira (coords.), *Nupcialidad y familia en la América Latina actual*, Río de Janeiro, ALAP, pp. 123-163.
- GREENACRE, M. (1984). *Theory and Applications of Correspondence Analysis*, Londres, Academic Press.
- LEE, K. O. y G. PAINTER (2013). "What Happens to Household Formation in a Recession?", *Journal of Urban Economics*, vol. 76, pp. 93-109.
- LESTHAEGHE, R. (1995). "The Second Demographic Transition in Western Countries: An Interpretation", en K. Oppenheim Mason y A.-M. Jensen (eds.), *Gender and Family Change in Industrialized Countries*, Oxford / Nueva York, Clarendon Press / Oxford University Press, pp. 17-62.
- PAREDES, M. (2003). "Los cambios en la familia en Uruguay: ¿hacia una segunda transición demográfica?", en Unicef y Udelar, *Nuevas formas de familia. Perspectivas nacionales e internacionales*, Uruguay, Unicef / Udelar, pp. 3-102.
- SOLÍS, P. (2013). "Las nuevas uniones libres en México: más tempranas e inestables, pero tan fecundas como los matrimonios", *Coyuntura Demográfica*, núm. 4, pp. 31-36.
- ____ y F. C. BILLARI (2002). *Work Lives Amid Social Change and Continuity: Occupational Trajectories in Monterrey, Mexico*, Max

Planck Institute for Demographic Research, working paper núm. 9.

____ e I. PUGA (2009). "Los nuevos senderos de la nupcialidad: cambios en los patrones de formación y disolución de las primeras uniones en México", en C. Rabell Romero (coord.), *Tramas familiares en el México contemporáneo. Una perspectiva sociodemográfica*, México, UNAM-IIS / El Colegio de México, pp. 179-198.

____ y S. FERRARIS (2014). "Nuevo siglo, ¿nuevas pautas de formación y disolución de uniones?", en C. Rabell Romero (coord.), *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico*, México, FCE, pp. 269-305.

VAN DE KAA, D. J. (1987). "Europe's Second Demographic Transition", *Population Bulletin*, vol. 42, núm. 1, pp. 1-59.

7. UNA NUEVA MIRADA A LOS FACTORES PREDICTIVOS DE LA DISOLUCIÓN CONYUGAL VOLUNTARIA EN MÉXICO

*Julieta Pérez Amador**
*Norma Ojeda de la Peña***

INTRODUCCIÓN

Durante las últimas cuatro décadas, el aumento de la disolución conyugal voluntaria por divorcio y separación en México está ampliamente documentado, lo mismo que el comportamiento diferencial del fenómeno según algunas de las características sociodemográficas de las mujeres y de sus primeras uniones conyugales. La ocurrencia de importantes cambios sociales durante estos años, sin embargo, hacen necesario reexaminar algunos hallazgos de dichas investigaciones, particularmente en lo que se refiere a las tendencias de las disoluciones de las primeras uniones, así como del poder predictivo de algunas de las variables que en el pasado mostraron tener gran peso en el comportamiento diferencial del fenómeno.

El objetivo de este trabajo es presentar una nueva mirada acerca de las tendencias del divorcio y la separación de la primera unión en el país, así como de los factores asociados a estos eventos en las vidas de las parejas mexicanas. Para lograr esto se recurre al análisis de la información que al respecto presenta la Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011 (EDER-2011) y se utilizan mejores herramientas estadísticas, analíticamente hablando, que nos permitieron examinar el poder predictivo que tienen las dis-

* El Colegio de México.

** San Diego State University y El Colef.

tintas variables consideradas sobre el fenómeno en cuestión. En primer lugar, nos interesa distinguir los cambios y las continuidades ocurridas entre las tres cohortes de nacimiento entrevistadas en la EDER-2011, esperando observar una mayor intensidad de las disoluciones entre las cohortes más jóvenes respecto a las más envejecidas. Documentaremos estas tendencias utilizando técnicas descriptivas de análisis de historia de eventos. En segundo lugar, considerando que las cohortes entrevistadas por la EDER 2011 han experimentado importantes cambios socioeconómicos, como el incremento sostenido de los niveles de instrucción y de la participación de la mujer en el mercado laboral, además de un notable descenso en la fecundidad, analizamos tanto el efecto de dichas variables en el riesgo de disolución como si los efectos de éstas se hubieran mantenido constantes en las tres cohortes. Para cubrir este último objetivo, utilizaremos técnicas de análisis multivariado de historia de eventos.

Asimismo, como parte del cambio social, subrayamos el incremento de las uniones libres o consensuales en el país desde la década de 1990, en especial, entre 2000 y 2010 por su mayor intensidad. Frente a esto, distinguimos si el tipo de unión conyugal continúa siendo un factor que imprime mayor o menor riesgo de disolución entre las primeras uniones, según se trate de uniones libres o matrimonios. La investigación previa encontró pocas diferencias en los riesgos de disolución entre las uniones que comenzaron como libres pero que transitaron al matrimonio y las que se iniciaron legalmente; sin embargo, encontró marcadas diferencias entre los matrimonios (precedidos o no por una unión libre) y las uniones libres nunca legalizadas. Por lo cual, en esta ocasión, también nos interesa observar no sólo si dichas diferencias continúan existiendo en las cohortes más recientes, sino también qué factores median el efecto del tipo de unión sobre el riesgo de disolución.

MARCO CONCEPTUAL Y EL CONTEXTO SOCIAL MEXICANO

De acuerdo con Cherlin (1992), estudioso del divorcio en la sociedad estadounidense, existen dos tipos de factores sociales por

considerar en el estudio del comportamiento de este fenómeno. Por un lado, están los factores individuales que se refieren a las características sociales y demográficas de las personas que han mostrado influir en el riesgo de que una persona experimente en mayor o menor medida el divorcio; por otro lado, los factores macrosociales relacionados con el tiempo histórico y los cambios sociales ocurridos en la cultura y en las instituciones, que tanto directa como indirectamente impactan o regulan las condiciones estructurales de la disolución conyugal en una sociedad dada.

En el caso mexicano, las investigaciones sociodemográficas realizadas sobre el tema han examinado en mayor o menor medida ambos tipos de factores, en especial, aquellos que se refieren a los factores individuales, en particular de las mujeres, por basarse fundamentalmente en la información disponible en las encuestas demográficas realizadas en el país durante las últimas cuatro décadas. En coincidencia con lo observado en otras sociedades occidentales, tanto con mayores niveles de desarrollo social como con niveles de desarrollo comparables al de México, se ha podido detectar la importancia predictiva de algunas características de las mujeres, como la edad a la que se unieron conyugalmente por primera vez, su nivel educativo, su participación económica en el mercado laboral y el número de hijos que han tenido.

Respecto de los factores macrosociales, si bien las investigaciones en México han analizado menos este tipo de factores, se ha podido dar cuenta de dos aspectos estructurales importantes. El primero se refiere a la práctica tradicional de la unión libre o consensual en el país, la cual influye de dos maneras sobre el fenómeno de la disolución conyugal voluntaria. Por un lado, la extensa práctica de la unión libre, como tipo de arreglo conyugal, obliga a considerar a las separaciones de hecho, además de los divorcios, en el análisis de la disolución conyugal voluntaria, si se desea tener una estimación real de la estabilidad e inestabilidad conyugal de las familias mexicanas. Por otro lado, la unión libre puede ser también sólo una etapa transitoria en el ciclo de vida conyugal (cohabitación prematrimonial) de un alto porcentaje de parejas, al ser la forma en que se inician, pero que posteriormente se modifica al legalizarse o sacralizarse los arreglos conyugales vía el

matrimonio civil o religioso, impactando el riesgo de disolución de dichos matrimonios.

El segundo aspecto macrosocial es la práctica preferencial de la separación de hecho, que aún continúa a pesar de la legalidad del divorcio en México desde mediados del siglo XIX. La mayor proporción de parejas sigue optando por separarse en lugar de divorciarse, independientemente de tratarse de matrimonios o uniones libres (Ojeda y González, 2008). Estudios antropológicos sugieren que el peso de aspectos culturales, institucionales y de género influye sobre la toma de decisiones al respecto, así como la presencia de difíciles condiciones que enfrentan las parejas, pero en especial las mujeres, para divorciarse en algunas comunidades rurales del país, como bien lo señala González (2005). Desafortunadamente no existen estudios sobre el tema que permitan hacer generalizaciones al respecto (Ojeda y González, 2008).

La importancia de estos dos factores macrosociales hace imperativo su análisis en un estudio de este tipo, en combinación con los factores individuales ya mencionados, por su poder predictivo sobre el riesgo de disolución conyugal de las primeras uniones de las mujeres entrevistadas en la EDER-2011.

ANTECEDENTES DE LA DEMOGRAFÍA DE LA DISOLUCIÓN CONYUGAL EN MÉXICO

En comparación con otras sociedades, la disolución conyugal voluntaria en México ocurre en una proporción relativamente pequeña de la población y en mayor medida se trata de separaciones que de divorcios (Ojeda, 1986; Suárez, 2004; Ojeda y González, 2008). Esto forma parte de las condiciones estructurales del fenómeno en el país. No obstante, la disolución conyugal ha aumentado de forma sostenida desde hace varias décadas. Esto se observa al comparar la historia de uniones de mujeres nacidas entre 1926-1939, 1940-1949 y 1950-1962, entrevistadas en la Encuesta Mexicana de Fecundidad realizada en 1976 (EMF). Ojeda (1986) encontró mayor intensidad de separación y divorcio en estas generaciones de mujeres, siendo la más joven la que entonces presentaba ma-

yores probabilidades acumuladas de disolución por separación y divorcio. Datos más recientes de la Encuesta Nacional de Salud Reproductiva 2003 (ENSAR) confirman estas tendencias. Las probabilidades de disolución de las uniones son mayores a cada duración de la unión si se les compara con las registradas por la EMF; incluso se encontró que la diferencia aumenta conforme avanza la duración (Ojeda y González, 2008). De modo que la intensidad de la separación y del divorcio aumentó durante el lapso transcurrido entre las encuestas mencionadas. En la misma línea, pero contrastando uniones conyugales formadas entre 1985 y 2004, Solís y Ferraris (2014) no sólo confirmaron el aumento sistemático de la disolución, sino también observaron su mayor intensidad a partir de las uniones que iniciaron en el año 2000.

Sobre las características individuales asociadas a la ocurrencia de la separación y el divorcio, destaca la edad de la mujer a la primera unión conyugal. Entre las mujeres entrevistadas en la EMF-1976, aquellas que se unieron antes de los 21 años mostraron mayor probabilidad de disolución en comparación con las que se unieron a edades posteriores (Ojeda, 1986). Años más tarde, las entrevistadas en la ENSAR-2003 confirmaron la tendencia. Además, muestran la desaparición del umbral o corte específico en la edad a la primera unión a la que disminuye o aumenta la probabilidad de disolución, a diferencia de lo que se observó entre las mujeres de la encuesta anterior (Ojeda y González, 2008). Dicho cambio sugiere que a mayor edad a la primera unión, menor probabilidad de disolución voluntaria.¹

El nivel educativo de la mujer y su incorporación al mercado laboral son características que también han mostrado influir de manera importante en el riesgo de disolución: ambas tienen una relación positiva con la probabilidad de disolución. Las mujeres

¹ Solís y Medina (1996) también encuentran que las uniones formadas a partir de los 20 años de edad tienen menor riesgo de disolución que las iniciadas a edades más jóvenes, entre mujeres de 14-54 años de edad en 1995 y que se unieron antes de los 30 años (datos de la Encuesta Nacional de Planificación Familiar [ENPF] 1995. Recientemente, Solís y Ferraris (2014) observaron igualmente una relación inversa entre el riesgo de disolución y la edad a la unión.

con mayores niveles educativos (Ojeda y González, 2008; Pérez Amador, 2008, 2013; Solís y Ferraris, 2014) y aquellas que trabajaron antes de unirse por primera vez (Ojeda y González, 2008; Solís y Medina, 1996) tienen mayor riesgo de terminar de manera voluntaria sus primeras uniones.

Hay otras características de las mujeres que influyen sobre el riesgo de disolución. La condición rural-urbana de la localidad de residencia marca diferencias, ya que las mujeres residentes urbanas y metropolitanas tienen mayor probabilidad de separarse o divorciarse (Ojeda, 1986; Ojeda y González, 2008; Samuel y Seville, 2005; Pérez Amador, 2008, 2013). Respecto al nivel socioeconómico, Ojeda (1989) sugiere que el divorcio y la separación, aun cuando ocurren en todos los grupos sociales, tienen distinta intensidad entre ellos. Según la Encuesta Nacional Demográfica (END) de 1982, la mayor intensidad se registraba entonces entre las mujeres cuyos esposos o compañeros eran trabajadores no asalariados en el sector no agrícola, campesinos y trabajadores asalariados agrícolas; mientras que la intensidad fue menor entre la burguesía y pequeña burguesía, el proletariado típico y el no típico.

Por su parte, la transición a la maternidad y el subsecuente incremento en la paridad se asocian negativamente con el riesgo de separación y divorcio (Pérez Amador, 2008, 2013; Solís y Medina, 1996). Es así que las parejas con mayor número de hijos tienen menor probabilidad de disolución.

Investigaciones previas también han documentado diferencias en el riesgo de disolución entre los matrimonios y las uniones libres, siendo los primeros menos propensos a la disolución que las últimas (Ojeda, 1986; Solís y Medina, 1996; Ojeda y González, 2008; Pérez Amador, 2008). Por ejemplo, entre las mujeres de 15 a 49 años de edad en 2003, la probabilidad de disolución después de cinco años del inicio de la unión fue de 0.07 en los matrimonios, pero de 0.22 para las uniones libres (Ojeda y González, 2008: 134). Asimismo, entre las mujeres que tenían entre 15 y 54 años de edad en 1997, la probabilidad cruda de disolución de matrimonios fue de 0.10, mientras la de uniones libres fue de 0.17 (Pérez Amador, 2008); en 2009, las cifras equivalentes fueron 0.14 y 0.21, respectivamente (Pérez Amador, 2013). De este modo, en dos momentos en el tiempo

coincide el hecho de que las uniones libres tienen mayor probabilidad de disolución que los matrimonios. Resultado con el que también coinciden Solís y Ferraris (2014) al analizar uniones formadas entre 1985 y 2004, donde observan que las uniones libres tienen un riesgo de disolución tres veces mayor al de los matrimonios.

Los pocos estudios que han analizado diferencias en la disolución de matrimonios que fueron precedidos de unión libre han encontrado resultados divergentes. Pebley y Goldman (1986) no encontraron diferencias en el riesgo de disolución entre matrimonios precedidos y no precedidos por una unión libre. Por su parte, Ojeda y González (2008) encontraron que los matrimonios directos tienen menor probabilidad de disolución que los precedidos por unión libre, pero éstos tienen menor probabilidad de disolución que las uniones libres que permanecieron en su tipo. Recientemente, Solís y Ferraris (2014) arriban a un resultado similar al de Plebley y Goldman (1986). Ambos estudios difieren en las generaciones analizadas de mujeres, el último se enfocó en cohortes de unión más recientes y por ello generaciones más jóvenes, lo cual invita a profundizar sobre la relación entre el tipo de unión conyugal y su riesgo de disolución.

No obstante, se ha encontrado que el efecto de algunas variables sociodemográficas sobre el riesgo de disolución de las uniones es similar para ambos tipos de unión conyugal. Tanto matrimonios como uniones libres tienen mayor riesgo de disolución entre mujeres de generaciones más jóvenes, residentes de localidades urbanas y metropolitanas, con mayores niveles educativos y con menor número de hijos, en comparación con sus similares con características opuestas (Ojeda y González, 2008; Pérez Amador, 2008, 2013).

LA EXPERIENCIA RECIENTE DE OTROS PAÍSES RESPECTO DE LOS FACTORES PREDICTIVOS DEL DIVORCIO

Una buena parte de la investigación demográfica reciente sobre la disolución conyugal en países occidentales posindustriales ha buscado identificar la presencia de posibles continuidades o cam-

bios en los determinantes demográficos y económicos del divorcio. Esto forma parte de un interés científico mayor relacionado con cambios macrosociales en los procesos de formación familiar que han venido a trastocar los supuestos analíticos que, por largo tiempo, han servido de base para el estudio de los procesos de disolución conyugal en dichos países. Ahora bien, la investigación empírica generada en estos países y sobre ellos ha seguido estando fundamentalmente enfocada al estudio del divorcio y, por lo mismo, sin considerar las separaciones de uniones consensuales, a pesar del acelerado crecimiento de la cohabitación en sus distintas acepciones en los arreglos conyugales de los países occidentales posindustriales. Al respecto, Amato (2010) señala para el caso estadounidense que, no obstante el creciente número de parejas que eligen la cohabitación en lugar del matrimonio y su papel en la estabilidad conyugal, hay pocos estudios que se enfocan en la separación y se sabe relativamente poco acerca del tema. A pesar de esta limitación, tales estudios siguen siendo referencia obligada, en especial respecto a los supuestos analíticos que orientan la investigación sobre la disolución conyugal en general. Es por esto que a continuación se reseñan algunos aspectos de dichos estudios dignos de ser considerados para los efectos del presente estudio.

Teachman (2002) plantea que si bien no existe una teoría general del divorcio, las perspectivas predominantes descansan en la noción de intercambio de bienes y servicios expresivos e instrumentales, citando a Becker y su teoría del intercambio. El supuesto es que el matrimonio es ventajoso por la interdependencia mutua que genera, lo que aumenta el bienestar de cada miembro de la pareja más allá del que tendrían si no estuvieran casados. En correspondencia, cualquier cosa que disminuya la percepción de las ganancias o ventajas del matrimonio, siguiendo esta línea de pensamiento, constituye un riesgo de disolución marital. Asimismo, plantea que, frente a un aumento del divorcio, el supuesto de que los determinantes hayan permanecido constantes al paso del tiempo implica, a su vez, asumir que el cambio en las ganancias reales o percibidas del matrimonio ha ocurrido de manera uniforme entre los matrimonios a lo largo del tiempo. El autor subraya que esto es un supuesto sin evidencia previa suficiente,

además de que teóricamente existen elementos para esperar que los efectos de algunos factores predictivos del divorcio cambien con el tiempo. Primero, se ha dado un cambio notable de actitudes como la mayor aceptación de la formación de parejas sin estar casados y del nacimiento de hijos fuera del matrimonio; y, segundo, el aumento en la equidad en los roles de género y el cambio en la estructura de la economía han debilitado la interdependencia entre hombres y mujeres en las relaciones de pareja. Frente a estos cambios, el autor plantea que sería de esperarse que personas con características similares, pero en diferentes periodos históricos, actuarán de diferente manera frente al divorcio.

Haciendo referencia a la sociedad estadounidense, Teachman señala que entre las múltiples variables examinadas en su asociación con el riesgo del divorcio en ese país, “sobresalen por su constante asociación observada la edad a la primera unión, educación, fecundidad premarital, religión, antecedentes de padres divorciados y raza” (2002: 331). No obstante, la sensibilidad de cada una de estas variables entre las cohortes analizadas no es uniforme. Así, se encontró que el riesgo proporcional de la edad al matrimonio de cada uno de los esposos refleja un decremento en el riesgo de divorcio conforme la edad aumenta, que se modera algo a las edades avanzadas, pero el cambio ha sido más fuerte entre ellas. Sobre las diferencias de edad entre consortes, se encontró que el efecto de una mayor diferencia de edades sobre el divorcio es positivo, pero el efecto de una edad mayor en ésta es muy fuerte. Sin embargo, Teachman plantea que, en términos generales, “los efectos de la mayoría de los factores predictivos del divorcio no han variado en el periodo histórico observado, con excepción de raza” (2002: 331). También sobre ese país, Amato plantea que

en lo que se relaciona a los factores demográficos y económicos del divorcio, los estudios han señalado como riesgos mayores: el matrimonio entre adolescentes, ser pobre, experimentar desempleo, tener bajos niveles de escolaridad, la cohabitación en general, la cohabitación prematrimonial, la fecundidad premarital y crecer en un hogar sin la presencia de dos padres casados (2010: 65).

Respecto al cambio en estos y otros factores, el mismo autor indica que “los determinantes demográficos y económicos del divorcio están bien establecidos y han cambiado poco durante las últimas pocas décadas. Es menos claro, sin embargo, que tales factores predictivos varíen entre grupos raciales y étnicos” (Amato, 2010: 661).

Acerca de la cohabitación prematrimonial, Teachman (2002: 344-345) se plantea dos preguntas de investigación: 1) ¿el efecto de la cohabitación premarital sobre el divorcio (positivo) ha cambiado?, y 2) ¿los covariantes del divorcio se han visto alterados por el marcado aumento de la cohabitación prematrimonial? Los hallazgos obtenidos indican que no hay evidencia de que el efecto de la cohabitación premarital haya cambiado con el tiempo, al menos durante el relativo corto periodo de tiempo observado. Asimismo, los hallazgos son consistentes con las investigaciones anteriores que indican que la cohabitación prematrimonial incrementa el riesgo de divorcio. Esto mismo se observa en un estudio sobre diecisiete países, en el que Härkönen y Dronkers (2006) señalan que sus hallazgos confirman lo antes visto: la cohabitación premarital, la fecundidad premarital y los antecedentes de padres divorciados ejercen un efecto positivo sobre el riesgo de divorcio; en tanto que la edad al matrimonio presenta un coeficiente negativo.

Otra variable que ha sido y sigue siendo objeto de especial atención respecto del posible cambio en su poder predictivo es la escolaridad, en particular la de las mujeres. Nuevamente, al aludir el caso estadounidense, Amato indica la presencia de un ligero descenso observado en la tasa bruta del divorcio en ese país y nos refiere el papel que en ello ha tenido la educación: “durante las pasadas dos décadas, la tasa cruda de divorcio descendió entre las parejas con educación universitaria, pero permaneció constante entre las parejas con bajos niveles de escolaridad” (2010: 661). Por su parte, Teachman (2002: 345) nos hace ver la complejidad del efecto cambiante de la educación sobre el divorcio, particularmente en cuanto a la escolaridad de las mujeres, la cual al parecer interactúa con la del marido. En su modelo de análisis bivariado (educación de ella y divorcio), Teachman encontró que el riesgo

de disolución disminuye 6% por cada año adicional de instrucción (efecto negativo), pero en su modelo multivariado se observa un efecto positivo, donde el riesgo de divorcio aumenta entre 4 y 5% por cada año más de instrucción de ella. El cambio de efecto negativo a positivo se debe principalmente al considerar la escolaridad del esposo, utilizándola como variable de control, debido a que las mujeres más escolarizadas tienden a casarse con hombres más escolarizados y porque el efecto de la educación del marido es fuerte y negativo.

El análisis de los cambios y las continuidades del poder predictivo de la escolaridad sobre el riesgo de disolución conyugal es complejo y requiere ser contextualizado socialmente, según lo plantean Härkönen y Dronkers (2006) en su estudio comparativo de 16 países europeos y Estados Unidos. Los autores subrayan la necesidad de tomar en cuenta el peso de las variables macrosociales desde la teoría de la modernización utilizada en el estudio clásico de Goode sobre el divorcio, quien planteó la existencia de una relación inversa entre el nivel de modernización de los países y la ocurrencia del divorcio. También se utiliza la teoría del intercambio de Becker sobre los costos del divorcio, bajo el supuesto de que, conforme las sociedades son más modernas, los costos del divorcio disminuyen. En esta línea de pensamiento, los autores suponen que a una mayor modernización se corresponde una participación mayor del Estado benefactor, el cual, mediante programas de asistencia social, disminuiría las tensiones en los hogares pobres y por lo mismo reduciría las probabilidades de divorcio. Se utiliza la educación de la mujer como principal indicador de modernización y se parte de la siguiente hipótesis general:

la relación entre la educación de la mujer y el riesgo del divorcio variará entre países. Mujeres con mayor educación tienen riesgos mayores de divorcio en países y en épocas históricas en que los costos sociales y económicos del divorcio son altos; y no hay relación o bien hay una relación negativa donde los costos son menores (Härkönen y Dronkers, 2006: 501).

Estos autores también plantean que los cambios observados en la formación familiar a nivel macro deben ser considerados. Al respecto, dicen

la desinstitucionalización del matrimonio y las practicas familiares no convencionales (cohabitación prematrimonial, hijos fuera del matrimonio y fecundidad prematrimonial) están asociadas a una tendencia negativa con el divorcio; en tanto que el gasto del Estado benefactor, con programas más generosos de beneficencia pública, está asociado a una tendencia positiva (Härkönen y Dronkers, 2006: 501).

Así, el efecto de la educación de la mujer sobre el divorcio varía entre países. Mujeres con altos y medianos niveles de escolaridad presentan menores niveles de riesgo que las mujeres poco escolarizadas en Estados Unidos, Australia y Lituania. En cambio, en Francia y España, mujeres con escolaridad media tienen riesgos más altos que mujeres con baja escolaridad (Härkönen y Dronkers, 2006).

Grosso modo, las diferencias encontradas entre los 17 países en la relación de la educación de la mujer con el riesgo de divorcio parecen apoyar la hipótesis de Goode acerca de una asociación positiva entre los costos del divorcio y su relación con la educación o clase social. El estudio también apoya otra hipótesis de Goode acerca de un cambio hacia a una asociación más negativa de la relación entre la educación de la mujer y el riesgo del divorcio (Härkönen y Dronkers, 2006: 514). Conforme la modernización aumenta, el efecto de la educación sobre el divorcio se vuelve más negativo; esto es, el riesgo de divorcio de las mujeres menos escolarizadas aumenta respecto de las mujeres más escolarizadas. Menores costos de tipo legal, social y económico del divorcio aumentan el riesgo de divorcio entre las mujeres menos escolarizadas en relación con las mujeres más escolarizadas, marcando así el efecto de la educación sobre el divorcio de forma más negativa. No obstante, la importancia de contextualizar la ocurrencia del divorcio y su relación con la educación es puesta en evidencia en sociedades asiáticas, como las de Corea del Sur y Japón, donde la

relación es negativa a pesar de sus altos niveles de modernización (Park y Raymo, 2013).

Desde la perspectiva de la teoría del intercambio, otra variable importante sobre el riesgo de disolución conyugal es el empleo y el ingreso femenino. Kesselring y Bremmer (2006) ponen a prueba tres argumentos planteados sobre las posibilidades de las mujeres de generar ingreso y su relación con el divorcio, de los cuales aquí retomamos dos. El primero plantea que, conforme la mujer incrementa su capacidad para generar ingreso, ella se vuelve más independiente económicamente, por lo que es más probable el divorcio. Conforme la relación con el mercado laboral se fortalece, se incrementa la transacción del costo de procrear hijos. Como consecuencia lógica, tener menos hijos reduce la transacción del costo del divorcio. Por lo cual, al fortalecer su relación con el mercado laboral, la mujer invariablemente debilita sus nexos con la familia. Segundo, conforme las ganancias de la mujer se vuelven una mayor proporción del ingreso familiar, las fricciones maritales ocurren y las probabilidades del divorcio aumentan.

Kesselring y Bremmer apuntan que los resultados obtenidos tienden a confirmar los argumentos acerca de las causas del divorcio desde la perspectiva económica: “conforme las mujeres experimentan mayores niveles de éxito en el mercado laboral, también tienden a experimentar mayores niveles de divorcio” (2006: 1615). Según los autores, esto ocurre por dos razones. Primero, la mayor independencia económica de la mujer hace claramente más sencilla la decisión de divorciarse, tanto por parte de ella como de él. Segundo, conforme el ingreso de la mujer representa una mayor proporción del ingreso total familiar, la probabilidad de divorcio es mayor. Situación que, al parecer, lejos de cambiar con el tiempo se está haciendo más clara.

Ahora bien, no obstante que los planteamientos y hallazgos arriba reseñados se refieren exclusivamente a la disolución por divorcio, consideramos que nos proporcionan una buena base teórica interpretativa acerca del comportamiento de los factores individuales sobre el riesgo de la disolución conyugal voluntaria para el caso mexicano. Esto es siempre y cuando se permita cierta flexibilidad interpretativa por considerar las especificidades del

contexto social y cultural mexicano, donde más de dos terceras partes de las disoluciones conyugales voluntarias son separaciones de hecho (Ojeda, 2008: 121).

MÉTODOS Y FUENTES DE DATOS

El análisis se desarrolla con base en la información que proporciona la EDER-2011 acerca de la historia de uniones conyugales de la población mexicana residente de las zonas urbanas del país pertenecientes a tres generaciones ($N = 2840$): quienes nacieron entre 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980. El cuestionario de la encuesta sigue la metodología de historia de vida, en la cual los entrevistados proporcionan información sobre diferentes características sociales y demográficas para cada año de su vida. Esto permite ubicar los eventos y seguir las trayectorias en el curso de vida de los individuos. Nosotras nos enfocaremos en los eventos de entrada y salida de la primera unión conyugal. El primero define la población en estudio y el segundo es el evento de interés. Trabajamos únicamente con la población femenina alguna vez unida conyugalmente, resultando en una muestra analítica de 1274 casos.²

Como estrategia metodológica utilizamos técnicas de análisis de historia de eventos. Éstas nos permiten analizar la relación entre las características sociodemográficas de las mujeres y de sus uniones con el riesgo de disolución por separación o divorcio. Para el análisis multivariado utilizamos modelos de tiempo discreto para estimar la probabilidad de ocurrencia del evento *disolución de la primera unión* en el tiempo t , dado que no ha ocurrido hasta el tiempo $t-1$, y dadas las características sociodemográficas que nos interesan. La unidad de tiempo es la duración de la unión en años. Definimos el inicio de exposición al riesgo con el inicio de la unión conyugal (duración 0) y el fin de exposición, con el riesgo a la ocurrencia del evento *disolución de la unión* o a los 15 años de duración, según corresponda. Así, trabajamos con un to-

² Excluimos del análisis un caso que no declaró una o más de las variables utilizadas.

tal de 16 338 años-persona vividos de exposición al riesgo durante los cuales observamos 241 eventos. Modelamos la función *hazard* mediante una *spline* con un nodo en la duración 3.

Al analizar las tendencias de la disolución voluntaria de las primeras uniones conyugales y sus factores asociados, también nos interesa distinguir posibles cambios o continuidades entre las cohortes en el carácter predictivo de dichos factores. Respecto de las características individuales, se analizan los efectos de la edad de la mujer a la primera unión, el número de hijos, la escolaridad y el estatus laboral sobre el riesgo de disolución conyugal. En relación con las características de las uniones, distinguimos a los matrimonios y a las uniones libres; a las uniones que comenzaron como uniones libres y luego transitaron al matrimonio se les asignó su estatus correspondiente en cada año persona de vida. La especificación de las variables y sus frecuencias al momento de ocurrencia de la primera unión son presentadas en el cuadro 7.1.

Comenzamos el análisis descriptivo mostrando funciones de sobrevivencia a la disolución por cohorte, tipo de unión, edad a la primera unión y educación. En el análisis multivariado estimamos una serie de seis modelos anidados. En los primeros cuatro observamos el efecto de las variables demográficas sobre la disolución de uniones; el modelo 5, que es un modelo intermedio, permite observar el efecto de las variables socioeconómicas (educación y trabajo) y el modelo 6 incorpora ambos bloques. Finalmente, para explorar la continuidad y el cambio del efecto de estas variables sobre la disolución de uniones mediante las cohortes, estimamos cinco modelos adicionales donde dejamos variar entre éstas el efecto que sobre el riesgo de disolución tienen el tipo y la edad a la unión, el número de hijos, el nivel educativo y el estatus laboral. Presentaremos y discutiremos únicamente las interacciones que resultaron significativas.³

³ No se presentan en su totalidad los modelos en este capítulo, pero el lector interesado puede solicitarlos a las autoras: [jpa@colmex.mx] y [nojeda@mail.sdsu.edu].

Cuadro 7.1. Características sociodemográficas de las mujeres al momento de la primera unión según su experiencia de disolución (divorcio o separación) hasta 15 años de duración*

Variable	No disolución	Disolución
Total	80.73	19.27
Cohorte		
1953-1955	86.53	13.47
1966-1968	81.37	18.63
1978-1980	76.68	23.32
Tipo de unión		
Matrimonio	86.28	13.72
Unión libre	68.93	31.07
Edad a la unión		
12-17	71.14	28.86
18-24	84.01	15.99
25+	80.44	19.56
Nivel educativo		
Primaria o menos	80.21	19.79
Secundaria	76.19	23.81
Preparatoria	81.27	18.73
Universidad	88.24	11.76
Trabajo		
No trabaja	80.67	19.33
Cuenta propia	87.43	12.57
Asalariada	80.06	19.94

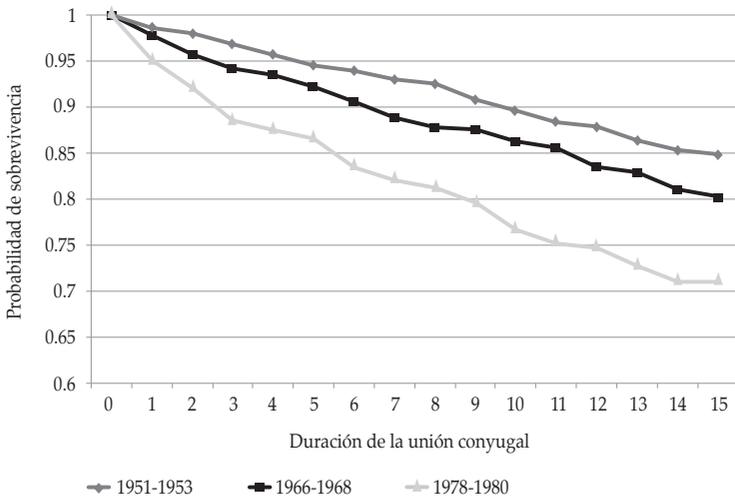
* Número de primeras uniones: 1 274; disoluciones: 241.

Fuente: EDER (2011), datos ponderados.

RESULTADOS

Congruente con lo observado en otras fuentes de información, como la Enadid 1997 y 2009, y en anteriores estudios, los datos de la EDER nos muestran el sistemático incremento en la disolución voluntaria de las uniones conyugales entre las generaciones consideradas. En la gráfica 7.1 podemos observar diferencias entre cohortes desde el primer año de duración de la unión, y estas diferencias se amplían conforme aumenta la duración, sobre todo, para la cohorte más joven con respecto a las dos anteriores. De modo que a los 11 años de duración ya se han extinguido 25% de las uniones formadas por mujeres nacidas a finales de la década de 1970; esto representa diez puntos porcentuales más que la cohorte intermedia y 13 con respecto a las uniones formadas por las nacidas a principios de la de 1950.

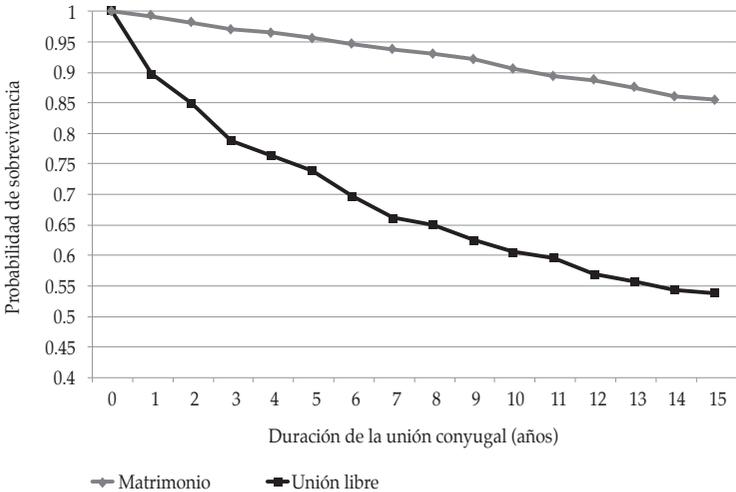
Gráfica 7.1. Probabilidad de sobrevivencia de las uniones conyugales según su duración por cohorte de nacimiento: mujeres



Fuente: EDER (2011), mujeres con primera unión (N = 1274).

Dada la inclinación de la pendiente de la función de sobrevivencia en las duraciones iniciales (0 a 3 años), podemos inferir que el riesgo de disolución en la cohorte joven se ha incrementado sustancialmente durante los primeros años de la unión. Mientras que a la cohorte avanzada le tomaba aproximadamente 10 años la extinción de 10% de las uniones conyugales, y cerca de 7 años a la intermedia, a la joven le toma únicamente 3.5 años. Esa mayor aceleración continúa al grado que la cohorte joven es la primera en alcanzar la disolución de 25% de las uniones conyugales. Éste es un cambio notable que confirma la tendencia al incremento en la separación y el divorcio, pero que nos muestra también un calendario de ocurrencia más temprano.

Gráfica 7.2. Probabilidad de sobrevivencia de las uniones conyugales según su duración por tipo de unión: mujeres



Fuente: EDER (2011), mujeres con primera unión (N = 1274).

En la gráfica 7.2 podemos observar lo diferentes que son los matrimonios y las uniones libres respecto a su riesgo de disolución. Poco más de 10% de las uniones libres ha terminado en separación durante el primer año de duración. En cambio, a los

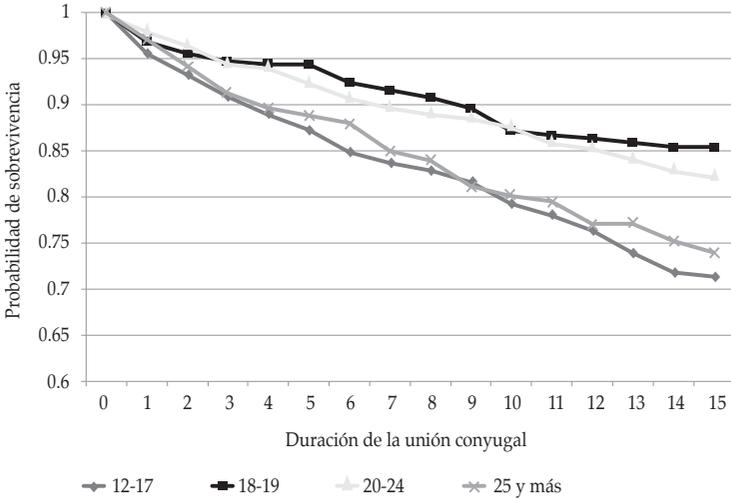
matrimonios les toma 11 años llegar a tal magnitud de disolución. También observamos que la pendiente de la curva de sobrevivencia de las uniones libres es sumamente empinada durante los primeros tres años de duración y de ello resulta que a los 4 años ya casi se han extinguido 25% de las uniones libres. Pese a que la pendiente disminuye un poco a partir de esa duración, y más aún a partir de los 7 años, la disolución de las uniones libres continúa de modo que, al final de nuestro periodo de observación, cerca de la mitad de éstas (46%) han terminado por una separación conyugal. Lo anterior contrasta mucho con lo sucedido en los matrimonios, ya que 85% de éstos sobrevive al final de nuestro periodo de observación.

Respecto a la edad a la primera unión, una investigación previa había reportado su relación inversa con el riesgo de disolución, de modo que a mayor edad a la unión menor el riesgo. Nosotros observamos que tanto las que se unen antes de los 18 años como las que lo hacen después de los 24 años experimentan con mayor frecuencia la disolución de su unión conyugal en comparación con las que lo hacen entre los 18 y los 24 años (véase gráfica 7.3). Así, vemos que 15% de las mujeres que se unieron antes de los 18 años ya habían experimentado la disolución de su unión a los 6 años de duración, y las que lo hicieron después de los 24 lo hicieron a los 7 años; mientras que las unidas entre los 18 a 24 años lo hicieron al menos 5 años más tarde. Sólo entre las mujeres que se unieron temprano o tarde se alcanza 25% de extinción de las uniones, lo cual ocurre a los 12.5 y a los 14 años de duración de la unión, respectivamente. De este modo, los datos analizados sugieren que la relación entre la edad a la unión y el riesgo de disolución es curvilínea.

En la gráfica 7.4 observamos que la relación entre el nivel educativo de la mujer y el riesgo de disolución de su unión conyugal parece no tener una relación positiva. Más bien, las mujeres con secundaria son las que tienen el mayor riesgo de disolución y son las únicas que alcanzan 25% de ocurrencia del evento. Entre las mujeres de los otros tres grupos educativos sólo se disuelve 20% de las uniones al final de nuestro periodo de observación. La gráfica también sugiere que las mujeres con preparatoria son las

que menos experimentan la disolución entre los 5 y los 9 años de duración. Sin embargo, al considerar todo nuestro periodo de observación, las curvas de supervivencia por nivel educativo no son estadísticamente distintas. Esto sugiere que, en nuestra muestra, no se observan diferencias educativas en la disolución de uniones.

Gráfica 7.3. Probabilidad de supervivencia de las uniones conyugales según su duración por grupo de edad a la unión: mujeres



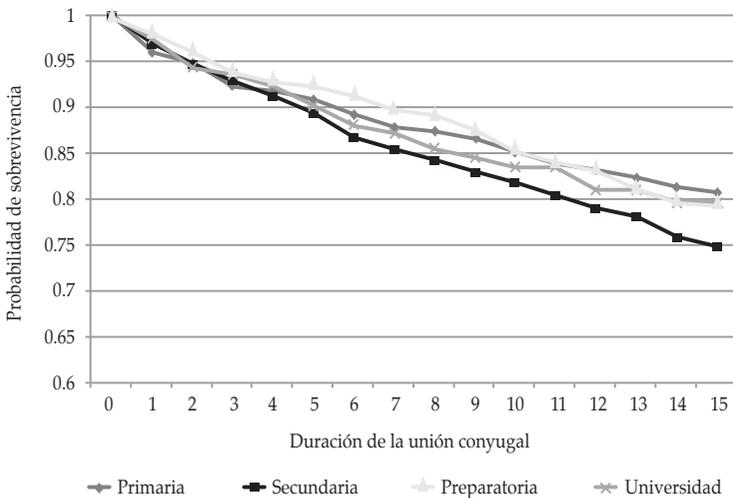
Fuente: EDER (2011), mujeres con primera unión (N = 1274).

En resumen, observamos un importante incremento entre las cohortes en la disolución de uniones. Al mismo tiempo, notamos que las uniones libres continúan teniendo mucho mayor riesgo de disolución en comparación con los matrimonios. Asimismo, las uniones que comienzan a edades demasiado tempranas o a partir de los 25 años experimentan más la disolución que las que ocurren entre los 18 y los 24 años.

En el cuadro 7.2 presentamos los coeficientes estimados resultantes de los modelos de supervivencia. El modelo 1 confirma que las mujeres de las cohortes intermedia y joven tienen mayor riesgo de disolución que las de la cohorte avanzada: a cada duración,

el riesgo es 35% y 2.6 veces mayor, respectivamente. Ahora nos preguntamos si dicho aumento se debe al incremento de la unión libre entre las cohortes, es decir, al cambio en la composición de las cohortes por tipo de unión. Al introducir la variable tipo de unión en el modelo 2, observamos que una vez controlado el tipo de unión, no existe suficiente evidencia estadística que indique diferencias entre la cohorte avanzada e intermedia en su riesgo de disolución.⁴ Sin embargo, éste no es el caso para la cohorte joven: aun controlado el tipo de unión, las mujeres nacidas a finales de la década de 1970 tienen 85% mayor riesgo de terminar su unión por divorcio o separación que sus similares nacidas a principios de la de 1950. Respecto al tipo de unión, las uniones libres tienen un riesgo de disolución 3.5 veces mayor que los matrimonios.

Gráfica 7.4. Probabilidad de sobrevivencia de las uniones conyugales según su duración por nivel educativo: mujeres



Fuente: EDER (2011), mujeres con primera unión (N = 1274).

⁴ Solís y Ferraris (2014) observan un sistemático aumento en el riesgo de disolución de las uniones formadas entre 1985 y 2004, tendencia que persiste

No se observan mayores cambios en los coeficientes de cohortes o tipo de unión al introducir la edad a la unión en el modelo 3, donde vemos que las mujeres que se unen antes de los 18 o después de los 24 años tienen, respectivamente, 59 y 74% mayor riesgo de disolución en comparación con las que se unieron entre los 18 y los 24 años. El modelo 4 sugiere que a mayor número de hijos menor el riesgo de disolución: comparadas con las mujeres con un hijo, las que tienen dos hijos presentan un riesgo de divorcio o separación 31% menor y las que tienen tres, 43% menor.

El modelo 5 incluye las variables de educación al momento de la primera unión y el estatus laboral como variable cambiante en el tiempo. Aquí vemos que a mayor nivel educativo, menor el riesgo de disolución de la unión conyugal. Las mujeres con preparatoria y universidad tienen riesgos de disolución que son 28 y 43% menores, respectivamente, que el de las mujeres con secundaria.⁵ En cuanto a la condición de empleo, observamos que las mujeres que

aun controlado el tipo de unión, el nivel de escolaridad, el número de hijos y la edad a la unión. Asimismo, Pérez Amador (2008 y 2013) observa la tendencia entre cohortes de nacimiento, así como su persistencia al controlar por la escolaridad, la paridad y el tamaño de la localidad de residencia. Estos resultados parecen contradecir los aquí encontrados; sin embargo, estos tres estudios utilizaron la Enadid, que es representativa a nivel nacional y que, aun cuando tiene la ventaja de contar con historia de uniones, no deja de ser de corte transversal. Por su parte, la EDER nos ofrece la ventaja de ser completamente de corte longitudinal, sin embargo, sólo es representativa de las zonas urbanas del país. Esto, aunado al hecho de que los modelos son especificados de manera diferente, no sólo respecto a las variables de control incluidas, sino también, respecto al ajuste de la función de riesgo (el supuesto que la decisión conlleva) hace que los resultados de dichos estudios no sean estrictamente comparables.

⁵ Este resultado, de confirmarse en estudios posteriores, marcaría un cambio en la relación entre el nivel educativo y el riesgo de disolución conyugal en México. En la mayoría de los estudios sobre México revisados en apartados anteriores, la relación entre educación y disolución resultó ser positiva (e.g., Pérez Amador, 2008, 2013; Solís y Ferraris, 2014). En general, estos estudios no incluyen el estatus laboral de las mujeres, el cual en otros contextos se ha visto como mediador del efecto de la educación sobre el riesgo de disolución (e.g., Park y Raymo, 2013; Schwartz y Han, 2014), por lo que (aunado a lo explicado en la nota) los estudios no son estrictamente comparables.

no trabajan, y las que trabajan por cuenta propia o son trabajadoras familiares sin pago, tienen riesgos de disolución que son 60 y 66% menores, respectivamente, que el de mujeres con trabajo asalariado o patronas. Así, vemos que la relación entre la educación y el riesgo de separación o divorcio es inversa o negativa, mientras que la relación entre estatus en el empleo y riesgo de disolución es positiva.

Considerando todas las variables en el modelo 6, confirmamos que las mujeres de la cohorte joven, las que viven en unión libre, las que se unieron antes de los 18 o después de los 24 años, las que tienen menos hijos y las que tienen trabajo asalariado son más propensas a terminar su unión conyugal por separación o divorcio, en comparación con las mujeres de características opuestas.⁶

Ahora nos preguntamos si el efecto de estas variables sobre el riesgo de disolución ha cambiado entre las cohortes. Consideramos esta pregunta válida dado que entre éstas se han dado importantes cambios, tanto en los niveles de fecundidad y el tipo de unión conyugal como en la expansión educativa y el incremento de la participación femenina en el mercado laboral. Para responder a esta interrogante, estimamos cinco modelos, cada uno incluye la variable cohorte y la variable en cuestión además de la interacción entre ellas, obteniendo únicamente evidencia de cambio entre las cohortes en el efecto del número de hijos sobre el riesgo de disolución. El efecto negativo del número de hijos es menor, aunque aún negativo y significativo, en la cohorte joven en comparación con la cohorte avanzada. Esto sugiere que si bien a mayor número de hijos menor riesgo de disolución, esta relación ha perdido fuerza con el tiempo.

⁶ Tomando ventaja de la batería de preguntas sobre los orígenes sociales que fue incluida en la EDER, consideramos otro modelo intermedio en el que además del nivel educativo al momento de la unión y el estatus laboral de la mujer incluimos también el Índice de Orígenes Sociales (IOS) diseñado por Solís (véase la introducción de este libro). La inclusión de esta variable no presentó una mejoría respecto al modelo sin ella; nuestra interpretación al respecto es que el origen social de las mujeres posiblemente opera sobre el riesgo de divorcio y separación en una etapa más temprana del curso de vida por medio del nivel educativo alcanzado y el tipo de entrada en unión conyugal (matrimonio *versus* unión libre), pero esta interpretación queda abierta para futuras investigaciones.

Cuadro 7.2. Coeficientes de variables sociodemográficas seleccionadas en la ocurrencia de la disolución de la primera unión conyugal

Variable	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3	Modelo 4	Modelo 5	Modelo 6
Cohorte (referencia: 1953-1955)						
1966-1968	0.303+	0.200	0.178	0.125		0.111
1978-1980	0.814***	0.614**	0.662**	0.588**		0.560*
Tipo de unión (<i>tu</i>) (referencia: matrimonio)						
Unión libre		1.263***	1.213***	1.232***		1.207***
Edad a la unión (referencia: 18-24)						
12-17			0.467**	0.520***		0.646***
25+			0.552**	0.523**		0.441*
Número de hijos (referencia: 1)						
0				-0.310		-0.368
2				-0.377*		-0.351*
3+				-0.558**		-0.473*

Nivel educativo (referencia secundaria)						
Primaria o menos					-0.107	0.039
Preparatoria					-0.332+	0.007
Universidad					-0.566*	-0.473*
Trabajo (referencia trabajo asalariado)						
No trabaja					-0.921***	-0.874***
Cuenta propia					-1.085***	-0.999**
Duración (<i>linear spline</i>)						
0-3	0.172*	0.213*	0.224*	0.243*	0.223*	0.263**
3-15	-0.028	-0.014	-0.012	0.012	-0.040*	0.010
Constante	-4.912***	-5.361***	-5.622***	-5.429***	-3.891***	-4.966***
Años persona vividos	16329	16329	16329	16329	16329	16329
Número de eventos	241	241	241	241	241	241
df	5	6	8	11	8	16
Log likelihood	-1239.304	-1198.253	-1190.891	-1186.803	-1227.947	-1166.326
BIC	2527.11	2454.71	2459.387	2480.314	2533.5	2487.864

+ $p < .10$, * $p < 0.5$, ** $p < 0.01$, *** $p < .001$.

Fuente: EDER (2011), mujeres con primera unión (N = 1274).

En resumen, encontramos mayor propensión a la separación y el divorcio entre las cohortes, pero el aumento ocurrido entre la cohorte avanzada y la intermedia parece deberse al aumento en la unión libre entre estas dos cohortes. El aumento que sufrió la cohorte más joven sólo se explica en una pequeña parte por el aumento de la unión libre, es decir, hay otros aspectos que caracterizan a la cohorte joven, más allá de su mayor prevalencia de unión libre, que la han hecho más propensa a la disolución de sus uniones conyugales. Una vez controlando todas las variables definidas en nuestro estudio, las uniones libres tienen tres veces mayor riesgo de disolución que los matrimonios, hecho que confirma las tendencias observadas por estudios anteriores. Encontramos continuidad entre las cohortes en los efectos sobre la disolución de todas menos una de las variables analizadas, es decir, las características que hacen a una mujer más o menos propensa a terminar su unión conyugal voluntariamente se han mantenido entre las cohortes, a pesar de los cambios demográficos y socioeconómicos que han experimentado. El efecto protector del número de hijos, aunque continúa entre las cohortes, ha disminuido en la cohorte más joven.

DISCUSIÓN Y CONCLUSIONES

Los resultados de nuestro análisis nos sugieren la tendencia creciente de la disolución por separación o divorcio de las primeras uniones conyugales en México, con el agravante de que están ocurriendo a duraciones de unión cada vez más tempranas. Asimismo, se confirma el que las uniones libres continúan teniendo un riesgo notablemente mayor de disolución que los matrimonios. El aumento de la disolución conyugal entre las dos cohortes más antiguas parece responder al aumento de la unión libre, pero no así en la cohorte más joven, donde operan otros factores que determinan su mayor riesgo de disolución. Sobre esto el conjunto de hallazgos de este estudio nos permite visualizar interesantes aspectos que a continuación se señalan.

Respecto al impacto de los factores individuales considerados, que en el pasado mostraron incidir de manera significativa en el

riesgo de la disolución conyugal voluntaria, se encontraron continuidades importantes pero también interesantes cambios. A saber, entre las características demográficas, la edad de la mujer a la primera unión continúa siendo un importante factor predictivo, pero a diferencia de lo observado en el pasado, la relación pasó de ser negativa a curvilínea, ya que son las edades extremas las que conllevan a una mayor probabilidad de divorcio o separación. El número de hijos también sigue teniendo una fuerte relación inversa o negativa con el riesgo de disolución entre las cohortes consideradas, pero al parecer ha perdido fuerza en la cohorte más joven. Por su parte, las características socioeconómicas consideradas mostraron continuidad en sus efectos sobre el riesgo de disolución. Así, la escolaridad sigue teniendo una relación negativa con el riesgo de divorcio o separación, mientras que la condición ocupacional continúa su relación positiva con el riesgo de disolución; esto es de tal modo que la condición de asalariada o de patrona conlleva a un mayor riesgo de disolución que la condición de no trabajar, o bien hacerlo por cuenta propia o en trabajo familiar sin pago.

El conjunto de los resultados obtenidos acerca de las distintas características de las mujeres y de sus uniones señalan un interesante perfil de mayor riesgo de que una primera unión conyugal termine por divorcio o separación. Esto es cuando se trata de mujeres de la cohorte más joven, las que viven en unión libre, las que se unieron antes de los 18 o después de los 24 años de edad, las que tienen menos hijos y las que trabajan a cambio de un salario o son patronas, en comparación con las mujeres que tienen características opuestas.

A la luz de algunos de los aspectos analíticos anteriormente reseñados, los resultados obtenidos nos permiten plantear lo siguiente: el perfil sociodemográfico arriba indicado de las mujeres, cuyas primeras uniones conyugales presentan mayores riesgos de disolución, nos hace pensar que actualmente y en el corto plazo habrá cada vez más mexicanas que se acerquen a dicho perfil y, consecuentemente, sería de esperarse que el riesgo de divorcio o separación de sus primeras uniones continúe en aumento.

Primero, es muy probable que cada vez haya más parejas que elijan establecer una relación de tipo consensual, ya sea como

fase inicial o bien definitiva para formar una familia, o bien en su transición a la vida adulta. Esto en sí mismo conlleva un mayor riesgo de disolución conyugal a pesar de que, según los resultados obtenidos, no constituye el único factor en el aumento de la disolución conyugal entre las parejas más jóvenes. Formar una unión libre se asocia y combina sus efectos con otras variables significativas, como la edad a la unión. Unirse durante la adolescencia es aún una práctica común entre una gran proporción de mexicanas, especialmente entre las unidas de manera consensual. Asimismo, es de esperarse que las unidas a edades más avanzadas también vayan en aumento, en parte como consecuencia de los mayores niveles de escolaridad de las mexicanas y de su mayor participación en los mercados de trabajo antes y después de unirse conyugalmente. Respecto a la ocupación podríamos esperar que cada vez haya más y mejores oportunidades de empleo para las mexicanas, lo cual aumentará sus costos de oportunidad y reducirá su dependencia económica respecto de sus parejas, como ha sido encontrado en otros países, esto atenúa las relaciones familiares conyugales, haciendo menos difícil la decisión por parte de ambos miembros de la pareja de disolver lazos conyugales no satisfactorios. En este sentido, también sería de esperarse que siga aumentando la proporción de mujeres con menos hijos y, por lo mismo, que aumentará el número de parejas a las que les fuera menos complicado divorciarse o separarse.

Finalmente, es de esperarse que los niveles de escolaridad continúen ascendiendo entre las generaciones más jóvenes de mexicanos, en especial entre ellas. Esto posiblemente conlleve a una mayor complejidad en la relación de esta variable con el riesgo de divorcio y separación. De tal suerte que conforme esto avance, los costos sociales y económicos del divorcio (por ende, de la separación de hecho) podrían reducirse abriendo una brecha en el comportamiento de la disolución conyugal entre las mujeres menos escolarizadas y las más escolarizadas (hecho observado en este análisis, aunque no de forma contundente: que las más escolarizadas tienen menor riesgo de disolución), como efecto de posibles futuras políticas públicas orientadas a ayudar a los sectores socioeconómicos menos favorecidos, que también

son los menos escolarizados, como ya se observa en la capital del país.

De las tres cohortes de nacimiento analizadas en este estudio, la de las nacidas al final de la década de 1970 es la que comparativamente se acerca más al perfil de mayor riesgo de disolución conyugal arriba indicado. De modo que, tal vez, detrás de ello pudiera estar la explicación del porqué de sus comparativamente mayores niveles de divorcio o separación, así como también sea una ventana hacia el futuro del fenómeno en cuestión. Por ello, es importante que la investigación sobre el tema se enfoque al análisis de otros factores, ya no sólo de tipo individual sino también de tipo contextual y macrosocial que pudieran estar interviniendo en el aumento de la disolución conyugal voluntaria en México hoy en día.

REFERENCIAS

- AMATO, P. R. (2010). "Research on Divorce: Continuing Trends and New Developments", *Journal of Marriage and Family*, vol. 72, núm. 3, pp. 650-666.
- CHERLIN, A. (1992). *Marriage, Divorce and Remarriage*, Cambridge, Harvard University Press.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].
- Encuesta Mexicana de Fecundidad (EMF) (1978). *Primer informe nacional*, México, Secretaría de Programación y Presupuesto.
- Encuesta Nacional Demográfica (END) (1982). *Resultados principales de la encuesta nacional demográfica*, México, Consejo Nacional de Población.
- GONZÁLEZ, S. (2005). "Conflictividad conyugal y separaciones en un municipio rural del centro de México, 1970-2000", ponencia presentada en el Seminario de Nupcialidad, El Colegio de México-CEDUA.
- HÄRKÖNEN, J. y J. DRONKERS (2006). "Stability and Change in the Educational Gradient of Divorce. A Comparison of Seventeen

- Countries", *European Sociological Review*, vol. 22, núm. 5, pp. 501-517.
- KESSELRING, R. G. y D. BREMMER (2006). "Female Income and the Divorce Decision: Evidence from Micro Data", *Applied Economics*, vol. 38, núm. 14, pp. 1605-1616.
- ____ (1986). "Separación y divorcio en México: una perspectiva demográfica", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 1, núm. 2, pp. 227-265.
- ____ (1989). *El curso de vida familiar de las mujeres mexicanas*, Cuernavaca, UNAM-CRIM.
- ____ y E. GONZÁLEZ (2008). "Divorcio y separación conyugal en México en los albores del siglo XXI", *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, pp. 111-145.
- PARK, H. y J. M. RAYMO (2013). "Divorce in Korea: Trends and Educational Differentials", *Journal of Marriage and Family*, vol. 75, pp. 110-126.
- PEBLEY, A. R. y N. GOLDMAN (1986). "Legalization of Consensual Unions in Mexico", *Social Biology*, vol. 33, núms. 3-4, pp. 199-113.
- PÉREZ AMADOR, J. (2008). "Análisis multiestado, multivariado de la formación y disolución de las parejas conyugales en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 23, núm. 3, pp. 481-511.
- ____ (2013). "Understanding the Continuity and Change of Cohabitation in Mexico: Same as Before, or Different Anew?", ponencia presentada en la conferencia XXVII IUSSP, Busan, Corea del Sur.
- SAMUEL, O. y P. SEBILLE (2005). "La nupcialidad en movimiento", en M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.), *Cambio social y demográfico en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, Miguel Ángel Porrúa / El Colef / Tecnológico de Monterrey / Cámara de Diputados, pp. 41-64.
- SCHWARTZ, C. R. y H. HAN (2014). "The Reversal of the Gender Gap in Education and Trends in Marital Dissolution", *American Sociological Review*, vol. 79, núm. 4, pp. 605-629.
- SOLÍS, P. y M. E. MEDINA (1996). "El efecto de la fecundidad sobre la disolución de uniones en México", *Sociológica*, vol. 11, núm. 32, pp. 74-94.

- ____ y S. FERRARIS (2014). "Un nuevo siglo, ¿nuevas pautas de formación y disolución de uniones?", en C. Rabell Romero (coord.), *Los mexicanos: un balance del cambio demográfico*, México, FCE, pp. 269-288.
- SUÁREZ, L. (2004). "Revisión demográfica del divorcio en México", en F. Lozano (coord.), *El amanecer del siglo y la población mexicana*, Cuernavaca, UNAM-CRIM / Somede, pp. 351-370.
- TEACHMAN, J. D. (2002), "Stability Across Cohorts in Divorce Risk Factors", *Demography*, vol. 39, núm. 2, pp. 331-351.

8. LA MIGRACIÓN EN MÉXICO: ¿UNA HISTORIA DE FAMILIA? ¿UN ASUNTO DE GÉNERO?

*Pascal Sebillé**

INTRODUCCIÓN

La historia contemporánea refleja la importancia del papel que ha desempeñado la migración en las transformaciones sociodemográficas de México durante los últimos 70 años. Los grandes flujos migratorios internos han acompañado el rápido proceso de urbanización del país, mientras que la migración internacional hacia Estados Unidos se ha acentuado (Arizpe, 1981; Bustamante, 1997; Corona y Tuirán, 2001; Muñoz, De Oliveira y Stern, 1977; Tuirán y Ávila, 2010; Conapo, 1999; Corona y Luque, 1992), consolidando así los intercambios económicos y demográficos surgidos entre ambos países a finales del siglo XIX. En este contexto, la riqueza de los trabajos sobre las migraciones en México ha permitido sacar a la luz la diversidad de las formas migratorias (circulares, estacionales, de larga duración y de instalación), ya sea que se realicen hacia el campo, hacia las ciudades y las grandes metrópolis, o en dirección a Estados Unidos. También ha revelado, por medio del estudio de las redes migratorias (Zenteno, 2000; Davis, Stecklov y Winters, 2002; Faret, 2003; Tuirán, 2002) y por medio del discernimiento de los factores que explican las migraciones y su impacto sobre las regiones de origen y de llegada (Balán, Browning y Jelin, 1973; Chávez y Lozano, 2000; Garza, 2003; Durán, 1996), la complejidad de los procesos en marcha. Si bien el carácter económico parece predominar, otros factores explicativos influyen en los proyectos migratorios, diferenciando

* Université Paris Ouest Nanterre La Défense. Cresppa-CNRS. La traducción la realizó José I. Arreola.

do a los migrantes que se marchan, fundamentalmente atraídos por las nuevas condiciones ofrecidas en los lugares de llegada, de aquellos que dejan su lugar de origen, principalmente empujados por las condiciones de vida difíciles. La migración se presenta, entonces, como un juego de oportunidades y obstáculos. Como lo veremos más adelante, la literatura versada en el tema revela que la familia desempeña un papel preponderante en el proceso de realización de la migración, tanto de hombres como de mujeres. Por consiguiente, en este capítulo pretendo sondear las evoluciones de las experiencias migratorias de las generaciones de los últimos 50 años. ¿Las trayectorias migratorias de los hombres y de las mujeres han cambiado? ¿La importancia de la familia, las condiciones en que se realiza la migración y la incidencia de ésta en la historia de vida de hombres y mujeres se han modificado?

Este capítulo aporta un punto de vista innovador acerca de las dinámicas migratorias y familiares en México, a partir del análisis de biografías individuales y de las trayectorias residenciales y familiares de diversas generaciones encuestadas en 2011 en las 32 áreas urbanas más grandes del país. El interés radica en la oportunidad que se nos presenta de confrontar las trayectorias migratorias, profesionales y familiares entre sí, con el fin de poder discernir el lugar que ocupa la migración en las historias individuales y familiares.

Tres partes en este capítulo nos permitirán responder a las interrogantes recientemente planteadas. En la primera parte me abocaré a resaltar, con base en la literatura y los trabajos anteriores sobre la migración en México, la importancia del análisis cruzado de la migración y de las dinámicas familiares. Sondaré el lugar que ocupa la migración en la historia de vida de los individuos y el interés de abordar las experiencias migratorias por medio de los roles y los estatus de hombres y mujeres en la familia. En la segunda parte, me apoyaré en el análisis de las trayectorias residenciales de tres grupos de generaciones entrevistadas por la Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011 (EDER-2011), para poner de relieve la diversidad y complejidad de las experiencias migratorias de hombres y mujeres. Si bien puede parecer obvio

que dichas experiencias varíen de acuerdo con las generaciones y los orígenes sociales y geográficos, cabe interrogarse acerca de la heterogeneidad de las trayectorias entre hombres y mujeres. Finalmente, en la tercera parte, realizo un análisis cruzado de las trayectorias migratorias y familiares con el afán de identificar dinámicas migratorias diferentes entre hombres y mujeres. Se concederá atención particular a las condiciones en que se lleva a cabo la migración y a los ajustes familiares que puedan surgir a partir de ésta. ¿En qué momentos de la historia de vida y de la formación familiar de hombres y mujeres ocurre la migración?, ¿durante la infancia, en la adolescencia, o en edad adulta?, ¿tiene lugar mientras las personas están solteras o en pareja, en las primeras etapas de la formación de la familia, o bien más tarde, después del nacimiento de los hijos? Finalmente, ¿la migración propicia la conservación de las relaciones de coresidencia entre los miembros de la familia, o bien, por el contrario, una modificación de la organización familiar?

Lejos de establecer un retrato homogéneo de la migración a lo largo de las generaciones, los resultados de este trabajo permitirán mostrar los modos en que la migración puede ser un asunto “con” la familia y “en función” de la familia, pero con manifestaciones a veces variables de las interacciones entre la migración y la familia, según se trate de hombres o mujeres.

MIGRACIÓN Y FAMILIA: UNA RELACIÓN ESTRECHA

La literatura sobre las migraciones en México refleja una larga historia ligada a las transformaciones socioeconómicas del país. Asimismo, con frecuencia se ha interpretado la migración en función de los grandes movimientos migratorios y de los desequilibrios económicos estructurales que conlleva el tránsito de una sociedad rural y agrícola a una sociedad urbana, abocada a la industria y al comercio. En este contexto, las relaciones entre familia y migración han sido constantemente abordadas.

*El lugar que ocupa la migración
en las biografías de hombres y mujeres*

Se pueden hallar varias razones que justifican indagar en la relación entre migración y familia. La primera atañe a la lógica familiar, principalmente económica, que de manera más frecuente se asocia a la migración. La decisión de migrar no concierne sólo al migrante potencial (Mincer, 1978), sino que es el resultado de un proyecto colectivo en el que uno de los miembros de la familia puede partir como migrante o ser enviado fuera del lugar de origen de la familia en búsqueda de recursos económicos, sociales o educativos; mientras los otros miembros de la familia permanecen en el punto de origen. De tales contextos emanan una organización y ciertas estrategias familiares en torno a la migración, la cual toma entonces la forma de una búsqueda familiar que en muchos de los casos requiere un apoyo y una inversión por parte de los miembros de la familia. Inevitablemente uno se tropieza con situaciones de migración en las que la decisión y el proyecto de movilidad corresponden a los migrantes, pero los papeles de apoyo y de institución (Guilmoto y Sandron, 2000) que desempeña la familia en la realización de los proyectos migratorios conducen, la mayoría de las veces, a hacer de la migración un asunto de familia.

La migración se apoya en un contrato migratorio en el que, a cambio de una ayuda prestada en el momento de partir, se esperan los beneficios financieros por medio de transferencias de dinero que se gana en el lugar de llegada. Si bien la ayuda inicial atenúa los riesgos y las incertidumbres (Massey *et al.*, 1993; Stark y Levhari, 1982; Trigueros y Rodríguez, 1988; Mestries, 1998), la economía y el sustento de la familia pueden pasar a depender del envío de estas remesas, para hacer frente a las necesidades cotidianas o para respaldar un proyecto de inversión familiar en el lugar de origen (Torrado, 1981; Quesnel y Del Rey, 2005). La segunda razón que nos induce a considerar el lugar que ocupa la familia en la migración se relaciona con el proceso de selectividad asociado a la movilidad. En contextos donde las condiciones de la migración están relacionadas con una lógica familiar, opera una selectividad que deja entrever perfiles de migrantes diferenciados por la edad,

el género y la etapa en la historia de vida familiar (Courgeau y Lelièvre, 2003). La migración se inscribe en las trayectorias familiares y en las biografías individuales de los migrantes. La edad, el estatus familiar y las etapas del proceso de formación de la familia se vuelven determinantes. La migración puede ocurrir en etapas diferentes de la historia de vida: muy joven acompañando a los padres, al inicio de la edad adulta como soltero, mientras no existe ningún freno familiar que obstaculice el proyecto de migrar, o bien más tarde, cuando la formación de una familia se ha iniciado, después de la unión conyugal y de la llegada de los hijos. En este último caso, la migración puede estar motivada por la búsqueda de recursos económicos complementarios para la familia o por nuevas perspectivas económicas, sociales o educativas. Se aprecia toda la importancia que cobran los estatutos conyugales y las diferentes etapas del ciclo familiar en el proceso de selectividad migratoria y en las formas de migración (Durán, 1994; Massey *et al.*, 1991). Por ejemplo, la ausencia de proyectos familiares o pasar por una ruptura familiar pueden favorecer la migración, mientras que la unión conyugal y el nacimiento de los hijos pueden convertirse por igual tanto en un obstáculo como en un factor para la movilidad (Palma, 2004).

Finalmente, la tercera razón que justifica sondear el lugar que ocupa la familia en la migración se deriva de las relaciones presentes al interior de las familias entre las generaciones y entre hombres y mujeres, en caso de ocurrir la migración. En primer lugar, la lógica migratoria de la familia puede arrojar luz sobre la organización dentro del parentesco, entre padres e hijos, pero también dentro de la relación entre hermanos, y más ampliamente dentro del conjunto de la familia (abuelos, tíos, etcétera). No es extraño que la familia se movilice para paliar la ausencia de un migrante, ya sea contribuyendo a la organización económica del hogar, afectado por la salida de un pariente o de los jóvenes solteros, ya sea asumiendo ciertas responsabilidades familiares, como la educación de los hijos o ciertos cuidados dispensados a los parientes de mayor edad. Todos estos ajustes revelan la existencia de verdaderas estrategias familiares que hacen de la migración “un asunto de familia”. En segundo término, más allá de las relaciones

al interior de la familia, la migración revela proyectos y prácticas migratorias que varían entre hombres y mujeres. Ciertamente, la cuota de mujeres que contribuyen a la migración no deja de crecer. Las experiencias migratorias de las mujeres solteras, pero también de las madres, hacia los grandes polos económicos, como los de la frontera norte o Estados Unidos, al igual que las razones que conducen a todas estas mujeres a migrar, para reunirse con el cónyuge o los hijos, para buscar un empleo o, de forma más reciente, para partir “a la aventura” (Hondagneu-Sotelo, 1994), son cada vez más numerosas. No obstante, aún estamos lejos de observar comportamientos masculinos y femeninos similares. Perduran fuertes resistencias, entre las que se hallan los roles y los estatus de hombres y de mujeres diferenciados al interior de la familia y la sociedad (Hondagneu-Sotelo, 1992; Woo, 2007; Perraudin, 2014). Las migraciones femeninas siguen siendo, en la mayoría de los casos, migraciones por razones familiares y comúnmente bajo la autoridad de hombres de la familia, ya sean cónyuges, hermanos, padres o tíos (París y Peláez, 2014). La presión familiar se hace patente de forma muy marcada y se manifiesta incluso cuando la migración no involucra a las mujeres de forma directa. No es extraño que, con la partida de los cónyuges o de los hermanos, las mujeres se muden al domicilio de los suegros o se vean obligadas a asumir el cuidado de los hijos y de las personas mayores de la familia (Arias, 2012).

Trayectorias biográficas y migración en la EDER-2011

Consecuentemente, el objetivo consiste en discernir la relación entre migración y familia, prestando particular atención a las relaciones entre los miembros de la familia así como entre hombres y mujeres. El enfoque por medio del estudio de biografías aquí propuesto trae consigo dos contribuciones principales. La primera es la posibilidad de observar la diversidad de trayectorias migratorias de generaciones nacidas a partir de la década de 1950 que residen actualmente en ciudades. La segunda contribución consiste en permitir, a partir de las biografías, el análisis de las

condiciones de realización de la migración: la edad y el momento en que acontece la migración, considerando las trayectorias biográfica, profesional y familiar. Tal enfoque permite discernir mejor los momentos de la migración en la historia de vida de hombres y mujeres.

Inevitablemente, el trabajo aquí presentado se basa en un concepto de *migración* cercano al que propuso Louis Henry, según el cual es “un conjunto de desplazamientos que tienen como consecuencia transferir la residencia de los interesados de un cierto lugar de origen, o lugar de salida, a cierto lugar de destino, o lugar de llegada” (Henry, 1981: 105). Por ende, el lugar de residencia, lugar en donde el individuo “tiene la costumbre de habitar” (Henry, 1981: 51), constituye la unidad de observación del desplazamiento. El espacio de movilidad y el tiempo en que se inscribe esta movilidad pueden presentar múltiples modalidades y conducir a varias definiciones de la migración (Courgeau, 1988). Por estas razones, cabe precisar aquí el sentido de los términos. Mediante la EDER-2011, el concepto “migración” se basa en dos componentes. El primero es la unidad de residencia establecida por la localidad, poblado o ciudad, donde reside habitualmente el encuestado, sin tomar en cuenta posibles multi-residencias. Cualquier cambio de residencia que implica un desplazamiento desde una localidad a otra (poblado o ciudad) puede ser considerado una migración. El segundo componente en la definición de migración es el tiempo transcurrido entre dos cambios de los lugares de residencia. Se consideró la unidad temporal anual. De este modo, cualquier cambio de localidad de residencia seguido por una estancia de al menos un año en el lugar de llegada es considerado como migración. Si bien la definición de la migración en el marco de la EDER-2011 deja de lado una parte de la movilidad temporal, compuesta por cortos desplazamientos o migraciones estacionales, en cambio permite registrar, mediante las biografías, el conjunto de las migraciones internas e internacionales que contribuyeron y contribuyen aún a la elaboración de las trayectorias migratorias de hombres y mujeres de las generaciones estudiadas.

DIVERSIDAD DE LAS EXPERIENCIAS
MIGRATORIAS DE HOMBRES Y MUJERES

Si bien en la actualidad la población mexicana es principalmente urbana, su historia está marcada por la existencia de trayectorias sociales, económicas y migratorias muy variadas en las que concurren sedentarios urbanos, nacidos en la ciudad y sin experiencia alguna de migración; migrantes originarios de zonas rurales que llegaron a instalarse en la ciudad directamente o después de varios episodios migratorios; o bien migrantes rurales o urbanos que fueron a vivir algún tiempo en el extranjero.¹ Tanto la diversidad y la complejidad de las trayectorias migratorias como las condiciones de su realización a lo largo de la historia de vida, acaban veladas por el análisis transversal de encuestas o de censos que sólo permiten evaluar en un momento determinado o durante un periodo muy corto la movilidad de la población. El análisis de las trayectorias migratorias de tres grupos de generaciones de ciudadanos en la EDER-2011 revela con precisión los cambios sociodemográficos en los que han participado dichas generaciones. De este modo, los hombres y las mujeres nacidos a principios de la década de 1950 (1951-1953) son los más numerosos en haber migrado (73%, frente a 59 y 43%, respectivamente, para las generaciones 1966-1968 y 1978-1980). El mayor contingente de migrantes entre las generaciones de mayor edad se explica en parte por su edad avanzada en el momento de la encuesta pero, sobre todo, porque muchos de estos hombres y mujeres experimentaron migraciones desde zonas rurales hacia las metrópolis, a veces con una etapa intermedia en ciudades de importancia media:² para 2011, 58% de

¹ A lo largo del capítulo, entenderemos por “sedentario” cualquier persona que no ha vivido ninguna migración (con una duración mayor o igual al año) desde su nacimiento, y por “migrante” cualquier persona que ha experimentado al menos una migración en el curso de su vida.

² Se prestó especial atención al tratamiento de los datos con respecto a los itinerarios residenciales de los encuestados. Se distinguen las comunidades rurales y las ciudades de menos de 15000 habitantes, las localidades urbanas intermedias (entre 15000 y menos de 100000 habitantes) y las metrópolis (100000 o más). Los tamaños de las localidades coinciden con los de los pe-

los migrantes de estas generaciones habían dejado una zona rural para avecindarse en una metrópoli (47 y 36%, respectivamente, para las generaciones 1966-1968 y 1978-1980).

Trayectorias residenciales, generaciones y experiencias sociales

Una de las aportaciones de la EDER-2011 es haber permitido, gracias a la recolección de secuencias residenciales de edad por edad, un análisis fino de las trayectorias migratorias de los encuestados. Lejos de una visión estática que califica las historias migratorias por medio de los datos únicos de nacimiento y de residencia en 2011 (Sebille, 2014),³ el estudio de las secuencias residenciales permite identificar la naturaleza y la composición de los itinerarios, poniendo en relieve el conjunto de los episodios realizados.⁴

A lo largo de las generaciones, se observa (gráfica 8.1) el crecimiento de las trayectorias metropolitanas sedentarias (trayectorias exclusivamente en violeta: M), pero dos lecciones se derivan de la observación de estas trayectorias residenciales. La primera revela la precocidad en que ocurre la migración. Muchos hombres y mujeres de las generaciones 1951-1953 y 1966-1968 cambiaron de lugar de residencia antes de los 30 años, pero esta precocidad del calendario migratorio viene acompañada de una gran variación de edades de realización de dichos cambios residenciales: éstos

riodos de observación (los tamaños de las localidades pueden variar con los años).

³ Un análisis más preciso de los lugares geográficos de nacimiento y de residencia en 2011 se presenta en Sebille (2014).

⁴ Este análisis de secuencias residenciales permite identificar las diferentes trayectorias migratorias dentro de cada generación. Incorpora un trabajo previo realizado a partir de la EDER-2011 (Sebille, 2013). El análisis de las trayectorias migratorias incluye todos los cambios residenciales desde el nacimiento, independientemente de los lugares rurales y urbanos de origen y destino. Como muestra de ello, la migración desde las zonas urbanas y desde las metrópolis hacia las zonas rurales, o la migración entre las comunidades rurales, aunque menos numerosas en la historia de los ciudadanos estudiados en este trabajo, también han sido contempladas.

pueden tener lugar durante la infancia, antes de los 12 años, o más tardíamente, de forma notoria entre 18 y 20 años. En esto es posible distinguir procesos migratorios diferentes que dependen de condiciones de realización diferentes, ya sea como jóvenes adultos, solteros, o bien ya en los primeros años de formación de la familia. Con toda claridad, todas estas historias residenciales, tempranamente iniciadas en la historia de vida de tantos hombres y mujeres, son el reflejo de una gran diversidad de lugares de origen: zonas rurales (secuencias gris-verde: R) o zonas urbanas, ciudades intermedias (secuencias rojas: U) y metrópolis (secuencias violeta: M). Una vez más, las generaciones más antiguas se distinguen en esto por tener lugares de origen en su mayoría rurales (secuencias gris-verde: R), pero la presencia de trayectorias cada vez más complejas entre los migrantes de las jóvenes generaciones demuestra la persistencia de experiencias migratorias heterogéneas.

La segunda lección que revela este análisis de trayectorias residenciales es la complejidad de los itinerarios. Muchas son las trayectorias que se componen de episodios residenciales intermedios en el medio rural (secuencias verdes), en el medio urbano (secuencias rosas) y a veces incluso en el extranjero (secuencias naranjas: Estados Unidos). De hecho se constata que estos últimos episodios realizados en Estados Unidos son cada vez más frecuentes entre las generaciones 1978-1980. Como lo demuestra la literatura sobre la migración a Estados Unidos (Coubès *et al.*, 2014; Ariza y Portes, 2007; Tuirán y Ávila, 2010), resulta cada vez mayor la cantidad de hombres y mujeres de las jóvenes generaciones que tienen la experiencia de residir en ese país, con una duración que se va alargando respecto a las generaciones anteriores.

Asimismo, se constata que las trayectorias residenciales están marcadas socialmente de forma más acentuada en los itinerarios que condujeron a hombres y mujeres del medio rural hacia las metrópolis.⁵ Si bien no hay ninguna sorpresa en ello, considerando el

⁵ Se elaboraron trayectorias modelo partiendo del análisis del cálculo de disimilitudes por medio de emparejamiento óptimo de las secuencias de las trayectorias individuales recolectadas por la EDER-2011. Por comodidad, no presentamos aquí los resultados sino sólo las conclusiones. Se ha instrumen-

origen rural de estos migrantes, se constata que el aporte de los migrantes con orígenes sociales más bajos es preponderante,⁶ lo cual se mantiene igualmente válido cualquiera que sea la generación. En el extremo opuesto de la escala social, se encuentran, por un lado, los sedentarios metropolitanos que desde su infancia han sido socializados en las grandes ciudades y, por otra parte, los migrantes procedentes de zonas rurales o de zonas urbanas que migraron en una etapa muy temprana de su historia de vida. Dichas migraciones precoces con los padres revelan perfiles de migrantes que se distinguen del conjunto de la población de los lugares de origen. Estos migrantes representaban a los “menos rurales” de los residentes de dichos lugares de origen y los más proclives a migrar, principalmente hacia las grandes ciudades. Este análisis confirma el vínculo fuertemente establecido entre las trayectorias residenciales y las características sociales de origen de hombres y mujeres, retomando así los resultados de una gran cantidad de trabajos sobre el carácter socialmente selectivo de la migración en función de los lugares de origen y destino (Pumain, 2003; Réa y Tripier, 2008).

Especificidades de las trayectorias migratorias de hombres y mujeres

¿Se ha observado cómo se podía esperar diferencias entre las trayectorias migratorias de hombres y mujeres? Si bien el análisis de las secuencias residenciales que se ha presentado no revela ninguna diferencia significativa, el estudio detallado que se presenta a continuación revela trayectorias y condiciones de realización de la migración, diferentes entre hombres y mujeres.

tado aquí el Índice de Orígenes Sociales (IOS) desarrollado por Patricio Solís basándose en la EDER-2011. Representa la síntesis de las dimensiones económicas de los hogares, del capital cultural y del estatus laboral de los padres cuando los encuestados tenían 15 años.

⁶ Aquí hemos considerado cuatro categorías de orígenes sociales que representan los cuartiles de distribución de la población dentro de las generaciones, desde las más bajas hasta las más altas.

Los lugares de la migración

En efecto, dos rasgos característicos distinguen a las trayectorias de hombres y mujeres migrantes. En primer lugar, la experiencia de la migración a Estados Unidos se presenta con mucha mayor frecuencia entre los hombres que entre las mujeres. Se han hallado aquí resultados coherentes con la literatura sobre la migración a Estados Unidos y sobre la selectividad de la migración internacional hacia el país vecino (Ariza, 2007; Hondagneu-Sotelo y Cranford, 2006): los hombres siguen siendo mayoría en experimentar dichas migraciones en el extranjero. Incluso la brecha parece progresar en favor de los hombres: mientras que 8% de los hombres migrantes de las generaciones 1951-1953 experimentaron al menos un episodio migratorio a Estados Unidos frente a 5% de mujeres migrantes, estos hombres son 16% en las generaciones 1978-1980 frente a 6% en el caso de las mujeres. En segundo lugar, se constata que las mujeres migrantes son proporcionalmente más numerosas por realizar itinerarios migratorios entre metrópolis, incluso entre zonas rurales y metrópolis, en las generaciones más jóvenes: 43% de las mujeres migrantes de las generaciones 1978-1980 frente a 37% de hombres, migraron entre metrópolis; y 39% de las mujeres migrantes de estas mismas generaciones frente a 33% en el caso de los hombres, dejaron una zona rural para acercarse en una metrópoli. En esto encontramos resultados conocidos de la literatura sobre la selectividad de la migración entre hombres y mujeres.

El número de migraciones

¿Los hombres serían entonces más proclives a experimentar más migraciones que las mujeres? Por supuesto, las historias migratorias de estos hombres y estas mujeres dependen en gran medida de las generaciones a las que pertenecen y de su edad en 2011. Por ende, cabe esperar que el número de migraciones para las generaciones más antiguas sea aún mayor. Los migrantes de las generaciones 1951-1953, en función de su edad más avanzada, se distinguen de los demás grupos de generaciones con un número

promedio de migraciones en 2011 superior al de los migrantes de generaciones más jóvenes (2.3 migraciones en promedio frente a 2.0 y 1.9, respectivamente, para las generaciones 1966-1968 y 1978-1980). Sin embargo, al comparar las trayectorias de los migrantes de estos tres grupos de generaciones, se constata que a la edad de 30 años,⁷ nada permite concluir que existe una intensidad migratoria más fuerte dentro de las trayectorias de las generaciones más antiguas (entre 1.7 y 1.9, el número promedio de migraciones para los tres grupos de generaciones). Finalmente, cuando se esperaba que los itinerarios migratorios de las generaciones más antiguas fuesen más complejos, considerando para la década de 1960 la importancia de las migraciones procedentes de las zonas rurales hacia las ciudades, no ha resultado así. Lo que distingue a los tres grupos de generaciones aquí estudiados es el contingente de población que ha experimentado la migración y, como lo hemos visto, la naturaleza de sus trayectorias residenciales, más que el número de migraciones realizado por cada migrante.

Por otra parte, ¿qué tanto se diferencian las trayectorias migratorias de los hombres y de las mujeres? Cualquiera que sea su generación, los hombres migrantes se distinguen por haber efectuado en 2011 más migraciones en promedio que las mujeres (2.4 migraciones frente a 2.1 para las generaciones 1951-1953, y 2.1 frente a 1.9 para las generaciones 1966-1968). No obstante, se observa una evolución a lo largo de las generaciones: las mujeres migrantes que pertenecen a generaciones jóvenes realizan más migraciones que sus predecesoras. De este modo, a los 30 años, las mujeres de las generaciones 1978-1980 han vivido en promedio 1.8 migraciones (frente a 1.6 y 1.7, respectivamente en el caso de las generaciones 1966-68 y 1951-53). Ciertamente esta alza puede parecer poco significativa, pero revela comportamientos más cercanos a los de los hombres en las generaciones más jóvenes (1.9 migraciones a los 30 años).⁸ Si bien el proceso de selecti-

⁷ Más de tres cuartas partes del total de migraciones tienen lugar entre el nacimiento y la edad de 30 años.

⁸ A diferencia de las generaciones de más edad (1951-1953 y 1966-1968), la diferencia a los 30 años entre los promedios de migraciones de hombres y mujeres parece ser más significativa entre las generaciones 1978-1980.

vidad en el marco de la migración parece seguir operando entre las mujeres, se aprecia con claridad que cuando se involucran en una trayectoria migratoria, su movilidad se parece cada vez más a la de los hombres. La feminización de la migración observada por una gran cantidad de estudios en México (Arroyo, De León y Valenzuela, 1991; Corona, 1994; Szasz, 1993) parece ser tanto el resultado de una proporción mayor de mujeres que contribuyen a la migración como la manifestación de trayectorias migratorias femeninas más ricas.

La edad al momento de migrar

Más allá de la intensidad y la riqueza de las experiencias migratorias, es posible explorar la existencia de calendarios diferentes entre hombres y mujeres, toda vez que las hipótesis inicialmente presentadas parecen apuntar a momentos diferentes de las historias de vida.

Sin sorpresa, la edad promedio al momento de migrar entre las generaciones más antiguas resulta ser ligeramente más elevada (22.6 años), corroborando así migraciones que pudieron haberse realizado a una edad mayor (para las generaciones 1966-1968 y 1978-1980, las edades promedio son 20.3 y 17.7, respectivamente). En cambio, si se compara la edad promedio de las migraciones realizadas entre el nacimiento y la edad de 30 años, se verifica que la temporalidad se ha mantenido a lo largo de las generaciones y que, además, no es significativamente diferente entre hombres y mujeres (entre 16.0 y 17.5 años según la generación); resulta lo mismo para la primera migración. Ninguna diferencia significativa se trasluce del análisis del calendario de la primera migración antes de los 30 años (gráfica 8.2).

Obviamente, estas primeras conclusiones en torno al calendario de migración antes de los 30 años están estrechamente relacionadas con la importancia del lugar que ocupa la migración durante la infancia y al inicio de la historia de vida adulta. En efecto, dichas migraciones constituyen un aporte considerable al conjunto de movimientos residenciales experimentados a lo largo

de la historia de vida. Como ejemplo, tres cuartas partes del total de las migraciones de las generaciones más antiguas ocurrieron antes de los 30 años. Si bien estos primeros resultados revelan pocas diferencias en el calendario de la migración, nos inducen a reconsiderar el papel de las migraciones en edades preadultas en la elaboración de las experiencias migratorias, tanto por el proceso de socialización que se da a estas edades tempranas como por las dinámicas y las lógicas familiares que surgen en estos momentos claves de la historia de vida.

CONTEXTOS MIGRATORIOS Y FAMILIARES DIFERENTES ENTRE HOMBRES Y MUJERES

El análisis cruzado de las trayectorias residenciales, profesionales y familiares permite añadir una visión complementaria a los resultados anteriores y arrojar luz sobre las diferencias entre los contextos de realización de la migración de hombres y mujeres.

Migración, trayectoria laboral y situación familiar

La primera lección revela que la migración de los hombres está más estrechamente relacionada con un cambio de situación laboral. Cuando se observan a detalle las situaciones después de la edad de 15 años durante la migración y durante el año anterior, se constata que, cualquiera que sea su generación, los hombres cambian en mayor proporción (43 a 50%) que las mujeres (23 a 35%) de situación laboral al momento de migrar (tipo de empleo, estatus laboral o sector de actividad). Migración y trayectoria laboral quedan de este modo más estrechamente relacionados entre los hombres. La motivación económica de la migración y la necesidad de asegurarse una nueva actividad laboral resultan aquí más imperativos para los hombres. Asimismo, sólo de manera excepcional, la situación corresponde al tránsito de un periodo sin empleo, en el lugar previo de residencia, a un periodo con empleo en el lugar de llegada. En solamente 10 a 15% de los casos, los hombres pasan

de una situación de desempleo a la de una actividad económica estable,⁹ mientras que las mujeres viven este tipo de situación en la mitad de los casos. Para la tercera parte de ellas, se trata, por cierto, del primer empleo declarado. Por medio de este análisis que asocia migración y actividad laboral, se puede ver que exigencias diferentes afectan a hombres y a mujeres: mientras que ciertas mujeres asocian la migración con una primera etapa laboral, muchos hombres aseguran una continuidad en su historia laboral por medio de la migración.

La segunda lección de este análisis muestra, como cabría suponer, diferentes contextos de realización de la migración y ajustes al interior de la familia entre hombres y mujeres. Durante los primeros años de la historia de vida, cuando la migración tiene lugar antes de los 12 años, ninguna diferencia significativa parece confirmarse. Mientras que estas migraciones precoces representan poco más de un tercio del total de las experiencias migratorias vividas por las generaciones estudiadas,¹⁰ la migración conlleva en más de 70% de los casos, tanto para hombres como para mujeres, un periodo de coresidencia con ambos padres, confirmando así la continuidad de una vida familiar después de la migración.

Solamente después de los 12 años¹¹ aparecen patrones diferentes entre hombres y mujeres. Si bien ya se ha podido constatar que las edades en que tiene lugar la migración no mostraban diferencias significativas, y la edad media al momento de migrar

⁹ Como en el caso de la migración, la EDER-2011 registra los periodos de empleo dentro de la misma actividad con una duración mínima de un año en forma continua.

¹⁰ La proporción de migración antes de los 12 años no difiere significativamente entre los grupos de generaciones. Estas migraciones representan entre 36 y 37% del total de migraciones experimentadas por los hombres y las mujeres encuestados.

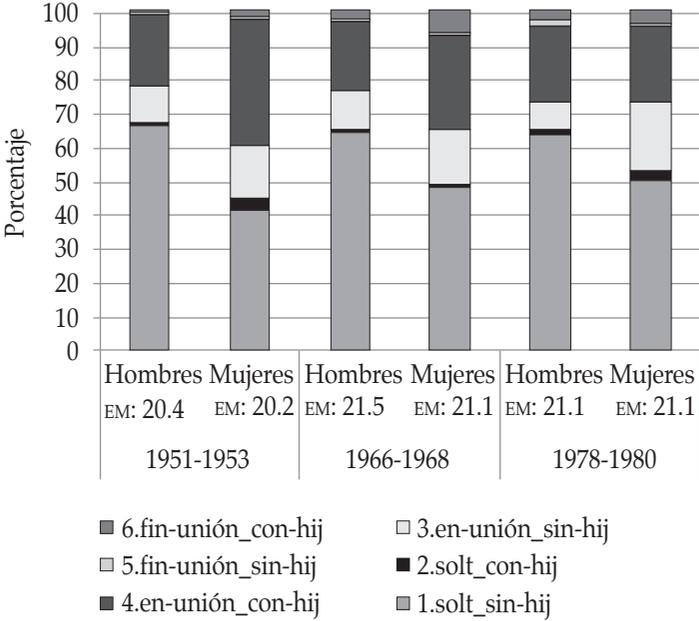
¹¹ Para poder estudiar los cambios entre las generaciones, de las condiciones en que se realiza la migración después de los 12 años, hemos centrado nuestro análisis en las migraciones ocurridas durante una misma etapa de la historia de vida: entre 12 y 30 años, periodo que concentra la mayor cantidad de las migraciones.

entre 12 y 30 años lo confirma nuevamente (EM: gráfica 8.2), las situaciones familiares masculinas y femeninas presentan diferencias. En primer lugar, se presentan matices en el lugar que ocupan muchas migraciones en el ciclo de vida familiar. Las migraciones femeninas ocurren con mayor frecuencia cuando las mujeres han iniciado el proceso de formación familiar, verificando de este modo su menor propensión a migrar como solteras y sin hijos. Tales migraciones como solteras representan, en efecto, entre 40 y 50% de las migraciones femeninas frente a aproximadamente 65% de las migraciones masculinas. Evidentemente, la edad más precoz de las mujeres al momento de iniciar la formación de sus familias contribuye a que las migraciones vividas a la misma edad entre hombres y mujeres se manifiesten, en el caso de estas últimas, después de la primera unión.

¿Se observan otras diferencias? Si se estudian las condiciones de realización de la migración y los ajustes familiares que pueden presentarse cuando interviene la migración después del inicio de la formación de la familia, se constata que la migración de hombres y mujeres no revela, en la mayoría de los casos, ninguna ruptura familiar, ya que entre 92 y 97% de los casos, padres e hijos continúan su vida familiar cohabitando después de la migración. Si bien este resultado muestra cierta homogeneidad de los comportamientos migratorios "en familia", deja de lado la heterogeneidad que se observa en las modalidades de ciertas migraciones, de forma notoria en las primeras etapas de la historia conyugal. De este modo, sobre todo, se verifica esto entre las generaciones más antiguas, la migración de las mujeres tiene lugar con mayor frecuencia al inicio de la vida en pareja, cuando la migración corresponde al inicio de la coresidencia con el cónyuge, lo cual no es sorpresa tratándose de generaciones cuya historia conyugal se inició, en la mayoría de los casos, en el medio rural, donde al momento de entrar en unión, la migración de las mujeres hacia el poblado del cónyuge era frecuente y la virilocalidad era una práctica común (Hondagneu-Sotelo, 1992; Mummert, 1999). Por lo tanto, es significativo observar, para el caso de las mujeres, la existencia de una relación estrecha con los suegros cuando se presenta la migración. En efecto, en una proporción entre 10 y 13%

de los casos de migraciones femeninas ocurridas entre los 12 y 30 años, las mujeres comenzaron o continuaron un periodo de vida en común con sus suegros.

Gráfica 8.2. Situación familiar en el momento de la migración y edad promedio en el momento de la migración (EM) entre 12 y 30 años



Nota: se representan aqu3 los estatus familiares para las migraciones ocurridas entre los 12 y 30 a3os: solt = soltero; sin-hij = antes del nacimiento de los hijos; con-hij = despu3 del nacimiento de los hijos; en-uni3n = en pareja (uni3n libre, matrimonio); fin-uni3n = sin c3nyuge (separado, divorciado o viudo).

Fuente: EDER (2011).

¿Nuevas historias migratorias para las mujeres?

Podemos ver en qu3 medida los “momentos” y las condiciones de la migraci3n pueden revelar patrones diferentes de migraci3n

entre hombres y mujeres, pero una de las lecciones importantes es, sin duda, un par de cambios entre las generaciones en que las mujeres parecen distinguirse.

El primer cambio es la confirmación entre las mujeres de migraciones realizadas fuera del ciclo familiar, antes de la unión conyugal, pero con una vida de pareja ya comenzada y sin hijos. Este desarrollo se debe en parte a los cambios observados entre las generaciones más jóvenes dentro de la historia familiar de las mujeres. La postergación del momento de la primera unión conyugal reflejada en las edades de las mujeres, así como la prolongación del periodo entre la consolidación de la pareja y el nacimiento del primer hijo ofrecen condiciones favorables para que cada vez más mujeres realicen una migración como solteras y sin hijos. El segundo cambio notable parece ser el distanciamiento relativo de las mujeres respecto a sus familias al ocurrir la migración. Cuando son solteras, de hecho, son cada vez más las que ya no viven, después de la migración, ni con sus padres, ni con otros miembros de su familia, hermanos incluidos. Estas transformaciones reflejan una mayor propensión de las mujeres a migrar como solteras fuera del contexto familiar.

Por supuesto, cabe preguntarse si estos cambios observados en las trayectorias migratorias de las mujeres pueden verse como el inicio de la convergencia entre las condiciones y las modalidades de las migraciones masculinas y femeninas. Ciertamente, se hace patente que las mujeres de las generaciones más jóvenes que están migrando fuera del contexto familiar están en aumento, incluso a pesar de no haber iniciado la formación de una familia, pero ¿es posible concluir que existen cambios reales en los patrones migratorios de las mujeres? Tales conclusiones parecen prematuras mientras la migración siga presentándose, tanto en el caso de hombres como de mujeres, fuertemente inscrita en el proceso de formación familiar. Asimismo, como lo vimos al inicio del capítulo, las trayectorias migratorias de las generaciones aquí estudiadas son complejas y están marcadas por la historia que han experimentado estas generaciones, nacidas después de la década de 1950. Viviendo actualmente en las grandes áreas urbanas y metropolitanas de México, sus trayectorias migratorias, pero también

económicas y sociales, son extremadamente variables, lo cual revela, fuera de toda duda, lógicas migratorias específicas.

CONCLUSIÓN

Los resultados expuestos en este capítulo confirman claramente la existencia de historias migratorias generacionales ligadas al contexto en que se produjeron. Como muestra de ello, el éxodo rural y el atractivo de las grandes metrópolis han marcado de modo diferente las trayectorias de las generaciones más antiguas (1951-1953) y las de aquellas que les sucedieron (1966-1968 y 1978-1980). Pero hemos podido observar, por medio del análisis detallado de las trayectorias migratorias, una gran diversidad de experiencias residenciales, entre sedentarios metropolitanos, migrantes interurbanos o migrantes oriundos de zonas rurales que partieron hacia las metrópolis durante la niñez o de forma más tardía, en la edad adulta. Esta diversidad de itinerarios suele venir acompañada de trayectorias migratorias complejas. Lejos de una percepción esquemática de los itinerarios definidos en función de los lugares únicos de origen y destino, los resultados de este trabajo muestran que una gran cantidad de itinerarios migratorios rurales o urbanos quedan entrecortados por secuencias residenciales, de mayor o menor duración, en el campo, en la ciudad o en el extranjero.

Ahora bien, las dos principales contribuciones de este trabajo son, sin lugar a dudas, el análisis del lugar que ocupa la familia y el análisis del estatus de los hombres y de las mujeres bajo las condiciones en que se realiza la migración a lo largo de la historia de vida. Si bien conocemos la importancia del papel discriminador de los contextos profesionales y familiares en las experiencias migratorias de hombres y mujeres, el estudio de las trayectorias biográficas masculinas y femeninas revela que la edad no constituye por sí misma un criterio de diferenciación. En cambio, las etapas de la historia familiar y matrimonial que van ligadas, confirman la existencia de contextos migratorios diferentes entre hombres y mujeres. Estas últimas son más propensas que los hombres a realizar

su migración en familia, ya sea en algún momento de su historia de vida en los que ya han iniciado una vida en pareja, a veces con hijos, ya sea en un contexto familiar que las ha llevado a compartir su vida con otro miembro de la familia o con parientes políticos a raíz de la migración. Si bien hallamos aquí la hipótesis de una migración femenina menos solitaria y más vinculada con la familia, la tendencia observada a lo largo de las generaciones sugiere el surgimiento de cambios en las condiciones de realización de la migración en el caso de las mujeres. Mientras que las trayectorias educativas y laborales de las mujeres nacidas a partir de la década de 1960 fueron marcadas por una mayor permanencia en los estudios y el generalizado acceso al empleo, la confirmación de migraciones “fuera de la familia” entre las generaciones jóvenes parece ser parte de nuevas lógicas, donde los papeles y los estatus de las mujeres se redefinen. Así, las mujeres de las generaciones jóvenes parecen experimentar, en una proporción cada vez mayor, migraciones “autónomas” fuera del marco familiar.

REFERENCIAS

- ARIAS, P. (2012). “Herencia, familia y migración en el campo mexicano”, *Trace*, núm. 61, pp. 76-90.
- ARIZA, M. (2007). “Itinerario de los estudios de género”, en M. Ariza y A. Portes (coords.), *El país transnacional. Migración mexicana y cambio social a través de la frontera*. México, UNAM-IIS, pp. 453-511.
- ____ y A. PORTES (2007). “La migración internacional de mexicanos: escenarios y desafíos de cara al nuevo siglo”, en M. Ariza y A. Portes (coords.), *El país transnacional. Migración mexicana y cambio social a través de la frontera*, México, UNAM-IIS.
- ARIZPE, L. (1981). “The Rural Exodus in Mexico and Mexican Migration to the United States”, *International Migration Review*, vol. 15, núm. 4, pp. 626-649.
- ____ (1997). “El éxodo rural en México y su relación con la migración a Estados Unidos”, *Estudios Sociológicos*, vol. 1, núm. 1, pp. 9-33.

- ARROYO, J., A. DE LEÓN y M. B. VALENZUELA (1991). *Migración rural hacia Estados Unidos. Un estudio regional en Jalisco, México*, Conaculta.
- BALÁN, J., J. L. BROWNING y E. JELIN (1973). *Men in a Developing Society. Geographic and Social Mobility in Monterrey, Mexico*, Austin, University of Texas Press.
- BUSTAMANTE, J. (1997). *Cruzar la línea. La migración de México a los Estados Unidos*. México, FCE.
- CHÁVEZ, A. M. y A. F. LOZANO (2000). "La migración interna en México en el contexto de la globalización. Algunas reflexiones", en SOMEDE (ed.), *VI Reunión Nacional de Investigación Demográfica en México*, Mexico, SOMEDE, pp. 423-448.
- Consejo Nacional de Población (Conapo) (1999). "Veinticinco años de cambio de la migración interna en México", en Conapo, *La situación demográfica de México*, México, Conapo, pp. 63-71.
- CORONA, R. (1994). "Características de la migración de mexicanos a Estados- Unidos", en F. Alba y G. Cabrera (comps.), *La población en el desarrollo contemporáneo de México*, México, El Colegio de México, pp. 119-146.
- ____ y J. R. LUQUE (1992). "Cambios recientes en los patrones migratorios a la Zona Metropolitana de la Ciudad de México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 7, núms. 2-3, pp. 575-586.
- ____ y R. TUIRÁN (2001). "La migración internacional desde y hacia México", en J. Gómez de León y C. Rabell (coords.), *La población de México. Tendencias y perspectivas sociodemográficas hacia el siglo XXI*, México, Conapo / FCE, pp. 444-484.
- COUBÈS, M.-L. et al. (2014). "Encuesta sobre Migración en la Frontera Norte de México" (EMIF Norte), *Informe anual de resultados 2013*, Tijuana: El Colef.
- COURGEAU, D. (1988). *Méthodes de mesure de la mobilité spatiale: migrations internes, mobilité temporaire, navettes*, París, INED.
- ____ y E. LELIÈVRE (2003). "Les motifs individuels et sociaux des migrations", en G. Caselli, J. Vallin y G. Wunsch (dirs.), *Démographie: analyse et synthèse. Les déterminants de la migration*, vol. IV, París, INED, pp. 147-169.
- DAVIS, B., G. STECKLOV y P. WINTERS (2002). "Domestic and International Migration from Rural Mexico: Disaggregating the

- Effects of Network Structure and Composition”, *Population Studies*, vol. 56, núm. 3, pp. 291-309.
- DURÁN, J. (1994). *Más allá de la línea: patrones migratorios entre México y Estados Unidos*, México, Conaculta.
- ____ (1996). *Migrations mexicaines aux Etats-Unis*, París, CNRS.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].
- FARET, L. (2003). *Les territoires de la mobilité, Migration et communautés transnationales entre le Mexique et les États-Unis*, París, CNRS.
- GARZA, G. (2003). *La urbanización en México en el siglo XX*, México, El Colegio de México.
- GUILMOTO, C. y F. SANDRON (2000). “La dynamique interne des réseaux migratoires dans les pays en développement”, *Population*, núm. 1, pp. 105-135.
- HENRY, L. (1981). *Dictionnaire démographique multilingue*, Lieja, UI-ESP / Ordina.
- HONDAGNEU-SOTELO, P. (1992). “Overcoming Patriarchal Constraints: The Reconstruction of Gender Relations among Mexican Immigrant Women and Men”, *Gender and Society*, vol. 6, núm. 3, pp. 393-415.
- ____ (1994). *Gender Transition. Mexican Experiences of Immigration*, Berkeley, University California Press.
- ____ y C. CRANFORD (2006). “Gender and Migration”, en J. Saltzman Chafetz (ed.), *Handbook of the Sociology of Gender*, Houston, Springer, pp. 105-126.
- MASSEY, D. S., R. ALARCÓN, J. DURÁN y H. GONZÁLEZ (1991). *Los ausentes: El proceso social de la migración internacional en el Occidente de México*, México, Conaculta (Colección Los Noventa) / Alianza Editorial.
- ____, J. ARANGO, G. HUGO, A. KOUAOUCI, A. PELLEGRINO y J. E. TAYLOR (1993). “Theories of International Migrations: A Review and Appraisal”, *Population and Development Review*, vol. 19, núm. 3, pp. 431-466.
- MESTRIES, F. (1998). “Tradición migratoria y organización comunitaria: el caso de Zacatecas”, en R. Zenteno (coord.), *Población*,

- desarrollo y globalización*, Tijuana, SOMEDE / El Colef (Serie Investigación Demográfica en México), pp. 165-185.
- MINCER, J. (1978). "Family Migration Decisions", *Journal of Political Economy*, vol. 86, núm. 5, pp. 749-773.
- MUMMERT, G. (coord.) (1999). *Fronteras fragmentadas*, Zamora, El Colegio de Michoacán / CIDEM.
- MUÑOZ, H., O. DE OLIVEIRA y C. STERN (1977). *Migración y desigualdad social en la ciudad de México*, México, El Colegio de México / UNAM-IIS.
- PALMA, I. S. (2004). *Después de Nuestro Señor, Estados Unidos. Perspectivas de análisis del comportamiento e implicaciones de la migración internacional en Centroamérica*, Guatemala, Flacso.
- PARÍS, M. D. y D. PELÁEZ (2014). "Retrouver le nord: stratégies migratoires de femmes mexicaines renvoyées de force à Tijuana", *Migrations Société*, vol. 46, núms. 153-154, pp. 135-149.
- PERRAUDIN, A. (2014). "Migrar para afianzar las masculinidades. La renegociación de las relaciones de género de la Ciudad de México a los Estados Unidos: el caso de una población indígena", en M. E. Zavala y V. Gómez (coords.), *El género en movimiento: familias y migraciones*, México, El Colegio de México, pp. 333-357.
- PUMAIN, D. (2003). "Le processus d'urbanisation", en G. Caselli, J. Vallin y G. Wunsch (dirs.), *Démographie: analyse et synthèse. Les déterminants de la migration*, vol. IV, París, INED, pp. 101-124.
- QUESNEL, A. y A. DEL REY (2005). "Mobilité, absence de longue durée et relations intergénérationnelles en milieu rural (état du Veracruz, Mexique)", *Cahiers des Amériques latines*, núm. 45, pp. 75-90.
- RÉA, A. y M. TRIPIER (2008). *Sociologie de l'immigration*, París, La Découverte (Coll. Repères).
- SEBILLE, P. (2013). "Regard sur l'histoire de la migration au Mexique. Trajectoires migratoires des générations 1950 à 1980", *Cahiers – Cuadernos* (CEMCA), núm. 3.
- ____ (2014). "La historia migratoria de los residentes urbanos de hoy", *Coyuntura Demográfica*, núm. 6, pp. 51-56.
- STARK, O. y D. LEVHARI (1982), "On Migration and Risk in Less Developed Countries", *Economic Development and Cultural Change*, núm. 31, pp. 191-196.

- SZASZ, I. (1993). *Migración temporal en Malinalco. La agricultura de subsistencia en tiempo de crisis*, México, El Colegio de México / El Colegio Mexiquense.
- TORRADO, S. (1981). "Sobre los conceptos de estrategias familiares de vida y proceso de reproducción de la fuerza de trabajo: notas teórico-metodológicas", *Demografía y Economía*, vol. xv, núm. 2, pp. 204-233.
- TRIGUEROS, P. y J. RODRÍGUEZ (1988). "Migración y vida familiar en Michoacán", en G. López Castro (ed.), *Migración en el occidente de México*, Zamora, El Colegio de Michoacán, pp. 201-221.
- TUIRÁN, R. (2002). *Migración, remesas y desarrollo, situación demográfica de México*, México, Conapo.
- ____ y J. L. ÁVILA (2010). "La migración México-Estados Unidos, 1940-2010", en F. Alba, M. Á. Castillo y G. Verduzco (coords.), *Migraciones internacionales*, México, El Colegio de México, pp. 93-134.
- WOO, O. (2007). "La experiencia migratoria de las mujeres urbanas hacia el Norte". En P. Arias y O. Woo (coords.), *¿Campo o ciudad? Nuevos espacios y formas de vida*, México: Universidad de Guadalajara, pp. 149-167.
- ZENTENO, R. (2000). "Redes migratorias: ¿acceso y oportunidades para los migrantes?", en R. Tuirán (coord.), *Migración México-Estados Unidos. Opciones de política*, México, Conapo, pp. 227-246.

9. CORRESIDENCIA CON LOS PADRES Y BIENESTAR EN LA INFANCIA Y LA ADOLESCENCIA

*Cecilia Rabell**
*Sandra Murillo***

TEMA DE ESTUDIO

Los efectos de la coresidencia de los jóvenes con sus padres biológicos han sido poco estudiados en México, a pesar de su indudable relevancia. Nos proponemos explorar si los cambios en la coresidencia de los hijos con los padres están asociados con la primera salida de la escuela y el ingreso al primer trabajo, controlando otras variables explicativas, entre las cuales se incluyen aquellas que cambian en el tiempo.

Un segundo tema es el análisis de las diferencias por cohorte para así tener una perspectiva histórica y poder contextualizar, en un marco macrosocial, los comportamientos de los niños y jóvenes de cada cohorte.

Las preguntas que nos planteamos son las siguientes: ¿los niños y jóvenes que dejan de coresidir con ambos padres están en mayor riesgo de dejar la escuela o de ingresar antes al mercado laboral que quienes viven con ambos? De ser así, ¿cuándo están en mayor riesgo de experimentar estos eventos? ¿Cómo varía este riesgo según la cohorte analizada y ciertas características de los jóvenes? Cuando decimos “dejan de coresidir con ambos padres” nos referimos al hecho de que ya no vivan con el padre y la madre, es decir, que sólo vivan con la madre o sólo con el padre o con ninguno de los dos.

* IIS, UNAM.

** IIS, UNAM.

PERSPECTIVA CONCEPTUAL

En este trabajo suponemos que el bienestar en la infancia incluye la realización de actividades que permiten expandir las capacidades humanas. Siguiendo a Sen (1998), este concepto se centra en la habilidad de las personas para llevar el tipo de vida que consideran valiosa e incrementar sus posibilidades reales de elección. Desde este enfoque, el abandono escolar y la inserción temprana en el mercado laboral son eventos que afectan dicho bienestar porque reducen las posibilidades de elección de los jóvenes en ámbitos como el trabajo, el patrón de formación de su familia y otros.

En numerosas investigaciones se ha planteado que la estructura familiar tiene efectos en el bienestar de niños y jóvenes. Dejar de residir con ambos padres puede ocasionar una serie de cambios como un deterioro en las condiciones económicas y sus consecuencias (por ejemplo, nueva escuela, mudarse a otro vecindario, etcétera), menor calidad de la atención de los padres hacia los hijos, conflictos entre los padres, la pérdida de relaciones familiares importantes y otros trastornos. Todo ello suele tener efectos negativos en la vida de niños y jóvenes y, por ende, en su desarrollo educativo y en su ingreso temprano al mercado laboral (Amato y Keith, 1991, 2005; Hofferth, 2006; Wu *et al.*, 2010; Jara Males y Sorio, 2013).

En este estudio analizaremos los efectos del primer cambio en la coresidencia con el padre y la madre biológicos sobre la primera salida de la escuela y la primera entrada al trabajo. Dos son los supuestos centrales: 1) la ruptura de la convivencia del niño o joven con la pareja parental tiene efectos negativos en su bienestar y 2) cuando hay rupturas en la convivencia con ambos padres, es más probable dejar la escuela e ingresar al mercado laboral durante la infancia y la adolescencia. Además, suponemos que los efectos de la no convivencia con el padre y la madre han variado en el tiempo, por lo que haremos una comparación en tres cohortes de mexicanos que residían en áreas urbanas cuando se levantó la Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011 (EDER-2011).

En esta comparación entre cohortes, que parte de una visión macrosocial, nos será de utilidad la teoría del curso de vida, uno

de cuyos objetivos es definir las tendencias de largo plazo de la estructuración social del régimen del curso de vida en una sociedad determinada. El curso de vida, en tanto institución social, forma parte de la estructura social y constituye un patrón de reglas y mecanismos que regulan la dimensión temporal de la vida. Entre otros aspectos, define el acceso y la participación a distintos ámbitos institucionales, *i.e.* los ámbitos escolar y laboral. La edad cronológica es un elemento esencial de este patrón y, por lo tanto, uno de los principios básicos de la organización social. En el proceso de desarrollo de las sociedades modernas, hay una creciente segmentación y estandarización del curso de vida. Las etapas de la vida (la infancia, la adolescencia, la juventud, etcétera) se suceden y la edad cronológica marca, cada vez más, la frontera entre una etapa y otra. Aun cuando recientemente se plantea la desinstitucionalización de las trayectorias de vida, en el periodo que estamos analizando (en especial en el caso de niños y jóvenes menores de 19 años) observamos una creciente estandarización en el ámbito escolar asociado a una concepción social de la infancia y la juventud como periodos de preparación para la vida laboral (Tuirán, 1998: 531-544).

La expansión del sistema educativo mexicano durante la segunda mitad del siglo XX y el proceso de institucionalización de la asistencia a la escuela son condiciones que hacen que las distintas cohortes hayan tenido experiencias diferentes en relación con la asistencia escolar.

De acuerdo con la Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI), entre 1920 y 1950 la enseñanza primaria se concentraba principalmente en el medio urbano y los niveles superiores tenían un carácter restringido. Durante esos años, el crecimiento del sistema educativo fue constante pero moderado. De 1950 a 1980, la educación experimentó un gran ciclo expansivo asociado a la acelerada urbanización, el crecimiento de la industria, el fortalecimiento del Estado como agente clave en los principales procesos sociales y el crecimiento demográfico, entre los principales factores. En este periodo, la educación comenzó a incorporar a sectores sociales antes excluidos, se amplió el cuerpo de profesores, se diversificaron las ofertas educativas

y se incrementó el número de escuelas.¹ A partir de 1982, el impacto de la crisis económica afectó el sistema educativo mexicano que experimentó una disminución progresiva en el ritmo de crecimiento. El gasto gubernamental, en particular el destinado a las áreas sociales, sufrió un drástico descenso. En los primeros años de la década de 1980, el crecimiento del sistema educativo en México perdió dinamismo. El diagnóstico elaborado para el Programa Nacional para la Modernización Educativa (1989-1994) destacó, entre los principales problemas y desafíos para la educación mexicana, la centralización del sistema, la falta de participación y solidaridad social, el rezago educativo, las características de la dinámica demográfica y la falta de vinculación interna con los avances de los conocimientos y de la tecnología y con el sector productivo. La prioridad de este Programa fue, explícitamente, atender la educación primaria con el objetivo de universalizar el acceso a este nivel educativo, lograr la permanencia escolar y atacar el rezago educativo. Se propuso también apoyar la educación preescolar, priorizar la educación secundaria y, en lo referente a la educación media superior, ampliar las opciones profesionales medias para lograr una mayor vinculación con la vida productiva del país.²

¹ En esta etapa se destaca la puesta en marcha del Plan Nacional de Once Años (1959-1970) que fue diseñado para que hubiera escuelas primarias para todos los niños mexicanos; éste fue el primer intento serio de planificación educativa del gobierno mexicano. En la primera fase de este plan, se privilegiaron las necesidades de las clases medias y luego las de los trabajadores urbanos; se relegó a los niños que habitaban en localidades rurales. En consecuencia, primero se construyeron escuelas primarias en localidades de mil o más habitantes y no fue sino hasta la década siguiente cuando se empezaron a construir escuelas en las localidades de menor tamaño. También se empezaron a construir escuelas secundarias.

² La Ley General de Educación (1993) establece en su artículo 37 que el nivel preescolar, junto con el de primaria y el de secundaria, forma parte de la educación de tipo básico. La educación primaria es obligatoria, dura seis años y se imparte a niños de entre 6 y hasta 14 años de edad. La educación secundaria es obligatoria desde 1993 y se proporciona en tres años a quienes hayan concluido la educación primaria; generalmente está dirigida a la población de 12 a 16 años de edad. La educación media superior es aquella

Todos estos avances en el campo educativo, así como los cambios en la estructura productiva asociados a la puesta en marcha de un nuevo modelo de desarrollo económico que considera al mercado como el mecanismo más eficiente para la asignación de los recursos, caracterizan el entorno en que también se observan cambios en las normas, los valores y los estilos de vida, aunque sea difícil precisar los momentos en que estas nuevas normas y valores se vuelven hegemónicos. Durante la segunda mitad del siglo XX, hubo un cambio paulatino en la concepción social de lo que significaba la infancia. Podemos plantear que los cambios a nivel macro (urbanización, industrialización, expansión de la cobertura escolar) están interrelacionados con cambios de valores a nivel micro, como los asociados a la familia y aquellos que se refieren al papel que deben desempeñar los miembros de cada género y grupo de edad. El cambio en el significado social de la infancia implica, entre otras cosas, una asistencia escolar más prolongada que aumenta la capacidad de desarrollar habilidades para lograr objetivos que los individuos consideran valiosos (Sen, 1998). Por lo tanto, la salida temprana de la escuela tiene efectos negativos y limita el desarrollo futuro de las personas. El primer empleo marca un hito en la vida de los jóvenes y es un buen indicador del final de la infancia.

Aun cuando las opiniones son divergentes, en la literatura sobre el ingreso temprano al mercado laboral predominan los autores que consideran que la inserción temprana se asocia con el abandono escolar y, por lo tanto, tiene efectos nocivos en el desarrollo de los jóvenes (Becker, 1964; Mier y Terán y Rabell, 2004; Tuirán, 1998; Estrada, 2011).

que se imparte después de la educación secundaria, está conformada por tres subsistemas: el bachillerato general, el bachillerato tecnológico y la educación profesional técnica. La mayor parte de las escuelas sigue un plan de estudios de tres años de duración, aunque algunas siguen un plan de dos años (SEP).

METODOLOGÍA

Fuente de datos utilizada

El propósito general de la EDER-2011 fue obtener información sobre la naturaleza temporal de los procesos sociodemográficos (migración, educación, ocupación, nupcialidad, fecundidad y mortalidad) que ha experimentado la población de México durante la segunda mitad del siglo XX y el inicio del siglo XXI, así como sobre las interrelaciones que los distintos fenómenos demográficos guardan entre sí durante las trayectorias de vida de los individuos.

Las entrevistas se levantaron en localidades urbanas consideradas como áreas autorrepresentadas en la Encuesta Nacional de Ocupación y Empleo (ENOE).

Los entrevistados pertenecen a tres cohortes: personas nacidas entre *a)* 1951 y 1953, *b)* 1966 y 1968, y *c)* 1978 y 1980. La muestra está integrada por 2840 personas. La encuesta es retrospectiva y la información recopilada es anual, abarca desde el nacimiento de las personas hasta el momento de la encuesta.

En este capítulo, analizamos los primeros 19 años-persona de los individuos (hasta los 18 años cumplidos) cuya estructura familiar inicial (año 0) estaba compuesta por el padre y la madre (91.3% del total de entrevistados de la primera cohorte, 92% de la segunda y 92.5% de la tercera). Cuando los jóvenes se unieron o tuvieron un hijo antes de del primer abandono escolar o antes de iniciar el primer trabajo, sólo se incluyeron los años-persona previos a la ocurrencia de la primera unión o del nacimiento del primer hijo; es decir, hubo truncamiento de las observaciones. Procedimos así porque suponemos que cuando se da la primera unión se trata de un proceso de “emancipación” de la familia de origen. El nacimiento del primer hijo tiene un efecto marcadamente fuerte, y ya muy estudiado, sobre la escolaridad y el trabajo de los jóvenes; además, está altamente correlacionado con la salida del hogar de origen.

Tipo de análisis

Los casos en riesgo (*risk set*) para el análisis del abandono escolar se seleccionaron considerando el año que ingresaron a la escuela. Para el análisis de la primera inserción laboral, se tomó en consideración que los niños están en riesgo de experimentar este evento a partir de los 7 años, como se definió en la EDER-2011. Los tamaños de muestra para cada cohorte son los siguientes: primer abandono escolar: 764 (1951-1953), 803 (1966-1968), 967 (1978-1980). Primer trabajo: 811 (1951-1953), 821 (1966-1968), 981 (1978-1980).

Variable dependiente y variables explicativas

De acuerdo con Allison (2014: 56-57), uno de los aspectos más discutidos en la bibliografía de la historia de eventos es la ocurrencia de un evento que elimina el riesgo de ocurrencia de otros eventos (riesgos en competencia). La asistencia escolar y la inserción laboral son tratados en muchos estudios como eventos que compiten y se aplican modelos de riesgos en competencia. Allison sugiere que, a nivel práctico, estimar modelos separados para cada tipo de evento proporciona mayor flexibilidad y control sobre los modelos estimados y se pueden incluir variables explicativas diferentes en cada modelo.

En nuestro análisis, se aplicaron dos modelos de regresión logística en tiempo discreto. Para este propósito, se construyeron dos bases de datos con registros de años-persona de acuerdo con los requerimientos de cada modelo.

En el primer modelo, la variable dependiente es el primer abandono escolar³ y, en el segundo, la primera inserción laboral. Entre las variables explicativas se incluyeron tanto variables que no cambian en el tiempo (género e IOS)⁴ como variables que cam-

³ Eliminamos 79 casos de personas que nunca asistieron a la escuela.

⁴ Índice de Orígenes Sociales (IOS), calculado por el doctor Patricio Solís para la encuesta EDER-2011. El índice refleja la condición social y económica de los entrevistados cuando tenían 15 años de edad.

bian, como la coresidencia con ambos padres, la migración nacional y el ingreso al primer trabajo.

La coresidencia con ambos padres biológicos es de particular interés en este estudio porque esta variable es dicotómica e indica si el niño o joven coreside con ambos padres biológicos o experimentó algún cambio a lo largo del tiempo dejando de coresidir con uno o con ambos padres. Para construir esta variable, se combinó información sobre la coresidencia del niño o joven con sus padres biológicos con información sobre la sobrevivencia de éstos.⁵

También se consideró la inclusión de una variable de contexto en el análisis: tipo de escuela —privada o pública— a la que asistió el niño o joven un año antes de dejar la escuela; sin embargo, como había muchos casos sin información, no fue posible incluirla en el análisis.

RESULTADOS

Estimaciones de línea base de las funciones de riesgo: primer abandono escolar

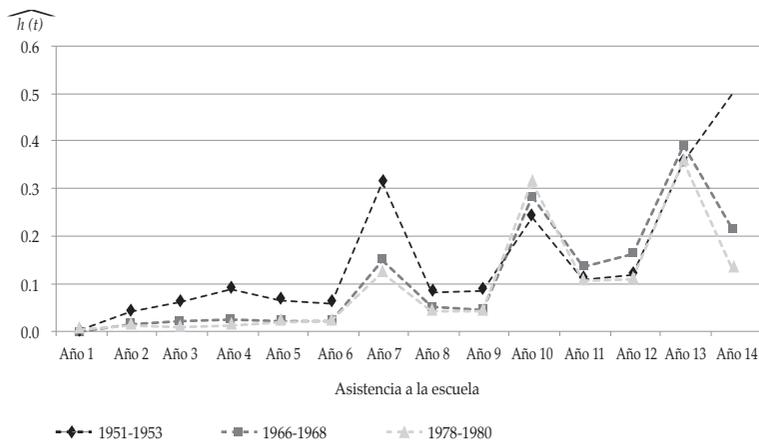
Para el análisis de sobrevivencia del evento “primer abandono escolar” en tiempo discreto, primero se ajustó el modelo sólo con las variables dicotómicas referidas al tiempo (los años de permanencia

⁵ Se construyeron dos variables de situaciones parentales, combinando la información sobre coresidencia del niño o joven con sus padres e información sobre sobrevivencia de éstos. En la primera, las categorías fueron: 1) coreside con ambos padres, 2) no coreside con padre o madre por defunción, o porque no se proporcionó información sobre la convivencia, 3) no coreside con padre o madre por ausencia; no podemos saber el motivo de la ausencia debido a que no se preguntó. En la segunda variable, las categorías fueron: 1) coreside con ambos padres, 2) vive sólo con uno de ellos, 3) no vive ni con el padre ni con la madre. Estas dos variables fueron probadas en los modelos de primer abandono escolar y primera inserción laboral que presentamos en este trabajo. En las dos variables el resultado fue que no había diferencias significativas entre la segunda y tercera categoría. A partir de los resultados encontrados, se optó por emplear la variable dicotómica mencionada en el documento.

en la escuela), sin ninguna otra variable explicativa. Los coeficientes estimados son la constante en el modelo. A partir de los valores de estos coeficientes, estimamos la función de riesgo de línea base (cuadro 9.1 y gráfica 9.1). La función de riesgo describe de forma más detallada la dinámica del evento en determinados momentos.⁶

La forma general de la función de riesgo es creciente; las estimaciones de riesgo ajustado reflejan, en las tres generaciones, un nivel de riesgo inicial bajo. Este riesgo se incrementa lentamente a medida que aumenta la edad de los jóvenes (gráfica 9.1).

Gráfica 9.1. Estimaciones de los riesgos ajustados de abandonar la escuela por primera vez, según cohorte



Fuente: Elaboración propia con base en la información de la EDER (2011).

En las tres generaciones, los picos corresponden a la terminación de ciclos escolares: la conclusión del nivel primaria en el año 6 y el abandono en el año 7, la conclusión de la secundaria en el año 9 y el abandono en el año 10. En el año 12, los jóvenes que continuaron estudiando terminan la preparatoria y en el año 13 hay otro pico.

⁶ El riesgo en tiempo discreto es la probabilidad condicional de que el evento ocurra en el momento t , dado que no ha ocurrido antes ($t-1$).

Cuadro 9.1. Estimaciones de las variables de tiempo y de los riesgos ajustados de abandonar la escuela por primera vez, según cohorte

Variables explicativas (tiempo)	1951-1953			1966-1968			1978-1980		
	Coef.	Sig.	Riesgo ajustado	Coef.	Sig.	Riesgo ajustado	Coef.	Sig.	Riesgo ajustado
Año 1	-21.203		0.000	-21.203		0.000	-21.203		0.000
Año 2	-3.182	***	0.040	-4.267	***	0.014	-4.774	***	0.008
Año 3	-2.784	***	0.058	-3.809	***	0.022	-5.463	***	0.004
Año 4	-2.352	***	0.087	-3.673	***	0.025	-4.896	***	0.007
Año 5	-2.699	***	0.063	-3.761	***	0.023	-4.263	***	0.014
Año 6	-2.804	***	0.057	-3.738	***	0.023	-3.916	***	0.020
Año 7	-0.791	***	0.312	-1.734	***	0.150	-2.008	***	0.118
Año 8	-2.442	***	0.080	-2.920	***	0.051	-3.173	***	0.040
Año 9	-2.424	***	0.081	-3.009	***	0.047	-3.163	***	0.041
Año 10	-1.167	***	0.237	-0.923	***	0.284	-0.802	***	0.310
Año 11	-2.133	***	0.106	-1.838	***	0.137	-2.180	***	0.102
Año 12	-2.042	***	0.115	-1.628	***	0.164	-2.131	***	0.106
Año 13	-0.592	***	0.356	-0.444	***	0.391	-0.600	***	0.354
Año 14	0.000		0.500	-1.299	*	0.214	-1.946	***	0.125

* $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$.

Fuente: Elaboración propia con base en la información de la EDER (2011).

En la generación más antigua (1951-1953), el riesgo de abandono de la escuela durante la primaria es mucho más elevado que en las demás cohortes. Cuando los niños de esta generación estuvieron en edad de ingresar a la primaria, apenas se iniciaba el Plan Nacional de Once Años (1959-1970). Por lo tanto, los niños de esta primera generación se beneficiaron de la expansión de la primaria mucho menos que los de las dos siguientes generaciones. En el año 7, correspondiente a la conclusión de la primaria y al ingreso a la secundaria, hay un marcado incremento en el riesgo de dejar la escuela. Los niños de esta primera generación que continuaron estudiando la secundaria constituyen un grupo selecto, muy motivado, puesto que su función de riesgo, a partir del año 8, es similar a la de los jóvenes de las otras dos generaciones.

En las dos generaciones siguientes (1966-1968 y 1978-1980), la función de riesgo de abandono escolar es muy baja durante los seis primeros años, es decir, durante el ciclo primario, y aumenta en el año 7. El estímulo a la asistencia a secundaria, contenido en la Ley Federal de Educación (1973), se ve reflejado en riesgos bajos de primer abandono durante los años 8 y 9. El riesgo aumenta mucho en el año 10, al concluir la secundaria e iniciar la preparatoria u otros estudios.

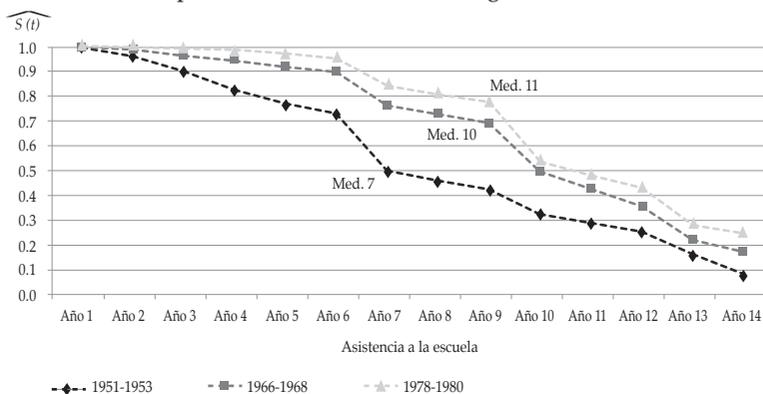
Una vez concluidos los primeros doce años de estudio, los riesgos de abandono aumentan en las tres cohortes analizadas. En la cohorte más antigua, la mayor parte de los integrantes abandona los estudios; quedan entonces pocos casos y la estimación del riesgo no es estadísticamente significativa. En las dos cohortes siguientes, el riesgo de abandono de los estudios en el año 13 aumenta de manera importante y significativa. En la cohorte más joven los riesgos son menores, probablemente porque más jóvenes continuaban estudiando.

En las curvas de las funciones de sobrevivencia se ilustran las diferencias por cohorte en la velocidad con que ocurre el primer abandono escolar (gráfica 9.2).⁷ La forma de las funciones es decreciente, a medida que transcurren los años de asistencia a la es-

⁷ La función de sobrevivencia describe de manera global el proceso de sobrevivencia de la población en el tiempo.

cuela. La magnitud de los descensos o caídas está relacionada con el abandono escolar en cada grado del sistema educativo.

Gráfica 9.2. Funciones de supervivencia al evento "primer abandono escolar", según cohorte



Fuente: Elaboración propia con base en la información de la EDER (2011).

En la cohorte más antigua (1951-1953), la mitad de los jóvenes abandonan la escuela en el séptimo año (mediana: 7). En las cohortes 1966-1968 y 1978-1980, el abandono escolar ocurre de forma más lenta (medianas del tiempo son 10 y 11, respectivamente). En otras palabras, cuanto más reciente la cohorte, mayor la probabilidad de completar un año de asistencia escolar adicional, lo cual se ve reflejado en el orden en que están ubicadas las curvas, cada una por encima de la curva correspondiente a la cohorte anterior.

*Modelo de regresión logística
en tiempo discreto: primer abandono escolar*

En el modelo referido a las causas asociadas al primer abandono escolar, las variables explicativas incluidas fueron: el género, el IOS, la coresidencia con ambos padres y la primera inserción laboral (cuadro 9.2).

Las diferencias por género en la probabilidad de experimentar el primer abandono escolar sólo son significativas entre los integrantes de la cohorte 1951-1953. Las mujeres de esta generación tenían casi el doble de posibilidades (1.83) de abandonar la escuela que los varones. Durante las nueve primeras décadas del siglo XX, las jóvenes ingresaban menos a la secundaria que los varones. Las familias consideraban que, dado el papel de encargadas de la reproducción doméstica que desempeñarían en la vida, no era necesario estudiar más allá de la primaria. Esta concepción empieza a cambiar y las diferencias de género en la asistencia escolar se reducen. Los datos del cuadro 9.2 coinciden con estas afirmaciones puesto que, entre los jóvenes urbanos de las dos generaciones más recientes, las diferencias por género en el abandono escolar no son estadísticamente significativas.

En la cohorte más antigua, al comparar la probabilidad de abandonar la escuela asociada a cada uno de los tres niveles del IOS, constatamos que los jóvenes que pertenecen al estrato alto tienen casi tres veces más posibilidades de no abandonar la escuela que los jóvenes del estrato medio, y casi seis veces más posibilidades que los del estrato bajo. Estas diferencias se mantienen en las otras dos cohortes. Ahora bien, la evolución en el tiempo de la función de riesgos de abandono (gráfica 9.1) muestra que en la primera cohorte el abandono se concentra al terminar la primaria, mientras que, en las otras dos, al terminar la secundaria. En la bibliografía especializada, la asociación entre la asistencia escolar y las condiciones económicas en países con acentuadas desigualdades, es un postulado aceptado. Los datos de la EDER no desmienten estos hallazgos; sin embargo, en las dos cohortes más recientes, aun controlando el efecto del IOS, persisten diferencias en la asistencia escolar que podemos atribuir, en parte, a la coresidencia con ambos padres.

El hecho de dejar de coresidir con ambos padres no está asociado con el abandono escolar en la primera cohorte. El resultado era esperable puesto que en esa cohorte los jóvenes asisten a la escuela pocos años y la abandonan a temprana edad. Además, entre los padres había una proporción bajísima de ruptura de uniones debido a la viudez, el divorcio y la separación. Por ejemplo, en

Cuadro 9.2. Modelo de regresión logística
en tiempo discreto del primer abandono escolar, según cohorte^a

Variables explicativas	1951-1953			1966-1968			1978-1980		
	Coef.	Sig.	Momios	Coef.	Sig.	Momios	Coef.	Sig.	Momios
Años									
Género									
Hombre (ref.)									
Mujer	0.603	***	1.83	0.166		1.18	-0.027		0.97
IOS									
Alto (ref.)									
Medio	1.076	***	2.93	0.964	***	2.62	1.017	***	2.76
Bajo	1.785	***	5.96	1.720	***	5.58	1.843	***	6.32
Corresidencia con padres									
Corresidir con ambos (ref.)									
Dejar de corresidir con uno o con ambos	0.203		1.23	0.345	**	1.41	0.239	*	1.27
Primera inserción laboral									
No trabaja (ref.)									
Trabaja	0.689	***	1.99	0.849	***	2.34	0.767	***	2.15

Modelo Primer Abandono Escolar: $\text{Logit } h(t) = [\alpha_1 A_1 + \alpha_2 A_2 + \dots + \alpha_{14} A_{14}] + \beta_1 \text{Gen} + \beta_2 \text{IOS} + \beta_3 \text{Corresid}(t) + \beta_4 \text{Trab}(t)$

* $p < 0.05$; ** $p < 0.01$; *** $p < 0.001$.

^a No se presentan las estimaciones de los coeficientes correspondientes para los años por razones de espacio.

Fuente: Elaboración propia con base en la información de la EDER (2011).

1970, entre los hombres mayores de 16 años y alguna vez unidos, sólo 5% no tenía pareja (Quilodrán, 1974). En cambio, en la segunda y tercera cohortes, dejar de corresidir con ambos padres está asociado con el abandono escolar. En la segunda cohorte, dejar de corresidir con ambos padres está asociado con 41% del incremento en los momios de abandonar la escuela; en la tercera cohorte este porcentaje es 27% (cuadro 9.2). Dado que la disolución de uniones se mantuvo en niveles muy bajos y, en esa época, los cambios en el tiempo fueron muy leves, ese factor probablemente desempeñó un papel reducido (Solís y Ferraris, 2014: 274).

La primera inserción laboral es también un factor asociado con el abandono escolar y es significativo en las tres cohortes. Los niños de la primera cohorte que entraban a trabajar por vez primera tenían dos veces más posibilidades de dejar la escuela que quienes no habían iniciado su vida laboral. En las dos cohortes siguientes, las posibilidades son un poco más altas; sin embargo, hay que considerar que la edad promedio de la primera inserción laboral es más elevada que en la primera cohorte. Prueba de ello son las funciones de riesgo que veremos a continuación.

Estimaciones de línea base de las funciones de riesgo: primera inserción laboral

Para el análisis de sobrevivencia del evento “primera inserción laboral”, se ajustaron dos modelos, uno para los varones y otro para las mujeres, sólo con las variables dicotómicas referidas al tiempo (los años de duración previos al inicio del primer trabajo, contando a partir de los 7 años). A partir de los coeficientes obtenidos, estimamos la función de riesgo de línea base (cuadro 9.3 y gráficas 9.3.A y 9.3.B).

La forma general que tienen las funciones de riesgo ajustadas para hombres y mujeres es creciente: a medida que aumenta la edad, se incrementa el riesgo de iniciar el primer trabajo. En el caso de los varones (gráfica 9.3.A), a los 7 años hay marcadas diferencias entre las cohortes: en la más antigua, los niños tienen un riesgo casi seis veces más elevado de trabajar y, por lo tanto, de

Cuadro 9.3. Estimaciones de las variables de tiempo y de los riesgos ajustados de insertarse al mercado laboral por primera vez, según sexo y cohorte

Variables explicativas (tiempo)	1951-1953			1966-1968			1978-1980		
	Coef.	Sig.	Riesgo ajustado	Coef.	Sig.	Riesgo ajustado	Coef.	Sig.	Riesgo Ajustado
Hombres									
Año 1	-2.320	***	0.089	-2.791	***	0.058	-4.207	***	0.015
Año 2	-3.273	***	0.037	-3.409	***	0.032	-4.056	***	0.017
Año 3	-3.871	***	0.020	-4.271	***	0.014	-4.331	***	0.013
Año 4	-3.063	***	0.045	-3.130	***	0.042	-3.905	***	0.020
Año 5	-3.961	***	0.019	-3.871	***	0.020	-4.005	***	0.018
Año 6	-2.251	***	0.095	-2.184	***	0.101	-3.212	***	0.039
Año 7	-2.697	***	0.063	-2.759	***	0.060	-3.111	***	0.043
Año 8	-2.315	***	0.090	-2.429	***	0.081	-2.595	***	0.069
Año 9	-2.166	***	0.103	-2.004	***	0.119	-1.872	***	0.133
Año 10	-1.724	***	0.151	-1.897	***	0.130	-2.049	***	0.114
Año 11	-1.386	***	0.200	-1.510	***	0.181	-1.504	***	0.182
Año 12	-0.622	***	0.349	-0.995	***	0.270	-0.819	***	0.306

Mujeres									
Año 1	-3.797	***	0.022	-4.632	***	0.010	-5.096	***	0.006
Año 2	-4.372	***	0.012	-4.212	***	0.015	-6.192	***	0.002
Año 3	-3.882	***	0.020	-4.197	***	0.015	-4.573	***	0.010
Año 4	-3.861	***	0.021	-5.986	***	0.003	-4.787	***	0.008
Año 5	-3.976	***	0.018	-4.880	***	0.008	-6.172	***	0.002
Año 6	-3.042	***	0.046	-3.102	***	0.043	-3.661	***	0.025
Año 7	-3.056	***	0.045	-3.505	***	0.029	-4.05	***	0.017
Año 8	-2.488	***	0.077	-3.296	***	0.036	-3.142	***	0.041
Año 9	-2.678	***	0.064	-2.794	***	0.058	-2.72	***	0.062
Año 10	-2.632	***	0.067	-2.928	***	0.051	-1.984	***	0.121
Año 11	-2.043	***	0.115	-1.866	***	0.134	-2.201	***	0.100
Año 12	-1.464	***	0.188	-1.099	***	0.250	-1.161	***	0.238

* $p < 0.05$; ** $p < 0.01$; *** $p < 0.011$.

Fuente: Elaboración propia con base en la información de la EDER (2011).

no asistir a la escuela, que los de la cohorte más reciente. A los 10 años hay un segundo pico de ingreso al trabajo en las dos cohortes más antiguas. Los niños entraban a trabajar sin haber terminado la primaria; probablemente cuando dejaban la escuela podían leer y escribir. Es lamentable constatar que hubo pocos cambios entre las generaciones 1951-1953 y 1966-1968.

Cumplir 12 años era un evento que marcaba una de las transiciones a la edad adulta, es decir, la posibilidad de iniciar el trabajo. De hecho, en el censo de 1950⁸ es la primera vez en la que se inquiriere sobre la ocupación de personas de 12 años cumplidos o más. En las gráficas 9.3.A y 9.3.B se observa un fuerte incremento en el riesgo de empezar a trabajar en las dos cohortes más antiguas, a diferencia de lo que ocurre en la cohorte más reciente.

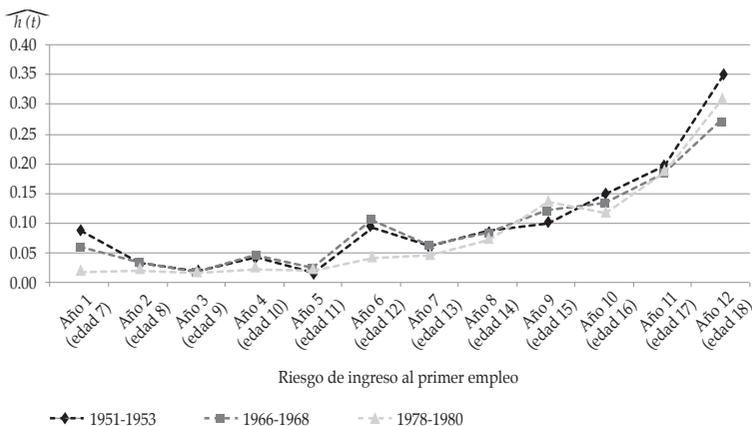
En la cohorte 1978-1980, hay una notable disminución de riesgos a los 12 años asociada con la creciente cobertura de la instrucción primaria. Muchos jóvenes no empiezan a trabajar sino hasta después de haber terminado la secundaria (edades 15 y 16).

A partir de los 17 años, los riesgos de trabajar se incrementan en las tres cohortes de manera similar. Sin embargo, hay que tener presente que para las cohortes más recientes, experimentar el evento “primer empleo” ocurre más tarde para un mayor número de jóvenes.

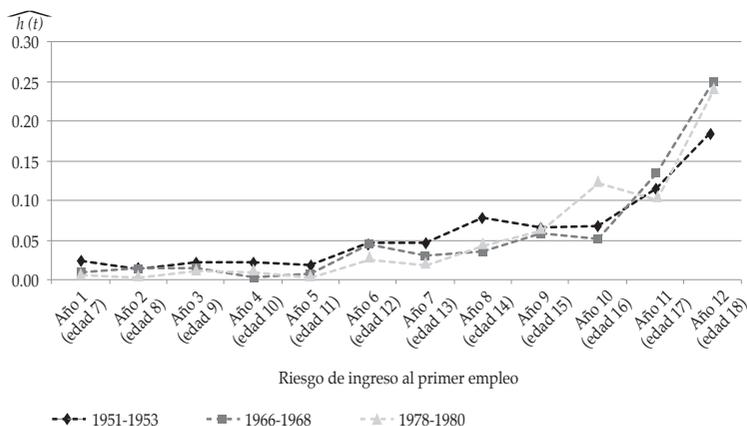
Entre las niñas (gráfica 9.3.B) el riesgo de tener un trabajo (recordemos que se trata de trabajo extradoméstico) es muy bajo en las tres cohortes: antes de los 12 años. A partir de esa edad, hay un incremento en el riesgo en las dos cohortes más antiguas comparadas con la más reciente. A los 14 años, hay nuevamente un incremento en el riesgo de ingresar al primer empleo, muy acentuado en el caso de la cohorte 1951-1953; podemos suponer que socialmente a esa edad terminaba la infancia entre las niñas de esa época. En la cohorte 1978-1980, el primer incremento importante en el ingreso al trabajo se registra a los 16 años. A partir de esa edad, los riesgos de incorporarse al trabajo de las jóvenes de las tres cohortes aumentan mucho.

⁸ Séptimo Censo General de Población, 6 de junio de 1950.

Gráfica 9.3.A. Hombres: estimaciones de los riesgos ajustados de ingresar al mercado laboral por primera vez, según cohorte

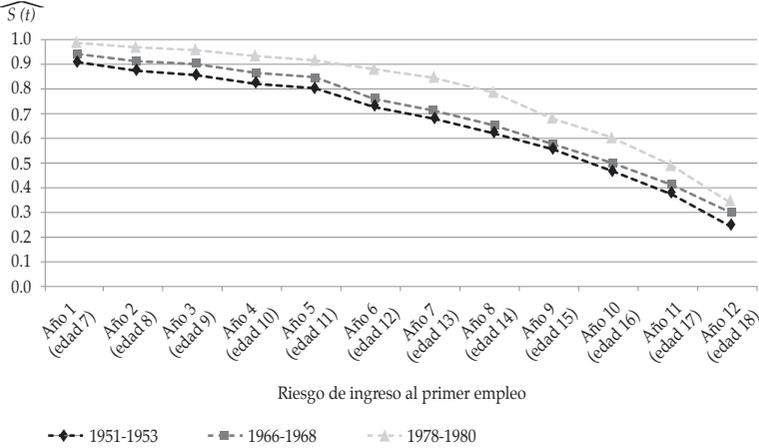


Gráfica 9.3.B. Mujeres: estimaciones de los riesgos ajustados de ingresar al mercado laboral por primera vez, según cohorte

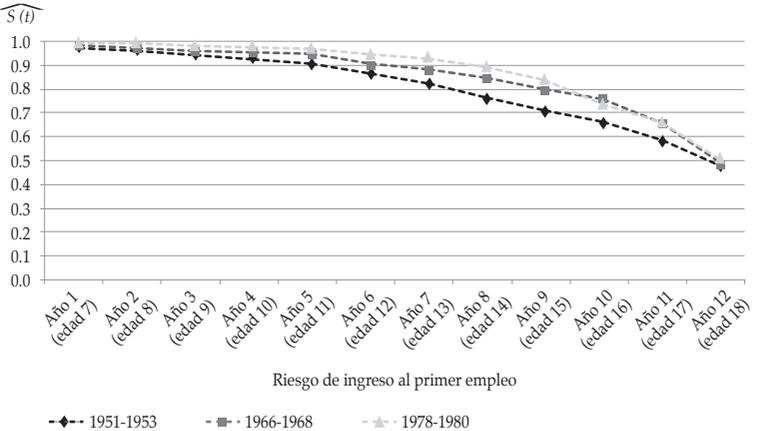


Fuente: Elaboración propia con base en información de la EDER (2011).

Gráfica 9.4.A. Hombres: funciones de supervivencia al evento "primera inserción laboral", según cohorte



Gráfica 9.4.B. Mujeres: funciones de supervivencia al evento "primera inserción laboral", según cohorte



Fuente: Elaboración propia con base en información de la EDER (2011).

En las curvas de las funciones de sobrevivencia (gráficas 9.4.A y 9.4.B) se ilustran las diferencias por cohorte en la velocidad con que ocurre la primera inserción laboral. Entre los hombres, las funciones de sobrevivencia de las cohortes más antiguas ocurren a velocidades parecidas; mientras que en la cohorte más reciente la inserción al primer trabajo ocurre de forma más lenta.

Entre las mujeres, las funciones son similares hasta los 12 años y, a partir de esa edad, hay un comportamiento diferente en las dos últimas cohortes: se incorporan más lentamente al primer empleo, en comparación con las jóvenes de la cohorte más antigua.

*Modelo de regresión logística en tiempo
discreto: primera inserción laboral*

El análisis de la edad a la primera inserción laboral, y de las variables asociadas a esta transición, es relevante porque se trata de indicadores del cambio paulatino en la concepción social de la infancia que mencionamos en la perspectiva conceptual de este capítulo.

En los siguientes párrafos, veremos el efecto de la inclusión de diversas variables explicativas mediante un modelo de regresión logística en tiempo discreto; incluimos los años (en el cuadro omitimos los coeficientes), el género, el IOS, la coresidencia con ambos padres, la primera migración nacional y el primer abandono escolar (cuadro 9.4).

En las tres cohortes analizadas, el género juega un papel importante en la primera inserción laboral. En la primera cohorte (1951-1953), los hombres tienen 58% más posibilidades de incorporarse por primera vez al mercado laboral que las mujeres; en la segunda cohorte (1966-1968), 54%, y en la tercera (1978-1980), 46%. Estos resultados reflejan la creciente incorporación de niñas y mujeres jóvenes al trabajo.

Los roles de género son muy claros: en las tres cohortes, los hombres menores de 19 años tienen mayores posibilidades que las mujeres de tener un primer trabajo que dure un año o más.

Cuadro 9.4. Modelo de regresión logística
en tiempo discreto de la primera inserción laboral

Variables explicativas	1951-1953			1966-1968			1978-1980		
	Coef.	Sig.	Razón momios	Coef.	Sig.	Razón momios	Coef.	Sig.	Razón momios
Años									
Género									
Hombre (ref.)									
Mujer	-0.865	***	0.42	-0.784	***	0.46	-0.61	***	0.54
IOS									
Alto (ref.)									
Medio	0.248		1.28	0.108		1.11	0.390	**	1.48
Bajo	0.579	***	1.78	0.560	***	1.75	0.464	***	1.59
Corresidencia con padres									
Corresidir con ambos (ref.)									
Dejar de corresidir con uno o con ambos	0.274	*	1.32	0.166		1.18	0.409	***	1.51

Primera migración nacional

No migró (ref.)

Migró	0.703	***	2.02	0.251	*	1.29	0.272	**	1.31
-------	-------	-----	------	-------	---	------	-------	----	------

Primer abandono escolar

No abandonó (ref.)

Abandonó	0.975	***	2.65	0.988	***	2.69	1.242	***	3.46
----------	-------	-----	------	-------	-----	------	-------	-----	------

Modelo Primera Inserción Laboral:

$$\text{logit } h(t_j) = [\alpha_1 A_1 + \alpha_2 A_2 + \dots + \alpha_{12} A_{12}] + \beta_1 \text{Gen} + \beta_2 \text{IOS} + \beta_3 \text{Corresid}(t) + \beta_4 \text{Mig}(t) + \beta_5 \text{AbEsc}(t)$$

* $p < 0.05$; ** $p < 0.01$; *** $p < 0.001$.

Fuente: Elaboración propia con base en información de la EDER (2011).

El IOS en las dos primeras cohortes indica que los jóvenes que viven en la situación más desfavorecida tienen significativamente más posibilidades de empezar a trabajar con respecto a aquellos que pertenecen al estrato alto; en cambio, las diferencias entre el estrato medio y el alto no son significativas. Las diferencias encontradas muestran otra cara de los efectos de la desigualdad: durante el periodo del "milagro económico" (1950-1970), la desigualdad entre los estratos medios y altos se redujo, a la vez que las diferencias entre ricos y pobres aumentó (Hernández-Laos, 1989, citado por Tuirán, 1998). En las funciones de riesgo (gráfica 9.3) la edad de 12 años coincide con un fuerte aumento en el riesgo de iniciar la vida laboral, más marcado en el caso de los hombres; se trata de una edad muy temprana, en especial si se considera que estos eventos tienen lugar en las décadas de 1960 y 1970, cuando está en expansión el sistema escolar.

En la cohorte más joven, tanto los jóvenes que pertenecen al estrato medio como al bajo tienen posibilidades significativamente mayores de ingresar al mercado laboral que los jóvenes del estrato alto. Las edades en que aumenta de forma más rápida el riesgo de trabajar son 15, 16 y 17 años.

La coresidencia con ambos padres es poco o nada significativa en las dos primeras cohortes. En cambio, en la tercera adquiere significancia: dejar de coresidir con ambos padres aumenta 51% la posibilidad de trabajar. Cuando la asistencia escolar de niños y jóvenes empieza a volverse parte de la trayectoria normativa, los padres han adquirido conciencia de la importancia de los estudios. Residir con ambos padres provee a los jóvenes de mayores recursos económicos, pero también de la motivación y el apoyo emocional necesarios para no tener que empezar a trabajar tan temprano (Amato y Keith, 1991).

En la cohorte más antigua, la primera migración nacional está asociada de manera significativa con el inicio del primer trabajo. Este hecho se enmarca en los procesos de urbanización e industrialización del país que propiciaron una fuerte migración rural-urbana de carácter familiar. En la cohorte 1966-1968, la migración deja de ser significativa porque la migración rural-urbana pierde importancia. En la cohorte 1978-1980, una hipótesis para explicar

la significancia de la primera migración nacional es que, tal como pudimos ver en las curvas de sobrevivencia, la inserción laboral se acelera a partir de los 16 años y la migración del joven, sin su familia, tiene como objetivo encontrar trabajo.

Dado que el evento “ingreso al mercado laboral” fue definido a partir de su duración (al menos un año), éste interfiere con la asistencia escolar salvo en los casos en que los jóvenes estudian y trabajan simultáneamente. En las dos cohortes más antiguas, el primer abandono escolar aumenta la posibilidad de trabajar en alrededor de casi tres veces. En la cohorte más reciente, el incremento es de más de tres veces.

Nos pareció relevante conocer las ocupaciones que desempeñaban los niños, en especial porque el ingreso al mercado laboral está asociado con el abandono escolar. Elegimos explorar las ocupaciones más frecuentes a los 14 años por tratarse de una edad precoz para haber trabajado al menos durante un año y que compromete la continuidad de sus estudios. Veremos las ocupaciones de los niños en las cohortes sucesivas.

En la primera cohorte, las ocupaciones agrícolas son las más frecuentes entre los varones; los niños son jornaleros, peones y ayudantes, trabajan en cultivos de autosubsistencia (maíz, frijol, chile) y también en cultivos comerciales (algodón, cacao, fruta). Las niñas participaban muy poco en estas labores; en cambio, con cierta frecuencia, se dedicaban a los servicios domésticos. Las niñas de zonas rurales eran enviadas a las ciudades como empleadas en casas particulares.

Las labores relacionadas con la artesanía y la industria ocupan el segundo lugar. Los niños son “ayudantes” en diversas actividades: confección de trajes, tapicería, vidriería, panadería, manufactura de calzado, herrería, ebanistería y otras. Suponemos que aprendían un oficio que los preparaba para su futura vida laboral. En estas ocupaciones trabajan mucho más los niños que las niñas.

Hay pocos niños y niñas ocupados en actividades comerciales y prácticamente no hay diferencias por género. La mayoría trabaja en microempresas, con salario fijo o sin pago. Es probable que en este último caso se trate de empresas familiares.

En la segunda cohorte hay una disminución notable de niños y niñas en ocupaciones agrícolas y en servicios domésticos.⁹ Otra diferencia con respecto a la primera cohorte, es que los niños sólo trabajan en cultivos de subsistencia. En cambio, aumenta la frecuencia de niños ocupados en la artesanía y la industria. A los oficios tradicionales se agregan otros nuevos, como electricista, instalador de teléfonos, ayudante de mecánico, reparador de electrodomésticos.

En la tercera cohorte disminuye notablemente el trabajo de niños de esa edad, especialmente en la agricultura. Las niñas casi no se ocupan en el servicio doméstico. Las actividades comerciales (empleado de mostrador, vendedores de periódicos, de paletas, de tamales, etcétera) siguen siendo, como en las cohortes anteriores, fuente de empleo entre los niños.

Los niños y las niñas ocupados en servicios personales aumentan su participación (ayudantes de peluqueros, lavacoches, cargadores, meseros, lavaplatos, etcétera). Estas ocupaciones, además de ser eventuales, no capacitan a los menores para que puedan desempeñar actividades estables y remuneradas en el futuro.

Este breve esbozo de los cambios en las ocupaciones según las cohortes nos lleva a pensar que, si bien hay una disminución de niños de 14 años ocupados asociada con un aumento en la asistencia escolar, aquellos que sí trabajan lo hacen en actividades precarias, las cuales sugieren que estos niños viven en condiciones de pobreza.

⁹ Entre 1950 y 1970 tuvo lugar un proceso de urbanización intenso. La población que vivía en las ciudades de más de 15000 habitantes pasó de 28 a 45%; México dejó de ser un país rural. Asociado a este proceso, la proporción de trabajadores en el sector agrícola descendió de 58 a 39% y hubo un crecimiento acelerado del empleo en el sector industrial (Unikel, Ruiz y Garza, 1976; Rendón y Salas, 1989; De Oliveira y García, 1990; todos citados por Tuirán, 1998).

CONCLUSIÓN

Uno de los aportes significativos de este capítulo es el empleo de técnicas longitudinales para explorar la relación entre la coresidencia con ambos padres y la experiencia educativa y laboral de niños y jóvenes, dado que hay pocos estudios previos. Por cierto, los estudios transversales sobre este tema también son escasos.

En este trabajo se aprovecha la información sobre tres diferentes cohortes que proporciona la EDER-2011. Se pueden responder varias preguntas planteadas en los estudios sobre la infancia y la adolescencia con respecto a dos eventos: el abandono escolar y la inserción temprana en el mercado laboral, los cuales pueden intervenir en las vidas de niños y jóvenes y afectar su bienestar al limitar sus posibilidades de elección en el futuro.

En general, se observan diferencias en los años de escolaridad acumulados entre las tres cohortes, resultado de la combinación de varios factores, entre los que destacan los efectos positivos, a nivel macrosocial, de un cambio en la concepción social de la infancia y de la ampliación de la cobertura escolar, de la universalización de la primaria, de la obligatoriedad de completar la secundaria y aumentar la permanencia escolar, entre otros.

De los jóvenes de la cohorte más antigua (1951-1953), la mitad abandonaba la escuela una vez concluida la primaria. En las cohortes 1966-1968 y 1978-1980 el abandono escolar ocurría de forma más lenta y el riesgo aumentaba una vez concluida la secundaria.

En lo que se refiere al primer ingreso al mercado laboral, hay diferencias en las funciones de riesgo ajustadas para hombres y mujeres. Los hombres de las dos cohortes más antiguas tienen mayores riesgos de trabajar desde edades muy tempranas. Hay edades simbólicas que se pueden ubicar en los incrementos en el riesgo: los 7 años (la edad de la razón), los 12 años (inicio de la transición a la etapa adulta). En cambio, en la tercera cohorte, se ha perdido ese sentido simbólico. El primer ingreso al mercado laboral se incrementa hacia los 15 o 16 años, cuando los jóvenes han terminado sus estudios secundarios.

Entre las niñas lo más usual, antes de los 12 años, era realizar tareas de reproducción doméstica que no fueron captadas en la

encuesta. Por consiguiente, el ingreso al primer trabajo extradoméstico es muy bajo antes de los 14 años. A esa edad terminaba la infancia de las niñas de la cohorte más antigua, muchas de ellas se unían y otras trabajaban. En la cohorte más reciente, el incremento en el riesgo se ubica en los 16 años.

Consideramos que estos cambios reflejan con claridad una paulatina institucionalización de la asistencia escolar, en sintonía con una nueva concepción de la infancia como un periodo en el que los niños deben ser cuidados, formados para el trabajo y mantenidos por ambos padres, quienes desempeñan un papel relevante en términos de su bienestar y sus posibilidades reales de elección para llevar el tipo de vida que consideran valiosa.

Los resultados obtenidos a partir del análisis longitudinal multivariado, desarrollado para estimar la probabilidad del primer abandono escolar en cada una de las cohortes, muestran las consecuencias de estos procesos sociales. El hecho de dejar de coresidir con el padre y la madre en la infancia y adolescencia no está asociado con el abandono escolar para la cohorte 1951-1953, porque quienes eran niños y jóvenes en ese periodo asistían a la escuela pocos años y la abandonaban a temprana edad. En la segunda y tercera cohortes dejar de coresidir con ambos padres sí está asociado con el abandono escolar, si se controlan los efectos del género, del nivel socioeconómico y del trabajo. La posibilidad de que los jóvenes pasen sus primeros años de vida en un entorno familiar donde estén presentes el padre y la madre puede mejorar su calidad de vida y propiciar que accedan a la educación por más tiempo, aspecto que, de acuerdo con Sen, es una capacidad primordial, ya que es uno de los medios más importantes para proveer las herramientas de realización de las aspiraciones de las personas.

Este mismo tipo de análisis desarrollado para estimar la probabilidad de ingresar al mercado laboral por primera vez revela que la coresidencia con ambos padres no está asociada con la inserción temprana al primer trabajo entre los jóvenes de las cohortes 1951-1953 y 1966-1968. En cambio, adquiere significancia entre los jóvenes de las cohortes 1978-1980, ya que dejar de coresidir con el padre y la madre aumenta en 51% la posibilidad de tener que trabajar. Iniciar un trabajo a temprana edad puede disminuir

el compromiso con los estudios, precipitar el abandono escolar y limitar sus aspiraciones ocupacionales.

La revisión de las ocupaciones que desempeñaban los niños que trabajaron a los 14 años refleja los cambios económicos y sociales que se dieron en la sociedad mexicana durante la segunda mitad del siglo XX; la comparación de tres cohortes resulta muy ilustrativa. Cambian los sectores de actividad en los que se emplean los niños y disminuye notablemente el número de niños que trabajan a esa edad.

REFERENCIAS

- ALLISON, P. D. (2014). *Event History and Survival Analysis*, Thousand Oaks, Sage.
- AMATO, P. R. (2005). "The Impact of Family Formation Change on the Cognitive, Social, and Emotional Well-Being of the Next Generation", *Journal The Future of Children*, Journal Issue: Marriage and Child Wellbeing, vol. 15, núm. 2, otoño, pp. 75-96.
- ____ y B. KEITH (1991). "Separation from a Parent during Childhood and Adult Socioeconomic Attainment", *Social Forces*, vol. 70, núm. 1, pp. 187-206.
- BECKER, G. (1964). *Human Capital*, Nueva York, Columbia University Press.
- Instituto Nacional de Estadística, Geografía e Informática (Inegi) (1986). *X Censo General de Población y Vivienda 1980*.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].
- ESTRADA QUIROZ, L. (2011). *Quelle place le travail a-t-il dans la vie des enfants? Le cas des grandes villes du Mexique*, tesis de doctorado en Letras y Ciencias humanas, París, Universidad de París Oeste, Nanterre La Défense.
- HOFFERTH, S. L. (2006). "Residential Father Family Type and Child Well-Being: Investment versus Selection", *Demography*, vol. 43, núm. 1, febrero, pp. 53-77.

- JARA MALES, P. y R. SORIO (2013). *Redes de protección social. Mejores respuestas para adolescentes y jóvenes*, nota técnica núm. IDB-TN-539, Washington, BID.
- MIER Y TERÁN, M. y C. A. RABELL (2004). "Cambios en los patrones de coresidencia, la escolaridad y el trabajo de los niños y los jóvenes", en M. L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.), México, *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, Cámara de Diputados / El Colef / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey / Miguel Ángel Porrúa / Cámara de Diputados, pp. 285-330.
- Organización de Estados Iberoamericanos para la Educación, la Ciencia y la Cultura (OEI). "Sistemas educativos nacionales: México", México, [<http://www.oei.es/quipu/mexico/mex02.pdf>].
- QUILODRÁN, J. (1974). "Evolución de la nupcialidad en México, 1900-1970", *Demografía y economía*, vol. 8, núm. 1, pp. 34-49.
- Secretaría de Economía, Dirección General de Estadística (1953). *VII Censo General de Población*, 6 de junio de 1950, México, Dirección General de Estadística.
- Secretaría de Educación Pública (SEP). "La estructura del sistema educativo mexicano", [http://www.sep.gob.mx/work/models/sep1/Resource/1447/1/images/sistemaedumex09_01.pdf].
- Secretaría de Industria y Comercio, Dirección General de Estadística (1962). *VIII Censo General de Población*, 1960, México, Dirección General de Estadística.
- ____ (1972). *IX Censo General de Población*, 1970, México, Dirección General de Estadística.
- SEN, A. (1998). "Capital humano y capacidad humana", *Cuadernos de Economía*, vol. XVII, núm. 29, pp. 67-72.
- SOLÍS, P. y S. FERRARIS (2014). "Nuevo siglo, ¿Nuevas pautas de formación y disolución de uniones?", en C. Rabell (coord.), *Los mexicanos. Un balance del cambio demográfico*, México, FCE, pp. 269-305.
- TUIRÁN GUTIÉRREZ, R. (1998). *Demographic Change and Family and Non-family Related Life-Course Patterns in Contemporary Mexico*, tesis de doctorado, The University of Texas at Austin.

WU, Z., C. L. COSTIGAN, F. HOU, R. KAMPEN y C. M. SCHIMMELE (2010). "Change and Stability in Cohabitation and Children's Educational Adjustment", *Journal of Comparative Family Studies*, vol. 41, núm. 4, verano, pp. 557-579.

10. FAMILIA Y TRABAJO: HISTORIAS ENTRELAZADAS EN EL MÉXICO URBANO

*Marta Mier y Terán**
*Ana Karina Videgain**
*Nina Castro Méndez***
*Mario Martínez Salgado****

INTRODUCCIÓN

El proceso de transición de la fecundidad en México tuvo su inicio hacia finales de la década de 1960 y ha coincidido en el tiempo con la creciente participación de las mujeres en el mercado de trabajo, en especial de quienes han iniciado la formación de su familia (García y De Oliveira, 1994; Mier y Terán, 1996; García y Pacheco, 2000). Además, las jóvenes que empiezan a trabajar desde solteras permanecen cada vez más tiempo en el mercado de trabajo y combinan esta actividad con la formación de sus familias (Blanco y Pacheco, 2003; Castro, 2004).

En las últimas décadas, el mercado de trabajo en México se ha caracterizado por una creciente inestabilidad y precariedad en los empleos, lo cual ha propiciado la aparición de nuevos patrones de organización en el hogar, en los que el ingreso y las decisiones sobre su distribución dependen de ambos miembros de la pareja (Parrado y Zenteno, 2005). A pesar de estos cambios, los patrones de inicio de formación de las descendencias no han sufrido modificaciones mayores (Miranda, 2006).

* IIS, UNAM.

** El Colegio de México.

*** Unidad de Investigación sobre Representaciones Culturales y Sociales, UNAM-Morelia.

Los cambios en el modelo de inserción del país en la economía internacional de las últimas décadas han modificado la estructura de oportunidades: las desigualdades se han incrementado y el origen social de las personas ha tenido un peso creciente en la estructuración de los cursos de vida (Bronfman *et al.*, 1990; Tuirán, 1993; Solís y Billari, 2003; Pacheco, 2005). Con el objeto de conocer la heterogeneidad social, así como la posibilidad de que los efectos del cambio histórico sobre los cursos de vida estén mediados por las estructuras de desigualdad social, nos proponemos integrar a nuestro análisis dos fuentes de desigualdad social: el sexo y el estrato social de origen.

A lo largo de la vida de las personas, los procesos de decisión en cuanto a la formación de las familias y la participación en el mercado laboral mantienen una relación imbricada. En el análisis de esta relación, los desafíos conceptuales y metodológicos son grandes. En los enfoques económicos, se plantean con frecuencia análisis causales en los que la formación familiar condiciona el trabajo de las mujeres y se reconoce y enfrenta el problema de endogeneidad entre las variables (De Santis y Di Pino, 2009). Desde la perspectiva sociodemográfica, se analizan también los patrones familiares y reproductivos de las mujeres, dependiendo de su participación y tipo de inserción en el mercado laboral (Pacheco y Blanco, 2002). En ambos casos, gran parte de los trabajos se basan en observaciones transversales y un supuesto subyacente es que las decisiones tanto familiares como laborales obedecen principalmente a situaciones coyunturales.

En la perspectiva del curso de vida, las aproximaciones “holísticas” proponen a las trayectorias que conforman el curso de vida de las personas como objeto de estudio, una unidad conceptual que requiere de análisis (Billari y Piccarreta, 2005: 82). La perspectiva holística pone el acento en las trayectorias por encima de las transiciones o los estatus simples, con el objeto de dar cuenta de procesos de continuidad, rupturas y quiebres en el curso de vida. El análisis de trayectorias permite captar elementos fundamentales del curso de vida que aparecen desdibujados en el abordaje de estatus o transiciones simples. Se reconoce el encadenamiento, el orden y la convergencia como propiedades

principales de las narrativas (Abbott y Tsay, 2000). Nos interesa identificar el entrelazamiento de los múltiples estatus mediante los cuales los individuos despliegan su vida, los estatus posibles de combinar o integrar en un momento dado, los estatus que se excluyen, la manera en que se ordenan y las vías de acceso a otros dominios de vida. Todo esto permite conocer los caminos posibles por los cuales los individuos construyen sus vidas y, también, dar cuenta de procesos más generales, como los de integración y diferenciación de los cursos de vida en sociedades concretas.

En las últimas décadas, el desarrollo de métodos y técnicas de análisis cuantitativo en la perspectiva del curso de vida ha sido notable. En especial, el análisis de secuencias permite esta visión integral y consiste en representar la vida de las personas como una secuencia de estados, en la cual el orden y la duración tienen relevancia. Con el análisis de secuencias es posible obtener una descripción cabal de las trayectorias de vida; se emplean técnicas como el análisis de *cluster* para subdividir a la población con base en las trayectorias completas para construir una tipología con tipos de trayectorias y así apreciar qué tan homogéneos o heterogéneos son los cursos de vida.

En la perspectiva del sistema de género, se afirma que la división del trabajo se basa en la asignación de tareas diferentes a hombres y mujeres. En el caso de la participación femenina, el papel tradicional de cuidadora en la crianza de los hijos limita las posibilidades de inserción en el mercado laboral. Es común que la inserción laboral de las mujeres se caracterice por discontinuidades asociadas a los cambios en su vida familiar (Mier y Terán, 1996; Cerrutti, 1997; Coubès, 2000; Ariza y De Oliveira, 2005). Sin embargo, ante la falta de opciones alternativas de cuidado de los hijos pequeños, participar en el mercado laboral en condiciones de relativa flexibilidad hace posible conciliar el cuidado de los hijos con la actividad laboral. Para los hombres, desempeñar su papel tradicional de proveedores implica una racionalidad distinta en la que su participación en el mercado de trabajo es crucial para la sobrevivencia familiar, en particular cuando han iniciado la formación de sus familias. No obstante, la falta de oportunidades laborales, así como la creciente precariedad e inestabilidad en el

empleo definen en gran medida las condiciones de inserción en el mercado de trabajo, tanto de hombres como de mujeres.

El objetivo principal del capítulo es describir la forma en que las personas construyen de manera conjunta sus trayectorias familiares y laborales a lo largo de su curso de vida en las zonas urbanas de México. Nos interesa conocer cuáles son los caminos por los que se opta y su evolución en el tiempo, así como indagar si las desigualdades de género y de origen social definen los distintos caminos.

METODOLOGÍA

Entre las técnicas que dan apoyo al análisis de secuencias, el análisis de alineación óptima (OMA, por sus siglas en inglés: *Optimal Matching Analysis*) permite encontrar patrones en las secuencias con base en una medida de proximidad o semejanza entre ellas.¹ Una extensión de este procedimiento es el análisis de secuencias multidimensional (MCSA, por sus siglas en inglés: *Multichannel Sequence Analysis*) (Gauthier *et al.*, 2013). El MCSA hace posible el estudio simultáneo de trayectorias de diferentes dominios de la vida.²

En este trabajo, aplicamos un análisis de secuencias de dos dimensiones y un análisis de *cluster* al conjunto de la población, con el objeto de identificar una tipología de trayectorias que entrelazan las dimensiones familiar y laboral.³ Más adelante, con el fin de

¹ Las secuencias de eventos se alinean por pares y se transforma una secuencia en la otra a partir de inserciones, borrados y sustituciones de estados, modificaciones a las que se asocian “costos”. El resultado del OMA son las transformaciones entre pares de secuencias con costo mínimo. Las medidas de semejanza entre las trayectorias conforman la matriz de distancias (Abbot y Tsay, 2000).

² Cada dominio tiene una matriz de costos y una de distancias específicas. En nuestro análisis supusimos costos unitarios de sustitución en ambos dominios.

³ Aplicamos un análisis de *cluster* jerárquico aglomerativo (AGNES) a la matriz de distancias y elegimos el *cluster* de seis grupos. Para validar las agru-

conocer la manera en que el género, el estrato social y el cambio histórico interactúan y afectan los cursos de vida de las personas, estimamos una regresión logística para modelar la probabilidad de cada tipo de trayectoria.⁴

La fuente de datos es la Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011 (EDER-2011).⁵ Con el objeto de observar las trayectorias familiares y laborales en las etapas en que más confluyen, limitamos el análisis a las cohortes que han terminado o se encuentran hacia el final de su periodo reproductivo, nacidas en 1951-1953 y 1966-1968.⁶

Las cohortes más antiguas experimentaron la puesta en marcha de los programas gubernamentales de planificación familiar, hacia finales de la década de 1970, cuando se encontraban en una etapa intermedia de su vida reproductiva; las cohortes nacidas en la década de 1960 iniciaron su vida reproductiva cuando estos programas ya estaban en marcha y el nivel de fecundidad se encontraba en descenso en el conjunto del país, en particular, en las áreas urbanas. En el ámbito laboral, ambas cohortes participan en el ingreso creciente de la mujer al mercado de trabajo, pero la pri-

paciones, es posible usar la técnica *silhouette*, en la que se calculan valores del índice de anchura que van de -1 a 1, y reflejan qué tan bien ubicados están los casos en la agrupación (Kaufman y Rousseeuw, 2005). Con un *cluster* de seis grupos en el análisis bidimensional, el ancho es 0.20, que es sólo algo menor que cuando el número de grupos es de 2 a 4, para los que es de 0.23 a 0.25. Ante estas pequeñas diferencias, decidimos analizar los seis grupos que tenían mayor sentido teórico.

⁴ La variable sobre el estrato social consiste en los terciles del Índice de Orígenes Sociales (IOS): estratos bajo, medio y alto. En el IOS se incluye las dimensiones económica, educativa y de estratificación ocupacional cuando el individuo tenía 15 años de edad. El índice fue elaborado por el doctor Patricio Solís.

⁵ La muestra está conformada por tres cohortes de nacimiento (1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980) que residían en 2011 en 32 áreas urbanas y metropolitanas, que abarcan 86% de las áreas más urbanizadas del país. Se aplicó un muestreo probabilístico, estratificado y por conglomerados. La muestra de las tres cohortes es 2840 personas y 128507 años de vida.

⁶ La muestra de estas dos cohortes es de 1739 personas que seguimos a lo largo de 30 años, a partir de los 12 y hasta los 41 años de edad.

mera inicia su incorporación en un periodo de crecimiento económico, mientras que la segunda lo hace en uno de estancamiento. Suponemos que estas y otras experiencias dispares se reflejarán en las trayectorias familiares y laborales de las dos cohortes analizadas.⁷

En el componente familiar de mujeres y hombres, nos interesa distinguir las etapas en las que difieren los requerimientos de cuidado de los hijos en el hogar. Agrupamos la edad del hijo menor presente en el hogar según su probable asistencia a distintos niveles educativos en los que el involucramiento de los padres es cada vez menor; en las personas sin hijos en el hogar, distinguimos entre quienes se encuentran en unión y quienes no. Los estados analizados son cinco: no unidos (en soltería o en unión disuelta: separación, divorcio o viudez) sin hijos, en unión sin hijos, el hijo menor tiene de 0 a 5 años de edad, de 6 a 11 años, o de 12 años o más.

La componente laboral está conformada por la asistencia a la escuela como actividad principal, y la condición de asalariado o no asalariado en combinación con la duración de la jornada laboral. Planteamos que el estudio, la condición de asalariado y la jornada de tiempo completo implican horarios y lugares de trabajo difícilmente compatibles con el cuidado de los hijos, mientras que los trabajos no asalariados son generalmente más flexibles e implican una menor limitación de la actividad simultánea de la crianza de los hijos, en especial cuando son de tiempo parcial. Bajo estos supuestos, los estados en este componente laboral son seis: 1) asistencia a la escuela, 2) inasistencia a la escuela sin trabajo, 3) trabajo asalariado de tiempo completo, 4) trabajo no asalariado de tiempo completo, 5) trabajo asalariado de tiempo parcial y 6) trabajo no asalariado de tiempo parcial. Cabe señalar que la condición de no asalariado refleja situaciones tan disímboles como

⁷ Para México, Schockaert (2011) investigó las trayectorias laborales y familiares de mujeres en las ciudades de Guadalajara y Monterrey, mediante un análisis de secuencias; sus resultados muestran diferencias en la heterogeneidad de las secuencias, vinculadas con las especificidades del mercado laboral y la estructura económica de cada ciudad. En este trabajo, analizamos el conjunto de las zonas urbanas y suponemos que una parte de las diferencias entre las cohortes son reflejo de las condiciones del mercado laboral.

ser patrón, por cuenta propia, trabajador a destajo o familiar no remunerado; conservamos el criterio de asalariado o no porque, a pesar de su heterogeneidad, esta última categoría sí define mayor flexibilidad y, en general, refleja condiciones más desfavorables.

RESULTADOS

En su conjunto, las trayectorias se caracterizan por una corta asistencia a la escuela antes de iniciar la vida laboral y familiar. Sin embargo, las personas construyen sus trayectorias al entrelazar sus historias familiares y laborales de muy distinta manera, dependiendo de las valoraciones y las oportunidades de continuar con los estudios, desarrollar su vida laboral, formar una pareja y tener hijos.

A continuación, presentamos el análisis de la tipología en dos partes. En la primera, describimos las características principales de los componentes familiar y laboral de cada uno de los seis tipos de trayectorias; en la segunda parte, analizamos la composición por sexo, estrato de origen y cohorte de nacimiento de la población de cada uno de estos tipos de trayectorias.

TIPOLOGÍA DE LAS TRAYECTORIAS

Las principales características de las trayectorias se muestran en tres gráficas que analizamos de manera conjunta, con el objeto de lograr una visión integral y evitar repeticiones. Para proporcionar un primer acercamiento al conjunto de los resultados, en la gráfica 10.1 mostramos los histogramas de los estados en cada edad, entre los 12 y los 41 años. En la gráfica 10.2, presentamos el tiempo promedio que el conjunto de las personas pasa en los distintos estados. En la gráfica 10.3 están representadas las trayectorias individuales y es posible observar las secuencias entre los estados y la duración de éstos. En cada una de las gráficas, la serie que aparece en la parte superior corresponde al componente familiar y la inferior al laboral; los seis tipos de trayectorias aparecen en orden de izquierda a derecha.

Tipo 1. Formación familiar temprana y orientación al trabajo no asalariado (232 casos, 13% del total)

En el dominio familiar, los rasgos principales de este tipo de trayectorias son la unión marital, una temprana formación de la descendencia y más de 12 años en promedio con hijos pequeños de 0 a 5 años de edad. Como el inicio de la fecundidad es tan temprano, las personas tienen también tiempo para convivir con hijos de edades mayores (de 6 a 11 años y de 12 y más años).⁸

La vida laboral está caracterizada por un ingreso temprano al mercado de trabajo asociado a una baja permanencia en la escuela. El rasgo principal que distingue a este tipo es la inserción en el mercado laboral como trabajadores no asalariados (casi 18 años en promedio), aunque con frecuencia se dedican los primeros años de la vida laboral a trabajos asalariados (algo más de 7 años en promedio). Los trabajos son casi siempre de tiempo completo, en especial, después de los 20 años de edad.

Tipo 2. Orientación al trabajo asalariado (503 casos, 29% del total)

Es la trayectoria más común. En ella, las personas permanecen solteras sin hijos más tiempo que en el tipo anterior, pero la duración de la convivencia con hijos pequeños es semejante, algo más de 12 años. Como hay un leve retraso del inicio de la formación familiar, conviven en menor medida con hijos de más edad que en el tipo anterior, aunque las diferencias son pequeñas.

Aunado al mayor periodo en soltería, en este tipo de trayectorias las personas permanecen más en el sistema educativo e ingresan un poco más tarde al mercado laboral. Sin embargo, lo que más distingue a este tipo de trayectorias respecto del anterior es la participación en trabajos asalariados de tiempo completo (casi 22 años en promedio).

⁸ En este tipo de trayectorias, el índice de anchura *silhouette* tiene un valor de 0.18, muy cercano al de la tipología (0.20), que revela una ubicación razonable de las trayectorias en el grupo.

Después de dejar la escuela, algunas personas posponen su ingreso al mercado laboral. La participación en trabajos no asalariados ocurre esporádicamente en lapsos cortos a lo largo de la vida laboral. Los trabajos de tiempo parcial son poco comunes y se concentran en las edades muy tempranas.⁹

Tipo 3. Orientación a la familia (449 casos, 26% del total)

Este tipo es también muy frecuente, el segundo más numeroso. En él, el componente familiar se caracteriza por el tiempo más corto en soltería sin hijos, el mayor tiempo con hijos pequeños (más de 13 años en promedio) y, como inician tan temprano la formación de sus descendencias, con frecuencia conviven con hijos de 6 a 11 años y de 12 años o más.

La permanencia en la escuela es tan breve como en el primer tipo. No obstante, lo que en este caso distingue al componente laboral son los lapsos prolongados después de dejar la escuela en los que las personas no desempeñan trabajo extradoméstico: en promedio, pasan alrededor de 21 años sin asistir a la escuela ni participar en el mercado laboral. Con frecuencia, este estado ocurre después de lapsos cortos de participación como trabajadores asalariados. A partir de los 25 años de edad, se observan casos de regreso al mercado laboral, principalmente en trabajos asalariados de tiempo completo. Los trabajos de tiempo parcial son muy escasos a lo largo de estas trayectorias.¹⁰

⁹ En este tipo, el índice de anchura *silhouette* es 0.25, que refleja mejor una ubicación de las trayectorias que en el tipo anterior.

¹⁰ El índice de anchura *silhouette* es 0.32, el valor más alto observado. Las trayectorias en este tipo se encuentran mejor ubicadas: más cercanas entre ellas y más distantes de las de los otros tipos.

Tipo 4. Formación familiar tardía y orientación al trabajo asalariado (248 casos, 14% del total)

Las personas posponen el inicio de la unión conyugal, ya que a partir de los 12 años de edad, pasan más de 20 años en promedio como solteros sin hijos; una vez unidos, con frecuencia posponen la llegada de los hijos: en promedio casi cinco años. El tiempo que pasan con hijos pequeños es breve. Llama la atención que, hasta los 41 años de edad, en promedio pasan el mismo número de años en unión sin hijos que con hijos pequeños. Por supuesto, después de los 41 años, que es la edad última de observación, todavía es posible tener otros años de convivencia con hijos pequeños, en particular los hombres que pueden estar unidos con mujeres más jóvenes.

El componente laboral de este tipo de trayectoria se caracteriza por una mayor permanencia en la escuela y un ingreso más tardío al mercado de trabajo, como trabajadores asalariados de tiempo completo. El aspecto laboral de este tipo se asemeja al del segundo tipo, sólo que en edades levemente más tardías en la transición de la escuela al trabajo. Los pocos lapsos de trabajos de tiempo parcial ocurren en edades tempranas, mientras que los escasos trabajos no asalariados de tiempo completo ocurren, ya sea en edades tempranas o hacia el final de la observación.¹¹

Tipo 5. Formación familiar tardía y orientación al trabajo de tiempo parcial (196 casos, 11% del total)

En lo familiar, este tipo de trayectoria se caracteriza por ser una situación intermedia entre las tres primeras trayectorias con formaciones tempranas y la cuarta con formación tardía. La permanencia prolongada como solteros sin hijos es una característica de este tipo con formación familiar tardía y trabajo de tiempo parcial; el estado de soltería antes de iniciar la formación de sus descen-

¹¹ En este tipo, el índice de anchura *silhouette* es 0.18, igual al del tipo 1, y cercano al del conjunto de la tipología.

dencias dura 14 años en promedio, menos que en la trayectoria 4, pero notablemente más que en las tres primeras trayectorias. El tiempo que la pareja retrasa la llegada del primer hijo también es algo menor que en la trayectoria anterior pero mayor que en las tres primeras. Esta situación intermedia ocurre también con el tiempo que pasan con hijos de distintas edades.

La permanencia en la escuela es relativamente prolongada, como en el caso anterior. Lo que caracteriza a este tipo es una gran heterogeneidad y la presencia de trabajos de tiempo parcial, en especial no asalariados; su frecuencia aumenta con la edad, al igual que la frecuencia de los trabajos no asalariados de tiempo completo. Hacia los 25 años de edad, el estado de trabajo asalariado de tiempo completo tiende a reducirse y surgen lapsos fuera del mercado laboral.¹²

Tipo 6. Retraso de la formación familiar (111 casos, 6% del total)

Es el grupo menos numeroso. En estas trayectorias hay un franco retraso de la entrada en unión y del nacimiento de los hijos. No son pocos los casos en que las personas permanecen solteras sin hijos al final de la observación, a los 41 años de edad. En promedio pasan casi 24 años como solteros sin hijos. Quienes inician una unión, también tienden a posponer la llegada de los hijos (alrededor de 4 años en promedio). El inicio de la formación de su descendencia es tan tardío que conviven poco tiempo con hijos pequeños menores de 6 años y no conviven con hijos de mayor edad.

La permanencia en la escuela es heterogénea pero generalmente muy corta. Algunos con muy poca escolaridad permanecen dedicados a las labores del hogar todo el periodo observado o gran parte de él. Al igual que en las trayectorias del tipo 1, la participación en trabajos no asalariados es frecuente, en especial en las

¹² En este tipo, el valor del índice de anchura *silhouette* es el más bajo, es negativo (-0.11), lo que refleja que son trayectorias que no se diferencian claramente de las de los otros tipos ni se asemejan tanto entre sí. Podría considerarse un grupo residual.

edades no muy jóvenes. El poco trabajo asalariado que se lleva a cabo es más común en las edades jóvenes. Los trabajos de tiempo parcial son pocos y, entre ellos, los no asalariados se concentran en edades muy jóvenes.¹³

Una vez que conocemos los principales rasgos de los seis tipos de trayectorias de la tipología, nos interesa saber quiénes siguen a lo largo de su vida los distintos senderos.

COMPOSICIÓN DE LA POBLACIÓN DE LOS TIPOS DE TRAYECTORIAS

La primera pregunta que nos planteamos sobre la composición de los tipos es si el sexo define en gran medida la trayectoria que siguen las personas. En los resultados se observa que el rol de género sí influye en las trayectorias por las que se opta, pero con muchos matices (cuadro 10.1). El tipo 3 orientado a la familia está conformado casi en su totalidad por mujeres; los varones constituyen sólo 2% de los casos (cuadro 10.1). Sin embargo, solamente la mitad de las mujeres se encuentra en este tipo de trayectoria y la otra mitad se distribuye en los demás tipos. En mayor o menor medida, las mujeres están presentes en los otros cinco tipos de trayectorias con participación en el mercado laboral. En el tipo 5, en el que la formación familiar es relativamente tardía, hay una orientación al trabajo de tiempo parcial; más de la mitad (57%) son mujeres. En los demás tipos, alrededor de una tercera parte de los integrantes son mujeres. De esta manera, sí hay un tipo de trayectoria femenina en la que se encuentran la mitad de las mujeres, pero no hay el espacio equivalente en los varones, esto es, de un tipo de trayectoria totalmente masculina. Las mujeres constituyen cerca de una tercera parte en los tipos de trayectorias predominantemente masculinos (tipos 1, 2, 4 y 6).

¹³ El índice de anchura en este tipo es bajo, pero positivo (0.07), lo que refleja que las trayectorias de tipo 6 son más cercanas entre ellas que de las de los otros tipos de trayectorias.

Cuadro 10.1. Porcentaje de mujeres y varones de distintos estratos y cohortes en cada tipo de trayectoria

Tipo	Mujeres (%)							Varones (%)							Total (%)
	Bajo		Medio		Alto			Bajo		Medio		Alto			
	1951-1953	1966-1968	1951-1953	1966-1968	1951-1953	1966-1968	Subtotal	1951-1953	1966-1968	1951-1953	1966-1968	1951-1953	1966-1968	Subtotal	
1	4.3	6.0	6.0	3.0	5.6	3.9	28.9	12.5	16.8	9.5	13.8	8.2	10.3	71.1	100
2	2.8	5.6	2.2	5.8	8.2	5.6	30.0	12.7	11.1	13.1	10.7	11.9	10.3	70.0	100
3	21.8	19.4	17.8	15.6	13.1	10.0	97.8	0.4	0.2	0.2	0.2	0.7	0.4	2.2	100
4	4.4	4.0	2.0	6.9	5.2	11.3	33.9	8.5	12.1	10.9	8.9	12.1	13.7	66.1	100
5	7.7	5.1	4.6	13.3	12.2	14.3	57.1	8.2	4.1	11.7	5.1	7.1	6.6	42.9	100
6	9.9	2.7	4.5	3.6	3.6	7.2	31.5	11.7	16.2	6.3	8.1	8.1	18.0	68.5	100

Nota: Tipos: 1) formación familiar temprana y orientación al trabajo no asalariado; 2) orientación al trabajo asalariado; 3) orientación a la familia; 4) formación familiar tardía y orientación al trabajo asalariado; 5) formación familiar tardía y orientación al trabajo de tiempo parcial; 6) retraso de la formación familiar. La proporción del total de casos es: 13% en el tipo 1, 29% en el 2, 26% en el 3, 14% en el 4, 11% en el 5, y 6% en el 6.

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EDER (2011).

También nos preguntamos si algunos tipos de trayectorias reflejan principalmente los patrones de la cohorte más antigua (1951-1953) y otros los de la cohorte más reciente (1966-1968). Aquí la respuesta es negativa porque cada una de las cohortes constituye al menos 40% en cada grupo. Por supuesto, el tipo 4, "formación familiar tardía y orientación al trabajo asalariado", es menos tradicional y en ella la presencia de la cohorte más joven es más común. También los varones tienen una presencia creciente en el tiempo en los tipos de trayectorias 1 y 6, caracterizados por el predominio del trabajo no asalariado. Como se dijo antes, la cohorte más joven inicia su vida laboral en momentos de estancamiento de la economía con escasas oportunidades de inserción en empleos asalariados. Nuestros resultados sugieren que las limitaciones en el mercado de trabajo afectaron mayormente a los varones.

El origen social también está asociado, en cierta medida, con las distintas trayectorias, pero es de resaltar que cada uno de los tres estratos está representado por al menos 24% de los casos en cada uno de los tipos. El estrato bajo tiene mayor presencia en los tipos 1, 3 y 6; los tipos 1 y 6, caracterizados por el trabajo no asalariado y el tipo 3 por la escasa participación en el mercado laboral. Por el contrario, en los tipos 4 y 5, en los que la formación familiar es tardía, ya sea que realice trabajo asalariado de tiempo completo o se tengan tipos variados de inserción laboral, la presencia del estrato alto es más común: 42 y 40%, respectivamente (cuadro 10.2).

RESULTADOS DE LOS MODELOS MULTIVARIADOS

Con el objeto de lograr un acercamiento más fino a la manera en que interactúan las desigualdades de género y estrato, y su cambio en el tiempo, así como para definir los tipos de trayectorias familiares y laborales, estimamos una regresión logística sobre la probabilidad de estar ubicado en cada uno de los seis tipos. Las variables explicativas son el género, el estrato y la cohorte, así como las interacciones de orden dos y tres entre ellas (cuadro 10.3).

Cuadro 10.2. Distribución porcentual de mujeres y varones de distintos estratos según el tipo de trayectoria y la cohorte de nacimiento

Tipo	1951-1953 (%)					
	Mujeres			Varones		
	Bajo	Medio	Alto	Bajo	Medio	Alto
1	6.3	11.3	8.4	20.0	15.1	14.1
2	8.8	8.9	26.6	44.1	45.2	44.4
3	61.6	64.5	38.3	1.4	0.7	2.2
4	6.9	4.0	8.4	14.5	18.5	22.2
5	9.4	7.3	15.6	11.0	15.8	10.4
6	6.9	4.0	2.6	9.0	4.8	6.7
Total	100	100	100	100	100	100

Tipo	1966-1968 (%)					
	Mujeres			Varones		
	Bajo	Medio	Alto	Bajo	Medio	Alto
1	9.2	4.6	6.2	25.7	25.0	16.6
2	18.4	19.0	19.2	36.8	42.2	35.9
3	57.2	45.8	30.8	0.7	0.8	1.4
4	6.6	11.1	19.2	19.7	17.2	23.4
5	6.6	17.0	19.2	5.3	7.8	9.0
6	2.0	2.6	5.5	11.8	7.0	13.8
Total	100	100	100	100	100	100

Nota: Tipos: 1) formación familiar temprana y orientación al trabajo no asalariado; 2) orientación al trabajo asalariado; 3) orientación a la familia; 4) formación familiar tardía y orientación al trabajo asalariado; 5) formación familiar tardía y orientación al trabajo de tiempo parcial; 6) retraso de la formación familiar. La proporción del total de casos es 13% en el tipo 1, 29% en el 2, 26% en el 3, 14% en el 4, 11% en el 5, y 6% en el 6.

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EDER (2011).

Cuadro 10.3. Resultados de regresiones logísticas estimadas para modelar la probabilidad de los individuos de pertenecer a cada tipo de trayectoria

	Tipo de trayectorias											
	1		2		3		4		5		6	
	Exp. Estim.	p value	Exp. Estim.	p value	Exp. Estim.	p value	Exp. Estim.	p value	Exp. Estim.	p value	Exp. Estim.	p value
(Intercept)	0.250	0.000	0.790	0.159	0.014	0.000	0.169	0.000	0.124	0.000	0.098	0.000
Mujer	0.268	0.001	0.122	0.000	114.869	0.000	0.439	0.035	0.840	0.645	0.755	0.51
Estrato medio	0.710	0.27	1.044	0.855	0.493	0.566	1.34	0.358	1.508	0.24	0.511	0.166
Estrato alto	0.655	0.191	1.013	0.959	1.625	0.598	1.687	0.096	0.933	0.858	0.725	0.476
Cohorte 1966-1968	1.381	0.247	0.738	0.201	0.474	0.543	1.452	0.232	0.448	0.074	1.364	0.419
Estr_Medio*Coh_1966-1968	1.361	0.458	1.198	0.596	2.411	0.639	0.630	0.299	1.012	0.984	1.101	0.881
Estr_Alto*Coh_1966-1968	0.877	0.763	0.947	0.872	1.300	0.865	0.738	0.473	1.900	0.289	1.642	0.384
Mujer*Coh_1966-1968	1.095	0.86	3.168	0.006	1.759	0.652	0.653	0.437	1.509	0.506	0.199	0.035
Mujer*Estr_Medio	2.672	0.065	0.966	0.942	2.295	0.508	0.422	0.176	0.498	0.215	1.106	0.891
Mujer*Estr_Alto	2.097	0.173	3.712	0.001	0.238	0.131	0.735	0.561	1.900	0.219	0.495	0.346
Mujer*Estr_Medio*Coh_1966-1968	0.183	0.027	0.857	0.803	0.231	0.443	4.984	0.051	3.824	0.111	2.142	0.507
Mujer*Estr_Alto*Coh_1966-1968	0.537	0.413	0.295	0.03	0.663	0.794	3.679	0.069	1.000	1.000	4.886	0.139

Nota 1: En gris y negritas los valores significativos al $p < 0.1$.

Nota 2: Tipos: (1) formación familiar temprana y orientación al trabajo no asalariado; (2) orientación al trabajo asalariado; (3) orientación a la familia; (4) formación familiar tardía y orientación al trabajo asalariado; (5) formación familiar tardía y orientación al trabajo de tiempo parcial; (6) retraso de la formación familiar. La proporción del total de casos es 13% en el tipo 1, 29% en el 2, 26% en el 3, 14% en el 4, 11% en el 5 y 6% en el 6.

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EDER (2011).

Tipo 1: *formación familiar temprana y orientación al trabajo no asalariado*. Las mujeres en su conjunto tienen probabilidades mucho menores que los hombres de encontrarse en este tipo de trayectoria; 8% de las mujeres y 19% de los varones se encuentran en este grupo. Las interacciones en el modelo muestran que las pocas mujeres en este tipo pertenecen sobre todo al estrato medio y la cohorte más antigua. Ellas pudieron conciliar una formación familiar temprana con un inicio de la vida laboral también temprano en trabajos de tiempo completo; probablemente la opción de los trabajos no asalariados facilitó la conciliación del papel de la maternidad con el trabajo extradoméstico a partir de edades tempranas.

Tipo 2: *orientación al trabajo asalariado*. La probabilidad del conjunto de las mujeres de estar en este tipo de trayectoria respecto de los hombres es muy baja, la más baja de todos los tipos, en parte porque en los varones es el tipo más frecuente: 41% de ellos y 17% de ellas se ubican aquí. Las mujeres que tienen acceso a estas trayectorias, caracterizadas por una formación familiar relativamente temprana y una participación en el mercado laboral en trabajos asalariados son, en general, de la cohorte más reciente o bien el estrato alto. No obstante, la interacción de las tres variables sugiere que también algunas mujeres del estrato alto de la cohorte más antigua y de los estratos bajo y medio de la cohorte más reciente tienen mayores probabilidades de ubicarse en este tipo de trayectorias que quienes se encuentran en la categoría de referencia.

En el Tipo 3: *orientación a la familia*, la variable "sexo" atrapa casi todo el efecto de las variables explicativas en estas trayectorias orientadas a la familia, por las que opta una de cada dos mujeres. No obstante, las mujeres del estrato alto parecen tener menores probabilidades de seguir estas trayectorias; el coeficiente no es estadísticamente significativo, pero su magnitud apunta en ese sentido.

Tipo 4: *formación familiar tardía y orientación al trabajo asalariado*. La probabilidad del conjunto de las mujeres de estar en este tipo de trayectorias es menor que la de los hombres, pero la brecha no es tan acentuada como en el caso de los primeros dos tipos; 9% de las mujeres y 19% de los varones se ubican en ese tipo. Las personas del estrato alto tienen mayores probabilidades de encontrar-

se aquí, en comparación con las personas de los demás estratos. Además, las mujeres de los estratos medios y altos de las cohortes más jóvenes tienen las mayores probabilidades de seguir este tipo de trayectoria, lo que sugiere un aumento en el tiempo en la participación laboral de las mujeres de estos estratos.¹⁴ Estas mujeres tienen acceso a una vida laboral continua en trabajos asalariados, que logran, al igual que los hombres de este tipo de trayectorias, con una formación familiar en la que se pospone tanto el inicio de la unión como, después, la llegada de los hijos. Cabe señalar que los costos de posponer la vida familiar son muy distintos en hombres y mujeres.

Tipo 5: *formación familiar tardía y orientación al trabajo de tiempo parcial*. En este modelo, la única variable significativa, además del intercepto, es la cohorte. Las personas de las cohortes más jóvenes, tanto hombres como mujeres, tienen menores probabilidades de encontrarse en esta trayectoria en la que se pospone la formación de la unión y la vida laboral se caracteriza por una gran variabilidad a lo largo de la vida de los individuos y entre ellos. La magnitud del coeficiente sugiere que esta combinación de vidas familiares y laborales es más común en las mujeres del estrato medio y de la cohorte más reciente.

Es interesante resaltar que éste es el tercer grupo de trayectorias con mayor presencia de mujeres, sólo después de los tipos 2 y 3; 13% de las mujeres y 10% de los varones se encuentran en este tipo, lo que sugiere una configuración particular de trayectorias familiares y laborales. El calendario de formación familiar es más tardío que en los tipos 2 y 3, y la participación en el mercado laboral es muy diferente a la observada en los otros tipos orientados al trabajo e integrados en su mayoría por varones; en el tipo 5, la participación laboral de tiempo parcial es mucho más común. Se trata de un grupo heterogéneo, como se mencionó ya, pero que refleja las trayectorias de algunas mujeres que optaron por la combinación de cierto retraso en la formación de sus familias con una vida laboral caracterizada por una gran inestabilidad.

¹⁴ Se deduce de la interacción estadísticamente significativa de los estratos medio y alto con mujer y la cohorte 1966-1968.

Tipo 6: *retraso de la formación familiar*. Además del intercepto, el único coeficiente estadísticamente significativo en el modelo de este tipo de trayectorias es la interacción del sexo con la cohorte; de manera que las mujeres de la cohorte más joven tienen una probabilidad mucho menor de encontrarse en esta trayectoria que los hombres de la cohorte más antigua. Sólo 4% de las mujeres y 9% de los varones optan por estas trayectorias. Pareciera un grupo residual de los solteros con poca escolaridad y vidas laborales variadas en las que predominan el trabajo no asalariado y el permanecer fuera del mercado matrimonial.

CONCLUSIONES

A lo largo de su vida, las personas se enfrentan a estructuras de oportunidades diversas, permeadas por las desigualdades de género y origen social que prevalecen en nuestro país. En este trabajo, la agrupación y caracterización de las secuencias nos permitió acercarnos al entrelazamiento entre la vida familiar y laboral a lo largo del curso de vida.

Uno de nuestros principales hallazgos es haber identificado que, en el entrelazamiento de la vida familiar y la laboral en etapas tempranas, las trayectorias laborales son más heterogéneas que las familiares y que, en algunos casos, se entrelazan a tipos de trayectorias familiares muy específicas. En el dominio laboral, las distancias entre las trayectorias de vida de las mujeres y los varones son mayores. El componente de la formación familiar tiende a homogeneizar las trayectorias de hombres y mujeres, ya que ante trayectorias familiares similares, los caminos por los que se opta en la vida laboral son distintos en mujeres y varones.

En la tipología, el grupo más numeroso es el de "orientación al trabajo asalariado", que congrega principalmente a varones, aunque también se encuentran en éste mujeres del estrato alto, así como de los estratos bajo y medio de la cohorte más reciente; estas últimas se incorporaron al mercado laboral en situaciones adversas y de coyuntura. La mayor permanencia en el sistema educativo y un periodo de soltería más largo propician un ligero retraso

en la formación familiar. La entrada al mercado laboral también es aplazada y la incorporación es como asalariados en trabajos de tiempo completo.

El conjunto de trayectorias con “orientación a la familia” es el segundo más numeroso y está formado casi exclusivamente por mujeres que se dedican a las actividades domésticas y la crianza de los hijos. La salida del sistema educativo así como la formación de las descendencias son tempranas, y el periodo de convivencia con hijos pequeños es largo, lo que sugiere proles numerosas. Algunas mujeres se incorporan en trabajos asalariados por lapsos breves antes de iniciar la formación de sus familias y, una vez que los hijos han crecido, se incorporan al mercado laboral en trabajos asalariados, ya sea de tiempo completo o tiempo parcial. Las mujeres del estrato alto tienen una menor probabilidad de estar incluidas en este grupo, seguramente porque cuentan con mayor escolaridad y pueden acceder a mejores empleos que no interrumpen por sus responsabilidades vinculadas con la reproducción social, algunas de las cuales pueden delegar a otras personas.

El tipo de trayectorias caracterizado por la “formación familiar tardía y la orientación al trabajo asalariado” se conforma principalmente por varones y personas del estrato alto, también por mujeres de los estratos medio y alto de la cohorte joven, cuyas secuencias se caracterizan por la mayor permanencia en el sistema educativo, una vida laboral continua en trabajos asalariados de tiempo completo y un retraso en la formación conyugal y de las descendencias. Las mujeres de este grupo optan por patrones menos tradicionales: tienen una trayectoria laboral ininterrumpida, posponen su entrada en unión y, una vez unidas, retrasan la llegada del primer hijo, y seguramente tienen un menor número de hijos.

Una situación distinta se encuentra en el grupo de trayectorias con una “formación familiar temprana y orientación al trabajo no asalariado”. Entre las mujeres de este grupo, sobresalen las del estrato medio, en especial de la cohorte más antigua, quienes se incorporaron al trabajo asalariado de tiempo completo tras una estancia corta en el sistema educativo. Más tarde, cuando inician la formación de sus descendencias, participan en trabajos no asalariados de tiempo completo. La mayor flexibilidad de este tipo de

trabajo hizo posible la compatibilidad con una formación familiar temprana.

Respecto a los cambios en el tiempo, cabe señalar que ninguno de los seis tipos representa la experiencia preponderante de alguna de las dos cohortes. Sin embargo, en cada grupo observamos cambios en la composición por sexo y estrato entre las cohortes de nacimiento, lo que sugiere que el tiempo histórico actúa de manera diferenciada en las experiencias individuales según el sexo y el estrato de origen de las personas.

Las mujeres de la cohorte más joven tienen mayor presencia en los tipos de las trayectorias con predominio de varones que las de la cohorte anterior. Los caminos o trayectorias que se tornan posibles para mujeres en la cohorte más joven están mediados por el estrato de origen.

Las desigualdades de género son un factor fundamental para estructurar las trayectorias de vida. Si bien existe un canal que es exclusivamente femenino, no sucede lo mismo para los varones. El dominio laboral estructura la vida de los varones, y las trayectorias con participación en trabajos asalariados están asociadas con calendarios más tardíos en las trayectorias familiares.

En la estructuración de las trayectorias de vida, el sexo actúa como un primer y principal canal de diferenciación, y en su interior actúan las desigualdades por estrato de origen; es decir, las desigualdades entre estratos sociales inciden en una población ya segmentada por sexo. Además, esta segmentación por sexo y desigualdad por estrato se modifican en el tiempo histórico.

En suma, este trabajo corrobora gran parte de lo que se ha investigado sobre la relación entre la vida laboral y familiar de las mujeres en México, a partir de análisis transversales o longitudinales de corto aliento. Sin embargo, en este capítulo se logra una visión más completa, nítida y contundente de esta relación compleja, gracias a la aproximación longitudinal simultánea de las secuencias familiares y laborales, la inclusión de las experiencias de los varones, y la posibilidad de discernir las diferencias entre estratos sociales, su evolución en el contexto de la transición de la fecundidad y la creciente incorporación de la mujer al mercado de trabajo.

REFERENCIAS

- ABBOT, A. y A. TSAY (2000). "Sequence Analysis and Optimal Matching Methods in Sociology. Review and Prospect", *Sociological Methods and Research*, vol. 29, núm. 1, pp. 3-33.
- ARIZA, M. y O. DE OLIVEIRA (2005). "Unión conyugal e interrupción de la trayectoria laboral de las trabajadoras urbanas en México", en M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México en el siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, Cámara de Diputados / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey / El Colef / Miguel Ángel Porrúa, pp. 429-452.
- BILLARI, F. C. y R. PICARRETA (2005). "Analyzing Demographic Life Courses through Sequence Analysis", *Mathematical Population Studies: An International Journal of Mathematical Demography*, 12, pp. 81-106, [<http://dx.doi.org/10.1080/08898480590932287>], consultado el 1 de abril de 2013.
- BLANCO, M. y E. PACHECO (2003). "Trabajo y familia desde el enfoque del curso de vida: dos subcohortes de mujeres mexicanas", *Papeles de Población*, vol. 9, núm. 38, pp. 159-193.
- BRONFMAN, M., B. GARCÍA, F. JUÁREZ, O. DE OLIVEIRA y J. QUILODRÁN (1990). *Social Sectors and Reproduction in Mexico*, El Colegio de México / The Population Council (Demographic and Health Surveys Further Analysis Series, núm. 7).
- CASTRO, N. (2004). "Temporalidades reproductivas y trayectoria laboral femenina en México", *Papeles de Población*, vol. 10, núm. 41, pp. 107-139.
- CERRUTI, M. (1997). *Coping with Opposing Pressures: A Comparative Analysis of Women's Intermittent Participation in the Labor Force in Buenos Aires and Mexico City*, tesis de doctorado, Universidad de Texas en Austin.
- COUBÈS, M.-L. (2000). "Trayectorias laborales femeninas en México: evolución en las cuatro últimas décadas. La temporalidad del empleo: efectos en la diferenciación por sexo", trabajo presentado en el XII Congreso de la Latin American Studies Association (LASA).
- DE SANTIS, G. y A. DI PINO (2009). "Female Labour Participation with Concurrent Demographic Processes: An Estimation for

- Italy", en H. Engelhardt *et al.* (eds.), *Causal Analysis in Population Studies*, Nueva York, Springer (Series on Demographic Methods and Population Analysis 23), pp. 149-165.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].
- GARCÍA, B. y O. DE OLIVEIRA (1994). *Trabajo femenino y vida familiar en México*, México, El Colegio de México.
- ____ y E. PACHECO (2000). "Esposas, hijos e hijas en el mercado de trabajo de la Ciudad de México en 1995", *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 43, enero-abril, pp. 35-63.
- GAUTHIER, J. A. *et al.* (2013). "Multichannel Optimal Matching: A Multidimensional Approach to Sequence Analysis", en R. Levy y E. D. Widmer (eds.), *Gendered Life Course between Standardization and Individualization. A European Approach Applied to Switzerland*, Berlín, LIT Verlag, pp. 245-263.
- KAUFMAN, L. y P. J. ROUSSEEUW (2005). *Finding Groups in Data. An Introduction to Cluster Analysis*, Nueva Jersey, John Wiley & Sons.
- MIER Y TERÁN, M. (1996). "The Implications of Mexico's Fertility Decline for Women's Participation in the Labour Force", en J. M. Guzmán *et al.* (eds.), *The Fertility Transition in Latin America*, Oxford, Clarendon Press, pp. 323-342.
- MIRANDA, A. (2006). "Are Young Cohorts of Women Delaying First Births in Mexico?", *Journal of Population Economics*, vol. 19, núm. 1, pp. 55-70.
- PACHECO, E. (2005). "La movilidad ocupacional de los hijos frente a sus padres", en M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México en el siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, Cámara de Diputados / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey / El Colef / Miguel Ángel Porrúa, pp. 227-258.
- ____ y M. BLANCO (2002). "La mujer y el trabajo en México: algunas aportaciones del PIEM", en E. Urrutia (coord.), *Estudios sobre las mujeres y las relaciones de género en México: aportes desde diversas disciplinas*, México, El Colegio de México-PIEM.

- PARRADO, E. y R. ZENTENO (2005). "Medio siglo de incorporación de la mujer a la fuerza de trabajo: cambio social, reestructuración y crisis económica en México", en M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México en el siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, Cámara de Diputados / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey / El Colef / Miguel Ángel Porrúa, pp. 191-226.
- SCHOCKAERT, I. (2011). *Structure, différenciation sociale et action: les parcours emploi-famille dans deux villes mexicaines, Guadalajara et Monterrey*, tesis de doctorado, Université de Louvain-la-Neuve, Département de Sciences Politiques et Sociales.
- SOLÍS, P. y F. BILLARI (2003). "Vidas laborales entre la continuidad y el cambio social: trayectorias ocupacionales masculinas en Monterrey, México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 18, núm. 54, pp. 559-595.
- TUIRÁN, R. (1993). *Estrategias familiares de vida en época de crisis: el caso de México*, s.l., Cepal.

TERCERA PARTE
ESCOLARIDAD Y TRABAJO

11. DEJAR LA ESCUELA EN PERSPECTIVA LONGITUDINAL MICRO-MACRO: MARCAS BIOGRÁFICAS Y CONTEXTUALES*

Nicolás Brunet**

INTRODUCCIÓN: SALIDA DE LA ESCUELA EN CONTEXTO MICRO-MACRO

La salida de la escuela es un proceso de transición socialmente condicionado; como tal, se produce en un marco de restricciones materiales y simbólicas que aceleran o disminuyen el riesgo de su ocurrencia. Dichas condiciones sociales se configuran históricamente en tramas espaciales y temporales que regulan e institucionalizan las trayectorias escolares individuales, a las cuales podemos denominar *contextos de macronivel*. Particularmente, dichos contextos proveen o recortan oportunidades que se articulan con el impacto de capacidades individuales y herencias familiares. Esta articulación se denominará *micro-macro vínculo*. Pero, ¿cómo entender el micro-macro vínculo en el riesgo de salida de la escuela? El impacto de un macro nivel se apoya en los principios básicos de la perspectiva de curso de vida. Mediante el principio de “tiempo y espacio” (Mortimer y Shanahan, 2002) se ha indicado que el curso de vida de personas y cohortes estaría incrustado y configurado en los tiempos históricos y lugares que le han servido de escenario: las localidades geográficas urbanas o rurales, las condiciones políticas e institucionales y las oportunidades de vida

* Agradezco a Patricio Solís, Silvia Giorguli, Fernando Cortés y Julieta Pérez Amador por sus valiosas aportaciones a este trabajo.

** CES, El Colegio de México.

disponibles en el mercado de trabajo. Justamente, el calendario de las transiciones educativas marca patrones de dependencia vinculados al contexto educativo, ocupacional y a pautas culturales que pueden variar paulatinamente en periodos normales, incluso, de forma radical en periodos de crisis (Courgeau, 2003: 12). La substancial diversidad social y regional de México permite asumir la hipótesis según la cual la salida de la escuela no se produce en el “vacío”.

Evidentemente, tras el debate de las conexiones “micro-macro” se despliega una larga tradición sociológica derivada de la dicotomía entre constreñimientos sociales, por un lado, y racionalidad y motivaciones individuales, por otro (Alexander *et al.*, 1987). Una guerra entre paradigmas *holista* e *individualista* (Courgeau, 2003: 9) complejizó más el debate, tiñéndolo de disputa por el método. Del lado “micro”, se hizo énfasis en la interpretación de la acción en el marco de las motivaciones e intenciones de los actores mediante sus interacciones con significado. Del lado “macro”, en cambio, se propuso que el objetivo no debe ser explicar el comportamiento individual, “sino cómo el contexto social influye en las chances de vida” (Blau, 1997: 20). Con énfasis en las estructuras sociales, podrían destacarse los condicionamientos materiales del proceso de salida de la escuela (a lo Marx) *versus* las intenciones y motivaciones como regularidades de la acción social coligadas a dicha transición (a lo Weber). Una posible articulación podría acentuar la internalización de pautas de asistencia escolar como resultado de la socialización familiar y la institucionalización de los individuos (a lo Parsons) (Alexander *et al.*, 1987).

También se ha sugerido que, antes que individual, el logro escolar es un proceso institucionalizado (Elman y O’Rand, 2007: 1278). Desde la “teoría de la industrialización” (Treiman, 1970) se ha postulado que, por la vía de la valorización de la educación y de la reducción del peso de los orígenes sociales sobre el logro escolar, la “modernización” de las estructuras económicas facilita una distribución más equitativa de los recursos sociales. A pesar de las críticas sobre su carácter de generalización empírica e insuficiencia explicativa (Müller y Karle, 1993; Mont’Alvão, 2011), estos enfoques han encontrado que el grado de “desarrollo

social” tiene efectos sobre las oportunidades de permanencia en la escuela. Desde este punto de vista, la calificación del mercado de trabajo y la reducción del peso de las ocupaciones tradicionales, como la agricultura y la pesca, estimulan una mayor demanda de educación y aumentan las probabilidades de asistencia escolar de los niños, minimizando los requerimientos de participación en trabajos familiares (Treiman, Ganzeboom y Rijken, 2003). En esta línea, se creó un índice de calificación ocupacional que permitirá resumir el impacto del tipo de contexto sobre la salida de la escuela. El detalle de la construcción de este indicador se presenta más adelante en la sección Variables.

En suma, múltiples perspectivas son posibles. Evidentemente, la Encuesta Demográfica Retrospectiva, 2011 (EDER-2011) no admite una interpretación de la salida de la escuela en términos de intenciones o motivaciones, pero permite identificar la biografía y el contexto macrosocial donde ésta se desarrolla. Allende al gran debate, debe tenerse en cuenta que los términos micro y macro asociados a los niveles son siempre “relativos” a la estrategia escogida (Courgeau, 2003: 19).

DINÁMICA BIOGRÁFICA CON PERSPECTIVA DE GÉNERO

La salida de la escuela está subordinada a la dinámica temporal de cada biografía. Con desiguales márgenes de libertad y opción, cada persona “toma” decisiones vitales a edades diferentes, estableciendo calendarios anticipados o postergados (dejar la escuela, comenzar a trabajar, casarse o tener hijos); por ello, las biografías son dinámicas. Los acontecimientos que ocurren en dominios del curso de vida diversos como el escolar, laboral o familiar están “entrelazados” (De Sandre, 2004) y son interactivos. Por una parte, se ha considerado especialmente el costo de oportunidad asociado a la pérdida de salarios o la disponibilidad de empleos que compiten con la permanencia en la escuela (Rosenbaum *et al.*, 1990; Raftery y Hout, 1993). Por otra parte, la adquisición de roles familiares, conyugales y reproductivos, en ciertos puntos del curso de vida, suele generar tensiones que pueden resolverse con el

abandono de la escuela y la entrada al empleo, dadas las urgencias del sustento económico del hogar.

La utilización de variables móviles sobre los eventos de primer empleo y primera unión conyugal permitirá ajustar coeficientes de entrelazamiento con el evento de salida de la escuela. Dichos coeficientes permiten obtener una medida longitudinal y dinámica de los entrelazamientos en el curso de vida. Se distinguirá entre “efectos transicionales” y “efectos acumulativos” (Dannefer, 2003; DiPrete y Eirich, 2006; Hillmert, 2010; Bask y Bask, 2010; Solís y Brunet, 2013). Los primeros representan impactos de otros dominios de la vida que pueden considerarse limitados al periodo coyuntural entorno a la transición (mismo año que ocurrió y año siguiente); los segundos, en cambio, señalan impactos durables sobre los años de vida posteriores.

A pesar de la paulatina participación de las mujeres en el mercado de trabajo mexicano, el género es uno de los principales determinantes del grado de acceso a la educación y al empleo. Los “guiones culturales” tradicionales definen la adscripción de las mujeres al trabajo doméstico, o minimizan la importancia de los estudios en el horizonte de aspiraciones reducido al matrimonio (Silas Casillas, 2008). Lo cierto es que, aun cuando se controlan múltiples factores, las mujeres suelen tener más riesgos de abandonar la escuela. Para el caso de México se ha mostrado que, entre otros factores, las diferencias en las tasas de participación laboral de mujeres y hombres están muy asociadas con la interrupción de las carreras laborales de aquéllas, con frecuencia, luego de unirse o tener hijos (Ariza y De Oliveira, 2005 citado por Solís, 2012).

Por otra parte, la cohorte 1966-1968 se beneficia de las primeras mutaciones en las pautas de asistencia escolar expandida. Al calor de este particular entramado *micro-macro*, maduró el clivaje entre tiempo histórico y tiempo individual, que está en la base de los *patrones de edades* de salida de la escuela que se observan hoy en día.¹ Esto sugiere un segundo resultado decisivo en la ma-

¹ La sola excepción a esta regla está dada por la gran postergación que experimentó la cohorte joven de mujeres (1978-1980) entre las edades de 18 y 22 años. Dicha postergación se asocia al aprovechamiento de la expansión de

triz *micro-macro*: la etapa de “consolidación” del sistema escolar permitió un giro hacia la igualación de oportunidades escolares entre hombres y mujeres. Una vez más, aunque la mayor parte de este vuelco histórico se ha producido en el periodo intercohorte 1951-1953 y 1966-1968, las mujeres siguieron mejorando sus oportunidades escolares a buen paso.

METODOLOGÍA: CONSTRUCCIÓN DE MACROCONTEXTOS E INTEGRACIÓN DE DATOS

Existen múltiples formas de modelar una relación de dependencia tan compleja como la salida de la escuela, cuando además de las características individuales se considera el *macrocontexto* de exposición durante todo el curso de vida conocido.

El primer paso fue definir los “macrocontextos”. Considerando la Entidad Federativa (32) y el tipo de localidad (rural o urbana) correspondiente a cada año-persona registrado en la EDER-2011, se construyeron 64 contextos, excluyendo un posible contexto “65” referido a la residencia en el exterior de México. Sobre los contextos definidos, se calcularon los macroindicadores utilizando datos censales del proyecto Integrated Public Use Microdata Series-International (IPUMS).² Para asignar tamaños históricos a las localidades en el tiempo, se utilizaron los libros con la información censal por municipio y localidad de cada entidad publicados por Inegi. Debido al gran número de localidades existentes en México en las últimas décadas (Unikel, 1968), la dinámica geográfica de la población y la evolución del registro poblacional, el procedimiento enfrentó al menos tres tipos de dificultades. Primero, la creación de nuevos municipios (como en el caso del estado de Quintana Roo en la década de 1970); segundo, la existencia de localidades

la preparatoria, de las mujeres que en la actualidad tienen aproximadamente 35 años de edad. Sin duda, se trata de una sustantiva ampliación de sus oportunidades respecto a sus predecesoras de la cohorte 1966-1968.

² [https://international.ipums.org/international/sample_designs/sample_designs_mx.shtml].

censadas “sin población”, o localidades “censadas en otras”; tercero, localidades que estaban registradas pero fueron dadas de baja en censos de población posteriores. Para localidades que no pudieron ser identificadas, se utilizaron promedios específicos, buscando confiabilidad sobre el criterio urbano-rural.

Cuadro 11.1. Construcción de macrocontextos: tipo de localidad

Entidad Federativa	Rural	Urbana	Total
1	11	12	
2	21	22	
3	31	32	
...	
32	321	322	64

El segundo paso requirió crear un cuadro tomando las localidades de residencia declaradas por los encuestados a lo largo de su vida y adicionar el ámbito (urbano-rural), según la información provista por cada censo.

Una vez definidos los macrocontextos, el siguiente paso supuso elaborar un proceso de asignación de información del macroindicador *grado de calificación ocupacional* a cada año-persona. Se estipuló la asignación del “mejor dato posible”, con un criterio de proximidad temporal.³ Los periodos intercensales se dividieron en tres y se asignaron los promedios más próximos. Considerando 64 contextos con $t = 5$ (censos), se logró un total de 576 escenarios espacio-temporales diferentes. De los más de 60 años calendario que cubre la EDER-2011, 50 años (75%) se asignaron con datos censales puntuales, mientras que para los restantes 16 años (25%) se utilizaron promedios. En el cuadro 11.2 se consignan criterios y resultados de dicha asignación.

³ Por problemas metodológicos públicos y conocidos, los datos correspondientes al censo de 1980 no fueron utilizados (tampoco están integrados al proyecto IPUMS-Internacional).

Cuadro 11.2. Integración de datos censales por año calendario

Periodo EDER	Dato censal asignado	Cobertura (en años)
Menor a 1963	1960	17
1964 a 1966	1960-1970*	3
1967 a 1980	1970	14
1981 a 1984	1970-1990*	4
1985 a 1993	1990	9
1994 a 1996	1990-2000*	3
1997 a 2003	2000	6
2004 a 2006	2000-2010*	3
2007 a 2011	2010	5

* Dato promedio.

Fuente: EDER (2011).

ANÁLISIS DE HISTORIA DE EVENTOS CON INTERCEPTOS ALEATORIOS

El análisis de historia de eventos provee un conjunto de técnicas de regresión multivariadas que permiten estimar una “función de riesgo” (Allison, 1984; Steele, 2005) de experimentar un evento a lo largo del tiempo. En los modelos logísticos de historia de eventos de tiempo discreto, la variable respuesta es binaria e indica la ocurrencia de un evento $y_j(t)$, en este caso la salida de la escuela. Para realizar una interpretación en términos de razones de momios, los modelos serán especificados en su forma exponenciada:

$$P(q) / 1 - P(q) = e^{\alpha t} * e^{\beta t_1} * e^{\beta t_2} * \dots * e^{\beta t_n}$$

donde: $P(q)$ indica la probabilidad de experimentar un evento; $1 - P(q)$ indica la probabilidad de no experimentarlo; y los coeficientes exponenciados $e^{\alpha t}$ y $e^{\beta t_n}$ indican el intercepto y la razón de cambio en los momios de experimentar el evento para cada edad t (1, 2, ..., n) respecto a la edad de referencia, respectivamente. La

utilización de modelos multivariados permite adicionar variables explicativas $x(t)$, tanto fijas como cambiantes en el tiempo (Jenkins, 2005: 2).

Los años-persona aportados por cada individuo representan el tiempo de exposición al riesgo de experimentar la salida o el truncamiento (cuando no se hubiese registrado). Los sujetos han estado expuestos a las características de cada *contexto* de macronivel. Para representar dichos efectos, se permitió la incorporación de “interceptos aleatorios”⁴ (Goldstein, 2007) y coeficientes de correlación intraclase (CCI) que indican el porcentaje de la varianza de la propensión de salir de la escuela, lo cual puede atribuirse al “contexto”. Además de corregir las estimaciones de acuerdo con la estructura jerárquica anidada,⁵ esto permitió abrir el juego a efectos contextuales de nivel 2.

VARIABLES

Variable resultado

- *Salida de la escuela*: representa la salida de la escuela que duró al menos dos años consecutivos a partir de los 6 años de edad: Salió (1), No salió (0). Esta definición permitió que cada individuo tuviera interrupciones “cortas” (un año) las cuales, conceptualmente, no fueron consideradas salidas escolares definitivas.

⁴ El término “aleatorios” supone que las diferencias del intercepto general del modelo, respecto a los interceptos de cada contexto, están determinadas por los residuos asociadas a cada unidad de nivel 1 en el nivel 2.

⁵ Es decir, los años-persona poseen una estructura anidada a individuos, que por migración pudieron haber residido en distintas localidades de México. Si esta no es tomada en cuenta, pueden presentarse problemas en las estimaciones (Rabe-Hesketh y Skrondal, 2012; Rabe-Hesketh, Skrondal y Pickles, 2004; Grilli y Rampichini, 2005), pero también problemas en la interpretación sustantiva del fenómeno (Goldstein, 2007: 134). Cuando no se considera la estructura jerárquica de las observaciones, se afecta la prueba de hipótesis de significación de los coeficientes de los modelos, produciendo errores estándar (SE) más pequeños y, por tanto, valores z mayores.

Variables explicativas

- *Grupos de edad*: 6 a 11 años (referencia); 12 a 14 años; 15 a 18 años; 19 a 22 años; 23 y más.
- *Índice de Orígenes Sociales (IOS)*: medida resumen de los antecedentes socioeconómicos de la familia de origen.⁶
- *Orden de nacimiento*: *ego* respecto al total de hermanos.
- *Cohorte*: (1), 1951-1953; (2), 1966-1968, y (3), 1978-1980.
- *Pubpriv*: define el tipo de escuela donde se cursó cada año de asistencia escolar: “pública” (0, categoría de referencia) o “privada” (1) (cambiante en el tiempo).
- *Trabajo móvil*: divide cada biografía en tres periodos laborales: (0) “Antes” de empezar a trabajar (referencia); (1) “Durante” los 2 años que empezó a trabajar (año calendario de inicio del primer empleo y año posterior); (2) “Después” de empezar a trabajar (todo el periodo de vida posterior).
- *Unión móvil*: divide cada biografía en tres periodos conyugales: (0) “Antes” de empezar la primera unión conyugal en coresidencia (referencia); (1) “Durante” los 2 años que empezó la unión (año calendario de inicio de la unión y año posterior); (2) “Después” de entrar en unión (años posteriores).
- *Índice de calificación ocupacional (z)*: medida estandarizada del grado de calificación de la estructura ocupacional de cada contexto. Construido por el método de componentes principales utilizando dos indicadores: 1) puntaje promedio del prestigio ocupacional medido por la escala *International Socio-Economic Index of Occupational Status* (ISEI); y 2) Porcentaje de trabajadores en ocupaciones “No manuales” (ambas cambiantes en el tiempo).

⁶ El IOS incluye el logro ocupacional y educativo de ambos padres y una medida de recursos económicos disponibles en el hogar de los entrevistados a sus 15 años de edad.

RESULTADOS: POSTERGACIÓN DE LA SALIDA DE LA ESCUELA

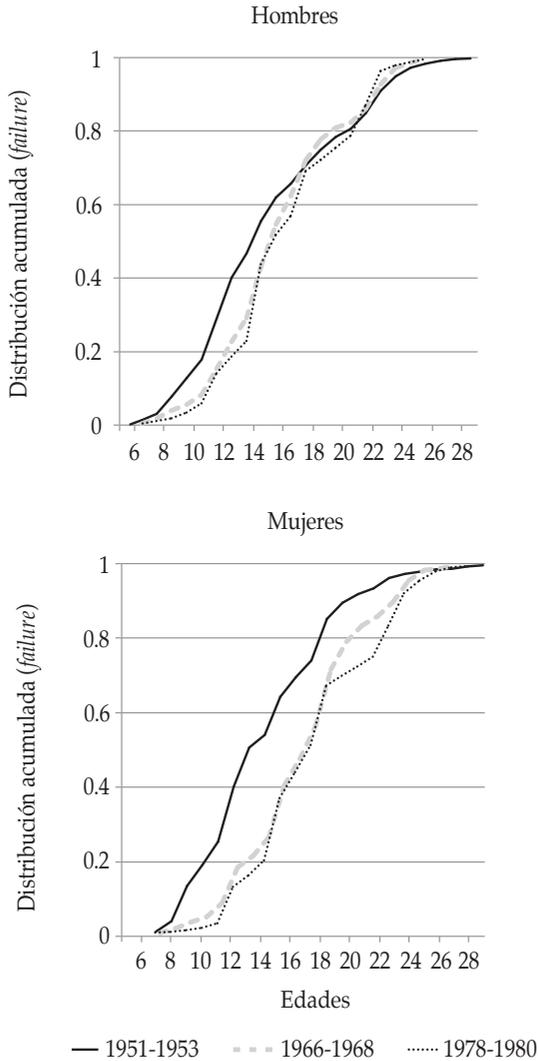
El calendario de salida de la escuela permite encuadrar el cambio histórico en la temporalidad de esta transición. Como se observa en las curvas de supervivencia de la gráfica 11.1, la expansión del tiempo de permanencia escolar es notoria en ambos casos, y espectacular en el caso de las mujeres. Mientras 50% de los hombres de la generación 1951-1953 ya había abandonado la escuela a la edad de 15 años, en las generaciones posteriores la mediana de edad se ubicó en los 16 años. En el mismo periodo, las mujeres postergaron su edad mediana de 14 a 17 años en las generaciones más jóvenes.

Cuando, en lugar de limitarnos a ciertas medidas de intensidad de calendario, observamos todo el comportamiento de las curvas, se evidenció el crecimiento espectacular de los niveles históricos de cobertura escolar registrado en las últimas cinco décadas en México. La distancia entre las curvas correspondientes a las cohortes intermedia y joven sugiere que los nacidos entre 1966-1968 experimentaron un periodo revolucionario en materia de expansión escolar respecto a la cohorte de referencia de los modelos (1951-1953). Como ya mencionamos, fue explosivo en el caso de las mujeres.

MODELOS

Por medio de los modelos estimados para hombres y mujeres por separado, se sigue la misma lógica. En primer lugar, se ajusta un "modelo básico" para identificar los efectos de las edades agrupadas, que representan la duración como factor explicativo elemental. En este modelo básico también se incorporan las características básicas de la familia de origen (IOS y orden de nacimiento). En segundo lugar, se estima un "modelo con cohorte". En un tercer modelo, que llamaremos de "efectos biográficos", se incorporan las variables que permiten asociar la trayectoria escolar con la carrera laboral ("Durante" y "Después" entrada primer empleo) y conyugal ("Durante" y "Después" primera unión).

Gráfica 11.1. Calendario primera salida escolar que duró al menos 2 años. Cohortes por sexo



Fuente: EDER (2011).

Cuadro 11.3. Matriz de correlaciones variables independientes

	Sexo	Cohorte	IOS	Orden nacimiento	Pubpriv	Trabajo móvil	Unión móvil	Índice calificación ocupacional
Sexo	1.00							
Cohorte	0.06	1.00						
IOS	-0.01	-0.04	1.00					
Orden nacimiento	0.04	-0.13	-0.21	1.00				
Pubpriv	0.04	-0.02	0.26	-0.05	1.00			
Trabajo móvil	-0.14	-0.05	-0.01	-0.01	0.03	1.00		
Unión móvil	0.02	-0.02	0.06	-0.01	0.02	0.21	1.00	
Índice calificación ocupacional	0.02	0.33	0.25	-0.11	0.09	0.01	0.04	1.0

Fuente: EDER (2011).

La categoría de referencia corresponde al contraste con los años de vida que precedieron ambos eventos (“Antes”). Al mismo tiempo, se identifica el tipo de institución escolar a la que ha asistido (“Pubpriv”), pues permite capturar efectos institucionales y refleja la capacidad de financiamiento asociada a la asistencia y permanencia a instituciones privadas *versus* públicas. Finalmente, en el “modelo completo” se incorpora el efecto de la “estructura ocupacional” (Índice calificación ocupacional).

Los modelos I a IV están anidados. Esto permite observar el efecto de adicionar variables que representan bloques teóricos especiales y que, además, siguen el ordenamiento original de los modelos de estratificación social, desde los orígenes sociales y los efectos de tiempo históricos hasta la incorporación de factores que representan la dinámica demográfica posterior y las oportunidades del contexto.

En el cuadro 11.4 se presentan los resultados de los modelos de historia de eventos ajustados para el riesgo de dejar la escuela de los hombres.

El ajuste de modelo I expresa los efectos asociados a las edades agrupadas (12 a 14, 15 a 18, 19 a 22, 23 años y más) y las características adscriptivas. Por efectos del propio ciclo escolar, a medida que aumenta la edad se incrementan los riesgos de salir. Las estimaciones para las sucesivas duraciones señalan que, a medida que aumenta la edad, los momios se incrementan notablemente, en comparación con la duración de referencia (6 a 11 años); se mantienen constantes los demás factores. El principal salto de riesgos se produce a partir de los 15 a 18 años, aproximadamente entre la finalización de la secundaria y el comienzo de la preparatoria, y las edades aproximadas de ingreso a estudios superiores. A partir de los 19 a 22 años, el riesgo se reduce en todos los modelos, lo que refleja la disminución del flujo de salidas con posterioridad a la secundaria. A pesar del histórico aumento del tiempo de permanencia en la escuela, tarde o temprano, todos deben egresar a medida que progresan en su calendario de vida. Es por ello que las razones de momios se disparan definitivamente a partir de los 23 años y más.

Cuadro 11.4. Riesgo de salida de la escuela. Modelos de historia de eventos (años-persona) con intercepto aleatorio "contexto": hombres

Variables independientes	I	II	III	IV
12 a 14 años (ref. 6 a 11)	5.777***	5.796***	5.405***	5.501***
15 a 18 años	17.418***	17.533***	15.082***	15.648***
19 a 22 años	16.193***	16.244***	12.299***	12.862***
23 y más	94.967***	96.454***	61.214***	64.181***
IOS (z)	0.561***	0.561***	0.579***	0.586***
Orden_Nac.	0.961*	0.959*	0.966*	0.966*
Cohorte 1966-1968 (ref. 1951-1953)		0.940	0.954	0.985
Cohorte 1978-1980		1.082	1.130	1.198
<i>Pubpriv</i> (ref. pública)			0.719**	0.719**
"Durante" entrada primer trabajo (ref. "Antes")			2.140***	2.13***
"Después" entrada primer trabajo			1.363***	1.35***
"Durante" primera unión (ref. Antes)			1.986***	1.997***
"Después" primera unión			2.223**	2.215**
Índice calificación ocupacional (z)				0.919
N	14240	14240	14240	14240
BIC	6794.095	6810.239	6768.805	6774.889
CCI (a)	1.11	1.14	0.96	1.06
Chibar2 (b)	0.015	0.016	0.033	0.02

Coeficientes exponenciados: * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

a) CCI indica el porcentaje de la varianza de la propensión de salir de la escuela que puede ser atribuido al "contexto" (rural-urbano por entidad federativa).

b) Chibar2: Likelihood-ratio test of $\rho = 0$

Fuente: EDER (2011).

Se destaca el efecto asociado al IOS: por incremento en una unidad estándar del índice, los momios de salida se reducen casi a la mitad (0.561***). El peso del IOS sobre el riesgo de salida se mantiene a niveles muy similares en la secuencia de modelos, incluso con la introducción de las variables biográficas y el índice de calificación ocupacional. Por otra parte, el orden de nacimiento muestra ligeros pero significativos efectos de reducción (0.96*) a medida que se ocupa un lugar posterior en la fratría. Probablemente, esto se explique en relación con el orden de disponibilidad de hermanos que irían dejando la escuela por turnos de edad, e ingresarían al mercado laboral a medida que la economía familiar lo requiriese.

El “modelo con cohorte” contiene la hipótesis según la cual el riesgo de abandonar la escuela sería una experiencia generacional. Sin embargo, su ajuste para los hombres ayuda a constatar que no podemos capturar efectos de tiempo histórico precisos: ni la reducción de riesgos registrada entre la cohorte de referencia (1951-1953) y la cohorte intermedia (1966-1968), ni su posterior incremento para la cohorte más joven (1978-1980) resultaron significativos. Como analizaremos más adelante, se trata de una característica histórica asociada con el género.

En los modelos III y IV, se muestra qué sucede cuando se van incorporando los factores asociados con la biografía y las condiciones institucionales de la escuela a la que se asiste. Analicemos primero los efectos biográficos. El modelo III muestra que la supervivencia escolar y la vida laboral presentan enérgicos entrelazamientos. La categoría “Durante” entrada al primer empleo (ref. “Antes”) indica que, durante el periodo de dos años de haber experimentado su inserción al mercado laboral, los hombres duplican sus momios de salida de la escuela (2.140***), y hasta 36% en años posteriores (“Después”); es decir, para el conjunto de los hombres, el entrelazamiento escolar y laboral es intenso y tiene un fuerte componente transicional asociado a la tensión y la competencia entre papeles y estatus sociales (laborales, educativos y familiares).

En el entrelazamiento de vida escolar y conyugal se observan efectos del mismo signo. La categoría “Durante” primera unión (ref. “Antes”) indica que los hombres que entraron en unión casi duplican sus momios de salida de la escuela durante el periodo de

dos años de haber formado su primera unión conyugal (1.986***), y más aún en el curso de vida posterior (2.223**). Esta evidencia refuerza la idea de efectos durables sobre el papel de los varones, que con posterioridad, al comienzo de sus vidas conyugales, ven muy reducidas sus oportunidades de mantenerse en el sistema educativo, siempre en comparación con la categoría de base de no haber entrado a trabajar o haberse unido en dicho periodo.

Finalmente, en ambos modelos (III y IV), asistir a una escuela privada reduce cerca de 30% los momios de salida de los hombres, respecto a concurrir a una institución pública. A pesar de la irrealidad del supuesto, según el cual todas las escuelas privadas son de mayor calidad que las públicas, en términos agregados, quienes asisten a ese tipo de escuelas presenta una ventaja promedio en sus oportunidades de seguir estudiando. Podría plantearse que la explicación está más allá de la calidad objetiva de ambos tipos de instituciones: el solo hecho de pagar una colegiatura, cuando *a priori* no sería necesario (al menos en los niveles básicos), implica un mayor compromiso con mantenerse dentro de la escuela. Además, solemos suponer que son los padres quienes pagan en el grueso de los casos. Sin embargo, como se trata de modelos que no diferencian el grado escolar, bien podríamos estar capturando parte del efecto de que los propios estudiantes pagaran sus estudios.

Finalmente, en el modelo IV, se introduce el índice de calificación ocupacional. El resultado indica que a mayor grado de calificación promedio, disminuyen significativamente las oportunidades de dejar de estudiar en el sistema formal. El coeficiente no resultó significativo (0.90) lo que podría sugerir que los hombres son menos sensibles a este macrofactor de retención escolar. Es probable que esto se explique por dos factores coligados. Por un lado, la mayor oferta de empleos para hombres que no requieren grandes niveles de formación, incluso con bajos niveles de calificación de la estructura ocupacional del contexto local y, por otra parte, es posible que los retornos ocupacionales (como un empleo "mejor" pagado, o simplemente "mejor") de la educación sean menores y, por ende, la motivación a mantenerse dentro del sistema escolar sea también inferior.

El ajuste del modelo I de las mujeres (cuadro 11.5) muestra evidencias de efectos de duración muy parecidos a los hallados para los hombres. La excepción a esta regla se encuentra en el modelo II con "cohorte", donde el salto de riesgo posterior a los 23 años es mucho mayor al de los hombres. Los riesgos se estabilizan al nivel de los hombres en los modelos III y IV. La lección en este caso subraya la importancia vital de controlar efectos de curso de vida de las mujeres.

En cuanto a las características adscriptivas del "modelo básico" aparecen las primeras diferencias con los hombres. De inicio, se destaca que el efecto del IOS es muy similar al encontrado para los hombres: los momios de salida de la escuela también se reducen a poco menos de la mitad, tampoco se producen modificaciones sensibles con la introducción de las variables biográficas y los efectos macrocontextuales. El orden de nacimiento muestra resultados más consolidados respecto a los hombres: a medida que las mujeres ocupan un orden de hermanos superior, se reducen de forma marcada los riesgos de dejar de estudiar (0.935***, 0.952**). En relación con la hipótesis de orden de disponibilidad laboral por razones de necesidad económicas, tanto hombres como mujeres con hermanos mayores parecen estar ligeramente protegidos contra este riesgo.

Como veíamos al inicio, el modelo con cohorte disparaba los riesgos de salida de la escuela luego de los 23 años de edad. Al parecer, aquí está la explicación: el impacto del tiempo histórico de la expansión educativa mexicana resulta de gran trascendencia para comprender las trayectorias escolares de las mujeres. Pertenecer a la cohorte de nacidas entre 1966-1968 reduce 55% el riesgo de abandono escolar, es decir, la cohorte de las escolarizadas en la década de 1970 comienza a beneficiarse radicalmente de la expansión escolar, fundamentalmente en los niveles básicos. La cohorte de nacidas a finales de la década de 1970 y principios de la de 1980 mantienen esta tendencia de retención escolar que habían emprendido las generaciones inmediatamente anteriores, alcanzando reducciones superiores: 0.399***; 0.421***.

Cuadro 11.5. Riesgo de salida de la escuela. Modelos de historia de eventos (años-persona) con intercepto aleatorio "contexto": mujeres

Variables independientes	I	II	III	IV
12 a 14 años (ref. 6 a 11)	5.477***	5.795***	5.45***	5.820***
15 a 18 años	17.186***	19.082***	15.463***	16.715***
19 a 22 años	19.064***	22.032***	13.255***	13.898***
23 y más	91.696***	109.436***	65.124***	67.158***
IOS (z)	0.607***	0.561***	0.574***	0.585***
Orden nacimiento	0.935***	0.952**	0.947***	0.948***
Cohorte 1966-1968 (ref. 1951-1953)		0.461***	0.459***	0.462***
Cohorte 1978-1980		0.413***	0.421***	0.399***
<i>Pubpriv</i> (ref. pública)			0.949	0.959
"Durante" entrada primer trabajo (ref. "Antes")			3.320***	3.349***
"Después" entrada primer trabajo			1.38**	1.416**
"Durante" primera unión (ref. "Antes")			3.152***	3.15***
"Después" primera unión			1.460	1.460
Índice calificación ocupacional (z)				0.772***
N	14320	14320	14320	14320
BIC	7031.272	6943.471	6806.932	6802.621
CCI (a)	2.58	2.31	2.19	2.84
Chibar2 (b)	0.000	0.000	0.000	0.000

Coeficientes exponenciados: * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$.

a) CCI indica el porcentaje de la varianza de la propensión de salir de la escuela que puede ser atribuido al "contexto" (rural-urbano por entidad federativa).

b) Chibar2: Likelihood-ratio test of $\rho = 0$

Fuente: EDER (2011).

El modelo biográfico muestra la significancia social y las consecuencias diversas que la salida de la escuela trae para hombres y mujeres: el componente de género es muy marcado tanto en el entrelazamiento laboral como en el conyugal. El resultado asociado con la categoría "Durante" entrada primer empleo (Ref. "Antes") del modelo III sugiere que los efectos de entrelazamiento coyuntural entre la salida de la escuela y el ingreso al primer trabajo son muy intensos en el caso de las mujeres (3.320***); después de este momento crítico, vuelven a descender al nivel "masculino" (1.363***). Sin embargo, es esta diferencia entre los coeficientes la que refuerza la hipótesis de "coyuntura de vida crítica" para las mujeres: considerando como base las razones de momios de la categoría "Durante", es evidente que luego de esta coyuntura se produce una distensión del riesgo aproximada de 60 por ciento.

Como era de esperarse, la entrada en la primera unión conyugal también tiene consecuencias "coyunturales" severas sobre los riesgos de las mujeres de abandonar la escuela (3.152***). Es más, podríamos suponer que las "consecuencias" de la formación de la pareja son fundamentalmente "consecuencias coyunturales" y no durables: los impactos "acumulativos" no resultaron significativos (146). Esto significa que, si bien luego de formar la unión los riesgos de dejar de estudiar se mantienen altos, es más probable que ellas puedan mantenerse en el sistema educativo en comparación con ellos. Estos últimos parecen exhibir riesgos más sostenidos y constantes: tanto "durante" (donde fueron inferiores respecto a las mujeres) como "después" (con resultados superiores respecto a éstas), pero siempre significativos.

En síntesis, a pesar de que los hombres son vulnerables al entrelazamiento coyuntural entre escolaridad y laboralidad, parecen serlo menos que las mujeres. En cambio, los hombres parecen ser casi "inmunes" al entrelazamiento crítico entre conyugalidad y escolaridad, pero más sensibles a experimentar un giro hacia afuera de la escuela con posterioridad al comienzo de la vida en pareja.

A continuación, se comentan los resultados del "modelo completo" para las mujeres. El índice de calificación ocupacional del contexto (0.772***) reduce de forma significativa las razones de momios de salir de la escuela por unidad adicional. Recordemos

que en el modelo completo de los hombres, el índice tenía el mismo efecto pero no resultaba significativo (0.92).

MICRO-MACRO VÍNCULO

Hasta el momento, se ha asumido que los efectos de las variables independientes son “constantes” a lo largo de las edades y en relación con los restantes factores explicativos. Sin embargo, una larga tradición de estudios de sociología de la educación ha señalado que, por efectos de la mayor selectividad de los estudiantes, el efecto de los orígenes sociales se modifica entre niveles escolares (Mare, 1980; Lucas, 2001). En el segundo caso, la introducción de interacciones permitirá identificar efectos combinados: por ejemplo, ser mujer y experimentar la salida de la escuela a mayor nivel histórico de calificación ocupacional. Si las interacciones resultan significativas, se pueden obtener al menos dos mejoras en las estimaciones. Una es el mejor ajuste; la otra, en cambio, supone agregar información sustantiva: las interacciones entre variables de distintos niveles (“individual” y “contextual”) permiten postular hipótesis asociadas a las modulaciones “micro-macro” derivadas de la perspectiva del curso de vida.

En el cuadro 11.6 se presentan los resultados del ajuste de las combinaciones seleccionadas para los hombres. En primer lugar, se observa que los efectos del IOS no son homogéneos para todas las edades especificadas. Si bien en los modelos habíamos observado que la edad incrementa el riesgo de abandonar la escuela, estábamos considerando sólo el efecto asociado a la duración, independientemente de los demás factores. Como vemos en los resultados de los hombres, en la medida que los estudiantes provienen de niveles más elevados de orígenes sociales, las probabilidades de dejar la escuela sufren una reducción de los riesgos de abandonarla cercana a la mitad (0.411^{***} y 0.586^{***}) para los dos primeros tramos de edad (12-14 y 15-17 años) respecto a la edad de referencia (6-11 años). Los resultados de la combinación de efectos del IOS con las edades 18-22 años no resultó significativa. Sin embargo, a partir de los 23 años y más se triplican las razones

de momios de abandonar el sistema educativo, por unidad adicional del índice, y en comparación con las edades de referencia (3.001***).

Cuadro 11.6. Combinaciones de efectos
“micro-macro” sobre salida de la escuela: hombres

Variables	Tipo efecto	Combinación de efectos	Razones de momios
IOS y edad	micro-micro	IOS + 12-14 años#IOS	0.411***
		IOS + 15-17 años#IOS	0.586***
		IOS + 18-22 años#IOS	1.015
		IOS + 23 años y más#IOS	3.001***
IOS y cohorte	micro-micro	IOS + cohorte (1966-1968)#IOS	0.268***
		IOS + cohorte (1978-1980)#IOS	0.285***
IOS e índice de calificación ocupacional	micro-macro	IOS + IOS #índice calif. ocup.	0.273***

Coefficientes exponenciados: * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$

Fuente: EDER (2011).

En segundo lugar, se estima que por unidad adicional de ventaja en los orígenes sociales, los riesgos de dejar de estudiar se reducen más de 70%, tanto para la cohorte intermedia (1966-1968) como para la más joven (1978-1980). Para tener una idea de la diferencia, puede observarse el coeficiente estimado individualmente en los modelos y notar que éstos no habrían resultado significativos. Puede observarse que si bien el efecto principal del tiempo

histórico era ya considerable, la interacción y su combinación con el IOS indica ventajas crecientes para quienes provienen de familias más acomodadas.

Por otra parte, interesa estudiar el efecto “micro-macro” de combinar el puntaje familiar del IOS del estudiante con el grado de calificación del contexto ocupacional donde asistía a la escuela. Los resultados señalan que la interacción por unidad extra de cada índice y el efecto principal del IOS combinados reducen de modo significativo el riesgo de abandonar los estudios (0.273***).

En el cuadro 11.7 se visualizan los resultados obtenidos para las mujeres. En primer término, se observa que las combinaciones de efectos edades-IOS no tienen el mismo resultado que para los hombres. Si bien se capta una disminución de las oportunidades de salir de la escuela entre las edades de 12-14 años, probablemente por la expansión de la educación media, los efectos se revierten definitivamente a partir del grupo de edades de 18 a 22 años (siempre respecto a la categoría de referencia y por unidad adicional del IOS).

En segundo lugar, a grandes rasgos, la combinación de IOS y cohorte tiene efectos similares en mujeres y hombres. Sin embargo, mientras el efecto de disminución de riesgos comienza a “agotarse” entre las cohortes de hombres, para las mujeres el proceso de expansión educativa parecería haber estado todavía en curso entre las cohortes de nacidas entre 1966-1968 y 1978-1980. Este hecho se constata observando que las razones de momios siguen mejorando las oportunidades de quedarse en la escuela para la cohorte más joven, no sólo respecto a la cohorte de referencia, sino también respecto a la cohorte intermedia.

En tercer lugar, la interacción entre IOS y grado de calificación ocupacional del contexto tiene un efecto de reducción, que podría ser algo menor en su papel protector respecto a los hombres (0.393***).

En la parte inferior de los cuadros se muestran los resultados del ajuste de los coeficientes *rho* de cada modelo. Según el test *Chi-bar2* que compara el modelo con y sin intercepto aleatorio, todos los CCI han resultado significativos y, por tanto, representan una ganancia en el ajuste. A pesar de ello, el porcentaje de varianza

de la propensión de salir de la escuela, que puede ser atribuido al contexto, no resulta relativamente “pequeña”. Asimismo, los coeficientes tienden a reducirse en la medida en que se van incorporando nuevos factores de nivel 1, a causa de la mayor heterogeneidad entre los individuos (modelo III) y a recuperarse cuando se introducen los macroindicadores de contexto. Se destaca que los CCI de las mujeres resultaron siempre más elevados que los correspondientes a los hombres (2.8% *versus* 1.1%).

Cuadro 11.7. Combinaciones lineales de efectos “micro-macro” sobre salida de la escuela: mujeres

VARIABLES	Tipo efecto	Combinación de efectos	Razones de momios
IOS y edad	micro-micro	IOS + (12-14 años)#IOS	0.528***
		IOS + (15-17 años)#IOS	0.844
		IOS + (18-22 años)#IOS	1.46**
		IOS + (23 años y más)#IOS	3.14***
IOS y cohorte	micro-micro	IOS + cohorte (1966-68)#IOS	0.279***
		IOS + cohorte (1978-80)#IOS	0.233***
IOS e índice de calificación ocupacional	micro-macro	IOS + IOS#índice calif. ocup.	0.393***

Coefficientes exponenciados: * $p < 0.05$, ** $p < 0.01$, *** $p < 0.001$.

Fuente: EDER (2011).

CONCLUSIONES

A lo largo de este capítulo se han discutido las implicaciones biográficas y “micro-macro” de la transición fuera de la escuela utilizando una perspectiva longitudinal. Como se observó, los re-

sultados se enmarcan en una profunda postergación de calendarios de salida a partir de la cohorte de 1966-1968 (espectacular en el caso de las mujeres).

Por efectos del ciclo escolar, a medida que aumenta la edad se incrementan los riesgos de salir. Para los hombres, el principal brinco de riesgos se produce entre la finalización de la secundaria, el inicio de la preparatoria y el umbral de ingreso a estudios superiores (15 a 18 años). A partir de los 19-22 años, el riesgo se redujo, lo que refleja la contracción del flujo de salidas con posterioridad a la secundaria. Los modelos de mujeres mostraron evidencias muy similares, aunque el salto de riesgo posterior a los 23 años resultó mayor al de los hombres.

Se destacó la robustez de los efectos de orígenes sociales y del orden de nacimiento en la reducción del riesgo de salida de la escuela para hombres y mujeres.

Asistir a una escuela privada redujo los momios de salir de la escuela respecto a las escuelas públicas (Pereyra, 2008). Esto no significa que las escuelas privadas sean homogéneamente de mayor calidad que las escuelas públicas. Una parte del efecto puede ser atribuido a la dotación de recursos escolares de las instituciones privadas. Sin embargo, el hecho de pagar una colegiatura podría representar un impacto motivacional sobre la propensión a permanecer estudiando.

La trayectoria escolar mostró estar entrelazada con otras carreras del curso de vida: abandonarla se asocia fuertemente con la entrada al primer empleo y a la primera unión conyugal. Con todo, los entrelazamientos laborales y conyugales tienen un efecto gatillo de distinta clase según el género. Si bien los hombres son más vulnerables al entrelazamiento coyuntural entre escolaridad y trabajo que las mujeres, ellas parecen más “inmunes” al entrelazamiento “coyuntural” entre conyugalidad y escolaridad.

Los modelos con cohorte revelaron que la membrecía a las generaciones de 1966-1968 y 1978-1980 reduce las oportunidades de salida de la escuela respecto a aquellas que experimentaron el periodo de auge económico (1951-1953). No obstante, los modelos por sexo expusieron fuertemente este efecto para las mujeres pero no para los hombres.

El ajuste del modelo completo para hombres y mujeres mostró que la calificación estructural de los mercados de trabajo tienen una influencia significativa en las transiciones fuera de la escuela a nivel individual: el índice de calificación ocupacional redujo de manera significativa las razones de momios de salirse de la escuela por unidad adicional estandarizada.

Los resultados de las combinaciones lineales de efectos "micro-micro" permitieron especificar mejor los resultados y responder algunas cuestiones de "vínculo". La combinación de IOS y cohorte sugirió que no es posible afirmar que se haya registrado una modificación del peso de los orígenes sociales en las cohortes más recientes, respecto a la más antigua. Mientras los riesgos de los hombres se han estabilizado por unidad adicional del índice de orígenes sociales, la cohorte más joven de mujeres todavía se sigue beneficiando de las ventajas de estatus.

DISCUSIÓN

La utilización de una perspectiva biográfica dinámica y ligada con los macrocontextos habilitó un modelo explicativo amplio y completo de la salida de la escuela. Sin duda, no hay razón para "reducir" si podemos "vincular". Sin embargo, aunque tal modelo constituye el sello de la perspectiva de curso de vida, no siempre resulta efectivamente empleado y factible. De los resultados se comprenden cuatro puntos centrales.

Primero, la salida de la escuela podría considerarse una auténtica política del curso de vida. Nadie podría dudarlo: edad es más que cumplir años (Riley, 1987); constituye un clivaje sociobiológico muy efectivo de institucionalización de los cursos de vida colectivos (Kohli, 2007; Mayer, 1997; Brückner y Mayer, 2005). Las edades estructuran y permiten predecir la salida de la escuela: quienes ingresan a la escuela tendrán que salir, no importa cuán "ricas" o "privilegiadas" sean sus familias de origen, cuán ventajoso sea el trazo de su curso de vida o favorables las oportunidades del contexto; pero no todas las edades tienen un sentido equivalente, porque los efectos de la edad sobre la salida de la

escuela no son lineales: existen “escalones de riesgo” asociados a la supervivencia en niveles educativos de terminación de la preparatoria (Solís, Rodríguez, y Brunet, 2013) y comienzo de la educación superior. Ingresar y terminar la preparatoria debe formar parte de un plan “intencionado”, de un programa de vida.⁷

Segundo, la herencia mantiene su peso como constante histórica en la explicación de la salida de la escuela y, por ende, de la reproducción de la desigualdad social. Se ha afirmado que triunfar en la escuela “es la mejor manera de superar los condicionamientos asociados a los orígenes sociales” (Treiman *et al.*, 2003: 1). La triste paradoja es que, en México, la dependencia entre permanencia escolar y orígenes sociales es persistente y feroz. Difícilmente se puede triunfar en la escuela cuando se está fuera de ella.

Tercero, los hallazgos se encuadran en la gran postergación de calendarios escolares a partir de la década de 1970. Sin embargo, cuando la expansión escolar se examina en clave regional surge aún un panorama de intensa desigualdad. Según el censo de población de 1960, en la mayoría de las localidades rurales, 90% de los mayores de 24 años apenas alcanzaba niveles de “primaria incompleta o menos”. Para aquellos años, las localidades del Distrito Federal (con 1 de cada 2) y de algunos estados del norte (1 de cada 3) representaron verdaderas excepciones de expansión temprana de la cobertura de primaria en México. En cambio, en entidades como Guerrero y Oaxaca, incluso en sus localidades urbanas, las dificultades de progresión escolar persisten hasta nuestros días. Según los censos de población de 1970, 1990, 2000 y 2010, durante las décadas posteriores México experimentó avances en la cobertura de la enseñanza secundaria, aunque con relativo y restringido éxito en la preparatoria y los estudios superiores. Asimismo, cuando se considera un periodo de 50 años, la polarización geográfica no debe considerarse una variable lineal. El censo de 1970 sugirió un comportamiento regresivo de la distribución de las oportunidades educativas en la capital del país (tanto en analfa-

⁷ Sin embargo, no debe olvidarse que existen diferentes formas de salir de la escuela. Evidentemente, el *drop-out* no es equivalente al egreso luego de la finalización de un nivel.

betismo como en logro educativo); probablemente por los efectos del proceso de la expansión urbana del Distrito Federal y de los intensos flujos de migración interna que tuvieron lugar durante esa década.

Cuarto, las evidencias recogidas en el presente trabajo indican que la salida de la escuela también es una cuestión de género y de responsabilidades familiares asumidas por unos y otras. Nada novedoso (Jelin, 1968; Ariza y De Oliveira, 2005) es que las mujeres están expuestas a mayores riesgos de salida de la escuela respecto a los hombres. Las profundas disparidades asociadas con el acceso a la educación se observan desde las mayores y persistentes tasas históricas de analfabetismo (con independencia del tamaño de la localidad, o del estado donde ésta se ubique). Cuando, además, se consideran enclaves geográficos de afanosa desigualdad, la situación presente es preocupante: el censo de población de 2010 indica porcentajes entre 20 y 30% para Chiapas, Guerrero, Oaxaca o Veracruz. En varios estados de la República Mexicana, las mujeres no han equiparado sus niveles de logro escolar respecto a los hombres. Según el censo de 2010, esta brecha se hace más patente en el acceso a la universidad incluso en el Distrito Federal (25% de hombres, *versus* 18% de las mujeres, tenían universidad completa).

REFERENCIAS

- ALEXANDER, J. C., B. GIESEN, R. MÜNCH y N. SMELSER (1987). *The Micro-Macro Link*, Berkeley, University of California Press.
- ALLISON, P. D. (1984). *Event History Analysis Regression for Longitudinal Event Data*, Beverly Hills, Sage.
- ARIZA, M. y O. DE OLIVEIRA (2005). "Unión conyugal e interrupción de la trayectoria laboral de las trabajadoras urbanas en México", en M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, El Colef / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey / Cámara de Diputados / Miguel Ángel Porrúa.

- BASK, M. y M. BASK (2010). "Inequality Generating Processes and Measurement of the Matthew Effect", working paper 19, octubre, Uppsala University, Department of Economics.
- BLAU, P. (1997). "On Limitations of Rational Choice Theory for Sociology", *The American Sociologist*, vol. 28, núm. 2, verano, pp. 16-21.
- BRÜCKNER, H. y K. U. MAYER (2005). "Destandardization of the Life Course: What it Might Mean? And if it Means Anything, Whether it Actually Took Place?", en R. Macmillan (ed.), *The Structure of the Life Course: Standardized? Individualized? Differentiated?*, Ámsterdam / Boston, Elsevier JAI, pp. 27-53.
- COURGEAU, D. (2003). *Methodology and Epistemology of Multilevel Analysis. Approaches from Different Social Sciences*, vol. 2, Dordrecht / Boston, Kluwer Academic.
- DANNEFER, D. (2003). "Cumulative Advantage/Disadvantage and the Life Course: Cross-Fertilizing Age and Social Science Theory", *Journal of Gerontology*, serie B, vol. 58, núm. 6, s327-s337.
- DE SANDRE, P. (2004). "Du cycle de vie aux parcours et aux transitions biographiques", en G. Caselli, J. Vallin y G. Wunsch (dirs.), *Démographie: analyse et synthèse, VII. Population et société*, París, INED, pp. 249-281.
- DIPRETE, T. H. y G. M. EIRICH (2006). "Cumulative Advantage as a Mechanism for Inequality: A Review of Theoretical and Empirical Developments", *Annual Review of Sociology*, vol. 32, pp. 271-297.
- ELMAN, C. y A. O'RAND (2007). "The Effects of Social Origins, Life Events, and Institutional Sorting on Adults School Transitions", *Social Science Research*, vol. 36, núm. 3, pp. 1276-1299.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].
- GOLDSTEIN, H. (2007). "Becoming Familiar with Multilevel Modeling", *Significance*, vol. 4, núm. 3, pp. 133-135, [http://www.bristol.ac.uk/media-library/sites/cmm/migrated/documents/becoming-familiar-with-multilevel-modelling.pdf], consultado el 11 de junio de 2015.

- GRILLI, L. y C. RAMPICHINI (2005). *A Review of Random Effects Modeling Using Gllamm in Stata*, [<http://www.bristol.ac.uk/media-library/sites/cmm/migrated/documents/reviewgllamm.pdf>], consultado el 11 de junio de 2015.
- HILLMERT, S. (2010). *Cumulative Inequality Along the Life Course. Long-Term Trends on the German Labour Market*. ESOC Working Paper 1/2010.
- JELIN, E. (1968). *Men and Jobs: Lifetime Occupational Changes in Monterrey, Mexico*, tesis, University of Texas at Austin.
- JENKINS, S. P. (2005). *Survival Analysis*. Notas de Curso. Universidad de Essex.
- KOHLI, M. (2007). "The Institutionalization of the Life Course: Looking Back to Look Ahead", *Research on Human Development*, vol. 4, núms. 3-4, pp. 253-271.
- LUCAS, S. R. (2001). "Effectively Maintained Inequality: Education Transitions, Track Mobility, and Social Background Effects", *American Journal of Sociology*, vol. 106, núm. 6, mayo, pp. 1642-1690.
- MARE, R. D. (1980). "Social Background and School Continuation Decisions", *Journal of the American Statistical Association*, vol. 75, núm. 370, junio.
- MAYER, K. U. (1997). "Notes on a comparative political economy of life courses", *Comparative Social Research*, vol. 16, pp. 203-226.
- MONT'ALVÃO, A. (2011). "Estratificação educacional no Brasil do século XXI", *Dados. Revista de Ciências Sociais*, vol. 54, núm. 2, pp. 389-430.
- MORTIMER, J. T. y M. SHANAHAN (2002). *Handbook of the Life Course. Handbooks of Sociology and Social Research*, Texas, Texas A&M University, College Station.
- MÜLLER, W. y W. Karle (1993). "Social Selection in Educational Systems in Europe", *European Sociological Review*, vol. 9, núm. 1, pp. 1-22.
- PEREYRA, A. (2008). "La fragmentación de la oferta educativa en América Latina: la educación pública vs. la educación privada", *Perfiles Educativos*, vol. 30, núm. 120, enero.
- RABE-HESKETH, S. y A. SKRONDAL (2012). *Multilevel and Longitudinal Modeling Using Stata. Volume II: Categorical Responses, Counts, and Survival*, College Station, Stata Press.

- _____, A. SKRONDAL y A. PICKLES (2004). "GLLAMM Manual", Berkeley, Division of Biostatistics, Working Paper Series.
- RAFTERY, A. E. y M. HOUT (1993). "Maximally Maintained Inequality: Expansion, Reform, and Opportunity in Irish Education, 1921-75", *Sociology of Education*, vol. 66, núm. 1, enero, pp. 41-62.
- RILEY, M. W. (1987). "On the Significance of Age in Sociology", *American Sociological Review*, vol. 52, núm. 1, enero.
- ROSENBAUM, J. E., T. KARIYA, R. SETTERSTEN y T. MAIER (1990). "Market and Network Theories of the Transition from High School to Work: Their Application to Industrialized Societies", *Annual Review of Sociology*, vol. 16, pp. 263-299.
- SILAS CASILLAS, J. C. (2008). "¿Por qué Miriam sí va a la escuela? Resiliencia en la educación básica mexicana", *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 13, núm. 039, octubre-diciembre, pp. 1255-1279.
- SOLÍS, P. (2012). "Desigualdad social y transición de la escuela al trabajo en la Ciudad de México", *Revista Estudios Sociológicos*, vol. XXX, núm. 90, septiembre-diciembre.
- _____, y N. BRUNET (2013). "Estructuración por edad del proceso de estratificación social en México", *Revista Asociación Latinoamericana de Población*, año 7, núm. 13, julio-diciembre.
- _____, E. RODRÍGUEZ y N. BRUNET (2013). "Orígenes sociales, instituciones, y decisiones educativas en la transición a la educación media superior. El caso del Distrito Federal", *Revista Mexicana de Investigación Educativa*, vol. 18, núm. 59, octubre-diciembre, pp. 1103-1136.
- STEELE, F. (2005). *Event History Analysis*, ESRC National Centre for Research Methods, Bristol, NCRM Methods Review Papers, University of Bristol.
- TREIMAN, D.-J. (1970). "Industrialization and Social Stratification", en E.-O. Lauman (ed.), *Social Stratification, Research and Theory of the 1970's*, Indianapolis, Bobbs-Merrill, pp. 207-234.
- _____, H. B. G. GANZEBOOM y S. RIJKEN (2003). "Educational Expansion and Educational Achievement in Comparative Perspective", Los Ángeles, Working Paper Series, California Center for Population Research.
- UNIKEL, L. (1968). *Ensayo sobre una nueva clasificación de población rural y urbana en México*, México, El Colegio de México.

12. TRAYECTORIAS MIGRATORIAS Y SU INTERACCIÓN CON LOS PROCESOS EDUCATIVOS

*Silvia E. Giorguli**
*María Adela Angoa***

INTRODUCCIÓN

Durante las últimas cuatro décadas, México ha vivido una expansión impresionante en la cobertura de educación. De manera que la educación primaria es casi universal, la cobertura de secundaria abarca ya más de 80% de jóvenes en edad de cursarla y la asistencia a la media superior y superior también ha seguido incrementando (INEE, 2014; Giorguli y Hernández, 2015). Estos grandes avances en la cobertura han estado acompañados de problemas emergentes, como las diferencias en la calidad educativa (Reimers, 2006; Giorguli *et al.*, 2010; Gil-Antón, 2009; Solís, 2010; Cárdenas, 2010; Mier y Terán y Pederzini, 2010; Parker y Pederzini, 2000), en especial entre los contextos rural y urbano; las elevadas tasas de abandono en la secundaria y media superior, y una elevada incidencia de repeticiones de grado durante los años escolares (Mier y Terán y Rabell, 2014; Solís, 2014; Blanco, 2014; Tuirán, 2011; Giorguli, 2005; Mier y Terán y Rabell, 2002 y 2003). Éstos se encuentran entre los retos educativos más importantes en el diseño de las políticas hacia el futuro inmediato.

Podríamos decir que una de las problemáticas en la planeación educativa en México es su falta de flexibilidad para acomodar e integrar a la escuela a niños y jóvenes en trayectorias diferentes,

* CEDUA, El Colegio de México.

** CEDUA, El Colegio de México.

por ejemplo, aquellos que durante los años escolares migraron. Cuando ocurre en la etapa escolar, la migración —la mayoría de las veces por decisión de los padres o adultos responsables del menor— implica un rompimiento con las redes en el lugar de origen. El niño o joven tiene entonces que desarrollar habilidades y estrategias para integrarse al nuevo entorno, comenzando por la escuela cuando permanece en ella. En México, la migración de menores a nivel internacional es un fenómeno en aumento y cada vez más visible (Giorguli y Gutiérrez, 2011; Aguilar, 2014); además, los menores migran internamente con sus padres. Según las estadísticas del censo de 2010, había cerca de 1.7 millones de menores que cambiaron su estado de residencia, a los que se suman los cerca de 500 000 que vivían en Estados Unidos y llegaron a México.¹ Aunque la migración se asocia con la movilidad de los adultos, que son quienes toman la decisión, los menores participan de la movilidad geográfica.

El objetivo de este capítulo es analizar en qué medida la movilidad que se experimenta durante los años en que los niños y jóvenes asisten a la escuela (definidos aquí de 6 a 24 años) se vincula con interrupciones en la trayectoria educativa. Suponemos que existen diferentes fuerzas en tensión. En algunos casos —como el de la migración rural-urbana—, la migración puede estar asociada con la llegada a un contexto con mayores oportunidades educativas, incluso es posible que éstas fueran la razón para migrar, especialmente durante la educación media superior y superior. La migración puede también traer consigo mejoras en la situación económica de la familia y permitir un retraso en la salida de la escuela (Sawyer, 2012). Por otro lado, como se mencionó en el párrafo anterior, el niño o joven tiene que adaptarse al nuevo contexto, a los cambios en la situación familiar, a un sistema escolar que puede ser diferente al lugar de origen, a un entorno hostil con pocas opciones de redes sociales a las cuales recurrir, y esto puede tener efectos negativos al corto o mediano plazo sobre su permanencia en la escuela y, en el largo plazo, sobre su nivel de escolaridad.

¹ Estimaciones de las autoras con datos del Censo de Población y Vivienda, 2010.

A la par del cambio en la escolaridad, cabe mencionar que esta investigación cubre tres generaciones que vivieron un cambio importante en los patrones de movilidad en México. A la generación de mayor edad le tocó vivir todavía el periodo caracterizado por las migraciones de las zonas rurales a la ciudad que acompañaron el proceso de modernización y urbanización en el país (Peinador, 2005). Las dos generaciones más recientes crecieron y fueron a la escuela en una etapa en la que la migración rural comenzaba a disminuir y, en su lugar, emergía una tendencia a traslados hacia ciudades pequeñas y medianas, preludio de los movimientos intra e interurbanos que predominan a partir de la década de 1980 (Sebille, 2014; Peinador, 2005). En migración internacional, también se da un cambio notable en los patrones que se sintetiza principalmente en el acelerado aumento de los movimientos entre México y Estados Unidos a partir de la segunda mitad de la década de 1980 y que llega a un pico a mediados de la primera década de 2000 (Zenteno, 2012). Junto al aumento en los flujos también se da una mayor heterogeneidad en éstos y la incorporación de nuevos actores —migrantes más jóvenes y mujeres.

La información detallada de la asistencia escolar y las migraciones durante la niñez y adolescencia que incluye la Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011 (EDER-2011) nos da una oportunidad única para aproximarnos a la posible interacción entre migración y la trayectoria educativa de tres cohortes en México. Suponemos, además, que los efectos pueden ser diferentes si se trata de una movilidad interna o internacional, entre hombres y mujeres, en qué momento de la vida ocurre (durante los años de formación básica o durante la adolescencia-juventud), de qué forma se reacomoda la familia respecto a la presencia o ausencia de los padres después de la migración y según el contexto de residencia (rural o urbano).

Para analizar estas preguntas de investigación, el capítulo se encuentra organizado en tres secciones. En la primera, proponemos un marco analítico para entender la posible relación de la movilidad geográfica de los menores con sus trayectorias educativas. Posteriormente, a partir de la información de la EDER-2011, analizamos la magnitud de la migración de los menores y cómo se modifican algunos aspectos, por ejemplo, la coresidencia de los

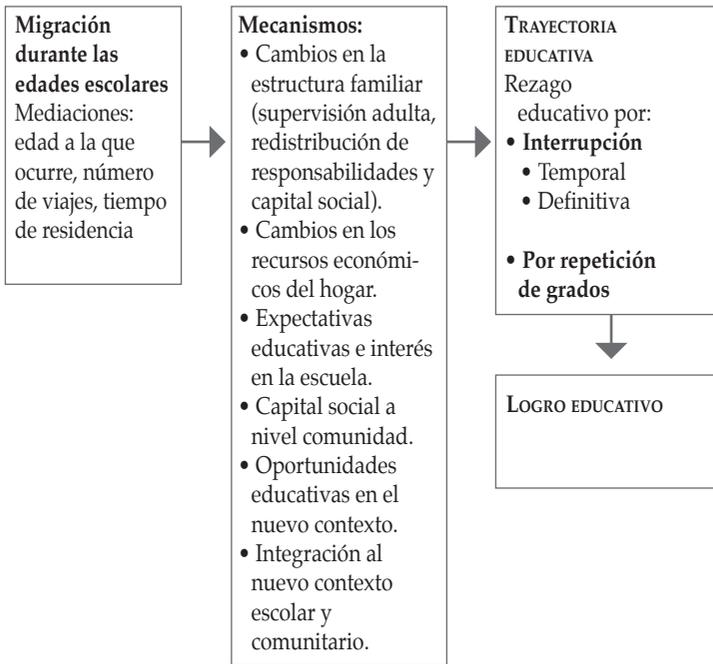
padres. Para ello, presentamos brevemente la metodología utilizada —en especial, lo relativo a las variables sobre migración— para presentar enseguida algunas tendencias en la movilidad durante las edades escolares. En la segunda sección evaluamos la vinculación entre educación y migración a corto y largo plazo. En un primer momento, mediante la estimación de modelos logísticos de tiempo discreto, evaluamos si las probabilidades de asistir a la escuela son modificadas de manera positiva o negativa por las experiencias migratorias durante la niñez o juventud. Posteriormente, analizamos el efecto acumulado de la movilidad geográfica sobre la escolaridad alcanzada a partir de la experiencia migratoria hasta los 24 años de edad. Finalmente, en las conclusiones se retoma la discusión a partir de los resultados presentados para dar un panorama general de la posible influencia de la migración interna e internacional sobre la educación. Se incluye una reflexión sobre cómo continuar explorando este tema de investigación, el cual consideramos relevante para la política educativa pero tratado de forma insuficiente hasta ahora.

EL VÍNCULO ENTRE EXPERIENCIAS MIGRATORIAS
Y TRAYECTORIAS EDUCATIVAS: HACIA
LA CONSTRUCCIÓN DE UNA PROPUESTA ANALÍTICA

Independientemente de la edad a la que ocurra la migración, implica un rompimiento en el curso de vida de una persona. Al cambiar el entorno inmediato se modifican —en un sentido positivo o negativo— los recursos disponibles, las redes sociales, la dinámica familiar, las oportunidades económicas, el acceso a servicios, por ejemplo. Todos estos son aspectos que, cuando la movilidad geográfica ocurre durante la etapa de formación escolar, modifican condiciones asociadas con el ambiente de aprendizaje en casa, los amigos y el entorno educativo (Reese, 2013) y, por lo tanto, podrían influir en la asistencia a la escuela, el desempeño escolar de los niños o jóvenes y, en el largo plazo, el logro educativo (Hofferth, Boisjoly y Duncan, 1998; Haveman, Wolfe y Spaulding, 1991; Peinador, 2005; Giorguli y Serratos, 2009; Giorguli *et al.*, en prensa).

Puesto de una manera sistemática, la migración modifica las condiciones en que se da la experiencia escolar de la siguiente manera (figura 12.1):

Figura 12.1. Posibles mecanismos que median el impacto de la migración sobre la educación



Fuente: Elaboración de las autoras. La propuesta de mecanismos es una adaptación de un estudio sobre la importancia de la estructura familiar en la salida de la escuela y el ingreso al mercado de trabajo durante la adolescencia (Giorguli, 2004).

- *Cambios en la estructura y dinámica familiar:* derivado de la migración, se da un reacomodo en la dinámica familiar y posiblemente se modifica la estructura de los hogares. Si la migración está asociada con un cambio en la situación de coresidencia con los padres —por ejemplo, la separación de uno de ellos o

de ambos—, podría implicar una menor supervisión adulta. Asimismo, si implica un cambio en la estructura de los hogares o una reasignación de papeles y responsabilidades de los miembros del hogar, también podría implicar una mayor o menor participación de los hijos, especialmente los adolescentes, en tareas de cuidado y trabajo doméstico.

- *Cambios en los recursos económicos del hogar*: una de las explicaciones más comunes del abandono escolar se refiere a la necesidad económica, ya sea porque no se cuenta con los recursos suficientes para sufragar los gastos que se derivan de la compra de uniformes, útiles escolares y el transporte a la escuela, o porque los menores —especialmente los adolescentes y jóvenes— interrumpen su trayectoria educativa para ingresar al mercado de trabajo y contribuir de alguna manera a la reproducción económica del hogar. Si la migración se asocia con un aumento en los recursos económicos del hogar, habría mayores probabilidades de seguir en la escuela y retrasar la entrada al mercado de trabajo.
- *Expectativas educativas e interés en la escuela*: si la migración implica un cambio de residencia a un lugar con mejores oportunidades educativas y laborales, podría haber un incentivo para que los padres decidan invertir por más tiempo en la educación de los hijos y, por parte de los menores, podría haber un mayor interés y motivación para estudiar y permanecer en la escuela.
- *Capital social en el entorno de la comunidad*: en la mayoría de los casos, con la migración se pierden redes de apoyo especialmente importantes para tareas de cuidado y supervisión de los hijos. Así, por ejemplo, observaríamos también un efecto negativo de la migración sobre la educación si del cambio de residencia resulta un rompimiento con redes o recursos familiares (por ejemplo, de la familia extendida, abuelos, amigos) que apoyen en la supervisión de los hijos o influyan en la motivación e interés de los estudiantes en esta tarea.
- *Oportunidades educativas en el nuevo contexto*: como ya se mencionó, la migración puede implicar acceso a una educación de mayor calidad (especialmente importante, dado el diferencial

en la calidad de la educación en contextos rurales y urbanos en México) y a modalidades educativas no disponibles en las comunidades de origen. En la actualidad, esto sería especialmente relevante para la continuación hacia niveles de educación media superior y superior. Para las generaciones en la EDER-2011, dada la cobertura en educación en la época en la que llegaron a la edad de cursar la secundaria, posiblemente también defina el acceso a este nivel educativo.

- *Integración al nuevo contexto escolar y comunitario*: necesariamente el impacto de la migración sobre la educación está definido por el contexto institucional, en específico por las características y la dinámica de la escuela. En la medida en que la escuela esté preparada para atender a menores con necesidades concretas en el proceso de aprendizaje, dada su movilidad geográfica, y que acompañe su integración al nuevo entorno, el niño o joven contará con mayores herramientas para permanecer en ella.

De los mecanismos planteados hasta aquí se derivan dos puntos a considerar para el estudio de la pregunta de interés en este trabajo. Por un lado, el efecto posible de los cambios que se generan por la migración sobre la trayectoria educativa pueden ser diferentes al corto, mediano y largo plazo. Así, por ejemplo, la migración puede implicar una interrupción temporal de la trayectoria escolar (como demuestra Aguilar, 2014 para el caso de los menores nacidos en Estados Unidos que llegaron a México entre 2005 y 2010) o la necesidad de repetir un grado por razones académicas o administrativas; sin embargo, al mejorar las condiciones y el conocimiento del entorno, con el tiempo podría haber una recuperación y podríamos no encontrar efecto alguno de la migración a largo plazo sobre la escolaridad alcanzada o, incluso, un efecto positivo. Este punto se retoma en la estrategia metodológica que se utiliza en este trabajo.

Por otro lado, este trabajo estudia el efecto de la migración a lo largo de la vida escolar de los individuos. Tomamos a la población que asiste a la escuela entre los 7 y 24 años de edad y analizamos cómo se modifica la asistencia escolar al corto o largo plazo si ocu-

re un cambio de residencia. Sin embargo, es necesario notar que el impacto de los posibles cambios que se generan a raíz de la migración será distinto dependiendo de la etapa del curso de vida. Durante la niñez y hasta la secundaria, aspectos como la supervisión adulta, la pérdida de capital social y la disrupción de la vida familiar en lo cotidiano pueden tener un mayor efecto sobre las probabilidades de seguir en la escuela y, eventualmente, sobre el nivel de la escolaridad.

Durante la adolescencia y juventud temprana (entre los 16 y 24 años), otros aspectos pueden tener mayor peso. Por ejemplo, el acceso a mayores recursos económicos o las necesidades de cuidado de otros menores de edad tienen mayor peso en la decisión de seguir o no en la escuela para este grupo etario. De hecho, la migración en este caso se coordina con otros eventos del curso de vida, como la entrada al mercado de trabajo, la salida del hogar paterno y el inicio en la formación de una familia propia (Zenteno, Giorguli y Gutiérrez, 2013). Asimismo, las condiciones y oportunidades en el mercado de trabajo y el acceso a la educación media superior o superior en los lugares de destino tendrán un papel más importante en la permanencia o no en la escuela, comparado con el mismo efecto entre la población más joven. A partir de lo anterior, se decidió mantener por separado el análisis de la relación entre educación y migración para dos grupos etarios (7-15 años y 16-24 años).

Finalmente, suponemos que el efecto será diferente según se trate de una migración interna o internacional. Dado que la segunda implica adaptarse a un país nuevo, con un idioma distinto —en muchos casos—, un sistema escolar diferente y mayor lejanía del entorno de origen, es probable que al corto plazo el impacto de la migración internacional sea mayor. Sin embargo, en este caso también es posible que el efecto final sobre el logro educativo sea positivo en la medida en que la migración implique una mejora en el nivel de ingresos, dado que en Estados Unidos hay un mayor incentivo para invertir en la educación de los hijos hasta la conclusión de bachillerato y que los jóvenes en dicho país —independientemente de su estatus de documentación— tienen acceso a la educación pública hasta la media superior.

ESTRATEGIA METODOLÓGICA: PROPUESTA PARA EL ESTUDIO
DE LA INFLUENCIA DE LA MIGRACIÓN DURANTE LA NIÑEZ
Y JUVENTUD SOBRE LA TRAYECTORIA Y LOS RESULTADOS EDUCATIVOS

El diseño metodológico de la EDER-2011, el cual capta la información sobre asistencia a la escuela, lugar de residencia e historia migratoria para cada año, nos permite analizar de manera detallada la manera en que la movilidad geográfica tiene un efecto al corto plazo sobre la permanencia en la escuela. Asimismo, el análisis de la experiencia migratoria acumulada durante la niñez y la adolescencia hace posible observar los efectos a largo plazo. En este trabajo utilizamos dos variables dependientes. Para evaluar el impacto al corto plazo de la migración entre los 7 y 24 años, analizamos la permanencia o salida de la escuela durante un año-persona t , considerando que el individuo estaba en la escuela durante el año anterior ($t - 1$) y si experimentó o no un cambio de residencia en $t - 1$. La salida de la escuela puede durar uno o más años o resultar en el abandono definitivo. Para estimar si en el largo plazo el niño o joven compensan la posible interrupción de la escuela o la repetición de grados por el cambio de residencia, observamos la escolaridad terminada (años de escolaridad) a los 24 años. Estas dos —asistencia y escolaridad terminada— son las variables dependientes utilizadas en este trabajo y combinan el análisis longitudinal (asistencia) con un análisis transversal (logro educativo a los 24 años).²

Para el seguimiento de las trayectorias migratorias, la encuesta permite captar los cambios de localidad de residencia con una duración mínima de un año.³ Identificamos dos posibles tipos de

² Otra posible línea de investigación es el análisis de la repetición de grados, la cual permanece en nuestra agenda de futuras investigaciones.

³ Dado que la EDER-2011 sólo registra los eventos con duración de al menos un año, debemos alertar al lector que, en el caso de las migraciones, probablemente están subestimadas, puesto que la encuesta no capta cambios de residencia cuya estancia fue inferior al año. Así, la encuesta no necesariamente estaría registrando el primer movimiento vinculado a un cambio de residencia, sino la primera migración con duración de un año. Un caso similar ocurre con la salida de la escuela, pues, como señalan Pérez Amador y Giorguli (2014), acon-

eventos migratorios: una migración interna (cambio de residencia de una localidad rural o urbana a otra rural o urbana en México) o migración internacional (migración a otro país, que en casi la totalidad de los casos, fue a Estados Unidos).⁴ Tomamos todos los cambios de localidad de residencia a partir de los 6 y hasta los 23 años.⁵

De acuerdo con la estructura propuesta para este trabajo, en una primera etapa de análisis de los datos utilizamos curvas de sobrevivencia para estudiar la ocurrencia de la primera migración y modelos logísticos de tiempo discreto para la probabilidad de migrar interna o internacionalmente en un año persona dado (t), con el fin de hacer una caracterización inicial por sexo, edad, cohorte, lugar de residencia en $t - 1$, escolaridad de la madre y condición de asistencia en el año previo ($t - 1$) de la movilidad durante la niñez, adolescencia y juventud temprana.⁶ Para analizar si efectivamente hay un cambio en la estructura familiar cuando ocurre un movimiento migratorio, en especial en lo que respecta a la coresidencia de los padres, incluimos en el análisis una comparación de dicha variable entre el año anterior a la migración y el año en que ocurre.

tece comúnmente a mitad del año, y la encuesta la capta hasta el siguiente año calendario, por lo que se puede dar el caso de que la edad a la ocurrencia esté sobreestimada.

⁴ Del total de la muestra, tenemos 134 viajes a Estados Unidos y 452 años-persona en dicho país. Se trata de individuos que migraron a ese país y permanecieron en él durante cierto número de años. En nuestro trabajo no diferenciamos la migración de retorno cuando medimos la movilidad internacional.

⁵ Observamos la asistencia escolar desde los 7 hasta los 24 años, pero la movilidad geográfica desde los 6 hasta los 23 años, de manera que al menos tiene que haber transcurrido un año desde la migración para estimar los efectos sobre las variables educativas.

⁶ Dado el escaso número de personas que experimentaron al menos una migración internacional, como ya se señaló, el análisis de sobrevivencia refleja básicamente las tendencias en la migración interna. En los modelos de tiempo discreto multinomiales para observar la probabilidad de que ocurra un cambio de residencia dentro del país o fuera del país se excluyen 401 años-persona que corresponden a los vividos en Estados Unidos.

La segunda parte del análisis estadístico se concentra en la vinculación entre migración y trayectoria educativa. Se estimaron modelos de regresión de tiempo discreto para analizar la probabilidad de dejar la escuela. El modelo incluye las variables que la literatura tradicionalmente ha definido como factores asociados con la asistencia escolar (Giorguli, 2004; Mier y Terán y Rabell, 2003). Las variables migratorias captan si ocurrió un cambio de residencia dentro del país (migración interna) o fuera del país (migración internacional) en el año anterior ($t - 1$). Como suponemos diferencias según la etapa del ciclo de vida y por sexo, los modelos se estimaron para dos grupos de edad: 7 a 15 años y 16 a 24 años, y para hombres y mujeres por separado. A estos modelos se agregan al final otras variables que captan la migración acumulada hasta un año-persona en dos formas: número de viajes entre los 6 años y la edad en el año-persona, y la duración en el lugar de residencia desde la última migración (bajo el supuesto de que el efecto en la escolaridad puede ser al corto plazo —en los primeros años— pero desaparecer posteriormente). Para la estimación se utilizaron 48 024 años-persona que corresponden a un total de 2 668 individuos. El cuadro 12.1 incluye la definición y las estadísticas descriptivas para cada una de las variables en el modelo en años-persona vividos. Las variables independientes que varían en el tiempo se toman en el año $t - 1$ para observar su efecto en la asistencia escolar un año después.

Para la evaluación del efecto de la migración a largo plazo, se estimaron modelos de regresión continua utilizando como variable dependiente la escolaridad acumulada a los 24 años. En estos modelos se incluyen variables a nivel individual (cohorte y escolaridad de la madre), del lugar de residencia —rural o urbano— al inicio del periodo observado (a los 7 años), sobre las interrupciones en la trayectoria escolar y el número de años de residencia en la localidad actual (que puede ir de 0 hasta los 17 años, los cuales corresponderían al periodo observado —de 7 a 24 años— cuando no hubo ninguna migración) y el número de viajes en las edades observadas. El cuadro 12.2 incluye la distribución de las variables utilizadas para este modelo a los 24 años de edad.

Cuadro 12.1. Definición y estadísticas descriptivas asociadas a las variables utilizadas en los modelos de asistencia escolar

Variable	Descripción	Estadísticas descriptivas (media o porcentaje)
Salida de la escuela	Identifica si en el año-persona no asistió a la escuela. Dicotómica.	
	0. Asiste a la escuela	53.4
	1. No asiste	46.6
Edad	Es la edad de la persona en el año-persona actual. Continua.	15.5
Sexo	Sexo de la persona. Dicotómica.	
	Hombre	48.9
	Mujer (categoría de referencia)	51.1
Cohorte	Cohorte de pertenencia de la persona. Categórica.	
	Cohorte 1951-1953	29.8
	Cohorte 1966-1968	31.7
	Cohorte 1978-1980 (categoría de referencia)	38.5
Lugar de residencia*	Lugar de residencia en el año $t-1$. Categórica.	
	Urbana (categoría de referencia)	84.2
	Rural	14.8
	Otro país	1.0
Una salida de la escuela o más	Experiencias de interrupción escolar previas al año t . Dicotómica.	
	Nunca salió de la escuela (categoría de referencia)	96.2
	Al menos una salida previa de la escuela	3.8
Corresidencia con los padres	Estatus de coresidencia con los padres en el año $t-1$. Categórica.	

	Ninguno (si no corresidió en el año-persona con padre o madre)	24.5
	Con ambos padres (categoría de referencia)	60.3
	Sólo con la madre	13.0
	Sólo con el padre	2.2
Escolaridad de la madre**	Escolaridad de la madre. Categórica.	
	Sin estudios (categoría de referencia)	24.4
	Con primaria (incompleta o completa)	53.9
	Con secundaria o más (completa e incompleta)	21.7
Migración nacional el año previo	Ocurrencia de una migración de una localidad urbana o rural a otra localidad urbana o rural dentro del país o en el año $t - 1$. Dicotómica.	
	No migró (categoría de referencia)	96.9
	Sí migró	3.1
Migración internacional el año previo	Ocurrencia de una migración de una localidad urbana o rural a otro país en el año $t - 1$. Dicotómica.	
	No migró (categoría de referencia)	99.9
	Sí migró	0.1
Número de viajes	Número de migraciones internas e internacionales acumuladas al año $t - 1$. Continua.	1.4
Años de duración desde la última migración	Años de residencia en el lugar actual desde los 6 años o desde la última migración. Continua.	4.3

Notas: Número de años-persona vividos (6 a 24 años de edad) = 48 024.

* Se imputó el lugar de residencia del año-persona previo cuando éste no estaba especificado (1 197 años-persona) en el año-persona actual.

** Se imputó la escolaridad del padre cuando la de la madre no está especificada (1 152 años-persona); y se eliminaron los casos para los cuales no se identificó la escolaridad de alguno de los padres (1 602 años-persona).

Fuente: Estimaciones propias con base en la EDER (2011).

Cuadro 12.2. Definición y estadísticas descriptivas asociadas a las variables utilizadas en los modelos de logro educativo. Valores a los 24 años de edad

Variable	Descripción	Estadísticas descriptivas (media o porcentaje)
Logro educativo	Número de años de escolaridad aprobados	10.6
Sexo	Sexo de la persona. Dicotómica	
	Hombre	48.9
	Mujer (categoría de referencia)	51.1
Cohorte	Cohorte de pertenencia de la persona. Categórica.	
	Cohorte 1951-1953	29.8
	Cohorte 1966-1968	31.7
	Cohorte 1978-1980 (categoría de referencia)	38.5
Escolaridad de la madre**	Escolaridad de la madre. Categórica	
	Sin estudios (categoría de referencia)	24.4
	Con primaria (incompleta o completa)	53.9
	Con secundaria o más (completo e incompleto)	21.7
Experiencia migratoria	Número de migraciones internas e internacionales acumuladas a los 24 años. Continua	1.6
Experiencia migratoria internacional	Si hubo al menos una migración hacia Estados Unidos. Dicotómica.	
	No migró (categoría de referencia)	95.2
	Sí migró	4.8
Años de residencia urbana	Número de años de residencia en un área urbana. Cuando vivió siempre en zona urbana es igual a 17. Cuando vivió en localidades rurales, se resta el número de años vividos en dichas localidades	14.7

Notas: Número de años-persona vividos (6 a 24 años de edad) = 48024.

** Se imputó la escolaridad del padre cuando la de la madre no está especificada (1 152 años-persona); y se eliminaron los casos para los cuales no se identificó la escolaridad de alguno de los padres (1 602 años-persona).

Fuente: Estimaciones propias con base en la EDER (2011).

Para probar si hay diferencias en los efectos de la migración sobre la asistencia escolar, se realizaron interacciones con las variables de sexo, lugar de residencia y coresidencia de los padres. Para el logro educativo se probaron interacciones entre sexo y número de viajes, sexo y si hubo alguna migración internacional, tiempo de residencia urbana y número de viajes, tiempo de residencia urbana y experiencia migratoria internacional.

LA MOVILIDAD INTERNA E INTERNACIONAL EN LOS AÑOS ESCOLARES

¿Qué tan frecuente es la migración durante las edades escolares? Un primer análisis de las curvas de sobrevivencia que muestran la transición a la primera migración entre los 6 y los 24 años de edad muestra, tanto para hombres como para mujeres, una elevada movilidad, de manera que, aun para la generación más joven que es la de menor migración, al menos una tercera parte de la población de ambos sexos habrá experimentado mínimo un cambio de residencia hasta los 24 años de edad.⁷ Coincidente con investigaciones anteriores (Sebille, 2014), las generaciones más jóvenes migran menos en esta etapa de la vida (gráfica 12.1), es decir, la movilidad durante la niñez y juventud fue más frecuente para la generación que experimentó la transición urbana en México (la más antigua) y, conforme avanza el proceso de urbanización, la migración en estas etapas tiende a disminuir.

Por otro lado, los datos sugieren un patrón similar de movilidad entre hombres y mujeres —con excepción de la cohorte más antigua, la nacida en la década de 1950, para la cual los hombres experimentaron mayor movilidad que las mujeres—. En general, se observa que para los hombres aumenta la probabilidad de

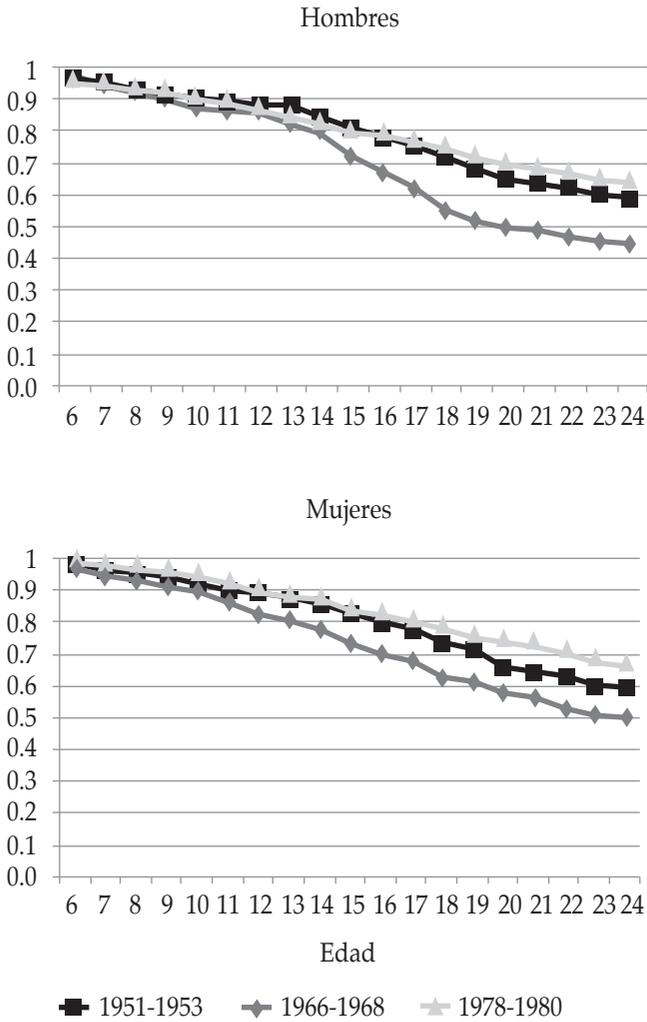
⁷ En una primera etapa de esta investigación se estimaron los datos por separado para migración interna e internacional. Sin embargo, dada la baja incidencia de la migración internacional en esta etapa de la vida y en la muestra, las estimaciones no eran confiables. Asimismo, al predominar por mucho la migración interna sobre el otro tipo de movilidad, el patrón de la primera migración está definido básicamente por ésta.

migrar de forma más rápida durante los años de la adolescencia; sin embargo, al final del periodo observado (hasta los 24 años), los niveles de hombres y mujeres son parecidos. Finalmente, las primeras migraciones ocurren con mayor frecuencia durante la adolescencia, entre los 14 y 19 años —muy probablemente coordinadas con otras transiciones en el curso de vida que transcurren durante esta etapa—. De hecho, los datos sugieren que podemos diferenciar las experiencias de migración antes y después de la adolescencia. Por ejemplo, antes de los 15 años la migración internacional es prácticamente nula y sólo una cuarta parte de los entrevistados había migrado internamente (cuadro 12.3). En contraste, a los 24 años, cerca de 70% de los hombres y 60% de las mujeres había experimentado al menos un cambio de residencia al interior del país. En cuanto a la migración internacional, de la casi nula participación a los 15 años, los porcentajes se mueven a 7.1% para los hombres y 2.6% para las mujeres a los 24 años. Resalta en los datos que las experiencias de migración internacional, cuando se ven desde la perspectiva de flujos (viajes), tienen un carácter mayoritariamente masculino.⁸

En cuanto al número de migraciones, hay quienes experimentaron hasta siete cambios de residencia entre los 6 y 24 años de edad, aunque la mayor parte de los casos se concentran entre una (63%) y dos migraciones (25%) (cuadro 12.3). La variable de número de viajes será importante en el análisis posterior, dado que es posible que aquellos con mayor número de movi­lidades tengan también más prolongadas interrupciones en sus trayectorias escolares.

⁸ Este resultado coincide con mediciones de flujo como las de la Encuesta de Migración de la Frontera Norte (El Colef, UPM-Segob, Conapo, STPS y SRE, 2013). En los estudios de la migración mexicana hacia Estados Unidos destaca que, visto desde la perspectiva de los *stocks*, hay un equilibrio en la participación de hombres y mujeres. Sin embargo, si se observan los flujos, se mantiene la mayor participación de los hombres.

Gráfica 12.1. Transición a la primera migración según sexo.
Función de sobrevivencia por cohorte



Fuente: Estimaciones propias con base en la EDER (2011).

Cuadro 12.3. Incidencia de la migración a los 15 y a 24 años, por sexo y número de viajes

	Hombres		Mujeres	
	15 años	24 años	15 años	24 años
Al menos una migración nacional	27.2	68.4	24.3	59.7
Al menos una migración internacional	0.7	7.1	0.4	2.6
Número de viajes promedio	1.3	1.7	1.3	1.6

Fuente: Estimaciones propias con base en la EDER (2011).

A fin de explorar con mayor detalle el perfil de quienes migraron durante la etapa escolar, se estimaron modelos logísticos multinomiales para la probabilidad de migrar interna o internacionalmente, usando la información de años-persona entre los 6 y 24 años de edad. Los resultados de los modelos (cuadro 12.4) corroboran alguna de la información presentada hasta ahora para migración interna. Por ejemplo, no hay diferencias significativas en las probabilidades de movilidad dentro del país entre hombres y mujeres, mientras que en la internacional los hombres tienen 2.7 veces más probabilidad de migrar. En cuanto a las diferencias generacionales, una vez introducidos los controles sólo se observa una menor probabilidad de migrar internamente para los hombres en la generación más antigua.

El patrón de diferencias entre grupos de edad al que se hizo mención en el análisis de las curvas de sobrevivencia no se sostiene para la migración interna, dado que no hay diferencias significativas en las probabilidades de ocurrencia entre nuestros dos grupos de estudio (7 a 15 y 16 a 24); en el caso de la migración internacional —la cual podría estar mayormente asociada con una migración autónoma con fines laborales— sí se observa claramente una mayor probabilidad de ocurrencia después de los 15 años. Finalmente, en lo relativo al perfil sociodemográfico, la escolaridad de la madre y el lugar de residencia (rural o urbano) parecieran no tener un peso en la explicación de por qué se migra durante la niñez y juventud.

Cuadro 12.4. Razones de momio asociadas a la probabilidad de migrar interna o internacionalmente. Modelos de regresión logística multinomial de tiempo discreto

Variables	No migró (base)	Migración nacional	Migración internacional
Sexo			
Hombre		1.078	2.685***
<i>Mujer (ref.)</i>			
Cohorte			
Cohorte 1951-1953		1.734***	0.511
Cohorte 1966-1968		1.180**	0.691
<i>Cohorte 1978-1980 (ref.)</i>			
Edad			
<i>7 a 15 años (ref.)</i>			
16 a 24 años		1.092	3.968**
Escolaridad de la madre			
<i>Sin estudios (ref.)</i>			
Primaria		0.913	0.847
Secundaria o más		1.108	1.349
Lugar de residencia*			
<i>Urbano (ref.)</i>			
Rural		0.856	0.183
Salió de la escuela el año previo		1.605***	2.531**
Constante		0.020	0.000***
Observaciones			
Number of obs	47 649		
Wald chi 2(15)	241.77		
Prob > chi2	0.0000		
Log pseudolikelihood	-37924262		
Pseudo R2	0.0218		

Notas: *** significativo al $p < 0.001$; ** significativo al $p < 0.05$; * significativo al $p < 0.01$.

Fuente: Estimaciones propias con base en la EDER (2011).

La variable con mayor efecto sobre las probabilidades de migrar es la de asistencia a la escuela. Como era de esperarse, cuando se ha dejado la escuela en un año dado, las probabilidades de migrar interna e internacionalmente se incrementan de forma notable, de manera que pareciera existir cierta sincronización entre la salida de la escuela y la ocurrencia de una primera migración fuera de la localidad de residencia. En un segundo grupo de modelos se incluyeron dos variables vinculadas con la migración para corroborar el efecto de la experiencia previa y la del tiempo de residencia en el lugar de destino sobre las probabilidades de volver a migrar interna o internacionalmente.⁹ Para ambos tipos de movi- lidades hay un proceso de autosostenimiento en la medida en que haber experimentado un primer viaje tiene un fuerte impacto en las probabilidades de seguir migrando (razones de momios mayores de 5 en los coeficientes de número de migraciones para ambos tipos de movi- lidades). Por otro lado, conforme pasa el tiempo desde la migración y aumenta el arraigo en el nuevo lugar de destino, la movilidad de cualquier tipo tiende a descender.

Para concluir este análisis de la migración durante las edades escolares, observamos si haber experimentado algún tipo de movilidad estaba asociado con cambios en los arreglos familiares —medidos con el estatus de coresidencia con los padres—. En el cuadro 12.5, la diagonal representa los casos sin cambio (es decir, que no se modificó su situación de coresidencia con los padres en el año en que ocurrió la migración). Se analizan dos grupos etarios: 7 a 15 años, donde los individuos aún dependen de los padres, y entre los 16 y 24 años, donde una proporción de ellos comienza a dejar el hogar paterno.

Como sería de esperarse, para los menores de 16 años, la situación de coresidencia con los padres no se modifica. Aun así, hay un número importante de casos en los que la migración está asociada con la llegada a un nuevo hogar donde ambos padres están ausentes. Esto es así para 23% de quienes vivían con ambos padres

⁹ Por razones de espacio no se muestran los resultados de estos modelos. En caso de existir interés, se pueden solicitar directamente a las autoras: [sgiorguli@colmex.mx] y [aangoa@colmex.mx].

antes de migrar, 16% sólo con la madre y 18% sólo con su padre. En contraste, entre los 16 y 24 años la migración está asociada con dejar el hogar paterno-materno de manera tal que en la mayoría de los casos quienes migran cambian su estatus de coresidencia de vivir con alguno de los padres antes de migrar a ninguno en el año de la migración. En el único caso en que se mantiene el mismo estatus de coresidencia en la mayoría de los casos (58%) es para aquellos que vivían sólo con la madre. Como se planteó en secciones anteriores, suponemos que el cambio en la situación de coresidencia con los padres —especialmente antes de los 15 años— puede ser uno de los mecanismos que medien en los potenciales efectos positivos o negativos de la migración sobre la escolaridad.

Cuadro 12.5. Estatus de coresidencia con los padres un año antes y en el año de la migración según grupo etario (7 a 15 años y 16 a 24 años de edad)

Año <i>t</i> - 1	Año <i>t</i>				Total	N
	Ninguno	Ambos padres	Sólo con la madre	Sólo con el padre		
7-15 años						
Ninguno	94.6	3.3	0.7	1.3	100	308870.0
Ambos padres	22.7	74.9	2.2	0.2	100	1804869
Sólo con la madre	16.2	1.1	82.8	-	100	312121
Sólo con el padre	18.3	-	-	81.7	100	63008
Total	30.7	54.9	12.1	2.3	100	2488868
16 a 24 años						
Ninguno	99.2	0.5	0.3	-	100	1160514
Ambos padres	61.7	33.4	3.3	1.6	100	1128128
Sólo con la madre	41.6	-	57.6	0.7	100	33113
Sólo con el padre	68.8	-	6.6	24.6	100	73177
Total	75.6	14.2	8.8	1.4	100	2691932

Fuente: Estimaciones propias con base en la EDER (2011).

¿MIGRAR O ESTUDIAR? ¿MIGRAR PARA ESTUDIAR?
EL EFECTO DE LA MIGRACIÓN SOBRE LA PERMANENCIA
EN LA ESCUELA Y EL LOGRO EDUCATIVO

Como ya se mencionó, en este trabajo analizamos la forma en que dejar de asistir a la escuela y el logro educativo se vinculan con diferentes variables que miden el posible impacto de la migración interna e internacional durante la niñez, la adolescencia y la juventud. Los modelos de tiempo discreto que recuperan la información sobre migraciones y asistencia escolar año por año sugieren que, efectivamente, hay diferencias en la forma en que los cambios de residencia influyen en la trayectoria educativa de los menores dependiendo de la edad a la que ocurre la migración (cuadro 12.6).

En general, haber experimentado una migración interna en el año previo incrementa las probabilidades de no asistir al año siguiente de la migración en 80% entre los menores de 16 años. Para la migración internacional el efecto es todavía mayor, aunque debemos recordar que hay pocos casos en la muestra que cambien de país de residencia, en especial entre los menores del primer grupo de edad (7 a 15 años). Los efectos negativos de las migraciones sobre la permanencia en la escuela son claros en el modelo sin controles por características sociodemográficas y familiares (modelo 1 en el cuadro 12.6), pero se mantienen incluso cuando se agregan variables del capital cultural, estatus del hogar —medido en este caso con la escolaridad de la madre y el lugar de residencia (modelo 2)—, lo que sugiere que efectivamente la movilidad —interna o internacional— durante la etapa de la educación básica (primaria y secundaria) resulta en interrupciones en la trayectoria escolar. El efecto para el caso de la migración internacional sólo deja de ser significativo cuando se agregan las variables de estatus de coresidencia de los padres, lo cual indicaría una posible mediación del contexto familiar en que se da esta migración en las edades escolares más jóvenes (modelo 3).

El efecto de la migración interna sobre la permanencia en la escuela desaparece para las edades posteriores —posiblemente en los niveles de educación media superior y superior— y disminuye notablemente, aunque se mantiene significativo, en el caso de la

migración internacional (modelo 1 para el grupo de 16 a 24 años). Cuando se agregan las variables de control (modelo 2) el efecto de ambas variables de movilidad (interna e internacional) pierde significancia. Los cambios que se observan en el efecto de la migración internacional conforme se agregan las variables *proxy* de capital social, nivel socioeconómico del hogar (escolaridad de la madre) y del entorno educativo (contexto rural o urbano) sugieren que el efecto inicial (modelo 1) está mediado justamente por éstas.¹⁰

Finalmente, en lo que se refiere a la permanencia en la escuela, evaluamos si el número de viajes y el tiempo en el lugar de residencia (desde la última migración o desde los 6 años cuando no ha habido migraciones) también tienen implicaciones sobre las interrupciones en la trayectoria escolar (modelo 4). En las edades más jóvenes, conforme el tiempo de residencia en el lugar de destino aumenta, la probabilidad de salir de la escuela disminuye. Asimismo, el número de viajes tiene un efecto negativo sobre la permanencia escolar; por cada viaje adicional, la probabilidad de dejar la escuela aumenta en 76%. El hecho de que estos efectos y el de las otras variables de migración no influyan ni de manera positiva ni negativa en la permanencia en la escuela entre los 16 y 24 años de edad puede estar reflejando dos tendencias que acaban por compensar el efecto final. Es posible que en este grupo de edad tengamos a algunos jóvenes que migran justamente para mantener sus estudios; la experiencia opuesta sería la de jóvenes que migran por razones laborales y dejan la escuela después de migrar para poder participar de tiempo completo en el mercado de trabajo.

¹⁰ Se estimaron también modelos con interacciones entre las variables de migración interna e internacional y lugar de residencia, sexo y estatus de coresidencia con los padres. En ningún caso las interacciones fueron significativas. No se presentan los resultados pero, en caso de estar interesados, se pueden solicitar directamente a las autoras.

Cuadro 12.6. Resultados de los modelos logísticos de tiempo discreto para estimar la probabilidad de dejar la escuela en un año dado. Razones de momios

Variables	Modelo 1		Modelo 2		Modelo 3		Modelo 4	
	7 a 15 años	16 a 24 años	7 a 15 años	16 a 24 años	7 a 15 años	16 a 24 años	7 a 15 años	16 a 24 años
Sexo								
Hombre	0.948	0.872	0.897	0.869	0.917	0.909	0.07	0.872
<i>Mujer (ref.)</i>								
Cohorte								
Cohorte 1951-1953			2.163***	0.975	2.100***	0.913	2.104***	0.990
Cohorte 1966-1968			1.007	0.899	1.010	0.884	1.011	0.912
<i>Cohorte 1978-1980 (ref.)</i>								
Escolaridad de la madre ^a								
<i>Sin estudios (ref.)</i>								
Primaria			0.331***	0.374***	0.348***	0.400***	0.337***	0.369**
Secundaria o más			0.105**	0.108***	0.112***	0.118***	0.104**	0.107***
Corresidencia con los padres								
Ninguno					2.044***	2.006***		
<i>Ambos padres (ref.)</i>								
Sólo con la madre					1.352**	1.256*		
Sólo con el padre					3.363***	3.025***		

Lugar de residencia ^b								
<i>Urbano (ref.)</i>								
Rural			1.737***	1.641***	1.790***	1.670***	1.801***	1.647**
Otro país			0.672	2.174**	0.572	1.684	0.651	2.328**
Una salida de la escuela o más							7.503**	2.187***
Migración nacional el año previo	1.812***	1.083	1.823***	1.034	1.520***	0.823*	0.941	1.153
Migración internacional el año previo	9.221**	4.099**	39.357**	2.291	33.457*	2.057	21.994*	2.579
Número de viajes							1.762***	0.897
Años de duración desde la última migración							0.924**	1.015
Constante	0.000***	0.010***	0.000***	0.015***	0.000***	0.021***	0.000***	0.017***
Observaciones								
Wald chi2(15)	1099.460	1010.41	1325.21	966.95	1371.68	1022.85	1316	949.73
Log pseudolikelihood	-44294888	-62245026	-38973521	-56441326	-38427887	-55565950	-38670252	-56174952
Prob > chi2	0.000	0.000	0.000	0.000	0.000	0.000	0.000	0.000
Pseudo R2	0.155	0.088	0.256	0.173	0.267	0.186	0.262	0.177

Notas: ^a Se imputó el lugar de residencia del año-persona previo cuando éste no estaba especificado (1 197 años-persona) en el año-persona actual. / ^b Se imputó la escolaridad del padre cuando la de la madre no está especificada (1 152 años-persona); y se eliminaron los casos para los cuales no se identificó la escolaridad de alguno de los padres (1 602 años-persona).

*** Significativo al $p < 0.001$; ** significativo al $p < 0.05$; * significativo al $p < 0.1$.

Fuente: Estimaciones propias con base en la EDER (2011).

Cuadro 12.7. Resultados de los modelos lineales multivariados para estimar el potencial efecto de la migración internacional sobre el logro educativo a los 24 años. Coeficientes

Variables	Modelo 1	Modelo 2	Modelo 3
Sexo			
Hombre	-0.102	-0.098	-0.109
<i>Mujer (ref.)</i>			
Cohorte			
Cohorte 1951-1953	-0.875***	-0.819***	-0.726***
Cohorte 1966-1968	0.272	0.315	0.338
<i>Cohorte 1978-1980 (ref.)</i>			
Escolaridad de la madre ^a			
<i>Sin estudios (ref.)</i>			
Primaria	3.125***	3.056***	2.966***
Secundaria o más	6.467***	6.448***	6.265***
Experiencia migratoria		-0.086	0.043
Experiencia migratoria internacional		-0.403	0.339
Años de residencia urbana			0.057***
Constante	7.631***	7.631***	6.800***
Observaciones			
F	189.63	170.11	118.48
Prob > F	0.000	0.000	0.000
R-squared	0.249	0.265	0.270

Notas: ^a Se imputó el lugar de residencia del año-persona previo cuando éste no estaba especificado (1 197 años-persona) en el año-persona actual.

*** Significativo al $p < 0.001$; ** $p < 0.05$.

Fuente: Estimaciones propias con base en la EDER (2011).

Mediante los modelos de regresión lineal que miden la escolaridad completa (cuadro 12.7) buscamos evaluar en qué medida las interrupciones en la trayectoria educativa que experimentan los migrantes se traducen en desventajas al largo plazo cuando se asocian con un menor logro educativo. Nuestras estimaciones sugieren que el número de viajes y haber tenido experiencias migratorias hacia otros países no resultan en diferencias significativas. Sin embargo, sí hay un efecto claro del tiempo de residencia en lugares urbanos. Como sería de esperarse, cuanto más tiempo en entornos urbanos, la escolaridad alcanzada es mayor. Para quienes siempre han vivido en zonas urbanas, el tiempo de residencia será igual a la edad; en el caso de quienes vivieron en zonas rurales, este dato sugeriría que llegar a edades más tempranas favorecería un mayor logro educativo comparado con los jóvenes que a los 24 años habían vivido por menos tiempo en áreas urbanas. En general, podemos decir que, a pesar de la migración a un entorno con mayores oportunidades educativas, ésta no sirve para compensar las desventajas en el origen para quienes residieron en zonas rurales, comparados con migrantes que se movieron entre zonas urbanas o los residentes urbanos que nunca migraron. Es de destacar que esta diferencia se sostiene aun después de haber controlado por la escolaridad de la madre, que suele ser el determinante principal del logro educativo, y podríamos esperar que fuera notablemente menor entre quienes nacieron y residieron en zonas rurales.

CONCLUSIONES

Cuando pensamos en migración, generalmente la vinculamos a razones laborales e imaginamos a adultos que, en el mejor de los casos, van acompañados por sus familias —incluyendo a los menores de edad—. Los datos que se derivan de la EDER-2011 sugieren que la movilidad geográfica durante la infancia y primera juventud es más común de lo que tendemos a imaginar, en especial la migración interna. Sorprende entonces la poca investigación que hay en México sobre las implicaciones de la migración

interna durante la niñez y adolescencia en dimensiones como la salud, la educación, la dinámica familiar, la entrada al mercado de trabajo, el bienestar en general, entre otras. En contraste, existe una vasta literatura que estudia a los menores que migran internacionalmente y que analizan algunas de estas dimensiones (Giorguli y Serratos, 2009, Sánchez-Soto, 2011; McKenzie y Rapoport, 2006; Kandel, 1998; Kandel y Massey, 2002; Ramírez, 2013; Meza y Pederzini, 2009; Pederzini y Meza, 2008).

En este trabajo aprovechamos la información longitudinal de la EDER para observar el efecto inmediato de las migraciones en la asistencia escolar y, a largo plazo, sobre el logro educativo. Además analizamos en paralelo la movilidad interna e internacional. Los resultados sugieren que, entre los niños y adolescentes más jóvenes (7 a 15 años), la migración sí representa una disrupción en la trayectoria de vida de los menores —se asocia con la salida de la escuela, al menos en el corto plazo—. En la etapa posterior del curso de vida la migración tendría otro significado. Está asociada con transiciones a la adultez, como dejar el hogar paterno, y es posible que en estas edades exista un contrapeso entre un grupo que migra para seguir estudiando y otro que deja de estudiar y migra en busca de mejores oportunidades laborales.

Este tema no se agota con los resultados presentados hasta aquí. El cambio en los patrones de movilidad en México, actualmente caracterizado por una migración interna de carácter principalmente interurbano y por una disminución en la emigración hacia Estados Unidos, así como por una persistente participación de los menores de edad en las migraciones, abre espacio para indagar en qué medida los resultados aquí encontrados se sostienen en el nuevo contexto de movilidad y frente a un sistema educativo que enfrenta el reto de adaptarse mejor a la situación particular de poblaciones específicas, como lo son los menores migrantes. Quedan abiertas nuevas interrogantes, como explorar si la salida de la escuela cuando hay una migración en las edades más jóvenes resulta en abandono o si los menores logran reincorporarse al sistema escolar, y si los niños y jóvenes que migran internamente enfrentan o no los problemas de integración al sistema escolar que la evidencia sugiere para el caso reciente de los menores retornados.

REFERENCIAS

- AGUILAR, R. (2014). *Nos regresamos pa'tras. Diferencias en el desempeño escolar de niños y jóvenes en un contexto de migración de retorno*, tesis de doctorado en Estudios de población, México, El Colegio de México.
- BLANCO, E. (2014). "Interrupción de la asistencia escolar: desigualdad social, instituciones y curso de vida en la Ciudad de México", en E. Blanco, P. Solís y H. Robles (coords.), *Caminos desiguales: trayectorias educativas y laborales de los jóvenes en la Ciudad de México*, México, INEE / El Colegio de México, pp. 39-70.
- CÁRDENAS, C. (2010). "Modalidades diferenciadas: educación comunitaria y telesecundaria", en A. Arnaut y S. Giorguli (eds.), *Los grandes problemas de México: educación*, vol. VII, México, El Colegio de México, pp. 547-576.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].
- El Colegio de la Frontera Norte, Unidad de Política Migratoria-Secretaría de Gobernación, Consejo Nacional de Población, Secretaría del Trabajo y Previsión Social y Secretaría de Relaciones Exteriores (El Colef, UPM-Segob, Conapo, STPS y SRE) (2013). *Encuesta sobre la Frontera Norte (Emif Norte). Informe Anual de Resultados 2013*, México, El Colef / UPM-Segob / Conapo / STPS / SRE.
- GIL-ANTÓN, M., J. MENDOZA-ROJAS, R. RODRÍGUEZ-GÓMEZ y M. J. PÉREZ-GARCÍA (2009). *Cobertura de la Educación Superior en México. Tendencias, retos y perspectivas*, México, ANUIES.
- GIORGULI SAUCEDO, S. (2004). *Transitions from School to Work: Educational Outcomes, Adolescent Labor and Families in Mexico*, tesis de doctorado en Sociología, Rhode Island, Brown University.
- ____ (2005). "Deserción escolar, trabajo adolescente y trabajo materno en México", en M. Mier y C. Rabell Romero (coords.), *Jóvenes y niños: un enfoque sociodemográfico*, México, H. Cámara de Diputados-LIX Legislatura / Flacso-México / UNAM-IIS / Miguel Ángel Porrúa, pp. 167-202.

- ____ y I. SERRATOS (2009). "El impacto de la migración internacional sobre la asistencia escolar, ¿paradojas de la migración?", en P. Leite y S.E. Giorguli (coords.), *El estado de la migración. Las políticas públicas ante los retos de la migración mexicana a Estados Unidos*, México, Conapo, pp. 313-344.
- ____ y E. Y. GUTIÉRREZ (2011). "Niños y jóvenes en el contexto de la migración internacional entre México y Estados Unidos", *Coyuntura Demográfica*, núm. 1, pp. 22-26.
- ____ y E. HERNÁNDEZ (2015). "Dinámica demográfica y retos educativos", *Coyuntura Demográfica*, núm. 7, pp. 41-49.
- ____, E. D. VARGAS, V. SALINAS, C. HUBERT y J. E. POTTER (2010). "La dinámica demográfica y la desigualdad educativa en México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 25, núm. 73, pp. 7-44.
- ____, B. JENSEN, F. BEAN, S. BROWN, A. SAWYER y V. ZÚÑIGA (en prensa). "Educational Well-being for Children of Mexican Immigrants in US and in Mexico", en A. Escobar Latapí, S. Martin y L. Lowell, *Binational Study on Mexican Migrants in the US and Mexico*, México, CIESAS.
- KANDEL, W. (1998). *Temporary U.S. Migration and Children's Educational Outcomes in Three Mexican Communities*, tesis de doctorado, Universidad de Chicago.
- ____ y D. S. MASSEY (2002). "The Culture of Mexican Migration: A Theoretical and Empirical Analysis", *Social Forces*, vol. 80, núm. 3, pp. 981-1004.
- HAVEMAN, R., B. WOLFE y J. SPAULDING (1991). "Childhood Events and Circumstances Influencing High School Completion", *Demography*, vol. 28, núm. 1, pp 133-157.
- HOFFERTH, S. L., J. BOISJOLY y G.J. DUNCAN (1998). "Parents' Extra-familial Resources and Children's School Attainment", *Sociology of Education*, vol. 71, núm. 3, pp. 246-268.
- Instituto Nacional para la Evaluación de la Educación (INEE) (2014). *Panorama Educativo de México. Indicadores del Sistema Educativo Nacional, 2013*, México, INEE.
- MCKENZIE, D. y H. RAPOPORT (2006). "Can Migration Reduce Educational Attainment? Evidence from Mexico", World Bank Policy Research, Working Paper, núm. 3952.

- MEZA, L. y C. PEDERZINI (2009). "Migración internacional y escolaridad como medios alternativos de movilidad social: el caso de México", *Estudios Económicos*, núm. extraordinario, pp. 163-206.
- MIER Y TERÁN, M. (2003). "Inequalities in Mexican Children's Schooling", *Journal of Comparative Family Studies*, vol. 34, núm. 3, pp. 435-454.
- ____ (2014). "La educación básica de 1895 a 2010", en C. Rabell Romero (coord.), *Los mexicanos: un balance del cambio demográfico*, México, FCE, pp. 594-640.
- ____ y C. PEDERZINI (2010). "Cambio sociodemográfico y desigualdades educativas", en A. Arnaut y S. Giorguli (eds.), *Los grandes problemas de México: educación*, vol. VII, México, El Colegio de México, pp. 623-657.
- ____ y C. RABELL (2002). "Desigualdades en la escolaridad de los niños mexicanos", *Revista Mexicana de Sociología*, vol. 64, núm. 3, pp. 63-89.
- PARKER, S. W. y V. C. PEDERZINI (2000). "Género y educación en México", *Estudios demográficos y urbanos*, vol. 15, núm. 1, pp. 97-122.
- PARTIDA, V. (2006). *Migración interna en México: una perspectiva multirregional*, tesis de doctorado en Ciencias políticas y sociales, México, UNAM-FCPys.
- PEDERZINI, C. y L. MEZA (2008). *Migración, remesas y decisiones de escolaridad de los hogares rurales de México*, Serie de Documentos de Investigación, núm. 0508, México, Universidad Iberoamericana.
- PEINADOR ROLDÁN, M. D. R. (2005). "Migración interna y escolaridad durante la infancia y la adolescencia de tres generaciones en México", en M. Mier y C. Rabell Romero (coords.), *Jóvenes y niños: un enfoque sociodemográfico*, México, H. Cámara de Diputados-LIX Legislatura / Flacso-México / UNAM-ISS / Miguel Ángel Porrúa, pp. 289-338.
- PÉREZ AMADOR, J. y S. E. GIORGULI (2014). "Las transiciones a la edad adulta en México y las políticas de atención a la juventud", en S.E. Giorguli y V. Ugalde (coords.), *Gobierno, territorio y población: las políticas públicas en la mira*, México, El Colegio de México, pp. 263-314.

- RAMÍREZ, J. A. (2013). *Perspectivas de futuro en el espacio social transnacional expectativas educativas, laborales y migratorias de los jóvenes de Axochiapan, Morelos*, tesis de doctorado en Sociología, México, El Colegio de México.
- REESE, L. (2013). "Cultural Change and Continuity in U.S. and Mexican Settings", en B. Jensen y A. Sawyer (eds.), *Regarding Educación: Mexican-American Schooling, Immigration, and Bi-national Improvement*, Nueva York, Teachers College Press, pp. 213-33.
- REIMERS, F. (2006). "Education and Social Progress", en V. Bulmer-Thomas, J. H. Coatsworth y R. Cortés Conde (eds.), *The Cambridge Economic History of Latin America*, vol. 2, Nueva York, Cambridge University Press, pp. 427-80.
- SÁNCHEZ SOTO, G. (2011). *Migration and Occupation Mobility in Mexico*, tesis de doctorado en Sociología, Rhode Island, Brown University.
- SAWYER, A. (2012). "The Schooling of Youth Impacted by Migration: A Bi-National Case Study", en J. Bryant y A. Sawyer (eds.), *Regarding Educación: Mexican-American Schooling, Immigration, and Bi-national Improvement*, Nueva York, Teachers College Press, pp. 189-210.
- SEBILLE, P. (2014). "La historia migratoria de los residentes urbanos de hoy", *Coyuntura Demográfica*, núm. 6, pp. 51-57.
- SOLÍS, P. (2010). "La desigualdad de oportunidades y las brechas de escolaridad", en A. Arnaut y S. Giorguli (eds.), *Los grandes problemas de México: educación*, vol. VII, México, El Colegio de México, pp. 599-622.
- _____. (2014). "Desigualdad social y efectos institucionales en las transiciones educativas", en E. Blanco, P. Solís y H. Robles (coords.), *Caminos desiguales: trayectorias educativas y laborales de los jóvenes en la Ciudad de México*, México, INEE / El Colegio de México, pp. 71-106.
- TUIRÁN, R. (2011). "La educación superior en México: avances, rezagos y retos", *Educación Contracorriente*, [[http://www.educacioncontracorriente.org/archivo/images/stories/articulos/pdf/VF-CAMPUS_MILENIO\[1\].pdf](http://www.educacioncontracorriente.org/archivo/images/stories/articulos/pdf/VF-CAMPUS_MILENIO[1].pdf)].

- ZENTENO, R. (2012). "Saldo migratorio nulo: el retorno y la política anti-inmigrante", *Coyuntura Demográfica*, núm. 2, pp. 17-21.
- _____, S. E. GIORGULI y E. Y. GUTIÉRREZ (2013). "Mexican Adolescent Migration to the United States and Transitions to Adulthood", *The Annals of the American Academy of Political and Social Sciences*, vol. 648, pp. 18-37.

13. TRABAJO Y MASCULINIDAD: EL ROL DE PROVEEDOR EN EL MÉXICO METROPOLITANO

Mario Martínez Salgado*
Sabrina A. Ferraris**

INTRODUCCIÓN

El tránsito a la vida adulta es un proceso complejo mediante el cual los individuos adquieren las condiciones para direccionar su propio flujo vital. Dicho proceso se materializa en las posibilidades de elegir y actuar dentro de un complejo marco, una mezcla de intereses propios y familiares, y restricciones sociales. Una parte sustantiva de esta transición acontece cuando el individuo asume un mosaico de responsabilidades, algunas de ellas ligadas a la unidad familiar. El abastecimiento de las necesidades de consumo y para la producción y reproducción en el hogar, el cuidado del hogar y la crianza de los hijos, por ejemplo, son parte de esta empresa.

En relación con estas tareas, la perspectiva de género señala que tradicionalmente las actividades vinculadas con el cuidado y la crianza de los hijos, y con la reproducción doméstica, son rasgos definitorios de la *identidad femenina*, mientras que las de manutención del hogar con la *identidad masculina*. En particular, los estudios sobre masculinidad destacan el rol de proveedor por su carácter estructurador de la identidad masculina.

En este sentido, algunos elementos que contribuirían a cuestionar la identidad masculina basada en la proveeduría son la pér-

* Unidad de Investigación sobre Representaciones Culturales y Sociales, UNAM-Morelia.

** Instituto Interdisciplinario de Economía Política, Buenos Aires.

dida del empleo, el subempleo y la inestabilidad en el empleo, rasgos de los mercados laborales latinoamericanos contemporáneos. En América Latina, por ejemplo, la permanencia en el empleo es menor que en los países miembros de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económico (OCDE). También, en la región latinoamericana el sector informal ha crecido sostenidamente desde la década de 1980 y no menguó durante la de 1990.

El propósito de este trabajo es determinar el momento en el cual los hombres mexicanos se convierten en el principal sostén económico del hogar. Es de nuestro interés valorar cuánto ha variado este calendario en el tiempo y cuánto difiere entre los distintos orígenes sociales, y si ciertas condiciones relacionadas con el proceso de transición a la vida adulta afectan la temporalidad de la asunción del rol de proveedor.

Con esta intención, dada la perspectiva longitudinal del estudio, en las siguientes secciones se enmarca el contexto económico y social de México durante la segunda mitad del siglo XX, se detallan los aspectos metodológicos de este trabajo, se presentan y discuten los resultados y, por último, se expresan algunos apuntes a manera de conclusión. Antes de ello, se discute a continuación el mandato del rol de proveedor.

EL MANDATO DE MASCULINIDAD DEL ROL DE PROVEEDOR

El rol asignado al género puede pensarse como un conjunto de prescripciones que la cultura va marcando acerca del comportamiento femenino y masculino (Furlong, 2006). Las diferencias que esto produce se manifiestan en diferentes ámbitos de la vida y se acentúan más, quizá, en la división del trabajo. Tradicionalmente, las actividades relacionadas con los hijos (cuidado y crianza) y con la reproducción doméstica son rasgos definitorios de la *identidad femenina*, mientras que la manutención del hogar (proveeduría) de la *masculina*.

En el caso particular de los hombres, los atributos que los distinguen están sostenidos y reforzados por una serie de mandatos sociales. Entre estas exigencias, los estudios sobre masculinidad

destacan el mandato del rol de proveedor por su carácter estructurador, particularmente entre los hombres que son padres. La figura de *hombre proveedor* puede verse como un complejo sistema de valores que juzga la importancia de un hombre en función del estatus y de los beneficios financieros de su trabajo (Rosas, 2006). El trabajo por el que se gana dinero es un componente esencial de la masculinidad. De acuerdo con Burin y Meler (2000), la masculinidad se acredita por la autosuficiencia económica y, en consecuencia, se puede medir en gran parte por el dinero; su acumulación se relaciona con un aumento del prestigio. Además, el cumplimiento del rol de proveedor está asociado con ser la autoridad en el hogar, con el ejercicio del poder. El proveedor puede manejar y controlar el dinero obtenido, y decidir su destino (Burin y Meler, 2000; Olavarría, Benavente y Mellado, 1998).

En contraste, los hombres que no pueden cumplir cabalmente con su papel de proveedores son susceptibles de ser humillados, pues arriesgan su calidad de hombre (Olavarría, Benavente y Mellado, 1998; Olavarría, 2006). En este sentido, Rosas (2006) señala que la masculinidad se define tanto por lo que es como por lo que no se es: un hombre no sólo tiene que buscar ser un buen proveedor, sino tratar de no depender económicamente de la mujer, porque depender de una mujer puede ser peor que no ser un proveedor suficientemente eficiente.

Por otra parte, en las últimas décadas, la figura del hombre proveedor se ha ido debilitando, en parte, por el proceso de deterioro de la economía mundial y de los mercados laborales. Algunas investigaciones destacan que la pérdida del empleo o el subempleo son elementos que han contribuido a cuestionar la identidad masculina, especialmente en sectores urbanos populares (Kaztman citado en Rojas, 2008). Aunado a esto, desde hace tiempo se advierte la aparición de nuevos patrones de autoridad en los hogares donde la aportación y distribución del ingreso no descansan únicamente en el hombre. Cada vez es más común que dentro de las familias las cónyuges o las hijas aporten ingresos económicos derivados de su trabajo (Gonzalbo y Rabell, 2004). Como resultado, en las familias donde el hombre ya no es el único, y a veces ni siquiera el principal proveedor, los papeles tradicio-

nales se trastocan y se cuestionan, en buena medida, porque el trabajo extradoméstico apoya el *empoderamiento* de las cónyuges y de las hijas (Gonzalbo y Rabell, 2004).

En síntesis, de la mano de las desavenencias económicas y laborales de las últimas décadas, que las mujeres también sean proveedoras económicas de los hogares confronta a los hombres con su propia identidad masculina. La emergencia de la jefatura de familia compartida y la femenina, como opciones distintas a la tradicional, reclama que los hombres se comprometan, dediquen tiempo, compartan, se comuniquen y establezcan formas de relacionarse distintas (Olavarría, Benavente y Mellado, 1998; Rojas, 2008).

MÉXICO CONTEMPORÁNEO: EL ÚLTIMO TERCIO DEL SIGLO XX

Posterior al “desarrollo estabilizador” (1940-1970), caracterizado por la industrialización vía sustitución de importaciones, se distinguen claramente otras dos etapas. La etapa de “desarrollo compartido” (1970-1982) se caracteriza por el comienzo de una desaceleración de la economía y la etapa de “ajuste y libre mercado” (1982 en adelante) por el ajuste al modelo económico que sienta las bases para que el país participe de la economía de libre mercado.

Durante el “desarrollo compartido”, el crecimiento de la economía mexicana comenzó a reducirse. El Estado mexicano realizó con poco éxito varios esfuerzos para revertir esta tendencia. Las medidas que tomó la clase gobernante tuvieron como consecuencia un aumento de la inflación y del déficit de cuenta corriente de la balanza de pagos, y un incremento de la deuda externa (Ruiz, 1999). Además, en esta etapa continuó el incremento en el ritmo de crecimiento de la población económicamente activa y el rápido aumento en la incorporación de la población femenina al mercado de trabajo (González y Monterrubio, 1993). La estructura y las características de la ocupación experimentaron varios cambios. Pese a que buena parte de la población se dedicaba a actividades relacionadas con el campo, y los que se desempeñaban como

oficinistas, técnicos y profesionales mantuvieron su volumen, quienes realizaban alguna actividad manual calificada o semicalificada fueron cada vez más visibles (Coubès y Zenteno, 2005). En algunas ciudades, la estructura ocupacional evolucionó hacia un incremento del sector terciario. A inicios de la década de 1980 fueron cada vez más notables las ocupaciones no manuales que generaban las cadenas de supermercados, la red bancaria, los restaurantes y los hoteles (De Oliveira y García, 1988).

La quiebra de la economía mexicana en 1982 propició la salida de grandes cantidades de dólares, con la consecuente devaluación del peso frente al dólar y el aumento de la inflación (Aboites, 2008; Ramírez, 1992). En este marco, las actividades industriales y agropecuarias entraron en recesión, hubo un aumento de la migración y el desempleo, y se empobrecieron amplios estratos de la población (González y Monterrubio, 1993). La alta inflación y la aplicación de las políticas de ajuste, estabilización y reforma estructural produjeron una marcada escasez de oportunidades laborales asalariadas y un acelerado deterioro del poder adquisitivo de los ingresos de los trabajadores (Tuirán, 1993). Además, durante la década de 1980 la población resintió el debilitamiento del papel del Estado en materia de suministro de servicios básicos, lo que dio lugar a marcados retrocesos en las áreas que afectan de manera directa el bienestar social (Tuirán, 1993). Los hogares tuvieron que destacar su capacidad de amparo para asegurar la sobrevivencia de sus integrantes. Las familias movilizaron sus recursos para paliar los efectos de las crisis, ya sea aumentando el número de perceptores, cambiando los patrones de consumo y de distribución de recursos, o bien, insertando a alguno de sus miembros en el mercado laboral mediante sus redes de parentesco (Gonzalbo y Rabell, 2004; Rendón y Salas, 1993). Otras salidas fueron la migración laboral a Estados Unidos y el autoempleo. El mercado laboral nacional en esa década se caracterizó por una pérdida de la capacidad para generar nuevas ocupaciones y para crear fuerza de trabajo asalariada, un crecimiento de las actividades económicas a pequeña escala, un proceso de terciarización cada vez mayor y un evidente aumento de la fuerza de trabajo femenina (Rendón y Salas, 1993). En algunas ciudades los hombres,

no así las mujeres, encontraron mejores opciones de empleo en el trabajo no asalariado, esto en pequeños establecimientos relacionados con la manufactura y los servicios (Pacheco, 1994).

Frente a las graves dificultades económicas, en 1985 comenzó el proceso de reestructuración industrial que básicamente consistió en eliminar subsidios y abrir la economía a la competencia externa. En los años subsiguientes, el país sufrió una serie de profundas transformaciones en varios ámbitos. Con la reprivatización de los bancos en 1990 y el afianzamiento de la apertura comercial se entró en un acelerado proceso de integración a los mercados mundiales y de cambio en sus estructuras productivas (Ramírez, 1998; Aboites, 2008). No obstante estas acciones, la informalidad en el empleo no retrocedió. Durante la década de 1990, aproximadamente uno de cada seis trabajadores lo hacía por cuenta propia, en parte porque en algunos casos el sector informal otorgaba mayores remuneraciones a los trabajadores en dicha condición que a aquellos enrolados en ocupaciones formales (Huesca, 2008). Otro rasgo del mercado laboral mexicano, compartido también por otros países de la región latinoamericana, es la baja permanencia en los empleos y la alta rotación de los trabajadores (Tokman, 2007). De esta forma, se destaca que las condiciones económicas han delineado un mercado laboral caracterizado por la inestabilidad y precariedad en el empleo, así como por la pérdida del empleo asalariado y el aumento del subempleo. Estas condiciones contribuyen, como ya se mencionó, a cuestionar la identidad masculina basada en el mandato del rol de proveedor.

METODOLOGÍA

El objetivo de esta investigación es determinar si el momento en que los hombres mexicanos se convierten en el principal sostén económico del hogar cambió durante el último tercio del siglo XX, y si esta condición difiere entre los distintos estratos sociales. Además de la evolución histórica y las posibles diferencias por origen social, nos interesa examinar el efecto de ciertas condiciones relacionadas con el ingreso al mercado laboral y la estructura familiar

de coresidencia sobre la temporalidad de la asunción del rol de proveedor.

El análisis de historia de eventos es el medio seleccionado para desplazarse por este trayecto. Los instrumentos que utilizamos son el cuadro de sobrevivencia y el modelo logístico de tiempo discreto. El cálculo de cuadros de sobrevivencia permite conocer, por un lado, el tiempo que transcurre para que cierta proporción de una población experimente un evento determinado (*calendario*) y, por otro, la fracción de la población que experimenta el evento en dos momentos específicos (*intensidad*). A su vez, los modelos logísticos de tiempo discreto permiten cuantificar el efecto de ciertas condiciones sobre la probabilidad de experimentar el evento. En este capítulo el evento de interés es convertirse en el principal sostén económico del hogar y la población objetivo es la masculina. Sobre esto, la Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011 (EDER-2011) permite conocer los periodos de al menos un año durante los cuales los entrevistados fueron el principal sostén económico del hogar, por ello se considera que el rol de proveedor comienza con el primero de dichos periodos. Asimismo, la población objetivo son los hombres de las tres cohortes de nacimiento consideradas por la EDER-2011 y el lapso de observación (periodo de exposición al riesgo de experimentar el evento) es hasta los 30 años de edad.

Además de la información sobre la proveeduría, la EDER-2011 ofrece datos sobre la edad de entrada en el mercado laboral, las características de los empleos desempeñados, la historia de coresidencia con la familia de origen, con la familia política y con los hijos. A partir de esto, se considera que la “transición laboral” y la “transición laboral en economía formal” (variables que cambian con el tiempo) son situaciones que inciden sobre el calendario del inicio del rol de proveedor. Con la inclusión de la “transición laboral” se busca estimar cuánto de la temporalidad del evento se explica por el hecho de conseguir un primer empleo. Respecto a la “transición laboral en economía formal”, esta variable se construyó con la información sobre la posición en el trabajo y el tamaño de la unidad económica. Este indicador combina dos enfoques teóricos sobre informalidad: el primero define la informalidad atendiendo a las características del establecimiento, y el segun-

do destaca el carácter irregular del puesto de trabajo (Beccaria y Groisman, 2008). Bajo estas consideraciones, se toman en cuenta las categorías “empleo en la economía formal” (no asalariado —patrón y cuenta propia— formal y asalariado en el sector formal) y “empleo en la economía informal” (no asalariados —patrón y cuenta propia— informales, asalariado en sector informal, trabajador a destajo en sector informal, trabajador a destajo en sector formal y trabajador sin pago).¹ El objetivo de la variable “transición laboral en economía formal” es, entonces, destacar el efecto de la transición al primer empleo en la economía formal y exponer si dicho efecto es “transicional” (primeros dos años a partir de que comienza un empleo en la economía formal), al largo plazo o “postransicional” (después de dos años).

Otra arista del rol de proveedor se asocia con el hogar y la familia. En este capítulo se asume que el tipo de arreglo residencial en el que se encuentran los hombres es un regulador del tiempo en que se convierten en proveedores. La variable sobre el “arreglo residencial” (variable que cambia con el tiempo) se construyó considerando la información sobre la coresidencia con la familia de origen (padres, hermanos y otros familiares), con la familia política (cónyuge y suegros) y con los hijos. La categoría “con ambos padres” incluye los arreglos en donde la madre y el padre de *ego* están presentes en el hogar, también pueden estar presentes (o no) los hermanos y otros familiares. De manera similar se conformó la categoría “sólo con la madre”, en este arreglo, además de la madre, pueden estar presentes (o no) los hermanos y otros familiares. En la categoría “familia propia nuclear” se incluyen los arreglos con cónyuge o al menos un hijo; en “familia propia extensa”, además de la cónyuge o un hijo, está presente otro familiar (madre, padre, hermanos u otro familiar). En la catego-

¹ La subestimación de la *informalidad*, reconocemos, podría darse dentro de la categoría de los “asalariados en el sector formal” que carezcan de compensación y prestaciones laborales conforme a la ley, lo cual es una limitación de la fuente de información. No obstante, es importante destacar que dicha condición del asalariado suele darse mayoritariamente en el sector informal, factor que sí está contemplado en dicha variable construida.

ría “con familia política” se destaca la presencia de al menos uno de los suegros, ello sin importar quien más integre la familia. En “otro arreglo familiar” se encuentran aquellos que viven sólo con el padre; con el padre, los hermanos y otro familiar; o sólo con los hermanos y otro familiar. Por último, en “otro arreglo no familiar” se incluye a quienes viven solos, o bien, viven con otra persona que no es de la familia de origen o de la familia política.

Además de estas condiciones, en los modelos de regresión se incluyen como variables explicativas la cohorte de nacimiento y el origen social (fijos en el tiempo).² Con la cohorte de nacimiento se busca dar cuenta de los efectos del contexto sociohistórico sobre el calendario del evento, y la inclusión del origen social responde a que en este capítulo se considera que las desigualdades sociales y económicas condicionan las posibilidades de elección de las personas en distintos ámbitos de la vida, al tiempo que los proyectan hacia un desigual acceso a las oportunidades económicas y de ascenso social.

RESULTADOS

De los 1358 hombres considerados en este estudio,³ 31.4% pertenecen a la cohorte más antigua (1951-1953), 31.3% a la intermedia (1966-1968), y 37.3% a la más joven (1978-1980). De acuerdo con el origen social, 33.4% tienen un origen social bajo, 32.5% provienen de uno medio y 34.2% del alto. Además, del total de hombres, 82% se convirtieron en el principal sostén económico antes de cumplir 31 años de edad. El cuadro 13.1 muestra la proporción de proveedores por cohorte de nacimiento y origen social, de donde se des-

² El Índice de Orígenes Sociales (IOS) toma en cuenta la estratificación económica (activos del hogar a los 15 años de edad), la estratificación educativa (escolaridad combinada de ambos padres) y la estratificación ocupacional (estatus ocupacional del jefe económico del hogar o del padre). Para más detalles sobre su construcción, por el doctor Patricio Solís, véase la introducción de este libro.

³ La EDER-2011 entrevistó a 1387 hombres, pero para fines de este trabajo sólo se tiene información completa de 1358 hombres.

taca que la fracción de hombres proveedores disminuye conforme transcurre el tiempo. En la cohorte de nacimiento más antigua, 87.1% de los hombres se convirtieron en proveedores antes de cumplir 31 años de edad, mientras que en la cohorte más reciente esta fracción es de 75.9 por ciento.

Al considerar también el origen social, se observa un descenso pronunciado de la proporción de proveedores en los tres estratos, un tanto más acentuado en el estrato alto, al pasar de 84.4% en la cohorte 1951-1953 a 71.2% en la cohorte 1978-1980. Con estos resultados es factible esperar un retraso general del calendario del momento en que los hombres mexicanos se convierten en el principal sostén económico de sus hogares, el cual será particularmente mayor entre los hombres jóvenes con un origen social alto. Además, cabe la posibilidad de que esta disminución de la proporción de proveedores esté relacionada con cambios en la distribución de las actividades en los hogares y de la participación económica de sus integrantes. Es factible suponer que en los grupos sociales medios y altos las cónyuges contribuyan al sostén del hogar, bien en un esquema donde no es posible identificar un proveedor principal (doble proveeduría o proveeduría compartida) o en uno donde la mujer es el principal sostén (económico-proveduría femenina).

CUÁNDO LOS HOMBRES SE CONVIERTEN EN PROVEEDORES

En la gráfica 13.1 se observa el *calendario* e *intensidad* del inicio de la proveeduría por cohorte de nacimiento; en ésta se destaca lo similar de los calendarios de la cohorte más antigua y de la intermedia, en ambos casos la edad mediana es 23.2 años, y lo disímil de éstos respecto a la cohorte más joven, donde la edad mediana es 24.1 años. Al contrastar las edades asociadas con el tercer cuartil, se observa que las diferencias se amplifican. Esto es, tres cuartas partes de los hombres de la cohorte de nacimiento 1951-1953 comenzaron su rol como proveedores a los 27 años, en tanto que los de la cohorte 1966-1968 lo hicieron a los 27.9 años y los de la cohorte 1978-1980 a los 30.6 años.

Cuadro 13.1. Distribución de proveedores por cohorte de nacimiento y origen social

Cohorte de nacimiento	Porcentaje	Origen social	Porcentaje
1951-1953	87.1	Bajo	90.3
		Medio	86.3
		Alto	84.4
1966-1968	84.0	Bajo	86.2
		Medio	85.2
		Alto	80.7
1978-1980	75.9	Bajo	80.8
		Medio	76.6
		Alto	71.2

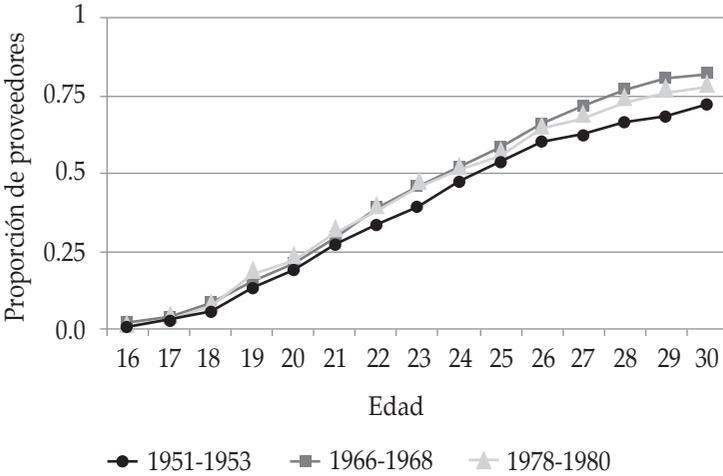
Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EDER (2011).

En suma, es en la última cohorte donde se presenta un cambio en el calendario, lo que probablemente esté relacionado con una entrada al mercado laboral más tardía, producto de una estancia más prolongada en el sistema escolar y un contexto económico adverso. Es posible que la primera inserción en el mercado laboral de los más jóvenes haya ocurrido a mediados de la década de 1990, época adversa en el plano económico y laboral, lo que seguramente les dificultó conseguir un empleo.

Ahora bien, con el objeto de ahondar en las diferencias por cohorte y estratos sociales, en el cuadro 13.2 se presenta el resumen del calendario e intensidad del evento por cohorte de nacimiento y origen social. Los resultados muestran que las principales diferencias entre generaciones se dan, fundamentalmente, entre la cohorte antigua y la más joven. Los principales protagonistas de estos cambios son, al parecer, los hombres de los estratos medio y alto. Tomando como referencia la edad mediana, los hombres de la cohorte 1951-1953 de los estratos medio y alto se convirtieron en el principal sostén económico de sus hogares a los 23.2 y 24 años,

respectivamente, en tanto que en la cohorte 1978-1980 los hombres con un origen social medio lo hicieron a los 23.7 años, y a los 25.9 años los hombres con un origen social alto. Esto muestra una diferencia entre cohortes en el estrato alto de casi dos años de retraso.

Gráfica 13.1. Calendario e intensidad del inicio del rol de proveedor por cohorte de nacimiento: hombres



Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EDER (2011).

Otro rasgo a destacar es que los hombres con un origen social bajo, sin importar la cohorte de nacimiento, son los que se convierten en proveedores de forma más temprana. La edad mediana entre los hombres de este estrato es próxima a los 22 años en las tres cohortes.

Asimismo, dentro de las cohortes podemos observar diferencias por origen social. Los varones del estrato social medio y sobre todo los del estrato alto, son los que se convierten en proveedores más tarde. En las dos cohortes más recientes la brecha aumenta en el calendario entre los hombres con un origen social bajo y alto. Considerando la edad mediana, la diferencia entre el estrato bajo y alto en la cohorte 1951-1953 es 1.9 años, mientras que para las cohortes 1966-1968 y 1978-1980 es 3.2 y 3.4 años, respectivamente.

Cuadro 13.2. Resumen del calendario e intensidad del inicio del rol de proveedor por cohorte de nacimiento y origen social: hombres

Origen social	Cohorte de nacimiento								
	1951-1953			1966-1968			1978-1980		
	Bajo	Medio	Alto	Bajo	Medio	Alto	Bajo	Medio	Alto
Primer cuartil	19.0	19.7	21.4	19.1	19.0	20.6	19.9	20.1	22.7
Mediana	22.1	23.2	24.0	21.9	23.2	25.1	22.5	23.7	25.9
Tercer cuartil	25.7	27.7	27.7	25.7	28.0	29.2	27.3	29.9	---
Rango intercuartil	6.7	8.0	6.3	6.5	9.0	8.6	7.4	9.8	---

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EDER (2011).

¿QUÉ FACTORES INCIDEN SOBRE EL CALENDARIO DE LA PROVEEDURÍA?

Con el objeto de retratar el impacto de los cambios económicos y laborales sobre el calendario del inicio del rol de proveedor, el cuadro 13.3 muestra las condiciones de informalidad en el empleo al momento en que los hombres de las tres cohortes de nacimiento se convirtieron en el principal sostén del hogar. Antes de analizar los resultados, es pertinente recordar el contexto histórico en materia económica en que se desarrollaron estos hombres. En general, podemos decir que buena parte de los hombres de la cohorte 1951-1953 comenzaron a trabajar al final de la etapa del “desarrollo estabilizador” e inicio de la etapa de “desarrollo compartido”; en esta coyuntura, la economía mexicana muestra claros signos de desaceleración, además de una creciente inflación y un incesante incremento de la participación femenina en el mercado de trabajo. En tanto, los hombres de las cohortes 1966-1968 y 1978-1980 se desarrollaron como trabajadores durante la etapa de “ajuste y libre mercado”, la cual se caracterizó por un bajo crecimiento de la fuerza de trabajo asalariada, un crecimiento de las actividades económicas a pequeña escala y un proceso de terciarización cada vez mayor; eso sin mencionar las crisis económicas de 1982 y 1994-1995.

Cuadro 13.3. Condiciones de informalidad en el empleo al inicio del rol de proveedor por cohorte de nacimiento, hombres: México, 2011

Informalidad	Cohorte de nacimiento		
	1951-1953	1966-1968	1978-1980
Empleo en la economía informal			
Asalariado en sector informal	18.7	17.4	16.1
No asalariado en sector informal	9.0	15.5	9.5
Trabajador a destajo en sector informal	0.8	4.3	1.8
Trabajador a destajo en sector formal	1.6	3.0	2.6
Trabajador sin pago	2.8	2.1	0.9
<i>Subtotal</i>	32.9	42.3	30.9
Empleo en la economía formal			
Asalariado en sector formal	66.6	57.0	67.9
No asalariado en sector formal	0.5	0.8	1.1
Subtotal	67.1	57.8	69.0
<i>Total</i>	100	100	100

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EDER (2011).

Estos acontecimientos se ven reflejados en el indicador sobre el empleo en la economía informal. La fracción de la población masculina con un empleo en la economía informal pasó de 32.9% para la cohorte más antigua a 42.2% para la cohorte intermedia. Más aún, si se observa la información desagregada, se aprecia que este crecimiento se debió principalmente al aumento de los trabajadores informales por cuenta propia, en disminución de la masa asalariada. Los resultados también permiten observar una disminución de la proporción de trabajadores en la economía informal para la cohorte más joven, llegando a niveles similares a los de la cohorte 1951-1953, lo cual concuerda con lo observado en otros

países de la región latinoamericana, donde la informalidad laboral a finales del siglo XX no ha crecido o lo ha hecho poco (Tokman, 2007).

A pesar de que aproximadamente tres quintas partes de los hombres de las tres cohortes tenían un empleo en la economía formal, al momento en que se convirtieron en el principal sostén del hogar, es preciso destacar que entre tres y cuatro hombres de cada diez, sin importar la cohorte de nacimiento, se iniciaron como proveedores en un contexto de informalidad. Esto es relevante toda vez que la informalidad y la introducción de contratos de trabajo atípicos, junto con un mayor número de trabajadores sin contrato o del tipo “temporales”, conllevan a una menor protección y seguridad. Asimismo, los que trabajan en condiciones informales en actividades por cuenta propia y en microempresas, incluso familiares, además de generar ingresos insuficientes, quedan fuera de los sistemas de protección. Estas condiciones resultan en incertidumbre, la cual seguramente marca el calendario de su participación como proveedores.

Otro aspecto a destacar es el arreglo residencial en que se encuentran los hombres al momento de convertirse en el principal sostén económico del hogar. El cuadro 13.4 muestra la distribución de la población masculina por tipo de arreglo residencial y cohorte de nacimiento. Con estos resultados se observa que la mayoría de los hombres se convierten en proveedores, fundamentalmente, cuando se encuentran en una “familia propia extensa”, en una “familia propia nuclear” y, aunque en menor medida, cuando corresiden con “ambos padres” (sin considerar la cohorte de nacimiento los valores son 32.7, 27.5 y 15%, respectivamente). También se debe resaltar la poca variabilidad del peso de estos arreglos a lo largo del tiempo. Entre estos ligeros cambios se destacan los ocurridos en los arreglos “sólo con la madre”, “familia propia extensa” y “familia propia nuclear”. La fracción de hombres que viven sólo con su madre aumentó de 4.5% en la cohorte 1966-1968 a 9.6% en la cohorte 1978-1980. También aumenta entre cohortes la proporción que se convierte en sostén al convivir con su propia familia nuclear más otros familiares, pasando de 30.2% en la cohorte más antigua a 34% en la más joven. Por el contrario,

el porcentaje de hombres que viven con su cónyuge o al menos un hijo disminuyó de 30% en la cohorte intermedia a 25.2% en la más joven. Consideramos que estos cambios en las proporciones para la última cohorte pueden estar relacionados con un contexto adverso como el que hemos descrito, que lleva al joven a convertirse en sostén del hogar cuando correside con su madre, o bien, habita en un hogar numeroso (de familia extensa).

Ahora bien, ajustamos una serie de modelos de regresión logística de tiempo discreto para saber si las diferencias en el calendario por cohorte de nacimiento y origen social, expuestas anteriormente, no esconden detrás las variaciones de otros factores, como las condiciones del mercado laboral y las estructuras residenciales. Este ejercicio está compuesto por 5 modelos anidados y los resultados aparecen en el cuadro 13.5.

Cuadro 13.4. Tipo de arreglo residencial al inicio del rol de proveedor por cohorte de nacimiento: hombres

Arreglo residencial	Cohorte de nacimiento		
	1951-1953	1966-1968	1978-1980
Con ambos padres	14.0	17.1	14.0
Sólo con la madre	6.7	4.5	9.6
Familia propia nuclear	27.5	30.0	25.2
Familia propia extensa	30.2	32.5	34.0
Con familia política	6.5	5.3	8.1
Otro arreglo familiar	4.6	3.4	2.1
Otro arreglo no familiar	10.5	7.3	7.0
Total	100	100	100

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EDER (2011).

En el modelo 1 encontramos el comportamiento esperado por *tramos de edad*, acorde con lo reflejado en las curvas de sobrevivencia: a medida que aumenta la edad los momios de convertirse en proveedor crecen. Respecto del tramo de edad 10-14 años (*grupo*

de referencia), los momios más altos se encuentran en el tramo 24-25 años. En cuanto al transcurso del tiempo histórico, también en concordancia con lo descrito anteriormente, no se encuentra una diferencia estadísticamente significativa entre la cohorte intermedia y la más antigua (*grupo de referencia*), pero sí hay una discrepancia considerable entre los hombres de la cohorte 1951-1953 y los de la cohorte 1978-1980. Al mantener constante el resto de los factores, los momios de convertirse en el principal sostén económico del hogar de la cohorte más joven son 23% menores que los de la cohorte más antigua. Esto podría relacionarse con la extensión del periodo educativo de los jóvenes así como el retraso de las transiciones a la vida adulta por parte de los hombres en las últimas décadas, como lo han descrito algunos investigadores (Martínez, 2010).

Al incorporar en el modelo 2 el efecto del *origen social* observamos, por un lado, que las diferencias entre las generaciones 1951-1953 y 1978-1980 se mantienen. Al tiempo, el modelo en su conjunto nos reporta también un calendario más tardío de rol de proveedor para los grupos sociales medios y, sobre todo, los altos. Respecto de los hombres con un origen social bajo, los momios de convertirse en proveedor son 28% menores en el estrato social medio y 42% menores en el estrato alto, lo cual se asocia, suponemos, con un calendario más tardío de la formación familiar (entrada en unión e inicio de la paternidad) en estos estratos.

En el modelo 3, además de los *tramos de edad*, la *cohorte de nacimiento* y el *origen social*, incluimos la temporalidad de la *primera inserción laboral*. El efecto de la transición laboral es acorde con lo esperado: el inicio de la vida laboral multiplica varias veces los momios de convertirse en el principal sostén económico del hogar. Otro rasgo a resaltar es que al incorporar este factor se pierde el efecto generacional, lo que podemos interpretar como que buena parte de la discrepancia entre las cohortes más antigua y más reciente se explica por el disímil calendario del ingreso al mercado laboral. Además, si tomamos en cuenta las condiciones laborales de este primer trabajo (modelo 4), encontramos que los momios de convertirse en el principal sostén del hogar siguen siendo altos al iniciarse en el mercado de trabajo, independientemente si esta

Cuadro 13.5. Razones de momios de modelos logísticos de tiempo discreto sobre el calendario del inicio del rol de proveedor: hombres

	Modelos				
	1	2	3	4	5
Tramos de edad (<i>ref.</i> 10-14 años)					
15-16	10.24***	10.28***	5.56***	5.02***	4.06***
17-18	32.24***	32.60***	12.63***	10.68***	5.72***
19-20	43.34***	44.03***	14.04***	12.50***	4.64***
21-23	63.14***	65.57***	19.21***	18.88***	5.04***
24-25	83.44***	87.98***	23.32***	24.17***	5.81***
26-28	62.92***	67.57***	17.26***	18.47***	3.78***
29-30	69.56***	74.95***	18.98***	21.02***	3.60***
Cohorte de nacimiento (<i>ref.</i> 1951-1953)					
1966-1968	0.88	0.89	0.98	1.00	1.01
1978-1980	0.77**	0.79**	0.86	0.84	0.84
Origen social (<i>ref.</i> bajo)					
Medio		0.72***	0.79*	0.75**	0.64***
Alto		0.58***	0.74**	0.67***	1.01

Transición laboral (<i>ref.</i> sin trabajar)			28.87***	21.65***	19.49***
Transición laboral en economía formal (<i>ref.</i> sin trabajar en economía formal)					
Transicional (hasta 2 años)				2.59***	2.81***
Postransicional (después de 2 años)				1.12	0.84
Arreglo residencial (<i>ref.</i> con ambos padres)					
Sólo con la madre					2.48***
Familia propia nuclear					25.94***
Familia propia extensa					34.79***
Con familia política					49.36***
Otro arreglo familiar					1.99**
Otro arreglo no familiar					2.52***
Pseudolikelihood	-3660.59	-3635.23	-3384.84	-3327.59	-2536.82
Pseudo R2	0.14	0.14	0.20	0.21	0.40
Años-persona	19568	19568	19568	19568	19568

* $p < .05$; ** $p < .01$; *** $p < .001$.

Fuente: Elaboración propia con base en datos de la EDER (2011).

experiencia se da, o no, en un contexto de informalidad. Más aún, observamos que ingresar al mercado de trabajo en la economía formal aumenta los momios de iniciarse como proveedor, sobre todo los primeros dos años, pues luego deja de ser significativo.

Por último, en el modelo 5 se observa que al incorporar el arreglo residencial pierde significancia estadística la diferencia entre los estratos sociales bajo y alto, no así entre el estrato bajo y el medio, donde la discrepancia incluso se acentúa. Los momios de convertirse en proveedor de los hombres con un origen social medio, respecto a los hombres con un origen social bajo, son 36% menores. Estos resultados nos hacen suponer que en los estratos bajo y alto es común encontrar esquemas de aportación tradicionales, donde el hombre es el principal proveedor; en cambio, pensamos que en los estratos medios tienen mayor presencia esquemas distintos al tradicional, con proveeduría compartida o femenina.

Los resultados de este último modelo muestran que pertenecer a un hogar monoparental con jefatura femenina o tener una familia propia, aumentan los momios de convertirse en el principal sostén económico del hogar. Respecto de los hombres que viven con ambos padres, los momios de convertirse en el principal proveedor para los hombres que cohabitan sólo con su madre se multiplican casi 2.5 veces. Es posible que en este tipo de hogares, donde no se encuentra el padre, las familias requieran aumentar el número de efectivos en el mercado laboral para así poder cubrir las necesidades económicas. Por otro lado, los momios de convertirse en proveedor son casi 26 veces si se vive sólo con la cónyuge o con hijos, y sube casi 35 veces si además de la propia familia se cohabita con otros familiares, esto respecto de aquellos que viven con ambos padres. Consideramos que en ello puede incidir el hecho de “contar con más bocas para alimentar”, y se termine, en consecuencia, adelantando la asunción del rol de proveedor.

Más aún, estos resultados nos indican que una vez controlada la edad, la cohorte de nacimiento, el origen social y la primera inserción al mercado laboral, los momios de iniciarse como proveedor de los hombres que viven con la familia política son 49 veces las de los hombres que viven con ambos padres. Cabe señalar que una característica de la nupcialidad en México es que el tipo de

residencia neolocal, luego de la unión, no es la norma, como se ha documentado en estudios etnográficos contemporáneos (Echarri, 2005), aunque esto puede funcionar como una fase hacia la conformación del hogar propio.

En suma, estos hallazgos nos hacen suponer —sin descartar otras explicaciones— que el cumplimiento del mandato del rol de proveedor para los hombres mexicanos sigue estando en buena parte vigente a la hora de formar la propia familia, sobre todo cuando el hogar se vuelve numeroso al convivir con otros familiares.

APUNTES FINALES

A partir del análisis por cohorte de nacimiento y origen social, observamos que en las cohortes más recientes y en los grupos sociales más altos los hombres se convierten en el principal sostén económico de sus hogares más tarde. No obstante, estas diferencias en general pierden relevancia cuando consideramos otros factores, por ejemplo, el momento de la primera inserción al mercado laboral, en tanto es la que posibilita un ingreso monetario, la independencia económica y, por ende, los recursos para convertirse en proveedores. Los resultados de los modelos logísticos de tiempo discreto nos permitieron confirmar la estrecha relación entre el inicio de la vida laboral y convertirse en proveedor; al incorporar la información de la primera inserción en el mercado laboral las diferencias generacionales dejaron de ser significativas. Así, podemos concluir que las discrepancias por cohorte de nacimiento en el calendario de la proveeduría se debían a las posibilidades de ingresar al mercado de trabajo. Esto cobra sentido teniendo en cuenta el contexto en el que se desarrollaron estos hombres, sobre todo de las cohortes más recientes, en tanto el aumento del desempleo, subempleo y que una buena parte de ellos ingresa en condiciones de informalidad laboral.

En la actualidad es bastante aceptada la afirmación de que la mayor gravedad de los problemas de empleo, pobreza y desigualdad social en América Latina tienen como escenario la crisis fiscal y el endeudamiento de los Estados nacionales, junto con las

derivaciones negativas generadas por los procesos de integración y apertura de las economías nacionales al mercado mundial, así como las consecuencias económicas y sociales impuestas por las políticas de ajuste y cambio estructural en la región (Salvia, 2007). Estas situaciones resultarían en cierta incertidumbre, asociada fundamentalmente con la menor permanencia en el puesto de trabajo y a la mayor rotación laboral. Consideramos, pues, que dicha incertidumbre puede afectar a la hora de convertirse o no en sostén del hogar. En relación con esto, decidimos analizar también el papel que pudiesen estar jugando las condiciones laborales a la hora de convertirse en proveedores. La transición al primer empleo formal nos permitió confirmar que obtener un empleo en la economía formal alienta las posibilidades de convertirse en el principal sostén económico del hogar, independientemente del efecto que puede generar el ingresar al mercado de trabajo, sobre todo, durante los primeros dos años de haber conseguido ese empleo. De esta manera, pensamos que la seguridad que genera un empleo de dicha característica influye a la hora de convertirse en proveedores.

Asimismo, no queremos dejar de señalar, como lo hemos mencionado en varias ocasiones, que las diferencias en el calendario de la proveeduría también podrían estar dando cuenta de la extensión de la educación en las últimas décadas del siglo XX, sobre todo si se tiene presente la estrecha relación que suele haber entre las transiciones escolares y las referidas a la inserción al mercado laboral.⁴

Por último, un aspecto que nos pareció interesante incorporar fue la conformación de los hogares, asociada con las transiciones familiares en el marco del pasaje a la vida adulta. Como era de esperar, tener una familia propia aumenta de manera contundente los momios de convertirse en el principal proveedor, esto respecto de quienes viven con ambos padres. Y aumentan los momios si además de la familia propia se convive con otros familiares, sobre

⁴ Se tuvo que excluir de los modelos la variable *escolarización* debido a que presenta una fuerte colinealidad con las variables referidas al inicio de la vida laboral.

todo si se trata de la familia política. Lo mismo sucede si el joven se encuentra viviendo con su madre (padre finado o ausente). En consecuencia, cualquiera que sea el arreglo familiar en el que se encuentren, estar viviendo con ambos padres reduce los momios de convertirse en sostén del hogar, lo que reporta en definitiva calendarios más tardíos de los jóvenes en dicha conformación de convivencia. Asimismo, uno de los hallazgos más importantes en este estudio es que, más allá de cuáles sean los arreglos familiares en que se encuentran estos jóvenes y sus calendarios (y condiciones laborales), los hombres de los estratos sociales medios se inician como proveedores más tarde. Al respecto, consideramos que este resultado se podría relacionar —sin descartar otras posibilidades— con un cambio en la distribución de tareas en el seno familiar y con que, posiblemente, las cónyuges de los hombres con un origen social medio son corresponsables de la manutención económica del hogar y la familia (esquema de proveeduría compartida), o bien que sean ellas las principales proveedoras del hogar (proveeduría femenina).

REFERENCIAS

- ABOITES, L. (2008). "El último tramo, 1929-2000", en P. Escalante Gonzalbo *et al.* (coords.), *Nueva historia mínima de México*, México, El Colegio de México, pp. 262-302.
- BECCARIA, L. y F. GROISMAN (2008). "Informalidad y pobreza en Argentina", *Investigación Económica*, vol. LXVII, núm. 266, pp. 135-169.
- BURIN, M. e I. MELER (2000). *Varones. Género y subjetividad masculina*, Buenos Aires, Paidós.
- COUBÈS, M.-L. y R. ZENTENO (2005). "Transición hacia la vida adulta en el contexto mexicano: una discusión a partir del modelo normativo", en M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, México, El Colef / Miguel Ángel Porrúa / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey / Cámara de Diputados.

- DE OLIVEIRA, O. y B. GARCÍA (1988). "El mercado de trabajo en la ciudad de México", en G. Garza (coord.), *Atlas de la ciudad de México*, México, Departamento del Distrito Federal.
- ECHARRI, C. (2005). "Las trayectorias de coresidencia en la formación de familias", M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX*, México, El Colef / Miguel Ángel Porrúa / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey / Cámara de Diputados.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].
- FURLONG, A. (2006). "La categoría género", en A. Furlong, *Género poder y desigualdad*, México, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Facultad de Economía.
- GONZALBO, P. y C. RABELL ROMERO (2004). "La familia en México", en P. Rodríguez (coord.), *La familia en Iberoamérica 1550-1980*, Bogotá, Universidad Externado de Colombia, Convenio Andrés Bello.
- GONZÁLEZ, L. y M. I. MONTEERRUBIO (1993). "Tendencias en la dinámica y la distribución de la población, 1970-1992", en Conapo, *El poblamiento de México. Una visión histórico-demográfica*, tomo IV, México, Segob / Conapo.
- HUESCA, L. (2008). "Análisis de los cambios de la población masculina en el sector formal e informal urbano de México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 69, vol. 23, pp. 543-569.
- MARTÍNEZ, M. (2010). "Hombres transitando a la vida adulta en México durante la segunda mitad del siglo XX", tesis de doctorado, México, El Colegio de México-CEDUA.
- OLAVARRÍA, J. (2006). "Hombres e identidad de género: algunos elementos sobre los recursos de poder y violencia masculina", en G. Careaga y S. Cruz (coords.), *Debates sobre masculinidades*, México, UNAM-PUEG.
- _____, C. BENAVENTE y P. MELLADO (1998). *Masculinidades populares. Varones adultos jóvenes de Santiago, Chile*, Flacso.

- PACHECO, E. (1994). *Heterogeneidad laboral en la ciudad de México a fines de los ochenta*, tesis de doctorado, México, El Colegio de México-CEDUA.
- RAMÍREZ, J. A. (1992). *Tragicomedia mexicana 2. La vida en México de 1970 a 1982*, México, Planeta.
- ____ (1998). *Tragicomedia mexicana 3. La vida en México de 1982 a 1994*, México, Planeta.
- RENDÓN, T. y C. SALAS (1993). "El empleo en México en los ochenta: tendencias y cambios", *Comercio Exterior*, núm. 8, vol. 43, pp. 717-730.
- ROJAS, O. (2008). *Paternidad y vida familiar en la ciudad de México. Un estudio del desempeño masculino en los procesos reproductivos y en la vida doméstica*, México, El Colegio de México.
- ROSAS, C. (2006). *Varones al son de la migración. El papel de la migración internacional en la configuración de la/s masculinidad/es: estudio cualitativo en una localidad veracruzana y en Chicago*, tesis de doctorado, México, El Colegio de México-CEDUA.
- RUIZ, C. (1999). "La economía y las modalidades de la urbanización en México: 1940-1990", *Economía, Sociedad y Territorio*, núm. 5, vol. II, pp. 1-24.
- SALVIA, A. (2007). "Consideraciones sobre la transición a la modernidad. La exclusión social y la marginalidad económica", en A. Salvia y E. Chávez Molina (eds.), *Sombras de una marginalidad fragmentada. Aproximaciones a la metamorfosis de los sectores populares de la Argentina*, Buenos Aires, Miño y Dávila.
- TOKMAN, V. (2007). "Informalidad, inseguridad y cohesión social en América Latina", *Serie Políticas sociales*, núm. 130, Santiago de Chile, Cepal.
- TUIRÁN, R. (1993). "Estrategias de vida en época de crisis: el caso de México", *Cambios en el perfil de las familias latinoamericanas: la experiencia regional*, Santiago de Chile, Cepal.

14. DEBUT OCUPACIONAL DE LOS HIJOS VARONES SEGÚN EL EMPLEO DE SUS PADRES

*Edith Pacheco**

*Lina Cuevas***

*Julieta Pérez Amador****

INTRODUCCIÓN

Tanto en México como en muchos otros países, el proceso de industrialización de las décadas de 1950 y 1960, el cambio de modelo económico a partir de 1982, así como los cambios en la fecundidad, la escolaridad y en algunos aspectos culturales han conformado una inserción en el mercado de trabajo que ha transformado sustancialmente las estructuras ocupacionales. Bajo este contexto sociohistórico y económico nos interesa conocer cómo diferentes generaciones se han insertado en la dinámica laboral y en qué medida estas generaciones han conservado o no la condición ocupacional de sus padres.

El objetivo de este trabajo es explorar las formas en que las diferentes condiciones iniciales de los individuos (aproximado por su estatus socioeconómico) estructuran inserciones al mercado de trabajo diferenciadas durante la transición de la juventud a la edad adulta. Nos aproximamos a esta discusión estudiando la movilidad en el estatus ocupacional al primer empleo de los hijos frente a la situación que presentaban los padres. Para ello, partimos de la idea de que en varios momentos de la vida, las personas experimentan eventos que involucran importantes cambios en la

* CEDUA-El Colegio de México.

** CEDUA-El Colegio de México.

*** CEDUA-El Colegio de México.

estructura de sus vidas. De acuerdo con la perspectiva del curso de vida, esos eventos o transiciones en la vida, no ocurren de manera aislada o aleatoria, sino que tienen cierta estructura condicionada por los tiempos biográficos, históricos y sociales de las personas. En particular, la noción de vidas interconectadas denota los efectos de otros individuos en la propia vida de las personas (e.g. Wissen y Dystra, 1999).

Así, para identificar la influencia de la categoría ocupacional del padre sobre la forma en que transitan los hijos al primer empleo, utilizamos herramientas del análisis de historia de eventos a partir del uso de un modelo multinomial de riesgos en competencia de la primera inserción laboral por categorías ocupacionales. En suma, buscamos precisar la relación existente entre las ocupaciones de padres e hijos y, específicamente, la influencia de variables individuales (educación) y contextuales (cohorte de nacimiento) sobre el estatus ocupacional de los hijos varones al primer empleo.¹

El trabajo está estructurado como sigue. En la primera sección se sintetizan los principales antecedentes teóricos y de investigación existentes sobre el objeto de estudio de este trabajo. Después, se presenta un apartado referente a los aspectos metodológicos considerados en este capítulo. En el apartado de resultados, primero se presentan las características de la estructura ocupacional de padres e hijos y se discuten brevemente los patrones de participación al primer empleo; después se analizan los resultados del modelo utilizado a la luz de los antecedentes existentes. En una última sección se resumen los hallazgos más relevantes de este ejercicio indicando la pertinencia para el campo de estudio.

¹ Hemos decidido presentar los hallazgos sobre la movilidad ocupacional intergeneracional de los varones por varias razones. La mayoría de los estudios sobre el tema han atendido la movilidad masculina, en consecuencia, queremos hacer un seguimiento de la discusión considerando una fuente de información que involucra una cohorte de nacimiento más reciente. Por otro lado, estamos convencidas de que el papel de las mujeres en la dinámica familiar implica que la discusión teórico-analítica involucren aspectos diferentes para la población femenina, lo que requiere un tratamiento diferenciado que por razones de espacio no podemos atender en este capítulo.

MARCO TEÓRICO DE REFERENCIA Y ANTECEDENTES DE INVESTIGACIÓN

En términos generales se pueden identificar cuatro aproximaciones de estudio en relación con la movilidad ocupacional de los individuos (Pacheco, 2005). Tanto la teoría de la adquisición de estatus como la teoría del capital humano (Becker, 1975; Mincer, 1974) dieron prioridad a las características personales al explicar los patrones de movilidad; así la educación adquirida, la experiencia en el trabajo y la participación en la fuerza de trabajo fueron variables cruciales en estas perspectivas (Allmendinger, 1989; Gallart, 1992).² Sin embargo, la teoría de la adquisición de estatus también enfatizó la importancia de las variables de origen familiar (Blau y Duncan, 1967).

Asimismo, Blossfeld (1992) indicó que la teoría de la competencia (Sorensen, 1977) tenía el mérito de considerar la estructura de los puestos de trabajo en el análisis de la movilidad, especialmente porque los cambios estructurales de la mano de obra influyen en las posibilidades de ascenso ocupacional; un movimiento a un mejor trabajo puede ocurrir sin un incremento en los recursos individuales o familiares y un incremento en los recursos individuales o familiares puede no conducir a un mejor trabajo cuando no hay una vacante disponible (Allmendinger, 1989).³

Por otro lado, Blossfeld (1992) argumenta que una aproximación dinámica al estudio de la movilidad ocupacional necesaria-

² Cuevas (2014) indica que a partir de la década de 1950 con la industrialización se impulsó el estudio de movilidad ocupacional en Estados Unidos de América. Tomando en cuenta que la mayoría de los ingresos, además del estatus, proviene del trabajo que realizan las personas, la variable “ocupación” se tomó como referente al elaborar una escala social (Blau y Duncan, 1967).

³ Blossfeld (1992) indica que los estudios pioneros que comparaban la posición ocupacional del padre y los hijos representaban esfuerzos por aislar los efectos de movilidad propios de un cambio en la estructura social (Rogoff, 1953; Glass y Berent, 1954; Hauser, 1978; Erikson y Goldthorpe, 1985), sin embargo, no se tomaba en cuenta que las posiciones de origen no reflejaban necesariamente las estructuras sociales de un momento, porque los padres tenían diferentes edades y se encontraban en diferentes etapas del ciclo de vida profesional.

mente debe considerar las condiciones de entrada al mercado de trabajo y la movilidad intrageneracional. En esta línea, Solís y Billari (2002 y 2003) señalan que el desarrollo paralelo de la investigación sobre el curso de vida y el análisis de historia de eventos ha producido un cambio en el énfasis del estudio de la movilidad de largo plazo, centrando la investigación en el análisis de eventos individuales con trayectorias ocupacionales.

Así, bajo alguna de estas corrientes, la movilidad ocupacional intergeneracional ha sido ampliamente analizada en las sociedades europeas con la intención de identificar patrones de movilidad, similitudes y diferencias en la región y a lo largo del tiempo. Uno de los estudios más notables es el de Erikson y Goldthorpe (1992), el cual compara 12 países europeos; destacan las categorías ocupacionales utilizadas y el carácter multidimensional del análisis al considerar aspectos como la herencia, la jerarquía y el sector de ocupación. Por otro lado, también con amplia cobertura de países europeos, está el de Breen y Luijckx (2007), que al analizar el periodo 1970-2000 observa cierta convergencia de los flujos intergeneracionales de los hombres en términos de movilidad absoluta.⁴

Los estudios en América Latina se han orientado principalmente en los efectos de los cambios estructurales sobre la movilidad social. Por ejemplo, el estudio de Jorrat (1997) sobre la población urbana de Argentina destaca la importancia de la migración interna ligada a la transformación de la estructura ocupacional, y en especial se visibiliza la escolaridad como un factor crucial para la evaluación de la movilidad. Por su parte, Benavides (2002) en Perú, Torche (2005) y Espinoza, González y Uribe (2009)

⁴ Cuevas (2014) señala que después de los estudios pioneros de movilidad intergeneracional se incorporaron nuevas herramientas estadísticas permitiendo análisis más complejos. Por ejemplo, utilizando el modelo de movilidad cuasiperfecta. Featherman y Hauser (2001) concluyen que se observan barreras en los extremos de las jerarquías: en la cima debido a que los padres transmiten ciertos recursos por medio del acceso a la educación así como la posibilidad de socializar en el mismo ámbito, y en la parte inferior representada por los trabajadores agrícolas debido al aislamiento espacial así como a la transmisión de habilidades propias de estos trabajos.

en Chile, y Ribeiro (2012) en Brasil concluyen que, a pesar de los procesos de modernización y cambio estructural, la tendencia a la polarización persiste en los extremos de la jerarquía y la fluidez se mantiene entre los estratos medios y bajos donde existe una reducida diferenciación de clase.

En el caso particular de México, el estudio de la movilidad intergeneracional se remonta tiempo atrás. Reyna (1968) y Contreras (1978), usando la hipótesis sobre permanencia de Lipset, Bendex y Zettenberg,⁵ mostraron una tendencia a la movilidad intergeneracional ascendente reflejada a través del tránsito de las ocupaciones manuales a las no manuales, en el marco del proceso de urbanización, la expansión educativa y la tendencia a la terciarización de las ocupaciones. Concerniente al ámbito agrícola se mostraba una tendencia a la rigidez en su estructura teniendo por tanto muy poca movilidad ocupacional.⁶

A principios de este siglo, Zenteno (2002) abordó el problema de la polarización de la movilidad social. Bajo un contexto de transformaciones económicas y crisis, el autor se propone dar cuenta de la movilidad social intergeneracional e intrageneracional en México. En primer lugar, se pone acento en el hecho de que el trabajo agrícola constituyó la principal fuente de empleo de los padres de tres cohortes de varones (1936-1938, 1951-1953 y 1966-1968), lo que representó amplias posibilidades de movilidad intergeneracional ascendente, siendo más significativa la movilidad de la cohorte intermedia. En segundo lugar, se señala que a

⁵ Hablando del caso específico de los países de Europa occidental junto con Estados Unidos, Lipset, Bendex y Zettenberg (2001) parten de la hipótesis de que los patrones de movilidad deberían tener el mismo comportamiento, dado que todos estos países habían atravesado por un proceso de industrialización similar; sin embargo, recurren a una clasificación menos desagregada para la comparación, considerando el paso de actividades manuales a las no manuales como movilidad ascendente.

⁶ Cabe aclarar que ya en la década de 1970 hay dos estudios pioneros basados en datos sobre historias biográficas (Balán, Browning y Jelin, 1973; Muñoz, De Oliveira y Stern, 1977), su interés se enfoca en el proceso de migración, especialmente en el caso de los varones, y buscan comprender los procesos de movilidad ocupacional intrageneracional.

pesar de su mayor escolaridad, la movilidad intergeneracional de la cohorte más joven no fue tan notoria; de hecho, menos de una quinta parte experimentó una movilidad descendente.⁷

Por su parte, Pacheco (2005) también analiza la movilidad intergeneracional para las tres cohortes de nacimiento arriba citadas, haciendo uso de modelos log-lineales.⁸ Así, se observa un proceso de resistencia para la movilidad descendente en el caso de padres con actividades no manuales calificadas, pero también los resultados de este estudio coinciden con el trabajo de Reyna (1968), quien usó datos de la década de 1960, en cuanto a la rígida estructura en el sector agrícola. En general, se aprecian barreras de ascenso en las actividades de tipo manual para moverse a las no manuales. Así, coincidiendo con el resto de autores, se indica que la expansión educativa continúa siendo un factor relevante en el ámbito urbano.

Parrado (2005) fue el primero en examinar la movilidad intergeneracional a la entrada al primer empleo; utilizando la perspectiva de curso de vida y las técnicas de análisis de historia de eventos, coincide con la evidencia señalada por otros en cuanto a que los nacidos entre 1966 y 1968 se enfrentan a condiciones del mercado más complicadas, que limitan sus posibilidades de experimentar movilidad ascendente. Asimismo, encuentra que tanto el origen social como la escolaridad siguen siendo centrales para explicar la categoría ocupacional de entrada al mercado laboral.

⁷ Zenteno usa dos indicadores de estatus ocupacional: la estructura ocupacional de Erikson y Goldthorpe (EGP) y el Índice Socioeconómico Internacional de Estatus Ocupacional (ISEI) (las siglas se refieren a sus acrónimos en inglés). Para la construcción de ambos indicadores se tomó la propuesta de Ganzeboom y Treiman (1996). Zenteno argumenta que debido a las particularidades de empleo en México y a las limitaciones de los datos de la encuesta EDER, la estructura ocupacional de EGP se redujo a sólo seis categorías.

⁸ Cuevas (2014) señala que los modelos log-lineales se convierten en una herramienta útil, porque es posible identificar patrones de movilidad más allá de la distribución de origen y destino. Por ejemplo, Featherman y Hauser (2001), al utilizar dicha técnica para la sociedad estadounidense, observan claras barreras en los extremos de la jerarquía ocupacional, dejando a las ocupaciones medias con una alta movilidad sin encontrar un patrón específico hacia arriba o abajo.

Zenteno y Solís (2007) extienden los resultados obtenidos por Solís (2002) para Monterrey al resto del país, encontrando similitudes. Al limitarse al sector urbano, encuentran que la educación es un factor importante en el logro ocupacional de los individuos, pero también lo es la ocupación de los padres; es decir, la herencia sigue siendo importante en la sociedad mexicana. No obstante, constatan que, efectivamente, el importante dinamismo de la economía regiomontana brinda mejores oportunidades de ascenso a los hijos que el resto del país. También encuentran evidencia de que si bien la movilidad ascendente prevalece sobre la descendente, en la cohorte nacida en la segunda mitad de la década de 1960 esta tendencia se ve reducida, siendo los más jóvenes menos propensos a superar el origen ocupacional de sus padres.

Solís y Cortés (2009) analizan los ingresos percibidos por trabajo y argumentan que la jerarquía ocupacional utilizada refleja un acceso diferencial a satisfactores económicos. Ellos construyen el origen social de los individuos a partir de la ocupación del padre, tanto para hombres como para mujeres, y lo complementan con un índice construido a partir de los activos de los que disponía el hogar del individuo.⁹ Los autores concluyen —al igual que los trabajos antes mencionados— acerca del comportamiento de la movilidad ascendente sobre la descendente y también logran establecer una regionalización como respuesta a la heterogeneidad en el acceso a distintas ocupaciones en las diversas zonas del país.

Por su parte, Cuevas (2014) analiza la movilidad ocupacional intergeneracional del primer empleo de hombres y mujeres de tres cohortes de nacimiento (1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980).

⁹ Utilizan tres modelos log-lineales: el de la diagonal principal, el de movilidad cuasiperfecta y el modelo básico de Erikson y Goldthorpe. Apoyan la discusión en las cuatro dimensiones, que desde la perspectiva de Erikson y Goldthorpe se involucran en la asociación entre orígenes y destinos ocupacionales: jerarquía (dificultad de la movilidad), herencia (reproducción en posiciones de origen y destino), sector (dificultad de cruzar barreras entre ocupaciones agrícolas y no agrícolas) y afinidad (cercanía *versus* lejanía que existe en las relaciones sociales de trabajo).

Primero, da cuenta de cómo jóvenes de distintos orígenes sociales experimentan transiciones diferenciadas al primer empleo, siendo los que provienen de orígenes más favorecidos los que retrasan el evento. Después se pregunta de qué manera la ocupación paterna influye en el tipo de empleo en el que se insertan por primera vez hombres y mujeres. Por medio del análisis de sobrevivencia, se resalta el factor herencia de los padres empleados en actividades menos calificadas, lo cual representa una barrera al ascenso tanto para hombres como mujeres, mientras que en la cima de la jerarquía destaca la importancia de la escolaridad.

Al concluir esta sección, nos importa señalar que todavía son pocos los estudios que se aproximan bajo la perspectiva de curso de vida y con metodologías longitudinales, y más escasos aún son los que enfocan su estudio durante la transición de la juventud a la edad adulta. Dentro de éstos destacan los trabajos de Parrado (2005 y 2006) y Cuevas (2014), donde se analiza la movilidad ocupacional intrageneracional o intergeneracional con una visión longitudinal enfocándose en la transición al primer empleo.¹⁰ De acuerdo con Parrado (2006: 317), al considerar el efecto de la ocupación (la clase) del padre sobre la ocupación de entrada de los hijos, uno se acerca al estudio del proceso de movilidad ocupacional intergeneracional.

En este sentido, la aproximación de curso de vida ha sido reconocida como un avance en los estudios de movilidad social. Treiman y Ganzeboom (2000) recopilan de forma cronológica los estudios de movilidad social y logran establecer generaciones de estudio de acuerdo con la aproximación y estrategia o técnica estadística utilizada. Los autores establecen cuatro generaciones, ubicando en la más reciente aquellos estudios de movilidad bajo el enfoque de curso de vida y utilizando las técnicas estadísticas correspondientes.

En este capítulo, nosotras abordamos el estudio de movilidad ocupacional intergeneracional en el marco teórico del curso

¹⁰ Previamente, los trabajos de Balán, Browning y Jelin (1973) y Solís y Billari (2002 y 2003), ambos citados en Parrado (2005 y 2006) utilizaron perspectivas similares.

de vida. En especial, consideramos que este acercamiento nos remite al principio de vidas interconectadas (Elder, 2002) dado que en él se “afirma que las vidas humanas siempre se viven en interdependencia, o sea, en redes de relaciones compartidas, y es precisamente en estas redes donde se expresan las influencias histórico-sociales” (Blanco y Pacheco, 2003: 161). Además, situamos el primer empleo y su tipo en el marco de las transiciones de la juventud a la edad adulta.

ASPECTOS METODOLÓGICOS

Como fuente de información utilizamos la Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011 (EDER-2011), la cual es representativa de la población residente en zonas urbanas del país, nacida entre 1951-1953, 1966-1968 y 1978-1980. La muestra cuenta con un total de 2840 personas; entre ellas 1387 hombres a quienes seleccionamos para el análisis. El cuestionario de la EDER-2011 sigue la metodología de historia de vida; los individuos proporcionan información sobre diferentes características sociodemográficas para cada año de su vida. Esto permite seguir las trayectorias en el curso de vida y ubicar transiciones o eventos. Nosotras nos enfocamos en uno de los eventos que han tipificado la transición de la juventud a la edad adulta desde la perspectiva sociodemográfica: el primer empleo.¹¹ Sobre éste, estudiaremos el tipo de ocupación a la que se ingresa. Nuestro interés específico consiste en observar los efectos de la ocupación del padre sobre la ocupación a la que se insertan sus hijos (individuos en la muestra); entendiendo este

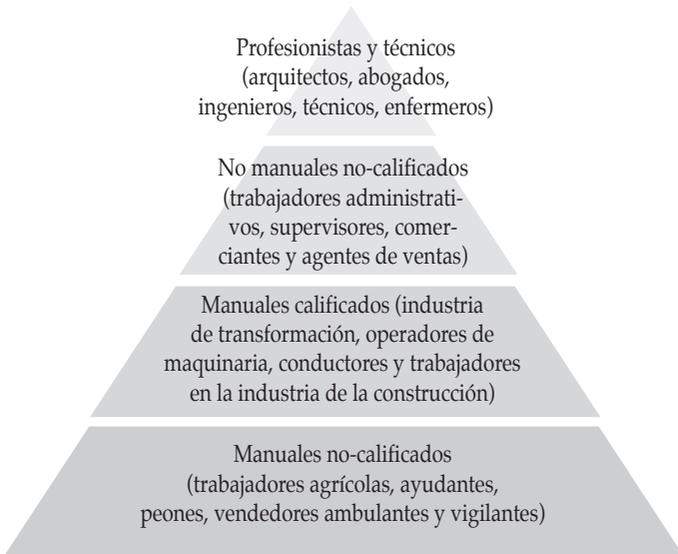
¹¹ Dado el diseño del cuestionario, algunos de los eventos captados deben tener una duración de al menos un año para poder ser considerados y registrados. Así, el primer empleo captado por la EDER-2011 es en realidad el primer empleo con duración mínima de un año, y por este motivo es posible que éste no represente necesariamente la primera inserción de los jóvenes al mercado laboral. Esto probablemente resulta en una edad al primer empleo más elevada que la reportada en otras fuentes, principalmente las encuestas nacionales de juventud de 2000, 2005 y 2010. Este aspecto debe ser tomado en cuenta al interpretar nuestros resultados.

análisis como una aproximación a la movilidad ocupacional intergeneracional.¹²

Como estrategia metodológica, comenzamos con un análisis descriptivo de la estructura ocupacional al momento del primer empleo de los jóvenes de las tres cohortes investigadas y la de sus respectivos padres cuando ellos tenían 15 años. Utilizamos cuatro categorías ocupacionales que se ilustran en la figura 14.1. Después, para analizar la movilidad ocupacional entre padres e hijos utilizamos modelos de análisis de historia de eventos en tiempo discreto, los cuales nos permiten estimar la probabilidad condicional de ocurrencia del evento “primer empleo” en el tiempo t , dado que no ha ocurrido hasta el tiempo $t-1$, y dados ciertos correlatos de interés. Ya que nos interesa el tipo de ocupación al que ingresan los jóvenes, optamos por el esquema de riesgos en competencia usando la regresión logística multinomial. Así, estaremos estimando simultáneamente las razones de momios o riesgo relativo de (0) no experimentar o *sobrevivir* al evento “primer empleo” (categoría de referencia), o la ocurrencia de éste en una de las siguientes cuatro categorías ocupacionales: (1) profesionistas y técnicos, (2) trabajadores no-manuales no-calificados, (3) manuales calificados, y (4) manuales no-calificados. Bajo este esquema analítico, una vez que un individuo entra a su primer empleo en una de las categorías ocupacionales, ya no se encuentra expuesto al riesgo de hacerlo en ninguna de las otras categorías. La herramienta también nos permite identificar si los correlatos sociodemográficos seleccionados operan en direcciones similares, o bien, opuestas sobre la ocurrencia de los eventos en competencia.

¹² La mayoría de los estudios sobre movilidad inter o intrageneracional utilizan información de corte transversal y modelos log-lineales para analizar tablas de contingencia entre las ocupaciones de origen y destino. Nosotras preferimos la perspectiva de curso de vida y el análisis de historia de eventos porque nos permite acercarnos al estudio de la movilidad desde su naturaleza dinámica y como parte del proceso del paso de la juventud a la edad adulta. Dado que este tipo de aproximación permite incorporar dentro del análisis el *tiempo o calendario* del evento (primer empleo), así como a los individuos que no habían experimentado el evento al momento de la encuesta.

Figura 14.1. Categorías ocupacionales



Nuestra unidad de tiempo es la edad en años cumplidos, por lo que estaremos estimando simultáneamente las *razones de momios* de ocurrencia de los eventos en competencia a cada edad, definiendo el inicio de exposición al riesgo a los 6 años de edad (donde se observan los eventos más tempranos). La forma de las funciones de riesgo (*hazard*) es aproximada con un polinomio de tercer grado que introducimos en los modelos para controlar por la duración de la exposición al riesgo (es decir, incluimos las variables edad, edad al cuadrado y edad al cubo en el modelo). Dado nuestro enfoque en el primer empleo dentro de la etapa de transición de la juventud a la edad adulta, observamos a los individuos hasta la edad de 29, para un total de 15278 años-persona vividos y 1267 eventos.

Nuestra variable explicativa principal es la ocupación del padre cuando el entrevistado tenía 15 años, utilizamos las mismas cuatro categorías ocupacionales arriba descritas y la categoría de referencia es la ocupación manual no calificada. Además, inclui-

mos como variables de control la cohorte de nacimiento (1951-1953, 1966-1968, 1978-1980); el nivel educativo (primaria o menos, secundaria, preparatoria o técnica, universidad), y la asistencia escolar (asiste, no asiste). Las dos últimas variables se utilizan cambiantes en el tiempo y se rezagan un periodo ($t-1$) para aminorar problemas de endogeneidad.

RESULTADOS

En la gráfica 14.1 presentamos la distribución porcentual de la categoría ocupacional de los padres (a los 15 años de edad de los hijos) y la correspondiente a la primera ocupación de los jóvenes de las tres cohortes de estudio. En primer lugar observamos que la distribución ocupacional de los padres ha cambiado hacia un mayor peso en las ocupaciones de tipo manual calificado, no manual no-calificado y profesionistas y técnicos; y menor peso de las ocupaciones de tipo manual no-calificadas. Lo que refleja el cambio en la estructura misma del mercado de trabajo y de los procesos de calificación de este tipo de mano de obra. En segundo lugar, encontramos que la ocupación al primer empleo de los jóvenes entrevistados se concentra en actividades manuales no-calificadas, aunque éstas están perdiendo peso a través de las cohortes a favor de una mayor presencia en ocupaciones manuales calificadas y no-manuales no-calificadas. Estos dos grupos combinados representan casi la mitad en la cohorte más joven. En la cima de la jerarquía ocupacional, observamos un ligero descenso en la entrada como profesionistas y técnicos entre los jóvenes de la cohorte avanzada y las cohortes intermedia y joven. Estos resultados muestran la ya mencionada degradación de las oportunidades ocupacionales de estos jóvenes, quienes contradictoriamente tienen mayores niveles educativos que la avanzada.

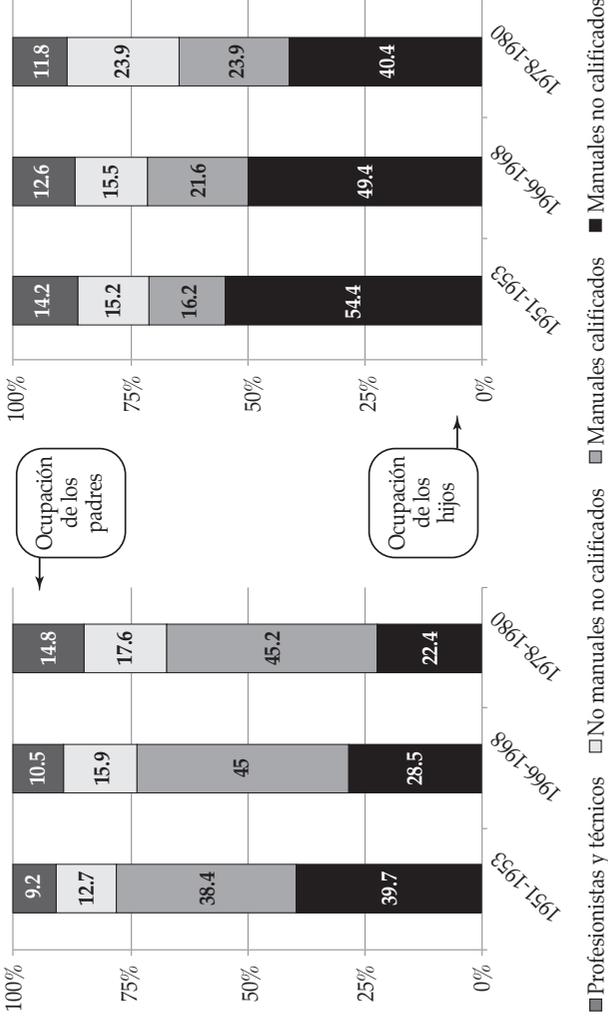
Cuevas (2014) argumenta que es probable que la migración del campo a la ciudad se encuentre reflejada en la distribución ocupacional de los hijos, dado que los varones de la cohorte más antigua pudieron entrar al mercado laboral en el contexto rural, donde prevalecen las ocupaciones manuales no-calificadas, mientras que

los miembros de la cohorte más joven en su mayoría ya ingresaron en el contexto urbano caracterizado por actividades no manuales, dada la prevalencia del sector terciario. No obstante, la autora reconoce que existen múltiples factores que pudieron modificar la distribución, como la edad, las motivaciones y las condiciones de entrada al mercado laboral de los jóvenes. Muchos se ven en la necesidad de entrar a corta edad, aun estando en la escuela, para poder aportar al ingreso familiar, sin que esto signifique que la ocupación de entrada permanecerá a lo largo de su trayectoria (Camarena, 2004).

Por lo anterior, las distribuciones mostradas no son precisamente indicio de que los hijos se concentran en ocupaciones menos calificadas respecto de sus padres, teniendo en cuenta, de igual forma que se está tomando como referente la ocupación del primer empleo y la ocupación del padre cuando su hijo tenía 15 años, pudiendo encontrarse éste en una etapa distinta de su trayectoria laboral, alejada de su primer empleo.

Como ejercicio previo a la estimación del modelo, se observa el calendario de entrada al primer empleo a fin de identificar cambios y continuidades entre las cohortes. La edad mediana y el rango intercuartil al evento resumen las tendencias (véase gráfica 14.2). Respecto a la edad mediana, ésta permaneció constante entre las dos primeras cohortes y aumentó sólo en un año en la más joven; de modo que la mitad de los jóvenes nacidos a finales de la década de 1970 ya había experimentado el primer empleo a los 17 años de edad. Observamos mayores retrasos en la ocurrencia del evento si nos situamos en la edad a la que 25% de los jóvenes experimenta el primer empleo, la cual pasó de 12 a 15 años entre las cohortes maduras y la joven. De este modo, se aprecia que ha disminuido la proporción de jóvenes que inicia su vida laboral a edades tempranas, aun cuando la mediana al evento se ha mantenido relativamente constante. Así, el tiempo que le toma a la cohorte más joven hacer esta transición (*i.e.* el intervalo intercuartil) es dos años más reducido. Sin embargo, en términos globales, las curvas de sobrevivencia no son estadísticamente diferentes entre cohortes, lo que sugiere más bien cambios moderados en esta transición. El retraso entre generaciones en el primer cuartil (de

Gráfica 14.1. Estructura ocupacional de padres e hijos

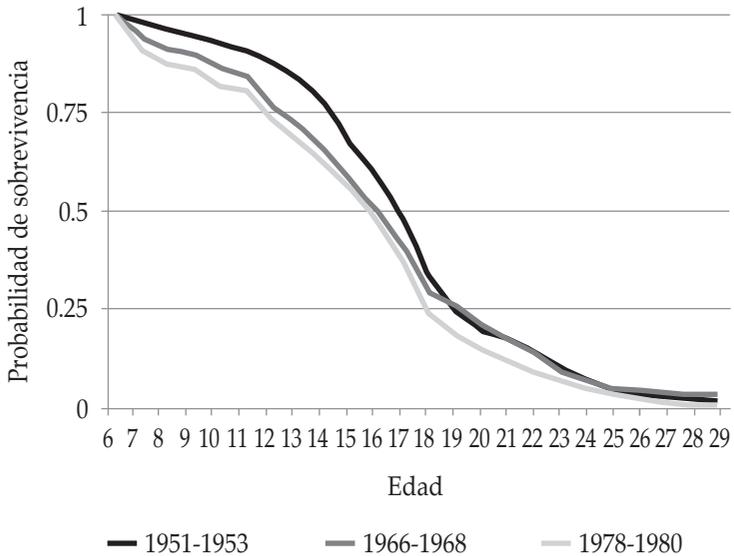


Nota: la ocupación de los padres es cuando el hijo (entrevistado) tenía 15 años y la ocupación del hijo es al primer empleo.

Fuente: EDER (2011). Varones (n = 1292).

12 a 15 años) es compensado más adelante debido a que la cohorte más joven ingresa más tarde, pero con mayor velocidad y por ello la mediana sólo se retrasa un año (de 16 a 17 años) y el tercer cuartil es el mismo en la cohorte intermedia y la joven (19 años).

Gráfica 14.2. Transición al primer empleo:
función de supervivencia por cohorte



Fuente: EDER (2011). Varones (n = 1292).

Iniciamos el análisis multivariado utilizando la herramienta de historia de eventos. En el cuadro 14.1 se presentan los riesgos relativos (*razones de momios*) estimados de los modelos logístico multinomiales que predicen las probabilidades condicionales (*o tasas de riesgo al evento*) de entrar al primer empleo en las categorías ocupacionales señaladas *versus* no entrar al primer empleo. Un riesgo relativo mayor que 1 nos indica un efecto positivo, mientras un valor menor que 1 nos indica un efecto negativo sobre la transición o evento en cuestión. En nuestro primer mode-

lo, los efectos de la ocupación del padre, como aproximación a la movilidad ocupacional intergeneracional, sugieren que los hijos de padres profesionistas y técnicos tienen riesgos relativos mayores de entrar al primer empleo como profesionistas y técnicos, y riesgos relativos menores de entrar como trabajadores manuales (calificados o no-calificados) que los hijos de padres manuales no calificados. Asimismo, los hijos de padres que se ocupaban como trabajadores no-manuales no-calificados son menos propensos a entrar al mercado laboral en ocupaciones manuales.

Estos resultados, aunados al efecto sistemáticamente más negativo de entrar al mercado laboral como trabajador manual no-calificado conforme la jerarquía ocupacional del padre es más alta (véase última columna del cuadro 14.1), sugieren que, en general, con esta herramienta analítica no se observa movilidad ocupacional descendente entre padres e hijos. Así, por ejemplo, los hijos de padres profesionistas y técnicos tienen razones de momios de entrar al primer empleo como profesionistas y técnicos 6.4 veces mayores que de entrar como trabajadores manuales calificados (*i.e.* $2.5106/0.3929 = 6.3894$). También, los hijos de padres no manuales no-calificados son dos veces menos propensos a descender más de una categoría ocupacional (*i.e.* $0.6525/0.3299 = 1.9778$). La única posible excepción se da en el riesgo de entrada en ocupaciones no-manuales no-calificadas de los hijos de padres profesionistas y técnicos: aunque las razones de momios van en la dirección esperada (*i.e.*, menor riesgo relativo) no existe suficiente evidencia estadística para descartar que su propensión a entrar en este tipo de ocupación es la misma que la de los hijos de padres manuales.

Al incorporar la cohorte de nacimiento en el modelo 2, los efectos del tipo de ocupación del padre sobre la ocupación del hijo al inicio de su carrera laboral permanecen similares, es decir, los patrones de movilidad ocupacional que hemos descrito con el modelo 1 ocurren independientemente de la cohorte de nacimiento de los entrevistados. Respecto al efecto de ésta, el riesgo relativo de entrar al primer empleo como profesionista y técnicos ha disminuido significativamente entre la cohorte avanzada y las dos más jóvenes, independientemente de la ocupación de sus pa-

dres. Al otro extremo de la jerarquía, observamos que los nacidos a finales de la década de 1970 son menos propensos a entrar en ocupaciones manuales no-calificadas que los individuos nacidos a principios de la de 1950.

Cuadro 14.1. Razón de momios estimados de los efectos de variables seleccionadas sobre la categoría ocupacional de entrada al primer empleo

Modelo 1				
Variables	Profesionistas y técnicos	No-manuales no-calificados	Manuales calificados	Manuales no-calificados
<i>Ocupación del padre</i>				
<i>Categoría de referencia (manuales: no calificados)</i>				
Profesionistas y técnicos	2.5106***	0.8246	0.3929***	0.1796***
No-manuales no-calificados	1.5922	1.3869	0.6525**	0.3299***
Manuales calificados	1.3399	1.0562	0.8592	0.6778***
<i>Exposición al riesgo</i>				
Edad	1.3934	0.8102	5.4928**	1.8680
Edad ²	1.0291	1.0404*	0.9418***	0.9774***
Edad ³	0.9991	0.9990**	1.0006***	1.0002**
Constante	0.0000**	0.0015***	0.0000***	0.0008***
Años-persona vividos	15288			
Eventos	166	243	263	595
gl	28			
LL	10727			
BIC	10657			

Nivel de significancia: * $p < 0.05$, ** $p < 0.010$, *** $p < 0.001$.

Fuente: EDER (2011) Varones (n = 1292).

Cuadro 14.2. Razones de momios estimados de los efectos de variables seleccionadas sobre la categoría ocupacional de entrada al primer empleo

Modelo 2				
Variables	Profesionistas y técnicos	No-manuales no-calificados	Manuales calificados	Manuales no-calificados
Ocupación del padre				
<i>Categoría de referencia (manuales no-calificados)</i>				
Profesionistas y técnicos	2.8407***	0.7876	0.3869***	0.1899***
No-manuales no-calificados	1.7418	1.3444	0.6434**	0.3451***
Manuales calificados	1.4828	1.0222	0.8484	0.7073***
Cohorte de nacimiento				
<i>Categoría de referencia (1951-1953)</i>				
1966-1968	0.6637*	0.9018	1.1071	0.8852
1978-1980	0.4903***	1.1966	1.1373	0.6843***
Exposición al riesgo				
Edad	1.3508	0.8108	5.4940***	1.8756***
Edad ²	1.0310	1.0403*	0.9418***	0.9773***
Edad ³	0.9990	0.9990**	1.0006***	1.0002**
Constante	0.0000**	0.0015***	0.0000***	0.0009***
Años-persona vividos	15288			
Eventos	166	243	263	595
gl	36			
LL	-5212			
BIC	10638			

Nivel de significancia: * $p < 0.05$, ** $p < 0.010$, *** $p < 0.001$.

Fuente: EDER (2011) Varones (n = 1292).

Cuadro 14.3. Razones de momios estimados de los efectos de variables seleccionadas sobre la categoría ocupacional de entrada al primer empleo

Modelo 3				
Variables	Profesionistas y técnicos	No-manuales no-calificados	Manuales calificados	Manuales no-calificados
Ocupación del padre				
<i>Categoría de referencia (manuales no-calificados)</i>				
Profesionistas y técnicos	1.5388	0.7342	0.6096*	0.3077***
No-manuales no-calificados	0.9891	1.2273	0.8742	0.4796***
Manuales calificados	1.1297	0.9784	0.9321	0.8029*
Cohorte de nacimiento				
<i>Categoría de referencia (1951-1953)</i>				
1966-1968	0.6883	0.8619	1.1506	1.0042
1978-1980	0.4735***	1.1171	1.2021	0.7921*
Nivel educativo				
<i>Categoría de referencia (secundaria)</i>				
Primaria	0.1727***	0.5061**	0.7496	0.9430
Preparatoria y técnica	1.8358*	1.5327*	0.8460	0.8078
Licenciatura y más	3.8978***	1.7112*	0.5064*	0.2479***
Asistencia escolar	0.6368*	0.5118***	0.3358***	0.3223***
Exposición al riesgo				
Edad	0.8871	1.0013	4.882***	2.1379***
Edad ²	1.0314	1.0187	0.9444***	0.9700***
Edad ³	0.9993	0.9995	1.0006***	1.0003***
Constante	0.0009	0.0031***	0.000***	0.0008***
Años-persona vividos	15288			
Eventos	166	243	263	595
gl	52			
LL	-5044.2191			
BIC	10461			

Nivel de significancia: * $p < 0.05$, ** $p < 0.010$, *** $p < 0.001$.

Fuente: EDER (2011) Varones (n = 1292).

Respecto a las características educativas, las cuales incluimos en el modelo 3, observamos que el riesgo relativo de entrada al primer empleo en cualquier tipo de ocupación es menor para los jóvenes que asisten a la escuela en comparación con los que ya no asisten. Asimismo, controlando por la asistencia escolar, los jóvenes con escolaridad primaria son menos propensos a entrar al mercado laboral como profesionistas y técnicos, o como trabajadores no-manuales calificados, que sus similares con secundaria.

Por el contrario, como es de esperarse, los jóvenes con preparatoria o universidad tienen mayor riesgo relativo de ocuparse en esas dos categorías (profesionistas y técnicos o como trabajadores no-manuales no-calificados) de mayor jerarquía en comparación con los que tienen secundaria. En el extremo bajo de la escala ocupacional se observa claramente la menor propensión que tienen los universitarios de entrar al primer empleo en ocupaciones de tipo manual en comparación con los jóvenes que sólo cuentan con estudios de secundaria. Así, tenemos que un joven con educación universitaria tiene razones de momios 2.3 veces mayores de entrar al primer empleo como profesionista y técnico que de hacerlo como trabajador no-manual no-calificado (*i.e.* $3.8978/1.7112 = 2.2777$), y 7.7 mayores que de entrar como trabajador manual calificado (*i.e.* $3.8978/0.5064 = 7.6975$).

Un aspecto interesante que observamos en el modelo 3 es la asimetría entre el efecto negativo que tiene la mayor jerarquía ocupacional del padre sobre la entrada al primer empleo en ocupaciones manuales y el efecto positivo que tiene la mayor jerarquía educacional del joven sobre la entrada en ocupaciones no-manuales. Esto nos sugiere que independientemente del nivel educativo alcanzado por los jóvenes, la ocupación de sus padres —cuando ésta es en ocupaciones no-manuales— posiblemente actúa como un factor protector del descenso intergeneracional hacia ocupaciones de tipo manual.¹³

¹³ Cabe mencionar que los riesgos relativos mayores de entrar a ocupaciones de tipo profesionista cuando el padre es profesionista, encontrado en el modelo 1, pierden significancia al introducir la escolaridad, lo que nos está indicando que el efecto opera mediante esta última variable, siempre y cuando los hijos alcancen una escolaridad de preparatoria o más.

Cuadro 14.4. Razones de momios estimados de los efectos de variables seleccionadas sobre la categoría ocupacional de entrada al primer empleo

Modelo 4				
Variables	Profesionistas y técnicos	No-manuales no-calificados	Manuales calificados	Manuales no-calificados
Ocupación del padre				
<i>Categoría de referencia (manuales no-calificados)</i>				
Profesionistas y técnicos	1.3633	0.7105	0.4502*	0.1875***
No-manuales no-calificados	1.1019	0.9119	0.4914	0.6391***
Manuales calificados	1.2606	1.1036	0.7434	0.7686*
Cohorte de nacimiento				
<i>Categoría de referencia (1951-1953)</i>				
1966-1968	0.5651	0.7448	0.7568	0.9746*
1978-1980	0.7323	1.2168	1.0224	0.7922*
Nivel educativo				
<i>Categoría de referencia (secundaria)</i>				
Primaria	0.1683***	0.5055**	0.7377	0.9367
Preparatoria y técnica	1.8648*	1.5351*	0.8040	0.8107
Licenciatura y más	3.9511***	1.7343*	0.5171*	0.2488***
Asistencia escolar	0.6244*	0.5173***	0.2280***	0.3222***
Origen* cohorte				
Profesionistas 1966-1968	1.5912	1.1231	1.2008	2.2295
Profesionistas 1978-1980	0.7765	0.9474	1.5722	1.6326
No manuales 1966-1968	0.9021	1.6779	2.3329	0.7078
No manuales 1978-1980	0.6286	1.2807	1.9284	0.6005
Manuales 1966-1968	1.2565	1.0301	1.8864	1.0627
Manuales 1978-1980	0.4904	0.7338	1.1040	1.0660
Exposición al riesgo				
Edad	0.8860	0.9977	4.9394***	2.1374***
Edad ²	1.0312	1.0189	0.9440***	0.9700***
Edad ³	0.9993	0.9995	1.0006***	1.0003***

Modelo 4

Variables	Profesionistas y técnicos	No-manuales no-calificados	Manuales calificados	Manuales no-calificados
Constante	0.0009	0.0032***	0.000***	0.0009***
Años-persona vividos	15288			
Eventos	166	243	263	595
gl	76			
LL	-5036			
BIC	10616			

Nivel de significancia: * $p < 0.05$, ** $p < 0.010$, *** $p < 0.001$.

Fuente: EDER (2011) Varones (n = 1 292).

Debido a los importantes cambios, tanto en la estructura educativa como en la ocupacional, ocurridos entre las cohortes que estamos estudiando, nos preguntamos si el efecto de la ocupación del padre (como *proxy* de la movilidad ocupacional) ha variado entre las cohortes; es decir, si su efecto se ha vuelto más fuerte o más débil a través del tiempo. Esto lo analizamos en el modelo 4 donde incluimos una interacción entre la ocupación del padre y la cohorte de nacimiento del hijo. Ninguna de las interacciones resultaron estadísticamente significativas y su inclusión no mejora el ajuste del modelo, por lo que concluimos que no existe suficiente evidencia estadística que nos indique que el efecto de la ocupación del padre sobre la categoría ocupacional del hijo al primer empleo ha cambiado a través de las cohortes aquí analizadas. En otras palabras, el patrón de movilidad ocupacional intergeneracional al primer empleo de los jóvenes se mantuvo constante entre los nacidos en las tres cohortes que venimos comparando.

REFLEXIONES FINALES

En este trabajo hemos observado que los efectos de cohorte no son tan importantes como los efectos de la educación y del origen socioeconómico en el tipo de ocupación al primer empleo. Estos resultados son análogos a los obtenidos por otros estudios similares

—con la misma metodología— que analizaron una cohorte más antigua pero no la más reciente aquí estudiada (véanse resultados de Parrado 2005 y 2006). Aun así, los jóvenes nacidos a finales de las décadas de 1960 y 1970 tienen menor probabilidad de ingresar en ocupaciones manuales no-calificadas que los nacidos a principios de la de 1950, lo que puede estar añadiendo evidencia sobre los cambios estructurales de la producción. Como esperábamos, el nivel educativo es un importante correlato de la categoría ocupacional al primer empleo, mientras más alto es éste, más alta es la ocupación en la que entran los jóvenes. Pero también se aprecia que el efecto protector se presenta siempre y cuando los hijos alcancen una escolaridad de preparatoria o más; aspecto que ya se había observado en otros estudios.

Finalmente, se resumen los resultados obtenidos en relación con el objetivo principal de este capítulo. Respecto a la movilidad ocupacional, observamos barreras al descenso, sobre todo en la cima de la jerarquía ocupacional de los padres, donde distinguimos que, independientemente del nivel educativo alcanzado por los hijos de padres profesionistas y técnicos, éstos tienen menos riesgo de insertarse al mercado laboral en ocupaciones de tipo manual, manteniendo así (posiblemente) su posición socioeconómica. Este último efecto también se aprecia, pero con mucha menor intensidad, en el caso de que los padres sean no manuales no-calificados o manuales calificados, lo cual apoya los hallazgos de diversos trabajos en torno al efecto protector que puede presentar cierto tipo de ocupación de los padres.

REFERENCIAS

- ALLMENDINGER, J. (1989). *Career Mobility Dynamics: A Comparative Analysis of the United States, Norway, and West Germany*, tesis de doctorado, Berlín, Max-Planck-Institut für Bildungsforschung.
- BALÁN, J., H. L. BROWNING y E. JELIN (1973). *Men in a Developing Society; Geographic and Social Mobility in Monterrey, México*, Austin, University of Texas Press-Institute of Latin American Studies.

- BLANCO, M. y E. PACHECO (2003). "Trabajo y familia desde el enfoque del curso de vida: dos subcohortes de mujeres mexicanas", *Papeles de Población*, año 9, núm. 38, pp. 159-193.
- BECKER, G. S. (1975). *Human Capital: A Theoretical and Empirical Analysis, with Special Reference to Education*, Nueva York, National Bureau of Economic Research.
- BENAVIDES, M. (2002). "Cuando los extremos no se encuentran: un análisis de la movilidad social e igualdad de oportunidades en el Perú contemporáneo", *Bulletin de l'Institut Français d'Études Andines*, vol. 31, núm. 3, pp. 473-494.
- BLAU, P. M. y O. D. DUNCAN (1967). *The American Occupational Structure*, Nueva York, J. Wiley.
- BLOSSFELD, H.-P. (1992). "Les trajectoires professionnelles en RFA: Étude des effets de cohorte, de période et de position dans le cycle de vie", en L. Coutrot y C. Dubar (eds.), *Cheminements professionnels et mobilités sociales*, París, La Documentation Française, pp. 27-57.
- BREEN, R. y R. LUIJKX (2007). "Social Mobility in Europe between 1970 and 2000", en R. Breen (ed.), *Social Mobility in Europe*, Nueva York, Oxford University Press, pp. 37-75.
- CAMARENA, R. M. (2004). "Los jóvenes y el trabajo", en E. L. Navarrete López (ed.), *Los jóvenes ante el siglo XXI*, Toluca, El Colegio Mexiquense, pp. 95-134.
- CONTRERAS, E. (1978). *Estratificación y movilidad social en la ciudad de México*, México, UNAM-IIS.
- CUEVAS, L. E. (2014). *Movilidad ocupacional intergeneracional de hombres y mujeres. Un estudio por cohortes en México*, tesis de maestría, México, El Colegio de México.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].
- ELDER, G. H. (2002). "Historical Times and Lives: A Journey through Time and Space", en E. Phelps, F. F. Furstenberg y A. Colby (eds.), *Looking at Lives: American Longitudinal Studies of Twentieth Century*, Nueva York, Russell Sage Foundation, pp. 194-218.
- ERIKSON, R. y J. H. GOLDTHORPE (1985). "Are American Rates of Social Mobility Exceptionally High? New Evidence on an Old Issue", *European Sociological Review*, vol. 1, núm. 1, pp. 1-22.

- ERIKSON, R. y J. H. GOLDTHORPE (1992). *The Constant Flux: A Study of Class Mobility in Industrial Societies*, Oxford, Clarendon Press.
- ESPIÑOZA, O., L. E. GONZÁLEZ y D. URIBE (2009). "Movilidad social en Chile: el caso del gran Santiago urbano", *Revista de Ciencias Sociales (RCS)*, vol. XV, núm. 4, octubre-diciembre, pp. 586-606.
- FEATHERMAN, D. L. y R. M. HAUSER (2001). "A Refined Model of Occupational mobility", en D. Grusky (ed.), *Social Stratification: Class, Race and Gender in Sociological Perspective*, Nueva York, Cornell University, pp. 325-335.
- GALLART, M. A. (1992). *Educación y trabajo: desafíos y perspectivas de investigación y políticas para la década de los noventa*, Montevideo / Buenos Aires, Red Latinoamericana de Educación y Trabajo / CIID-CENEP / Cinterfor-OIT.
- GANZEBOOM, H. B. y D. J. TREIMAN (1996). "International Comparable Measures of Occupational Status for the 1998 ISCO", *Social Science Research*, núm. 25, pp. 201-239.
- GLASS, D. V. y J. BERENT (1954). *Social Mobility in Britain*, Londres, Routledge & Paul.
- HAUSER, R. M. (1978). "A Structural Model of the Mobility Table", *Social Forces*, vol. 56, núm. 3, pp. 919-953.
- JORRAT, J. R. (1997). "En la huella de los padres: movilidad ocupacional en el Buenos Aires de 1980", *Desarrollo Económico*, vol. 37, núm. 145, pp. 91-115.
- LIPSET, S. M., R. BENDIX y H.L. ZETTERBERG (2001). "Social Mobility in Industrial Society", en D. Grusky (ed.), *Social Stratification: Class, Race and Gender in Sociological Perspective*, Nueva York, Cornell University, pp. 309-318.
- MINCER, J. A. (1974). *Schooling, Experience, and Earnings*, Nueva York, National Bureau of Economic Research.
- MUÑOZ, H., O. DE OLIVEIRA y C. STERN (1977). *Migración y desigualdad social en la Ciudad de México*, México, UNAM-IIS
- PACHECO, E. (2005). "La movilidad ocupacional de los hijos frente a los padres", en M.-L. Coubès, M. E. Zavala de Cosío y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, El Colef / Miguel Ángel Porrúa / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey / Cámara de Diputados, pp. 226-258.

- PARRADO, E. A. (2005). "Economic Restructuring and Intra-Generational Class Mobility in Mexico", *Social Forces*, vol. 84, núm. 2, pp. 733-757.
- ____ (2006). "Globalization and Labor Market Mobility over the Life Course of Men: The Case of Mexico", en H.-P. Blossfeld, M. Mills y F. Bernardi (eds.), *Globalization, Uncertainty, and Men's Careers an International Comparison*, Cheltenham, Edward Elgar Publishing, pp. 365-392.
- REYNA, J. L. (1968). "Algunas dimensiones de la movilidad ocupacional en México: un análisis global", *Demografía y Economía*, vol. 2, núm. 2, El Colegio de México, pp. 241-259.
- RIBEIRO, C. A. C. (2012). "Quatro décadas de mobilidade social no Brasil", *Dados. Revista de Ciências Sociais*, vol. 55, núm. 3, pp. 641-679.
- ROGOFF, N. (1953). *Recent Trends in Occupational Mobility*, Illinois, Free Press.
- SOLÍS, P. (2002). *Structural Change and Men's Work Lives: Transformations in Social Stratification and Occupational Mobility in Monterrey, México*, tesis de doctorado, University of Texas at Austin.
- SOLÍS, P. y F. BILLARI (2002). "Work lives amid Social Change and Continuity: Occupational Trajectories in Monterrey, México", *MPIDR Working Paper WP 2002-009*, Max Plank Institute for Demographic Research.
- ____ y F. BILLARI (2003). "Vidas laborales entre la continuidad y el cambio social: trayectorias ocupacionales masculinas en Monterrey, México", *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 18, pp. 559-595.
- ____ y F. CORTÉS (2009). "La movilidad ocupacional en México: rasgos generales, matrices regionales y diferencias por sexo", en C. Rabell Romero (ed.), *Tramas familiares en el México contemporáneo una perspectiva sociodemográfica*, México, UNAM-IIS / El Colegio México, pp. 395-433.
- SORENSEN, A. B. (1977). "Estimating Rates from Retrospective Questions", en D. R. Heise (ed.), *Sociological Methodology*, San Francisco, Jossey Bass, pp. 209-223.
- TORCHE, F. (2005). "Unequal but Fluid: Social Mobility in Chile in Comparative Perspective", *American Sociological Review*, vol. 70, núm. 3, pp. 422-450.

- TREIMAN, D. J. y H. B. G. GANZEBOOM (2000). "The Fourth Generation of Comparative Stratification Research", en S. R. Quah y Sales (eds.), *The International Handbook of Sociology*, California, Sage Publications, pp. 123-150.
- WISSEN, L. V. y P. DYSTRA (1999). *Population Issues: An Interdisciplinary Focus*, Nueva York, Kluwer Academic/Plenum Publishers.
- ZENTENO, R. (2002). "Polarización de la movilidad social", *Demos. Carta demográfica sobre México*, núm. 15, pp. 17-18.
- ____ y P. SOLÍS (2007). "Continuidades y discontinuidades de la movilidad ocupacional en México", en F. Cortés, A. Escobar, y P. Solís (eds.), *Cambio estructural y movilidad social en México*, México, El Colegio de México, pp. 123-161.

15. MOVILIDAD INDIVIDUAL Y CAMBIO SOCIAL: TRANSICIONES LABORALES EN TRES GENERACIONES DE VARONES

*Fiorella Mancini**

INTRODUCCIÓN

Si bien desde la perspectiva sociológica la investigación sobre movilidad social tiene una larga tradición en México (Balán, Browning y Jelin, 1977; Muñoz, De Oliveira y Stern, 1977; Zenteno, 2002; Pacheco, 2005; Cortés, Escobar y Solís, 2007; Solís 2007), son escasos los estudios que se preocupan por analizar, desde el enfoque de los mercados de trabajo, la movilidad individual de los trabajadores a lo largo de su trayectoria laboral (Salas, 2003; Coubès, 2007). El capítulo que aquí se presenta intenta contribuir a dichas explicaciones a partir del análisis de diferentes transiciones laborales que pueden experimentar varones de tres generaciones, desde su primer empleo hasta los 30 años de edad. Las generaciones observadas por la Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011 (EDER-2011) permiten dar cuenta de diferentes momentos históricos del desarrollo económico del país y, con ello, desentramar posibilidades de explicación referidas al cambio social. Al mismo tiempo, la observación longitudinal posibilita identificar transiciones en la biografía individual dentro de los diferentes periodos históricos. Bajo esa premisa, el capítulo tiene el doble objetivo de analizar hasta dónde es factible observar procesos de informalización, descalificación y terciarización del mercado de trabajo en los últimos años y, en segundo lugar, en qué medida estos procesos se manifiestan o reproducen en la movilidad individual de una trayectoria laboral; es decir, hasta qué punto los procesos relacio-

* IIS, UNAM.

nados con la precarización del trabajo se traducen (o no) en la precarización de una trayectoria determinada.¹

Para ello, el análisis se basa en el estudio del primer empleo con el fin de explorar las condiciones de entrada al mercado de trabajo y su relación con la movilidad individual de las trayectorias laborales (Blossfeld, 1992). La hipótesis que está detrás es que las condiciones bajo las cuales un recién llegado ingresa al mercado laboral modulan profundamente las posibilidades futuras de su trayectoria (Castel, 2010). Este análisis está basado en tablas de movilidad entre el primer empleo y los 30 años de edad con respecto a las transiciones ocurridas en el sector de actividad, en el estatus ocupacional del trabajador y en la rama de actividad. En segundo lugar, se analiza el peso asociado a los condicionantes de cada una de estas transiciones a partir de modelos de regresión multivariados. Con ambas técnicas se pretende someter a prueba una hipótesis de cambio social que dé cuenta de procesos estructurales de precarización de la fuerza laboral a edades tempranas. Bajo esta hipótesis se admitiría que el nuevo modelo de acumulación, sostenido en la globalización e internalización de la economía, habilita y exige no sólo una profundización de la precariedad en la vida de los trabajadores, sino también una mayor heterogeneidad en ciertas transiciones ocupacionales y un aumento en la diversidad de las trayectorias laborales juveniles.

TRANSICIONES LABORALES DESDE EL PRIMER EMPLEO: LA DIFICULTAD DE SER UN RECIÉN LLEGADO AL MERCADO LABORAL

El universo de estudio está conformado por las personas entrevistadas que trabajaron, al menos, durante un año a lo largo de su vida y el periodo de observación va desde el primer empleo² hasta los 31 años de edad.

¹ Son numerosos los estudios que, en los últimos años, han dado cuenta de estos procesos de precarización del mundo del trabajo en México. Para una síntesis, véase Pacheco, De la Garza y Reygadas (2011).

² Se trata del primer empleo que ocurrió antes de los 30 años de edad de los individuos (de 7 a 29 años).

Cuadro 15.1. Edad al primer empleo por generación y sexo

	1951-1953		1966-1968		1978-1980	
	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres	Varones	Mujeres
Hasta 17 años	62.9	47.0	58.2	35.0	51.3	38.4
De 18 a 29 años	36.1	40.0	39.7	52.8	48.1	58.3
30 años o más	0.9	12.9	1.9	12.1	0.0	3.2
Media	15.7	20.0	16.3	20.2	17.2	19.0
Mediana	16.0	18.0	16.0	18.0	17.0	18.0

Fuente: Elaborado con base en EDER (2011).

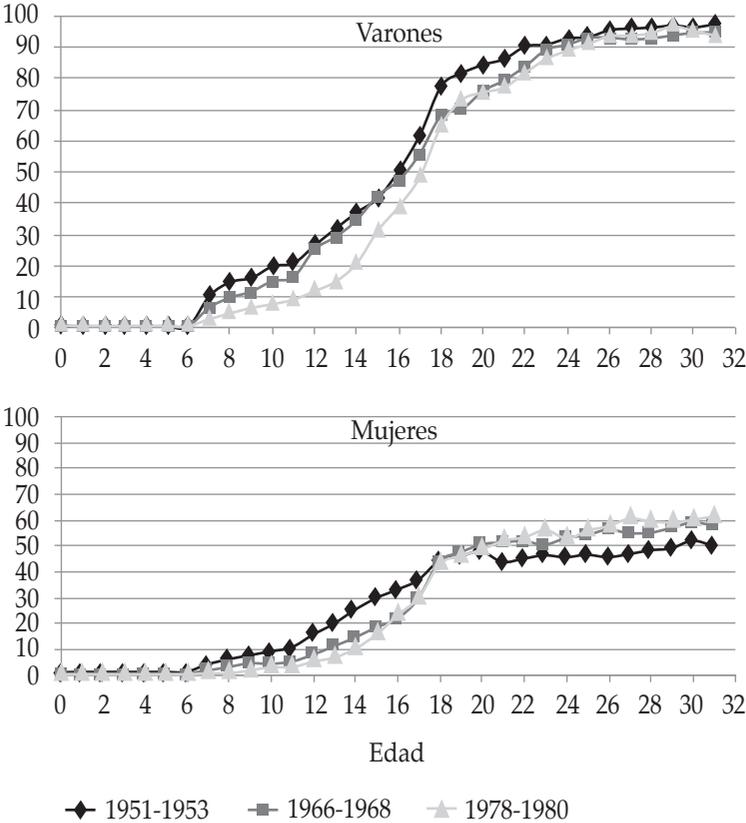
El cuadro 15.1 indica el rango de edades en que ocurre el primer trabajo en nuestro país; lo que muestra es un retraso esperado en el ingreso al mercado laboral a medida que las cohortes³ son más jóvenes. No obstante, más de la mitad de los varones de la tercera generación ingresa al mercado de trabajo antes de los 18 años de edad. Este valor es bastante menor en el caso de las mujeres que trabajan, ya que, históricamente, han presentado un ingreso más tardío y, como se sabe, en una mucho menor proporción que los varones. En términos generales, este retraso en el calendario al primer empleo se puede explicar por el aumento en el nivel educativo de los trabajadores en los últimos años y el consiguiente retraso en la salida de la escuela. Además de que los promedios y las medianas de edad al primer trabajo siguen siendo sumamente bajos, es de notar que casi nadie ingresa al mercado laboral después de los 30 años de edad. En ese sentido, el retraso en la edad al primer trabajo pudiera estar más relacionado con factores seculares del desarrollo del país (urbanización, expansión educativa, modernización) que con las características de un determinado modelo económico.

Dado que varones y mujeres presentan patrones diferenciados de participación laboral (gráfica 15.1), donde los determinantes de

³ A lo largo del capítulo, los concepto de *cohorte* y *generación* se utilizan de manera intercambiable aunque, en sentido estricto, se trata exclusivamente de generaciones, o sea, de cohortes de nacimiento.

la inserción laboral pueden ser divergentes entre ambos sexos (lo cual implicaría considerar explicaciones teóricas alternativas para analizar las transiciones laborales en cada caso), se privilegió la observación de los hombres de la muestra.⁴

Gráfica 15.1. Tasas específicas de participación laboral, varones y mujeres trabajadoras, por generación



Fuente: Elaborado con base en EDER (2011).

⁴ Entre otras cosas, debido a que el comportamiento de las mujeres en el mercado de trabajo en México es mucho más errático, intermitente y selectivo.

TRANSICIONES EN EL SECTOR DE ACTIVIDAD

Para analizar el sector de actividad y, a partir de ello, la posibilidad de observación de procesos de informalidad en el mercado de trabajo, se tomaron los criterios de Coubès (2005): 1) el empleo agrícola que incluye cualquier ocupación en la agricultura, pesca o silvicultura; 2) el empleo no agrícola de micro y pequeña empresas, conformadas por empresas de cinco personas o menos en el comercio y los servicios, y empresas de quince personas o menos en la industria; 3) el empleo no agrícola de mediana y gran empresa, integrado por aquellas que tienen un número de empleados superior a estos rangos (más de cinco en el terciario, más de quince en la industria), y 4) el empleo público, que incluye a los trabajadores empleados por los tres niveles de gobierno en las áreas de administración pública, sector educativo y sector salud. Como bien lo indica Coubès (2005), esta categorización combina una diferenciación por sector económico (agricultura y no agricultura), una distinción por sectores institucionales (sector privado y sector público) y una variación por tamaño de empresa.

Los datos del cuadro 15.2 revelan un doble proceso para estos trabajadores. Por un lado, aumentan los primeros empleos en las grandes empresas en la generación más joven: la mitad de los jóvenes, en la actualidad, ingresa por primera vez al mercado de trabajo en empresas medianas o grandes y, en cuanto tal, sería un ingreso revestido de cierta formalidad. Sin embargo, esta estructura más formalizada del primer empleo se complementa con un aumento sostenido de la participación en empresas micro o pequeñas a medida que las generaciones son más jóvenes (de 30% en la primera generación a 43% en la segunda y en la última). Aquellos varones que en la generación más vieja comenzaban a trabajar en el sector agrícola, posiblemente, hoy son absorbidos por la informalidad del microestablecimiento. En conjunto, estos datos indican que si se observara un proceso de formalización del primer empleo, ello no ocurriría en detrimento de la informalidad sino de manera complementaria.

Cuadro 15.2. Tabla de movilidad por sector de actividad entre el primer empleo y los 30 años, varones por generación

Primer empleo	30 años					Total
	Agricultura	Micro y pequeña empresa	Mediana y gran empresa	Sector público	No trabaja	
1951- 1953						
Agricultura	12.4	36.3	39.2	8.2	4.0	20.9
Micro y pequeña empresa	1.1	42.6	42.9	8.9	4.5	30.3
Mediana y gran empresa	0.0	17.0	76.0	4.8	2.3	43.8
Sector público	0.0	8.3	32.4	59.4	0.0	5.0
Total	2.9	28.4	56.1	9.5	3.2	100.0
1966- 1968						
Agricultura	9.1	58.0	23.9	7.4	1.5	11.8
Micro y pequeña empresa	1.3	54.8	37.7	4.7	1.6	43.3
Mediana y gran empresa	0.9	24.7	65.6	4.3	4.4	41.1
Sector público	0.0	13.8	11.0	75.2	0.0	3.9
Total	2.0	41.2	46.5	7.6	2.7	100.0
1978- 1980						
Agricultura	4.9	24.1	52.0	14.7	4.3	3.9
Micro y pequeña empresa	1.5	58.2	31.9	6.3	2.1	42.9
Mediana y gran empresa	0.0	24.5	62.6	6.7	6.2	49.8
Sector público	2.0	40.8	7.6	46.7	2.9	3.5
Total	0.9	39.5	47.1	8.2	4.2	100.0

Nota: El cuadro se lee por fila, salvo para la última columna que representa el total marginal del primer empleo.

Fuente: Elaborado con base en la EDER (2011).

Además del temprano ingreso, cuando los varones inician su trayectoria laboral es poco probable que interrumpan su recorrido. En las diferentes generaciones, la probabilidad de no trabajar a los 30 años es bajísima aunque un poco mayor en la tercera cohorte, lo que podría indicar que, en la actualidad, un grupo minoritario de varones puede abandonar (transitoriamente o no) el mercado de trabajo a los 30 años, ya sea por razones educativas o de curso de vida (abandono por problemas de salud, incapacidad para trabajar, etcétera), pero, en general, la discontinuidad del empleo masculino es un fenómeno ciertamente escaso.

Con excepción de la agricultura, la mayoría de los hombres no cambia de sector de actividad entre el primer empleo y los 30 años.⁵ No obstante esta generalidad, cabe hacer algunas precisiones. En primer lugar, la inmovilidad no es la misma para cada generación. En la primera cohorte, 78% de los varones tiene, a los 30 años, un empleo en el mismo sector que en el primer trabajo; esta proporción aumenta hasta 81% para la cohorte intermedia y desciende hasta 74% en la cohorte más joven, siendo ésta la que presenta los mayores niveles de movilidad. Este dato abona a la hipótesis sobre el aumento en la diversidad y heterogeneidad de las trayectorias individuales en la actualidad y, al mismo tiempo, de una mayor flexibilidad estructural del mercado de trabajo para admitir movilidades laborales verticales.

El sector informal es el que menos retiene a los trabajadores en la primera y en la segunda cohorte de análisis, lo cual indica, en principio, cierta movilidad hacia el sector formal entre las décadas de 1980 y 1990. En el caso de la cohorte más joven, en cambio, el sector que menos retiene a los trabajadores entre el primer empleo y los 30 años es el sector público. Ello daría cuenta, por un lado, de un proceso temprano de informalización laboral: casi la

⁵ Las tablas de movilidad analizan el estado de la trayectoria en un momento determinado del tiempo y, por ende, no tienen en cuenta los empleos sucesivos. Así, puede haber ocurrido uno o más cambios de sector después del primer empleo seguidos por uno o más retornos al sector del primer empleo y ello no es observado en este tipo de información. Este tipo de sesgo se espera controlar en el estudio de las transiciones mediante los modelos de regresión de la siguiente sección.

mitad de los varones de la cohorte joven que se inserta en el sector público en su primer empleo cambia de sector de actividad a los 30 años, y, por otro lado, de la escasa capacidad de este sector para generar estabilidad a lo largo de las trayectorias individuales. De hecho, en la cohorte más joven, 41% de los que iniciaron su trayectoria en el sector público se encuentra, a los 30 años, en la pequeña o micro empresa.

A medida que las cohortes son más tardías disminuye la probabilidad de retención de la mediana o gran empresa; es decir, es cada vez más difícil mantenerse en el sector formal una vez que se inicia en él la trayectoria laboral. La misma tendencia se encuentra al observar la transición desde la micro y pequeña empresa a la mediana y grande. A medida que las generaciones son más jóvenes, la probabilidad de transitar del sector informal al formal entre el primer empleo y los 30 años son menores (de 43% en la primera cohorte a 32% en la última cohorte). Parecería que, efectivamente, las cohortes más jóvenes se encuentran sometidas a mayores procesos de informalización laboral en las trayectorias individuales: desciende la probabilidad de mantenerse en el sector público, de mantenerse en la gran empresa y de transitar desde el sector informal al formal (en consecuencia, aumenta la probabilidad de mantenerse en el sector informal durante este periodo de las trayectorias); en términos estructurales, el flujo de mano de obra hacia las empresas formales se estaría reduciendo durante el periodo actual.

La transición desde la gran empresa hacia el sector informal aumenta en la segunda generación y se mantiene en la tercera. No sólo es cada vez más difícil mantenerse en la formalidad de la gran empresa o salir de la informalidad, sino que también son mayores las probabilidades de caer en la informalidad a los 30 años, luego de un primer empleo formal. Los varones de las últimas generaciones se encuentran ante una gran encrucijada al inicio de su trayectoria laboral: es bastante arduo mantenerse o transitar hacia el sector formal y, al mismo tiempo, es relativamente fácil “descender” desde allí al sector informal. Eso indicaría que, además de un proceso de informalización, lo que se observa en el transcurso de los últimos años es una dificultad estructural del mercado de tra-

bajo mexicano para hacer de la formalidad una condición estable o duradera a lo largo de una trayectoria individual.

Al comparar entre generaciones, la proporción de trabajadores de 30 años que se encuentra en las grandes empresas también disminuye, especialmente entre la primera y la segunda cohorte. Por lo tanto, además de que los varones de la generación joven tienen una probabilidad menor de tránsito hacia la formalidad en su trayectoria entre el primer empleo y los 30 años, también tienen una menor participación estructural en ese sector (de 56% en la primera cohorte a 47% en la segunda y en la tercera, respectivamente). Así, esta informalización de la economía se corresponde con un proceso de informalización del curso de vida, especialmente entre la primera cohorte y el resto, donde la segunda generación expresa la bisagra histórica del cambio en el modelo de acumulación. Esto se manifiesta en la incapacidad de permanecer en la formalidad, en la expulsión creciente del sector formal hacia la informalidad y en la imposibilidad de transitar, desde la informalidad, hacia el sector formal entre el primer empleo y los 30 años de edad.

TRANSICIONES OCUPACIONALES

¿En qué tipo de ocupaciones se insertan los jóvenes por primera vez en México? El cuadro 15.3 muestra que la estructura del estatus ocupacional del primer trabajo en nuestro país es relativamente estable para los varones. En las tres generaciones, la mayoría de los jóvenes se inserta por primera vez en el mercado laboral en ocupaciones manuales de baja calificación, aunque se observa una disminución en la cohorte más joven. Ser un recién llegado al mercado implica, para estos varones, trabajar como operadores manuales en los diferentes periodos históricos.

Las estructuras de las ocupaciones a los 30 años se modifican ligeramente según la cohorte de nacimiento, con excepción de los comerciantes: las ocupaciones no manuales se mantienen estables y las actividades manuales disminuyen de 56% entre los sobrevivientes de la primera cohorte a 47% en la última.

Cuadro 15.3. Tabla de movilidad por estatus ocupacional entre el primer empleo y los 30 años, varones por generación

Primer empleo	30 años						Total
	NMA	NMB	C	MA	MB	NT	
1951-1953							
NMA	65.3	34.7	0.0	0.0	0.0	0.0	2.7
NMB	19.8	54.2	3.0	11.6	7.1	4.3	20.7
C	3.0	31.9	36.8	14.2	8.8	5.3	8.3
MA	6.1	9.7	7.6	69.1	3.3	4.2	13.9
MB	3.1	17.0	4.5	37.9	35.3	2.3	54.4
Total	8.6	25.4	7.2	33.8	21.8	3.2	100.0
1966-1968							
NMA	100.0	0.0	0.0	0.0	0.0	0.0	2.1
NMB	9.4	62.9	4.0	9.1	11.8	2.8	18.8
C	16.0	6.4	36.8	17.5	16.1	7.3	6.9
MA	2.9	17.3	4.6	59.3	8.4	7.4	18.1
MB	3.8	14.1	7.6	44.4	29.2	0.9	54.0
Total	7.6	23.0	8.3	37.7	20.6	2.7	100.0
1978-1980							
NMA	63.8	18.5	2.5	0.0	0.0	15.2	3.5
NMB	16.2	55.8	4.8	10.9	8.4	4.0	16.9
C	5.8	16.3	42.7	14.2	18.6	2.5	15.8
MA	5.3	15.8	10.0	47.5	13.9	7.5	19.5
MB	2.9	16.8	11.5	38.4	27.8	2.7	44.4
Total	8.2	23.2	14.7	30.4	19.4	4.2	100.0

NMA: no-manual alta; NMB: no-manual baja; C: comerciantes; MA: manual alta; MB: manual baja; NT: no trabaja.

Nota: El cuadro se lee por fila, salvo para la última columna que representa el total marginal del primer empleo.

Fuente: Elaborado con base en la EDER (2011).

Como en el caso del sector de actividad, también es la tercera generación de varones la que menos inmovilidad presenta en términos del estatus ocupacional entre el primer empleo y los 30 años, dando cuenta de una estructura ocupacional cada vez más flexible o “porosa” frente a las transformaciones del mercado de trabajo.

En la primera cohorte, el estatus ocupacional que más retiene trabajadores en los inicios de la trayectoria laboral es el de manual de alta calificación. En cambio, en las cohortes subsiguientes son los trabajadores no manuales más calificados los que más se mantienen durante el periodo de observación. Esto implica, en primer lugar, que nuevamente es la segunda cohorte la que marca una verdadera diferencia generacional (o cambio social) entre los varones jóvenes. En segundo lugar, a medida que las generaciones son más jóvenes, las posibilidades de estabilidad en el estatus ocupacional están dadas por la pertenencia a ocupaciones calificadas, indicando un relativo proceso de calificación laboral en los últimos años. Entre los trabajadores menos calificados es donde se observan las mayores posibilidades de movilidad y, por ende, de diversificación de las trayectorias individuales: alrededor de 70% de los trabajadores manuales de baja calificación en su primer empleo se encuentran trabajando en otras ocupaciones a los 30 años de edad en la segunda y tercera generación. Esto podría dar cuenta de un mercado de trabajo que, a pesar de sus condicionantes estructurales (segmentación, polarización, etcétera) permite, cada vez más, la movilidad individual hacia ocupaciones de mayor estatus para los trabajadores manuales. En cambio, la situación para los trabajadores no manuales es diferente lo cual demuestra la enorme heterogeneidad interna del comportamiento de la estructura ocupacional en nuestro país. Transitar de ocupaciones no manuales de baja calificación a ocupaciones no manuales calificadas entre el primer empleo y los 30 años es cada vez más difícil (de 20% en la primera cohorte a 9% en la segunda, con una recuperación a 16% en la tercera). El mismo patrón se observa para los que tuvieron su primer empleo como comerciantes: cada vez transitan en menor proporción hacia otras ocupaciones no manuales (de 35% en la primera cohorte a 22% en la tercera). Se trata de un mercado laboral

que, al mismo tiempo que admite mayores posibilidades de movilidad para los trabajadores menos calificados y retiene cada vez más mano de obra calificada, se presenta como un techo de cristal para generar movilidades ascendentes entre quienes tuvieron un mejor inicio en su trayectoria laboral.

Esta observación exige una hipótesis alternativa a la luz de los resultados sobre el sector de actividad: la informalización observada entre los varones de las generaciones más recientes puede resultar relativamente independiente de la movilidad individual en términos de estatus ocupacional. A pesar de las dificultades para mantenerse o transitar hacia un empleo formal a los 30 años, se pueden encontrar, al mismo tiempo, transiciones individuales de calificación laboral. En un contexto generalizado de informalización de la fuerza de trabajo joven y masculina, se admiten posibilidades de movilidad ocupacional individual. Esta hipótesis alude, además, al incremento en la heterogeneidad interna de las trayectorias laborales individuales y, en general, al proceso de individualización y desestandarización del curso de vida entre los trabajadores más jóvenes (Echarri y Pérez Amador, 2007; Mora y De Oliveira, 2009; Saraví, 2009; Mancini, 2011; Levy y Wydmer, 2013). En contextos más diferenciados socialmente y, por ende, con mayores niveles de diversificación ocupacional, el mercado de trabajo se vuelve menos rígido para admitir movilidades diferenciadas tanto en su estructura como en las trayectorias individuales. De allí se podría sugerir, al mismo tiempo, mayores posibilidades de desigualdad intracategorial entre los trabajadores en la actualidad.

Finalmente, tomados en conjunto, los datos indicarían tres observaciones complementarias: 1) en todas las generaciones, el peso de las ocupaciones calificadas es mayor a los 30 años que en el primer empleo; es decir, las probabilidades de movilidad ocupacional desde el primer trabajo hacia los 30 años son relativamente altas para muchos varones y, además, son estables en el tiempo; 2) es fundamental rescatar la importancia y el peso, aun en la actualidad, de las ocupaciones manuales de baja calificación en la estructura ocupacional del primer empleo en México. La mayoría de los varones que ingresan al mercado de trabajo lo siguen haciendo en actividades de escasa calificación y, si bien es

probable que muchos de ellos experimenten una movilidad hacia un mejor estatus ocupacional a los 30 años (que en la mayoría de los casos ocurre sólo hacia la categoría siguiente), durante dicha transición las condiciones de trabajo, en general, son profundamente precarias e inestables; 3) la movilidad individual del estatus ocupacional entre los varones parecería ser menos sensible a los condicionamientos históricos del mercado que la movilidad en el sector de actividad. La estructuración institucional que ejerce el mercado laboral sobre el curso de vida de los trabajadores tendría más fuerza sobre los procesos de informalización que sobre los de calificación de las trayectorias laborales.

TRANSICIONES EN LA RAMA DE ACTIVIDAD

En la siguiente tabla de movilidad sólo se observa la rama económica en la que se insertan los trabajadores (y no una combinación más compleja de sectores) con el objeto de desentramar el proceso de terciarización de la fuerza de trabajo en los últimos años y analizar el dinamismo de cada una de las ramas económicas para absorber mano de obra joven.

Si bien las tendencias generales indican un aumento del primer empleo en los sectores terciarios de la economía, es notoria no sólo la proporción de trabajadores que tiene su primer trabajo en la industria y en la construcción, sino que ésta va aumentando en las generaciones recientes (esto se evidencia especialmente en la segunda cohorte que comienza a resentir la disminución del primer empleo agrícola). Casi la mitad de los varones inicia su trayectoria laboral en actividades en la industria y en la construcción. En otros términos, el proceso general de terciarización que afecta a la estructura ocupacional en su conjunto no se traduce automáticamente en una desindustrialización del mercado laboral. Especialmente entre los varones, la industria continúa siendo (más que en las generaciones pasadas) un sector fundamental para la absorción de mano de obra juvenil durante el primer trabajo. La capacidad de retención de mano de obra del sector industrial se mantiene relativamente estable en las tres generaciones y, de he-

cho, en la cohorte más joven es el sector que más inmovilidad presenta entre el primer empleo y los 30 años de edad.

Cuadro 15.4. Tabla de movilidad por rama económica entre el primer empleo y los 30 años, varones por generación

Primer empleo	30 años					Total
	Agrícola	Industria y construcción	Comercio y transporte	Servicios	No trabaja	
1951-1953						
Agrícola	12.4	42.1	17.6	24.0	4.0	20.9
Industria y construcción	0.0	63.2	12.1	21.9	2.8	36.2
Comercio y transporte	0.4	25.9	50.2	16.3	7.3	18.0
Servicios	1.0	19.7	15.6	63.6	0.0	24.9
Total	2.9	41.2	21.0	31.7	3.2	100.0
1966-1968						
Agrícola	9.1	44	15.1	30.2	1.5	11.8
Industria y construcción	1.8	57.4	17.6	21.6	1.6	43.4
Comercio y transporte	1.1	15.2	48.2	29.9	5.6	15.2
Servicios	0.0	16.3	24.2	56.7	2.8	29.6
Total	2.0	37.3	24.0	34.3	2.7	100.0
1978-1980						
Agrícola	4.9	22.8	15.3	52.7	4.3	3.9
Industria y construcción	1.0	61.1	21.2	12.3	4.4	42.9
Comercio y transporte	0.6	21.4	43.1	33.5	1.5	26.5
Servicios	0.5	17.9	22.8	52.1	6.7	26.7
Total	0.9	37.5	27.2	30.1	4.2	100.0

Nota: El cuadro se lee por fila, salvo para la última columna que representa el total marginal del primer empleo.

Fuente: Elaborado con base en la EDER (2011).

La terciarización de la fuerza de trabajo se observa con la mirada estructural de la movilidad ocupacional donde es más evidente la pérdida relativa del peso del sector industrial a los 30 años. Sin embargo, desde la perspectiva de las trayectorias individuales, este proceso se experimenta de manera mucho más difusa. En general, quienes entran a la industria allí se quedan (antes y ahora) y quienes ingresan a otros sectores, alrededor de 20% de ellos, también transita hacia allí a los 30 años, lo cual, claro está, va acompañado de un crecimiento evidente del comercio en la tercera cohorte y una mayor movilidad (e intercambio) entre este sector y los servicios.

TRANSICIONES LABORALES Y CAMBIO SOCIAL EN MÉXICO

De la sección anterior pueden desprenderse dos consideraciones complementarias: las transiciones individuales presentan comportamientos relativamente independientes entre sí y, además, las movilidades estructurales no se corresponden, punto por punto, con las movilidades individuales. Dada la complejidad para comprender cómo se relacionan estas transiciones, tanto a nivel estructural como individual, en esta sección se analizan los factores asociados a la movilidad de los trabajadores entre el primer empleo y los 30 años de edad con respecto a cada una de ellas, pero con especial énfasis en el estudio de la informalidad. Para ello se procede bajo dos modalidades de estudio: 1) la probabilidad de pertenecer al sector informal a los 30 años de edad, y 2) la probabilidad de ocurrencia de tres condiciones laborales en la trayectoria individual de los jóvenes: el primer evento de informalidad, el primer empleo como trabajador manual y el primer empleo en el sector terciario de la economía. El primero de los ejercicios se justifica porque se intenta conocer qué características del primer empleo pueden estar condicionando la situación laboral de los jóvenes a los 30 años. El segundo ejercicio exige una observación longitudinal de las trayectorias laborales que permita indagar, independientemente del primer empleo, bajo qué condiciones se llega a una determinada transición durante la trayectoria laboral.

LA INFORMALIDAD A LOS 30 AÑOS DE EDAD

La población de estudio son todos los varones que se encontraban trabajando a los 30 años de edad. Se excluyó del análisis a los individuos que, a esa edad, tenían un trabajo en el sector agrícola. La variable dependiente se construyó a partir de la partición del sector de actividad en dos categorías: formal (trabajadores en medianas y grandes empresa y empleo público) e informal (trabajadores en micro y pequeños establecimientos).

El cuadro 15.5 muestra los resultados del modelo de regresión logística para evaluar la probabilidad, entre los varones, de tener un trabajo informal a los 30 años de edad. Se presentan las razones de momios asociadas con cada una de las variables explicativas y en la última columna del cuadro se muestran las probabilidades estimadas.

En todos los modelos la cohorte de nacimiento es estadísticamente significativa: en las generaciones más jóvenes, la probabilidad de pertenecer al sector informal de la economía a los 30 años de edad es mayor que en el pasado. Formar parte de la tercera generación casi duplica el riesgo de ser un trabajador informal, comparado con los trabajadores de la primera cohorte. Ello indicaría que, efectivamente, estamos ante un proceso de informalización de la fuerza de trabajo a través de los años, al menos entre los varones jóvenes.

Cuando sólo se contempla la cohorte y la edad al primer empleo, el origen social (como efecto directo, medido a partir de la variable IOS) resulta significativo y en la dirección esperada: los jóvenes que provienen de hogares con mayores niveles de bienestar socioeconómico tienen menores probabilidades de insertarse en la informalidad a los 30 años (una especie de reproducción generacional de la formalidad). Sin embargo, al incorporar el nivel educativo de los trabajadores, el origen socioeconómico deja de explicar las probabilidades de informalidad. Por lo tanto, este estimador importa siempre y cuando no se tenga en cuenta la escolaridad de los entrevistados, pero luego sus efectos se canalizan por medio del nivel educativo de los individuos (efecto indirecto). En el cuarto modelo se quitó esta variable y se incorporó sólo el

origen educativo del entrevistado, la escolaridad promedio de los padres, lo cual explica parte de las probabilidades de informalidad que tiene un varón a los 30 años: ésta aumenta a medida que el nivel educativo del hogar de origen disminuye. Los efectos estructurales que impone la clase social siguen teniendo una capacidad explicativa fundamental para comprender el devenir de las trayectorias laborales en el país.

Un comportamiento similar se observa con la edad al primer trabajo. En principio, cuanto más temprana es la edad de inicio de la trayectoria laboral, más probable es pertenecer al sector informal a los 30 años. Sin embargo, cuando se agregan otras características del primer empleo, la edad de entrada al mercado de trabajo deja de ser explicativa. En otros términos, si el ingreso al mercado laboral se realizara bajo ciertas condiciones de protección y seguridad, no sería determinante en qué momento del curso de vida ocurre dicha transición. Los jóvenes representan la mayoría de los recién llegados al mercado de trabajo y, en cuanto tal, la variable "edad" oculta una determinación más profunda que remite a las características del primer empleo: más que ser joven, el verdadero obstáculo para la formalidad es ser un recién llegado al mercado de trabajo.

Con respecto a la educación, sólo la categoría de universitarios o más resulta significativa; el nivel medio o el medio superior ya no son suficientes para garantizar un empleo formal a los 30 años. Un trabajador universitario tiene casi tres veces menos probabilidades de trabajar en el sector informal que alguien que no tiene instrucción.

Otro dato interesante es que haber tenido un número mayor de empleos en el pasado disminuye la probabilidad de informalidad a los 30 años, es decir, la experiencia acumulada cuenta y, contrariamente a lo que indican otros estudios (BID, 2004), un mayor número de empleos a lo largo de la vida no es un indicativo directo de inestabilidad laboral. Nuevamente, parecería que lo importante es comenzar el inicio de la trayectoria laboral con las mayores condiciones de seguridad posibles para disminuir las probabilidades de informalidad en el futuro. Esto se refuerza con el comportamiento de las dos variables restantes. Comenzar la tra-

Cuadro 15.5. Modelo de regresión logística sobre el sector de actividad de *ego* a los 30 años de edad, varones

Variables	Modelo 1		Modelo 2		Modelo 3		Modelo 4		Prob. Est.
	Rm.	Sig.	Rm	Sig.	Rm	Sig.	Rm	Sig.	
Cohorte									
1951-1953									0.35
1966-1968	1.72	0.00	1.85	0.00	1.92	0.00	1.91	0.00	0.51
1978-1980	1.85	0.00	1.97	0.00	2.19	0.00	2.25	0.00	0.57
<i>Origen social</i>	0.99	0.00	1.00	0.47	1.00	0.36			
<i>Origen escolar</i>							0.96	0.04	
Edad primer empleo									
De 7 a 13									0.52
De 14 a 16	0.75	0.16	0.74	0.14	0.95	0.81	0.88	0.58	0.49
De 17 a 18	0.46	0.00	0.47	0.00	0.59	0.03	0.80	0.36	0.46
19 o más	0.45	0.00	0.59	0.02	0.67	0.11	0.93	0.79	0.50
Escolaridad									
Sin instrucción									0.60
Hasta primaria			0.67	0.51	0.92	0.89	0.86	0.80	0.56
Hasta secundaria			0.45	0.21	0.61	0.44	0.56	0.35	0.45

Hasta media superior	0.28	0.05	0.39	0.15	0.39	0.15	0.36
Universitaria o más	0.26	0.03	0.35	0.10	0.35	0.05	0.34
<hr/>							
Características laborales							
<hr/>							
Número de empleos			0.84	0.00	0.83	0.00	
<i>Posición primer empleo</i>							
Asalariado							0.44
No asalariado			2.96	0.00	2.28	0.00	0.64
<hr/>							
Sector primer empleo							
<hr/>							
Agrícola							0.44
Micro y pequeña empresa					1.90	0.02	0.60
Mediana y grande					0.62	0.15	0.33
Sector público					0.56	0.30	0.31
N	1249	1249	1249	1249	1249		
Pseudo R2	0.04	0.06	0.10		0.14		
<hr/>							

Fuente: Elaborado con base en EDER (2011).

yectoria laboral como un trabajador no asalariado aumenta casi tres veces la probabilidad de estar en el sector informal a los 30 años. De la misma manera, cuando el primer trabajo es en la micro o pequeña empresa, la probabilidad de ser informal a los 30 años es de 60%, comparado con 30% de los trabajadores formales en el primer empleo. Tal como se observó en las tablas de movilidad, es cada vez más difícil transitar hacia la formalidad cuando el punto de partida de la trayectoria es en el empleo informal. En ese sentido, el capital laboral del primer trabajo deviene una especie de herencia ocupacional para determinar las condiciones futuras del empleo.

CONDICIONANTES DE LAS PRIMERAS TRANSICIONES LABORALES

Para el estudio de la primera transición de interés en la trayectoria laboral, se utilizan modelos en tiempo discreto donde la unidad de análisis son los años-persona: se analizan todos los años de vida de los individuos desde el primer empleo hasta la ocurrencia del evento de interés o hasta el año final de observación (31 años de edad).⁶

El cuadro 15.6 muestra los resultados de tres modelos de tiempo discreto: 1) la primera transición del sector formal al informal antes de los 31 años, 2) la transición desde el empleo no manual a ocupaciones manuales y 3) el primer cambio desde el sector secundario al sector terciario de la economía.

Para el primer modelo (empleo informal), la variable generación es significativa y positiva: la probabilidad de transitar hacia un empleo informal desde la formalidad antes de los 31 años es de 60% para la tercera cohorte comparado con 55% de la primera, lo que confirma la tendencia del proceso de informalización del mercado de trabajo en los últimos años (controlado por las demás variables) en los inicios de las trayectorias laborales.

⁶ El análisis de la ocurrencia del primer evento de interés en la trayectoria laboral intenta evitar el sesgo de selectividad que, en cada transición, se pudiera presentar en los individuos por haber pasado ya por una transición específica.

Cuadro 15.6. Modelos de regresión logística en tiempo discreto para transiciones laborales y probabilidades estimadas

Variables	Transición de la formalidad hacia la informalidad			Transición de ocupación no manual a manual			Transición del sector secundario a terciario		
	RM	Sig.	Prob. Est.	RM	Sig.	Prob. Est.	RM	Sig.	Prob. Est.
Duración en el empleo									
0 a 2 años			0.63			0.16			0.21
3 a 6 años	0.666	0.000	0.59	0.507	0.000	0.09	0.570	0.000	0.14
7 a 10 años	0.414	0.000	0.55	0.136	0.000	0.03	0.239	0.000	0.06
11 años o más	0.419	0.000	0.54	0.043	0.000	0.009	0.089	0.000	0.03
Duración ²	0.998	0.000		0.996	0.000		1.001	0.004	
Cohorte									
1951-1953			0.55			0.09			0.15
1966-1968	0.747	0.001	0.59	1.405	0.078	0.12	0.995	0.968	0.15
1978-1980	0.530	0.000	0.60	1.577	0.013	0.13	1.126	0.311	0.16
Sexo									
Varón			0.58			0.15			0.12
Mujer	0.965	0.83	0.60	0.375	0.000	0.07	1.889	0.000	0.20
Origen social									
Cuartil 1			0.59			0.11			0.15
Cuartil 2	0.729	0.005	0.56	1.035	0.877	0.11	0.970	0.811	0.15
Cuartil 3	0.910	0.606	0.58	1.420	0.115	0.14	0.926	0.585	0.15
Cuartil 4	0.972	0.909	0.59	0.970	0.905	0.11	1.088	0.585	0.16

Variables	Transición de la formalidad hacia la informalidad			Transición de ocupación no manual a manual			Transición del sector secundario a terciario		
	RM	Sig.	Prob. Est.	RM	Sig.	Prob. Est.	RM	Sig.	Prob. Est.
Edad primer empleo									
De 7 a 13			0.63			0.19			0.2
De 14 a 16	0.458	0.000	0.55	0.654	0.053	0.14	0.745	0.036	0.16
De 17 a 18	0.331	0.000	0.51	0.382	0.000	0.09	0.631	0.005	0.15
19 o más	0.324	0.000	0.51	0.232	0.000	0.06	0.508	0.000	0.12
Escolaridad al evento									
Sin instrucción			0.69			0.04			0.11
Hasta primaria	0.406	0.000	0.60	4.447	0.064	0.15	0.970	0.915	0.12
Hasta secundaria	0.221	0.000	0.54	4.474	0.068	0.15	1.647	0.097	0.18
Hasta media superior	0.268	0.000	0.56	2.383	0.298	0.09	1.506	0.186	0.16
Universitaria o más	0.202	0.000	0.53	0.512	0.449	0.02	1.317	0.415	0.15
Asistencia escolar									
No asiste			0.58			0.13			0.15
Asiste	1.209	0.127	0.60	0.665	0.152	0.09	1.011	0.942	0.15
Características del primer empleo									
Ocupación no manual			0.49						0.22
Ocupación manual	3.036	0.000	0.60				0.297	0.000	0.08
Asalariado			0.22			0.13			0.15
No asalariado	58.378	0.000	0.87	0.593	0.017	0.08	1.088	0.534	0.16

Desempleos acumulados									
0			0.57			0.12			0.1
1	2.621	0.000	0.67	0.566	0.047	0.08	10.884	0.000	0.49
2	1.235	0.693	0.60	0.173	0.012	0.03	4.994	0.003	0.33
3	1.825	0.353	0.63	7.683	0.108	0.43	10.618	0.029	0.48
Interacción sexo cohorte									
varón cohorte 1			0.61						
varón cohorte 2			0.58						
varón cohorte 3			0.54						
mujer cohorte 1			0.60						
mujer cohorte 2	1.612	0.014	0.62						
mujer cohorte 3	1.473	0.049	0.58						
Interacción origen social sexo	0.990	0.000							
Sector de actividad									
Agrícola						0.19			
Micro y pequeña empresa				0.737	0.521	0.15			
Mediana y gran empresa				0.444	0.081	0.1			
Sector público				0.484	0.161	0.1			
N	18614			12093			12336		
Pseudo R2	0.48			0.20			0.23		

Fuente: Elaboración propia con base en la EDER (2011).

Si bien las mujeres tienen mayores probabilidades que los varones de tener un primer cambio hacia la informalidad, esta variable no resulta estadísticamente significativa. Sin embargo, se han encontrado efectos de interacción que llevan a matizar estos resultados. El origen social y la cohorte de nacimiento no impactan de la misma manera en varones y mujeres. Entre los varones, el cambio en las probabilidades de transición hacia la informalidad es más pronunciado entre la primera y las demás generaciones. En las mujeres, el cambio generacional más abrupto es entre las dos primeras y la última generación.⁷ Este resultado muestra que los periodos históricos afectan de diferentes maneras a los individuos de una misma generación dada la propia heterogeneidad de la cohorte (el llamado efecto composición).

El nivel educativo al momento del evento es fundamental para determinar la probabilidad de una transición hacia el empleo informal en las trayectorias individuales: entre quienes no tienen educación, la probabilidad de este cambio es de 70%. Este valor desciende hasta 50% para quienes tienen estudios universitarios (probabilidad extremadamente alta, de todas maneras).

El efecto del tiempo, es decir, de la duración en el empleo, también es significativo. A mayor duración de la trayectoria laboral es menos probable que la informalidad ocurra; en otras palabras, quienes logran mantenerse durante más tiempo en el mercado laboral sin sufrir los avatares del empleo informal, menos probable es que lo padezcan posteriormente. De allí la insistente importancia de un "buen comienzo" en la trayectoria individual de los trabajadores. La misma tendencia se observa en la edad al primer empleo: cuanto más temprana es la entrada al mercado laboral, más oportunidades de sufrir un transición hacia la informalidad antes de los 31 años.

Finalmente, las características del primer empleo también devienen determinantes para experimentar una primera transición hacia la informalidad; un trabajador manual en su primer trabajo tiene tres veces más riesgos que un trabajador no manual y, en el

⁷ Lo mismo sucede con el origen social: su impacto es diferencial entre mujeres y varones, siendo más pronunciado en el caso de ellas.

caso de los trabajadores no asalariados, la probabilidad es de 87%, comparado con 22% de los trabajadores asalariados.⁸

En el segundo modelo (estatus ocupacional), la principal diferencia está dada entre la primera y la segunda generación: es a partir de la segunda cohorte que aumenta la probabilidad de una transición hacia ocupaciones menos calificadas. En este caso son los varones, como era de esperarse, los que tienen mayores probabilidades de insertarse en ocupaciones manuales desde una ocupación no manual y, por ende, de sufrir mayores procesos de descalificación laboral durante su curso de vida. En dicho proceso, no obstante, el origen social no tiene efectos estadísticamente significativos lo cual puede estar relacionado con que los procesos de descalificación de la mano de obra no dependen tanto del nivel de bienestar de los hogares de origen de los trabajadores sino de las características estructurales del mercado de trabajo en un momento determinado. De allí también que el nivel educativo de los trabajadores, al momento de la transición, tampoco resulte significativo.

En cambio, lo que importa en este tipo de movilidad ocupacional es, nuevamente, la duración del empleo y las características del primer trabajo. Cuanto más tiempo un individuo logre mantenerse en ocupaciones de mayor estatus, las probabilidades de transitar hacia un empleo manual disminuyen. Además, quienes más sufren las posibilidades de esta transición son los trabajadores asalariados, los informales y los que han acumulado más periodos de desempleo antes de los 31 años de edad.

El último modelo muestra, en primer lugar, que la cohorte de nacimiento no resulta estadísticamente significativa en la probabilidad de transitar hacia el sector terciario de la economía. En segundo lugar, que son las mujeres las que más experimentan esta transición, confirmando la tendencia a la feminización del proceso de terciarización en nuestro país. En cuanto tal, el traslado in-

⁸ Dado que la mayoría de estas transiciones ocurren entre el primer y el segundo empleo, no se incorporó en este modelo el sector de actividad del primer trabajo como variable explicativa por la profunda colinealidad que presenta esta variable con la variable dependiente.

dividual del sector secundario al sector terciario es la transición laboral que presenta la mayor resistencia generacional al cambio, bajo una hipótesis dual de segmentación estructural del mercado de trabajo (por ende, de cierta rigidez hacia la movilidad) y de una temprana terciarización de la estructura productiva del país que antecede estas diferencias generacionales. En este caso, además, son los trabajadores más calificados lo que han logrado transitar hacia el sector terciario antes de los 31 años, aunque también los trabajadores que menos tiempo han permanecido en el mercado de trabajo, posiblemente debido a un retraso en la inserción laboral producto de un mayor tiempo de escolaridad y, por ende, de una mejor calificación. El sector terciario no deja de ser una agrupación muy heterogénea con empresas de alta tecnología y otras más atrasadas lo que puede explicar los diferentes perfiles observados en cuanto a calificación de los trabajadores.

En general, destaca el hecho de que el peso de los factores que pudieran explicar la probabilidad de experimentar cada una de estas transiciones laborales difiere en cada una de ellas. Parecería que el efecto generacional (o de cambio social) es más importante en la determinación de la informalidad y del estatus ocupacional que en la inserción por rama de actividad; dicho de otra manera, los cambios en el mercado de trabajo de los últimos años afectaron, especialmente, la movilidad ocupacional y económica de estos trabajadores, mientras que la movilidad sectorial presenta una estructura más rígida o menos flexible ante estas transformaciones. Al mismo tiempo, el papel de la educación y del origen social se vuelve especialmente determinante en la transición hacia la informalidad, comparado con las demás transiciones donde los riesgos relativos entre las diferentes categorías educativas y sociales son mucho menores y donde devienen más importantes las características productivas y estructurales del mercado de trabajo. En este sentido, el denominador común más importante en las tres transiciones analizadas son las características del primer empleo y la manera en que los jóvenes se insertan por primera vez al mundo laboral.

CONSIDERACIONES FINALES

En este capítulo se analizaron transiciones individuales entre dos momentos importantes de la trayectoria laboral de los trabajadores (el primer empleo y los 30 años de edad) para identificar qué tanto estas movilidades han cambiado en el tiempo y con qué factores están asociadas estas transformaciones.

Los cambios generacionales asociados a las transiciones laborales entre el sector de actividad, el estatus ocupacional y la rama de la economía no son procesos intercambiables o que van, punto por punto, de la mano. Las transformaciones económicas y sociales de las últimas décadas, tomadas en conjunto, se canalizan mediante una enorme diversidad y heterogeneidad de resultados posibles en las trayectorias laborales. Estos cambios en las diversas estructuras laborales tampoco ocurren en un mismo periodo: algunas se aprecian con mayor contundencia entre la primera y la segunda cohorte; otras son más nítidas entre la segunda y la tercera generación y, en ciertos casos, el cambio es paulatino entre la primera y la última generación.

En segundo lugar, los flujos de movilidad individual en las generaciones más jóvenes son cada vez más heterogéneos y diversos. Ello implicaría nuevos procesos estructurales de diversificación de las trayectorias laborales que estarían dando cuenta de una mayor porosidad de las estructuras laborales para resistir las transformaciones del mercado de trabajo en los últimos años, cuyo nexo debería observarse con mayor profundidad.

En tercer lugar, se evidenció la afectación de la crisis económica a la segunda cohorte de nacimiento. El efecto que el contexto económico del periodo ha tenido sobre estos trabajadores parecería ser difícil de remontar en las generaciones siguientes, inhibiendo seriamente la creación de empleos formales o en ocupaciones no manuales. La generación intermedia muestra, en general, una menor capacidad para sostener los niveles ocupacionales favorables de la generación anterior, ya sea en términos de formalidad o de estatus ocupacional. En cuanto a la informalidad, se profundiza la tendencia con la tercera cohorte, asociado, al contexto de un mercado laboral mexicano crecientemente informal en la actualidad.

Finalmente, los resultados del análisis longitudinal indican que las condiciones bajo las cuales un recién llegado ingresa al mercado laboral modulan profundamente las posibilidades futuras de su trayectoria. Los datos aquí presentados dan cuenta de la importancia del primer empleo. Un buen trabajo en el inicio puede determinar las posibilidades futuras de la trayectoria laboral, con relativa independencia de su momento de ocurrencia o de cuántas transiciones se experimenten durante el curso de vida de los trabajadores. Esto indicaría, entre otras cosas, que es fundamental considerar la experiencia, la temporalidad y las herencias sociales y económicas del primer empleo para analizar las desigualdades sociales en las condiciones de trabajo de los jóvenes en la actualidad.

REFERENCIAS

- BALÁN, J., H. BROWNING y E. JELIN (1977). *El hombre en una sociedad en desarrollo. Movilidad geográfica y social en Monterrey, México*, FCE.
- Banco Interamericano de Desarrollo (BID) (2004). *Se buscan buenos empleos. Los mercados laborales en América Latina. Informe de progreso económico y social en América Latina 2004*, Washington, BID.
- BLOSSFELD, H. P. (1992). "Les trajectoires professionnelles en RFA: Étude des effets de cohorte, de période et de position dans le cycle de vie", en Laurence Coutrot y Claude Dubar (dirs.), *Cheminements professionnels et mobilités sociales*, París, Centre d'études et de Recherches sur les Qualifications-CNRS.
- CASTEL, R. (2010). *El ascenso de las incertidumbres. Trabajo, protecciones, estatuto del individuo*, Buenos Aires, FCE.
- CORTÉS, F., A. ESCOBAR y P. SOLÍS (2007), *Cambio estructural y movilidad social en México*, México, El Colegio de México.
- COUBÈS, M.-L. (2005). "Movilidad en la trayectoria laboral: transición entre sector formal-informal del empleo", en M.-L. Coubès, M. E. Zavala y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, Miguel Ángel Porrúa / Cámara de Diputados /

- El Colef / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.
- COUBÈS, M.-L. (2007). "Movilidad ocupacional en el cambio del modelo económico: la transición hacia un micronegocio dentro de las trayectorias laborales", en F. Cortés, A. Escobar y P. Solís (coords.), *Cambio estructural y movilidad social en México*, México, El Colegio de México, pp. 223-265.
- ECHARRI, C. y J. PÉREZ AMADOR (2007). "En tránsito hacia la adultez: eventos en el curso de vida de los jóvenes en México", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 22, núm. 1.
- Encuesta Demográfica Retrospectiva (EDER) (2011). *Encuesta Demográfica Retrospectiva. Segundo levantamiento*, México, El Colef / UABC / Inegi / Conacyt / CNRS / CREDA, [www.colef.net/eder/].
- LEVY, R. y E. WIDMER (eds.) (2013). *Gendered Life Courses. Between Standardization and Individualization. A European Approach Applied to Switzerland*, Zurich, LitVerlag.
- MANCINI, F. (2011). "Narrativas de la contingencia: experiencias de riesgo laboral en la transición hacia la vida adulta", en L. Jiménez (comp.), *Jóvenes, precariedad y trabajo en el siglo XXI*, México, UNAM-CRIM.
- MORA SALAS, M. y O. DE OLIVEIRA (2009). "Los jóvenes en el inicio de la vida adulta: trayectorias, transiciones y subjetividades", en *Estudios Sociológicos*, vol. 27, núm. 79, pp. 267-289.
- MUÑOZ, H., O. DE OLIVEIRA y C. STERN (1977). *Migración y desigualdad social en la Ciudad de México*, México, UNAM-IIS.
- PACHECO, E. (2005). "La movilidad ocupacional de los hijos frente a sus padres", en M.-L. Coubès, M. E. Zavala y R. Zenteno (coords.), *Cambio demográfico y social en el México del siglo XX. Una perspectiva de historias de vida*, México, Miguel Ángel Porrúa / Cámara de Diputados / El Colef / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey.
- _____, E. DE LA GARZA y L. REYGADAS (coords.) (2011). *Trabajos atípicos y precarización del empleo*, México, El Colegio de México.
- SALAS, C. (2003). *Trayectorias laborales en México. Empleo, desempleo y microunidades*, tesis de doctorado en Economía, México, UNAM-Facultad de Economía.
- SARAVÍ, G. (2009). *Transiciones vulnerables. Juventud, desigualdad y exclusión en México*, México, CIESAS / Casa Chata.

SOLÍS, P. (2007). *Inequidad y movilidad social en Monterrey, México*, El Colegio de México.

ZENTENO, R. (2002). "Polarización de la movilidad social en México", *Demos. Carta Demográfica sobre México*, núm. 16.

ANEXO: CUESTIONARIO DE LA EDER-2011



Encuesta Demográfica Retrospectiva 2011

Confidencialidad
Esta encuesta se rige por las disposiciones del artículo 37, párrafo primero, de la Ley del Sistema Nacional de Información Estadística y Geográfica en vigor: "Los datos que proporcionen para fines estadísticos los Informantes del Sistema a las Unidades en términos de la presente Ley, serán estrictamente confidenciales y bajo ninguna circunstancia podrán utilizarse para otro fin que no sea el estadístico".

Obligatoriedad
De acuerdo con el artículo 45, párrafo primero, de la Ley del Sistema Nacional de Información Estadística y Geográfica en vigor: "Los informantes del Sistema estarán obligados a proporcionar, con veracidad y oportunidad, los datos e informes que les soliciten las autoridades competentes para fines estadísticos, censales y geográficos, y prestarán apoyo a las mismas".

Rubros de identificación				
Número de control	Distribución semanal	Número de vivienda	Hogar	Hogar mudado
□□□□□□□□	□□□□□	□□□□	□□□□	□□□□

Datos del seleccionado			
Número de renglón	Nombre	Sexo	Edad
□□	_____	□□	□□

Datos del personal operativo						
Entrevistador(a)	Nombre	RFC	Resultado de la entrevista	Fecha	Hora de inicio	Hora de término
Supervisor(a)	_____	□□□□□□□□	□□	□□□□□□	□:□	□:□
Critico(a)	_____	□□□□□□□□	/	/	/	/

Control de visitas del entrevistador <i>(Circula el número de visita y registra los datos requeridos)</i>				
Visita	Fecha	Hora	Resultado de la entrevista	Observaciones
1	□□□□□□	□:□	□□	
2	□□□□□□	□:□	□□	
3	□□□□□□	□:□	□□	
4	□□□□□□	□:□	□□	
5	□□□□□□	□:□	□□	

Control de visitas del supervisor <i>(Circula el número de visita y registra los datos requeridos)</i>				
Visita	Fecha	Hora	Resultado de la entrevista	Observaciones
1	□□□□□□	□:□	□□	
2	□□□□□□	□:□	□□	
3	□□□□□□	□:□	□□	
4	□□□□□□	□:□	□□	
5	□□□□□□	□:□	□□	

Claves para el registro del resultado de la entrevista <i>(Lograda, 00)</i>			
TIPO A <i>(vivienda habitada)</i>	TIPO B <i>(vivienda deshabitada)</i>	TIPO C <i>(vivienda fuera de muestra)</i>	TIPO D
01 Nadie en el momento de las visitas	06 Adecuada para habitarse	10 Demolida	16 No se encontró al seleccionado
02 Ausente temporalmente	07 De uso temporal	11 Cambió de sitio (móvil)	17 El seleccionado se negó a dar información
03 Se negó a dar información	08 Inadecuada para habitarse	12 Uso permanente para fines diferentes a los de habitación	18 Seleccionado inadecuado para dar información
04 Informante inadecuado	09 De uso temporal para fines diferentes de habitación	13 Otro motivo (especifica en observaciones)	19 El seleccionado ya no es residente del hogar
05 Otro motivo (especifica en observaciones)			20 Entrevista incompleta
14 El hogar se mudó			
15 Entrevista suspendida			

Estimado Informante: para cumplir con los propósitos de esta encuesta, es necesario que la contesten en forma directa personas con edades entre 28 y 34 años, entre 41 y 47 o entre 56 y 52 años. Puesto que usted se encuentra, de acuerdo con nuestra base de datos, en uno de los rangos de edad mencionados, fue seleccionado(a) para contestar esta encuesta donde la mitad deben ser hombres y la otra mitad mujeres. En nombre de las instituciones participantes en este proyecto, agradezco las respuestas a las preguntas que le hará, las cuales son muy sencillas y únicamente requieren que usted recuerde algunos hechos importantes de su vida.

1. Fecha y edad		2. Lugar de residencia		3. Escolaridad		
1.1 ¿En qué mes y año nació usted? <small>(Circula el código en el recuadro de meses y anota el año en el primer renglón)</small> 01 Enero 02 Febrero 03 Marzo 04 Abril 05 Mayo 06 Junio 07 Julio 08 Agosto 09 Septiembre 10 Octubre 11 Noviembre 12 Diciembre		2.1 ¿En qué localidad (poblado o ciudad) nació Ud.? <small>(Anota en Col. 2.1)</small> 2.2 ¿En qué municipio (o delegación)? <small>(Anota en Col. 2.2)</small> 2.3 ¿En qué estado de la República o país? <small>(Anota en Col. 2.3)</small> 2.4 Además del lugar donde nació, ¿ha vivido al menos un año en forma continua en otras localidades, poblados o ciudades? <small>(Circula la opción indicada)</small> 1 Sí 2 No → Pasa a pregunta 3.1 2.5 ¿Podría decirme el nombre de todas las localidades (poblados o ciudades) donde haya vivido después de (localidad de nacimiento) por lo menos un año en forma continua, y la edad que Ud. tenía o el año cuando llegó a estos lugares? <small>(Para cada cambio de residencia, anota la localidad 2.1, el municipio 2.2, y el estado o país 2.3, según la edad o año de traslado)</small>		3.1 ¿Ud. asistió alguna vez a la escuela, por lo menos durante un año escolar? 1 Sí 2 No → Pasa a pregunta 4.1 3.2 Dígame todos los periodos de por lo menos un año durante los cuales asistió a la escuela. <small>(Anota en Col. 3.2)</small> 1 Primaria 6 Carrera Técnica o Comercial 2 Secundaria 7 Normal (Básica o Superior) 3 Secundaria Técnica 8 Profesional 4 Preparatoria 9 Maestría o Doctorado 5 Preparatoria Técnica <small>(CONALEP, CBTIS, CETYS)</small> 3.3 Para cada año de asistencia: ¿esta escuela fue pública o privada? <small>(Anota en Col. 3.3)</small> 1 Pública 2 Privada 3.4 ¿Cuál fue el último año que aprobó en el nivel de estudios que alcanzó? <small>(Anota la respuesta)</small> Año _____ Nivel _____ <small>(Si acreditó algún nivel por CENEVAL o Competencias laborales, anota 10 en col. 3.2)</small>		
1	2.1	2.2	2.3	3.2	3.3	
Año	Edad	Localidad	Municipio	Estado o País	Escolaridad	
19	00					
	01					
	02					
	03					
	04					
	05					
	06					
	07					
	08					
	09					
	10					
	11					
	12					
	13					
	14					
	15					
	16					
	17					
	18					
	19					
	20					
	21					
	22					
	23					
	24					
	25					
	26					
	27					
	28					
	29					
	30					
	31					
	32					
	33					
	34					
	35					
	36					
	37					
	38					
	39					
	40					
	41					
	42					
	43					
	44					
	45					
	46					
	47					
	48					
	49					
	50					
	51					
	52					
	53					
	54					
	55					
	56					
	57					
	58					
	59					
	60					

4. Empleo

4.1 ¿Alguna vez ha trabajado por lo menos un año durante su vida?
 (Circule la opción indicada)
 1 Sí 2 No → **Pasa a pregunta 5.1a**

4.2 ¿En qué año o qué edad tenía cuando inició su (primer/siguiente) trabajo en el que duró al menos un año?
 (Circule en Col. Edad)

4.3 ¿Cuáles eran las tareas o funciones principales que desempeñó en este trabajo?
 (Anote en Col. 4.3)

4.4 ¿Podría decirme el nombre del oficio, puesto o cargo que desempeñó en este trabajo?
 (Circule en Col. 4.4)

4.5 ¿Cuál era la actividad principal de la empresa, negocio o patrón donde desempeñó este trabajo?
 (Anote en Col. 4.5)

4.6 ¿En esta ocupación, Ud. era...
 (Sea las opciones y anote en Col. 4.6)

- 1 patrón?
- 2 trabajador por su cuenta?
- 3 trabajador a sueldo fijo, salario e jornal?
- 4 trabajador a destajo, porcentaje o comisión?
- 5 trabajador sin pago?
- 6 Otro.

4.7 ¿Cuántas personas, incluyendo al dueño, laboraban en este trabajo?
 (Sea las opciones y anote en Col. 4.7)

- 1 Una persona
- 2 De 2 a 5
- 3 De 6 a 15
- 4 De 16 a 50
- 5 Más de 50

4.8 En ese trabajo, ¿su jornada era de...
 (Anote en Col. 4.8)

- 1 tiempo completo o más?
- 2 menos tiempo?

Entrevistador: Marque las preguntas de 4.2 a 4.8 para cada uno de los trabajos hasta el año o edad actual.

4.9 ¿Podría decirme los periodos de al menos un año durante los cuales usted era el principal sostén económico del hogar?
 (Anote 2... en Col. 4.9)

(En caso de que nunca haya sido sosten económico cruce a 9)

Edad	4.3	4.4	4.5	4.6	4.7	4.8	4.9
	Tareas o Funciones	Ocupación	Actividad	Pos.	Tim	Tim	P.B.
07							
08							
09							
10							
11							
12							
13							
14							
15							
16							
17							
18							
19							
20							
21							
22							
23							
24							
25							
26							
27							
28							
29							
30							
31							
32							
33							
34							
35							
36							
37							
38							
39							
40							
41							
42							
43							
44							
45							
46							
47							
48							
49							
50							
51							
52							
53							
54							
55							
56							
57							
58							
59							
60							

7. Hijos

7.1 ¿Me podría decir, cuántas hijas e hijos nacidas(os) vivas(os) ha tenido durante su vida?

Anota número de hijas e hijos: [] []
(Ninguna, anota 00 y pasa a 8.1)

7.2 ¿Cuál es el nombre y el sexo de cada uno de sus hijos nacidos vivos?

(Anota nombre en N, y circula el código de sexo)

7.3 ¿En qué año o qué edad tenía Ud. cuando nació (nombre)?

(Anota 6 en Col. Vid)

7.4 Cuando (nombre) nació, ¿el parto fue ...

(Lee las opciones y anota en Col. Part)

- 1 natural?
- 2 cesárea?
- 9 No sabe

7.5 ¿En dónde fue atendido el parto de (nombre)?

(Anota código en Col. Part en el renglón posterior al nacimiento)

- 1 Seguro social (IMSS), IMSS/COPLAMAR, Solidaridad/Oportunidades
- 2 Clínica u hospital de la Secretaría de Salud, otro hospital público (ISSSTE, DIF, otra institución de gobierno)
- 3 Consultorio, clínica u hospital privado
- 4 Domicilio particular (casa particular o de la partera)
- 5 Nació en otro país
- 6 Otro (farmacia, tienda...)
- 9 No sabe

7.6 ¿(Nombre) aún vive?

SI: (Anota ... 6 en edad actual en Col. Vid)

No: ¿En qué año o qué edad tenía Ud. cuando falleció (nombre)?
(Anota ... 7 en Col. Vid)

7.7 ¿Podría decirme todos los periodos, de al menos un año, durante los cuales (nombre) vivía con Usted?

(Anota 1...3 en Col. Corr)

7.8 Durante los periodos que no vivió (nombre) con Ud., ¿residió en Estados Unidos?

SI: (Anota 5... 5 en los años correspondientes en Col. Corr)

Entrevistador: Repite de 7.3 a 7.8 para cada uno de los hijos.

8. Anticoncepción

8.1 ¿Podría decirme todos los periodos de al menos un año en que usted o su pareja hicieron algo para no tener hijos o retrasar un embarazo?

(No hicieron nada: cruza Antb y pasa a pregunta 9.1)

8.1a ¿Qué métodos utilizaron?

- 1 Pastillas
- 2 DIU o aparato
- 3 Inyecciones o Norplant
- 4 Condones
- 5 Operación femenina
- 6 Operación masculina
- 7 Métodos naturales
- 8 Otro o actualmente embarazada
- 9 No sabe

(Anota los periodos con los códigos que correspondan en Col. 8.1)

Edad	Hijo 1			Hijo 2			Hijo 3			Hijo 4			Hijo 5			8.1
	N:			N:			N:			N:			N:			
	1 Hombre	2 Mujer		1 Hombre	2 Mujer		1 Hombre	2 Mujer		1 Hombre	2 Mujer		1 Hombre	2 Mujer		
12	7.3 y 7.6 Vid	7.4 y 7.5 Part	7.7 y 7.8 Corr	7.3 y 7.6 Vid	7.4 y 7.5 Part	7.7 y 7.8 Corr	7.3 y 7.6 Vid	7.4 y 7.5 Part	7.7 y 7.8 Corr	7.3 y 7.6 Vid	7.4 y 7.5 Part	7.7 y 7.8 Corr	7.3 y 7.6 Vid	7.4 y 7.5 Part	7.7 y 7.8 Corr	
13																
14																
15																
16																
17																
18																
19																
20																
21																
22																
23																
24																
25																
26																
27																
28																
29																
30																
31																
32																
33																
34																
35																
36																
37																
38																
39																
40																
41																
42																
43																
44																
45																
46																
47																
48																
49																
50																
51																
52																
53																
54																
55																
56																
57																
58																
59																
60																

Identificación del principal sostén económico de la casa
<p>9.12 Cuando Ud. tenía entre 5 y 15 años de edad, ¿quién fue la persona que mantenía económicamente a su familia?, si hubo varias personas, por favor dígame a quién considera Ud. como la más importante.</p> <p style="text-align: center;"><i>(ESPERA respuesta y CIRCULA la opción que corresponda)</i></p> <p>01 Padre</p> <p>02 Madre</p> <p>03 Padrastro</p> <p>04 Madrastra</p> <p>05 Hermano (varón)</p> <p>06 Hermana (mujer)</p> <p>07 Abuelo (varón)</p> <p>08 Abuela (mujer)</p> <p>09 Tio (varón)</p> <p>10 Tia (mujer)</p> <p>11 Otro(a) _____</p> <p style="text-align: center;"><i>(Especifica)</i></p>

Situación socioeconómica de la infancia
<p>9.13 Cuando Ud. tenía alrededor de 15 años de edad, ¿en su casa contaba con...</p> <p style="text-align: center;"><i>(LEE cada una de las OPCIONES y CIRCULA las indicadas)</i></p> <p>01 televisión?</p> <p>02 automóvil o camioneta propios?</p> <p>03 estufa de gas o eléctrica?</p> <p>04 refrigerador?</p> <p>05 lavadora de ropa?</p> <p>06 licuadora?</p> <p>07 agua entubada dentro de casa?</p> <p>08 consola, tocadiscos o reproductor de cintas o CD?</p> <p>09 teléfono fijo?</p> <p>10 cámara fotográfica?</p> <p>11 una enciclopedia?</p> <p>12 pagaban por los quehaceres del hogar?</p> <p>13 techo de loza o concreto?</p> <p>14 baño dentro de la casa?</p> <p>15 calle exterior con pavimento?</p> <p>16 animales de trabajo (caballos, mulas, burros)?</p> <p>17 ganado (vacas, puercos, chivas, borregos)?</p> <p>18 tractor para uso en sus tierras?</p> <p>00 Exclusivo de captura</p>

Situación de salud en la infancia
<p>9.14 ¿Durante la mayor parte de sus primeros 15 años de vida, diría Ud. que su salud era...</p> <p style="text-align: center;"><i>(LEE cada una de las OPCIONES y CIRCULA la indicada)</i></p> <p>1 excelente?</p> <p>2 buena?</p> <p>3 mala?</p> <p>9 No responde</p>

<p>9.15 ¿Alguna enfermedad limitó sus actividades en esos primeros 15 años de vida?</p> <p style="text-align: center;"><i>(Circula la opción indicada)</i></p> <p>1 Si</p> <p>2 No</p> <p>8 No sabe</p> <p>9 No responde</p> <p style="text-align: center;">} <i>Pase a 10.1</i></p>
--

<p>9.16 ¿Cuál(es) enfermedad(es) limitó(aron) sus actividades?</p> <p style="text-align: center;"><i>(Escucha y anota)</i></p> <p>Especifique:</p> <p>1. _____</p> <p>2. _____</p>
--

10. Identificación indígena
<p>10.1 ¿Ud. habla alguna lengua indígena o dialecto?</p> <p style="text-align: center;"><i>(Circula la opción indicada)</i></p> <p>1 Si</p> <p>2 No</p>

<p>10.2 ¿Pertenece a un pueblo indígena?</p> <p style="text-align: center;"><i>(Circula la opción indicada)</i></p> <p>1 Si</p> <p>2 No</p>

11. Bienes y servicios en la vivienda actual
<p>Para finalizar, le voy a hacer algunas preguntas sobre su vivienda actual.</p>

<p>11.1 ¿De qué material es la mayor parte de las paredes o muros de esta vivienda?</p> <p style="text-align: center;"><i>(Circula una sola opción)</i></p> <p>1 Material de desecho</p> <p>2 Lámina de cartón</p> <p>3 Lámina de asbesto o metálica</p> <p>4 Carrizo, bambú o palma</p> <p>5 Embarro o bajareque</p> <p>6 Madera</p> <p>7 Adobe</p> <p>8 Tabique, ladrillo, block, piedra, cantera, cemento o concreto</p>

<p>11.2 ¿De qué material es la mayor parte del techo de esta vivienda?</p> <p style="text-align: center;"><i>(Circula una sola opción)</i></p> <p>1 Material de desecho</p> <p>2 Lámina de cartón</p> <p>3 Lámina de asbesto o metálica</p> <p>4 Palma, tejamanil o madera</p> <p>5 Teja</p> <p>6 Losa de concreto, tabique, ladrillo o terrado con vigería</p>

<p>11.3 ¿De qué material es la mayor parte del piso de esta vivienda?</p> <p style="text-align: center;"><i>(Circula una sola opción)</i></p> <p>1 Tierra</p> <p>2 Cemento o firme</p> <p>3 Madera, mosaico u otros recubrimientos</p>
--

<p>11.4 ¿Podría decirme si en esta vivienda cuentan con...</p> <p style="text-align: center;"><i>(LEE cada una de las OPCIONES y CIRCULA las indicadas)</i></p> <p>01 videocassetera?</p> <p>02 reproductor de DVD?</p> <p>03 teléfono celular?</p> <p>04 computadora?</p> <p>05 impresora para computadora?</p> <p>06 lavadora de ropa?</p> <p>07 horno de microondas?</p> <p>08 servicio de internet?</p> <p>09 Sky, Cablevisión, o cualquier otro servicio de televisión de paga?</p> <p>10 Ninguno de estos bienes</p> <p>00 Exclusivo de captura</p>
--

SEMBLANZAS DE AUTORES

ANGO A PÉREZ, MARÍA ADELA

Candidata a doctora en Ciencias sociales con especialidad en Estudios de población por El Colegio de México. Fue subdirectora del Área de Estudios Sociodemográficos y Migración Internacional en el Consejo Nacional de Población (Conapo). Actualmente trabaja como editora adjunta de la revista *Coyuntura Demográfica. Revista sobre los procesos demográficos en México hoy*, de la Sociedad Mexicana de Demografía (Somede). Entre sus principales líneas de investigación destacan la inserción laboral de inmigrantes mexicanos y centroamericanos en Estados Unidos; migración y sus interrelaciones con la trayectoria escolar de los jóvenes en nuestro país; inmigración centroamericana en la frontera sur de México, con énfasis en mujeres, así como el estudio de los procesos de adaptación e integración de la población de origen mexicano en la Unión Americana.

BRUGEILLES, CAROLE

Es profesora-investigadora de Demografía en la Université Paris Ouest-Nanterre La Défense. Es codirectora e investigadora en el equipo Género, Trabajo y Movilidad del Centro de Investigación Sociológica y Política de París (Crespaa-UMR 7217). Sus temas de investigación son las transiciones demográficas y los cambios en los comportamientos reproductivos, las políticas de población, la salud reproductiva, la socialización en la niñez y la adolescencia en la familia y la escuela, la sociodemografía de género. Está coordinando el programa internacional Nacimientos mexicanos en colaboración con El Colegio de México y el Centre d'Études Mexicaines et Centraméricaines (CEMCA).

BRUNET, NICOLÁS

Doctor en Ciencia social con especialidad en Sociología por el Centro de Estudios Sociológicos (CES) de El Colegio de México. Recientemente, ha concentrado su labor en temas de estratificación educativa y ocupacional, y procesos sociodemográficos de generación de desigualdad con enfoque de curso de vida. Publicaciones recientes: “Estructuración por edad del proceso de estratificación social en México” (con Patricio Solís) publicado por la *Revista Latinoamericana de Población* (2013); y “Orígenes sociales, instituciones, y decisiones educativas en la transición a la educación media superior: el caso del Distrito Federal” (con Patricio Solís y Eduardo Rodríguez), por la *Revista Mexicana de Investigación Educativa* (2013).

CÁRDENAS, ROSARIO

Profesora en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM). Doctora en Medicina, obtuvo una maestría en Demografía por El Colegio de México y un doctorado en Estudios de población y salud internacional por la Universidad de Harvard. Es autora de numerosas publicaciones en las áreas de población, salud y políticas. Ha colaborado con diversas instituciones en la formación de recursos humanos en salud, demografía y ciencias sociales. Su interés de investigación está centrado en el análisis de las condiciones de vida de la población, las desigualdades sociales, el acceso a satisfactores básicos y el monitoreo y la evaluación de las políticas públicas.

CASTRO MÉNDEZ, NINA

Es maestra en Población por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), posteriormente se incorporó al programa de doctorado en Estudios de población que ofrece El Colegio de México. Actualmente se encuentra realizando su tesis doctoral titulada *Familia y trabajo: un acercamiento a las trayectorias de las mujeres mexicanas pertenecientes a tres cohortes*. Es miembro del Grupo Científico sobre Mercados Laborales de la Sociedad Mexicana de Demografía (SOMEDE). Sus líneas de investigación incluyen el

vínculo trabajo-familia, el curso de vida y las trayectorias, los mercados de trabajo y la segregación laboral.

COUBÈS, MARIE-LAURE

Profesora investigadora del Departamento de Estudios de Población de El Colegio de la Frontera Norte (El Colef) desde octubre 1995, y es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Es doctora en Demografía por la Université Paris Ouest-Nanterre. Sus intereses de investigación incluyen el empleo, las movi- lidades y el estudio biográfico en una perspectiva sociodemografía. Ha realizado las Encuestas Demográficas Retrospectivas (EDER) 1998 y 2011, actualmente es coordinadora de las Encuestas sobre Migración en las Fronteras Norte y Sur de México (Emif Norte y Emif Sur: www.colef.mx/emif). Su última publicación es *De jornaleros a colonos: residencia, trabajo e identidad en el Valle de San Quintín*, en coautoría con Laura Velasco y Christian Zlolniski (2014).

CUEVAS RAMÍREZ, LINA

Maestra en Demografía por El Colegio de México y economista por la Universidad Veracruzana. Sus líneas de investigación son la transmisión intergeneracional de la desigualdad y los mercados de trabajo.

FERRARIS, SABRINA A.

Doctora en investigación en Ciencias sociales por la Universidad de Buenos Aires y especialista en Demografía social por la Universidad Nacional de Luján. Ha escrito sobre temas referidos a las transiciones a la vida adulta, familia, curso de vida, juventud y consumos culturales, y juventud y precariedad laboral. Actualmente se desempeña como docente en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires y es becaria posdoctoral por el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) en el Instituto Interdisciplinario de Economía Política de Buenos Aires (IIEP-Baires). También forma parte del equipo de trabajo del Centro de Investigación en Trabajo, Distribución y Sociedad (Citradis).

GIORGULI, SILVIA

Profesora-investigadora del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales en El Colegio de México. Fue directora de este centro (2009 y 2015), presidente de la Sociedad Mexicana de Demografía (Somede) (2010-2012) y directora fundadora de la revista *Coyuntura Demográfica*. Actualmente es presidenta de El Colegio de México. Demógrafa y socióloga, estudió la licenciatura en sociología en la UNAM, obtuvo el grado de maestría en demografía por El Colegio de México y el doctorado en sociología por la Universidad de Brown, Estados Unidos. Su investigación y publicaciones se han concentrado en migración internacional, transiciones a la adultez en América Latina y población y desarrollo. Entre sus últimas publicaciones está *Gobierno, territorio y población. Las políticas públicas en la mira*, coeditado con Vicente Ugalde (2014).

MANCINI, FIORELLA

Doctora en Ciencia social con especialidad en Sociología por el Centro de Estudios Sociológicos (CES) de El Colegio de México. Es ganadora del Premio de la Academia Mexicana de Ciencias a la mejor tesis de doctorado en ciencias sociales del año 2014. Desde 2013 es Investigadora Asociada C de tiempo completo en el Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la UNAM y a partir del mismo año es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Es, también, tutora y profesora del posgrado en ciencias políticas y sociales de la UNAM.

MARTÍNEZ SALGADO, MARIO

Investigador en la Unidad de Investigación sobre Representaciones Culturales y Sociales, UNAM-Morelia. Actuario por la Facultad de Ciencias de la UNAM, maestro en demografía y doctor en estudios de población, ambos por El Colegio de México. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores como candidato. En 2010 obtuvo el segundo lugar en el Premio Gustavo Cabrera en la categoría "Mejor trabajo de investigación" en el campo de demografía y población. Sus intereses de investigación son transición a la vida adulta; familia y curso de vida, y trabajo y masculinidad. Ha impartido diversos cursos sobre distintos tópicos de estadística en

los posgrados de El Colegio de México, la UNAM y la Universidad Anáhuac.

MIER Y TERÁN ROCHA, MARTA

Investigadora del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Obtuvo su doctorado en Demografía en la Universidad de Montreal. Cuenta con trabajos publicados en libros y revistas nacionales y del extranjero. Ha impartido cursos y dirigido tesis en la UNAM y otras instituciones de educación superior. Sus líneas de investigación son estimación y factores explicativos de la fecundidad, transiciones a la vida adulta: escuela, trabajo y formación de familias entre los jóvenes, y métodos cuantitativos en los estudios de población.

MURILLO LÓPEZ, SANDRA C.

Maestra en Población por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-México) y doctora en Economía por la UNAM. En los últimos años ha participado en grupos de investigación sobre grupos vulnerables: población indígena, niños y jóvenes, mujeres rurales y adultos mayores. Es autora y coautora de artículos que han sido publicados en revistas y libros. Ha impartido talleres de estadística en la Flacso y actualmente es docente de la Especialidad en Desarrollo Social del posgrado en Economía y del posgrado de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Coordina la Unidad de Investigación Social Aplicada y de Estudios de Opinión del Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la UNAM.

NOVAK, BEATRIZ

Maestra en Sociología por la Universidad de Wisconsin-Madison y doctora en Sociología con especialidad en Demografía y subespecialidad en Población y salud también por la Universidad de Wisconsin-Madison. Actualmente es profesora-investigadora en el Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA) en El Colegio de México. Sus líneas de investigación incluyen el efecto de conductas de riesgo, como obesidad y tabaquismo sobre la mortalidad, las experiencias adversas a edades

tempranas y la salud a edad adulta, y la salud y el envejecimiento. Las investigaciones llevadas a cabo recientemente incluyen el estudio del exceso de mortalidad entre adultos mayores en relación con la obesidad en México y las posibles pérdidas en esperanza de vida por efectos del tabaquismo en América Latina.

OJEDA DE LA PEÑA, NORMA

Doctora en Sociología por la Universidad de Texas en Austin, maestra en Demografía por El Colegio de México y licenciada en Sociología por la UNAM. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI) desde 1988. Ha recibido varios reconocimientos académicos entre los que se encuentran las distinciones Fulbright-García Robles y Fulbright Border Scholar. Ha realizado investigaciones financiadas por prestigiosas fundaciones mexicanas y extranjeras como son Conacyt, Fundación John D. and Catherine MacArthur, Fundación Ford, cuyos resultados han sido presentadas en múltiples foros académicos. Tiene más de sesenta publicaciones como libros, artículos en revistas especializadas y capítulos de libros arbitrados en los temas de formación y disolución familiar, salud reproductiva de las mujeres y género en la sociodemografía. Imparte clases en las áreas de sociología y demografía de la familia en México y estudios comparativos y transculturales de familia, así como relaciones transfronterizas y transnacionales entre México y Estados Unidos. Actualmente es profesora del Departamento de Sociología en San Diego State University e investigadora asociada del Departamento de Estudios de Población en el Colegio de la Frontera Norte.

PACHECO GÓMEZ, EDITH

Doctora en Ciencias sociales con especialidad en Estudios de población por El Colegio de México. Actuaría por la Facultad de Ciencias de la UNAM, profesora-investigadora del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA) de El Colegio de México desde 1994. Sus líneas de investigación son mercados de trabajo y desigualdad, trabajo agropecuario, trabajo y género y metodología mixta. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel III. Su última publicación: *Uso del tiempo y*

trabajo no remunerado en México, coordinada con Brígida García (2014).

PÁEZ, OLINCA

Demógrafa y economista, distinguida con el segundo lugar del Premio Nacional de Investigación Social y de Opinión Pública 2012 que otorga el Centro de Estudios Sociales y de Opinión Pública de la Cámara de Diputados. Sus intereses de investigación incluyen las transiciones a la adultez, el estudio de la desigualdad en su variedad de expresiones y los cambios y las continuidades transgeneracionales. Se ha desempeñado como docente e investigadora en instituciones de educación superior, enfocándose en la enseñanza de la estadística y la economía como modelos de uso de la información disponible y de análisis de la realidad. Actualmente es subdirectora de Investigación de Información Econométrica en el Inegi.

PÉREZ AMADOR, JULIETA

Doctora en sociología con especialidad en Demografía y en Sociología de la familia por la Universidad de Wisconsin-Madison; maestra en Demografía por el Colegio de México y actuaría por la UNAM. Actualmente es profesora-investigadora del Centro de Estudios Demográficos, Urbanos y Ambientales (CEDUA) de El Colegio de México. Sus líneas de investigación giran en torno a la demografía de las familias, del curso de vida y de la desigualdad. Sus publicaciones recientes se enfocan en los temas de nupcialidad, arreglos residenciales de jóvenes y adultos mayores, transiciones de la juventud a la edad adulta, influencias familiares y transmisión intergeneracional del comportamiento demográfico.

PÉREZ BALEÓN, FABIOLA

Licenciada en Trabajo social por la UNAM, maestra en Demografía y doctora en Estudios de población por el Colegio de México. Es profesora asociada C de tiempo completo interina de la Escuela Nacional de Trabajo Social (ENTS) de la UNAM. Desde 2013 es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel I. Ha sido lectora de tesis de licenciatura, maestría y doctorado sobre temas de educación, salud sexual y reproductiva y géne-

ro. Sus líneas de investigación son: transiciones y trayectorias a la vida adulta de mujeres y varones mexicanos así como trayectorias sexuales y reproductivas femeninas y su asociación con la morbilidad materna, las cesáreas y el embarazo adolescente. Actualmente realiza un posdoctorado en la UAM-Xochimilco.

RABELL ROMERO, CECILIA ANDREA

Estudió antropología en la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) y el doctorado en ciencias sociales con especialidad en población en El Colegio de México. Es investigadora titular en el Instituto de Investigaciones Sociales (IIS) de la UNAM. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel III. Trabaja temas asociados a las condiciones de vida de niños y jóvenes; en especial la escolaridad y la actividad laboral, relacionadas con las estructuras familiares y la desigualdad socioeconómica; además ha trabajado estos mismos temas en poblaciones de jóvenes indígenas. Las diferencias de género son un eje que atraviesa todas sus investigaciones. Otra línea que ha seguido se refiere a las familias en México: su estructura y características socioeconómicas, vinculadas con las redes de apoyo con las que cuentan, integradas por parientes y allegados.

ROJAS, OLGA LORENA

Doctora en Estudios de población por El Colegio de México, institución donde labora como profesora-investigadora desde hace más de diez años. Ha impartido docencia también en la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) y El Colegio de la Frontera Norte (El Colef). Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI), nivel II. Su labor de investigación aborda la familia, el género y la reproducción, temas sobre los que ha publicado diversos artículos y capítulos de libro. Es autora de los libros *Paternidad y vida familiar en la ciudad de México* y *Estudios sobre la reproducción masculina* publicados por El Colegio de México.

SÁNCHEZ BRINGAS, ÁNGELES

Doctora en Antropología por la UNAM, es profesora-investigadora de la UAM-Xochimilco. Ha desarrollado actividades docentes y de

investigación en el área de las mujeres y las relaciones, las formas culturales y normativas del ejercicio de la maternidad así como en las áreas de salud reproductiva y salud materna. Entre sus publicaciones están los libros *Mujeres, maternidad y cambio: prácticas reproductivas y experiencias maternas en la ciudad de México* (2003), *La mujer en el refranero mexicano: una compilación temática* (2008), *Desigualdades en la procreación: Trayectorias reproductivas, atención obstétrica y morbimortalidad materna en México* (2014).

SEBILLE, PASCAL

Profesor-investigador de Demografía en el departamento de Sociología de la Université de Paris Ouest-Nanterre y pertenece al laboratorio Género, trabajo, movilidades del Centro de Investigaciones Sociológicas y Políticas de París (Cresppa-UMR 7217). Sus investigaciones se enfocan en el estudio de las historias de vida en demografía, la transición a la edad adulta y la formación de la familia. Las dinámicas familiares y migratorias en América Latina constituyen otro campo de sus trabajos. A través de sus investigaciones, el autor participa en el laboratorio de excelencia Individuos, poblaciones, sociedades, coordinado por el Instituto Nacional de Estudios Demográficos (Labex iPOPs) y en varios programas de cooperación internacional (Gdriespejismos-Cemca: Mundialización humana; Pics Nacimex-CNRS/Colmex: Nacimientos mexicanos).

SOLÍS, PATRICIO

Doctor en Sociología por la Universidad de Texas en Austin (2002). Fue profesor-investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso). A partir de 2004 se incorporó como profesor-investigador al Centro de Estudios Sociológicos (CES) de El Colegio de México, en donde labora actualmente. Es director de la revista *Estudios Sociológicos*. Ha realizado estancias de investigación en el Max-Planck-Institut für demografische Forschung (Rostock, Alemania, 2001-2002), Brown University (Providence, Estados Unidos, 2010-2011), la Universidad de Bamberg (Bamberg, Alemania, 2012) y la Universidad de la República del Uruguay (Montevideo, 2012). Sus intereses de investigación se

concentran en dos áreas: la estratificación y movilidad social, con énfasis en la movilidad intergeneracional y la desigualdad educativa, y la dinámica de las trayectorias familiares durante la transición a la vida adulta. En años recientes, ha comenzado una línea de investigación sobre desigualdad educativa, en la que analiza los factores asociados a la progresión escolar de los niños y jóvenes entre distintos niveles educativos.

VÁZQUEZ SANDRIN, GERMÁN

Doctor en Estudios de las sociedades latinoamericanas, especialidad en Demografía, por la Université de la Sorbonne Nouvelle (Paris III), maestro en población por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso-México) y licenciado en Sociología por la ENEP-Acatlán, UNAM. Actualmente es profesor-investigador de tiempo completo de la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo (UAEH) y miembro del Sistema Nacional de Investigadores (SNI). Entre sus libros publicados se destaca *Fecundidad indígena* (2010).

VIDEGAIN MARTÍNEZ, KARINA

Socióloga y demógrafa, ha trabajado desde una perspectiva socio-demográfica en la que se integran el tiempo histórico, tiempo familiar y tiempo individual, para comprender las relaciones entre el cambio social e histórico y los cambios en las vidas individuales (perspectiva teórica y metodológica de curso de vida). Sus líneas de investigación son: curso de vida y desigualdad social; cambio histórico, cambio institucional y cambios individuales; proceso de estructuración por edad del curso de vida y transición a la vida adulta.

ZAVALA, MARÍA EUGENIA

Profesora invitada de El Colegio de México y profesora emérita de la Université de Paris Ouest-Nanterre La Défense. Fue directora del Centre de Recherche et de Documentation sur l'Amérique latine (CNRS-CREDAL-Université Sorbonne nouvelle) en París, Francia, entre 2000 y 2008. Egresada de la maestría de Demografía de El Colegio de México, es doctora de estado ès-lettres et sciences hu-

maines en Demografía de la Universidad René-Descartes-Sorbonne de París. Tiene 126 publicaciones, entre éstas, quince libros como *Cambios demográficos y sociales en México del siglo XX: una perspectiva de historias de vida* (México, 2005, coordinado por M. L. Coubès y R. Zenteno); *Jóvenes fronterizos, Border Youth, expectativas de vida familiar, educación y trabajo hacia la adultez* (2011), coordinado junto con Norma Ojeda de la Peña y *Género en movimiento. Familias y migraciones* (2014), coordinado con Virginie Rozée.

Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México se terminó de imprimir en enero de 2017, en los talleres de Impresos Almar, S.A. de C.V., Netzahualpilli 120, col. Estrella del Sur, 09820, Ciudad de México. Portada: Pablo Reyna. Tipografía y formación a cargo de Logos Editores. Cuidó la edición la Dirección de Publicaciones de El Colegio de México.

CENTRO DE ESTUDIOS DEMOGRÁFICOS, URBANOS Y AMBIENTALES

Los últimos sesenta años han sido de grandes transformaciones sociales y demográficas para México: urbanización, caída de la mortalidad y la fecundidad, cambios de modelos y ciclos económicos, migración masiva a Estados Unidos, relaciones de género bajo tensión, reconfiguración familiar, etc. Estos cambios han tenido impacto en las sucesivas generaciones, pero sus efectos no han sido uniformes: en una sociedad profundamente desigual, han dependido de la posición social que ocupan las personas.

En este libro se analizan justamente los efectos del cambio histórico y la desigualdad social, a partir de tres generaciones de mexicanos nacidos en el periodo transcurrido entre 1951 y 1980, residentes en las grandes ciudades del país. Se utiliza una rica fuente de datos: la EDER 2011, una encuesta retrospectiva que recopila los principales eventos en sus trayectorias demográficas, educativas y laborales. Con la participación de destacados especialistas, cada capítulo analiza una faceta particular de las biografías personales, desde los comportamientos demográficos clásicos y sus correlatos (fecundidad, migración, vida familiar, etc.), hasta otros ámbitos clave de la vida social (entre ellos, la educación y la movilidad ocupacional).

Por lo anterior, *Generaciones, cursos de vida y desigualdad social en México* está destinada a ser una obra fundamental para entender la relación entre cambio histórico y biografías personales en el México contemporáneo.

ISBN: 978-607-628-126-0



C
M EL COLEGIO
DE MÉXICO



**El Colegio
de la Frontera
Norte**